



Nadie me ofende
impunemente

Elizabeth Urian



Nadie me ofende impunemente
Elizabeth Urian

Edición en Formato digital: noviembre 2014

Título Original: Nadie me ofende impunemente

©Elizabeth Urian, 2014

©Editorial Romantic Ediciones, 2014

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©Viorel Sima/ Konrad

Diseño de portada y maquetación, Olalla Pons

ISBN—978-84-943152-1-3

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DE LAS AUTORAS](#)

“ Nemo me impune lacessit ”

(“Nadie me ofende impunemente”)

(Lema nacional escocés)

Capítulo 1

1.843

—¿No es demasiado temprano para beber? Uno esperaría que te contuvieras al menos hasta la cena.

El hombre alzó la vista de la partida de ajedrez que se desarrollaba ante sí y, al reconocer a su amigo, soltó una risotada burlesca. Se recostó en la silla de madera de caoba tapizada en cuero oscuro. Sostenía en la mano una copa de absenta, un licor de sabor anisado y color verdoso que ya había probado anteriormente, en uno de sus viajes a Francia.

Se relamió los labios.

—¿Temprano? —preguntó despacio y arrastrando las palabras—. Nunca lo es para beber; y menos si el motivo es una celebración —alzó la voz en el último momento para que todos pudieran escucharle de nuevo.

A Neil Bishop le gustaba hacerse notar y jactarse de sus victorias. Desde que se instaló en Irvine, un año atrás, sus amigos y conocidos habían comenzado a percatarse de sus alardes y gustos caros. Por ello, necesitaba una cantidad ingente de dinero que sufragase sus gastos. Esa tarde se sentía afortunado. El negocio que se traía entre manos desde hacía un tiempo comenzaba a dar sus frutos: prestar capital a nobles con problemas financieros. Su último cliente, por así decirlo, era un barón del norte de Inglaterra que había acudido a Irvine con la única intención de hacer tratos con él. Tras investigar sus finanzas y su patrimonio, Neil le prestó la suma requerida... Eso sí, con unos intereses descomunales. No sabía cómo lo había conseguido, pero el caballero había devuelto el préstamo en solo tres meses, aumentando con ello sus riquezas.

En la última hora, todos clientes del *Milne's Inn* conocían la cantidad exacta que había ganado. Un movimiento poco inteligente, si se era consciente de las envidias que podría llegar a despertar. Sin embargo, se sentiría orgulloso de provocar semejantes sentimientos.

Edwards arqueó una ceja y lo miró con aire socarrón, para sentarse después junto a él. Los otros dos hombres seguían jugando al ajedrez sin mostrar el mínimo interés en la conversación.

—¿Y por qué será...? —expresó muerto de curiosidad.

Puesto que su amigo desconocía la noticia, era el momento de ponerle al corriente. Después podría regodearse.

—¡La vida me sonríe! ¿Qué si no?

—¿Eso quiere decir que vas a invitarme a una cena? —sugirió el hombre en tono jocoso. Estaba acostumbrado al exagerado modo de actuar de Bishop, y era igual de fanfarrón. Quizás por ello se llevaban tan bien—. Podríamos aderezarlo con compañía femenina.

Neil no tuvo tiempo de valorar la oferta de su amigo. Por su mente cruzó la imagen de una joven dama, de cabellos dorados y ojos seductores. Su rostro fino y delicado iba acompañado de un temperamental carácter que yacía escondido bajo una apariencia angelical. Era a ella a quien quería poseer, y no a una vulgar ramera. Sus gustos eran demasiado elevados como para conformarse con una simple mujerzuela. Para un día cualquiera, tal vez, pero en aquel momento se sentía eufórico.

Se dijo que ya era hora de someterla a sus caprichos y hacerle tragar sus palabras de desprecio. Rehuía su presencia, apenas le dirigía la palabra y lo trataba como si no fuera un

caballero lo suficientemente bueno para ella. Aunque era buen amigo de su padre y él daría por bueno un acercamiento entre ambos, ella insistía en rechazarle.

Pensó que con Elliot Singht en Edimburgo aquella era la ocasión perfecta para hacer una visita a la isla. No estaba ebrio; se necesitaban unas cuantas copas más para conseguir emborracharlo y, aunque era tarde, no podrían negarle cobijo.

Sonrió para sus adentros, complacido. No podía negar que la deseaba y que le hervía la sangre ante la perspectiva de tenerla. Aquella repentina idea estaba cobrando vida propia. Podía imaginarse a la dama entre sus brazos, solo para sí. Le diría unas palabras bonitas y le contaría lo bien que le iba en los negocios. Eso cambiaría la opinión tan mísera que tenía de él. Una vez ablandada, le sería muy fácil meterse entre sus piernas.

Neil decidió que aquella noche sería suya, costara lo que costara.

—¿Sabes qué? Te invitaré a una cena otro día.

—¿De repente tienes mejores cosas que hacer?

Aunque Edwards no parecía molesto, Bishop dedujo que le debía una explicación.

—Cierta dama me espera.

De repente, estaba impaciente por volver a verla. Si todo salía según lo esperaba, la noche sería muy larga.

—¿Y quién es, que te hace abandonar a tus amigos?

Por una vez tuvo el buen juicio de bajar la voz y hablarle de la joven casi en confidencia. Edwards ya estaba al tanto de que ella le gustaba. Lo que le sorprendió fue la osadía de su plan. Trató de hacerle cambiar de opinión. Podía cometer una estupidez por una simple noche de placer. No era bueno aventurarse en el mar a aquellas horas, más cuando quedaba tan poco para el anochecer y con el fuerte viento que soplaban.

No logró convencerlo. Neil dejó el *Milne's Inn* de High Street poco después. Se montó en un carruaje de alquiler y dio las indicaciones al cochero.

—Al puerto —anunció impaciente.

A pesar de tratarse de una orden directa y sencilla, el chófer vaciló un momento.

—¿Algún problema?—masculló Bishop en voz alta. No estaba de humor para que un simple cochero le planteara los mismos inconvenientes que Edwards. Él sabía lo que se hacía.

—No, señor —le escuchó decir, dándose por satisfecho.

Bajaron por Bridgegate, cruzaron el río y se dirigieron hacia la zona de Fullarton, donde le dijo al cochero que esperara.

Eran cerca de las cuatro de la tarde y el sol desaparecía tras el horizonte, aunque todavía había suficientemente luz como para moverse con libertad. Eso sí, no tenía mucho tiempo. Así que se puso el sombrero, se subió las solapas del abrigo, largo y marrón, protegiéndose del frío, y fue en busca de cualquier hombre dispuesto a llevarle a la Isla de Beith a pesar del temporal.

En contra de lo que había esperado, a esas horas el puerto parecía desierto. Comenzaba a creer que tendría que volver a casa sin haber podido satisfacer sus necesidades. Estaba a punto de dar media vuelta, frustrado y todavía sin aceptar del todo una derrota, cuando se fijó en el viejo marinero que faenaba en la cubierta de un bajel. El barco de pesca era pequeño, de aproximadamente veinticinco pies, y poseía un casco poco profundo. Al parecer, dedujo Bishop, solo necesitaba de un tripulante para navegar.

Neil Bishop sonrió por lo bajo. Confiaba en que aquel viejo estuviera lo bastante loco como para arriesgarse a salir en ese mismo instante.

Si no era así, tenía una fórmula infalible para convencerlo.

—Sus ojos miraban fijos hacia adelante y dominaba su persona una rigidez pétrea. Pero, cuando posé mi mano sobre su hombro, un fuerte estremecimiento recorrió su cuerpo; una sonrisa malsana tembló en sus labios, y vi que hablaba con un murmullo bajo, apresurado, ininteligible, como si no advirtiera mi presencia. Inclinandome sobre él, muy cerca, bebí, por fin, el horrible significado de sus palabras: ¿No lo oyes? Sí, yo lo oigo y lo he oído. Mucho, mucho, mucho tiempo... Muchos minutos, muchas horas, muchos días lo he oído, pero no me atrevía... ¡Ah, compadéceme, mísero de mí, desventurado! ¡No me atrevía..., no me atrevía a hablar!

Ayla hizo una breve pausa para aumentar la tensión dramática que requería el cuento. Si bien, antes de proseguir con el relato, echó un rápido vistazo a las dos mujeres que estaban sentadas en el pequeño salón.

Complacida al advertir que ambas la escuchaban con atención, repitió la última frase:

—¡No me atrevía..., no me atrevía a hablar! ¡La encerramos viva en la tumba!

—¡Jesús! —La exclamación de la señora Davies sobrevino con la misma intensidad que un trueno en una tormenta de invierno.

Ayla dejó la lectura y sonrió con benevolencia. Ella y su hermana habían decidido leer aquel libro, olvidado el año anterior por algún invitado de su padre, descubriendo que era más interesante de lo que habían supuesto en un principio.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó a su queridísima ama de llaves; mujer de cabellos blancos y rostro afable.

A pesar de su aspecto tierno y afectuoso, la señora Davies no poseía un alma endeble o impresionable; la vida le había enseñado demasiado para eso y estaba acostumbrada a no esperar mucho de los demás. Pero con las muchachas siempre se comportaba de una manera casi maternal.

En noches frías como esa, la señora Davies solía acompañarlas un rato, antes de irse a dormir. Ellas leían en voz alta mientras la mujer ocupaba el tiempo en sus bordados, como si su relación con las jóvenes fuera familiar. Ciertamente, las muchachas la querían incluso más que a un pariente. Era una de las pocas personas a las que podían abrir su alma sin ser juzgadas con dureza. Las comprendía, toleraba sus rarezas y, a menudo, les daba consejos.

Para las hermanas Singht aquella mujer era mucho más que un ama de llaves.

—Ese tipo de lectura es impropio de una dama. ¿Qué clase de escritor es? —preguntó la mujer con evidente indignación, aunque sabía que las jóvenes rara vez se comportaban como damas. Propiamente sí lo eran; su padre había puesto mucho interés en su educación y contratado a las mejores institutrices. Pero a pesar de ello, el comportamiento de Cadha y Ayla distaba mucho de asemejarse a una: a menudo eran deslenguadas, insolentes, nada disciplinadas, odiaban los actos protocolarios, los cortejos, las visitas sociales y cabalgaban a horcajadas como los hombres.

Ayla se encogió de hombros y examinó la cubierta del libro.

—Edgar Allan Poe —leyó—. No lo había oído en mi vida.

—Creo recordar, vagamente, alguna conversación acerca de él —Cadha, la menor de las hermanas, frunció el ceño tratando de hacer memoria—. Sí, se trata de un escritor americano que por lo visto residió en Irvine... —murmuró, admitiendo que no poseía más información. Si bien era el único relato del señor Poe que caía en sus manos, estaba disfrutando tanto de la lectura como Ayla. Por lo cual le rogó:

—¿Proseguimos?

—Creo que deberíamos dejarlo por hoy. ¿No creéis?—opinó el ama de llaves.

—Es que quiero saber el final —protestó Cadha al tiempo que hacía un puchero que no convenció a nadie—. ¿Usted no? No tenía ni idea de que fuera tan asustadiza...

Ella las miró y, como siempre, terminó accediendo a sus deseos. Asintió y continuó dando puntadas al bordado.

Ayla retomó el relato.

—Como si la sobrehumana energía de su voz tuviera la fuerza de un sortilegio, los enormes y antiguos batientes que Usher señalaba abrieron lentamente, en ese momento, sus pesadas mandíbulas de ébano. Era obra de la violenta ráfaga, pero allí, del otro lado de la puerta, estaba la alta y amortajada figura de Madeline Usher. Había sangre en sus ropas blancas, y huellas de acerba lucha en cada parte de su descarnada persona. Por un momento permaneció temblorosa, tambaleándose en el umbral; luego, con un lamento sofocado, cayó pesadamente hacia adentro, sobre el cuerpo de su hermano, y en su violenta agonía final lo arrastró al suelo, muerto, víctima de los terrores que había anticipado.

En ese preciso instante, como si de un acto premeditado se tratara, alguien llamó a la puerta, provocando que las tres mujeres, muy metidas en la narración, se llevaran un sobresalto. Incluso las hermanas, que se jactaban de no temer a nadie o nada, se llevaron una mano al pecho.

Morna, que al parecer era la última empleada doméstica que quedaba de servicio aquella noche, asomó por la puerta.

—Señoritas, iba a la cocina a por un poco de leche para Ian cuando he oído la campana de la puerta principal —les explicó—. Creí que sería alguna urgencia, por eso abrí la puerta y le hice pasar al salón.

—¿Qué le has...? ¿A quién te refieres?

Ya podía tratarse de un tema de vital importancia, pensó Ayla, porque presentarse en la casa a esas horas de la noche era molesto y de muy mala educación.

—Al señor Neil Bishop —aclaró.

—¡Esa lagartija! —soltó Ayla mientras cerraba el libro con brusquedad—. ¿Qué se le habrá perdido aquí?

—No lo sé, no ha querido hablar conmigo —explicó la doncella—. Por mucho que le he repetido que el señor Singht se encuentra de viaje ha insistido en hablar con alguien de la familia. ¿He hecho mal dejándolo pasar?

—¡Sí! —exclamó la mayor de las hermanas exaltada—. Se merece que le demos con la puerta en las narices.

—¡Ayla! —le reprendió Cadha, mirándola como si hubiera dicho una estupidez.

—¿Qué? ¿Acaso no piensas lo mismo? —Sabía que el hombre les disgustaba a ambas por igual—. No podemos dejarle pasar. Morna, dile que todos en la casa están ya acostados y que vuelva otro día.

Cadha vaciló, pensando que tenía suerte de no ser tan imprudente como Ayla.

—¿No deberíamos, por lo menos, escuchar qué quiere? —Cadha no podía obviar que el señor Bishop era amigo de su padre. Aquello conllevaba ciertas concesiones que su hermana parecía no ver—. ¿Señora Davies, usted qué opina?

—Cadha tiene razón. Puede que el señor Neil Bishop traiga consigo alguna noticia importante. Si no os sentís seguras iré a buscar a Zake y le pediré que esta noche duerma en la casa.

Ayla desestimó la propuesta con un ademán y enseñó sus puños.

—¿Cree que me asusta ese tipejo? Puedo deshacerme yo sola de él, si quiero.

—Gracias. No creo que esta noche sea necesario usar la violencia —suspiró la señora Davies—. Vamos, no le hagamos esperar. Cuanto antes resolvamos este asunto, mejor.

Neil Bishop se encontraba junto a la majestuosa chimenea revestida de madera tallada, donde el fuego amenazaba con extinguirse de un momento a otro. Se había quitado el abrigo y lo había dejado sobre el respaldo del sofá, junto a su sombrero de copa.

Cadha se acercó a saludarle mientras Ayla permanecía a unos pasos detrás de ella y de la señora Davies, observándoles junto a la puerta.

—Señor Bishop, buenas noches.

—Ah, señorita Singht... Señoritas —rectificó al reparar en la presencia de Ayla. Al instante, sus ojos regresaron a la figura de la hermana menor—. Siempre es un placer volver a verla —dijo en tono melindroso.

El cumplido no fue bien recibido y Ayla se tensó al instante. Lo miró con aire crítico. El hombre no parecía tener una constitución débil. Era joven, iba bien vestido y tenía un aspecto limpio y aseado. Aun así, no podía considerarlo atractivo: su frente era demasiado baja y sus ojos excesivamente turbios.

Pero era, sobre todo, su carácter lo que en verdad la disgustaba.

—Gracias —murmuró Cadha escuetamente—. No lo esperábamos.

Por un momento él pareció ponerse nervioso y se frotó las manos.

—Ahora me doy cuenta —cabeceó—. La sirvienta me ha dicho que Elliot se encuentra de viaje. Presumo que estará en Edimburgo.

—Sí, señor. ¿Acaso necesita su ayuda?

—Todo lo contrario. Creí que eran ustedes quienes me necesitaban —Bishop sacó un papel arrugado del bolsillo derecho de su chaqueta y lo blandió en el aire—. ¡Aquí, señoritas Singht, llevo la prueba de que lo que digo es cierto! Es una carta escrita por su padre en la que me pide que me reúna con él en esta casa lo más rápido posible.

—¿A estas horas de la noche?—Ayla, que dejó entrever su lado más escéptico, alargó la mano. Era imposible que su padre hubiese redactado una nota o carta, cuando se encontraba a más de setenta millas de distancia—. ¿Podría enseñármela? Reconoceré al instante si es su letra.

Él hizo todo lo contrario y se guardó el papel nuevamente en el bolsillo antes de que ella lo leyera.

—¿Para qué? —arguyó con desinterés—. Es obvio que el señor Singht no está y, al parecer, se trata de una simple confusión o de la broma de algún amigo, así que mi viaje ha sido en balde. Bien, aclarado este punto, ¿podrían pedirles a los sirvientes que me preparen la cena y una habitación?

—¡No! —exclamó con rotundidad Ayla, que seguía sin creer una palabra. «¿Una broma entre amigos?» «¿Qué clase de juegos eran esos?»

Ante una negativa tan grosera, el hombre pareció horrorizado. Aquella joven tenía unos modales salvajes, o más bien no tenía ninguno; era desagradable y maleducada. Lo único que la salvaba era su hermosura, y eso no bastaba para procurarse un esposo.

Neil Bishop se dijo que iba a sentir un gran placer cuando le contara a Elliot Singht el modo de actuar de su joven hija. Por supuesto, le pediría que la castigara como se merecía.

—¿No pensarán negarme una cama? ¿Qué clase de hospitalidad es esta? ¡Soy amigo de Elliot! ¡Amigo!

Cadha tuvo que morderse la lengua para no decir lo que pensaba de su amistad con su padre.

Sobre todo porque sabía que la paciencia de su hermana era muy limitada, y era mejor callar a tiempo que soltar una estupidez que pudiera estimular el mal humor de Ayla. Algo que corroboró un segundo después, al verla apretar la mandíbula con fuerza.

Hasta el momento había encontrado al señor Bishop antipático e insufrible. Y lo peor de todo, no se sentía a gusto en su presencia. Cuando lo conoció, unos meses atrás, Bishop se comportó con un falso refinamiento que le resultó detestable, adulándola en exceso mientras ella trataba de mantenerlo a distancia. Solo después, cuando consiguió arrinconarla en uno de los corredores y trató de robarle un beso, alegando que Cadha lo deseaba desde hacía mucho, pudo entrever la verdadera condición de ese hombre.

Era demencial que pudiera cometer semejante atropello cuando era un invitado del hombre que, según decía, consideraba su amigo.

¿Y ahora venía con esas?

Cadha recelaba de sus intenciones; Neil Bishop no era quién para dar lecciones de educación.

A pesar de toda la ira e indignación que empezó a sentir, Cadha hizo un intento por suavizar sus palabras.

—Esta es una casa decente. ¿Comprende? No es una visita apropiada, puesto que nuestro padre no está, y podría suscitar cotilleos.

Cadha se ahorró el decirle que bien poco le importaba lo que se rumoreara en el pueblo sobre ellas. Todos ellos eran unos mezquinos. Llevaba años escuchando todo tipo de comentarios malintencionados sobre ellas y su madre, ahora muerta. Gentes que se creían con el derecho a juzgarlas y que ahora se apartaban a su paso.

No había nadie que valiera la pena salvar o por quién mantener las formas, pero ese hombre no tenía por qué estar al corriente de lo que sucedía en la isla.

—Y yo soy un caballero que está aquí para prestar ayuda —objetó Neil, que seguía sin entender por qué debía justificarse ante ellas. Era un ultraje—. No es mi culpa que alguien haya querido gastarnos a todos una broma. Además, ¿dónde pretenden que duerma? No puedo regresar a Irvine hasta mañana...

—En el pueblo hay una posada —le espetó Ayla con insolencia, pensando que daba bien igual si dormía en el pasto con las ovejas—. Estoy segura que la encontrará comfortable.

—¿Me ofrece un frío cuchitril plagado de cucarachas? —preguntó el hombre, que no salía de su asombro.

—Estoy segura de que cuando se duerma ni las notará —le respondió con tanta tranquilidad e intención que le puso de los nervios.

En aquel instante, Neil sintió un ardiente deseo de abofetear a la mayor de las Singht.

—Los caminos están a oscuras —dijo en cambio.

—Pues se las ha apañado muy bien para llegar hasta aquí.

—Porque creí que su padre requería mi presencia —volvió a repetir.

—¡Cuánta abnegación!

La señora Davies notó como la tensión aumentaba por momentos y, conociendo como lo hacía a las muchachas, sabía que aquello no era más que la punta del iceberg; la versión más amable. No tardarían en estallar, sobre todo Ayla, con una personalidad más exaltada y voluble que su hermana.

Al ama de llaves tampoco le parecía bien la visita inesperada del caballero. Y aunque no lo acababa de entender, pues eran horas del todo intempestivas, no podían negarle cobijo y enviarlo al pueblo. El señor Singht se subiría por las paredes si llegaba a saberlo. Por ello, decidió

intervenir.

—Creo que será mejor que se quede a pasar la noche. Mañana temprano podrá regresar a la ciudad.

—Disculpe, ¿quién es usted? —Neil Bishop la miró con un frío desdén—. Esta es una conversación privada.

Ayla resopló como lo hubiese hecho una yegua irritada.

Advirtiéndola con la mirada, Cadha tomó la palabra.

—Es nuestra ama de llaves. Y le hemos pedido que se quede. ¿No le importará, verdad, señor Bishop? —preguntó con frialdad. Después continuó sin esperar a que él respondiera—. Además, todos nuestros sirvientes se han retirado ya, a excepción de Morna y la señora Davies, así que deberá conformarse con una cena sencilla.

Aunque no lo quería en la casa, era un acuerdo relativamente satisfactorio; ya se aseguraría de que al día siguiente tomara el primer barco que partiera hacia Irvine. Y cuando su padre por fin regresara a casa, tendrían una larga charla donde le expondría sus impresiones desfavorables hacia aquel hombre y le pediría que no volviera a invitarle nunca más, aun considerándolo un amigo.

Podría pronosticar, sin miedo a equivocarse, que Elliot Singht no estaría de acuerdo con su juicio, porque sus hijas opinaban igual sobre cada uno de los invitados que traía a las islas: perezosos, advenedizos, groseros o arrogantes. Esos eran los calificativos que más usaban para definirlos, pero al contrario que Cadha y Ayla, su padre no solía ver la malicia o la envidia en las personas. Él era un hombre afable y amistoso que se encontraba más a gusto en los ambientes festivos de la ciudad que en aquel frío caserón.

Aunque, si bien todo eso era cierto, no lo era menos que ambas hermanas se salían con la suya..., la mayoría de las veces.

Neil Bishop no se lo discutió. Pareció complacido porque al fin vencieran las reticencias y aceptaran que se quedase. Siguió a las hermanas Singht por el corredor hasta un acogedor saloncito y se acomodó en una pequeña y robusta mesa redonda, donde esperó a que la criada le sirviera un guiso recalentado de cordero, queso, pan y vino. Mientras tanto, la señora Davies se afanó en adecentar una de las habitaciones del primer piso.

Ayla estaba de mal humor por tener que soportar a ese hombre. Lo que había comenzado como una íntima y tranquila velada se había transformado en la tediosa y opresiva obligación que conllevaba el atender a un invitado; una tarea que no se le daba demasiado bien cuando se trataba de los tontos amigos de su padre. Estar sentada frente a él tratando de mantener una vacua conversación en aras del deber la sacaba de quicio. Neil Bishop era tan vacío y superficial... Por lo menos cuando su padre traía invitados a casa estaba él para entretenerlos con sus divertidas anécdotas, con sus refinados modales y sus excursiones de caza. La mayoría de veces eximía a sus hijas de todas esas tareas sociales y solo las obligaba a estar presentes durante las cenas, aunque prefirieran mantener la boca cerrada.

Debía reconocer que ni ella ni Cadha estaba destinadas a ser las anfitrionas perfectas. Por lo menos no con aquella gente que se vanagloriaba de ser lo mejor de lo mejor. Ellas preferían estar con personas sencillas, de buen corazón, que nos las juzgaban por odiar las fiestas, las aglomeraciones o por preferir la vida del campo, alejadas de toda opulencia.

Todos se retiraron a sus respectivas habitaciones sobre las diez de la noche, después de que el señor Bishop se diera por satisfecho, tanto de la cena como de la conversación.

Ayla dio gracias por sentirse liberada de su presencia. Ya no tendría por qué escuchar más sus

bravuconerías sobre cuánto dinero había conseguido aquel día.

¿No se daba cuenta de que aquello lo hacía empequeñecer ante los ojos de cualquiera con un mínimo de sensibilidad? Alguien que entendiera que el hombre se enriquecía gracias a las desgracias ajenas.

A las once pasadas, Ayla, que seguía sin poder pegar ojo, decidió releer los cuentos del señor Poe a la luz de las velas. Al día siguiente debía madrugar para retomar las tareas pendientes, si bien, estaba tan acostumbrada, que no iba a suponerle ningún esfuerzo.

Lanzó un bostezó y decidió dar por finalizada la sesión de lectura. Entonces, aguzó el oído al advertir el sonido amortiguado proveniente de la habitación contigua. Parecía como si un objeto hubiera caído al suelo, y se preguntó si Cadha todavía estaría levantada. Cosa que le extrañó bastante, pues su hermana acostumbraba a quedarse dormida prácticamente en el instante que tocaba la cama. Bajó los hombros y se relajó, pero al oír un tenue gemido volvió a reaccionar. Se incorporó con rapidez y se mantuvo alerta. No se trataba de su imaginación. Por alguna razón tenía un mal presentimiento; una sensación que no atinaba a definir. Cadha parecía haberse hecho daño.

Se puso rápidamente sus zapatillas de terciopelo azul y una bata de algodón a rayas que se ató a la cintura. Tomó el candelabro y abandonó su habitación para adentrarse en el frío y oscuro corredor.

—¿Cadha? —la llamó a través de la gruesa puerta sin obtener respuesta. Ayla comenzó a desesperarse. ¿Y si su hermana estaba herida o era incapaz de pedir ayuda?—. ¿Estás bien?

Ayla giró el pomo y se dio cuenta de que la puerta estaba cerrada por dentro. Soltó una imprecación y, tras unos segundos de vacilación, decidió actuar. Su habitación y la de Cadha, como muchas otras en la casa, estaba conectadas por un pasadizo secreto que hacía años que se hallaba en desuso. Su propia madre comenzó a hacer uso de aquellos pasadizos cuando se casó con Elliot Singh; le daban libertad para entrar y salir de la casa sin ser vista, y las hermanas empezaron a jugar en ellos desde su infancia.

Ayla debía tener once años y Cadha nueve cuando se les pasó la hora de cenar. Los sirvientes las buscaron durante una hora entera hallándolas finalmente en las escaleras del pasadizo que llevaba a la biblioteca. Nunca habían visto a su padre tan enojado. Él siempre las había consentido en todo; sin embargo, aquella vez las regañó con dureza y se impuso con autoridad, prohibiéndoles volver a jugar en aquellos oscuros pasadizos. No clausuró los paneles de madera que daban acceso a las habitaciones. Por alguna razón, su padre consideró mejor cerrar con llave las viejas verjas que discurrían por el interior de los pasajes, de forma que nadie pudiera circular libremente por aquel espacio.

Todavía podía entrar en la habitación de su hermana usando el pasadizo, porque tras el veto robó el juego de llaves que ocultaba la señora Davies y lo guardó para sí misma. Nunca había llegado a usarlas ni confesó que las tenía. Si el ama de llaves lo echó en falta no lo dijo, ni acusaron a nadie. Simplemente quedó en el olvido.

Corrió a su habitación y rebuscó en el baúl lleno de objetos que atesoraba desde niña. Dentro de un saquito de piel estaban las llaves, unidas por una oxidada argolla. Las tomó y se dirigió al pasadizo, aunque no fue fácil encontrar la correcta, la que encajara en la hendidura de la cerradura. Necesitó de unos cuantos intentos. Además, debía hacer equilibrios sujetando el candelabro con una mano mientras probaba y descartaba las llaves con la otra. Finalmente empujó el panel de madera de roble.

Ayla estaba preparada para encontrarse a Cadha tirada en el suelo tras sufrir un percance, pero no para la dantesca escena que se desarrollaba ante ella. Su hermana permanecía tumbada en la

cama, amordazada, con el camisón rasgado y dejando al descubierto prácticamente la totalidad de sus pechos. Sobre ella se encontraba un hombre dispuesto a violarla. No era cualquier hombre. Se trataba de su invitado, Neil Bishop.

Este no se percató de la entrada de la joven ni oyó el tintineo de las llaves. Estaba demasiado ocupado tratando de someter a su inocente víctima, que luchaba y se revolvía bajo su enorme cuerpo, desesperada por evitar la agresión. Ayla no llegó a preguntarse cómo habría hecho ese canalla para colarse en la habitación de su hermana, porque en aquel instante una descomunal ira brotó de su interior. Sin pensárselo siquiera, dejó el candelabro y las llaves bruscamente sobre la mesita más cercana y se lanzó a la cama como una fiera guerrera.

El ataque tomó por sorpresa al pérfido de Bishop. Por la espalda, Ayla lo agarró por el pescuezo y tiró de él hacia atrás, impidiéndole respirar hasta que este se vio en la obligación de soltar a la más pequeña de las hermanas Singht.

Neil Bishop se bajó de la cama con la joven colgada aún de su cuello, sujeta firmemente a él. La zarandeó a los lados, pero no logró liberarse de sus garras. El hombre notó la punzada de dolor producida por los dedos clavados en su garganta. Esa pequeña endemoniada tenía fuerza, se dijo, pensando en el modo de quitársela de encima. Se hizo hacia atrás y chocó violentamente contra la pared unas cuantas veces, logrando que ella recibiese todo el peso del golpe, hasta que Ayla finalmente lanzó un grito y acabó cayendo al suelo.

Neil Bishop sonrió triunfante mientras se masajeara la nuca. Miró hacia la cama, donde Cadha Singht los miraba con los ojos inundados de pánico, y se dijo que iba a terminar lo que había empezado. Si esa zorra frígida seguía resistiéndose, peor para ella.

No hubo dado un paso hacia Cadha, cuando, sin tiempo de recuperarse y magullada, Ayla saltó otra vez sobre su espalda, volviendo a la carga. Esta vez la joven se centró en la cuenca del ojo derecho.

Bishop emitió un horripilante chillido que consiguió espantarla, por lo que dejó de ejercer presión. El hombre se tapó el ojo con las manos tratando de mitigar el dolor.

«La muy puta y desgraciada...» «¡Iba a pagárselas!» De un manotazo la agarró del cabello y la arrastró por toda la habitación con violencia. Cuando más notaba que trataba de liberarse, más tiraba Bishop. No le importaba arrancarle cada uno de aquellos rojizos cabellos.

Cadha, medio desnuda y todavía conmocionada, se quitó el pañuelo con el que momentos antes él había amordazado su boca y se apresuró a deshacer el resto de sus ataduras con los dientes. En cuanto lo consiguió, corrió a liberar a su hermana. Se lanzó sobre Bishop y empezó a golpearlo con los puños mientras las lágrimas resbalaban sin control por sus mejillas.

—¡Suéltala, maldito!

Por si no fuera suficiente con una, ahora Bishop debía luchar con las dos. Su paciencia estaba llegando al límite. No quería dañar a Cadha; no antes de hacerla suya. Su rostro era demasiado hermoso como para golpearlo, pero ella no le estaba dejando otra opción.

—¡Tú, pequeña zorra! —bramó harto de sus puñetazos y le dio un sonoro bofetón, dejando la huella escarlata de su mano en la pálida mejilla de Cadha. La agarró del brazo con firmeza y la arrojó sobre la cama. Después empujó con brutalidad a la otra, arrojándola hacia un lado y provocando que se golpeará la cabeza en la caída.

Apretó los labios con fuerza. Tal vez lo mejor era dar una lección a ambas. Sin embargo, empezaría con el objeto de sus deseos. Se quitó los pantalones con rapidez y esquivó las patadas que Cadha trató de propinarle hasta situarse otra vez encima de ella. Sin una mordaza que la acallara chillaba como una loca. Por eso le tapó la boca con una mano, se puso de rodillas y trató

de abrirle las piernas con la que tenía libre. Fue cuando Cadha escuchó el golpe seco que vio a Neil Bishop desplomarse sobre ella, con sangre emanando de una herida en la cabeza.

Momentos antes, Ayla había hecho un descomunal esfuerzo y había conseguido levantarse, a pesar del doloroso palpitar en las sienes. Cuando vio lo que estaba a punto de ocurrir, asió el candelabro que había traído con ella desde su propia habitación, apagó las dos velas de un soplido y lo dejó caer con una fuerza brutal sobre la cabeza de Neil Bishop.

No había otra solución posible: eran ellas o él.

Tras eso un silencio sepulcral reinó en la habitación; una elipsis que solo fue rota cuando Ayla dejó caer al suelo el objeto que ella misma había transformado en un arma mortífera.

Tembló de la cabeza a los pies.

Ya estaba hecho. Neil Bishop no podría volver a dañarlas, porque sabía, aun sin comprobarlo, que estaba muerto. A pesar de sus actos, no se sintió como una asesina. Todo tenía justificación: había tratado de salvaguardar la virtud de su hermana y había luchado por su propia vida.

Cualquiera podría entenderlo.

—¡Ayla!

El grito de su hermana consiguió rescatarla de su estupor y se dio cuenta de que Cadha continuaba atrapada bajo el cuerpo sin vida de Bishop. La ayudó a apartar el pesado cuerpo inerte y después la ayudó a ponerse una bata que la cubriera.

Cadha estaba temblando y Ayla la abrazó.

Necesita tocarla; mantener el contacto para asegurarse que no había sufrido mayor daño.

—¿Estás bien? Él te ha... él te ha... —balbuceó Ayla con voz temblorosa.

—No —musitó en voz baja—, pero si no llega a ser por tu intervención lo hubiera logrado.

Cadha todavía podía sentir sus repugnantes manos deslizándose por su cuerpo. Era una imagen repulsiva que no sabía si podría llegar a olvidar. Miró en dirección a la cama y preguntó a su hermana:

—¿Está...? —Un escalofrío se hizo con su cuerpo cuando Ayla asintió, apesadumbrada—. ¿Y qué vamos a hacer? ¿Crees que las autoridades nos creerán? Pueden decir que yo lo incité.

—¡Deja de pensar eso! No es tu culpa.

—Tenías razón sobre él —sollozó, sintiendo que se derrumbaba. Ahora se daba cuenta de que no debía haber permitido que se quedara. Se dijo que su hermana había sabido interpretar mejor que ella el carácter y las artimañas de aquel tipejo. Ella ni siquiera había creído necesario cerrar la puerta de su habitación con llave, y echó a dormir sin sospechar las intenciones de ese mal nacido. No fue hasta que sintió su nauseabundo aliento sobre la mejilla, que entendió que había cometido un grave error. Ahora era muy tarde para lamentarlo.

—¿Qué vamos a hacer? —repitió Cadha—. ¿Qué vamos a hacer?

Ayla quiso despejar todas sus dudas e imaginar cómo terminaría todo. Mas no pudo. Seguía aturdida. Lo único que podía hacer era extirpar de su mente el sentimiento de culpabilidad que podría llegar a embargarlas.

—No te preocupes —Ayla trató de calmarla. Su hermana no se dejaba llevar por el histerismo; sin embargo, aquella noche había pasado por mucho; tal vez demasiado—. Avisaremos a la señora Davies. Y a Zake. Sí, él sabrá qué hacer...

Se convenció Ayla.

A la luz del alba, Zake embarcó en el primer navío que cubría la ruta de las islas hacia Irvine, Islay, Gigha y Arran. Solía ir cargado con grano, víveres, correo o pasajeros, y para muchos era el único modo de trasladarse.

Con fría calma observó de lejos todos los movimientos de Neil Bishop, que en aquel instante hablaba con el capitán y con otro de los tripulantes. Lucía el mismo abrigo y sombrero de la noche anterior, aunque un poco más arrugado debido al intempestivo viaje de ida. Desde la distancia puso especial interés en todos sus gestos y movimientos. Cuando lo vio sonreír abiertamente, Zake tensó la mandíbula. No sabía qué estaría diciendo en aquel instante. Desde su posición era muy difícil escuchar las palabras, pero era mejor ser precavido y que no los relacionaran directamente. Solo esperaba que el hombre estuviera haciendo un buen trabajo, tal y como le había enseñado él, y se dejara de actuaciones improvisadas.

La noche anterior, Zake no tardó mucho en elaborar un plan. Incluso antes de que el cadáver se enfriara ya tenía una idea clara de lo que haría; y eso significaba no pegar ojo en toda la noche, porque cuando los familiares o allegados del señor Bishop no obtuvieran noticias de él acudirían a las autoridades. Quién sabía a cuántas personas habría comunicado sus intenciones de viajar a la Isla de Beith. Podían ser una docena o ninguna, por lo que mejor estar preparado. Y hacer regresar a Neil Bishop a Irvine era la mejor solución de todas. Así, cuando llegara el momento de que las chicas tuvieran que dar las explicaciones oportunas, les bastaría con alegar que, tras haber pasado la noche hospedado en la casa, había partido antes del amanecer.

¿Quién podía refutar aquellas palabras si había un barco lleno de pasajeros dispuestos a testificar que Neil Bishop viajaba con ellos?

Porque la diferencia, obviamente, radicaba en que ninguno conocía al verdadero Bishop y, por tanto, nadie iba a reconocerle. A ellos les bastaba con recordar su nombre, sus caros ropajes y todas las necedades que salían de su boca. Así pues, no les costaría demasiado creer que Sean Russell, de similar corpulencia y estatura, era el señor Neil Bishop.

Había sido una idea acertada despertar a Sean y hacerle partícipe del plan. En cuanto estuvo despejado, le aleccionó como era debido y lo vistió más elegante de lo que jamás había ido. El hombre le debía demasiado como para cuestionar las razones de Zake. Años antes le salvó de ser atrapado como ladrón en Glasgow, y con ello se había asegurado su lealtad. También se sentía en deuda con las muchachas, pues ellas le ofrecieron comida, un techo y un salario justo para que no tuviera que volver a pasar hambre o delinquir.

No habría nadie más, aparte de Ayla, Cadha, la señora Davies o él mismo, que supiese la verdad. Para ellos, Neil Bishop había fallecido víctima de sus propias fechorías. Para los demás, había regresado sano y salvo a la ciudad.

Cuando Sean Russell se apeó del barco había dejado escuchar su nombre las suficientes veces como para que nadie lo olvidara, tal como le pidió Zake. Después desapareció tras las viejas casas de Fullarton y nadie más volvió a saber de Neil Bishop.

Capítulo 2

Seis meses después

—¡No! —Ayla apoyó las manos sobre el escritorio para enfatizar su postura; la cual distaba mucho de ser refinada.

Una negación tan contundente no dejaba lugar a dudas y Samuel Francis, abogado de la familia, titubeó un momento. A pesar de su firmeza, temía un enfrentamiento con la hija mayor de Elliot Singht.

—Siento que no esté de acuerdo con mi elección, señorita Singht. He de advertirle que su padre me dio plena autoridad para contratar a aquella persona que considerara más adecuada para ejercer las funciones de administrador, así que...

—No me importan nada sus razones —lo cortó tajante—; ni las de mi padre, debo añadir. Mi hermana y yo hemos hecho el trabajo tan bien como cualquier hombre y no queremos que nadie vuelva a ocupar el cargo.

Ayla había sido la designada (lo que quería decir que se había ofrecido ella misma), para trasladarse hasta Irvine y disuadir al señor Francis de contratar un nuevo administrador. La misiva de este había llegado ese mismo día en el primer barco de la mañana, y tanto Cadha como ella misma la habían leído llenas de incredulidad.

Desde que se marchó el último hombre que ocupaba el puesto, unos ocho meses atrás, las dos hermanas se habían hecho cargo, con gran éxito además, de las tareas correspondientes al puesto. Nadie echó de menos a Thomas Robertson cuando este encontró un trabajo mejor y se despidió. Era un hombre ordinario, malhumorado y soez, cuyo mejor talento era beber una jarra de cerveza tras otra mientras tarareaba una cancioncilla popular eructando. ¿Y ahora debían aceptar que se hubiera contratado a otro hombre para tal fin, sin haber sido primero consultadas?

Por supuesto, a últimas instancias, el culpable de todo era su padre. Ayla no era tan tonta como para no darse cuenta. El único problema era que, como siempre, pasaba Elliot más tiempo en Edimburgo que en su propia casa, y no había forma de hacerle desistir de tan nefasta idea.

La única solución era, por tanto, intentar amedrentar al abogado que con tanta displicencia les había comunicado por carta la llegada inminente del nuevo administrador.

Desgraciadamente, no parecía estar consiguiéndolo.

—Pu-pues lo siento mu-mucho —tartamudeó el letrado, algo intranquilo por la fija mirada azul que la joven tenía puesta en él. Había oído tantas cosas sobre esas hermanas que...—. Ya es un hecho consumado, señorita. El señor... —Revisó unos papeles que tenía encima del escritorio de teca natural de la India, hasta dar con el correcto—, Campbell... Llegará esta misma tarde para tomar cargo del puesto.

Alargó la mano para entregarle unos papeles que Ayla cogió con brusquedad. El contrato daba fe de la aceptación de un tal Michael Campbell, que pasaría a desempeñar el papel de administrador a cambio del sueldo estipulado. Para su consternación, el documento estaba firmado de puño y letra de su padre, lo que quería decir que había dado su aprobación sin saber quién iba a ser el escogido, antes de marcharse de viaje una semana antes.

Se enfureció con él, aunque en el fondo Elliot Singht no era un mal padre. De hecho, era todo lo contrario. Les había dado amor y nunca les negó nada. Eran ellas las que ejercían de dueñas y

señoras de la casa, y les dejaba hacer o deshacer cualquier cosa que las hiciera felices. Él conocía muy bien cuáles eran sus sentimientos respecto a la administración de la finca y la cantera, por lo que Ayla no entendía que hubiera ido con subterfugios con ese tema en concreto.

Es más, ni ella ni Cadha habían imaginado nada.

—Pues póngase en contacto con el señor... —leyó— Campbell..., y dígame que ha habido un grave error, que lo siente y todas esas cosas, pero que el trabajo no está disponible —insistió con terquedad.

—Me gustaría mucho complacerla, de verdad —aunque solo fuera para quitársela de encima —; sin embargo, temo que ahora es un imposible.

Las palabras del abogado la exasperaron aún más y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por controlar su temperamento. Por mucho que le daba vueltas, no lograba dar con una solución satisfactoria. La señora Davies ya las había advertido, solo que ella había confiado en triunfar.

Con rabia contenida cogió su sencillo sombrero de paja, adornado con una cinta azul, murmuró un desabrido adiós y se marchó de aquél despacho como alma que lleva el diablo. Ya en la calle, y sin mirar atrás, echó a andar con un paso más enérgico del que era habitual en una joven. Sabía que no hacía falta mirar a su espalda para saber que Zake andaría a unos pasos detrás de ella.

A esas alturas estaba algo más que molesta. Como no podía dirigir su ira hacia la persona culpable de todo el asunto, concentró todas sus energías en hacer responsable al desconocido que se había atrevido a solicitar el empleo. A buen seguro se trataría de otro hombretón con ínfulas que despreciaría las ideas y consejos que tanto su hermana como ella tenían que ofrecer, solo por el hecho de ser mujeres. Las trataría con condescendencia, pero con respeto, aunque solo por ser las hijas del dueño. Luego se acercaría al pueblo, donde le contarían una sarta de mentiras, y empezaría a mirarlas de reojo como si de pronto a ambas les hubiese crecido cuernos en la cabeza. A la larga las evitaría en la medida de lo posible (cosa no muy difícil), y ellas harían otro tanto.

En fin, su rutina habitual.

—¿Todo bien?

Zake se materializó a su lado. Aunque su rostro no mostraba la más mínima expresión, Ayla sabía captar su preocupación.

—No —era su palabra preferida—, nada está bien. No he conseguido nada a parte de saber que papá dio el visto bueno a este disparate. Si en este momento estuviera en casa...

La amenaza no pronunciada no estaba hecha en vano. Ambos sabían que Elliot Singht hubiera estado en serios aprietos de no encontrarse de viaje. Sus hijas, con su acostumbrada determinación, lo habrían avasallado hasta hacerle ceder. Siempre había sido así y era de esperar el mismo resultado.

—Quizás no sea tan mala idea que... —Zake cortó de raíz el resto de su alegato cuando Ayla le dirigió una mirada cargada de ira.

—¡No empieces tú también! —exclamó alejándose y dirigiendo sus pasos hacia Irvine Bridge.

En realidad, Zake opinaba que las hermanas Singht eran tan buenas llevando las tierras como cualquier administrador. Además, todos en la casa, incluido él, estarían mejor sin un chupatintas correteando y husmeando por la propiedad. No es que vieran mucho al anterior; no obstante, Zake se sentía más tranquilo ahora que no tenía que estar pendiente de alguien más.

Ayla y Cadha eran más que unas patronas. Les debía mucho, al igual que a su padre. Allá por el año mil ochocientos seis fue comprado por este cuando rondaba la quincena, aunque de eso no estaba muy seguro, pues no sabía a ciencia cierta el año de su nacimiento. En uno de sus viajes a

Barbados, Elliot Singht se fijó en él, y a día de hoy era incapaz de explicar qué le había atraído del joven negro, alto y delgado, que era en aquel entonces. Lo que sí estaba seguro era de lo que sintió cuando los ojos de ese hombre elegante, a pesar del húmedo calor del ambiente, se posaron en los suyos: esperanza. Y así había sido. Lo compró por unas pocas monedas, lo vistió con ropas que parecían estar hechas de la tela más fina y delicada, y lo subió al barco que los llevaría a ambos de vuelta a un lugar que él desconocía por completo: Escocia.

De eso hacía más de treinta años y, a pesar de la abolición de la esclavitud en el Imperio Británico, Zake permanecía con la familia. Había presenciado la boda del señor Singht y los posteriores nacimientos; primero el de la primogénita y dos años después el de la pequeña Cadha. A lo largo de ese tiempo se había convertido en un hombre de confianza para cada uno de los miembros de la familia. Lo respetaban y lo trataban como a un igual a pesar del color de su piel y el lugar de procedencia.

Ahora, con algo más de cincuenta años, su complexión se había duplicado, así como el espacio en su corazón donde guardaba con celo el profundo afecto que los Singht le inspiraban. No solo se trataba del respeto que recibía por parte de ellos, sino que se veía correspondido. Cuando eran pequeñas, las jóvenes de la casa lo llenaban de abrazos y muestras de ternura. También le confiaban sus preocupaciones y lo trataban casi como a un hermano mayor.

Para corresponderlas, Zake se había autodesignado como su guardián; una especie de ángel protector. Velaba por ellas y estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de protegerlas. Si pudiera, no dudaría en descargar su ira sobre aquellos que no tenían reparos en murmurar a sus espaldas, pero la vida le había enseñado que no era infalible y que las jóvenes Singht corrían el riesgo de ser dañadas sin que él pudiera hacer nada por impedirlo.

Esa mañana había decidido salir tras Ayla porque era la que tenía más posibilidades de provocar un conflicto. Impulsiva hasta el extremo, la joven, decidida a tomar cartas en el asunto, se había embarcado en el primer navío que partió hacia Irvine, en busca de resultados satisfactorios. Por el modo que había salido del edificio era de prever que no lo había conseguido. Ahora solo tenía que lograr hacerla regresar a la isla sin que provocase ningún altercado.

Manteniéndose a pocos pasos de distancia, la vio a punto de cruzar el puente en dirección al puerto. Supo que no había conseguido su cometido cuando observó a un caballo y su jinete cabalgar hacia el punto exacto por el que ella pretendía pasar.

Ayla, que en ese momento estaba pensando en todos los patanes con los que había tenido la desgracia de cruzarse, no prestaba la debida atención.

Las advertencias del hombre pasaron inadvertidas hasta que el relinchar de un caballo perforó los oídos de Ayla, dándole un susto de muerte. Tropezó y cayó sobre el suelo embarrado.

Tras unos segundos de completa confusión, Ayla trató de levantarse. Al instante, Zake llegó a su lado para ayudarla, cogiéndola en brazos.

—No debería moverla —la voz desconocida se filtró a través del aturdimiento de la muchacha—. Antes habría que comprobar dónde se ha golpeado. La cabeza es una zona del cuerpo muy delicada.

Una mano desconocida empezó a palpar la cabeza de Ayla con suavidad. Ella la apartó de un manotazo; o al menos lo intentó.

—¡No me toque zopenco! —le dijo, con voz rota. Abrió los ojos y vio el rostro de Zake sin ninguna dificultad. No le dolía la cabeza, pero sí el hombro; debía de habérselo golpeado.

—¿Zopenco? —La indignación masculina despuntó por encima de cualquier preocupación, por

lo que Ayla giró el rostro hacia el lugar de donde procedía la voz.

Un hombre joven, alto y de complexión media, la miraba con cara de pocos amigos. Si antes sus ojos habían mostrado preocupación, ahora solo reflejaban irritación.

Ayla dio una suave palmada en la espalda de Zake para que la dejara en el suelo. Notó que el sombrero colgaba de su cuello, sujeto todavía con la cinta azul, pero su pelo debía estar hecho un asco. Solo cuando se pasó la mano por los cabellos y notó el tacto del barro, miró hacia su vestido, salpicado por el lodo.

Alzó la cabeza y se fijó en el cúmulo de gente que se había acercado para ver el espectáculo.

Sin ni siquiera tener que pedirselo, Zake los ahuyentó por ella.

—¿Qué estáis mirando? —preguntó con un profundo vozarrón. Incluso sin existir ya la esclavitud, su apariencia lograba amedrentar al más valiente—. Aquí no hay nada qué ver. ¡Así que largaos!

Acto seguido se quedaron solos con un jinete, que todavía iracundo, daba palmaditas de consuelo al caballo.

—¿Zopenco? —volvió a repetir. Esta vez la miraba solo a ella—. Se ha cruzado en el camino de mi caballo, sin mirar por dónde iba, me he apresurado a ver si se encontraba bien y... ¿usted se atreve a llamarme zopenco?

Los ojos azules del desconocido, muy parecidos a los de Ayla, la miraron con helada incredulidad.

En otro momento, pensó ella, quizás hubiera buscado la forma de aplacarle, pero hoy no era ese día.

—Solo si no es capaz de utilizar esos ojos que Dios le dio —espetó. La aturdidora bruma que envolvía su mente ya se había disipado—. No es solo culpa mía. La próxima vez procure fijarse mejor por dónde camina.

El hombre dio un paso adelante en un gesto intimidatorio, y al instante Zake se puso en tensión, listo para lanzarse sobre él al menor indicio de peligro. Ayla le hizo una señal para que se mantuviera al margen. Se creía capaz de lidiar ella sola con el problema.

—Mire señorita, deduciré que se siente todavía conmocionada por la caída y que no que pretendía decir...

—Es exactamente lo que quería decir —cortó altanera.

Para Zake, que lo había visto desde cierta distancia, la razón estaba de parte del desconocido. Además, era evidente que el hombre estaba haciendo verdaderos esfuerzos por controlar su temperamento, y eso era algo de valorar. Zake despreciaba a los hombres que no sabían mantener el control sobre sí mismos. Y en cuanto a eso, podía asegurar que Ayla estaba siendo irracional y obtusa a propósito. Entendía que no era un buen día para ella. Tal vez por ello estaba llevando su cabezonería al límite, y le pesaba saber que acabaría recibiendo su merecido.

—Mire, mi paciencia tiene un límite. En ningún caso he dicho que la culpa fuera solo suya. Incluso puedo ser capaz de reconocer que no estaba todo lo atento que debiera. Aun así, creo que merezco un simple «*gracias*» por haberme preocupado por usted.

—Pues en ese caso —replicó Ayla—, puede usted seguir esperando, si le place. No voy a darle las gracias por nada. Si acaso, era su deber —pronunció con desfachatez.

—Mi deber —repitió con la boca abierta—. ¿Sabe? Es usted una niña maleducada, así que no voy a malgastar más mi tiempo tratando de hacerla entrar en razón. Espero que cuando sus padres sepan de esa falta de modales tan evidentes, le den unos cuantos azotes en el trasero —esta vez se dirigió a Zake—. Bien merecidos, debo añadir. Y digo padres porque, después de lo visto, dudo

que ningún hombre en su sano juicio la eligiera a usted como esposa. Si me disculpan...

El hombre montó al caballo y se alejó de allí.

Por desgracia sus palabras llegaron a los oídos avezados de algún que otro transeúnte que no se había alejado de la escena con el propósito de saciar su curiosidad. Ayla se sintió humillada, no tanto por las palabras de ese hombre, sino por las risitas mal disimuladas que llegaron a sus oídos. Se sintió enrojecer por culpa del bochorno. No quería ser motivo de habladurías para nadie más; sin embargo, el desconocido lo había conseguido tratándola de niña malcriada, y marchándose luego tan campante.

No iba a tolerarlo.

—Déjalo. —Zake la cogió del brazo justo cuando ella iba a seguirle, impidiendo así que la joven fuera tras el hombre y montara un nuevo escándalo.

—¿Qué?! —soltó sorprendida—. ¿Me estás diciendo que lo deje ir después de haberme ofendido?

Zake bajo la voz.

—Tú te lo has buscado. Esta vez no llevabas razón.

Ayla no habría estado más desconcertada ni aún queriéndolo. Zake pocas veces en su vida le había llevado la contraria.

—¿Me ha llamado niña! —Y eso solo era el principio.

—No hubieras actuado como tal. Ese joven ha saltado del caballo tan pronto te ha visto caer al suelo. Su preocupación era genuina. No todos hubieran dejado desatendido el caballo por una mujer.

Ayla resopló, negándose a darle la razón. Era cierto que todavía hoy en día había escoceses que cuidaban más a su caballo que a cualquier mujer de su familia. Un hecho triste que no hacía más que añadir vergüenza sobre sí misma. Que Zake estuviera de parte de ese patán no menguaba ese sentimiento, y odió más a ese hombre por ello.

Durante el viaje de vuelta se negó a dirigirle la palabra. Zake, lejos de sentirse dolido, lo encontraba gracioso. Era mucha la confianza que había entre ambos y Ayla tendía a darla por sentada. No era que fuese malo, pero si se había portado como una niña malcriada tenía el derecho a decírselo. Además, daría su vida por la joven, al igual que por Cadha. Lo que pasaba con ambas era que no habían tenido una vida fácil fuera de los confines de su propiedad. Eso las había vuelto ariscas, consentidas y desconfiadas. También tenía en cuenta el suceso de meses atrás. Eso, aunque ellas no lo admitieran, las había desestabilizado por completo. Habían aparecido las pesadillas, en cada una por un motivo diferente, y las había vuelto más taciturnas en cuanto al resto del mundo. Ni su padre, que era quien las había concebido y criado, era capaz de ver a través de los muros de incomprensión, dolor y miedo que habían erigido a su alrededor. Solo ellas mismas eran capaces de acceder a la otra; y solo Zake y la señora Davies entendían el motivo de sus actos y acciones en apariencia irracionales.

Cuando desembarcaron en la Isla de Beith no tardaron en cabalgar hacia al sur bordeando la costa. Pasaron cerca de la destilería de la familia Reilly y también dejaron atrás la cantera. La extensión de tierra, verde y en todo su esplendor, se alzó orgullosa y brillante con la montaña elevada a su derecha.

Ayla ya se había desecho de su sombrero, atado ahora a su muñeca. Liberó sus cabellos de la prisión que suponía el recogido y espoleó su caballo con un grito de alegría.

La imagen que ofrecía resultaba tan bella como vulgar. Una mujer, cabalgando a horcajadas, con una melena escarlata moviéndose al compás del viento. Nada parecía tan liberador.

Como solían hacer a menudo, la vuelta a casa se convirtió en una competición. Ella y Zake sorteaban tierras de labranza, pequeños grupos de árboles y páramos desiertos; todo salpicado de pequeñas casas aquí y allá, pertenecientes a las familias que trabajaban para los Singht. La totalidad del terreno que abarcaba la vista les pertenecía, y Ayla no podía sentirse más orgullosa. Cada piedra era tan preciada e importante como el mayor de los tesoros.

Pronto se adentraron en los dominios de la mansión. La hierba, que un rato antes crecía agreste, ahora estaba recortada con precisión. A pocos metros la fachada de la casa se alzó ante sus ojos. Esta constaba de dos plantas con un saliente central en el que destacaban unas grandes ventanas verticales.

En lugar de aminorar la marcha, ambos jinetes aceleraron el paso. Pasaron de largo la puerta principal, coronada por un porche con una columna a cada lado, y siguieron hasta el edificio secundario, de menor envergadura, que conducía hasta las cuadras. Por menos de una cabeza, Ayla ganó. El grito de victoria resonó por todo el patio, al igual que el crujir de la gravilla bajo los cascos de los caballos. Con una inesperada sonrisa saltó y, con la naturalidad que daba el hacerlo un día tras otro, se bajó el vestido mientras tendía las riendas a un nada sorprendido mozo de cuadras.

—¡He ganado! —exclamó mirando a Zake y declarando lo obvio.

—Una justa victoria —admitió él. Cualquier cosa por verla sonreír. Por un instante parecía haber olvidado la afrenta en Irvine.

La señora Davies, que los había visto llegar desde uno de los muchos ventanales, se acercó a saludarles y los observó expectante. Eso hizo que Ayla recordara de golpe sus preocupaciones y un rictus amargo se instó de nuevo en su poco benevolente rostro.

—Veo que no lo has conseguido —dijo el ama de llaves, refiriéndose a lo del administrador.

Ella negó con la cabeza.

—Al menos no ha dicho «te lo dije».

—¿De qué serviría? Nadie es más consciente de eso que tú.

Era una maravillosa mujer; y tan clara como el agua.

Cadha, que también había advertido la llegada de su hermana y Zake, se acercó a ellos con paso pausado. Ayla se maravillaba de aquella templanza cada vez más. Parecía que nunca tuviera prisa por llegar a ninguna parte. Solo cuando cabalgaba abandonaba aquel aire perdido y reflexivo que parecía acompañarla siempre. A lomos de un caballo se volvía tan salvaje y desenfrenada como la propia Ayla.

—Deduzco que vamos a tener administrador —Cadha no tenía problemas a la hora de descifrar el rostro de su hermana. En realidad, ninguno de los presentes necesitaba de mucho esfuerzo para hacerlo. Ayla era un libro abierto.

—Antes de que acabe el día estará aquí —declaró malhumorada—. Desplazarme a Irvine ha sido una total y absoluta pérdida de tiempo.

—Tiempo que tú te has empeñado en perder —declaró la menor de las Singht.

—Si no fuera por esos ineptos...

—¿Con ellos te refieres a los hombres en general, o a alguno en concreto? —La señora Davies la miraba divertida, ya que la joven se exaltaba con mucha facilidad.

En la mente de Ayla, en lugar de aparecer la imagen del abogado, desfiló el rostro alargado y anguloso del desconocido que la había tratado con tanto desdén.

—A esos que van por el mundo creyéndose dioses y que no tienen problemas a la hora de denigrar a una mujer inocente.

—¿Estamos hablando del abogado de papá? —Cadha parecía tan desconcertada como el ama de llaves.

Zake, intuendo hacia donde se dirigía el pensamiento de la pelirroja, explicó lo sucedido entre Ayla y el desconocido, sin omitir ningún detalle.

—Eso ha sido muy descortés por tu parte —la censuró su hermana—. Tú no sueles comportarte de ese modo si antes no ha habido un agravio.

Lo cierto era que Cadha tenía razón. Sí, Ayla era impetuosa, brusca y un tanto insolente, pero no solía actuar tan descaradamente de buenas a primeras si no se trataba de alguien perteneciente al pueblo, en donde carecían de amigos. Reconocía también que su temperamento y posterior enfado habían provocado la áspera reacción del hombre. En circunstancias más agradables, Ayla se habría esmerado en dar una buena impresión. No obstante, le era imposible perdonar la burla pública a la que él la había sometido. Si tenía la poca fortuna de volver a verlo, iba a encargarse de que supiera quién era Ayla Singht.

Sin dar más explicaciones y adoptando la pose altiva a la que recurría cuando se sentía incómoda por algo, los abandonó en el patio para dirigirse a otros menesteres que le resultaban más placenteros: comer.

Ayla disfrutaba de la buena comida y gozaba de un apetito voraz que no se veía reflejado en su estilizada figura. La cocina de la casa estaba bien abastecida, con toda clase de succulentos platos destinados a paliar los deseos del comensal más exigente. Su padre solía invitar a gran cantidad de amigos y conocidos, y le encantaba oírles elogiar la calidad de los platos que llegaban a la mesa.

Cogió de esto y de aquello. Lo depositó todo en una bandeja y la subió con ella a la habitación. Después se quitaría el vestido y se pondría uno viejo con el que poder dirigirse a las cuadras; una de las yeguas más jóvenes no tardaría en parir y quería estar presente.

Cuando más tarde llegó a los establos, Cadha ya estaba allí, de rodillas mientras contemplaba el interior del cubil donde Belakane, la yegua, era observada con detenimiento por el veterinario. Las ubres le habían aumentado de tamaño y rezumaban una secreción espesa y clara.

—No tardará —le susurró su hermana. Ambas disfrutaban en presenciar el milagro de una nueva vida.

El animal resoplaba nervioso y el señor Miller las miró.

—Necesita calma o el parto será difícil. ¿A alguna de ustedes le gustaría ayudar?

Sin dar tiempo de responder, Ayla dio un paso al frente.

—Yo misma —dijo acercándose con cuidado. Tras un instante, comenzó a masajear con suavidad el vientre de la yegua.

—Shhh, Belakane, tranquila —el animal giró la cabeza y la miró.

Siguieron así durante más de una hora. Cadha y Ayla se turnaban y Zake iba pasando por allí con frecuencia para ver el progreso. Cuando el momento decisivo llegó, la yegua, recostada, empezó a empujar y las jóvenes Singht se apartaron a un lado, situándose junto al veterinario. Este no iba a ayudar excepto que se presentara alguna complicación. El proceso no fue rápido, como tampoco eterno. Lo primero que apareció fue una especie de bolsa lechosa seguida de un líquido; el animal rompía aguas. Al poco salieron las patas traseras y luego medio cuerpo. Fue cuando Belakane se levantó por completo que el resto del potrillo se dejó caer al exterior. El señor Miller se acercó entonces y le limpió la mucosidad que tenía en las fosas nasales para que pudiera respirar.

Ayla y Cadha se sonrieron felices.

Como la primogénita ya había comido, su hermana aprovechó para hacerlo. Ayla despidió al veterinario con la promesa de llamarlo si el recién nacido no se ponía de pie o mamaba en un corto espacio de tiempo. Después se aseguró un sitio en un rincón del establo y se sentó a observar los esfuerzos del pequeño animal. Menos de una hora después vio recompensada la espera con un tembloroso intento por parte del potrillo. Este consiguió permanecer derecho y, con pasos vacilantes, se acercó a la madre para mamar. Era una escena totalmente conmovedora. Por muchas veces que la viera, siempre lograba emocionarse. Era un hecho indiscutible que cada vez más menudo lograba relacionar, de forma involuntaria, el nacimiento de los caballos con su propio deseo de ser madre. También era innegable que ese deseo no era más que eso: un deseo. Con veinticinco años a sus espaldas ya no podía calificarse como una jovencita. Además, no ayudaba que no tuviese pretendiente alguno. Ni ella ni su hermana salían con frecuencia y, si lo hacían, siempre era debido a motivos de trabajo o relacionados con la propiedad. En el pueblo tampoco había nadie que despertase su interés, y así había sido durante bastante tiempo. Los habitantes masculinos de la isla procuraban no acercárseles, y si lo hacían no era con fines románticos. Y no es que lo desease; todos ellos eran un atajo de incultos supersticiosos que no tenían nada que aportarles. No es que soñara con encontrar amor verdadero, pero sí había aspirado a encontrar algún hombre agradable y de buena apariencia física al que no le molestara demasiado su áspero y enérgico carácter. También había que decir que ese hombre habría de ser lo suficientemente perspicaz como para vislumbrar a la verdadera Ayla, una mujer menos complicada de lo que las apariencias indicaban y que amaba esa tierra como si fuera una extensión de sí misma.

Una carcajada amarga ascendió por su garganta al tiempo que se levantaba con dificultad. Tenía las piernas entumecidas de estar tanto tiempo sentada en el suelo con las piernas cruzadas. En cuanto a lo de encontrar un hombre así..., debía ser realista. Si antes del suceso había sido difícil encontrarlo, mucho más ahora. Era indiscutible que jamás podría tener una relación basada en el afecto y la confianza. Sin esas dos cosas, cualquier relación estaría vacía, algo así como una pantomima, pero no podía ir yendo por ahí explicando que había asesinado a un hombre. Una vez se confesara quedaría expuesta al juicio de otras personas. Por mucho que intentara explicar sus razones, sería sentenciada incluso antes de dar su versión de los hechos. La única solución, en el caso de encontrar al hombre adecuado, sería esconderlo, omitirlo; y lo ocurrido había sido demasiado trascendente como para no afectarla.

No, no podía ser.

Salió de las cuadras con la sensación de tener un nuevo peso en el corazón. Al menos debería alegrarse de poder contar con su hermana, su padre, Zake y la señora Davies. Si no podía tener a un hombre... En fin, debían de ser los designios del Señor y ella lo soportaría con resignación y estoicismo. O al menos lo intentaría.

Iba a dirigirse hacia las cocinas cuando vio acercarse a un hombre con las riendas de un caballo en la mano. El sol del ocaso la deslumbraba y no distinguía bien el rostro. Solo cuando lo tuvo a pocos metros reconoció al animal, como también al odioso e impresentable que esa mañana la había hecho quedar como una ingrata e infantil jovencita.

—Oh, menuda suerte la mía —exclamó el zopenco.

El sarcasmo de sus palabras no la encolerizó tanto como la larga e insultante mirada que la recorrió de arriba abajo. Quizás, en ese momento, no presentara su mejor aspecto. Él no podía saber dónde había estado las últimas horas, pero no por ello se dejaría amedrentar por aquel patán en su propia casa. En ningún caso.

—No juzgues y no serás juzgado —salmodió con acidez—. Veo que permiten el acceso a cualquiera en estas tierras.

—No he visto ningún cartel que prohíba el paso a gente decente.

—¿Gente decente? ¡Ja! Quizás no sabes que esto es propiedad privada. No se permite la visita a deslenguados e insolentes —arremetió. El tuteo le salió natural.

—Ja, ja, ja —no reía de felicidad—. Y eres tú la que lo dice. Venga, no me entretengas que no tengo ganas de perder el tiempo con una muchacha como tú.

Solo le había faltado añadir «insignificante». Parecía haberla tomado por una criada más de la casa, en lugar de la dueña.

—¡Serás engreído! Márchate ahora mismo por donde has venido.

—Pues siento decepcionarte, pero estoy aquí por una razón lícita y no tengo intención de marcharme. —Le entregó las riendas—. Encárgate de que un mozo lo atienda. Está sediento.

Ayla se quedó boquiabierta ante tamaña desfachatez. Ya no recordaba haber admitido que ella debería haber sido más agradecida en su anterior encuentro y haberlo tratado con más consideración. Lo aborrecía con todas sus fuerzas.

—¡Atiéndelo tú! Eres su propietario, no yo —e intentó devolverle las riendas, en vano—. Además, no vas a quedarte tanto tiempo.

Ella misma lo iba a echar a patadas; y lo haría con todo el placer del mundo.

—En eso te equivocas, preciosa —esbozó una sonrisa que, en otras circunstancias, le hubiera parecido agradable a la vista. Tampoco disfrutaba de saberse llamada preciosa cuando era evidente que no era ese el significado que él pretendía darle a esa palabra—. Tienes ante ti al nuevo administrador, así que vas a tener que aguantarme una buena temporada.

Eso consiguió llamar su atención, y de una alarmante manera. ¿El administrador? ¿El administrador? No podía tener tan mala suerte. Era imposible que ese hombre fuera...

Arrancó a correr hacia la casa dejándole pasmado. Entró por una de las puertas traseras y avanzó velozmente por el corredor, sorteando a una de las sirvientas, que la miró extrañada.

Encontró a la señora Davies en el salón.

—¡El nuevo administrador está fuera! —soltó sin casi respirar—. Avise a Cadha y a Zake. Yo bajaré en un momento. —Y siguió su camino apresurándose, remontando las escaleras de dos en dos hasta alcanzar la intimidad de su dormitorio.

Su propósito era darse un poco de tiempo para adecentar su aspecto. No era vanidosa, pero no iba a aparecer otra vez ante él con una apariencia que no fuera más que perfecta.

Con movimientos rápidos y precisos, se desprendió del vestido. Añadió agua a una jofaina y se lavó cara, manos, cuello y brazos con fruición. El siguiente paso fue soltar su larga melena rubí para peinársela hasta que le dolió el cuero cabelludo. Iba a dejarlo tan brillante que ese miserable iba a quedar cejado ante tal despliegue de tonos rojizos. Como no tenía tiempo de llamar a Daphne para que le hiciese un recogido apropiado, ella misma despejó la parte más alta anudándola detrás con un prendedor que perteneció a su madre y dejando el resto de la melena suelta. Quizás no estaba de moda, aunque de igual forma resultaba sencillo y favorecedor. En vestidos no tenía nada demasiado elegante para escoger, así que optó por uno azul con un corte simple que resaltaba el color de sus ojos.

Se miró en el espejo. Sí, ahora se sentía decente y con ganas de enfrentar al nuevo administrador.

Bajó las escaleras con cuidado e intentó no tropezar. Se sentía un tanto insegura después de tanto despliegue de encanto físico. Quizás no se había parado el tiempo suficiente para pensarlo

bien. Tal vez ese sujeto, al verla arreglada, imaginase que lo había hecho por él. Solo le faltaría hacerlo más presuntuoso de lo que ya era.

Indecisa, se detuvo a los pies de la escalera tratando de figurarse dónde estaría. La aparición de Zake decidió por ella.

—¿Lo has visto? —le preguntó casi susurrando. La expresión de desconcierto de Zake la obligó a añadir—. Al nuevo administrador, me refiero.

—Me han pedido que acuda al despacho —explicó—. Todavía no he tenido el dudoso placer.

Ambos anduvieron hacia la parte trasera. El despacho era una habitación pequeña y confortable.

—Pues espera a ver. Ni te imaginas quién es.

Ayla entró sin llamar, seguida del barbadense. En la habitación, tal y como pensaba, se hallaban Cadha, ese insufrible y la señora Davies, que se afanaba en preparar algo de beber en un rincón.

—¡Aquí estás!

Su hermana le lanzó una sonrisa de alivio en cuanto la vio. Gracias a la señora Davies, siempre atenta, no había tenido que permanecer a solas con ese hombre, lo cual la ponía nerviosa desde lo de aquél fatídico día. A la par, Michael Campbell se levantó en señal de buena educación y respeto, hasta que la miró bien.

Ayla, por su parte, no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa de jactancia en cuanto percibió la sorpresa masculina. Las tornas habían cambiado y ella ya no estaba en una postura de desventaja; todo lo contrario.

—Buenas tardes —no lo miró cuando lo dijo. ¡Qué pensara lo que quisiera!

—Es el nuevo administrador —anunció Cadha.

—Mucho gusto —esta vez lo miró a los ojos. Su sonrisa decía una cosa, pero sus ojos expresaban todo lo contrario, y esperaba que él apreciara esa poco sutil diferencia—. El señor Clacher, ¿verdad?

—Campbell —corrigió él.

—Ah sí, por supuesto, Campbell. Había olvidado los datos que esta misma mañana me facilitó el señor Francis. —A cualquiera de los presentes no le cupo la menor duda de lo falso de esa declaración. Al recién llegado menos que a ninguno.

Cadha la miró de reojo, curiosa, pero Ayla la ignoró. Tenía toda su atención puesta en Michael Campbell.

—Una lástima —adujo él.

—Sí, una auténtica lástima —replicó Ayla—. Lo cierto, señor Campbell, es que su presencia aquí no es necesaria ni querida —Cadha y la señora Davies la miraron asombradas por su cruda franqueza, aunque Zake no lo estaba tanto, ya que lo había visto venir—. Pero ya que ha sido contratado, nos resignaremos. Mi padre es el dueño, pero está fuera, así que por ahora deberá rendirnos cuentas a nosotras. —Ayla sonrió como si ya lo saborease.

Cadha, que estaba tan poco contenta como ella de la llegada del nuevo administrador, asintió, corroborando todo lo que Ayla decía. Ya preguntaría más tarde los motivos de tan manifiesto antagonismo.

—Es más que justo.

—¿Té?

La intervención del ama de llaves interrumpió la batalla dialéctica. Todos agradecieron con una sonrisa la taza y bebieron el líquido caliente. El silencio imperó por unos minutos; solo unos

pocos.

—Bien —Ayla entregó la taza—, debe sentirse cansado.

Antes de que él lo negase o afirmase, ella continuó diciendo:

—Le acompañaremos para que proceda y mañana pueda presentarse bien fresco cuando pasemos a enseñarle cuáles son sus funciones.

—¿A quién deberé dirigirme?

—A mí, por supuesto. O dado el caso, a mi hermana —se dirigió ella—. ¿Te importa?

—En absoluto. —De hecho, parecía bastante aliviada de verse libre de semejante carga.

—Un segundo —Michael Campbell parecía desconcertado—. Tú, digo, usted, no hace falta que se moleste; con que un encargado me enseñe...

—Yo —matizó—, soy el encargado que busca. Mi hermana y yo hemos estado ejerciendo de administradoras, por lo que me veo bastante capaz de enseñarle cuáles son sus cometidos a partir de ahora. —El sarcasmo no pasó desapercibido.

—Entiendo —dijo este. Parecía estar intentando digerir la compleja misión a la que se enfrentaba—. En ese caso, si son tan amables de señalarme mis aposentos, me retiraré.

—Ah, pero ¿cree que se instalará aquí? —Ayla se recreaba en la burla. De todas formas, le extrañaba que alguien habituado a ejercer de administrador no estuviera acostumbrado a vivir separado de la familia para la que trabajaba.

Cadha decidió tomar la palabra. No quería que Ayla se excediese demasiado. Ya lo había avasallado suficiente por ese día.

—Lo que mi hermana quiere decir es que nuestros anteriores administradores se hospedaban en una casa no muy lejos de aquí. De todas formas, respeta su privacidad mucho mejor de lo que lo haría viviendo con la familia.

—Pero no piense que por ello puede llenarla de compañía femenina —acotó Ayla de golpe—. Esto no es un burdel.

Al momento de decirlo se arrepintió. Ya no le hacían gracia las miradas un tanto sorprendidas de los otros tres. En cuanto al señor Campbell, parecía como si hubiese querido decir algo y lo hubiese pensado mejor. Casi prefería lo primero, así no tendría que ver en el fondo de sus ojos esa risa burbujeante que tanto la hacía enfadar. Lo último que quería que él pensara era que esas palabras habían sido dichas porque tenía interés en él como hombre. Ciertamente podía llegar a resultarle interesante, si no lo aborreciera, pero no se trataba de eso. Era algo mucho más complicado lo que había salido de su boca antes de que el pensamiento se formara siquiera en la mente. Enrojeció y le maldijo por ello.

—Estoy segura que el señor Campbell respetará a esta familia y se ceñirá a unas decentes reglas de decoro —indicó Cadha—. En cuanto a la casa, contiene todas las comodidades básicas que pueda desear. Espero que sea consciente que no esperábamos su llegada y no hemos podido acondicionarla en toda su totalidad. Eso sí, está bien aireada —miró a la señora Davies y esta lo ratificó con un asentimiento de cabeza—. Ahora mismo deben estar preparándole un refrigerio para esta noche y el desayuno de mañana. A partir de hoy se le proporcionará limpieza y comida todos los días. Espero que esté de acuerdo.

El nuevo administrador asintió con la cabeza.

No mucho tiempo después, tres personas partían rumbo al sudeste.

Esta vez, Michael Campbell no pareció tan sorprendido de verse acompañado por Ayla y Zake. Ella encabezaba la marcha y el barbadense la cerraba. La joven había considerado adecuado que tanto ella como Cadha lo acompañaran, aunque la menor había declinado ir.

Hicieron el viaje en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

El ocaso se cernía sobre sus cabezas cuando, a menos de media milla de distancia, divisaron la edificación destinada a ser la vivienda del administrador. Se hallaba enclavada en mitad de un grupo de árboles no demasiado frondosos pese a la estación en la que se hallaban. De una sola planta, y en lo que podía definirse como una habitación superior tipo buhardilla, la casa resultaba pequeña. Ayla la había visitado en contadas ocasiones, ya que siempre solía estar ocupada por el hombre al cargo. La última vez, pocas horas después de la marcha del último administrador, había vislumbrado un salón, no más grande que su propia habitación, con una chimenea aceptable. Enfrente, una pequeña cocina y un trastero; al fondo, a mano derecha, unas estrechas escaleras de madera conducían a una habitación que hacía las veces de despacho. Con su escritorio, cama y armario, rayaba en lo espartano. En ese momento no pensó en si el nuevo habitante de la casa estaría cómodo o no. Ahora, en cambio, se preguntaba si el señor Campbell encontraría agradable el lugar.

—Bien —empezó a decir una vez se plantaron delante de la fachada—, a partir de hoy este será su nuevo hogar.

El aludido no dijo nada y se limitó a evaluar lo que tenía delante.

Para no quedarse de pie como una tonta sin saber qué hacer, se apresuró hacia la puerta y la abrió con la llave que traía consigo. Sin esperar una señal, Zake entró con los paquetes de comida preparados en la casa y los depositó encima de la pequeña mesa en la cocina.

—¿Le ayudo a encender la chimenea? —se ofreció Zake. A pesar de no ser un sirviente, consideraba que no menguaba en nada su hombría por echar una mano a un recién llegado.

—Si no le molesta, se lo agradecería.

Al menos no tomaba al hombre por un criado y se mostraba educado con el ofrecimiento, observó la joven.

Ayla aprovechó el momento para señalarle dónde se hallaban las cosas más imprescindibles. De pronto, estaban solos en la cocina.

—La señora Davies me ha asegurado que han puesto sábanas limpias —no sabía por qué la incomodaba tanto decir aquello—, así que de momento no tendrá que preocuparse por ello. Espero que se encuentre cómodo en su primera noche aquí. —No resultaba sincera del todo. Su parte malvada deseaba que las chinches invadieran su cama y no lo dejaran descansar.

Él no estaba muy seguro sobre si creerla o no, pero de todos modos, asintió.

—En cuanto a cómo dirigirme a ti... —Nadie había pronunciado su nombre.

—Patrona —añadió ella con sequedad al notar el tuteo. Una cosa era permitírsele cuando él la tomó por una criada, y otra muy distinta era consentírsele ahora—. O en su defecto, señorita Singht.

—Me refería a...

—Sé a lo que te referías —lo cortó—, pero creo que olvidas que en este caso, tú eres el empleado y debes tratarme con la deferencia propia del cargo que ocupas.

—Si esto reafirma tu feminidad —se encogió de hombros—, por mí no hay ningún problema.

—¡No se trata de reafirmar nada! —Ayla bajó la voz—. Estás malinterpretando mis palabras deliberadamente —lo acusó—. Si sigues así, no creo que dures mucho en el cargo.

—Ah, una amenaza. Estaba pensando cuánto tardarías en lanzarla.

Ayla, furiosa por no lograr amedrentarle, se acercó con lentitud hacia él, se puso de puntillas y le espetó.

—No es una amenaza. Es una promesa. —Y luego salió sin esperar a ver su reacción. Si seguía

al lado de ese hombre insufrible, se sentía capaz de utilizar la violencia física. Era algo visceral.

En el camino de vuelta, se negó a explicar a Zake más de lo debido. Eran demasiadas cosas para asimilar y se sentía desbordada. No obstante, le pidió que no le quitara ojo. Este no le preguntó el motivo de tal petición y se limitó a asentir.

Ya en su habitación logró lanzar un suspiro de agotamiento antes de que su hermana entrase rauda y con la curiosidad pintada en el rostro.

—¡Quiero todos los detalles! —afirmó tirándose encima de la cama de Ayla.

—No hay mucho que contar. —Vertió agua del aguamanil y se lavó las manos—. Además, no quiero perderme la cena solo para que logres saciar tu curiosidad.

—Nos esperarán —desechó con la mano con la seguridad propia de la dueña de la casa—. Vamos, quiero saber qué tiene ese hombre para que estés tan sublevada.

—Ya sabes que no quería un administrador —se salió por la tangente.

Cadha la observó con atención. Sabía que había más, así que solo tuvo que esperar a que la hermana lo confesara. La miró de forma inquisitiva.

—¡Muy bien! No solo es eso. Es el mismo tipo que me derribó con el caballo.

—¡No puede ser! —la miró con la boca abierta y Ayla asintió—. Pues menuda suerte la tuya. Ahora no me extraña lo belicosa que te has mostrado con él. ¿Se lo dirás a papá?

Ayla conocía a su padre y sabía que restaría importancia al incidente mientras Michael Campbell demostrara ser competente y le cayera simpático. No, ella tendría que ver la forma de echarle de allí.

Ayla le explicó todo a su hermana menor y ambas se saltaron la cena esa tarde, intentando decidir si les convenía más mostrar su desacuerdo de forma abierta o ser un poco sutiles. Ninguna de ellas tenía demasiada experiencia en eso último, pero cuando les convenía, podían llegar a ser tan astutas como el mejor espía. De momento esperarían a ver cómo actuaba Campbell, y después obrarían en consecuencia.

Cuando algo más tarde se acostó, los recelos no habían desaparecido. Un fuerte instinto le advertía sobre él y le hacía sentir como si ese hombre fuera capaz de cambiar su vida. El futuro decidiría si era para bien o para mal.

Capítulo 3

Cuando Michael salió al exterior, un golpe de aire le sacudió el cabello y la ropa. Sorprendido, alzó la vista al cielo. Un gélido viento se había levantado en toda la isla. Las nubes habían escondido el sol primaveral y la temperatura del mediodía había descendido unos considerables grados. Todavía le quedaban mil tareas por hacer, por lo que se apresuró a ir en busca de su caballo.

Si hubiera dispuesto de más tiempo se habría acercado a la pequeña cala de la que le había hablado el encargado de la cantera. Ahora no valía la pena. Con un suspiro de pesar decidió que lo mejor era notificar a las señoritas Singht lo que acababa de saber. Tratar de resolverlo por su cuenta solo supondría un suicidio en lo que al trabajo de administrador se refería. Dar un paso en falso sería la excusa que esas hermanas necesitaban para echarle de su puesto. Ni siquiera el supuesto apoyo del ausente padre lograría mantenerle en el cargo.

En esas dos semanas de trabajo había descubierto muchas cosas. Una, que las hermanas lo detestaban, sobre todo la mayor —sospechaba que era debido al incidente en Irvine—. Dos, que llevaban ejerciendo de administradoras desde que el último ocupante del cargo se marchó. Y tres, que lo habían hecho admirablemente bien.

Cuando se le concedió el puesto que ahora ocupaba, el letrado Samuel Francis obvió comunicarle ese curioso dato. Solo le informó de que el cargo llevaba vacante desde hacía por lo menos ocho meses. No era de extrañar, pues, que Campbell esperara encontrar un completo caos en lo que a papeles, informes, rentas y pagos se refería. Y en cuanto a la cantera de la familia, se había imaginado pasando largas horas entre montañas de documentos y manteniendo intensivas y agotadoras conversaciones con el propio capataz.

Siendo así, había temido la posibilidad de que finalmente se descubriera que en realidad no era ningún administrador. Turniltong, el abogado que le encargaba ciertos trabajos, había falseado las referencias utilizando la ayuda de viejos y actuales conocidos. Nadie debía descubrir el motivo real que lo había llevado hasta la Isla de Beith.

¿Si entendía de todo lo relacionado con la administración? No demasiado. Nunca había tenido la necesidad de ejercer ese noble oficio y le suponía todo un reto. En un trabajo como el suyo se tenía que saber hacer de todo; y como esperaba que solo fueran unos días —hasta que resolviera lo que había venido a hacer—, podía simular saber lo suficiente como para no quedar en evidencia. Eso y la ayuda que recibía de Ayla Singht, compensaban la ineptitud que pudiera demostrar.

En cuanto a esta, debía reconocer que estaba impresionado. Cuando Ayla Singht le hizo una exhaustiva ilustración de cada palmo de la isla que les pertenecía, no pudo menos que asombrarse. Hablaba con una propiedad y seguridad fascinantes, que aseguraban unos conocimientos del cargo que superaban los suyos con creces. Tras eso descubrió dos cosas: que teniéndola a ella su presencia allí no era necesaria y, la otra, aunque menos agradable, era que, debido a eso, entendía por qué ninguna de las hermanas podía considerarlo bienvenido. Aun así, también comprendía al señor Singht. Ningún padre que se preciara dejaría que una de sus hijas se centrara en menesteres tan prosaicos y desagradables. Al menos, no el suyo.

Él, por su parte, no estaba ni a favor ni en contra; todo en su justa medida, ese era uno de sus lemas.

Y quizás aquel era uno de los problemas. Ayla Singht era cualquier cosa menos moderada. En el lapso de tiempo que llevaba allí, el antagonismo que él le inspiraba había ido creciendo. Lo curioso del caso era que, en la práctica, solo había hablado con ella. Esta afirmaba que ambas hermanas hacían las veces de administrador, pero no había visto pruebas fehacientes de ello. Solo Ayla le acompañaba, le ordenaba, le advertía y un sinnúmero más de cosas que siempre encontraba para retraerle. Era como si la menor le rehuyera. Y ni eso, ya que casi no la había visto desde que hablaron en el despacho el día que él tomó su cargo por primera vez.

E incluso así, podía afirmar que habían hecho un buen trabajo. Los libros de cuentas estaban al día y eran tan minuciosos que le facilitaban un trabajo que apenas comprendía. Lo único que tenía que hacer era seguir las mismas pautas que ellas habían establecido. Michael se sabía un hombre capaz de adaptarse a las nuevas circunstancias, fueran cuales fueran. Solo un necio no aprovecharía el don natural de las Singht para las finanzas y él, por supuesto, nunca lo había sido.

Tampoco había llevado las cuentas de una cantera, de ningún tipo. Incluso ahora podía afirmar que no era tarea fácil. Había demasiadas complejidades dentro de un núcleo cerrado como aquél; desde los propios canteros, pasando por los artesanos, el ingeniero y el capataz general. También había demasiadas toneladas de pizarra entrando y saliendo como para darse el lujo de despistarse. La visita diaria a la mina era casi una obligación, pero esta vez había sido diferente. El encargado le había comentado el suceso en la cala pocos días atrás. Aunque no era culpa de ninguno de ellos, el señor Lesley temblaba por el solo hecho de tener que comunicar a las hermanas un incidente que, lejos de ser aislado, creía iba a desatar la ira sobre su cabeza. Michael se había apresurado a calmar sus temores. Si eso servía para tranquilizarle, asumiría gustoso el cargo de mensajero del diablo. La expresión de alivio del hombre le había parecido un tanto excesiva. Solo ahora, mientras detenía el caballo en el patio de la casa familiar de los Singht, pensó si de verdad había sido tan buena idea después de todo.

Tuvo que recordarse que Ayla era una simple mujer, no el ogro por el que todos parecían tenerla. Lo curioso del caso era que en la cantera su simple nombre suscitaba miradas de soslayo y murmuraciones, incluso en el encargado. Visto lo visto suponía que era una dura jefa que no se dejaba amilanar ante un buen puñado de hombres descontentos. El señor Lesley le había asegurado que el trato con el anterior administrador era cordial, pero eso no impedía que tanto las hermanas como el padre se pasasen con asiduidad para comprobar in situ el estado del trabajo. Eso parecía provocar resentimiento entre los hombres, sobre todo ante las constantes visitas de las hijas. No había sacado nada en claro excepto frases sueltas aquí y allá, lo que demostraba un poco o nulo aprecio por ellas. Y era extraño, pues los salarios y las condiciones de los canteros eran todo lo buenas que podían ser dadas las circunstancias.

No es que hubiera visitado muchas canteras de pizarra, pero solo un tonto ignoraría el buen ambiente que reinaba y la satisfacción que muchos de ellos sentían por un trabajo bien hecho.

La otra cara de la moneda la encontraba en la casa familiar y sus dependencias. Por eso su extrañeza. A Michael se le había concedido un espacio a modo de despacho en un lateral de la casa, por lo que pasaba mucho tiempo encerrado allí cuadrando fechas, importes y recibos. La habitación era un lugar ideal por su ubicación, ya que tenía una puerta adyacente que daba al exterior. Por allí desfilaba algún peón, en ocasiones el secretario del señor Lesley, algún arrendatario o pastor. Los Singht criaban, además, ovejas y era difícil para él tener controladas todas las cabezas; cuántas morían, los nacimientos y otras cosas que podrían amenazar la cordura

del más avezado de los administradores. Cada tres días, siguiendo el orden establecido por las hermanas Singht, se reunía con el pastor de este u otro rebaño para poner al día las cabezas que pastaban en las colinas de las montañas. Por eso, en su visita diaria a la casa, tenía contacto con el ama de llaves, mozos de cuadra, palafreneros y sirvientas. No eran muchos, pero ese pequeño ejército que se desvivía por atender las necesidades de la familia tenía una opinión muy distinta a la de aquellos que trabajaban en la cantera. Incluso aquellos que vivían en sus tierras. Quizás tenía que ver con el contacto directo; no lo sabía. Y no es que hubieran dicho nada en voz alta, y menos a él, un recién llegado, pero se podía percibir el cariño, afecto y el respeto cuando hablaban, sobre todo de ellas; al parecer, eran el objeto de la discordia.

Sería un caso digno de estudio si él no tuviera cosas más importantes en las que pensar... O investigar. Ahora, pues, de lo único que debía preocuparse era de informar a las dueñas sobre un contratiempo, así que se entretuvo buscando a la señora Davies para ver si podía hablar con alguna de ellas.

Por suerte o por desgracia fue Ayla la que lo encontró a él rondando por los pasillos de la casa.

—¿Buscas algo en concreto o es esta la idea que tienes sobre el trabajo de administrador?

Ayla se acercó a paso enérgico sin esbozar un saludo que implicase buenos modales o ningún indicio de cordialidad. Si no le gustaba viéndole ejercer un puesto que consideraba propio, menos le gustaba verle rondando por su casa. En cuanto al trato informal, se había dado por vencida cuando él seguía insistiendo en tratarla como si se conocieran de toda la vida. Seguir con el tuteo suponía provocar su hilaridad, así que desistió a los pocos días.

—Buenos días a ti también —dijo él tras un suspiro audible—. Te estaba buscando. O para ser más exactos —se corrigió—, buscaba a la señora Davies para que me dijera si podía darme tu paradero.

Ella lo miró con suspicacia, como si supusiera que las palabras que salían de su boca eran pura mentira.

—Pues aquí estoy, no tienes que seguir buscando más. ¿Qué sucede?

—Quizás sería bueno que me acompañaras a mi despacho —sugirió.

Ayla, como respuesta, alzó una ceja. No entendía tanto secretismo.

—Si insistes... —aceptó a desgana.

Al instante le adelantó en un gesto que quería indicar a las claras quién mandaba allí, lo cual le divirtió. No era la primera vez que lo hacía ni la primera que se preguntaba qué tenía que demostrar.

De todas formas, su posición no era tan mala. Esta vez. La joven se había recogido el cabello en un austero moño, lo cual despejaba su nuca blanca y apetecible.

Muy apetecible.

Michael casi estuvo a punto de tropezar al pensarlo. No es que Ayla fuera fea; todo lo contrario. Era su carácter, no todo lo dulce que alguien de su sexo quisiera, lo que lo echaba para atrás. Además, era un hombre con una misión y debía centrarse en lugar de apreciar los evidentes encantos de la mayor. No obstante, era poco probable que alguien pasara por alto el color de ese pelo intenso, el digno y estirado porte o las curvas del cuerpo femenino que el vestido verde no lograba ocultar.

Incluso ahora, no podía entender como ninguna de las dos estaba ya casada. Cierto que vivían algo aisladas y su carácter no era el más dócil, pero seguro que había hombres que pasarían por alto esos detalles para centrarse en lo valioso que había en ellas.

Llegaron al despacho y Michael cerró la puerta despacio. Quizás hubiera estado más seguro

hablando de eso con el propio señor Singht, pero su ausencia resultaba ya ridícula. Solo quedaba ella.

—Tú dirás —lo alentó Ayla (con cara de pocos amigos, eso sí) mientras tomaba asiento.

—He estado hablando con el señor Lesley.

—Qué novedad —rezongó ella.

Michael se mordió la lengua ante la insolencia. Al fin y al cabo, ella era la dueña.

—En una de nuestras charlas me ha comentado algo que, con toda posibilidad no tenga más importancia, pero ha insistido en que deberías saberlo —Ayla lo miró en silencio y él se apresuró a continuar—. A principios de semana, un grupo de hombres de la cantera se disponía a transportar la carga al barco de mercancías que esperaba en la cala.

La cala de la que hablaba estaba situada dentro de los límites de la propiedad de los Singht y les pertenecía. Era utilizada como zona de embarco del material sacado de la cantera y era enviado hacia Irvine. Al parecer, era una suerte contar con ella, así no tenían que desplazarse hasta el puerto del pueblo.

—De momento no veo ningún problema en ello.

—Si me dejaras terminar... El problema con el que se encontraron fue que el navío en el cual habían de descargar la pizarra seguía en el mar debido a la intrusión de otra nave que ocupaba su sitio en el muelle.

Ayla se enderezó repentinamente alerta.

—¿Qué otra nave? ¿De quién era? ¿Qué pretendían?

—Espera, espera —tuvo que calmarla. Quizás, después de todo, el capataz de la cantera no iba del todo desencaminado al preocuparse por su reacción—. Según me ha dicho el señor Lesley, en la playa había varias carretas llenas de cajas mientras unos hombres y los marineros las cargaban. Tuvieron una discusión y quizás alguno llegó a las manos, pero como los intrusos ya casi habían terminado, los canteros no tuvieron más remedio que esperar a que la nave partiera y la otra se acercara para poder hacer su trabajo.

La joven pelirroja se había levantado y daba muestras de impaciencia.

—¿Así que ese tontuelo solo hizo eso? No tuvo los suficientes pantalones como para obligarles a marcharse.

—Él no estaba allí —explicó calmado—. Cuando volvieron a la cantera, los hombres se apresuraron a dar parte.

—¡Eso es propiedad privada, maldita sea! —No vio el alzamiento de cejas de Michael debido a su ofuscación—. Y por supuesto, no sabrán quienes eran.

—De hecho sí —soltó jactancioso.

—¡Venga, habla! No tenemos todo el día.

—Solo si me lo pides con educación —Michael se estaba hastiando de esa innmerecida grosería.

—No lo dirás en serio —Ayla se había quedado pasmada ante lo que suponía tamaña desfachatez.

—No he dicho nada más cierto en mucho tiempo. —Y dicho esto, se cuadró de brazos y esperó. No era algo que le gustara hacer, pero tenía que conseguir que esa joven; no, mujer, se desprendiera del antagonismo que arrastraba.

—Tú, tú... —Ayla parecía haberse quedado sin palabras—. ¡Podría hacer que mi padre te echara!

O puede que no.

—¿Qué alegarías? —Campbell la miró. A su pesar, Ayla le gustaba. Ese genio que mostraba podría volver loco a un cuerdo recalcitrante. No obstante, se abstuvo de esbozar la sonrisa que deseaba.

—Insubordinación —masculló ella.

—Tendrías que aportar pruebas.

—Con mi palabra bastaría —se jactó.

—Ilusa.

—Sabihondo.

—Pueril.

—¡Terco! —dijo, dando una palmada de frustración—. Bueno, ya está bien de tonterías. ¿Vas a contármelo o tendré que sacártelo por la fuerza?

Eso le gustaría verlo, mas no lo dijo por temor a enfurecerla de verdad. No era su intención.

—Está bien. No pretendía ocultártelo. El capataz dice que eran los hombres de Reilly. —Se preparó para un estallido, pero no para el ardor que mostró en su cara colorada y su cuerpo tenso.

—¡Maldito gusano! ¡Maldito él y toda su podrida familia! Cuando coja a esa sabandija rastrera y traidora...

—Ayla —se acercó a ella—, tranquilízate.

—¡No me toques! —exclamó iracunda.

Michael se detuvo, no debido a la orden, sino a un instinto primario que le advertía que podía salir verdaderamente dañado si lo hacía. Resultaba chocante presenciar la explosión de esa fiera mientras la veía apretar los dientes y hacer verdaderos esfuerzos para serenarse. A los pocos minutos pareció haberlo conseguido. Seguía tensa, pero su mirada perdida le decía que sus pensamientos estaban muy lejos de ese despacho.

Solo le faltó que, a continuación, la puerta de la habitación se abriese con una fuerza inusitada. Después de un susto de muerte Campbell vio aparecer a Zake con cara contenida. Localizó a Ayla y lo situó a él. En segundos pareció calibrar sus respectivas posiciones y asegurarse así del estado de la joven. Se acercó a ella sin dejar de mirarle.

—Ayla, ¿estás bien?

Por la forma en la que la miró, esa pregunta parecía encerrar mucho más que una simple preocupación.

Este le tocó el brazo y por respuesta obtuvo una apenada y contrita sonrisa. Con su mano tocó la de él, y Michael habría podido jurar que entre ellos no hacían falta las palabras.

—Siento haberte alarmado. —Por supuesto, no se dirigía a Michael—. Solo ha sido un pequeño berrinche sin importancia.

¿Pequeño berrinche? ¿Sin importancia? No daba crédito a lo que oía, pero a Zake debió bastarle la explicación, ya que asintió.

Campbell dio por supuesto que después ella le explicaría el verdadero motivo. Quizá cuando encontraran un momento sin la presencia entrometida del administrador; o sea, él.

Que ese hecho le escociera era tan sorprendente como alarmante. No quería saber qué tipo de relación profunda había entre Zake y Ayla. De hecho, solo quería hacer bien su trabajo sin despertar sospechas de su verdadero cometido. Sí, Ayla y Zake podían hacer lo que se les antojara.

Por primera vez en mucho tiempo, Ayla se sentía avergonzada. Cuando Zake se retiró en silencio, lanzando una mirada profunda a Michael, se preguntó qué pasaba con ella.

Había estado a punto de perder los papeles otra vez. No como esa noche en la habitación de su hermana, pero sí había percibido como la ira se expandía por todo su cuerpo hasta alcanzar su cabeza. Cuando vio que Michael se acercaba reaccionó con excesiva violencia. Había necesitado de todo el autocontrol para no hacer algo de lo que se arrepintiera después. Ese era uno de sus grandes temores: que después de una vez, se instalase en ella el deseo de destruir y arrasar todo lo que encontrara a su paso... incluso a ella misma.

«Está en su naturaleza», decían.

«Es como ella».

Antes nunca lo hubiera creído, pero desde que puso fin a la vida de Neil Bishop, ya no estaba segura de nada.

Y ahora eso.

Miró a Michael de reojo, pero sus ojos no mostraban repulsa o miedo; más bien todo lo contrario. La preocupación, tan clara como el agua, se reflejaba en su rostro. Lo curioso del caso era que aquello también la enfurecía. ¿En qué se estaba convirtiendo? ¿Qué iba a ser de ella?

En el momento en que otro intruso invadía su propiedad y les quitaba algo por lo que sentir emoción cada mañana, Ayla se exasperaba, por decir poco. Con el anterior administrador no hacían más que vigilarlo, inspeccionar su trabajo, darle sugerencias, preguntar esto y lo otro, acompañarle a la cantera... Bueno, en esto último tal vez era al revés. Cadha y ella no necesitaban permiso o incentivo para visitarla. Parecía más que el señor Robertson fuera a remolque suyo. Pero en cuanto a Michael era más difícil. De ahí parte de su antagonismo. Ahora Ayla y su hermana languidecían por la casa sin saber qué hacer. Este no les permitía tener tanto control sobre él mismo y el trabajo que desempeñaba, cosa que se había apresurado a aclarar cinco días después de empezar en el cargo.

—No puedo ser eficiente si no dejan de molestar.

Así lo dijo; tal cual. Por supuesto, Ayla montó en cólera y le dijo cuatro lindezas, pero en vano. Cuando quería, ese metomentodo podía conseguir hacerse el sordo muy bien.

Así que, en lugar de ser productivas, Cadha se distraía ayudando a la señora Davies —a ver durante cuánto tiempo la aguantaba el ama de llaves— y Ayla sufría en sus carnes la impotencia de no poder hacer nada de lo que le apetecía. Hasta ahora.

Había sido toda una sorpresa que Michael la buscara en cuanto se había presentado una dificultad. Los hombres, por lo general, no eran capaces de admitir que no podían solucionar un problema. Aunque se vieran incapaces de dar con una solución satisfactoria, se empeñaban en dar órdenes a diestro y siniestro sin pedir ayuda, y mucho menos a una mujer. Que ellas estuvieran al cargo en ausencia del padre (algo que sucedía a menudo y que fastidiaba sobremanera al antiguo administrador), no significaba que Robertson acudiera a ellas. En cambio, Michael lo había hecho y se sentía tan anonadada como complacida. Por lo menos fue así hasta que le expuso el problema.

En cuanto había pronunciado el apellido Reilly, un velo tan rojo como su pelo se había instalado delante de sus ojos. Ira y humillación se entremezclaban a partes iguales. Todavía

recordaba su credulidad, luego el dolor, seguido del placer y finalmente la amarga y despiadada verdad. No, no iba a permitir que la tomaran por tonta de nuevo; en absoluto.

Lo miró otra vez y sintió renacer parte de su furia al verle. Él no tenía la culpa de nada, pero seguía siendo un hombre. Sobre todo sentado ahí, tranquilo y sin decir nada, a la espera que ella recuperara el control de sí misma.

Lo aborrecía. Si bien no como al resto, sí de una forma similar. Su siempre reluciente cabello negro, peinado con pulcritud, no podía esconder algunas ondas suaves que se arremolinaban a su aire. Este daba paso a una frente ancha y despejada que solía arrugarse cuando se mostraba exasperado. Su cara alargada, en donde destacaban esas espesas cejas tiznadas y una nariz pronunciada, que solo podría calificarse como con personalidad, le conferían una seguridad en sí mismo imposible de refutar. Exceptuando la vez que se presentó para hacerse cargo del empleo, solía lucir una sombra de barba (escasa en la perilla y larga en el mentón), que no hacía sino resaltar la boca. De orejas pequeñas; almendrados y vivaces ojos azules, tan claros como el vestido descolorido que Cadha usaba para corretear, y unos labios rosados y perfilados que invitaban al desastre. Sí, lo aborrecía; al igual que aborrecía ese potente y afilado cuerpo masculino enfundado en unos pantalones que destacaban la fuerza de sus muslos y una chaqueta que escondía la perfección.

Estaba claro que no podía mentirse a sí misma. El hombre le gustaba. Le gustaba su templada forma de caminar, la elocuencia de sus gestos y la extraña, pero significativa forma que tenía de prestar atención. ¡Y solo en dos semanas! Su garbosa e impresionante apariencia física no hacían más que añadir leña al fuego. Su padre jamás le había presentado a un hombre así, que despertara su lado más femenino y coqueto. Por eso seguía mostrando animosidad hacia él. Primero porque ocupaba un puesto que ella deseaba. Segundo porque despertaba en ella sentimientos que hacía tiempo que había olvidado; y eso le provocaba recuerdos, la mayoría desagradables. Y por último, y no menos importante, estaba su secreto: había dado muerte a un hombre. ¿Qué sentido tenía, entonces, que sucumbiera a la atracción que Michael despertaba en ella? Y si lo hacía, ¿sería correspondida de verdad? Y si así fuera, ¿qué futuro posible habría en ello? Ninguno. Esa era su vida y nada la podría cambiar. Ayla había escogido conscientemente cada paso que había dado; algunos con mejores resultados que otros. Lo más importante para ella era su familia y esas tierras; lo único por lo que lucharía con uñas y dientes por conservar. Todo lo demás estaba destinado a resultar efímero.

Suspiró.

—¿Ya estás lista para hablar? —Michael, siempre atento a cada mínimo cambio en su expresión, tomó la palabra.

—Sí —afirmó—. Espero que sepas dispensar el arrebató que has presenciado. Si lo deseas, te explicaré el motivo que ha suscitado tanta indignación.

«Aunque solo en parte».

—Indignación —se rascó la barbilla como si la utilización de la palabra le produjera no poca curiosidad; lo cual era cierto—. Creo que subestimas la intensidad de las palabras que escoges, pero daré por hecho que es una muestra de un deficiente vocabulario.

—Mi vocabulario está muy bien, gracias —replicó con una airada acidez—. Si te sorprende escucharlo, quizás sea debido a que piense en tu propia carencia y no desee abochornante con palabras que no conozcas.

—Todo un detalle por tu parte —inclinó la cabeza en un deje burlón. Al menos así había conseguido sacarla de ese trance en el que estaba sumida después de su «arrebató»—. Ahora, si

no piensas que es una pérdida de tiempo, me gustaría que me contases qué pasa con el apellido Reilly.

—Los Reilly —comenzó Ayla— son los dueños de la destilería.

—¿La destilería?

—En efecto. Está más al norte, en dirección al pueblo. Debiste fijarte en ella cuando te dirigías hacia aquí. Se encuentra a pocas yardas del acantilado. No pudiste pasar por alto un conjunto de edificios con sus dos características chimeneas.

Michael reconocía haberla visto. Para su gusto, ese complejo de edificaciones en piedra estropeaba el perfecto paisaje marítimo que se oteaba desde los acantilados, y así se lo dijo.

—Tampoco es muy difícil distinguir las volutas de humo desde el mar.

—Tienes razón —que estuviera de acuerdo con ella en un punto tan importante, le hizo esbozar una sonrisa, que escondió enseguida cuando volvió a pensar en los Reilly.

Le contó que la actual destilería estaba en manos de la segunda y tercera generación de la familia Reilly. Oriundo de la isla, el verdadero fundador fue el difunto Daniel Reilly, el cual, con anterioridad, poseía una granja que utilizaban como destilería. Poco antes de nacer la propia Ayla, este y su hijo decidieron crear una empresa con verdadero renombre, así que esa granja se convirtió en un auténtico negocio hasta llegar a la actualidad.

—Si todo eso lo entiendo —interrumpió Michel—, pero no esa reacción visceral y repulsión acérrima.

—Cómo ibas a entenderlo —se burló—, si solo te he puesto en antecedentes. El verdadero problema surgió con el viejo Daniel. Cuando esta parte de la isla pertenecía a un familiar lejano de mi padre, este dejaba hacer a los Reilly lo que se les antojara. Utilizaban la pequeña cala de la propiedad para uso personal por la comodidad que suponía su privacidad. Así no tenían que trasladar la mercancía, ya fueran ovejas o no, hasta el pueblo. Les ahorra tiempo y dinero.

Pero el dueño murió repentinamente y sin descendencia, por lo que de forma inesperada Elliot Singht se convirtió en el único heredero y nuevo propietario. Acompañado de su flamante esposa y Zake, se instalaron en esa misma casa.

Por su parte, Daniel Reilly siguió comportándose como si nada, entrando y saliendo de las tierras de los actuales Singht a su antojo. Hasta que topó con Rosslyn Singht. Cuando esta supo de las incursiones en la propiedad y la utilización de la cala por parte de esa familia, Rosslyn no dudó en enfrentarse al viejo Daniel y a su hijo Aaron, que entonces rondaba los veinticinco años.

—No debió de sentarles muy bien —terció Michael, imaginando la reacción de dos hombres acostumbrados a hacer lo que les antojara. Que encima fuera una mujer la que les hiciera frente...

—La verdad es que no sé todos los detalles —confesó Ayla; aunque sí había oído rumores, nada agradables, por cierto—. Solo sé que ella consiguió prohibirles el paso y que eso no les sentó nada bien.

—¿Y tu padre? —Resultaba desconcertante no oír su nombre en toda la historia.

Por primera vez, Ayla rio; rio con ganas. Michael no había visto nunca nada tan hermoso.

—¿Mi padre? Si lo conocieras no te extrañaría tanto. El hombre que te paga el sueldo es el ser humano menos belicoso del mundo. Su lema es “vive y deja vivir”. Si mi madre no se lo hubiera hecho notar, es posible que ni siquiera se hubiese dado cuenta y, en el caso de haberlo hecho, quizás hubiera mirado hacia otro lado.

Michael no quería pensar mucho en Elliot Singht, un hombre ausente que parecía no tener demasiado control sobre sus tierras o sus propias hijas. Aunque no entendía ni compartía esa actitud, no hizo comentario alguno que pudiera volver a transformar a Ayla en la beligerante joven

que había sido hasta ahora.

—Por lo que parece los Reilly han vuelto a las andadas —dijo, en cambio.

—Eso parece —esbozó una mueca.

—Entonces, ¿qué sugieres? —Aunque él ya tenía muy clara una línea de acción. Esperaba que, a pesar de la reacción que la joven había tenido unos minutos antes, el modo de resolver ese problema no fuera tan violento o explosivo.

—Creo que tendríamos que tener una charla con Archie —apuntó.

—¿Archie? —Ahora Michael se sentía descolocado. ¿Quién era Archie?

—Es el hijo de Aaron —el desprecio en sus palabras no podía ser pura casualidad— y, en mi opinión, el que dirige los hilos desde la trastienda.

—Así que...

—No te preocupes. Creo que ya va siendo hora de que conozcas el pueblo.

Michael sintió una sensación funesta. Después de sus últimas palabras, que parecieron más un ultimátum que otra cosa, Ayla había abandonado el despacho dándole la imperiosa orden de que al día siguiente se presentara temprano en la casa, o se marcharía sin él.

Visto el giro de los acontecimientos, el incidente de la cala tenía más importancia de lo que en un principio le había concedido. El encargado de la cantera estaba en lo cierto al temer que la ira de las muchachas pudiera caer sobre él por el simple hecho de ser el mensajero. Al menos, Ayla se mostraba sensata al no culpabilizarlo ni a él ni a los que trabajaban para su padre. La ira que había presenciado tenía un único destinatario y Michael se alegraba de no ser el receptor.

Como estaba allí por un motivo en concreto, decidió dar un paso en su investigación, así que se dirigió a los establos en busca de información. Después de una semana investigando al personal, concluyó que la persona idónea para facilitarle el trabajo era un mozo de cuadra con el que ya había establecido contacto. De hecho, era el único de los sirvientes de la familia Singht que aún vivía en el pueblo y, por tanto, el indicado para responder a sus preguntas.

Lo encontró justo en la puerta y lo detuvo.

—Necesito un favor —lo abordó sin rodeos.

—Usted dirá —debía de pensar que estaba relacionado con los caballos.

—Necesito información. Tú vives en el pueblo —el hombre asintió—. Me ayudaría saber si estas al corriente de que alguien se halla instalado allí hace algo menos de seis meses.

El desconcierto y la cautela asomaron al rostro del joven. Al fin y al cabo, él era un forastero más.

—No sé... Mi día a día lo paso aquí. —Ahora lo miraba con atención.

—Si te esmeras en darme la información que te pido —se apresuró a formular las palabras mágicas; aquellas que siempre le proporcionaban lo que quería—, te pagaré bien.

Era asombroso como aquella frase podía iluminar la cara de las personas. A un gesto de la cabeza del chico, lo siguió hasta el fondo de las cuadras.

—Yo no puedo serle de ayuda..., aunque sé de alguien que quizás sí. Solo tendría que hacerle

algunas preguntas y ver qué saco.

—Antes de darte un anticipo necesito más datos.

Este asintió, conforme.

—Mi hermana trabaja en la taberna del pueblo. Conoce a todo el mundo.

Aquello le valía. Quedaron en hablar al cabo de unos días y Michael le pasó discretamente un pequeño estipendio por su colaboración.

—Si es la información que busco, tendrás el resto tan pronto me la proporciones.

Saliendo de nuevo al exterior topó de frente con Cadha. Esta no lo había visto y se tambaleó, por lo que Michael se apresuró a no dejarla caer. La reacción de ella fue tan inesperada como misteriosa. Abrió los ojos como platos y saltó hacia atrás, casi temblando. Le pareció una reacción un tanto excesiva hacia un contacto que simplemente pretendía ayudar, pero al parecer, ambas hermanas pecaban del mismo defecto en cuanto a respuestas desmedidas.

—Lo siento si la he perturbado —se disculpó—, solo pretendía evitar que cayera.

—No... No miraba por donde andaba —repuso ella a modo de respuesta.

Era extraño que desde su llegada apenas hubiera tenido contacto con esa hermana en particular. Había oído su voz en escasas ocasiones y, aunque siempre se mantenía amable, la cautela estaba presente, así como también la distancia prudencial que mantenía. Sin saber qué más decir, inclinó la cabeza a modo de despedida y la joven se apresuró a desaparecer en el interior de las caballerizas. Michael se quedó mirando el recodo por donde ella había desaparecido y meneó la cabeza.

Cuando prosiguió su camino, reparó en la presencia de Zake en la parte más alejada del patio. Este mantenía la vista fija en él. Por un momento se quedaron mirándose. Era consciente del celo que el hombre ponía en proteger a las hermanas. «Quién sabe qué más». Considerando inútil el duelo, Michael fue el primero en apartar la mirada.

Zake, por su parte, no retiró la vista de la espalda del administrador hasta que este desapareció en el interior de la casa. Le pareció sospechoso verlo hablar con el mozo de cuadras. No sabía bien qué era; tal vez sus miradas y gestos huidizos, o el que ambos entraran deprisa en el interior de las cuadras y el administrador saliera poco después sin caballo en mano. Primero esperaría y seguiría observando. Más tarde, ya tendría unas palabras con el empleado. De momento, era mejor dejarlo estar.

Capítulo 4

Cadha avanzó descalza por la única playa de arena de la zona sur de la isla en compañía de su yegua. En la silla de montar había atado sus botines y sus medias blancas de algodón. Miró al horizonte mientras el viento azotaba sus sedosos cabellos. Sobre el vaivén de las olas, un grupo de frailecillos volaban hasta alcanzar las rocas del acantilado.

Pasear por la playa le traía un agradable recuerdo de su niñez: las risas de su madre mientras bailaba, tan descalza como ella. A Ayla y a Cadha les encantaba sentarse y contemplarla. Era hermosísima, y su risa se asemejaba a una melodía contagiosa. Una mujer de espíritu libre; una frágil mariposa en medio de la inmensidad de la isla en donde sus inconstantes estados de ánimo la debatían entre la euforia, la melancolía y el abatimiento.

Rosslyn Singht vivió con intensidad y murió en el más absoluto olvido.

Sintió una terrible añoranza a pesar de haberla perdido a tan corta edad, pero no pudo evitar pensar qué sería de ella si su madre no la hubiera abandonado. Probablemente su padre no estaría siempre lejos, con sus amigos, aunque no podía imaginar que su figura facilitara la relación de las hermanas con los habitantes del pueblo, puesto que ella misma había sufrido de sus prejuicios hasta el último aliento de vida.

Se acercó a la orilla con la orquídea que había recogido en el camino y se sobresaltó al notar el agua fría en los pies. La dejó libre y contempló como la flor regresaba una y otra vez, hasta que movida por la corriente se adentró en el mar y desapareció.

En esa playa y en esas aguas, que tantas alegrías les había aportado; como la orquídea, Rosslyn Singht se perdió para siempre.

Su padre era de la opinión que lo sucedido aquel día fue un fatídico accidente y que su madre cayó víctima de la marea. Sus hijas, en cambio, hacía mucho que habían dejarlo de creerlo y opinaban que solo se trataba de un pretexto para protegerlas. Ese razonamiento iba estrechamente ligado a las malvadas murmuraciones de la población de la isla y que las jóvenes habían crecido escuchando. Por ello se metieron en peleas innumerables veces. Sobre todo Ayla. Su hermana tenía el mismo color de cabello que su madre y un temperamento mucho más belicoso.

Dejando atrás la orilla, Cadha se sentó en una roca y esperó que sus pies se secaran lo suficiente como para sacudirse la arenilla. Se calzó las medias y las botas mientras echaba un último vistazo a la playa, ahora habitada por una solitaria foca. Era el momento de regresar. Aunque le encantaba cabalgar y se movía rápido, aún tenía por delante una hora de camino.

No imaginaba que, a su llegada, le informarían que su padre estaba por fin de vuelta.

—¿Dónde está, dónde está? —le preguntó a Morna con agitación

—En la biblioteca...

Fue todo lo que la mujer pudo decir antes de que la joven doblara la esquina y se precipitara al interior de la estancia. Corrió hasta él y se abalanzó a sus brazos sin reparar siquiera en la figura del desconocido que permanecía frente al ventanal.

Estaba tan feliz con su regreso. Lo había añorado tanto... Por fin Elliot Singht estaba en casa y, aunque su estancia como siempre sería breve, a lo sumo unos días o una semana, de momento tenía suficiente con eso.

Sabía con certeza que la Isla de Beith no era el lugar donde pertenecía su corazón y, de no ser porque sus hijas se empeñaban en no abandonarla, se hubiera instalado permanentemente en la ciudad, donde los placeres y la diversión corrían a raudales. Razón por la que hacía mucho tiempo que su padre había decidido delegar el manejo de la propiedad en un administrador o en ellas mismas. Ya no le importaba los beneficios de la cantera, ni cuantas ovejas se criaban o vendían. Él se conformaba con recibir una generosa paga semanal y alojarse en casa de cualquiera de sus numerosos amigos de Edimburgo.

—¡Papá! —gritó como si se tratara de una chiquilla. Le dio unos sonoros y cariñosos besos en las mejillas y en la frente, que le hicieron enrojecer.

—¡Cadha, hija, tenemos visita!

—No debería avergonzarte, Elliot, que tu hija sea tan efusiva.

Cadha se estremeció al escuchar una voz que no supo identificar. Sus pies se anclaron con fuerza en el suelo y su corazón comenzó a latir descontroladamente a causa de la herida del pasado. Y cuando pudo ver a aquel hombre, acercándose desde la luz, sintió un miedo incontrolable, creyendo que iba a atacarla.

Dio un paso atrás con la boca abierta, en una reacción exagerada. Quería gritar y correr hacia la seguridad de su habitación, cerrar con llave y esconderse bajo las sábanas. Pero de pronto recordó que era precisamente allí donde sucedió todo. Y aunque tardó unos segundos en recuperar la lógica, comprendía que aquel rostro, cubierto por una fina capa de vello dorado, y esos ojos castaños no eran los de aquel miserable. Si bien, le era imposible mirar a un invitado de su padre de alguna forma que no fuera con recelo y aprensión.

Su rostro se tensó. Por suerte, su padre atribuyó su turbación a la sorpresa, dado que a él le habían ahorrado los detalles escabrosos ocurridos aquella noche y, como el resto, no sospechaba que Neil Bishop jamás había vuelto a ver la costa de Irvine.

Hizo un esfuerzo por reprimir las lágrimas que amenazaban por salir. Se dijo que debía superarlo de una vez y no mostrarse vulnerable frente a ellos. Era Cadha Singht, una mujer fuerte al que un contratiempo no podría derrumbarla. Y si a alguien debía culpar era a su padre, por abandonarlas tan a menudo y no protegerlas. Si no hubiera establecido ningún contacto con Neil Bishop y seis meses atrás hubiera estado donde se le necesitaba, no la habría tocado y, por tanto, seguiría con vida.

—Hija, ¿no vas a decir nada? —le preguntó tras el prolongado silencio.

—Yo... —murmuró con la voz apagada—. No sabía que llegabas acompañado.

—Deja que te presente a Rob Cunningham. —La tomó del brazo y la acercó al hombre.

Cadha no sabía cómo reaccionar, dominada por unos sentimientos irracionales. ¿Qué se suponía que debía decir, que estaba encantada? Era justo lo contrario. Le horrorizaba la idea de tener hospedado en la mansión a ese total desconocido que no dejaba de observarla con intensidad. Le traía unos nefastos recuerdos que se esforzaba por olvidar.

—Creo que se le ha comido la lengua el gato.

Elliot Singht sonrió con humor. Con sus hijas era imposible acertar su reacción: o estallaban como la pólvora o se retraían.

Por el contrario, la indignación crecía en el interior de Cadha. ¿Cómo podía bromear con tanta familiaridad? Era repugnante, y eso venía a confirmar sus sospechas: su padre había llegado acompañado de otro cretino.

—Con todos mis respetos, señor, puedo hablar perfectamente por mí misma —le espetó con dureza, al tiempo que le dirigía una gélida mirada.

Como era de esperar, un hombre de semejante calaña no sería capaz de percibir tales sensibilidades. Cadha había recibido muchas muestras de ello y el señor Cunningham no iba a ser distinto a los demás.

Él se lo tomó a broma, sonriendo con descaro.

—¡Cadha! —le advirtió su padre, notando la brusquedad de las palabras de su hija. Al señor Singht se le pasaban muchas cosas por alto, pero aquello no.

Ella no hizo nada por temperarse. Estaba enfadada con su progenitor por no haberla avisado de que venía acompañado de un invitado. Cuando pretendía acudir a casa junto a uno de sus amigos acostumbraba a mandar una nota informativa, unos cuantos días antes. Y recibirla le hubiera dado tiempo para prepararse y fingir alguna enfermedad que la postraría en la cama durante los días que durara la visita.

No podría compartir mesa y exponerse a él.

—No la regañes, Elliot. Es mi culpa —dijo el recién llegado al tiempo que inclinaba la cabeza—. Estoy tan acostumbrado a moverme por ambientes tan masculinos que a veces se me olvida cómo tratar a una dama. Perdóneme, señorita Singht, por juzgarla erróneamente.

Sus palabras y sus disculpas no consiguieron tranquilizarla en lo más mínimo. El efecto fue el contrario: se sentía más nerviosa que nunca. No podía explicar el hormigueo que recorría su cuerpo y era incapaz de quitarse de encima la inquietante sensación que le producían esos ojos.

Sin nada sensato que replicar, y no queriendo comprometerse más ante su padre, buscó ansiosa una salida. Necesitaba respirar aire fresco y recuperarse de la impresión.

Dio la excusa de que tenía una tarea pendiente que no podía abandonar, y se marchó de la biblioteca lo más deprisa que pudo.

Rob conocía a muchos hombres como Elliot Singht, un tipo que no podía alejarse durante demasiado tiempo del bullicio de la ciudad. Vivía para las reuniones sociales, las partidas de póker en el club, las visitas al sastre o una buena charla entre caballeros. En Edimburgo se hospedaba en las mansiones de las más acaudaladas familias, convirtiéndose, gracias a su carácter sociable y simpático, en el centro de atención de cualquier fiesta.

Hasta donde había podido comprobar aquella noche, sus hijas eran diametralmente opuestas a él. Y no es que no estuviera avisado.

Sabía bastante de ellas. Su padre solía describirlas como salvajes, caprichosas y testarudas. Se declaraba incapaz de gobernarlas, pues admitía rendirse demasiado a menudo a sus deseos. Toda la culpa era suya, se decía, por haber tratado de llenar la ausencia maternal con caros regalos y permitiéndoles excéntricas aspiraciones. Y ahora, las jóvenes solo vivían por y para aquella propiedad. Ayla tenía veinticinco años y Cadha veintitrés. Ambas seguían solteras y su interés por los hombres era tan bajo que apenas podía vislumbrarse. Elliot había traído a la isla infinidad de invitados, de personalidades y cualidades distintas, que podían abarcar todos los gustos, pero resultaba imposible ganarse el afecto de las jóvenes. Ellas nunca se mostraban receptivas. Es más, los rehuían y rechazaban por igual.

Mientras degustaba una cucharada de la suculenta sopa servida esa noche, pensó que era una

lástima desperdiciar tal exhibición de hermosura. La mayor, con cabellos de fuego y ojos transparentes, desprendía tal seguridad en sí misma que atraería hasta al más cuerdo de los hombres. Le recordaba a una potrilla salvaje. Incluso ahora, cenando en el más absoluto silencio, era capaz de transmitir el enorme disgusto que le causaba su presencia.

Si bien, la menor, Cadha, se comportaba de un modo distinto. No era el tipo de mujer por el que pudiera sentirse atraído. Le parecía una damisela en apuros; demasiado inocente y demasiado vulnerable. Sus movimientos eran pausados, meticulosos, bajaba la mirada bastante a menudo y se mostraba reservada y recelosa en exceso. Solo había podido vislumbrar una personalidad distinta aquella misma tarde en la biblioteca, cuando desconociendo su presencia había corrido hacia los brazos de su padre. Una reacción que apenas duró una fracción de segundo antes de transformarse en una joven fría y controlada.

No pudo evitar sonreír para sí. Al parecer, no había causado muy buena impresión en aquellas hermanas y entendió lo que Elliot quiso decir al señalar que no sería bien recibido. Para ellas, cada uno de los invitados de su padre era una molestia que alteraba sus planes.

En ese momento, compartiendo cena con todos los miembros de la familia Singh, Rob no sabía si aceptaría la propuesta de Elliot. Había hecho bien en ser cauto al esconder sus intenciones a sus hijas. Estaba de acuerdo con que era mejor que no supieran la verdad; a pesar de ello, vislumbraba demasiados quebraderos de cabeza y no sabía si valdría la pena. Aunque todavía tenía unas semanas por delante, se dijo, no había por qué decidir en aquel instante. Debía darse un tiempo y conocerla un poco más a fondo. Si al final no le gustaba, se lo comunicaría a su anfitrión al instante.

Había otras muchachas de características similares en Escocia. Él era un hombre acaudalado y podía elegir la que quisiera para establecerse y formar una familia.

Rob comenzó a abrirse camino en la vida cuando lo echaron de la casa sus tíos a la edad de catorce años, con apenas unos peniques en los bolsillos que le permitían sobrevivir. Realizó cualquier trabajo que pudiera proporcionarle una comida caliente al día: hacía encargos, cargaba carros, transportaba víveres para el mercado, fue mozo en una caballeriza e incluso, debía reconocerlo, se atrevió con algún que otro trapicheo ilegal. Un par de años más tarde se dedicó a las apuestas, pero lo que verdaderamente lo sacó del pozo oscuro donde se encontraba fueron las partidas de cartas.

Tan joven, ya era lo suficientemente inteligente y ambicioso como para proponerse salir de aquellos barrios sucios e infestados de enfermedades. Por ello, dedicó una gran parte de sus ganancias a pulir su educación. Lo necesitaba con desesperación. Rob sabía leer y escribir con cierta deficiencia y sus modales no eran mejores, así que necesitó de años de formación hasta pulir esas cualidades. Estudió cálculo, aritmética, filosofía, física y lengua, aprendió a tratar a los demás con educación y a comportarse, al tiempo que iba involucrándose en pequeños negocios que le aportaron experiencia y escasos beneficios. Entretanto, no se mezcló con gentuza, no se emborrachó ni se distrajo durante las partidas. Y lo más importante, se retiraba siempre a tiempo, aunque hubiera obtenido tan solo una pequeña cantidad.

Con el tiempo compró una fábrica poco productiva de envasados, que pronto comenzó a generar suculentos dividendos. Eso solo fue el principio, así que sus inversiones, tanto personales como de negocios, dieron sus frutos y fue introduciéndose en círculos privilegiados, relacionándose con burgueses y aristócratas.

Ahora que había cumplido los treinta y cinco, era el momento de tomarse la vida con un poco

más de calma y disfrutar de los éxitos obtenidos después de años de duro trabajo.

Posó la mirada, durante unos breves instantes, en la menor de las Singht. Era incapaz de dejar de admirar su perfecto cutis y su naricilla respingona salpicada de pecas.

—Señorita Singht, ¿se ha encargado usted de confeccionar el menú de la cena?

Rob advirtió que Ayla estaba a punto de estallar en carcajadas, como si él hubiera dicho algo absurdo. Sin embargo, se conformó con sonreír por lo bajo y giró el rostro para observar la reacción de su hermana.

Rob se mantuvo a la expectativa. ¿Qué esperaba que dijera con tanta impaciencia?

Cadha dejó a un lado el tenedor de la carne, levantó la cabeza y, con una cuidada indiferencia, clavó los ojos en los suyos sin vacilación.

—No —respondió con calma sin hacer ningún esfuerzo por explayarse.

Ayla volvió a sonreír y Rob llegó a preguntarse si en verdad sería tan desagradable como aparentaba. Por lo menos su hermana no se escondía tras una máscara de timidez. Era más directa, y él lo prefería así. Con ella tenía la turbadora sensación de andar sobre ascuas.

—Me temo, Rob, que mis hijas carecen de tales aptitudes —argumentó Elliot, mientras sus labios dibujaban una mueca de resignación. Sabía que no les interesaba dirigir los quehaceres de la casa. Era un hecho, y no iba a fustigarse más por ello—, o por lo menos lo niegan.

Ayla no lo tomó como una crítica. Más bien pareció interesada en aquel argumento.

—¿Cree usted, señor Cunningham —cambió su tono de voz para volverse más artificiosa, a la vez que retadora—, que unas damas tan refinadas como nosotras seríamos capaces de confeccionar un menú tan elaborado? ¡Exige tanto esfuerzo y concentración!

Luego parpadeó un par de veces cándidamente.

Por su parte, Rob pensó detenidamente una réplica adecuada. Estaba convencido de que nadie en su sano juicio podría calificarlas como refinadas. Bastaban unos segundos para percatarse, y eso sin tener en cuenta la voracidad con la que comía la muchacha. Lo único que no atinaba a comprender era el modo de actuar de la hermana menor. No encajaba con la imagen que se había formado de ella tras las descripciones e historias que había oído de labios del propio Elliot. Tampoco ayudaba el hecho de saberse bajo una escrutadora mirada. Al fin y al cabo, no era tan estúpido como para dejar de intuir que Ayla Singht estaba poniéndole a prueba o jugando con él.

—Tengo la ligera sensación de que podrían alcanzar cualquier reto que se propusieran.

Ella alzó una ceja, escéptica.

—¿Para bordar y elegir manteles, quiere decir?

—O para cualquier otro menester.

—Me temo que tiene demasiada fe en nosotras —dijo con sorna y desparpajo—. Lo que me lleva a preguntarle... ¿Habría del mismo modo si descubriera que no soy capaz de discernir entre mi pie izquierdo y el derecho, o es demasiado caballeroso como para hacerlo notar?

—Estoy seguro de que su inteligencia está lo suficientemente desarrollada como para calzarse los zapatos como Dios manda —expuso en un tono neutro.

—Suficientemente desarrollada —repitió lentamente como si estuviera masticando las palabras—. Dígame, señor Cunningham. ¿Es que está en contra de cultivar la mente femenina?

—Si le digo que como mujer es libre de realizar la actividad que usted desee, o de pensar como más le plazca, me tachará de revolucionario —alegó—. Por el contrario, si afirmo que sus ocupaciones tendrían que limitarse a los quehaceres del hogar y al cuidado de la familia, me verá como un intransigente.

Rob se acomodó en la silla y descansó todo el peso de su cuerpo sobre el respaldo. Sabía que

fuera cual fuera su respuesta nunca sería la correcta, porque de una forma u otra estaba empezando a vislumbrar el rebuscado modo de pensar de la señorita Ayla Singht.

—¿Está insinuando que trato de ponerle en un aprieto?

Llegados a ese punto, él sonrió abiertamente.

—Más bien afirmando.

Ella lanzó una especie de resoplido.

—¿Y con qué descripción he de quedarme?

—Seguramente, ni con la una ni con la otra.

—Está jugando a confundirme —arguyó frustrada, cuando no consiguió lo que quería.

—Al igual que usted, señorita Singht.

Ayla no se sintió molesta. Tampoco se lo tomó a mal. Más bien tenía curiosidad por ver cómo acabaría desenvolviéndose aquel hombre. Por una vez, no sentía la cena como una carga. Eso no quería decir que de repente él le agradara o que quisiera que permaneciera en la isla el tiempo que creyese pertinente. Ya había tenido dosis suficientes de los amigos de su padre y, en aquel momento, ese caballero le estorbaba. Tenía puestas todas sus energías en conseguir que Michael Campbell, el administrador, fuera despedido, porque consideraba una desgracia que hubiera tomado el lugar que les correspondía a ellas. Además, debía pensar en el bienestar de su hermana. El rostro se le veía blanco como la nieve y estaba tan decaída que daba lástima.

Por todo ello y más, no podía consistir tener a Ron Cunningham revoloteando por la propiedad.

Cadha, por su parte, parecía ajena a la conversación. Sin embargo, permanecía atenta a cada una de las palabras allí dichas y a los intentos de su hermana de provocar adrede al señor Cunningham. Encontraba curioso que su padre la dejara hacer y no interviniera en la contienda verbal. Tenía suficiente experiencia en la materia para afirmar que cualquier otro invitado se sentiría ofendido porque lo interpelara tan abiertamente. Él, en cambio, no mostraba indicios de verse afectado ni avasallado. Posiblemente porque se defendía muy bien por sí mismo, saliendo bien parado. Y no solo eso, mirando su rostro de soslayo podía afirmar, sin lugar a dudas, que estaba divirtiéndose de lo lindo.

Sin que nadie lo notara, se fijó un poco mejor en aquel rostro maduro y seguro de sí mismo, en sus labios firmes y bien proporcionados. En otras circunstancias u otro lugar tal vez lo habría considerado atractivo, no solo por tratarse de un hombre alto y vigoroso. Si bien nunca había sido una esas muchachas que se impresionaban con relativa facilidad, era tan capaz como ellas de apreciar unos rasgos atractivos y masculinos cuando los veía, pero Cadha se encontraba marcada, y su deseo de hacerle marchar era tan ilógico como intenso.

Después de la cena, que se prolongó más de lo previsto, los cuatro pasaron al salón. Cadha iba a comunicar que se retiraba. Solía hacerlo a su habitación o a su salita privada, pero Ayla desbarató sus planes al pedirle a su padre hablar con él a solas, atosigándole hasta lograrlo. Había tratado de hacerlo desde su llegada, pues deseaba mostrar su tajante desacuerdo respecto a alojar al huésped en la casa, y lo perjudicial que resultaba para sus rutinas diarias. La cena solo había significado un breve paréntesis y no podía irse a dormir sin dejar el asunto zanjado.

Para Cadha todo pasó tan rápido que no tuvo tiempo de protestar. Conocía a su hermana, y cuando a esta se le metía una idea entre las cejas era imposible detenerla. Sabía que debía dejarle mostrar su desacuerdo, aunque en realidad las representara a ambas. A la larga, iba a ser mejor para todos.

Pero eso la puso a ella en una complicada situación. Ayla tenía tanta prisa por comunicar a su padre sus argumentos, que lo había arrastrado hasta el despacho sin pensar en lo incómodo y

difícil que sería para Cadha quedarse a solas con un hombre.

Se puso más tensa de lo que hubiera podido imaginar, cuando el señor Cunningham se le acercó un paso y le pidió con amabilidad que se sentara a conversar con él. No a su lado, solo que se sentara. No hizo ningún movimiento brusco ni la devoró con la mirada. Más bien parecía tranquilo y amable. Aun así, se sintió atrapada, debatiéndose entre varias opciones. No quería darle el gusto de verla salir corriendo. Eso supondría conferirle poder.

A regañadientes, Cadha aceptó su sugerencia. Odiaba sentirse tan vulnerable. ¿Iba a ser así el resto de su vida? Siempre buscando intenciones ocultas, saltando como una liebre asustadiza o llevando un abrecartas escondido en la caña de la bota por si tenía que defenderse. Constantemente alerta, preparada para actuar si la situación lo requería; notando un afán de protección feroz y brutal que le ardía en el pecho.

Como aquella noche.

Cadha se dijo que no podía seguir tratando a cada hombre como a un potencial enemigo. Aunque no tenía muy buena opinión de ninguno, de continuar así terminaría por quebrarse con tanta paranoia. Todo era debido a que la herida seguía abierta porque, aunque no lo hablara con nadie y se empeñara en desterrar de la mente el suceso, el temor continuaba siendo igual de intenso.

Rob no era capaz de interpretar sus emociones. La joven rehuía su mirada sin ningún tipo de disimulo y eso le hacía preguntarse a qué era debido tanto retraimiento. ¿Sería que llevaba demasiado tiempo encerrada en aquella isla? Y aunque sabía que era por propia voluntad, intuía que aquello no era bueno para una joven de tales características. Probablemente le iría bien relacionarse con otras mujeres que no fueran su hermana, e incluso con jóvenes caballeros. Eso, por supuesto, si no los petrificaba antes con aquella gélida expresión.

La señorita Cadha Singht mantenía un vínculo demasiado estrecho con la propiedad, y por ello empezaba a comprender las intenciones de Elliot.

—Su padre me ha dicho que en invierno hay buena caza —comenzó diciendo, al tiempo que se servía una copa de whisky—. Ciervos rojos y ocas salvajes.

—Sí —repuso escueta.

Su voz sonó tan distante que Rob se preguntó si en verdad lo había oído. Así que decidió ponerla a prueba.

—No he tenido muchas oportunidades de cazar en mi vida. Sería estupendo probar con una ballena de las montañas.

—Estoy segura que disfrutará de la experiencia.

No pudo evitar sonreír tras el cristal de su copa. En efecto, no parecía estar en absoluto interesada.

—Entonces, es cierto que en las montañas de la isla hay docenas de ballenas —Rob elevó el tono de voz para que ella se percatara del sentido de sus palabras. Ella dio un ligero respingo y alzó el rostro confundida. Por primera vez, fijó la vista en él, dándole la oportunidad de vislumbrar que no era timidez lo que la definía, sino desgana—. No es usted muy habladora, ¿cierto?

Él le asestó una estocada directamente en su orgullo.

—Lo que dice es muy grosero e irrespetuoso.

Rob alzó los ojos y la observó con intensidad. Pese a su vasta experiencia, le costaba manejar a aquella joven que ya no tenía nada de niña. Quizás en su rostro quedara algún leve matiz, pero su cuerpo, bajo ese sencillo vestido rojo, era claramente el de una mujer.

Exquisita, cabía añadir. Quizás debía retractarse de haber pensado que la joven no le interesaba.

—¿Quiere que le pida perdón? —preguntó complacido por haber conseguido llamar su atención, aunque él fuera la causa directa de su enojo.

Evidentemente, Cadha estaba crispada. Lo podía vislumbrar en el brillo beligerante de sus ojos, que ella se esforzaba en disimular.

—No haga el esfuerzo —la joven enfatizó sus palabras con un gesto—. Ni siquiera sería sincero.

Rob pudo notar el deje de rencor oculto en el tono de su comentario. Sintió curiosidad.

—¿Por qué está tan segura?

—Conozco a los hombres como usted.

—¿De mi calaña, quiere decir? —inquirió al comprender por dónde iban sus pensamientos, y la miró muy serio—. ¿Acaso ha escuchado algún rumor sobre mi persona?

—No —admitió ella—. Nunca había oído pronunciar su nombre hasta esta misma tarde.

—Entonces, tiene por costumbre prejuizar a los invitados de su padre. ¿O es solo una cortesía que me atañe mí? Por algún motivo en concreto han decidido, usted y su hermana, que no les gusto —ella se tensó por el cariz que estaba tomando la conversación—, y apostaría que en estos instantes está tratando de convencer a Elliot de que sería mejor que yo regresara a Edimburgo.

Cadha entreabrió los labios debido a la sorpresa. ¿Cómo lo había adivinado?

Aun así lo negó.

—No sé de lo que está hablando.

—¿Va a mentirme a estas alturas? —Rob no pretendió fingir. Los dos sabían muy bien que era cierto.

No tuvo tiempo a responder. En ese instante, Elliot regresó al salón acompañado de su enfurruñada hija que, al parecer, no había conseguido su objetivo; obviamente echarlo de la propiedad. Pese a la determinación que podía leer en el rostro de su amigo, Rob se preguntó si el señor Singht sería capaz de mantenerla por mucho tiempo. Él mismo reconocía que ambas muchachas eran capaces de hacerle cambiar de opinión con demasiada frecuencia. No le extrañaría que terminara echándose atrás, enterrando todos aquellos planes que había trazado con tanto esmero. Por el contrario, si Ayla o Cadha llegaban a enterarse del verdadero motivo de su presencia en la isla, la antipatía que sentían hacia él desembocaría en un odio visceral, y su estancia en la casa sería de lo más complicada.

Se dijo que si eso llegaba a ocurrir, se marcharía. No deseaba verse mezclado en una disputa con aquella familia.

—¿Todo bien? —le preguntó a su amigo.

Él miró alternativamente a sus hijas, antes de asentir.

—Sí —murmuró con aplomo mientras se servía una copa de licor, tal como antes había hecho Rob, y luego se la tomó de pie, junto a una de las ventanas de coloridos vitrales—. Tan solo se trataba de un asunto sin importancia.

Cadha advirtió como el rostro de su hermana se contraía por el enojo al tiempo que hacía esfuerzos por no saltar. Que su padre calificara la conversación de ese modo significaba que los argumentos de Ayla ni tan siquiera habían sido tomados en consideración. Eso no le gustó. Con la cabeza más fría que su hermana, Cadha se dijo que era el momento de una retirada.

—Ayla, será mejor que nos marchemos y dejemos a los hombres con sus cosas.

—¿Ya se va?

Rob no pudo evitar mostrar su decepción, logrando que tres pares de ojos lo miraran con curiosidad. No era su intención dejar tan patente su interés por una joven a la que acababa de conocer, pero le parecía una verdadera lástima tener que despedirse justo cuando estaba consiguiendo una reacción por parte de ella mucho más estimulante. Por alguna inexplicable razón, deseaba conocer un poco más de Cadha, al igual que prefería soportar sus irritadas miradas a sus pesados silencios

En un primer momento, notó una tibieza y cierta vacilación en los ojos de Cadha, que se transformaron rápidamente en dureza. Al parecer, ella no deseaba ninguna atención por su parte, ni un trato especial, por lo que se dio prisa en modificar su gesto y les deseó que pasaran una buena noche.

—¿Qué te ha dicho papá?

Le preguntó a su hermana más tarde, encaramada al tronco de un viejo abedul. Tiró de la cuerda con suavidad e hizo un nudo con eficiencia. Antes de bajarse con facilidad, debido a sus pantalones masculinos, se aseguró de que iba a resistir su peso. Era el décimo y último farolillo de latón y cristal que colgaban esa noche en el claro cercano a la mansión. Las velas brillaban en su interior con una titilante claridad, permitiéndoles moverse sin esfuerzo.

Ambas jóvenes adoraban esos momentos de relativa intimidad. Con todos los sirvientes retirados, podían practicar sin que fueran un estorbo.

Ayla le pasó las riendas de su yegua y acarició su hocico.

—¿Tú que crees? —Le lanzó una mirada cargada de resentimiento—. Nada que me satisfaga. Me ha regañado porque dice que en las pocas horas que lleva en casa ya está al corriente de la animadversión con el administrador. Y por supuesto —añadió—, es culpa mía.

No dudó ni un instante que su hermana se habría defendido.

—¿Le has dicho que el Michael Campbell tenía que irse?

—¡Por supuesto! Nosotras somos perfectamente capaces de llevar la propiedad. Lo hemos hecho durante meses y no le necesitamos.

El señor Campbell había demostrado en poco tiempo no ser tan incompetente como el señor Robertson. No las trataba con condescendencia ni había ido al pueblo a emborracharse. A pesar de ello, para Cadha sería mejor si se marchaba, porque desde su llegada se había encontrado sin nada verdaderamente importante que hacer. Por lo menos, la hostilidad de Ayla la había atado al administrador. Ella vigilaba cada uno de sus pasos, tratando de hallar algún error grave que justificara un despido inmediato, pero, ¿y ella?

—Oye, Ayla —se lamentó al imaginar la escena en el despacho de su padre—, te has olvidado de hablar con un tono dulce y zalamero. Solo de esa forma lo hubieras conseguido.

Su hermana rió con amargura.

—¿Acaso crees que no lo he intentado? —Era una treta que, al parecer, ya no servía—. Papá dice que es una carga demasiado pesada para sus hijas y que deberíamos divertirnos un poco yendo a Edimburgo con él.

Cadha se horrorizó. ¿Dejar la isla, su hogar? Ni en broma. Esa era una conversación que mantenían con su padre cada cierto tiempo. Creía que a esas alturas él ya habría comprendido que nunca sucedería.

El problema con el administrador era importante, pero había otro que la tenía más agitada; tanto que, incluso esa noche, se aseguraría de cerrar la puerta de su habitación con llave y poner una silla delante. Porque que Dios la ayudara, en el último instante sí que había percibido un leve interés por su parte.

—¿Y sobre el señor Cunningham?

—Ni siquiera he tenido la oportunidad de expresarme. Antes ha dado el asunto por zanjado y no me ha permitido ninguna réplica —la miró con el rostro cargado de preocupación—. Podemos hablar con él mañana —sugirió—. Las dos juntas seremos más fuertes.

Cadha lo pensó un instante antes de dejar entrever su pesimismo.

—No servirá de nada.

Si con el administrador no había tenido éxito, ¿cómo convencerían a su padre de que su invitado era un indeseable? No tenían pruebas de nada y solo contaban con un fugaz presentimiento.

—Entonces insistiremos —afirmó tozuda—. Si es preciso le hablaremos de esa noche. Estoy segura que cuando él comprenda cómo nos sentimos...

Cadha la cortó de raíz y su tono se volvió áspero.

—Si es para desahogarte o sentirte mejor, adelante. Yo no creo que pueda. —No solo se trataba de la terrible aprensión que abrigaba en su interior y con la que todavía tenía que lidiar. Era incapaz de contarle a su padre lo que aquel hombre le había hecho; su vergüenza era demasiado grande—. ¿Y tú? —preguntó al tiempo que bajaba la voz, hasta susurrar.

Se calló de golpe y durante unos instantes ninguna de las dos habló. Habían decidido, junto a Zake y la señora Davies, guardar el secreto y así lo habían hecho hasta entonces. Ayla tampoco deseaba ver el rostro desencajado de su padre ante una confesión de tal magnitud.

Asintió.

—Si te sientes amenazada por su presencia, puedes contar conmigo para lo que necesites. Y si eso significa jugar sucio, que así sea.

Cadha esbozó una leve sonrisa de agradecimiento. Sabía que podía contar con el apoyo incondicional de su hermana. Ambas estaban más que unidas; sin embargo, se sentía demasiado avergonzada como para confesarle abiertamente que el acercamiento de cualquier hombre era percibido como una posible amenaza, temiendo que pudiera llegar a abalanzarse sobre ella. Bien, no de cualquier hombre, sino de aquellos de posición y estatus parecido al de Neil Bishop, porque le recordaba lo que hubiera podido ser.

Aun así, era humillante.

—Lo sé —murmuró—. Ya se me ocurrirá algo. Al fin y al cabo, soy yo la que debo lidiar con estos sentimientos tan confusos.

—¿Estás segura?

Incluso agudizando el oído, Michael no pudo escuchar la respuesta, al igual que no había podido hacerlo con una sola palabra pronunciada por las hermanas Singht. Estaban discutiendo sobre algo, pero ni siquiera era capaz de advertir la seriedad de sus rostros. Solo las distinguía por sus gestos, los de la una más pausados que los de la otra y por sus cabellos, ahora sueltos.

No había sido su intención espiarlas. No inicialmente. Había salido tarde del despacho y se dirigía a la casa que le asignaron cuando escuchó unas voces y vislumbró una tenue luz entre la

maleza. Así que le picó la curiosidad. Lo que menos esperaba era encontrarse a aquellas dos damas vestidas con sus trajes de montar y subidas a los árboles como si fueran chiquillos.

¿Qué diantres estarían haciendo a aquellas horas y además solas? Obtuvo la respuesta solo unos minutos después, cuando las vio subirse a horcajadas sobre sus respectivos caballos y turnarse para saltar. Primero cogían un poco de carrera, lo que les permitía el claro, y se alzaban sobre los setos.

Michael gimió al ver tomar velocidad a la primera de ellas. Cuando comprendió sus intenciones, el corazón estuvo a punto de parársele. Pensó que ambas eran unas estúpidas por realizar aquellos ejercicios en tan precarias condiciones. Unas estúpidas y unas inconscientes. La luz de las velas apenas era suficiente. Corrían el riesgo de caer fácilmente y golpearse. Un peligro tan alto, que estuvo a punto de descubrirse y hacérselo saber. Alguien necesitaba una mano dura que las aleccionara, pero se convenció de que no era asunto suyo. Debía ser práctico; su situación en la propiedad ya era demasiado precaria como para ganarse otra confrontación.

Permaneció escondido hasta que ellas dieron por finalizado aquel juego sin sentido, desataron los farolillos y se llevaron las monturas a los establos.

Michael estiró las piernas adormecidas por haber permanecido agachado y, cuando tuvo la seguridad de que se encontraban bien, regresó a casa. Había transcurrido el suficiente tiempo para serenarse y solo entonces empezó a pensar en lo especial que era la temperamental Ayla. A pesar de su preocupación inicial, se había sentido fascinado por cada uno de sus gráciles movimientos. Se trataba de una mujer audaz y muy sensual; era imposible que dejara a un hombre indiferente.

Muy a su pesar, se quedó dormido con imágenes de la joven.

Capítulo 5

Había dormido mal. Ayla se levantó y se restregó los ojos mientras los primeros rayos de sol traspasaban los cristales. Eso no mejoró su humor, sino todo lo contrario. La llegada de su padre tampoco había conseguido alegrarle el alma, pues la compañía del señor Cunningham había conseguido agriarle su ya de por sí nefasto talante. El alivio de cabalgar de noche solo había sido momentáneo. Ahora tenía ante sí una confrontación que no deseaba mantener; no por miedo, sino por lo exhausta que la dejaba.

Consciente de su visita al pueblo dudó sobre si esmerarse en su apariencia o dejar que los demás pensaran lo que quisieran, lo cual siempre habían hecho. Era desmoralizador escuchar los susurros, ver el desprecio e incluso el miedo en los ojos de los lugareños. Cadha y ella jamás les habían dado motivo alguno para que las trataran así, o al menos al principio. Su actitud actual era un simple escudo para evitar salir heridas. Ellos podían pensar que les era indiferente todo cuanto se decía de ellas, pero no era cierto. Les dolía; y mucho. Incluso a esas alturas de su vida, no había vez que su voz interior no gritara de dolor y desesperación. Sabía que Cadha lo sentía del mismo modo, porque hablaban de ello muchas veces. La fachada que mostraban, su hermana de indiferencia y ella de furia encendida, solo era para mantenerlos a raya. No tenían amigos. Nadie quería mezclarse con las Singht. En el pasado pensaron que sí, pero la vida se había encargado de poner sus esperanzas en el lugar que correspondía: entre el estiércol.

Así que, visto desde esa perspectiva, no valía la pena esforzarse demasiado en parecer más «normales». Si tenían que hablar mal de ellas o injuriarlas, que fuera con motivos de peso.

Dejando el vestirse para más tarde, se puso la bata color marfil ribeteada con una cenefa de flores en los puños, antebrazos y la parte frontal. Salió al pasillo y se deslizó hasta la próxima puerta perteneciente a los aposentos de Cadha.

Entró sin llamar.

—Buenos días —gruñó al verla vestida y revolviendo un arcón.

Cuando esta se giró, no pudo evitar lanzar una exclamación ahogada. La otra hizo una mueca, lo que afeó todavía más el rostro otrora perfecto y salpicado de pecas.

—No es tan grave como parece.

—¿Que no es tan...? —Ayla estaba asombrada—. ¿Pero te has mirado en el espejo, mujer? — Se acercó a ella y con las manos le inmovilizó la cabeza para examinarle el rostro con detenimiento.

—Sí, lo he hecho —replicó. Y su aspecto, tal como pretendía, no era nada favorecedor. Su cara inflamada amenazaba con volverse de un color parecido al pelo de su hermana; y eso solo era el principio.

—No lo entiendo. Cuando nos acostamos anoche estabas bien. Tú jamás has tenido una erupción o sarpullido; ¡ni siquiera de pequeña! Voy a llamar a la señora Davies. —Se volvió con rapidez.

—¡No! No es lo que imaginas.

No se trataba de lo que imaginaba, sino de lo que veía. Aunque, pensándolo bien, un cierto resquemor le indicaba que nada era lo que parecía.

—Pues ten la bondad de explicármelo... —Se cruzó de brazos y esperó.

—Me lo he hecho yo misma —confesó Cadha. Si parecía avergonzada era porque así se sentía.

—Creo haberte oído mal. Por un instante me ha parecido oírte decir que te lo has hecho tú misma.

Cadha asintió. Cuando se metió en la cama no dejó de pensar en el posible interés que despertaba en el invitado de su padre. Se sentía incapaz de lidiar otra vez con lo mismo, así que, para atajarlo de raíz, había elaborado un plan para resultar repulsiva a la vista. Poco después se levantó y, aprovechando la oscuridad, no dudó en bajar a la cocina para hacerse con unas hierbas que sabía le provocarían una fuerte alergia en la piel. Allí mismo se las restregó por toda la cara a sabiendas de la reacción que estas tendrían en ella.

—Y este es el resultado... —dijo después de explicarse.

—Cadha, querida —musitó Ayla incrédula—, tú estás más loca que yo.

—Tienes que entenderlo —replicó la aludida—, quiero evitar a toda costa resultarle atractiva al señor Cunningham. Si me ve así me evitará como a la peste.

—Pero no por la cara, te lo aseguro. Dudo mucho que le resultes interesante si descubre hasta dónde eres capaz de llegar con tal de mantenerle alejado.

Se sentó en la cama y palmeó a su lado. Cadha obedeció y, con un suspiro, se situó a su lado con la tristeza pintada en sus ojos, lo cual hizo que el corazón de Ayla rebosara preocupación por ella.

Desde el intento de violación por parte de Bishop (no merecía ni que le llamaran señor), quizás no había prestado suficiente atención a las consecuencias que esas acciones podrían haber acarreado. Como hermana mayor tendría que haber sido más perspicaz y haber visto que Cadha tenía un trauma que superar. Centrada como lo estaba en la aceptación de sus propios problemas, no se había dado cuenta de que los temores de su hermana eran mucho más profundos de lo que aparentaban.

—Tengo miedo de que suceda de nuevo. —Y con esa simple frase, el mayor temor de Cadha había sido verbalizado.

—Oh, cariño...

—Ya sé que es improbable. No dejo de repetirme que los anteriores invitados de papá no pasaban de un ligero coqueteo que cesaba tan pronto como yo les desdeñaba. Incluso me digo que con este tampoco será así, por lo que no hace falta llegar a estos extremos. Creo que en otras circunstancias —ambas sabían que se refería a que si el suceso no hubiera ocurrido—, por primera vez y sin que sirviera de precedente, el señor Cunningham me simpatizaría.

—Yo opino lo mismo. No obstante, no somos expertas en estas cuestiones, por lo que podríamos equivocarnos. Aquí solo importas tú y cómo te sientes. Lamento tanto no haberlo visto antes...

—¿Por qué tendrías que haberlo hecho?

—Como hermana mayor es mi deber protegerte —aseveró.

—Quizás sí, quizás no... —Cadha se permitió esbozar una tierna sonrisa—, pero no debes sentirte culpable por esto en concreto. Al fin y al cabo, todos tenemos nuestros pequeños secretos inconfesables.

—Puede —concedió—. Aun así, si no te sientes segura hablaré con Zake para que lo vigile y te siga de cerca.

—¡No!

—¿Cómo que no? —Ayla la comprendía menos por momentos—. Me acabas de decir...

—Sé perfectamente lo que he dicho; no obstante, creo que es algo que debo afrontar yo sola.

Ayla entendía lo de querer afrontarlo. No podía vivir eternamente con ese temor hacia los hombres pegado a los talones, pero sola... Así mismo se lo dijo.

—Además —añadió la mayor—, estamos aquí para ayudarte.

—Y os lo agradezco, de veras —se echó un mechón hacia atrás en un gesto de determinación—. Solo quiero probar mi resistencia.

Ayla no parecía muy convencida, así que Cadha añadió:

—Si te sientes más tranquila, de momento trataré de evitarle en la medida de lo posible. Si salgo a cabalgar, no podrá encontrarme. Podrías acompañarme —sugirió esperanzada.

—Ojalá pudiera —Ayla suspiró de forma melodramática—, pero los Reilly están dando problemas y tengo que realizar una pequeña visita de cortesía al pueblo —la frase no estaba exenta de cierta dosis de malicia.

Le contó lo que Michael le había explicado con respecto al encuentro en la cala

—Necesitan una lección —sentenció Cadha furibunda.

—Y la tendrán. Lo que me resulta más extraño es aún que no hayan escarmentado con nosotras. Parece como si provocarnos una y otra vez, les produjera un placer malsano —meditó Ayla.

—Lo cual quiere de decir... —intentó aventurar Cadha.

—Que hay muchas posibilidades de que el culpable no sea Aaron Reilly, sino su hijo.

Ambas se miraron sabedoras de lo que eso implicaba.

—Quizás sea mejor que vaya contigo. —Ni siquiera ella quería ver a Ayla sometida a tanta presión. No era un espectáculo agradable.

—No sé si sentirme halagada o insultada por estas muestras de preocupación —le dio un empujón cariñoso—. Aun así no debes preocuparte. Si crees que no lo necesitas a tu alrededor, me llevaré a Zake. Además —suspiró—, Michael también vendrá. Te prometo que no me haré notar..., más de lo necesario.

—Ayla... —le advirtió.

La otra se permitió lanzar una risa y se levantó justo en el mismo momento en que Cadha intentaba atraparla.

—¡Compórtate!

Se lanzaron a un juego infantil sobre quién persigue a quién mientras trataban de olvidar, por un instante, sus propios problemas.

Cuando llegó, Ayla ya estaba allí. Como no podía ser de otra manera, Zake la acompañaba. Ambos tenían ya las monturas preparadas y charlaban con el rostro serio.

—Llegas tarde —le espetó ella con cara de pocos amigos, situándose a su altura.

—Buenos días a ti también... —Luego se dirigió al barbadense—. Hola Zake.

—Señor Campbell —hizo un saludo con la cabeza.

Michael procedió a pedir su caballo. De reojo miraba a Ayla, que esa mañana estaba especialmente bella con su traje de montar color chocolate.

Cuando salió al exterior, ella ya estaba subida a su montura y espoleó a su yegua sin esperar que ninguno de los hombres la alcanzara.

—No está especialmente habladora esta mañana, ¿verdad?

Zake esbozó lo que parecía una sonrisa, por lo que dio por cierta su suposición. No debía haber esperado otra cosa dado el estallido del día anterior.

La siguiente sorpresa fue que Zake, en lugar de cabalgar junto a él, le indicó que avanzara, así que no tuvo más remedio que emprender un buen galope si quería alcanzarla. Lo logró varias millas después, aunque solo porque ella había disminuido el ritmo.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando se situó a su lado.

Ayla ni se dignó a mirarle. Una fea costumbre que empezaba a molestarle.

—¿Por qué no tendría que estar bien? Además, ¿a qué se debe que siempre me preguntes lo mismo? Estás resultando bastante molesto.

—¿Porque nuestro preocupación por ti? —preguntó incrédulo—. Jamás he escuchado nada tan ridículo.

—Si te parece eso, es que no has conocido a las personas adecuadas —replicó ella.

—O quizás el problema provenga de ti —rebatía él.

—Si eso te hace sentir mejor... Aunque estoy segura de que habrá personas con la misma forma de pensar; entre ellas mujeres.

—Solo es educación, Ayla. De donde yo vengo, preocuparse por el bienestar ajeno no implica más que eso. Si eso me convierte en un pesado, que así sea.

Y dejó de hablar a la vez que espoleaba el caballo para avanzarla. Ya se había cansado de las tonterías sin sentido que esgrimía para no confraternizar con nadie. Ayla no tenía motivos para seguir manteniéndolo alejado, así que suponía que su comportamiento era fruto de un carácter desdeñoso ya desde la cuna. Le parecía una mujer interesante, sí, pero solo cuando abandonaba esa altivez y displicencia que tanto lo enervaba.

Por supuesto, tan pronto puso distancia entre ambos, ella se lo tomó como una competición. No era capaz de comprender el origen de su enojo y actuaba de forma un tanto infantil. Cuando ya alcanzaba la destilería oyó los cascos tras de sí. Esperaba verla pasar veloz dejándolo atrás junto con una gran polvareda. Pero para su sorpresa, ella se mantuvo a su lado.

—No estoy acostumbrada a que un extraño muestre preocupación hacia mí —declaró. En cierto modo era una especie de disculpa, y así se lo tomó Michael tras intuir que no podría pedir más.

—No soy un extraño. —No pudo dejar de percibir que ella ni siquiera echaba una ojeada al edificio que pertenecía a los Reilly.

—Aunque te cueste reconocerlo, sí lo eres. Hasta hace dos semanas no sabíamos el uno del otro. Ocupas un puesto que yo misma puedo desempeñar...

—Está bien, está bien. Me hago una idea de lo que pretendes decir. —Si la dejaba continuar, podía convertir una disculpa en una ofensa en toda regla.

De todas formas, Ayla tenía una parte de razón. Él era un extraño en esa tierra y entre esa familia. No era culpa de la joven que despertara en él un cierto sentido de protección del todo inapropiado. Era esa forma de mostrarse fuerte y aguerrida lo que lo confundía, ya que aquella aptitud le permitía vislumbrar la vulnerabilidad que se escondía tras aquellos ojos azules. O tal vez se lo imaginaba todo, y veía en ella algo que no existía. En lugar de concentrarse en descubrir la verdad, se había lanzado en pos de una quimera.

Casi pudo decir que se alegraba de ver aparecer las primeras casas del pueblo. Zake había acortado distancias y se mantenía detrás. Se preguntaba el motivo de que este siempre estuviera

allí, como una especie de protector, aunque se preguntaba tantas cosas respecto a ella...

Dejaron los caballos y atravesaron la calle hasta llegar a la principal. Resultaba sorprendente como en un momento la tenía andando junto a él, con la espalda más tiesa que la tabla de madera con la que su padre le zurraba de pequeño, y al siguiente la veía cruzar a toda prisa en dirección a una mujer que parecía querer evitar toparse con ella.

—¡Buenos días a usted también, señora Brice! Veo que el tiempo no le sienta demasiado bien —la saludó.

Ante ese tono, que pudo evitar reconocer, Michael se apresuró a llegar a su lado. Ni siquiera imaginaba cuál iba a ser su próximo movimiento.

—Ho-hola Ayla.

Su voz estridente no era justificación alguna para abordarla con esa grosería. Era más bien para tenerle lástima.

—Estaba casi segura que no me ha visto antes, cuando venía de frente —anunció socarrona—. Y como se ha apresurado a cruzar la calle con tanta rapidez, me he sentido en la obligación de acercarme a saludarla. ¿Cómo están los niños? Hace mucho que no los veo. No le pregunto por Harold, como comprobaré; mi padre y yo nos hemos cruzado con él en Irvine. Le dijimos que le diera recuerdos a usted, aunque —pareció rumiar—, ahora que lo pienso, no parecía que anduviera muy derecho ni todo lo sobrio que cabría esperar de un ejemplar padre de familia. ¿Le habló de nosotros? ¿No? Qué pena —Ayla no dejaba a su interlocutora ni tiempo para respirar—. Quizás estaba demasiado distraído por la compañía que llevaba del brazo. Debía de haberse perdido, la pobre. En los tiempos que corren las mujeres rubias y guapas se pierden en los sitios más insospechados. Aunque, refrescando la memoria, cada vez que nos topábamos con él iba con una mujer distinta. —Se hizo la tonta—. ¿Ve lo que trato de decirle?: son totalmente incapaces de encontrar la dirección que buscan. Y su marido, como siempre, tan servicial con el prójimo... Es que tiene usted una joya.

—Tengo que irme. He de hacer un recado urgente. —Tironeó del brazo por el que Ayla la tenía retenida.

Aun así, esta se negó a soltarla.

—Claro, querida, claro. Pero recuerde cuidar un poco su aspecto. Ha engordado mucho desde la última vez, y los pechos se le comienzan a caer. Quizás debería empezar a usar ropa más holgada. Ah, eso de ser madre no es tan bonito como nuestras progenitoras no los pintaban, ¿verdad? Debe ser una suerte para mí que la mía esté muerta y enterrada, así me he ahorrado ese disgusto porque, como puede comprobar, estoy tan guapa como cuando éramos jóvenes. ¿No cree?

La otra mujer parecía a punto de llorar a la vez que apretaba los dientes. Los tirones se hicieron más fuertes hasta que Ayla la soltó de golpe y se tambaleó. Michel se apresuró a cogerla para evitarle un bochorno mayor, pero era imposible arreglar lo que la maldad de esa pelirroja era capaz de hacer.

Con la cabeza baja se alejó tan rápido como su vestido lo permitió. De pronto habían atraído la atención de unos cuantos lugareños, que los miraban con el entrecejo fruncido. Michel suponía que él mismo lucía esa expresión.

—Eso ha sido lo más rastrero que he...

—No he dicho nada más que la verdad —replicó ella sin dejarle terminar.

—¿Y era necesario ser tan cruel? ¿Necesitabas restregarle a esa mujer la perfidia del marido? Ayla se encogió de hombros.

Detrás de esa actuación tan deplorable había mucho rencor acumulado. No sentía pena ni

vergüenza por haber procedido como una mala pécora.

Todavía podía recordar cuando eran jóvenes. Su enemistad venía de lejos, pero no había tomado represalias hasta ahora. Simplemente había esperado a tener en su poder la suficiente información como para poder lanzársela a la cara, tal y como había hecho. Pocas veces había sentido tanta satisfacción por ello. No se consideraba mala, pero sí muy rencorosa.

—¿Qué culpa tengo yo de que su marido no tenga un ápice de vergüenza? Era mi deber cristiano informarle. La ignorancia es un pecado —se regodeó.

—¿Vergüenza? ¿Cristiano? ¿Pecado? —Michael no daba crédito a lo que oía. Y pensar que en cierta forma le gustaba—. Tú has mostrado menos vergüenza que el infiel del marido al decírselo así, en la calle y sin darle posibilidad de defenderse. Si la ignorancia es un pecado, más lo es el saborear el sufrimiento ajeno. Nadie merece que la traten así, nadie.

—Eso digo yo. Es una lástima que la sociedad en general no opine igual. El mundo es un lugar cruel, así que abstente de expresar comentarios indeseados, por favor.

Ayla le lanzó una mirada de furiosa altivez al tiempo que comprobaba el lazo del sombrero y seguía su camino.

—Indeseados o no, puedo decir que tu comportamiento me avergüenza.

Eso, en efecto, la hizo detenerse. Lo miró con ojos brillantes.

—Es una suerte para mí, entonces, que me importe bien poco, por no decir nada, lo que opines de mi conducta. Solo un consejo: si quieres perder tu puesto de trabajo con suficiente rapidez, sigue expresándote con libertad sobre lo que hago o dejo de hacer.

—No me harás creer que tu padre me despediría por eso. —No estuvo tan seguro cuando la vio esbozar una sonrisa lobuna.

—Quizás no en otras cosas, pero en esto..., cuenta con ello.

Siguió andando, dejándole en medio de la calle. Zake, que se había mantenido al margen, le rebasó por el lado derecho. Era una suerte que se abstuviera de tan siquiera de mirarle.

La verdad es que se sentía defraudado. Más que eso, de hecho. Sí, Ayla Singht era arrogante, altanera, brusca, rencorosa y un largo etcétera, pero no la creía poseedora de esa maldad insana de aquellos que disfrutan con la vejación de los demás por placer. Simplemente no alcanzaba a comprender dónde estaban los límites de la joven y esta le sorprendía para peor en cada encuentro. Solo que esa escena... la había encontrado degradante llenándolo de un bochorno ajeno que incluso había paladeado. La otra mujer no había tenido escapatoria, pues Ayla se había lanzado directa a la yugular, quizás no con premeditación, aunque sí con alevosía.

Había veces como esa en las que se preguntaba dónde se había metido.

A pocas yardas, y justo al otro lado de donde se encontraba la casa familiar de los Reilly, se alzaba un edificio que hacía las veces de casa de Archie y de oficinas centrales de la destilería.

En el pasado, Ayla había estado centenares de veces. A pesar de las apariencias que toda la familia se apresuraba en proteger, el único hijo varón de los Reilly no soportaba a su padre. Desde muy temprana edad, Archie iba en una dirección bastante diferente de la de su padre, cosa

que ocasionaba no pocas disputas entre progenitor e hijo. Este último deseaba volar libre en lugar de soportar la mano férrea con el que Aaron quería dominarlo. Por esa razón, con una pequeña herencia que le legó su abuela materna, adquirió ese edificio para vivir sin el aliento constante de su padre pegado a la nuca.

Siendo joven se instaló en la tercera planta de ese edificio, justo enfrente de la plaza. Tiempo después, y tras muchas discusiones y negociaciones, la parte baja acabó convirtiéndose en las oficinas centrales del negocio familiar.

Otra cosa que Archie odiaba más, a parte de su padre, era el olor que se respiraba en la destilería. Antaño se había instalado allí, pero este argumentó que era más fácil mantenerla en el pueblo. Solo los trabajadores y el capataz iban y venían a diario. El señoritingo Archie Reilly solo tenía que bajar unos cuantos escalones, cruzar un pequeño rellano e instalarse con comodidad detrás de su enorme escritorio de la segunda planta.

Como siempre le había oído decir... «Un gran escritorio, engrandece al que hay sentado detrás».

En su opinión: puras estupideces de un hombre patético e inseguro.

Ayla ya hacía bastante tiempo que no pisaba ese suelo. La última vez que estuvo allí no fue a dar un espectáculo muy agradable que dijéramos. Aun sin sentirse acobardada, suspiró por el solo esfuerzo que le suponía volver a plantarse enfrente de ese innombrable.

Su compañero, que ya había llegado a su lado, tampoco es que la hiciera saltar de alegría. El muy hipócrita se atrevía a criticarla si tan siquiera preguntarle a qué se debía el motivo por el que había tratado a Ellen Brice de esa forma tan humillante. A su forma de ver había sido tan suave como un bebé. Si hubiera querido, la muy zorra habría acabado llorando enfrente de medio pueblo o, como hubiera tenido que hacer mucho tiempo atrás, con toda la dentadura desperdigada por el suelo.

¿Había tenido eso en cuenta Michael? No. Ni tan siquiera se le había pasado por la cabeza que Ellen se lo mereciese. Solo había visto a una pelirroja desquitarse con una adorable y desvalida mujer. Sin saber sus antecedentes, la había juzgado de buenas a primeras. Era tan corto de miras como el resto y no merecía piedad por su parte. Eso sí, ni siquiera volvería a pensar en él. No merecía la pena. ¿Que la creía una salvaje? Tanto peor para él. A ella no le importaba lo más mínimo. No. Asunto zanjado.

A petición suya, Zake se quedó en la calle, al lado de la puerta. Michael, por su parte, entró con ella.

El lugar era espacioso y transmitía aires de prosperidad. Media docena de hombres transcribían, tomaban pedidos o ejecutaban un sinfín de operaciones matemáticas.

Casi nadie les prestó atención hasta que desfilaron por el pasillo hacia lo que parecía ser una escalera al fondo. Al instante se hizo el silencio.

Michael notó como la temperatura de la sala disminuía considerablemente al tiempo que todos los ojos se clavaban en ellos. Incluso vio a uno esbozar una mueca y a otro hacer un amago de levantarse para detener su avance. Resultaba fascinante, por no decir otra cosa, como a una sola mirada de ella, el fornido empleado se acobardó. Era increíble que una mujer de su edad dominara con su sola presencia a seis hombres hechos y derechos. ¿Les había embrujado o qué? A cada minuto que pasaba, el misterio en torno a ella se hacía más y más grande.

Llegaron al segundo piso sin que nadie les obstruyera el paso ni tratara de impedirles subir. En esa planta solo había un hombrecillo con gafas, tan concentrado en los papeles que tenía enfrente, que no los oyó. Cuando Michael carraspeó —porque ella se limitó a permanecer plantada y sin

decir nada—, este levantó la mirada, hizo un amago de sonrisa de bienvenida y, al percatarse de quién era la mujer —ahora estaba seguro que era Ayla la que despertaba esas, ejem..., reacciones estupefactas—, abrió los ojos como platos y sus labios boquearon.

—Dígale a Reilly que Ayla Singht quiere verle —anunció con sequedad.

Michael no dudó ni por un instante que la presentación sobraba. ¿Acaso no había una triste alma que no la hubiera conocido? ¿Habían probado todos su lengua mordaz cargada de insultos?

Como era de esperar, el hombre tragó saliva y se frotó las manos con nerviosismo.

—El señor Reilly no está en estos momentos. Si desea dejarme el recado...

Ayla lo dejó con la boca abierta al dirigirse hacia la puerta que se encontraba al fondo. Michael se apresuró a seguirla. No es que pudiera evitar que cometiera una estupidez. Con su sola presencia era capaz de provocar un escándalo de proporciones mayúsculas.

Sin más miramientos, Ayla giró el picaporte de la puerta, y esta se abrió totalmente, estrellándose contra la pared. Michael vio saltar a un hombre detrás del escritorio más grande que había visto jamás. Cabellos cobrizos y ensortijados, bigote cuidado, una nariz pronunciada y una vestimenta que reflejaba una posición social acomodada. Nada fuera de lo esperado.

Cuando comprobó la identidad de la maleducada visitante, su expresión cambió.

—¿Quién te ha dejado entrar? —espetó.

El hombrecillo de las gafas se apresuró a pasar en medio de los dos para situarse delante.

—Intenté detenerla, pero salió lanzada.

—Solo porque sabía que mentía —Ayla había adoptado una cara casi parecida al aburrimiento.

—No quiero tener nada contigo y mucho menos hablar. —El hombre se había levantado de la silla, aunque seguía detrás del escritorio.

—Pues es una pena, porque no voy a marcharme hasta que te haya dicho todo cuanto me apetezca.

La batalla se llevó a cabo con la mirada. Cuando al fin Reilly apartó la vista, no había duda de quién era la vencedora; al menos en ese asalto.

A una orden brusca, el empleado se apresuró a macharse dejando la puerta cerrada tras de sí. Aunque estaban los tres en la habitación, Michael sentía como si él no existiera. Eso le molestó, pero se recordó que no era más que un simple administrador.

—Eres una malcarada sin modales ni educación, pero, ¿qué puede esperarse de una pelirroja sin sangre en las venas?

—Creo que eso está fuera de lugar, señor Reilly. Exijo que se disculpe con la señorita Singht —la defendió Michel sin pensar.

Eso atrajo la atención de Elliot, por lo que se vio sometido a un minucioso y burlón escrutinio.

—¿Es este tu nuevo perrito faldero? Al menos has tenido la decencia y el buen tino de buscarte a alguien con quien tus inmorales y desvergonzados escarceos no te den un hijo con un tinte de piel sospechosa. Ese negro tuyo podría ser tu padre.

Michael oía atónito la sarta de barbaridades que ese sujeto estaba lanzado por su boca. Ofensivas era poco comparado con lo que Ayla solía hacer. En una sola frase lo había tratado de su amante, a ella de fulana y a Zake... no quería ni pensarlo. Si este oyera esas palabras, no dudaba en que la cabeza de Reilly quedaría de inmediato pegada a la pared.

—Serás... —La elocuente e iracunda cara de Ayla hizo que detuviera la réplica que estaba a punto de soltar. Por su parte, esta se inclinó sobre el escritorio y le susurró unas palabras que no alcanzó a oír. No importaba; el tizne blanco y repentino que se había instalado en el rostro de ese hombre era una pequeña compensación. Ya le preguntaría más tarde qué le había dicho a Reilly

para que se pusiera tan pálido.

—Di lo que tengas que decir y lárgate —farfulló Archie Reilly, mirándola con desprecio.

—Faltaría más —asintió burlona—. Has estado en mi casa.

—¿En tu casa? No me hagas reír. No pondría un pie bajo el techo en el que tú y esa hermana tuya vivís ni aunque me lo rogara la mismísima Reina Victoria.

—No me refería al edificio, propiamente dicho, y lo sabes. De todas formas, he de informarte de que, aunque lo pretendieras, no lo lograrías. Mis empleados son capaces de cortarte los pies para impedirlo. —y dicho esto le lanzó una sonrisa ladina y hasta cruel; como si disfrutara imaginándoselo en esa situación en concreto.

—No sé de lo que estás hablando —respondió Reilly.

No bien lo hubo dicho, a Michael no le cupo duda de que mentía. Llevaba la palabra «falso» grabada en la frente y en letras bien grandes.

—Mientes —lo acusó—. Ordenaste a tus hombres utilizar la cala que pertenece a mi familia para tus trapicheos comerciales. No sé por qué creíste que no me enteraría.

Michael se lo imaginaba, dada la reacción del encargado de la cantera. Todos parecían temerla de una forma u otra, así que Reilly contaba con eso para hacer lo que le viniera en gana.

—¿Qué yo...? —Se hizo el sorprendido tanto como el ofendido, pero sus falsas dotes de actor no engañaban a nadie—. Debes estar en un error. —La mirada de Ayla le hizo rectificar—. Es decir, tal vez sea cierto, pero no sé nada del asunto. Si me dices quienes eran, recibirán su justo castigo.

Y ahora se hacía el buen samaritano preocupado por las infracciones de unos pocos diablos y decidido a hacer justicia. Daban ganas de vomitar. La verdad era que le estaba costando no abrir la boca, aunque reconocía que ella no se manejaba mal. Mientras no creyese a ese cretino falso y tramposo, todo iría bien.

—Uf, Dios mío, la sarta de tonterías que he de escuchar salir de tu boca. —La paciencia de Ayla, de por sí limitada, se había agotado—. Solo te lo diré una vez más: aléjate de las tierras de mi familia. Si veo, aunque solo sea a uno de tus hombres, o una caja de whisky dejada en la arena, van a rodar cabezas. Y nadie mejor que tú sabe que nunca amenazo en balde. —Se colocó de nuevo el sombrero e hizo amago de retirarse—. Que tengas un buen día.

—Tú, miserable y rastrera...

—La señorita ya ha dicho todo lo que tenía que decir —le interrumpió Michael con un tono de voz amenazador, y se interpuso delante de este cuando lo vio abandonar la seguridad de su tanpreciado escritorio—. Le aconsejo que permanezca quietecito. Solo soy un simple administrador; perrito faldero si lo prefiere —citó con sorna—, pero no soy de los que se queda sentando mientras amenazan a una mujer, sobre todo cuando es esta la que tiene la razón y la ley —matizó—, de su lado. ¿Me he expresado con suficiente claridad? ¿Sí? Mejor. —Se tocó el ala de sombrero—. Que tenga usted un buen día —le deseó, aunque su tono indicara claramente lo contrario.

Salieron del edificio desandando su camino y nadie les dijo nada. Se limitaron a mirarles con la misma hosquedad que cuando entraron. Zake les esperaba en la calle y solo tuvo que echarles una ojeada para adivinar su talante, muestra suficiente de cómo había ido todo. Con Ayla encabezando la marcha se dirigieron a los caballos. Michael sopesó la posibilidad de entablar conversación con ella; no obstante, algo se lo impedía. Quizás ese paso rápido y escurridizo; tal vez esa espalda recta y almidonada.

Los tres montaron en sus caballos y emprendieron el regreso a casa. Solo cuando dejaron atrás

el pueblo y creyó estar lo suficientemente lejos, ella disminuyó el paso hasta quedarse detenida. Michael, sorprendido por esa conducta, se situó a su lado para tratar de comprobar qué le sucedía. Tal vez se encontrara mal o la visita a Reilly le hubiera afectado de una forma que él no alcanzaba a comprender. Zake, por su parte y a un gesto casi imperceptible de Ayla, siguió su camino adelantándose.

Cuando se giró hacia él, no le cupo duda que toda esa ira pintada, y contra todo pronóstico, estaba dirigida única y exclusivamente hacia él.

—Bien, dejemos las cosas claras. Ese numerito de héroe-salva-damiselas-en apuros no quiero volverlo a presenciar, ¿me entiendes? Yo sola me basto y me sobro para defender mi honor o lo que sea que hayan ofendido. No quiero darles más munición.

—¿A qué te refieres? —preguntó con curiosidad—. Y ya que estamos ¿Qué tipo de relación te une a ese Reilly? Porque si las miradas mataran...

—No te interesa; y esa es toda la respuesta que vas a recibir por mi parte. No creo que sea preciso recordarte quién eres y qué cargo ocupas —espetó.

Michael no estaba demasiado sorprendido por su airada respuesta, pero sí por negarse a dejarse defender. ¿A quién se le ocurría?

—Lo recuerdo muy bien. Desde que estoy aquí has considerado oportuno recordármelo a cada momento. En cuanto a lo de defenderte... Estás equivocada si crees que voy a permitir que te injurien mientras me quedo de brazos cruzados.

—¿Por ser mujer? —aseveró con la boca apretada.

—Sí, por ser mujer. Porque no tolero ese tipo de comportamiento —«incluso cuando eres tú la que lo perpetra», deseó decirle—, y... —«porque contigo es algo instintivo»— porque eres mi jefa —acabó diciendo.

No le estaba mintiendo, aunque no le decía toda la verdad. Dudaba mucho que acogiera de buen grado ese irracional impulso que se debía solo a ella.

—Tu caballerosidad te honra —el tono burlón quedó patente al señalar el pueblo a lo lejos y añadir—: solo que defender mi honor allí, no servirá de nada. Hazme caso por una vez. Si quieres seguir en tu puesto de trabajo, cierra esa boca tuya y finge no haber oído nada.

Sí, Michael seguiría su consejo. A partir de ese instante borraría esa última frase e ignoraría que algo sucedía con ella y el resto de los habitantes de la isla. Sí... Lástima que fuera un hombre curioso.

Capítulo 6

—¡Señorita Singht!

Aunque Cadha escuchó la llamada del señor Cunningham con toda claridad mientras se dirigía a los establos, decidió fingir que se había vuelto completamente sorda. Era fácil reconocer su voz, así que apresuró el paso con la esperanza de obtener una sobrada ventaja que le permitiera deshacerse de él.

Aquella mañana se había esforzado bastante por evitarlo: desayunó mucho antes de lo que acostumbraba y se refugió en la cocina porque no tenía ningún deseo de verse sometida a su atormentadora presencia. Por desgracia, no contaba con que la alcanzara incluso antes de salir de la casa. Sus largas zancadas habían cubierto el tramo en pocos segundos y Cadha se dijo que era una ilusa al creer que escaparía fácilmente de ese hombre.

Detuvo el paso y se preparó para lo inevitable.

—¡Señorita Singht! —lo escuchó decir a sus espaldas. Su aroma masculino se filtró a través de sus fosas nasales y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por dejar de temblar. Desconcertantemente, esta vez no era de miedo—. Cualquiera diría que está huyendo de mí —le dijo mientras la obsequiaba con una desenfadada sonrisa. Solo cuando ella se dio la vuelta y lo miró de frente, su rostro se transfiguró—. ¡Válgame Dios! —exclamó observando atentamente el delicado rostro de la joven convertido ahora en una piel enrojecida y con erupciones—. ¿Está bien?

Alargó la mano para ofrecerle algún tipo de consuelo, quedando suspendida en el aire cuando la vio dar un paso atrás.

Cadha pensó que cualquier hombre sentiría repulsión al verla. Con su rostro enmascarado bajo una apariencia enfermiza estaba preparada para enfrentarse a todo tipo de reacciones negativas, incluso ante la pregunta de si era o no contagioso. Ese era parte de su cometido y le satisfaría bastante. Sin embargo, el señor Cunningham pareció más preocupado que otra cosa. Y eso la desestabilizó.

—¿Querría alguna cosa, señor?

Su frío tono no le dejó dudas que seguía con la misma actitud que el día anterior. Sin embargo, no pareció nada impresionado; estaba demasiado ocupado inspeccionándola con detenimiento y preguntándose a qué clase de catástrofe se enfrentaba.

—¿No va decirme qué diantres le ha sucedido? Anoche estaba bien.

¿Acaso tomó o bebió alguna cosa que le estaba resultado perjudicial?

—Mi apariencia es terrible, lo sé.

—No es lo que he querido decir —le espetó él, molesto.

A Rob estaba comenzando a fastidiarle que la joven le adjudicara unas intenciones muy ajenas a su propia personalidad, o que pusiera palabras en su boca con tanta facilidad, como si le fuera más sencillo verlo como a un hombre despreciable. Y aunque en aquel instante la belleza de su rostro se había alterado por completo... Por Dios, ¿qué creía? No pensaba burlarse de su aspecto.

Cadha dejó pasar su comentario.

—Lamentablemente, es una afectación muy usual en mí —dijo, tratando de restarle importancia

y rezando para que se tragara el embuste—, que puede durar bastantes semanas.

Asintió comprendiendo la tranquilidad con la que ella enfocaba el asunto. Estaba acostumbrada, pero Rob no.

—¿Hay que llamar a un médico? ¿Preparar algún remedio? Puedo ir a Irvine o Glasgow si es preciso —se ofreció dispuesto a ayudarla—. Puedo partir de inmediato.

Ella tuvo que luchar consigo misma para no emocionarse ante un gesto de tal magnitud. El señor Cunningham parecía verdaderamente sincero. ¿En verdad iría tan lejos si se lo pedía?

—¿Por qué haría tal cosa?

—¿Pese a mostrarse usted tan desagradable conmigo, quiere decir? —Rob alzó las cejas interrogativamente. Ni él mismo lo sabía—. Me preocupa el malestar que pueda estar sintiendo. ¿Le pica?

Cadha asintió con lentitud. Él no había salido huyendo como había planeado. Por el contrario, se interesaba en conocer el remedio que pudiera curar su dolencia. No porque le repugnara su aspecto físico, sino por el propio malestar que le ocasionaba. Darse cuenta de aquello le causó placer y consternación al mismo tiempo. Y se preguntó si sería posible ser hechizada por unos ojos como los suyos.

—Tengo un unguento para estos casos —murmuró en voz baja, de pronto cohibida— y ya me lo he aplicado. Con el tiempo estaré bien.

Rob asintió con aire ausente y se fijó en el traje oscuro que ella usaba para montar.

—¿Y va a salir a cabalgar de todos modos? —Por el modo en que lo dijo, Cadha se dio cuenta que ya no hablaba de su rostro, así que la pregunta consiguió ponerla en guardia—. ¡Ah, ya vuelve a ser tan desconfiada como siempre! —era imposible no darse cuenta de lo tensa que estaba—. Puede guardarse sus recelos, solo me gustaría ir con usted y conocer un poco la propiedad.

Ella abrió los ojos de par en par. ¿En verdad le estaba pidiendo que...? Su corazón dio un salto. Cadha se había arriesgado mucho provocándose a sí misma esa reacción en el rostro. No solo tenía la esperanza de sepultar el interés del señor Cunningham, sino que contaba con ello. Ahora se arrepentía de no haber aceptado la propuesta de Ayla, ya que se sentiría mucho más segura con Zake junto a ella.

—No puede.

—¿Por qué?

«Porque me cuesta estar con usted». Era lo que le apetecía decirle, o más bien gritarle; sin embargo, no podía.

—Mi padre se sentirá muy desilusionado si no lo invita él en persona a conocer la propiedad. Disfruta representando el papel de anfitrión. Una de sus tareas preferidas consiste, precisamente, en mostrar la belleza de las tierras.

Él apoyó el peso de su cuerpo contra la pared del corredor y cruzó las piernas y brazos mientras lo consideraba durante un segundo. Luego se encogió de hombros.

—Elliot está durmiendo y no tengo idea de cuándo va a levantarse, así que me haría un favor si deja que vaya con usted —dijo con cordialidad, tratando de convencerla—. Le prometo que su padre lo entenderá.

Su réplica no se hizo esperar.

—No me arriesgaré —declaró con reprobación—. Ir en contra de los deseos de mi padre...

Rob contempló a aquella joven testaruda y esbozó una sonrisa torcida. Sabía que tanto ella como su hermana casi siempre iban en contra de los deseos de su padre. ¿Y ahora se comportaba tan dócilmente? Justamente por ello Elliot había urdido aquel plan. ¿Se daba cuenta Cadha que su

negativa parecía ridícula? Su petición no tenía nada de extraordinario. Se trataba de un simple paseo, no de una cuestión de estado.

—Con tanta reticencia de su parte, he de asumir que no le gusto. —Era la conclusión más evidente. Ella se lo había dejado claro con su actitud, aunque no con palabras—. ¿Por qué motivo? ¿Le resulta tedioso? ¿He cometido algún terrible pecado, como secuestrar a una doncella? ¿O llevo unos horripilantes cuernos sobre la cabeza?

—Usted sabe que no es así.

—¿Entonces? —Abrió los brazos tratando de buscar una razón coherente que explicara su comportamiento—. ¿Nada? ¿Ni siquiera un reproche? —Chasqueó la lengua—. Pues supongo que ambos deberemos hacer un esfuerzo. —Rob pasó junto a ella, adelantándola y esperó a que lo siguiese—. ¿Viene? —Era fácil de imaginar que Cadha no aceptaría al momento. Permaneció inmóvil y rígida mientras evaluaba sus opciones—. Ya veo que esta mañana no ha amanecido con buen pie. Seré benevolente y supondré que es debido a su malestar.

Cadha se dijo que no era cuestión de enzarzarse en una disputa. Mucho se temía que cuanto más se negara, más empeño pondría él. Al final terminaría queriendo llegar al fondo de su aversión, si podía llamarse así. Las cartas habían sido descubiertas. Rob ya sabía que él le disgustaba y aun así deseaba ir con ella. Bien, pues no iba a ponerle trabas, pero tendría que atenerse a las consecuencias.

—¿Sabe a lo que se enfrenta? —le preguntó bruscamente, indicándole que no debía esperar que ella fuera amable.

Al parecer, él lo intuyó.

—¿Significa que no va a darme la oportunidad de mostrarle mis buenos modales y que va a ignorarme con esa mirada suya de desdén que congelaría hasta el mismísimo infierno? —Rob se dio tiempo para tomar aire y no se echó atrás. Estaba preparado para el desafío y en sus ojos había un brillo de diversión—. Supongo que correré el riesgo.

—Está bien —aceptó molesta por tener que ceder.

Su primer impulso fue llevarlo a la zona pantanosa. Sería divertido conseguir que se perdiera y abandonarle después a su suerte. Eso le bajaría los humos y borraría de su rostro ese gesto engreído con el que le hablaba. Pero mientras tomaba la decisión, se arrepintió. Era demasiado mezquino, incluso para ella. Estaba exagerando y no podía actuar de un modo tan visceral. Tuvo que volver a recordarse que el señor Cunningham no era Neil Bishop, ni actuaba tan repulsivamente como él. Incluso se había preocupado por su estado, y aquello era lo más confuso de todo.

A pesar de descartar su primera idea, sus nuevas buenas intenciones no iban a llevarlo a más de unas millas hacia el sur, bordeando la costa llena de acantilados. Sería un corto paseo que saciaría las ansias del señor Cunningham y que al mismo tiempo la liberaría a ella del compromiso.

Sabía desde un principio que su padre no se opondría; posiblemente lo encontraría encantador. Que ella recordara, nunca se había ofrecido a acompañar a alguno de sus invitados y, si en alguna ocasión lo hizo, fue tras mucha insistencia. Únicamente había sido una desesperada estratagema para evitar al señor Cunningham, solo que ahora se daba cuenta de lo infantil que sonaba.

No le extrañaba que se burlara de ella. Si hubiera sido al revés, ella lo hubiera hecho con mucho gusto.

—Tengo que hacer una cosa antes —dijo mientras él seguía esperando que se moviera.

La miró, suspicaz.

—¿Como esconderse en una gruta muy profunda?

Sin darse cuenta de lo que hacía, Cadha le lanzó una mirada triunfante.

—¿Quién está prejuzgando ahora?

Rob parecía demasiado ensimismado gozando de su reacción, así que tardó un poco en contestar. ¿Cómo una simple sonrisa podía hacérsela parecer más bella? Si lo hiciera más a menudo se encontraría en graves problemas.

—Está bien —le concedió—. Voy a darle el beneficio de la duda. ¿Está contenta?

—Para nada —refunfuñó.

Cadha sintió la carcajada de Rob flotar en el aire mientras subía corriendo por las escaleras. Fue hasta su habitación, cerró la puerta, se quitó las botas con rapidez y se levantó la falda del traje de montar para ponerse unos pantalones. No tenía la intención de cabalgar al estilo amazona; tanto ella como su hermana preferían hacerlo a horcajadas, como los hombres. Si se había tomado la molestia de vestir aquella prenda era porque no deseaba dejar expuesta ninguna zona de su cuerpo que pudiera considerarse íntima, como por ejemplo sus piernas, ni herir la sensibilidad de su invitado. Pero a pesar de las precauciones, su forma de montar había conllevado quejas en el pasado, tachando a las hermanas de indecorosas.

En ese momento apenas le importaba lo que pudieran decir de ellas. Había soportado tantas calumnias y habladurías por parte de los habitantes de la isla que debería estar acostumbrada.

Después de complementar su atuendo Cadha abrió el cajón central del escritorio, donde la noche anterior había guardado el abrecartas y lo escondió en el interior de su bota. Que hubiera aceptado pasear con el señor Cunningham no significaba que renunciara a estar preparada para lo que pudiese ocurrir. Era lo más sensato que podía hacer.

No quiso irse sin pasar antes por el salón. Se detuvo donde estaban guardados los licores y se sirvió media copa de coñac, tragándose el contenido de un trago. Cadha no sentía una especial predilección por la bebida y, desde luego, no lo hacía por placer. Buscaba con urgencia un efecto tranquilizante y otro totalmente opuesto: valentía. Meditó sobre la posibilidad de servirse otra copa, pero acabó descartándolo porque estaba poco acostumbrada y no quería que se le subiera a la cabeza.

Cuando se reunió con él en los establos apenas le dirigió unas miradas de soslayo. Estaba resuelta a tratarle con una fría indiferencia, tal y como ya le había sugerido. Si era lo que él quería, lo tendría. Era experta en esos menesteres. Cuando comprobara que era de lo más aburrida, y sumara a ese hecho el lamentable estado de su rostro, el señor Cunningham se convencería de que era mejor buscar entretenimiento en otra parte.

Por su parte, Rob dejó que fuera ella quien abriera el camino y le guiara en silencio. Mientras, se limitó a disfrutar del paisaje, tan distinto a Edimburgo. Había resuelto no tratar de presionarla. Le había quedado bastante claro que Cadha lo acompañaba a desgana, y deseaba concederle algo de tiempo para que se acostumbrara a su presencia y, por qué no, a que se abriera a él. ¿Era un iluso por sostener tales expectativas? Posiblemente. No tenía ni idea de lo que albergaba el corazón de la joven. Sin embargo, mantenía la esperanza de que si se permitía conocerlo, aunque fuera un poco, terminaría por gustarle.

Había algunas veces que su actitud altiva y glacial le molestaba, sobre todo cuando rayaba la mala educación. Otras, no podía dejar de sentir que Cadha era especial y vulnerable. Sus estimulantes réplicas y su mirada airada le divertían. Era una niña enfurruñada a la que le gustaba prestarle atención, porque ya había dejado de pensar que fuera tímida.

¿Sería en verdad tan inalcanzable como parecía?

Rob no se dio cuenta del tiempo que pasó a lomos del caballo. Una hora, tal vez; mucho más de lo que estaba acostumbrado. Él era un hombre familiarizado con el control de la situación y no quería perderle el paso a Cadha, pero comenzó a notar unas molestias en las nalgas, muslos y entrepierna. Demasiado tiempo encerrado en despachos y poco tiempo para el esparcimiento. Rob, que solo montaba en contadas ocasiones, como cuando lo invitaban a alguna propiedad en el campo, se dijo que necesitaba un descanso, de otro modo, el regreso iba a resultarle algo complicado.

—¡Señorita Singht, nos detenemos!

Rob no esperó a comprobar si ella le escuchaba primero y le obedecía después. Desmontó y ató el caballo al árbol más cercano, antes de andar para desentumecer sus piernas. Cadha se dio la vuelta y adoptó una postura desenfadada. Sentada sobre su yegua, lo veía moverse sin su habitual agilidad. Abrió la boca para hablar y la cerró al instante, como si estuviera arrepentida.

Se acercó a la yegua de la de la joven y sujetó las riendas.

—Anda, dígallo.

—Se mueve usted de una forma extraña —expuso Cadha con absoluta sinceridad. Se había fijado en las piernas tan bien torneadas del señor Cunningham y por un momento creyó verle cojear.

—Es bastante observadora —dijo Rob, admirado de que se hubiera percatado.

Hasta el momento que le oyó decir que se detenían, Cadha no había puesto interés en saber si el hombre la seguía. Por supuesto, escuchaba el repicar de los cascos del caballo sobre la tierra seca, sin embargo, no había mirado hacia atrás ni una sola vez. Ahora se preguntaba si había estado demasiado concentrada en marcar el paso y en mostrar indiferencia como para darse cuenta de algún percance.

Cadha se bajó de la silla con soltura y se detuvo a escasa distancia de él. Quería tomar las propias riendas del animal, pero hacerlo seguramente supondría tocarlo; y ya estaban peligrosamente cerca. No se sentía preparada para correr un riesgo mayor.

—¿Ha sufrido una lesión? —se interesó con cautela.

—¿Le importaría si así fuera? —Porque sería un gran avance en ella que tomara tal interés.

—No lo sé —admitió. Ladeó la cabeza y lo estudió durante unos segundos—. ¿Eso es un sí o un no? —inquirió, tozuda.

—Un no —dijo negándolo ligeramente—. No se trata de eso. A lo mejor no soy quien para juzgarlo, pero me considero un buen jinete —comenzó explicando—. El único problema es que no dispongo del tiempo que se requiere para convertirlo en un hábito diario y mucho me temo que este paseo habría resultado excesivamente doloroso si no nos deteníamos en este momento. Solo le pido un pequeño descanso. ¿Me lo concederá? No se preocupe, con el paso de los días me acostumbraré e incluso puede que sea capaz de superarla.

Cadha esbozó una leve sonrisa acompañada de un deje de soberbia.

—No lo creo. Tendría que ser muy bueno para conseguirlo.

Él le replicó de inmediato.

—No me menosprecie. Puedo haber estado demasiado ocupado como para aprender a montar en condiciones; sin embargo, me tomo muy en serio los desafíos —sobre todo porque la joven conseguiría ser un gran estímulo—. Y eso, querida señorita Singht, puede ser la fuerza que haga torcer la balanza.

Cadha pensó que era del todo improbable. Ella llevaba toda la vida recorriendo aquellas tierras agrestes. No era una buena amazona, era excelente, y podía retar a cualquier hombre que se

propusiera. Tanto, que estuvo tentada a desafiarlo. Pero en el último momento las dudas la asaltaron y se echó para atrás. El señor Cunningham parecía tener toda la confianza del mundo en sí mismo, y eso la hacía vacilar más por momentos, porque significaba que, o era muy bueno, o un fanfarrón en toda regla. ¿Estaría tan acostumbrado a llevarse la victoria como ella? ¿Lucharía con ahínco por conseguir la euforia y la satisfacción? Por lo menos había sido así para Cadha la mayor parte de los últimos años; y tanto su hermana como ella habían llegado a la conclusión de que, si querían evitar que las aplastasen, era mejor atacar a tiempo.

Así que se dispuso a averiguarlo.

—¿Ahora me dirá que ya de niño tuvo a los mejores entrenadores? —Cadha no pudo evitar burlarse un poco de él, mas su sonrisa cargada de ironía y la respuesta con la que la obsequió le hicieron arrepentirse de inmediato.

—Los únicos caballos que vi en mi infancia eran lo que servían para tirar de carros.

De repente, su tono se había vuelto grave y Cadha palideció.

—¿Está diciendo que usted era...? —preguntó con un hilo de voz.

Maldición, acababa de meter la pata hasta el fondo. Ella no sabía nada de los orígenes del señor Cunningham y aun así lo había imaginado como un caballero ocioso perteneciente a una acaudalada familia. Se dijo que no era culpa suya el haber supuesto demasiado. Todos los amigos de su padre encajaban dentro de esos estándares. Entonces, ¿Rob Cunningham era rico o solo lo aparentaba? Porque sus ropas eran de buena calidad y sus modales, a veces un poco rudos, superaban a los de muchos invitados.

—Pobre niña. ¿Le molesta? Lamento no haber tenido a unos padres que me regalaran un poni por mi cumpleaños... Supongo que no me lo tendrá en cuenta. ¿O tal vez sí?

Ella desestimó la pregunta, porque tenía otras más importantes que hacerle.

—¿Dónde conoció a mi padre?

—En una cena en Edimburgo. —La vio fruncir el ceño con elegancia—. ¿No pensará que yo era uno de los sirvientes?

Cadha a punto estuvo de reír ante semejante disparate. Podría no ser rico, pero a la fuerza debía frecuentar los mismos círculos que su padre.

—¡Por Dios, no! Es un majadero.

—Y usted una malpensada. Mejor no correr riesgos —expuso con tranquilidad, antes de continuar—. Manejo negocios con muchos hombres de Edimburgo y a veces es necesario socializar con ellos en ambientes más distendidos. No puedo decir que Elliot y yo seamos grandes amigos; solo hace unos meses que le conozco, pero me parece un hombre bastante íntegro.

Ella asintió. Había escuchado el mismo argumento innumerables veces. Tantas, que en ocasiones deseaba haberse parecido más a él. Tenía buen trato y era apreciado por casi todo el mundo. ¿No era más fácil vivir así?

Lanzó un apenas perceptible suspiro.

—Sí, mi padre suele causar buena opinión.

Se trataba de un cumplido, no de una crítica, sin embargo su voz sonó afectada y Rob tomó sus palabras de un modo equivocado.

Lo vio erguirse.

—¿Está insinuando que no debería fiarme?

Cadha lo miró sorprendida. Para nada había querido decir aquello. Más bien lo contrario.

—No, solo exponía los hechos. Entonces, ¿estáis haciendo negocios juntos?

Él lo pensó durante unos segundos.

—Estamos considerándolo, antes hay que saber qué podemos ofrecernos el uno al otro.

—¿Ofreceros? ¿No es el dinero lo más importante? Si uno dispone de capital...

—Su padre lo tiene y yo también —le aclaró—, pero a veces hay que tomar otras consideraciones, como por ejemplo la familia. Dígame, señorita Singht, ¿no desearía a veces salir de la isla y conocer otros lugares?

—¿Cómo Edimburgo, quiere decir? —el desprecio de su voz era patente.

—¿No se siente prisionera de esta propiedad, siempre rodeada de la misma gente y convirtiéndose poco a poco en una solterona? Una joven como usted debería soñar con casarse con un hombre que le hiciera justicia y la supiera tratar; no un pusilánime. Piense en las oportunidades que le ofrece una ciudad tan grande.

Cadha estaba que echaba fuego. ¿Cómo se atrevía a sugerir lo que era más conveniente para ella! ¿Qué le importa a él cuáles eran sus planes! Quiso exclamar airada que no tenía ningún derecho a inmiscuirse en su vida, al igual que su padre u otras personas que ni siquiera la conocían de verdad. Todos se empeñaban en recomendarle ir a Edimburgo, como si la ciudad fuera a ofrecerle algún tipo de cura para sus males. Pues bien, ella no estaba enferma y amaba vivir en aquella isla.

Sin pensarlo, tomó las riendas de un manotazo y se las arrebató. Con su brusquedad consiguió que la yegua se pusiera nerviosa y tuvo que tranquilizarla.

—Es algo privado que —dijo modulando su tono y haciendo esfuerzos por no gritar, tal como le gustaría—, afortunadamente, no tengo por qué compartir mi opinión con usted.

Rob sabía de antemano que el tema era espinoso y que podía irritarla. Lo que no había considerado era su reacción. Podía afirmar, sin lugar a dudas, que estaba sorprendido: la mujer de hielo había desaparecido tras las llamas.

—No tiene por qué alterarse tanto...

—Y usted no me diga qué puedo o no hacer. Ni a quién he de ver o dónde —le espetó—. Repito: no es de su incumbencia.

Por un momento, Rob meditó sobre si debía hacerla partícipe del ferviente deseo de Elliot, que tan bien conocía. Habían dialogado sobre ello varias veces y en cierto modo era el motivo por el cual había dejado Edimburgo durante unas semanas. No deseaba mentirle ni fomentar el engaño, pero quizás ella ya lo sabía y no era su intención entrar en detalles. Lo que le hizo preguntarse por qué le importaba tanto el bienestar de aquella joven. No tenía nada que ver con él y aun así estaba interesado en escuchar su punto de vista.

—¿Sabe que su padre se sentiría en paz consigo mismo si pudiera verlas, a usted y su hermana, casadas? No con cualquiera, por supuesto —se apresuró a aclarar—. Me refiero a alguien de su entera confianza.

Ella ni siquiera se detuvo a considerarlo.

—Un esposo puede ser la solución a sus plegarias, no a las mías.

—Se resiste —musitó pesaroso—. ¿Acaso tiene miedo al amor? Porque no hay nada malo en desear algo mejor para uno mismo. La felicidad puede llegar con una pareja adecuada con la que formar una familia.

Cadha meditó sobre aquel razonamiento. «¿A qué deseo se refería, al de él o al de ella?»

—¿Es eso lo que desea, casarse?

Rob le obsequió con una lenta y perezosa sonrisa.

—Puede que esté haciéndome mayor... —adujo— Pero sí, tiene usted razón.

Cadha lo miró con los ojos bien abiertos. La declaración la había dejado pasmada, aunque de

pronto todo comenzó a cobrar sentido. «¡Oh, Dios!», pensó. Su padre habría traído al señor Cunningham para servirlo en bandeja de plata. Que fuera para Ayla o ella era lo de menos, porque lo que le preocupaba era que él parecía estar al tanto y, además, de acuerdo. Sus ojos profundos la atravesaron y ella comenzó a sentirse ahogada bajo el peso del descubrimiento. Se dijo que no podía ser verdad. ¿Había algún hombre en Escocia menos conveniente? Rob Cunningham era astuto y atractivo a partes iguales. Insistente, locuaz y vilmente persuasivo. Además, contaba con el beneplácito de su padre. Lo había dejado claro. Si él las consideraba sus presas, necesitaría de una astucia y una gran fuerza de voluntad para no caer rendida a sus pies.

Un sinfín de temores la asaltaron. Era lo último que necesitaba en aquellos momentos. Podría luchar contra él y los deseos con todas sus fuerzas; no obstante, al final lo único que importaba era si realmente iba a ser capaz de resistirse.

Había realizado la mayor parte del trayecto de vuelta solo. Ayla no se había dignado a esperarle y él había meditado sobre demasiadas cosas. No solo estaba el hecho de ver el efecto que esa muchacha causaba en la gente del pueblo, también se preguntaba si Reilly era un problema real y si, de ser así, serían capaces de atajarlo. Las amenazas —esperaba que vacías— de Ayla no servían como método disuasorio. Al fin y al cabo, invadir una propiedad privada iba en contra de la ley, y más si se usaba en beneficio propio. La joven Singht se había mostrado tan enfadada por su intento de defenderla que a Michael no se le pasó por la cabeza preguntarle qué medidas iban a tomar si Archie Reilly desobedecía la orden.

Una vez dejó el caballo en las cuadras, pensó en pedir un pequeño refrigerio. Cuando una de las sirvientas le aseguró que se lo llevaría ella misma en cuanto estuviera listo, se dirigió hacia el despacho.

Al abrir la puerta, no pudo evitar sobresaltarse; un desconocido se encontraba sentado en el lugar que él solía ocupar.

—Pase, Campbell, pase. —El hombre se levantó con una sonrisa y alargó el brazo para ofrecerle la mano.

El aire de autoridad campechana le hizo intuir la identidad del caballero.

—El señor Singht, supongo —le devolvió el saludo.

—El mismo. Siento haberle tenido tan desatendido, pero llegué ayer y con invitados, además.

—No tiene que disculparse. Al fin y al cabo, esta es su casa.

Lo observó con atención en busca de algún rasgo en común que lo relacionase con una de sus hijas, pero fue completamente en vano. De edad avanzada pero indefinida, el señor Singht era el epítome del buen gusto. La ausencia de pelo en la coronilla no le restaba un ápice de esa distinción de la que tanto le habían hablado. Comparado con su aspecto polvoriento, fruto de la cabalgata desde el pueblo, Elliot Singht parecía haber nacido para vivir rodeado de la opulencia propia de la alta sociedad, aun cuando no pertenecía a ella. Su aspecto impoluto y sereno hablaba muy bien de él.

—Muy cierto, sí señor. —Se sentó en una de las butacas y con la mano le invitó a hacer lo mismo—. Pensaba que era momento de pasarme para conocerle, ver qué tanto se ha adaptado al

trabajo, si le gusta... Solo que esperaba encontrarlo aquí trabajando.

Era una forma no muy sutil de preguntarle en qué ocupaba las horas por las que estaba cobrando.

Michael decidió contestar eso último. Ya tendrían tiempo para charlar sobre su estancia en la Isla de Beith.

—Hemos tenido un pequeño problema que no había más remedio que solucionar.

—¿En la cantera? —preguntó interesado y con el semblante repentinamente serio.

—No, ha sido en el pueblo —Michael no veía ningún problema en informarle de lo que había pasado. De hecho, le sorprendía que no lo supiera ya.

Pasó a relatarle paso a paso lo sucedido; desde la confesión del encargado de la cantera, pasando por la conversación con Ayla y finalizando con la visita que acababan de realizar. Se percató también del modo en que la expresión del dueño de la casa se hacía más adusta conforme el relato avanzaba. Quizás sí que era cierto que Ayla y su hermana controlaban ese negocio familiar mejor de lo que pensaba. Lo que no imaginaba es que dejaran al padre al margen.

—Comprendo —soltó este una vez finalizadas sus explicaciones—. No creo que haga falta decir que, a partir de ahora, cualquier circunstancia inusual a la que se enfrente me será comunicada de forma inmediata. Mis hijas quedan al margen.

Michael se sintió reprendido. Como concluyó que no se lo merecía, decidió replicar, aunque alejando toda acidez en su respuesta, no fuera a ser que las plegarias de la mayor de las Singht se cumplieran.

—Tengo muy claro quién paga mi salario, si bien nadie me informó que en su ausencia —no dejó de enfatizarlo—, sus hijas no eran la comprensible autoridad.

El señor Singht entrecerró los ojos cuando asumió la pulla inherente en sus palabras. Durante un minuto mantuvo un silencio que no auguraba nada bueno.

—Tiene usted razón —admitió mientras Michael soltaba el aliento—. Si hubiese estado aquí las cosas se hubieran desarrollado de otra forma, así que no puedo quejarme si mi primogénita ha decidido arreglar el problema..., a su manera.

—Si me permite, señor, le diré que la señorita Singht se ha mostrado enérgica, contundente y correcta en todo momento —lo estaba haciendo de nuevo: la estaba defendiendo. Y encima mintiendo con total descaro. No sabía ni por qué se molestaba, dado el nulo valor que ella le confería a eso, pero no iba a dejar que su padre criticase su comportamiento cuando él se mostraba mucho más irresponsable al alejarse de sus deberes durante tanto tiempo—. No ha hecho nada que yo no hubiera hecho estando en su lugar.

El hombre entrelazó las manos a la espalda y dejó la mirada perdida, signo inequívoco de que se hallaba sumido en profundas reflexiones.

—Si usted cree que esto no tendrá más repercusiones... —le advirtió un segundo después.

—El señor Reilly ha entendido el mensaje —explicó Michael a pesar de que no estaba muy convencido de ello. De que lo había entendido sí. Que hiciera caso... aquella era otra cuestión—. Dudo que se arriesgue a provocar la ira de sus vecinos —expuso no obstante.

Una llamada a la puerta los interrumpió. Cuando la sirvienta entró cargada con una bandeja, el señor Singht pareció estimar que su conversación había terminado.

—He de irme —declaró—. Mis deberes como anfitrión me llaman. Ya hablaremos en una ocasión más propicia.

Michel se despidió con una inclinación de cabeza y suspiró una vez se encontró solo. Se preguntó, no por primera vez, si valían la pena tantas complicaciones. No obstante, era su trabajo

y lo mejor que sabía hacer. No le quedaba otro remedio que seguir aguantando hasta que resolviera lo que había venido a hacer. Luego, decidiría.

Capítulo 7

Cadha contempló en el espejo su elegante vestido morado, confeccionado con satén de Damasco, y después hizo lo mismo con su rostro, que hasta a ella misma le parecía horrible. Los salpullidos continuaban teniendo el mismo color rojizo que por la mañana, aunque por suerte picaban menos. Se sentó en el taburete del tocador y comenzó a aplicarse el ungüento con cuidado. La cena sería servida en menos de media hora y le apetecía tanto como una sopa de pescado maloliente.

Ayla se encontraba recostada sobre la cama de su hermana menor observando cada uno de sus movimientos mientras jugueteaba con el dobladillo de encaje. No le importaba que su vestido se arrugara. Al parecer, compartía el mismo espíritu festivo que ella, pero por motivos distintos. Esa mañana había pasado por un trago bastante amargo.

—¿Puedes decirme cómo diantres habéis terminado hablando de matrimonio? —le preguntó con aspereza y curiosidad a la vez—. Porque no se trata de un tema inocuo que pueda salir por casualidad. ¿Me equivoco?

Cadha frunció los labios y se ruborizó levemente. Su hermana tenía razones de peso para estar tan sorprendida. Ni ella misma se lo explicaba. Solo sabía que aquel paseo había resultado muy extraño y que al final terminó perdiendo el control con el señor Cunningham. Por eso se había jurado que no dejaría que volviera a suceder, que se mantendría tan fría como distante.

La cena iba a resultar una dura prueba.

—No es lo más importante ahora.

—No, no. Insisto. Esta mañana prácticamente te has mutilado el rostro —dramatizó— y has rechazado la protección de Zake. ¿Y al final te vas a dar un paseo tranquilamente con el señor Cunningham?

Cadha se dio la vuelta y se enfrentó a su hermana, molesta. No había sido fácil montar junto a ese hombre. Si lo hizo era porque se había visto en la obligación, nada más.

—Lo he subestimado. Eso te lo concedo. ¿Quién iba a creer que quisiera dar un paseo conmigo a pesar de esto? —Cadha se señaló el rostro—. Sin embargo, eso no significa que le haya ofrecido una conversación amena mientras disfrutábamos de una taza de té.

—Amargas ironías de la vida...

—Sí, eso. O como quieras llamarlo. Y ahora, por favor, ahorrémonos la cháchara intrascendente y centrémonos en lo que en verdad importa: por qué el señor Cunningham está en la isla.

Ayla no se mostró escéptica, si bien tampoco lo aceptó de buenas a primeras. El hombre le parecía distinto; incluso decente. Y en alguien tan poco dispuesto a repartir elogios como ella, eso era todo un mérito. El señor Cunningham parecía estar dotado del suficiente carisma como para encontrar esposa en donde quisiera; no tenía por qué recurrir a unas hermanas que vivían en una remota isla.

Aunque si aquello era cierto, la opinión que se había formado sobre él iba a cambiar radicalmente.

—¿De verdad crees que papá ha vuelto a la carga?

Cadha asintió.

—El modo en que lo dijo... Es como si ese hombre estuviera pensando seriamente en el matrimonio.

—Puede que esté valorando esa opción con otras mujeres —argumentó Ayla, mostrándose de lo más racional—, no con nosotras. Si fuéramos más sumisas, manejables o supiéramos mordernos la lengua a tiempo, tal vez; es lo que esperaría un hombre de su esposa. Y a nosotras, querida hermana, es precisamente eso lo que nos convierte en unas candidatas poco apropiadas. Debería estar loco solo por considerarlo.

Su hermana no estaba nada de acuerdo. Los hombres eran unas criaturas ambiciosas dispuestas a lo que fuera con tal de alcanzar sus objetivos.

—El dinero es capaz de embellecer cada una de esas cualidades tan poco atractivas —le rebatió.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que el señor Cunningham necesita dinero. —Tan sencillo como aquello—. Piensa en los inmensos beneficios que sacaría de un matrimonio con una de nosotras. Tener a nuestro padre como suegro le sería de gran ayuda. Él tiene muchos contactos. Además, en el futuro heredaría parte de la propiedad.

Cadha recapacitó sobre ello. Él mismo había confesado que hubo un tiempo en el que fue pobre. Y no tenía ni idea de la situación en la que se encontraba en la actualidad. Vestía bien, un indicativo de que había prosperado, pero eso no significaba que fuera un hombre acaudalado. Simplemente podía trabajar para alguno de los amigos de su padre y las hermanas Singht eran el empujón que necesitaba para progresar y ser parte de ellos.

—Si fuera así, papá no lo permitiría. Odiaría que nos atáramos a alguien tan ambicioso y con tan pocos escrúpulos.

—¿Y si no lo sabe? O peor, le da igual con tal de vernos casadas.

Ayla admitió que no era nada descabellado. Ambas había rechazado a demasiados mequetrefes en el pasado y su padre podía haberse cansado de sus descartes. Quizás había encontrado a un hombre diferente, alguien tan desesperado por apropiarse de su fortuna que estuviera dispuesto a todo con tal de salirse con la suya.

La idea era repugnante.

—Déjame a mí.

Cadha se dio cuenta de que la cabeza de su hermana no echaba humo. Es más, parecía bastante relajada y serena. Su comportamiento no era propio de ella, sobre todo después de lo que acababan de hablar. Y eso la asustó.

Temió preguntarlo.

—¿Qué piensas hacer?

Ayla sonrió malévolamente.

—Me encargaré que a partir de esta noche Zake se convierta en tu sombra y, si es necesario, montará guardia frente a la puerta de tu dormitorio. Y no te preocupes —dijo leyendo el rostro de su hermana—, no voy a poner unas hierbas con efecto laxante en su bebida. Para nada —negó—. Seré práctica y directa: sencillamente lo amenazaré.

Desde que regresó del paseo matutino con el señor Cunningham, Cadha había procurado mostrarse lo menos visible posible, por eso se refugió en la sala de los sirvientes en compañía de la señora Davies. El ama de llaves era conocedora como nadie del carácter de las hermanas Singht e intuyó al instante que alguna cosa no marchaba bien. Mientras la ayudaba a tomar nota de los encargos de la carne y hortalizas, Cadha trató de tranquilizarla y le aseguró que no era nada, al tiempo que hacía esfuerzos por no levantarse e ir en busca de su padre para preguntarle a bocajarro si el señor Cunningham tenía la mente puesta en el mercado matrimonial... Y en ellas. Lo más probable era que lo negara.

Eso mismo debió pensar su hermana, porque resolvió averiguarlo ella misma.

Ambas acababan de entrar en el salón minutos antes de la llamada para la cena. Su padre estaba fumándose un puro, a la vez que charlaba animadamente con el señor Cunningham sobre algún tipo de inversión. Se le veía relajado y de buen humor, como si la mera compañía de un invitado sirviera para quitarle de encima cualquier preocupación. Y si no fuera por sus hijas, que poco tenían de sociables, la mansión siempre estaría llena.

Mientras que Ayla se sentó junto a ellos con un «buenas noches», Cadha prefirió hacerlo en una silla un poco más apartada. Todavía se encontraba inquieta debido al revuelo que causaba en su vida aquel hombre de aspecto elegante. La chaqueta de color granate, con solapas y puños en negro, se ceñía sobre su cuerpo fibroso con total perfección. Por lo menos le sacaba diez años de ventaja y aun así le resultaba interesante.

Se sintió avergonzada por semejantes pensamientos. Era extraño que en ciertos momentos tuviera miedo de lo que podría hacerle, y en otros se preguntara cuánta pericia tendrían sus manos a la hora de acariciar a una mujer; porque no le cabía duda que era un experto en tales menesteres. En cambio, ella no estaba preparada para ese tipo de placer físico y ni siquiera creía que llegara a gozarlo alguna vez. No era ese tipo de mujer. Podían llamarla frígida o cuantas cosas más quisieran, pero no encontraba ni una sola razón por la que querer entregarse a un hombre. No solo era debido a la herida que arrastraba por culpa de Neil Bishop; su hermana también había sufrido una humillación en el pasado, así que era mejor dejar el placer para los demás mortales.

—Señor Cunningham, apenas nos ha hablado de usted —empezó diciendo Ayla con su particular tono crítico—. Sabemos que vive en Edimburgo y poca cosa más. Por lo que a mí respecta podría tener media docena de críos correteando por ahí y una esposa embarazada añorándolo.

Rob volteó la cabeza y clavó sus ojos en ella. Aunque las maneras del señor Singht eran suaves y refinadas, las de Ayla eran tan bruscas como las de un tosco y rudo jornalero. La verdad era que padre e hija ni se parecían ni tenían nada en común.

—Qué escena más emotiva me presenta —comentó con humor—. ¿Media docena, dice? Debería sentirme orgulloso tras considerarme un hombre tan proclive a engendrar.

—Mi hija tiene una curiosidad impropia —terció entonces Elliot mientras hacía una señal al lacayo para avisarle que iban a pasar al comedor en cualquier momento—. No está bien, Ayla, preguntarle a un caballero así, de buenas a primeras, cuántos hijos tiene.

Ella alzó una ceja, ceñuda. ¿Qué mal había en saber a cuántos miembros ascendía su familia?

—¿Por qué no?

—Podrías ponerlo en un compromiso —respondió bien tranquilo, al tiempo que pretendía aleccionarla.

Ayla siguió sin comprender.

—No veo en qué sentido: o tiene hijos o no los tiene.

—¿Ha pensado que un caballero podría tener bastardos? Eso es a lo que su padre se refiere.

—¡Ah! —exclamó cayendo en la cuenta—. Haberlo dicho antes.

El señor Singht no estuvo de acuerdo en el cariz que tomaba la conversación por ser un tema poco adecuado para hablar delante de sus hijas. A pesar de sus extravagancias, seguían siendo unas damas.

—Rob —llamó su atención de un modo desenfadado.

—No te irrites con ninguno de nosotros, Elliot —le pidió su amigo sin ningún tipo de acritud. Su postura era relajada—. Solo trataba de satisfacer su curiosidad. Debería saber lo que...

—Comprendemos el significado de la palabra bastardo desde hace mucho, señor Cunningham —replicó la hermana de la aludida, con su físico mermado. Rob se dijo que era una lástima que un rostro tan bien formado tuviera que sufrir semejante contratiempo. Por suerte, él sabía ver mucho más allá, porque había disfrutado de su visión al natural y era lo que recordaba a cada instante—. Ayla solo pretendía ser cortés e interesarse por su familia, si es que tiene una.

Rob dobló su brazo derecho por el codo y lo reclinó sobre el respaldo de su asiento. Fijó la mirada en ella mientras en la comisura de la boca se le dibujaba una mueca parecida a una sonrisa. No sabía qué esperar de ella aquella noche. ¿Frialdad, tal vez? Lo más seguro. Era poco probable que se uniera a la conversación de los otros tres comensales por voluntad propia. Sus cambios eran fugaces, pero hasta el propio Elliot se había sorprendido gratamente al descubrir que habían dado un paseo juntos.

Se dijo que no iba a rendirse con ella, así que pasó a aprovechar la oportunidad.

—Entonces, su interés es puramente informativo.

El señor Cunningham la desconcertó. La observaba con tal intensidad que le pareció que los demás desaparecían de la estancia. Una oleada de sofoco y desasosiego le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

—Así es —respondió casi balbuceando.

Rob comprobó, complacido, como el rostro de la joven se cubría de rubor, lo que demostraba que no era tan dura e imperturbable como deseaba aparentar. Tampoco era su intención abochornarla. Lo único que conseguiría con ello era que se escondiera con más rigidez tras la máscara que solía usar.

Apartó la mirada de la joven y la dejó respirar con normalidad.

—No estoy casado y no tengo hijos —respondió sosegadamente.

—¿Por qué? —contraatacó una vez más Ayla—. ¿No piensa en el matrimonio?

Rob pensó que era irónico que le hiciera aquella pregunta en concreto cuando sabía bien que tanto ella como su hermana habían rechazado a docenas de pretendientes. Los esfuerzos de su padre por buscarles un buen partido y concertar un matrimonio se habían visto truncados desde el principio. ¿Y ahora la joven le pedía una explicación de por qué seguía soltero?

Hilarante.

Él no tenía nada en contra del matrimonio; es más, en un futuro no muy lejano deseaba formar una familia y sería preciso pasar por ello. Si no lo había hecho antes era porque había estado demasiado ocupado tratando de amasar una fortuna. Además, primero tenía que establecerse.

—Supongo que todo llegará —dijo con un toque de misterio—. A lo mejor más pronto de lo que supone.

Pese a su deseo de seguir insistiendo, el señor Singht cortó las alas a su hija mayor y se

dirigieron al comedor, donde prosiguió la conversación con el señor Cunningham que se había visto interrumpida con la aparición de las muchachas. No fue hasta mucho más tarde, cuando la cena fue servida e incluso terminada, que Ayla vio la oportunidad que estaba esperando para proteger a su hermana.

—Señor Cunningham, permítame mostrarle la galería de los retratos. —Ayla volvió a adoptar una pose artificiosa y le dedicó una intensa mirada—. Se trata de una colección bastante pintoresca de la familia —comentó—. Incluso me atrevería a decir que algunos de los rostros dan miedo.

—¿Cómo podría rechazar una propuesta tan..., interesante? —se giró entonces hacia su hermana—. ¿Señorita Cadha, también nos acompañará?

—Oh, no —se apresuró a decir Ayla, que se le daba bien mentir—. A ella le dan pavor.

—¿Ah, sí? —le preguntó de repente su padre. No podía imaginar que su hija menor pudiera sentir miedo de unos simples cuadros—. ¿Desde cuándo?

Cadha lanzó una mirada asesina a su hermana. No sabía lo que pretendía llevándose al señor Cunningham, pero era obvio que deseaba estar a solas con él. Y eso le molestó bastante. Podía haber dos razones que le empujaran a hacerlo. La primera y aparentemente la más descabellada, era que Ayla lo estuviera viendo como a un hombre interesante a tener en cuenta. Porque durante la cena ambos habían tenido sus más y sus menos y Ayla había sonreído bastante a menudo. Se dio cuenta, con enojo, que él podía llegar a ofrecerle un gran estímulo. La segunda no era más reconfortante. Si su hermana había planeado hacerlo desistir de sus intenciones matrimoniales con alguna alocada estratagema, se avecinaba un desastre.

—Desde siempre —dijo contestando a la pregunta que le había formulado su padre—. Todas esas personas llevan muertas desde hace siglos y siguen mirándome tan fijamente como si los tuviera delante —murmuró como si en verdad fuera aterrador—. Estoy segura de que al señor Cunningham no le interesarán en absoluto.

—Yo creo que sí —insistió Ayla, devolviéndole el mismo tipo de mirada que le había lanzado su hermana—. ¿Qué podría haber más emocionante que el señor Claud?

Rob echó la cabeza hacia atrás y las observó detenidamente con cierta sospecha. No obstante, su actitud era relajada.

—¿Quién es el señor Claud?

Ambas le lanzaron una mirada cargada de expectación.

—Nuestro fantasma —contestaron al unísono.

Elliot cerró los ojos con cansancio y se masajeó la nuca. Sus hijas se divertían contando aquellas historias oscuras un tanto siniestras. Decían oír voces extrañas y ver sombras que deambulaban por los corredores de la casa. Por supuesto aquellas historias no eran más que un entretenimiento juvenil fruto de su imaginación que todavía persistía. Lo malo era que los sirvientes se lo creían y terminaban contagiándose.

Esperaba que Rob no cayera en sus bromas y se convenciera de ello. Sería un mal innecesario.

—No hay ningún fantasma —afirmó Elliot con convencimiento.

Llevaba años viviendo en aquella casa y nunca se había topado con uno. Los susurros eran fruto de las corrientes de aire y las luces, velas que no habían sido apagadas.

—Nuestro padre es un escéptico —le explicó Ayla con condescendencia—, pese a las múltiples evidencias.

—Sí —corroboró Cadha—. Claud era un sádico que aterrorizó a los habitantes de la isla. Podemos explicarle la historia, si lo desea.

—No te molestes, hermana —dijo secamente la otra—. Yo lo haré mientras dura la visita a la galería.

Él las observó durante unos breves segundos antes de aceptar. Se dijo que de ser listo debería preguntarse el porqué de aquel repentino interés por visitar la mencionada galería de retratos. Además, una de las hermanas insistía en hacerlo y la otra insistía en retenerle en el salón, y no porque le agradara especialmente. Cadha había manifestado con claridad cuáles eran sus sentimientos respecto a él. De por sí, todo era bastante sospechoso, aunque tenía demasiada curiosidad por averiguar lo que la mayor de las hermanas se traía entre manos

Rob avanzó callado por el corredor. Habían dejado a Elliot y Cadha en el salón y mientras tanto era Ayla quien llenaba el silencio. Cuando ella se detuvo poco después, entrelazó sus brazos en la espalda con aire pensativo y la enfrentó mirándola directamente a los ojos, sin dejarle escapatoria.

Como ella, prefería ser directo.

—No es de los retratos ni del señor Claud de lo que quería hablar. ¿Verdad? —Notó que Ayla lograba dominar sus emociones mientras en sus ojos brillaba una ligera señal de alerta—. ¿Estoy siendo demasiado descortés si le pido que vaya al grano y que no perdamos el tiempo?

Su expresión se tornó cauta. Era evidente que el señor Cunningham era mucho más inteligente de lo que había supuesto, ya que había adivinado que no lo había llevado hasta la galería por el simple placer de su compañía.

Sintió cierta admiración por él. Era un hombre que le agradaba. Sonaba sincero y se comportaba sin un excesivo recato, siendo indulgente a la vez. Desde su llegada, no había escuchado un reproche ni una queja sobre ella o su hermana, y ese podría ser un valor a tener en cuenta.

Una verdadera lástima que su comportamiento tuviera que ver con lo que esperaba obtener de la familia.

Ayla se había dado cuenta de eso y muchas cosas más. Como por ejemplo, que si el señor Cunningham estaba pensando en una futura esposa, no la tenía a ella en mente, sino a su hermana Cadha. Había advertido que durante toda la velada él había estado pendiente de ella, interesándose en conocer su opinión y animándola a hablar. Incluso se había percatado de que sus miradas sobrepasaban lo estrictamente platónico y comenzaban a ser anhelantes. Si su hermana no hubiera sufrido una agresión como la de seis meses atrás, ahora Ayla se sentiría encantada de presenciar como esas dos fuertes voluntades chocaban. Estaría bien hacerle descubrir su juego y comprobar si todos esos gestos escondían otras intenciones, pero en esos momentos debía evitar a toda costa que Cadha sufriera algún tipo de acoso por su parte y eso significaba dejarle las cosas claras.

Debía cerciorarse que él comprendiera el mensaje y no volviese a molestar a su hermana.

Su expresión se volvió desafiante.

—Es usted amigo de mi padre.

—En efecto —corroboró él, preguntándose a dónde quería ir a parar.

Entre antepasados, fantasmas y demás, no era capaz de comprender las intenciones de la joven. Al parecer, era tan complicada como su hermana.

—Es repugnante.

Al oír las palabras de la joven, él alzó una ceja esperando alguna explicación por su parte.

—No está bien mostrar tanto interés por la hija de un amigo. Y menos si se encuentra bajo su techo.

Rob no pudo evitar esbozar una sonrisa. Aquella joven, con sus alocadas ideas, siempre conseguía provocarle una.

—Entonces, si estuviéramos en otro sitio, en otra casa, estaría bien. ¿Es lo que quiere decir? —Sabía lo que en realidad le molestaba; lo que no pensaba era ponérselo fácil.

Ella se enfadó al comprender que ese hombre sabía perfectamente a lo que se refería.

—¡Por supuesto que no! Mi hermana no desea sus atenciones.

—¿Y no es algo que debería decirme ella en persona, o es que se ha erigido usted como su defensora?

Le lanzó una mirada dura.

—Aléjese de ella —le aconsejó con un tono tan cortante como la hoja de un cuchillo—. Se lo estoy diciendo con la mayor educación y cortesía de la que soy capaz. —Y en cuanto terminó de lanzar la advertencia, se dio la vuelta con presteza y desapareció tras una de las esquinas del corredor.

Por su parte, a Rob se le borró la sonrisa y se quedó de pie en la galería con un puñado de retratos y muebles como única compañía. Todo fue dicho en un abrir y cerrar de ojos, por lo que ni siquiera tuvo la oportunidad de rebatirle. Si la señorita Singht le hubiese dado la ocasión de explicarse, le hubiera dicho que él no estaba interesado en Cadha en el modo que insinuaba y que, por tanto, sobraba la advertencia. Era cierto que la encontraba hermosa y que no podía evitar admirarla; era hombre y tenía ojos en la cara. Pero de ahí a decir que sus intenciones eran más profundas...

¿Entonces, por qué se sentía tan eufórico tras el giro que había dado la situación?, se preguntó. A lo largo del día Cadha había ido relajándose y ya no se mostraba tan frágil y retraída como al principio. Es más, durante la cena había rebatido sus palabras en varias ocasiones y, un momento antes, en el salón, pareció insistir en que se quedara con ella. Rob no era muy optimista respecto al porqué, y sus sospechas se habían confirmado tras la declaración de Ayla; sin embargo, sentía como si poco a poco la muchacha hubiera empezado a salir de su caparazón. Y eso le hacía sentir cierto orgullo. Por supuesto, no significaba que a partir de entonces su trato con ella fuera a ser un camino de rosas. Su carácter no tenía nada de estéril o de bucólico; más bien lo describiría como difícil y accidentado. A eso había que sumarle que la mayor parte del tiempo su tono y su talante seguían siendo tan ásperos como cortantes; unas características nada halagadoras.

Debía reconocer que su estilo al montar a caballo lo había impresionado. No conocía a ninguna mujer que lo hiciera como un hombre, a horcajadas, provocando que la falda del traje de montar se levantara hasta casi permitirle ver sus rodillas. Por lo menos había tenido el sentido común de usar una especie de pantalones que la protegieran de miradas como la suya.

Rob se dio cuenta esa mañana, cuando vio al mozo de cuadra preparar la yegua de la joven antes de que esta llegara, que no era una silla de amazona, sino más bien una igual a la suya. Aquello lo hizo llegar a la conclusión de que, o se trataba de un inepto haciendo su trabajo o Cadha se proponía cabalgar de un modo poco frecuente... Y nada apropiado. No era un detalle carente de importancia, si bien no sabía si a Elliot se le había pasado por alto o era habitual en la joven. ¿Otra extravagancia más? Por supuesto. Parecía que a ella y a su hermana les encantaba infringir las normas de etiqueta y de buena educación. Apostaría lo que fuera que hasta se sentían orgullosas de su singularidad. Para Rob no suponía un problema, aunque tampoco lo mencionó; prefería no enfrentar su ira. Pero ahora que pensaba en ella, no podía dejar de advertirlo.

Se rascó la barbilla con aire distraído. Tenía la convicción de que Ayla era como el fuego: ardiente, vehemente y explosiva. Se la veía venir de frente, era honesta en ese sentido y sus

estallidos eran fáciles de pronosticar; a su paso lo arrasaba todo con ella, dejando poco más que las cenizas. Cadha, que aparentemente era calmada, incitaba a pensar que era la voz de la razón en aquella simbiosis. Qué error más grande. Tras una fachada de frialdad se escondía una mujer tan apasionada como su hermana, con la diferencia de que esta última se descubría de sopetón, como el viento que se levanta y uno no ve venir. Sin embargo, Rob vislumbraba mucho más en Cadha de lo que ella trataba de mostrar.

Se sorprendió enormemente al darse cuenta que en verdad deseaba verla en todo su esplendor. Se moría por ver ese brillo resplandeciente en sus ojos, su mirada seca y retadora y, porque no, esa sonrisa burlona que conseguía hacerlo desear catar aquellos labios sonrosados.

Rob sintió un sudor frío y se asustó del derrotero que tomaban sus pensamientos. No estaba en la isla para impresionar a la joven; mucho menos para dejarse seducir. Sus intereses eran claros y precisos: se quedaría el tiempo necesario para considerar sus opciones y después decidiría.

Tardó un rato en regresar al salón, aunque lo hizo con una idea clara: debía cuidarse de las hermanas Singht.

Una era fuego, la otra viento.

Ahora solo debía evitar dejarse arrastrar por los elementos.

—Ah, estás ahí —la saludó su padre con un humor desconcertante. Cadha, a su lado, la miraba como si tratase de comunicarle algo que no acababa de comprender—. Acércate. Tu hermana parece ignorar lo que acabo de preguntarle o miente cada vez mejor.

—Si hubieras dicho que estabas tan necesitado de mi presencia, habría permanecido en el salón.

—¿Y quitarte el placer de mostrarle ese hipotético fantasma a nuestro invitado?

—Que tú no lo hayas visto y no le des crédito, no quiere decir que no exista —replicó—. Más vale que el señor Cunningham esté prevenido. —Le dio un cariñoso beso en la coronilla y se sentó a su lado.

—Por cierto, hablando de él. ¿Dónde está?

—Tenía que pensar. Meditar, más bien. —Ayla mostró una total inocencia al decirlo.

—Ayla... —Si no fuera porque lo conocía, pensaría que estaba a punto de soltarle un discurso o algo parecido—. Bueno, dejémoslo estar. Justo cuando has entrado le estaba preguntado a tu hermana qué ocurre con los Reilly.

Ayla se quedó paralizada. El gesto con el que pretendía quitarse un mechón de pelo que le molestaba en el rostro había quedado sin concluir.

—Deduzco por tu expresión, que sabes a lo que me estoy refiriendo.

—Tú no estabas —alegó. No sabía qué responder cuando su progenitor actuaba así.

—Quizás no en un primer momento —se cruzó de brazos, mostrándole a sus hijas su cara menos amable—, pero lo de hoy ha sido por tu cuenta. Has omitido información y eso me duele profundamente.

Era cierto que parecía disgustado; un estado que no estaba acostumbrada a ver en él.

—Tenías invitados...

—Eso es una pobre excusa y lo sabes. Las dos lo sabéis —dijo, incluyendo a Cadha—. No creáis que no sé que esto es cosa de ambas. Aunque tú, por supuesto —se refería a Ayla—, eres la instigadora.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —lo retó.

—Te empeñas en llevarme la contraria. —Su padre bufó exasperado—. Cualquiera diría que disfrutas contrariándome.

—Papá... —quiso intervenir Cadha.

—¡Tú a callar!

Ambas hermanas se quedaron estupefactas. No era propio de su padre hablar en tono tan imperativo. Había llegado de su viaje a Edimburgo más extraño y desconocido que nunca.

—Lo siento —se disculpó el hombre cuando vio la expresión de sus hijas—. Quizás esté más cansado de lo que pensaba. De todo —matizó, como si ellas tuvieran que entender qué englobaba ese «todo»—. Vuestro comportamiento —recitó—, terquedad, lo del administrador, vosotras trabajando... Y ahora esto. Pensé que había quedado claro qué tipo de contacto tendríais que tener con ciertas personas de la isla. Si no recuerdo mal, los Reilly estaban entre ellos.

Encabezaban la lista. Ayla lo tenía más presente de lo que su progenitor imaginaba. Y eso que no sabía toda la verdad.

—¿Y cómo tenía que haber actuado? ¿Ignorándolo? —preguntó con un áspero rencor—. La solución no es dejarlos deambular por nuestras tierras a su antojo. Un cargamento se vio retrasado por su culpa. ¿Qué pasará después?

Su padre se mantenía ciego ante las evidencias. Disculpaba algunos actos con tal de no enemistarse más con las gentes de la isla. Aunque enemistad no era la palabra más adecuada.

Eso la llevó a imaginar cómo se había enterado su padre de su pequeña excursión al pueblo. Y eso mismo le preguntó.

—Pues me lo ha dicho el administrador, por supuesto. ¿Quién iba a ser sino?

Sí, ¿quién, sino?, se preguntó Ayla.

Conforme la diatriba de su padre iba avanzando, también lo hacía el mal genio de Ayla. Solo Cadha se percató del mutismo y la fijeza con que su hermana mayor miraba a su padre. Cuando este añadió que ellas quedaban excluidas de todo quehacer relacionado con la administración de las tierras, sus peores pesadillas se convirtieron en realidad. La menor se sulfuró mientras que la cara de Ayla fue tornándose más y más roja con cada segundo que pasaba. Apretaba los dientes en un intento de no explotar. Los argumentos que su padre esgrimía eran parecidos a los que ya había utilizado otras veces. Solo que esta vez la diferencia radicaba en la contundencia de sus palabras en ese momento; mucho más capitular y definitiva.

—Creo que ya he entendido la esencia de lo que pretendes decirnos —Ayla lo cortó y se levantó en un vano intento de aparentar serenidad. Ya había oído suficiente. Su hermana trató de imitarla, pero ella le indicó que no la siguiera. Todos entendieron que necesitaba estar a solas.

—Lo hago por vuestro bien —aseveró Elliot Singht antes de que Ayla abandonara el salón.

Esta ni siquiera hizo intento alguno de escuchar lo que Cadha había replicado a su padre.

Llena de ira y sintiéndose inexplicablemente traicionada, se dirigió a su habitación en busca, no de soledad, sino de su capa. Si habían pensado que necesitaba meditar y calmar sus nervios, no iba a ser ella la que los sacase de su error. Procurando que nadie la viese, salió por una puerta lateral de la casa y se adentró en la oscuridad de la noche. No encendió la vela que llevaba con ella hasta que estuvo segura que era imposible que alguien la viera desde la casa. Sus pasos tenían un destino claro: el hogar del administrador.

No se le había ocurrido que... No es que hubiera querido mantenerlo en secreto, pero no esperaba que Michael la delatase ante su padre de buenas a primeras. Había sido un error creer que él era diferente; que ante una autoridad masculina no se apresuraría a confesar todos los pecados como si estuviera ante un sacerdote. ¡La había defendido, por Dios! Eso debía de significar algo. Que lo hubiese amonestado con dureza por eso no significaba que no fuera consciente de ese acto. Pero debía mantener las apariencias y ahora, tras la charla con su padre, se alegraba de haberlo hecho. Aquello habría sido aún más humillante si esa misma mañana le hubiera agradecido la defensa. Y ahora sabía que él le había lanzado una puñalada a la espalda.

Apretó los labios y los puños con fuerza al imaginar cuan tonta habría quedado ante él. Pero ella iba a darle una lección. A partir de ahora lucharía con más ahínco por echarlo de sus tierras. No pensaría en su perezosa sonrisa, en sus modales de caballero o en ese cuerpo que le producía escalofríos.

Sin pensar las consecuencias de sus actos, Ayla enfiló el pequeño camino que llegaba a la puerta de la casa que buscaba.

Llamó con golpes contundentes y esperó.

—¿Quién va? —La voz de Michael le llegó amortiguada a través de la madera de la puerta.

—Ayla.

Oyó quitar el tablón y un instante más tarde el cuerpo de Michael, iluminado por detrás debido al resplandor de la chimenea encendida, apareció en el vano de la puerta.

Ayla aguantó la respiración ante semejante visión.

Michel todavía lucía los mismos pantalones oscuros de esa mañana. La gran diferencia residía en que se había quitado el chaleco y los tirantes colgaban en su cintura. No obstante, lo que la había dejado sin habla y con la garganta seca eran los botones de la camisa de lino. Estos estaban desabrochados y dejaban ver demasiada piel masculina. Una piel tentadora que brillaba gracias al resplandor de la luz de su vela.

Al instante, todo pensamiento coherente voló de su cabeza. Tragó saliva y pensó a la desesperada a qué había venido. Solo notaba el calor que la atravesaba. Y eso solo viendo una pequeña porción.

—¿No es demasiado tarde para visitas de cortesía? —Su tono circunspecto ofrecía serias dudas de la conveniencia de haber ido allí.

Eso la hizo reaccionar.

—Déjame decidir a mí qué es conveniente y qué no. —Se quitó la capucha y dejó que su rostro reflejara toda la ira que había sentido poco antes, y que ahora volvía con fuerza.

—¿Conque esas tenemos, eh? —Michael no parecía muy sorprendido—. Lo inusual del asunto sería verte de buen humor —murmuró entre dientes. Hizo un gesto burlón para invitarla a pasar y cerró la puerta tras ella.

Después de un rápido barrido por la estancia se percató de que parecía tan deprimente como cuando la vio el día en que él se instaló. Solo la lumbre de la chimenea la dotaba de una discreta calidez.

Se giró hacia él, dispuesta a enfrentarlo.

—Sé que te has ido de la lengua —espetó.

—¿Perdón? —Michael no supo a qué se refería.

Ayla no se dejó engañar a pesar de su atractivo aspecto y del evidente desconcierto.

—No te hagas el tonto conmigo. Tan pronto has visto la oportunidad de congraciarte con mi padre, te has apresurado a vomitarle a mis espaldas cada uno de mis pasos. Eres peor que un

perro rastrero —Ayla esbozó una mueca de repulsión.

Michael, a su vez, se apoyó en una pilastra de madera y la miró con atención, tratando de entender a qué venían esas absurdas acusaciones sin sentido.

—No sé de qué hablas.

—¿Niegas acaso haberle contado a mi padre adónde hemos ido hoy y por qué?

Solo con recordarlo, le hervía la sangre. Su padre se había mostrado demasiado autoritario con ellas, y todo era culpa de Michael.

—¿Qué si niego...? —Movió la cabeza en señal de incompreensión, aunque ya parecía saber hasta dónde llegaban los alocados y erróneos pensamientos de esa mujer —. Estás loca.

—¡No estoy loca! —chilló de repente asemejándose mucho a una—. Vuelve a decir esa frase de nuevo y será lo último que pronunciarás, porque te arrancaré la lengua.

Michael se sorprendió por el exabrupto de ella. Sus ojos y sus gestos indicaban que había rebasado con mucho una línea que amenazaba con desbordarla. Quizás tanta ira no estuviera justificada, aunque también reconocía que no tendría que haber dicho aquello. Ya pensaría más tarde el motivo de esa salida de tono. Por ahora, ella merecía una disculpa.

—Lo siento Ayla. —Sonaba sincero—. No era mi intención tacharte de loca y es evidente para cualquiera que no lo eres. Solo quería decir que esas acusaciones que has formulado son absurdas; tú lo eres.

Ayla no daba crédito. Primero se disculpaba, lo cual la había sorprendido, puesto que parecía sincero, y al instante siguiente le decía que era una mujer absurda. ¿Quién estaba loco allí?

—No digo más que la verdad —espetó con acidez—. Si tú no hubieras confesado, mi padre no se habría enterado y yo no hubiera recibido un sermón de su parte.

—No se trata de eso. Por supuesto que se lo conté.

—¿Entonces?

—El caso es que no sabía que había algo que esconder al hombre que paga mi salario. —Matizó aquella palabra dándole énfasis, pero al instante vio que caía en saco roto—. Y no se lo dije así, sin más. Me limité a contarle qué hago con el tiempo que no dedico a las cuentas y al trabajo de escritorio. ¿Pretendías que le mintiera?

Ayla se quedó callada sin saber que responder mientras Michael se acercaba despacio, pensando que salía victorioso de esa contienda.

—¡Acudiste a mí! —soltó al fin, rabiosa—. Me debes lealtad.

—¿Lealtad? ¿Así que se trata de eso?

Mientras él avanzaba resuelto hacia ella, Ayla trató de no retroceder, sin éxito. Casi estaba arrinconada cuando él soltó unas palabras que, lejos de resultar inofensivas, la hirieron.

—Mi lealtad es toda para tu padre. Es el que me contrató y el que, como he dicho antes, me paga por mi trabajo. Si acudí a ti fue porque él no estaba y, en su ausencia, tu hermana o tú erais la opción siguiente.

Ayla encajó el golpe lo mejor que supo. Era una tonta por sorprenderse. Así eran los hombres y nunca cambiarían. Pensaban que una mujer no podía manejar sus complejos asuntos y seguían relegándola a un nivel humillante: por debajo de ellos en lugar de uno mucho más justo y sensato: a su lado. También era cierto que Michael no había dado indicios de ser diferente a otros. El acudir a ella en lugar de resolverlo solo, no indicaba nada.

Se sintió tan tonta como venía siendo habitual en esos últimos días. Michael resultaba tan lógico y sereno cuando quería... Pero no, ella no iba a cederle el control. Si quería seguir siendo el administrador tendría que jugar muy bien sus cartas, porque no cejaría en su empeño de echarle.

Atrás quedarían esa admiración insana y molesta que sentía por su físico y la franca mirada que tanto la turbaba.

—Es bueno saberlo. —Creó una sonrisa que estaba lejos de sentir—. Así que considero honorable avisarte que utilizaré cada situación, palabra o gesto de tu persona en mi beneficio, como munición para derribarte.

—Ayla... —Estuvo a punto de tocarla pero se detuvo— no quiero que peleemos. Estamos en el mismo bando.

—No, estás equivocado. Tú y yo queremos cosas diferentes. Yo amo esta tierra; cada brizna de hierba que crece en ella. Por eso me creo en el derecho de dirigirlo y administrarlo. Mi padre no; y has sido tú quien le ha escogido. Como bien has dicho, le debes lealtad. Está bien, lo entiendo —dijo cuando vio que iba a protestar—. No obstante —le dirigió la mirada más fría de la que fue capaz—, considérate avisado: esto es la guerra.

Capítulo 8

Solo había esperado dos días.

Las cosas, ya de por sí no muy fáciles, se habían puesto peor con la declaración de guerra de la mayor de las Singht. De la más joven poco podía decir, ya que no la había visto y hablado más que de pasada. Reconocía que con Ayla cerca uno nunca se aburría, pero desde hacía dos noches atrás, todo había sido puro aburrimiento y monotonía. Tampoco había visto al padre. Incluso estando en casa, su presencia se hacía de rogar. Así que, tras meditarlo con detenimiento y aprovechando la soledad a la que Ayla lo había condenado, resolvió dar un paso adelante en la investigación que lo había traído hasta la isla. Más tarde, si el tiempo del que disponía lo permitía, daría una vuelta por el pueblo en busca de otra clase de respuestas en relación a la familia que lo había contratado. Sentía mucha curiosidad por ellos. Sobre todo por una mujer en concreto.

Su primer paso era hablar con un hombre; pieza clave para encontrar al que realmente estaba buscando. Y gracias al mozo de cuadra sabía que se hallaba allí.

Menos de dos días después de su primer encuentro, este le trajo la información que anhelaba. Su hermana aseguraba la presencia de dos hombres que hacía algo menos de seis meses se habían establecido en la isla. Ambos eran clientes frecuentes de la taberna y fue capaz de describirselos con todo detalle a su hermano. El que Michael buscaba tenía un rasgo distintivo en el rostro que era imposible de ocultar por completo, y uno de ellos lo tenía. No hacía falta buscar más.

El siguiente paso en la investigación lo llevó a saber que el hombre que había seguido hasta la isla se hospedaba en casa de un lugareño, el señor McMurdock, por lo que no representaría ningún problema dar con él, pues todo el mundo sabía que aquel hombre vivía en un punto alejado del pueblo.

A su llegada pudo observar una vivienda baja, de una sola planta, rodeada por un muro no muy alto y deteriorado. Sin prisas detuvo el caballo y anudó las riendas en un árbol próximo. Cuando entró en la propiedad y llamó a la puerta no esperaba encontrarse con una joven mujer.

Se decía que McMurdock vivía solo.

—Buenos días. —Se quitó el sombrero y la saludó—. Estoy buscando al señor McMurdock.

La mujer, que no parecía haber alcanzado la treintena, no le preguntó quién era ni para qué lo buscaba. Abrió la puerta de par en par y le dejó pasar.

—Padre, lo buscan.

Una pieza más resuelta.

Tuvo que parpadear varias veces para acostumbrarse a la penumbra reinante y al polvo que flotaba en el ambiente. Las dos ventanas abiertas de par en par no parecían hacer demasiado en cuanto a purificar el aire y proporcionar luz suficiente. Michael oyó una tos seca y dirigió la vista hacia un hombre algo viejo y ajado, sentado al lado de una mesa de madera y bebiendo; presumiblemente whisky.

—¿Qué quiere, joven? —le ofreció la bebida en la misma botella.

Michael negó con la cabeza, esperando que no fuera su desayuno.

—No, gracias. —No iba a ofenderlo diciendo que era demasiado temprano para beber.

—¿Qué se le ofrece, pues?

—Estoy buscando a un conocido que vino hace unos pocos meses a la isla —planteó con tiento—. Alguien me ha sugerido que quizás se hospedase con ustedes.

—Eso no resulta extraño, joven. —Su mano tembló al coger el vaso vacío—. Suelo hacerlo bastante a menudo para ganarme unas monedas extra. ¿Cómo se llama el que busca?

—Liam Kelly —soltó, atento a una muestra de reconocimiento. No sería la primera vez que trataban de enredarlo.

Al mozo de cuadra no le hizo la pregunta porque su hermana aseguró no conocer los nombres de ninguno de los dos clientes.

—¿Liam? ¿Liam? —pareció buscar en el pozo seco de su memoria—. No me suena ese nombre.

Sí, Liam. Era el nombre de un ladrón con mucha suerte. Su delito: robar unas joyas a quien no debía. Su función: encontrarlo y devolver las piezas robadas a su legítimo dueño. Preferiblemente sin armar escándalo. Y es que las joyas tenían un alto valor monetario, sí, pero era mucho más que eso. Era una herencia familiar que el propietario deseaba recuperar a toda costa y con la máxima discreción.

Y ahí entraba él en juego.

Su trabajo no tenía un nombre específico dentro de los cánones de la época. No obstante, resultaba bastante lucrativo y entretenido. Para saber cómo acabó siendo el «buscador», los curiosos debían remontarse una generación atrás; hasta su padre.

Su madre murió cuando él contaba con pocos años de vida. Por eso su padre buscó fortuna a como diera lugar. Vivir en la multitudinaria y siempre polifacética ciudad de Glasgow podía hundirte o encumbrarte. A un hombre como su padre, solo ante el desafío de criar a un hijo y trabajar al mismo tiempo, lejos de desmoralizarlo cuando perdió al amor de su vida, lo fortaleció. Intentó potenciar lo que se le daba mejor: encontrar cosas. Por ello, primero empezó con cosas usuales. Aquellas cosas que formaban parte de la vida de las personas y que suelen perder. A medida que el pago por la ayuda se apreciaba como algo sustancioso, aumentaron también los desafíos. Una carta comprometedora robada, una criada con las manos muy largas... Cuando Michael contaba con diez años de edad, ya había podido ver la eficacia de lo que su progenitor solía llamar «el toque de los Campbell». Por supuesto, su padre no trabajaba solo. Algunas veces, cuando no estaba en la escuela, conseguía que él le permitiera acompañarlo. Quiso la casualidad que una de esas veces hiciera falta un avisado jovencito con aptitudes para distraer y sustraer lo que andaban buscando. Gracias a eso, se fue convirtiendo en fiel ayudante de su padre.

Fueron muy discretos, eso sí. No explicaban la realidad de la naturaleza de lo que hacían ni se exponían. Todo era cuestión del boca a boca y solían trabajar siempre por recomendación de un antiguo cliente satisfecho.

Fue a la muerte de su padre, hacía ya más de cinco años, que Michael se replanteó su estilo de vida. Si no hubiera sido por la oportuna intervención del señor Turniltong, que le ofreció un buen acuerdo, no imaginaba qué podía ser de él en la actualidad.

El señor Turniltong era un prestigioso abogado de la ciudad de Glasgow. A él acudían las clases más privilegiadas y con más poder adquisitivo. Era un hombre afable y contenido con una gran visión para las grandes oportunidades. Él mismo era una de ellas.

Sus clientes confiaban en él. Su discreción era legendaria y acudían a su bufete en busca de ayuda; no solo en cuestiones hereditarias, actas matrimoniales y todo lo demás que solía hacer un letrado en su posición. No, Turniltong iba más allá. O al menos lo intentaba; hasta que dio con él.

Casualidades de la vida, ambos coincidieron en un mismo caso con un grado de dificultad que

superaba todo lo que Michael había visto con anterioridad. Estaban involucrados dos altos cargos del Parlamento escocés, y nada era lo que aparentaba ser. Cuando casi daba con sus huesos en la cárcel, ese abogado apareció de la nada, le liberó y le ofreció un trabajo similar al que ya hacía. La diferencia radicaba en el salario, muy superior al que ganaba, y los recursos que este le ofrecía.

Y así estaba hasta que Turniltong se presentó con un nuevo «trabajito». Acababan de sustraer de la casa de una dama una considerable cantidad de joyas. Su deber era devolverlas todas. Lo que descubrió era que la dama en cuestión, que también debía ser minuciosamente investigada, no era una dama, sino una de aquellas mujeres que se apartaban del camino marcado por la buena sociedad y se vendían al mejor postor..., por un módico precio. La mujer era la amante de un hombre del que no supo, ni quiso saber, el nombre. Este, casado y con hijos, sustrajo de las reliquias familiares de su esposa un juego compuesto por un collar y unos pendientes de turquesas persas que pensaba devolver. Solo las quería, tal y como la dama citó, «para que ella lo agasajara en la cama, desnuda y con solo las joyas puestas».

Vaya, un capricho como otro cualquiera.

—El conjunto era del mismo color que mis ojos —expresó la mujer en una de las ocasiones en la que la visitó.

Quién era él para dudarlo.

No obstante, la mala suerte se cebó en la pareja de amantes cuando el hombre las olvidó en la casa de su amante y, dos días después, fueron robadas junto con las que ella tenía en su joyero; regalos también de él. Y eso no era todo. Supo también que debía darse prisa y no perder la pista a las joyas, pues la hija del hombre misterioso estaba comprometida y su esposa quería regalarle las joyas de sus antepasados.

De buenas a primeras consiguió sacar a la amante de la lista de sospechosos gracias a un golpe de suerte. Mientras entrevistaba al servicio sospechó de inmediato de la implicación de una de las sirvientas que laboraban en el primer piso. No fue difícil arrinconarla y hacerla confesar que fue ella quien vio las joyas en la habitación de la dueña de la casa y la que puso sobre aviso a su pareja de aquél entonces: un hombre que estaba esperando un golpe de buena suerte para fugarse con ella y vivir sin preocupaciones. Confesó principalmente porque todo lo que este le contó no fue más que una mentira; y se había marchado con el botín dejándola sola para asumir las culpas.

El susodicho se llamaba Liam Kelly y era escurridizo. La sirvienta le dio a Michael direcciones y lugares que frecuentaba, y este le siguió la pista hasta un prestamista que tenía en su poder uno de los anillos robados; una pieza de cornalina con diamantes engarzados que el amante le había regalado a la dama en una de sus primeras muestras de afecto. Solo tenía que esperar a que Liam volviera a buscar el dinero y conseguir que devolviera el resto de las joyas; sobre todo el conjunto de turquesas verdes.

Había sido aleccionado respecto a eso y muchas otras cosas, pero la mayoría de las veces solía ser así. Los clientes que necesitaban su ayuda no querían llamar la atención, por lo que pedían que se resolviera todo de forma rápida y eficaz. Si el ladrón quedaba libre era algo de escaso valor comparado con la importancia de recuperar lo perdido.

En este caso falló. El ladrón intuyó que algo no iba bien, ya fuera por el repentino nerviosismo del prestamista o por una fina intuición, y consiguió huir. Como el fracaso no era una opción, volvió a interrogar a la sirvienta, que se había quedado sin empleo. Por unas monedas le dio la dirección de un viejo amigo que le fue de mucha ayuda, aunque con este tuvo que emplear una dosis mayor de persuasión y algo más de dinero. Por suerte consiguió una muy buena pista. Liam

había vivido en la Isla de Beith con sus padres durante unos años cuando era niño. Lo lógico, entonces, era que viera allí un refugio; un lugar que conocía y podía controlar.

Le costó encontrar una excusa para entrar en la isla y cerciorarse de que Liam Kelly estaba escondido en ella. Si entraba sin más y empezaba a hacer preguntas lo perdería de nuevo. Y no tenía tanto tiempo. Así que decidió que lo más fácil sería encontrar trabajo, uno cualquiera, en la isla. Una vez lo hubo decidido, pensó en pedir a Turniltong que moviera a algunos de sus hilos. Si bien no hizo falta. Él mismo encontró al abogado de los Singht y se presentó para el puesto. Turniltong hizo el resto.

Ahora que ya estaba en la isla podía circular por ella sin levantar sospechas indeseadas. Esperaba que sus preguntas no consiguieran el efecto contrario.

Puso una bolsita en el centro de la mesa y las monedas que había en su interior tintinearón.

—Agradecería cualquier recuerdo, por nimio que pudiera ser. Es más bien de baja estatura, moreno y de ojos verdes —lo describió, tratando de contribuir a refrescarle la memoria—. También tiene algo característico en una parte de su cara...

Michael no quiso decir más.

Los ojos del señor McMurdock se iluminaron y se pegó una palmada en el muslo para contener una carcajada.

—¡Se refiere a una quemadura en la mejilla que llega a su oreja!

Michael asintió calmado. No quería evidenciar el cosquilleo de emoción. Había acertado de pleno.

—Veo que sí le recuerda.

—¡Por supuesto! Era el nombre lo que me había confundido. —No obstante, cogió la bolsita del dinero y se apresuró a guardársela; por si acaso cambiaba de opinión—. El que cobijé en mi casa se llamaba... déjeme pensar... ¡Walter Ellis, sí!

Así que se había cambiado el nombre. Tenía que haberlo supuesto. Ahora coincidía todo con el cambio de aspecto. El mozo de cuadra le contó que su hermana lo describió con barba y pelo largo, lo que ayudaba a ocultar parcialmente las quemaduras y dificultar así su localización.

El señor McMurdock lo describió como un hombre sensato y poco dado a la conversación. Sin embargo, no daba problemas y pagaba religiosamente. Le dijo que pocas semanas después de llegar fue contratado en la cantera de los Singht y abandonó la casa.

—Y no sabrá su actual paradero, por casualidad —tanteó. Estaba contento por el golpe de suerte. Que trabajara en la cantera facilitaba su trabajo.

—Está hospedado en casa de la viuda Jenkins —intervino la hija, que hasta ese momento había fingido estar ocupada limpiando el polvo.

Ya lo tenía. No había sido tan complicado, después de todo.

Ahora, nada lo retenía allí. Despidiéndose después de rechazar un nuevo vaso de whisky, subió al caballo. El pueblo estaba a poca distancia y podía darse un paseo por él. Si descubría un poco más sobre Ayla y su familia, mejor que mejor.

A poca distancia, escondido detrás de unos árboles, Zake observaba a Michael alejarse.

Durante la estancia del administrador dentro de la casa, a decir verdad no muy prolongada, había tenido tiempo de meditar. La primera impresión de Ayla había sido acertada. Quizás ella no sabía a ciencia cierta a qué era debido, pero el administrador no le transmitía buenas sensaciones. Él las había achacado a su desafortunado encuentro en Irvine, pero ahora sabía que debía darle más crédito a la intuición de la muchacha. También había sido todo un acierto pedirle que lo vigilara. Sin esa orden, esa mañana, no habría estado pendiente de él. Le había extrañado no verlo en la mansión familiar. Cuando había llegado andando desde su casita, se había limitado a pedir un caballo en las cuadras y lanzarse a la carrera. Zake había hecho lo propio. Solo cuando vio el destino, se apresuró a esconderse, asombrado. Que no era dado a creer en las casualidades era un hecho sabido por todos los que lo conocían; y esa no iba a ser la excepción. Michael estaba husmeando acerca de Bishop y su desaparición, estaba seguro. McMurdock era el hombre que había trasladado a ese indeseable violador desde el puerto de la isla hasta las puertas de la casa familiar de los Singht. Si lo buscaba debía ser porque husmeaba en algo que ya creían olvidado. Se había equivocado. Aunque había preguntado al mozo de cuadras respecto a la charla que habían mantenido, este solo le dijo que hablaron sobre caballos. Zake no lo había creído, y eso lo tenía inquieto. Ahora más que nunca. No obstante, no iba a contar nada; no todavía. En primer lugar, no podía confiarle nada al padre de las chicas ya que este desconocía lo acontecido aquella noche. En cuanto a ellas, era mejor dejarlas al margen hasta comprobar unos cuantos hechos. No quería que, en un arrebato de desesperación o miedo, alguna de las dos cometiera una locura.

Por la dirección que Michael había tomado pudo deducir que iba hacia pueblo. Como su presencia no pasaría desapercibida y no quería ponerle en alerta, desistió de seguirle. Allí no podrían contarle nada, pues nadie conocía al difunto. De momento, se mantendría atento.

A partir de ese momento se convertiría en la sombra de Michael Campbell.

Era el único almacén de comestibles del pueblo y Michael no pensaba dejar pasar la posibilidad. En una taberna no encontraría las respuestas que buscaba, pero sí en aquel frecuentado lugar, donde la posibilidad de encontrarse con mujeres era más que probable. Seguro que ellas tenían mucho que decir sobre el tema. Con la excusa de comprar cualquier necesidad que se le ocurriese, pretendía abonar el terreno para obtener, sino unas cuantas respuestas, sí saciar su curiosidad.

Cuando traspasó el umbral de la puerta el tendero se limitó a echarle una mirada de soslayo mientras seguía atendiendo. No así los demás.

—Buenos días —saludó tocándose el ala del sombrero.

Las tres mujeres que estaban a la vista dejaron de inmediato lo que estaban haciendo para mirarle con ávida curiosidad. Dos de los dos hombres, que charlaban entre sí, no cesaron de hablar, pero la conversación se ralentizó. Mientras recorría el almacén inspeccionando las estanterías bien ordenadas, el silencioso murmullo comenzó a expandirse. Michael se preguntaba cuánto tardarían en abordarle y quién sería el destinado a hacerlo. Al final, como era obvio, el dueño del local ganó la partida.

—¿Puedo ayudarle? —el corpulento hombre se acercó. Llevaba atado un gran delantal gris y su

incipiente calvicie conseguía que su redondeada cara abultase más.

Michael detuvo la vista sobre los productos del mostrador.

—Una hogaza de pan —indicó—. Solo estaba mirando mientras me llegaba el turno.

En realidad Michael no necesitaba comprar el pan. Podía decirse que la familia Singht le alimentaba abundantemente; solo se trataba de una excusa para mezclarse con aquellas gentes.

—Por aquí —el ahora sonriente y curioso vendedor, le señaló la cesta colocada, cerca del mostrador. Todos los otros clientes se habían reunido en torno a ellos fingiendo, por cierto, bastante mal, desinterés.

Una mujer, también con delantal, ocupó el mostrador mientras envolvía algo para una clienta de pelo cano que esperaba pacientemente. Podría tratarse de una hija o un pariente próximo.

—Su cara no me resulta conocida —dijo entonces, como si acabara de notarlo en ese momento en lugar de cuando entró.

Decidió seguirle el juego, si con eso lograba que esas buenas gentes le proveyeran de información.

—Nací cerca de Perth —les mintió—, pero estoy aquí por trabajo. —No tuvo problemas en darles información de más. En otro caso, se la hubiera reservado.

—¿En la destilería? —intervino uno de los hombres—. Es un buen lugar.

—No, no. Mi puesto es completamente diferente —hizo una pausa de efecto—. Soy el nuevo administrador de los Singht.

Tal como supuso, los rostros quedaron demudados al momento y todos hicieron esfuerzos por sobreponerse. ¿Qué tenía esa familia para causarles tal impresión? No le parecía que fuera para tanto.

—Ah —fue lo único que se le ocurrió al propietario.

Michael suspiró en su fuero interno. Tendría que darle a la lengua y modificar la realidad para que alguno de ellos se soltase.

—Sí, un buen trabajo, por cierto. Si no fuera por... —Y eso fue todo lo que necesitó.

—¿Por? —le preguntó una mujer que acarreaba a un niño pequeño en los brazos—. No está bien dejar en ascuas a la gente.

—No quisiera hablar mal de nadie —dijo, fingiendo resistirse—. Al fin y al cabo, son los que pagan mi salario.

—Si le sirve de algo, nada de lo que pueda decir nos sorprendería ya. —Sus ojos atentos buscaban una migaja como ave de rapiña—. Y por supuesto, esto no saldrá de aquí.

«Por supuesto».

Todos los reunidos se apresuraron a asentir con entusiasmo.

—En ese caso... —Michael miró a ambos lados y bajó el tono de voz como quien está dispuesto a confesar un gran secreto—. Yo creo que esas chicas, las hijas, hacen cosas raras..., ya saben.

Todos volvieron a asentir.

—Locas —sentenció con fuerza una de las mujeres, vestida de negro de la cabeza a los pies—. Es lo que decía mi madre de la suya, y es lo mismo que pienso yo de ellas.

Michael se sorprendió de oírlo. Podía calificarlas de muchas cosas, al menos a Ayla, pero no lograba discernir en ella un ápice de la locura que aquella señora le achacaba.

—Eso sospechaba —dijo, no obstante—. A saber adónde he ido a parar.

Cuando salió de la tienda, una hora después, Michael se marchó sin la hogaza de pan y con la cabeza embotada. Durante ese lapso de tiempo se habían sumado a la conversación las personas

que entraban en el viejo almacén, que al final terminó asemejándose más a una reunión convocada para maldecir a las hermanas Singht, que a un comercio respetable.

Cogió el caballo y se encaminó al sur, de vuelta al que ahora era su hogar. Necesitaba pensar en las cosas que se habían dicho en el almacén. Un poco de la rabia que había sentido volvió de nuevo. Al día siguiente ya se pasaría por la cantera.

En cuanto a las Singht, lo único claro del asunto era que el origen de todo era la madre de las chicas. Solo le habían sabido decir que hacía muchos años que había muerto y que las hijas eran bastante pequeñas. Respecto a ella, se habían dado calificativos como loca, desequilibrada, huraña, sensible y neurótica, para nombrar algunos. Igual jugaba con los niños del pueblo mostrando su faceta maternal, como cabalgaba como una salvaje o amenazaba con armas de fuego a quien se cruzase en su camino.

Del señor Singht solo le habían dicho, y parecía ser la opinión más generalizada, que les daba pena; ya tanto por la mujer que tuvo por esposa, como por las hijas, réplicas exactas de la progenitora.

Respecto a ellas se habían apresurado a explicarle que lo suyo venía desde la niñez. Aseguraban que habían heredado la locura de su madre y que gracias al cielo se mantenían la mayor parte del tiempo recluidas en sus tierras. Le hablaron también de los episodios que estas montaban cuando apenas rebasaron la infancia: gritos, amenazas o incluso peleas. Estaban ciegas a todo y a todos, y no distinguían niño o adulto. Se las tenía por rencorosas y poca gente osaba cruzarse en su camino. Los que trabajaban en la cantera lo hacían como una de las pocas formas que tenían de trabajar, pues la destilería y el campo no daban para todos. Cada una de las personas de la tienda conocía a alguien que las había visto mandar como déspotas a los empleados. Algunos aseguraron que se habían atrevido incluso a utilizar el látigo con ellos.

Como era de esperar, la peor parada en esa sarta de injurias y despropósitos era Ayla, aunque Cadha le iba a la zaga. Ofensiva en extremo, no dejaba títere con cabeza. Michael no ponía eso en entredicho dado el espectáculo que presencié unos días atrás en la misma calle central.

No obstante, no sabía qué pensar. Quizás los lugareños no las tenían en muy alta estima, pero él había sido capaz de apreciar el trato de sus empleados más directos. Su actitud no hablaba de miedo, burla o reproches, sino todo lo contrario. Además, durante el tiempo que llevaba allí, no había visto ninguna de esas locuras que el resto de habitantes de la Isla de Beith les achacaban.

En cierta manera, se arrepentía de haber indagado. El saber más solo le provocaba dolor de cabeza y le planteaba mil preguntas más para las que no tenía respuesta.

Con la súbita intención de olvidarlo todo por un buen rato, azuzó al caballo. No podía negar que era un hermoso paisaje y que cualquiera podría enamorarse con rapidez del lugar.

Casi había llegado y la casa aparecería de un momento a otro. Fue solo un instante después que se percató de una figura que se acercaba, algo lejos del camino, por lo que disminuyó la marcha hasta detenerse. Era una figura femenina, estaba seguro, aunque bien podría tratarse de cualquier empleada. Con la mano a modo de visera localizó el punto exacto en el que el pelo rojo destacaba en la verde extensión. El color gris pardo del vestido acentuaba el vistoso color capilar. Si no se equivocaba, esa vez lo llevaba recogido en lo alto y le caía sobre la espalda como si de una cascada se tratase. Era un peinado peculiar, pero le sentaba bien.

Michael dejó el camino para dirigirse a su encuentro. Conforme iba aproximándose comenzó a distinguir una mueca de fastidio pintada en aquella cara alargada de mentón pronunciado, tan atractiva como rebelde y desafiante. Fue curioso ver que acarreaba una cesta en la mano cargada de flores. Su mente no llegaba a imaginarla en una escena tan bucólica y tranquila. ¿Pasear al

tiempo que recogía flores? No parecía encajar con ella, lo que hizo que se preguntase qué había de real en la áspera apariencia que solía mostrar, como una seña de identidad, fruto de la amarga desilusión que el paso por el mundo conllevaba.

—No te detengas por mí —le espetó tan pronto llegó a su altura—. Seguro que tienes montones de cosas por hacer. Ya sabes, eso que suelen hacer los administradores.

Michael no pudo evitar esbozar una sonrisa. Incluso con esa dureza suya tan característica, no dejaba de pensar que, cuando quería, podía llegar a ser encantadora. Toda ella se lo parecía.

—¿Me estás ofreciendo tu ayuda?

—¿Me darías una parte proporcional de tu salario si lo hiciera? —contraatacó mientras seguía avanzando.

—Tal vez. —Saltó del caballo y se situó a su lado.

—No deseo compañía —farfulló entre dientes.

—Pues es una lástima, porque la vas a tener de todos modos. Tenemos que hablar. —Por unos segundos, Michael meditó la conveniencia de hacer lo correcto.

Ayla lo miró de reojo al percatarse del tono serio con el que había hablado.

—No me interesa —repuso tras unos instantes, acelerando el paso.

—Ayla... —Michael trató de detenerla agarrándola del antebrazo.

—¡Suéltame! —dijo un tirón.

—He estado en el pueblo —soltó de sopetón. Ella fue disminuyendo el paso sin llegar a detenerse. Estaba a la escucha y Michael lo aprovechó—. También he pasado por el almacén de un tal... No recuerdo el nombre —mintió.

—Allí no se te ha perdido nada. —Ayla se giró para encararle—. Seguro que te han sonsacado quién eras, de dónde veías y se han apresurado a lanzar un montón de chismes y habladurías maliciosos sobre nosotras —adivinó con acritud.

No iba nada equivocada, aunque más bien había sido él quién había dirigido la conversación.

—Me han estado contando cosas sobre tu madre...

—¿Qué derecho tienen a hablar sobre los muertos?! —exclamó furibunda. Al momento, lanzó la cesta lejos de ella y las flores quedaron esparcidas por el suelo—. ¡Y tú tampoco lo tienes!

—Si me escucharas...

—¡No! —Se tapó los oídos como si fuera un método efectivo para silenciarle—. ¡Estoy harta! ¿Me entiendes? ¡Harta! Harta de tener que convivir con esa gente ignorante y estrecha de miras que tiene miedo de cuanto no entiende. Que ofende, humilla, infama y mancilla a unas niñas por el comportamiento de su madre —escupió las palabras con rabia, como si las paladease—. Que no se dan cuenta de que las estigmatizan de por vida, provocando justo lo que temen. Que se dan el lujo de mirarnos por encima del hombro cuando sus propios actos son más que reprochables —lo miró con ira y tristeza—. Así son ellos —señaló hacia el norte, en dirección al pueblo—; los que te tomas la molestia de escuchar.

Le dio la espalda para acercarse a la cesta y se arrodilló a recoger las flores. Michael se sentía tan mezquino como Ayla los había calificado. Quizás un poco más; como un miserable. Su curiosidad había abierto la caja de pandora y no había previsto las consecuencias. No quería hacerle daño, y era evidente que el tema le resultaba doloroso. Si no siguiera teniendo preguntas...

—Si confiaras en mí...

Ayla se levantó tan rápido que no la vio venir.

—¡Tú, tú y tú! ¡Siempre tú! —Hincó el dedo índice en su pecho—. Deja de meterte en la vida

de los demás.

Tratando de calmarla, la tomó por los brazos para hacerle entender que no quería lastimarla, sino todo lo contrario. En ese momento no pensó en nada de lo que le había traído a aquel inhóspito lugar. Por un momento sintió algo parecido a la compasión, no tanto por la mujer adulta que Ayla era, pero sí por la niña—(las niñas), se corrigió—que habían sido y que la vida había vuelto del revés. Perder a una madre resultaba una experiencia dolorosa de por sí. No imaginaba lo que podía llegar a ser oír burlas al respecto.

—Ayla.

—¡Déjame en paz maldito cerdo entrometido! —Ella se revolvió tratando de liberarse, pero sus manos la agarraban, no con dureza, aunque sí con la determinación de un buey.

—Si en lugar de sulfurarte atendieras a razones verías que estoy de tu parte —trató de hacerla entender. No ayudaba que ella se removiera tan cerca con la impetuosidad de una yegua salvaje.

—No me importa nada de lo que digas. —intentó deshacerse de él mientras su autocontrol amenazaba con hacerla estallar. El tema de su madre había sido el detonante, pero solo su presencia ya era munición suficiente.

Hubo un instante, quizás solo un segundo, en el que los dos se percataron de que ya no peleaban por nada que tuviera sentido. Cuando las chispas saltaron, fueron los primeros sorprendidos y los primeros en reconocerlo. Ayla trató de alejarlo con más ahínco. Michael, muy a su pesar, reaccionó como menos lo esperaban: la besó.

La fuerza del asalto los aturdió a ambos. Los labios se abrieron sin una pizca de dulzura y las lenguas traicioneras se enredaron sin dejar espacio. De forma inconsciente, los cuerpos se juntaron y un quedo gemido salió de la garganta de uno o de ambos. Ayla se agarró a la cintura masculina y clavó los dedos sorprendida por la voracidad de su deseo, mientras Michael cerraba los ojos ajeno a otra cosa que no fuera el olor y el gusto femenino.

Durante unos minutos que parecieron eternos, la hierba ondulante, movida por la brisa, fue mudo testigo de un abrazo salvaje y beso imposible. Cuando los dedos de sus pies empezaron a curvarse y el calor inundó cada poro de su ser, Ayla fue consciente de lo que estaba haciendo, dónde y con quién. Intentándolo con mayor brío, luchó para liberarse sin darse cuenta de que Michael todavía continuaba cegado por el influjo que los había envuelto a ambos. Sin tiempo para pensar, los labios que momentos antes habían disfrutado de la voluptuosidad, se abrieron para dar paso a su arma más letal: los dientes.

—¡Auch! —Michael la apartó de su lado con un brusco empujón y se tocó el labio. «Sangre»—. ¿Pero qué has hecho, insensata?

Su respiración no era la única agitada, solo que Ayla, debido a años de práctica, supo ocultarla mejor. Los dos se miraron a escasa distancia uno del otro, conscientes como nunca de que eran un hombre y una mujer, y sabedores también que eso marcaba la diferencia. Qué delicada ironía.

—Me has besado —farfulló.

—Qué gran capacidad de deducción la tuya. —El labio le dolía horrores y no supo medir la aspereza que destilaron sus palabras.

—Pues sí, qué gran capacidad. Si crees que eso es suficiente castigo por tu atrevimiento —obviamente, Ayla se refería al labio—, no sabes de lo soy capaz.

—Ilústrame. —Atrás quedaban los rescoldos de la tan inesperada como inconveniente pasión que lo había asaltado.

—Si vuelves a hacer siquiera un intento —hizo una pausa —, conseguiré que te cuelguen.

Y dicho esto, se alejó con la cesta vacía en la mano, dejando en Michael la sensación de que se

había metido de cabeza en un nido de víboras.

Capítulo 9

No fue su intención agazaparse tras la puerta del despacho de su padre y escuchar a escondidas la conversación que este mantenía con su invitado. A decir verdad, había sido fruto de la casualidad: ella solo pasaba por allí para dirigirse a la cocina cuando oyó las voces que provenían del interior de la estancia y pudo imaginarse la escena.

La curiosidad hizo el resto.

Si Cadha hubiese decidido comportarse debidamente, lo primero que se le habría pasado por la mente hubiera sido seguir su camino o, en todo caso, anunciarles su presencia. Sin embargo, no hizo ninguna de esas dos cosas. Contuvo el aliento y se arrimó a la pared. Después agudizó el oído con la esperanza de descubrir algún indicio que confirmara sus sospechas. Sus pies livianos, calzados con unos botines de seda y cuero, eran una bendición para tales circunstancias y le permitían moverse con el suficiente sigilo. No podía decir que no había hecho lo mismo más de una vez y, si bien no una era una fisgona por naturaleza, deseaba estar al tanto de los planes de su querido padre.

Tal como se propuso, había pasado los últimos días tratando de esquivar al señor Cunningham, que de repente parecía estar en todas partes: tanto en la casa como en las cuadras; casi siempre en compañía de su padre. Cadha ya no podía moverse con libertad por su propio hogar porque temía encontrárselo a cada paso que daba. Andaba con más cautela de la debida y se sobresaltaba con frecuencia. Sabía lo que Ayla le había dicho la otra noche en la galería de los retratos; ella misma se lo había contado. Ahora se preguntaba: ¿sería suficiente para alejarlo? Porque seguía sintiendo sus ojos puestos en ella durante las cenas, la única comida en la que parecían coincidir.

A pesar de todo, no era repulsión lo que sentía hacia él, sino una mezcla extraña de sentimientos que conseguían estremecerla e irritarla por igual. Debía reconocer, muy a su pesar, que había soñado con Rob Cunningham y, aunque los recuerdos eran vagos y poco nítidos, sabía que no eran tan terroríficos como las pesadillas que sufría sobre Neil Bishop.

Cadha puso toda su atención en la conversación que se desarrollaba a escasos pasos, pero a pesar del tono grave que empleaban los dos hombres al hablar, apenas pudo escuchar más que unas palabras sueltas que no daban sentido a la conversación. Por ello tuvo la osadía de acercarse peligrosamente a la estrecha abertura que dividía en dos la puerta de madera, y meter la nariz por ella.

Vio a su padre, de espaldas a ella, sentado en una silla de respaldo alto. Por el contrario, el señor Cunningham permanecía de pie apoyado contra el escritorio, mientras jugueteaba con uno de los globos terráneos de cuatro patas que se hallaban en el despacho. Con el dedo índice lo hacía girar con un entusiasmo infantil; pausada e indiscriminadamente. Fue entonces cuando escuchó frases como «trato entre caballeros» o «mis hijas no lo pueden saber», que hicieron que casi se olvidara de respirar.

«Ahí está», se dijo. Esa era la prueba que demostraba que su padre trataba de venderlas.

Una fría y amarga confirmación.

—¿Crees que sospechan de tus intenciones?

En cuanto oyó la pregunta formulada por el señor Cunningham, Cadha se tensó y se mordió los

labios. Por supuesto que lo sabían. Descubrir su juego había sido sumamente fácil. ¿Acaso creían que eran tan tontas que no lo adivinarían tras tantos precedentes? A diferencia de otros pretendientes, Cadha admitía que él había sido bastante sutil y, si no fuera por el desafortunado comentario sobre el matrimonio, seguiría recelando y en realidad no sabría la verdad.

Cadha empezaba a creer que podría manejar un embate de frente, directo. Todavía le faltaba la fortaleza perdida meses atrás; sin embargo, tenía bastante experiencia esquivando propuestas e impartiendo rechazos, porque no había habido ni un solo hombre que valiera la pena tener en consideración. Y aunque mostrarse fría era el arma más efectiva contra esos arrogantes que se llamaban a sí mismos caballeros, alguna vez tuvo que dotarse de otras armas y ser más despiadada para que aceptaran un no por respuesta.

Si el señor Cunningham intentaba de alguna forma cortejarla, ella no tardaría en ponerle en su sitio.

Dejó sus pensamientos a un lado al advertir que el silencio reinaba en la estancia. Su padre, que todavía no había respondido, se levantó de improviso y ella se echó hacia atrás instintivamente. Era difícil, casi imposible, que la descubriera tras aquel insignificante resquicio. No obstante, podría hacerlo si se acercaba más y centraba su mirada en la puerta.

—No —negó Elliot Singh—. Si ellas lo supieran o, como bien dices, sospecharan algo, te aseguro que me lo habrían hecho notar.

La risotada del señor Cunningham la puso furiosa. ¿Qué derecho tenía de reírse de ella o de su hermana? Si pudiera borrarle esa sonrisa de un plumazo lo haría sin dudarlo. A aquel hombre le vendría bien un escarmiento. Fue entonces cuando a Cadha se le ocurrió una singular idea que pondría en marcha esa misma noche. Ayla estaría de acuerdo. Es más, ya sabía de antemano que contaba con su ayuda.

«Ahora es mi turno de sonreír».

—Me advertiste de su carácter —admitió Rob, sin que ella pudiera percatarse del cambio en su expresión—. Sin embargo, creí que se trataban de exageraciones tuyas.

Su padre exhaló un largo suspiro. Desde su regreso a la isla las sermoneaba con demasiada dureza; un comportamiento al que ninguna de ellas estaba acostumbrada, ya que la mayoría de veces conseguían salirse con la suya. Ayla ya había tenido que soportar sus reprimendas en dos ocasiones por culpa de sus desavenencias con el administrador, y era injusto. Si su hermana había decidido tomar el control de la situación y enfrentarse a Archie Reilly era porque su padre jamás podría hacerlo. ¿Y debían confiar en que un hombre recién llegado a la isla (como era el caso de Michael Campbell), resolviera el problema?

En aquel momento se veían con las manos atadas y lo odiaban. Habían visto restringidas sus funciones, causándoles un grave perjuicio, y su padre pretendía que se olvidaran de ello para dejarse embaucar por un advenedizo interesado en la fortuna familiar que contaba con su beneplácito.

¡Podía esperar a que el infierno se congelara!

—¿Y ahora?

Cadha aguantó, expectante, la respiración. Estaba a punto de oír la respuesta, pero entonces captó un ligero movimiento al otro extremo del corredor que la hizo levantarse con presteza. Sería demasiado humillante que alguien la pillara husmeando de esa manera. Se retocó el vestido con todo el disimulo del que fue capaz y avanzó de frente. Cuando se cruzó con una de las sirvientas, le sonrió y fingió una inocencia que no iba para nada con ella.

Aun estando decepcionada por no haber escuchado más que unas insignificantes declaraciones,

no se sintió capaz de regresar y arriesgarse por segunda vez.

En la cocina se encontró con la señora Davies, que escuchaba con detalle a la cocinera mientras esta le explicaba cómo se guarnecerían y en qué orden saldrían los platos de la cena. Mientras tanto, una de las ayudantes de cocina despedazaba una liebre y otra hervía agua. Cadha le pidió a esta última que le preparara un té, que luego endulzó con un poco de azúcar.

El ir y venir en la cocina, el bullicio y el trajín, era cotidiano desde bien niña y, del mismo modo, todos los empleados de la casa estaban acostumbrados a la presencia de Cadha o su hermana en aquellas dependencias. Con frecuencia transitaban, no solo por la cocina, sino también por la sala donde la servidumbre se reunía para comer o tomarse un breve descanso.

Cada una de aquellas personas que estaban bajo sus órdenes tenía una u otra razón para apreciar a las hermanas Singht y valorar el trabajo que desempeñaban. Un puñado de ellos no habrían encontrado un empleo digno en cualquier otra casa que se considerara decente, porque arrastraban a sus espaldas dolorosas y desesperadas historias. Morna era un ejemplo: se había quedado embarazada de otro hombre y su esposo la repudió, echándola de su casa. Si no hubiera sido por la misericordia que las hermanas habían mostrado, el pobre Ian, de ahora dos años, hubiera crecido en cualquier inmundo lugar.

Toda la ira y desprecio que sentían hacia los habitantes de la isla, no era destinado a los sirvientes de la mansión y las cuadras; hombres y mujeres fieles y confiables.

—¿Me acompañas, Cadha? Debo anotar la previsión de las velas. —La voz del ama de llaves se filtró a través de sus pensamientos. La joven alzó el rostro y la miró con dulzura. La señora Davies era una mujer extraordinaria que sabía hacerse querer y respetar a partes iguales. Esta esperó hasta que se hubieron alejado unos pasos para preguntarle lo que pasaba por su mente—. ¿Otra vez escondiéndote, niña?

No era ninguna regañina; más bien dejaba patente una obviedad que prácticamente nadie, salvo ella, hubiera notado.

—A pesar de la prohibición de papá, Ayla parece tener numerosas tareas de las que encargarse. Yo, en cambio, no sé qué hacer.

En medio de su apatía, la joven había considerado asumir parte los quehaceres que conllevaba el cargo de ama de llaves: como controlar los libros de cuentas de la casa y elaborar los pedidos de los suministros. Sin embargo, no eran unas tareas tan estimulantes como controlar las ganancias que generaba la venta de pizarra o los precios de mercado correspondientes al sector ovino. Tampoco quería dejarla sin trabajo, así que lo descartó al instante.

La señora Davies se dio cuenta de su decaimiento; un estado progresivo desde la llegada de Michael Campbell que ni la presencia del señor Singht parecía poder detener.

Trató de animarla como pudo.

—Recuerda todo lo que hacías antes de que ese hombre asumiera las funciones de administrador.

Cadha abrió la puerta del pequeño despacho del ama de llaves y dejó pasar primero a la mujer. Después se arrellanó en la silla más cercana, lanzando un resoplido.

—El señor Robertson era un incompetente y su trabajo como administrador dejaba mucho que desear —expuso sin un mínimo de tolerancia. Siempre había que revisar los libros de cuentas y comparar los pagos. Eso de por sí ya mantenía entretenidas a las dos, porque no era difícil detectar errores que se le había pasado por alto—. Sin embargo, ahora prefiero dejarlo en manos de Ayla y no acercarme a la oficina del señor Campbell.

El rostro de la mujer se entristeció.

—Lo comprendo —su voz sonó afligida porque le dolía darse cuenta de que su muchacha todavía estaba sufriendo.

—No quiero su lástima, señora Davies. Estoy bien, dadas las circunstancias.

—¿Y entonces, por qué te mantienes escondida en la cocina? —Cadha hizo una mueca—. Entiendo que te sientas incómoda con la presencia del nuevo invitado de tu padre. Es joven y son amigos; motivo suficiente para traerte recuerdos. Ahora bien, todo aquello ya es historia, y no tiene por qué volver a suceder.

Abrazó a la mujer con cariño y trató de hacerse la fuerte. Sabía que se reprochaba no haberlo visto venir, y Cadha no deseaba que siguiera haciéndolo. Nadie tenía la culpa del trágico suceso, salvo el propio Neil Bishop. Además, todavía era joven y estaba acostumbrada a superar circunstancias adversas. Así que confiaba que el tiempo borrara los dolorosos recuerdos.

Aunque había nacido en el seno de una familia acomodada y contaba con el amor de un padre, ya desde niña tuvo que hacer frente al inconstante estado mental de su madre y, a la prematura muerte de esta. También tuvo que hacerlo a un rechazo general y a unos comentarios tan infames como dañinos. El ataque y la posterior muerte de Bishop no eran unos simples contratiempos; eran más pesados que el resto. Sin embargo, podría con ellos al igual que podía con todo lo demás.

—Lo sé, lo sé —repitió con impaciencia al tiempo que la mujer tomaba una lista de encima del macizo escritorio y anotaba unos cuantos números.

Cadha era más consciente de ello que nadie, pero no significaba que fuera fácil. Además, había otras cosas sobre aquel hombre que todavía no le había contado a la señora Davies.

El ama de llaves dejó lo que estaba haciendo, la tomó por el codo y la acercó al pasadizo.

—Pues deberías dar un paseo o ir a montar —le aconsejó queriendo darle el empujoncito que necesitaba—. Te conviene que el aire te dé en el rostro para que seque cada uno de esos feos granos, y no estar dentro de esta casa encerrada como si fueras una monja. —La vacilación de la joven la hizo insistir—. Anda, llévate al pequeño Ian al jardín —le sugirió—. Harás un favor a su madre y a todos. Yo todavía he de terminar con la previsión de víveres y revisar que las habitaciones hayan sido limpiadas como Dios manda.

Cadha sonrió con un renovado buen humor. ¿Cómo no lo había pensado antes?, se dijo. El niño, con su risa contagiosa y su graciosa verborrea, era capaz de insuflar alegría hasta a los ánimos más alicaídos.

El hijo de Morna era una bendición en aquella antigua mansión, donde siempre iba de brazo en brazo y era atendido y cuidado un poco por todos. Cuando su padre se marchaba de la isla el niño solía moverse con más libertad, y acompañaba a su madre mientras esta desempeñaba sus funciones. Pero cuando Elliot Singht estaba en casa, todos procuraban mantenerlo apartado de él y de sus invitados. Él había aceptado que Morna y Ian vivieran allí; mas no consentiría las confianzas que Cadha y Ayla le permitían.

—¿Dónde está?

—Correteando entre las lavanderas o metido en la tina de la ropa..., quién sabe. ¿Mando a alguien a por él?

—No es necesario —contestó Cadha negando con la cabeza y dándole un beso en la mejilla. Apreciaba los esfuerzos del ama de llaves por mantenerla ocupada—. Gracias.

La joven se alejó con paso resuelto hacia una de las habitaciones de esa misma planta, que se encontraba cercana a la cocina: la lavandería, donde efectivamente, el hijo de Morna revoloteaba alrededor de las sirvientas dificultando su labor. Para ellas fue un alivio que Cadha se lo llevara al cobertizo colindante a las cuadras, donde habitaban los perros de caza. Una de las perras había

parido dos meses atrás a cuatro cachorros, y la joven sabía que el niño disfrutaría si le permitía jugar con ellos.

Con delicadeza, Cadha tomó en brazos al más travieso y a Ian de la mano, alejándose después unas cuantas yardas de las casa; lo suficiente para no molestar a nadie. Después se sentó sobre la mullida hierba y contempló como el pequeño y el perdiguero jugueteaban.

No fue consciente del tiempo que pasó hasta que cierto caballero, con un desarrollado olfato para encontrarla, se presentó ante ella.

Mientras lo veía sentarse a su lado, doblar la pierna derecha y apoyar el brazo en ella con naturalidad, a Cadha no le quedó más remedio que erguirse y adoptar una postura de frío desdén.

—Es usted difícil de hallar —dijo Rob mirándola con intensidad.

La joven sintió un molesto hormigueo en el estómago y notó como se le erizaba el vello de la nuca.

—Al parecer, no tanto —murmuró por lo bajo, negándose a devolverle la mirada. Sin embargo, le había echado el ojo tan pronto se acercó a ella, aunque trató de no admirar demasiado el aspecto que lucía. La chaqueta parecía cómoda a la par que elegante, el pañuelo marfil estaba anudado con sofisticación, y sus cabellos revueltos eran una clara invitación a la caricia.

Cadha se sintió horrorizada, más que indignada. ¿Qué poder ejercía aquel hombre en ella, para hacerle pensar y sentir semejantes sandeces? Ella debía ser la que controlara, y no al revés.

—Es interesante ver cuánto empeño pone en adoptar esa postura de total indiferencia. —Ella trató de hacer caso omiso a sus palabras, pero Rob se empeñó en insistir—. Artificial, al fin y al cabo, porque es usted más compleja que todo eso. Me trata igual que a una mosca de lo más molesta...

Cadha pensó que la analogía no iba nada desencaminada, porque el señor Cunningham revoloteaba a su alrededor y la aturdió del mismo modo que lo haría un insecto.

—Supongo que es más fácil deshacerse de una mosca que de usted —le espetó en un vano intento de que respetara su deseo de estar sola a disfrutar de su compañía.

La risa aguda y profunda de Rob la sobresaltó. Ambos mantenían actitudes diametralmente opuestas: él usaba el humor con demasiada frecuencia y ella no podía hablar más en serio. Se dijo que si esa era la forma que él usaba para llamar su atención, estaba consiguiendo el efecto contrario.

O eso quiso creer Cadha, porque en aquel instante todavía no sabía que el hombre había conseguido ganársela más de lo que ella imaginaba.

Giró el rostro y le lanzó una mirada reprobatoria, que el señor Cunningham no pudo apreciar porque tenía los ojos puestos en Ian y el cachorro.

—¿De quién es el niño? —le preguntó después de unos segundos.

—No veo por qué puede importarle —replicó al instante.

Con esa respuesta solo quiso dejar claro que no era de su incumbencia, sin darse cuenta de que para Rob no era tan simple: estaba intrigado por la vinculación que pudiera tener con Cadha. No se parecía a nadie que hubiera conocido en la casa, aunque tampoco era tan difícil, puesto que solo llevaba unos días en la isla.

—¿Simple curiosidad? —adujo observando el cabello oscuro y rizado del niño—. Sin embargo, lo que más me sorprende es verla a usted haciendo la labor de niñera. Si arruga el ceño con tanto empeño como cuando lo hace en mi presencia, me temo que al pobre lo asustará.

Cadha asumió la pulla con bastante entereza, dadas las circunstancias. Mantuvo la compostura y se ahorró la sarta de improperios que tenía en la punta de la lengua, porque estaba segura de que

él la estaba provocando deliberadamente. ¿El motivo? Quién sabía... La forma de comportarse de Rob Cunningham le resultaba extraña e incomprensible. Si su intención era cortejarla, tenía un curioso modo de hacerlo. ¿No se suponía que debía halagarla, decirle lo bonita que era y todo ese tipo de cursilerías sensibleras que nunca llegarían a embaucarla? Por supuesto, no se lo creería si se diera el caso; ella tenía bien claras cuáles eran sus intenciones.

Su misión, en cambio, consistía en desalentarlo todo lo posible.

—Es para mí un placer cuidar de Ian —aclaró con toda la dignidad de la que fue capaz—, aunque ante sus ojos carezca de habilidades.

—No era lo que pretendía decir.

Ella mostró su escepticismo.

—¿Ah, no?

—Será mejor que me explique —murmuró—, pero antes... —Con osadía, alargó la mano y le levantó la barbilla, obligándola a mirarlo. El dulce contacto con su nivea piel le hizo vacilar, y por un momento olvidó lo que quería decir—. ¿Por qué está siempre enfadada conmigo? —susurró muy cerca de su rostro.

Cadha respondió dándole un contundente manotazo para apartarlo, y se echó hacia atrás. Durante una breve fracción de segundo sus ojos reflejaron miedo, para convertirse después en dos gélidos y duros trozos de cuarzo.

—¡Cómo se atreve! —exclamó tan fuerte que asustó al niño. No llegó a llorar, si bien hizo un puchero que indicaba que podría hacerlo de un momento al otro—. No pasa nada —lo tranquilizó ella y, levantándose, lo tomó en brazos, fingiendo hallarse un poco más calmada.

Rob también se puso de pie y recogió al perdiguero del suelo cuando este empezó a emitir una serie de chillidos lastimeros. Comenzó a rascar la barriga del animal con aire distraído mientras intentaba comprender por qué Cadha se había alterado tanto ante un gesto tan nimio; apenas un simple roce.

La confusión aumentó ante la llegada de un extraño. Tenía la piel más oscura que había visto nunca, y avanzaba sobre la hierba hacia ellos con grandes zancadas y un rostro amenazador.

Por alguna razón el instinto le dijo a Rob que se pusiera en guardia, y no precisamente para defender a la dama.

—¡Cadha! —gritó prácticamente llegando a su altura. Analizó la situación con rapidez y se puso en medio de la joven y Rob—. ¿Estás bien?

Ella parpadeó un par de veces.

—¡Zake! —exclamó tan sorprendida como Rob por la interrupción—. ¿Por qué no debería estarlo?

La joven no se detuvo a cavilar que las órdenes de su hermana eran bien claras y que Zake simplemente las estaba obedeciendo al pie de la letra desde hacía dos días. Eso significaba vigilarla desde la distancia y mantenerla a salvo. Así que en el momento que el hombre de piel tostada vio al invitado del señor Singht abalanzándose sobre su patrona, no había dudado en socorrerla.

Si bien siempre se había preocupado tanto por ella como por su hermana, después del accidente acaecido seis meses atrás no era una obligación, sino un deber, actuar en pos de su seguridad.

—He visto las intenciones del caballero y he acudido a encargarme de ello —expuso con un tono encendido y acompañando su acusación con un gesto.

El desconocido llamado Zake giró sobre sí mismo y le plantó cara con una furia animal. Sus

ojos echaban chispas y parecía dispuesto a atacar en cualquier momento.

Rob se acaloró también. ¡Intenciones! No tenía derecho a juzgarle y hablarle de un modo tan irrespetuoso. ¿Qué tenía que ver con Cadha, y qué derechos tenía sobre ella? Y lo más importante: ¿por qué se tomaba la licencia de protegerla con tanta fiereza?

—No sé quién diablos es para atreverse a espiarnos —protestó, enfrentándose directamente a él.

Era muy corpulento y, a pesar de ello, no le tenía miedo. Rob era ágil, golpeaba con contundencia y, aunque le hirviera la sangre, era capaz de mantener la cabeza fría, de pensar con serenidad. Se había visto implicado en muchas peleas callejeras antes de convertirse en un respetable hombre de negocios. Incluso tuvo que utilizar los puños con tal de cobrar el dinero de las apuestas en las que habitualmente resultaba ganador. Sabía cómo luchar.

Los hombres se retaron en silencio y la tensión fue palpable. Cadha se puso lívida y se interpuso entre ellos antes de que llegaran a las manos, porque de no intervenir, con total seguridad Zake pagaría las nefastas consecuencias de enfrentarse a ese hombre, siendo el único perjudicado. Conocía la manera de pensar de su padre; él comprendía sus honorables intenciones. Lo que no iba a tolerar era que se molestara a un amigo o invitado; mucho menos la violencia injustificada. Sus prioridades eran claras en ese sentido y Cadha lo sabía bien. Además, su padre estaba tratando de conseguir que Ayla o ella misma se casara con Rob Cunningham. Si ese caballero contaba con su plena confianza, ¿no le daba eso una clara ventaja sobre el pobre Zake?

—Zake, te agradezco tu preocupación —declaró con calma—, pero puedo manejarlo. —Le puso una mano sobre el hombro para transmitirle calma mientras que con el otro brazo seguía sosteniendo a Ian—. Solo se trata de un malentendido y es mejor dejarlo así.

Por mucho que le hubiera incomodado el contacto de Rob Cunningham, no podía decirse que él se hubiera sobrepasado. No había sido tan íntimo como cabía esperar, y tampoco percibió unas intenciones lascivas en él. Apartarlo solo fue una reacción instantánea. Nada más.

A pesar de sus palabras, ninguno de los dos hombres relajó la postura. Y menos Rob, que había dejado atrás su lado más conciliador. No le gustaba la familiaridad con la que ella tocaba a ese hombre. Iba a exigirle una disculpa o una rectificación a aquel tipo, quienquiera que fuese.

—No sé qué está pasando aquí. Lo que sí sé —recalcó—, es que merezco alguna que otra explicación —expuso Rob con una calma fría—. ¿Su padre está informado de que este hombre anda espiándola? Porque de no ser así, me aseguraré de que reciba su castigo.

La afirmación de Rob casi consiguió que Cadha se viniera abajo. ¿Cómo podía hacerle comprender que el comportamiento de Zake tenía justificación, sin revelar demasiado?

—Zake trabaja para nosotros —trató de aclarar con relativa rapidez—. Habrá creído que me encontraba en peligro, por lo que solo le podemos reprochar un exceso de celo hacia su patrona —concluyó—. Eso es todo, ¿cierto, Zake?

El muy tonto se negó a contestar y Cadha tuvo que volver a presionarlo.

—¿Zake?

—Cierto.

—Dejémoslo así y no importunemos a mi padre con cosas que no vienen al caso, por favor.

Cadha le imploró con ojos puros y cristalinos. Rob los encontró tan embriagadores que fue incapaz de negarse.

—Está bien —dijo, a pesar de seguir ambicionando averiguar quién era.

Ella lanzó un suspiro apenas perceptible.

—Y ahora, si me disculpa, debo regresar casa y llevar a Ian junto a su madre. Zake,

acompañame, ¿quieres? —le ordenó de forma brusca y después lanzó una sonrisita de agradecimiento al atractivo escocés. Zake, tardó un momento en darse cuenta de que ella acababa de ahorrarle un buen sermón—. Señor Cunningham, ¿sería tan amable de devolver el perrito?

Rob asintió despacio y los dejó ir. Si bien, sabía que solo le hacía falta un poco de paciencia y esperar el momento oportuno, obviamente la noche, para llegar al fondo de la cuestión.

Cadha y Ayla ya se habían retirado a sus aposentos y en aquel momento Elliot compartía una copa de licor con su amigo antes de irse a dormir.

—¿Quién es el hombre negro?

La pregunta, dirigida al señor Singht, fue formulada con una fría y rutinaria indiferencia, encerrando un recelo que no deseaba mostrar.

—¿Zake, quieres decir? —Porque no había otro hombre de color en la finca. Rob asintió—. Es un antiguo esclavo que compré hace mucho. ¿Te molesta su presencia?

No, no se trataba de eso, pero debía reconocer que no era muy común ver hombres negros en Escocia. Lo que le molestaba en verdad era no saber en qué lugar encajaba aquel hombre, con el que bien podría haber terminado a puñetazos. Y especialmente le desagradaba saber que había estado observándolos todo el tiempo a escondidas.

—Ahora no parece ser un esclavo. ¿Qué función tiene en la casa?

Elliot se encogió de hombros y clavó la mirada en uno de los tapices colgados de la pared.

—Muchas distintas y ninguna específica —declaró sin entrar en detalles. Era difícil explicar a un extraño el porqué de Zake en la propiedad. No solo era leal con la familia y capaz de encargarse de asuntos delicados que conllevaran discreción, sino que también cuidaba de Ayla y Cadha; controlándolas, en cierto modo. Eso de por sí ya suponía un alivio, porque sabía a ciencia cierta que si no fuera por él las muchachas se habrían metido en muchos más líos de los que ya sumaban—. Tengo parte de mi vida en Edimburgo y comprenderás que, siendo mis ausencias tan prolongadas, necesite a alguien de mi entera confianza... Y de la de ellas. Aunque yo lo liberé, creo que les tiene más cariño que a mí.

Rob arrugó el ceño, tratando de comprender.

—Supongo que desempeña un papel protector con ambas.

—Sí, de eso se trata —confirmó—. ¿Por qué estás tan interesado?

—Por nada.

Rob decidió mentirle y no mencionar el altercado, si podía llamarse así, que habían mantenido unas horas antes. No era su intención meter en problemas a nadie ni formular una queja. Cadha le había pedido que olvidara el asunto y pensaba respetar sus deseos.

Había llegado a la conclusión que el tal Zake era una especie de vigilante defensor que, pese al color de su piel, se tomaba con rigurosidad el papel de padre sustituto y velaba para salvaguardar la virtud de las jóvenes, si era necesario. La familia parecía permitirselo, pero lamentó que Cadha no se lo hubiera explicado entonces. De hacerlo, todo habría sido más sencillo y él más comprensivo.

Rob odiaba librar batallas inútiles y quedar como un idiota.

Dos horas después fue despertado de un profundo sueño. Aturdido, se quedó tendido en la

cama tratando de deducir qué le había desvelado. Sostuvo un bostezo esperando que la neblina en la que estaba envuelta su mente fuera desapareciendo. La oscuridad en la habitación era absoluta y el silencio, inquietante, porque comenzaba a comprender que había notado la presencia de alguien merodeando por su habitación.

«No puede ser», se dijo. Estaba solo y lo único que podía oír era el sonido de su propia respiración. Como mucho, su mente aletargada estaba jugándole una mala pasada. Así que se dio la vuelta, dispuesto a volver a dormirse, cuando de pronto un chirrido sonó peligrosamente cerca.

Rob se obligó a levantarse y trató de orientarse en aquella fría habitación, apenas familiar. Sabía que más adelante, a la derecha, había una especie de recámara con armarios y ventanas. El arcón, el escritorio y la chimenea quedaban al fondo. En cambio, la puerta que conducía al corredor estaba situada a su izquierda.

Si alguien había entrado o salido del dormitorio era por allí.

Caminó despacio sobre la suave alfombra que cubría el suelo de madera, recorriendo el contorno de la cama aferrado a la colcha. Al llegar a los pies de la cama chocó contra un objeto contundente y se hizo daño.

Soltó una maldición. No recordaba el par de sillas tapizadas.

Cuando se hubo recuperado del dolor que sentía en el pie puso toda su atención en tratar de alcanzar la puerta. El único modo de hacerlo era atravesando la habitación a tientas, pero por suerte no encontró ningún otro obstáculo y se dispuso a abrirla con infinito cuidado. A pesar del empeño por no delatarse, esta rechinó con un sonido muy distinto al que había oído en la cama.

Fue una suerte para él que la servidumbre de la casa no escatimara en velas, porque el corredor estaba muy bien iluminado. Rob miró a ambos lados y avanzó con decisión por un extremo, sin darse cuenta que andaba descalzo. No sabía por qué necesitaba comprobar la procedencia de aquel sonido. Probablemente no fuera nada y malgastaba tiempo de sueño en aquella bobada. Además, debía levantarse a las seis de la mañana para ir a cazar con Elliot. Lo último que necesitaba era quedarse dormido a lomos de un caballo.

Tras unos minutos dando tumbos por el pasillo sur de la primera planta, Rob decidió regresar a su habitación. Tomó el pomo y fue a abrir la puerta, comprobando con asombro que esta no cedía. Lo comprobó por segunda y tercera vez, incluso la empujó con todo el peso de su cuerpo. Nada. Al parecer se había quedado encerrado fuera.

«Maldición» ¿Cómo había podido suceder? La puerta debía ser vieja y había terminado por atrancarse. Por eso la sacudió con virulencia.

No tuvo mejor suerte.

Frustrado por verse privado del sueño y porque estaba empezando a sentir frío, se dirigió a la habitación más cercana a la suya para tratar de descansar. No le importaba que no hubiera sábanas en la cama o que no la hubieran aireado. Lo único que pretendía era dormir un poco y al día siguiente ya se encargaría de pedir que alguien arreglara la puerta.

Apenas había avanzado tres pasos cuando volvió a escuchar ese irritante chirrido. Otra vez provenía de su cuarto. Estaba seguro. Se dio la vuelta con precaución y después corrió hasta allí. En efecto, la puerta estaba abierta y solo podía significar que alguien la había abierto desde dentro, viniendo a confirmar sus primeras sospechas: cuando despertó no estaba solo. Y no solo eso, el resplandor proveniente de un sencillo candelabro sobre la mesilla iluminaba el interior de la estancia.

Rob se enfureció. Pretendía atrapar a quienquiera que fuera porque no estaba de humor para soportar estúpidas bromas. Empujó la puerta con el pie y se mantuvo bajo el marco de la puerta,

donde examinó los rincones hasta donde le alcanzaba la vista. Después miró bajo la cama, en cada uno de los armarios con minuciosidad y comprobó que todas las ventanas estuvieran bien cerradas. Solo entonces se dio cuenta del objeto de cuero y papel que yacía sobre su cama y que, por supuesto, no estaba antes.

Se acercó a examinarlo y advirtió que se trataba de un diario, del que numerosas hojas habían sido arrancadas y esparcidas a pedazos sobre toda la colcha.

Rob no sabía quién lo había dejado, o por qué. El significado no estaba nada claro, y bien podrían haberlo hecho con la intención de confundirle o enviarle un mensaje. Sin embargo, sí alcanzaba a comprender que era del todo deliberado.

—Desearía haber podido ver el asombro reflejado en su rostro en vez de tener que correr hasta el pasadizo secreto. Lo habría hecho mucho más divertido de lo que ya era.

Mientras se metía el camisón por la cabeza, la risa de Ayla continuó flotando por la habitación. En cambio, Cadha se mostraba más comedida porque, aun no estando arrepentida del todo por lo que acababan de hacer, sentía una punzada de culpabilidad. Era la primera vez que usaban el juego de la vela y el diario, supuestamente del fantasma Claud. Y que dejaban atrapado a un invitado en el corredor.

Conforme iban pasando los minutos notó como los remordimientos se apoderaban de ella. Y no se debía al miedo de ser descubiertas o a la reprimenda de su padre; era el propio Rob Cunningham quien le preocupaba. No estaba bien haberse metido en su habitación y planear todo aquello. ¡Qué necesidad tenían de hacerlo!

Apoyó la frente sobre uno de los postes del dosel de su hermana y cerró los ojos. Ayla estaba satisfecha con el resultado, pero ella no podía. Con desasosiego, se preguntó si ambas se habrían excedido o era ella misma la que se estaba ablandando.

—Yo no me regocijaría tanto —musitó, acompañando sus palabras con una expresión sombría—. Rob Cunningham no es un hombre crédulo, eso te lo puedo garantizar. —Estaba convencida que no se asustaría con unos cuantos efectos espectrales; necesitarían mucho más que eso.

Ayla soltó las cintas que le sujetaban el cabello y se lo cepilló con energía.

—Me da igual. Solo pretendía que nos lo pasáramos bien —dijo todavía disfrutando de su logro—. Sé que no puedo esperar que se marche corriendo de la mansión por miedo a encontrarse de nuevo al fantasma. —No era tan tonta como para pensarlo. Además, si eso llegaba a suceder, el señor Cunningham le decepcionaría mucho. Ayla miró a su hermana menor con el ceño fruncido—. Si tenías dudas, ¿por qué esperar hasta ahora?

—No lo sé. Entonces me parecía bien —reconoció con pesar—; ahora simplemente siento que no hemos obrado correctamente.

—¿Por eso pareces tan abatida? —Ayla se acercó hasta la cama y le tomó la mano. No era tan insensible como parecía, pero si hacía todo aquello era por el futuro de Cadha—. Recuerda, cariño, que Rob Cunningham solo desea una cosa: matrimonio. —Era una palabra bonita que escondía unas malas intenciones—. ¿Crees que podrás hacerlo desistir con unas simples palabras? Porque no parece un tipo que se rinda fácilmente.

—No —vino a confirmar. Ayla tenía razón. Rob seguiría importunándola con su presencia y sus deseos de saberlo todo mientras que ella cada vez estaba más confundida con su propia forma de proceder. ¿En verdad el hombre suponía una incómoda molestia o, por el contrario, había terminado siendo soportable? O ni tan siquiera eso. Porque, aunque todavía le molestaban algunas de las cosas que salían por su boca, sus esfuerzos por mostrarse indiferente eran cada vez mayores. ¿Cómo reconocer ante su hermana que ese hombre empezaba a convertirse en una debilidad, si ni ella misma se lo explicaba?—. Pero esta noche no quiero seguir hablando de ello, por favor. Estoy cansada.

Ayla se mostró un tanto dubitativa. Había un tema pendiente que debía hablar con ella y que había evitado hasta entonces.

—¿Me permites unos minutos, antes de irte a tu habitación, para explicarte otras cosas?

Ayla soltó la mano de su hermana, se acomodó sobre la cama y trató de tapar sus piernas con el largo camisón.

—¿Qué otras cosas? —Cadha entornó los ojos, curiosa ante el cambio de actitud que había experimentado su hermana de forma repentina. En un momento parecía tan jocosa como una niña traviesa y juguetona, y al instante siguiente su voz era reticente y reflexiva.

Mientras veía a su hermana buscar las palabras adecuadas con las que empezar, Cadha dejó vagar su mirada por esa habitación tan parecida y a la vez tan diferente a la suya. A lo largo del tiempo, cada una había hecho decorar sus aposentos con un estilo acorde con su personalidad. Si ella había escogido un color más frío y luminoso como el verde, Ayla se decantó por colores cálidos como el escarlata y el dorado. Ambos tonos estaban pintados alternados en franjas verticales desde el techo hasta el panel de madera blanca que rodeaba toda la habitación empezando y terminando en la propia chimenea, también del mismo color, que ahora ardía a baja intensidad. El suelo estaba parcialmente cubierto con una alfombra de lana persa en tonos marrón y ocre cuyo tejido estampado con motivo floral concluía en un intrincado medallón central arabesco. Los cortinajes, cerrados para evitar la fresca humedad salina que envolvía la isla, imitaban las olas del mar que tanto gustaban a la mayor. En cuanto al tocador, el espejo de pie o la mesita auxiliar de madera bruñida, resaltaban la calidez que Ayla tanto se esforzaba en recrear.

—Estoy esperando —le dijo. Una cosa era que se tomara su tiempo, y otra muy distinta que se limitara a permanecer en silencio el resto de la noche.

—Me besó.

Murmuró tan bajito que casi no la oyó, o lo que le pareció escuchar no debía de ser correcto.

—Repítelo —le pidió, quedándose de una pieza.

Esta vez Ayla levantó el mentón y sus ojos se enfocaron de nuevo en ella.

—Digo que me besó... Michael —aclaró.

Por un instante, Cadha había olvidado al administrador y pensó que se refería a Rob. La oleada de alivio fue sustituida por otra de horrorizada fascinación.

Su hermana le relató la discusión y el posterior e impetuoso beso que él le dio. No obvió la amenaza que le había lanzado.

—Pero, ¿qué les ocurre a esos hombres? —preguntó de pronto, enfadándose y llenándose de rencor por su experiencia pasada—. Es repugnante. No consigo comprender por qué creen que sus atenciones son deseadas.

—En este caso sí —Ayla lanzó un suspiro, consiguiendo confundir más a su hermana.

—Lo amenazaste —le recordó sin acabar de comprender. O quizás sí. Ella misma sentía una cierta ambivalencia hacia Rob.

—Sí, lo hice. No digo que lo buscase —se tocó los labios rememorando el beso—, aunque debo admitir que a pesar de lo inesperado del asalto sentí... —pareció pensarlo—, como un aleteo que recorría mi bajo vientre. Incluso ahora, evocándolo, vuelvo a sentir esa sensación expandiéndose. ¿Sabes qué quiero decir? —Pareció arrepentirse al acto de haber formulado la pregunta—. Oh, lo siento. Vaya tontería.

Cadha sabía a lo que su hermana se refería; sin embargo, no estaba segura de que lo fuera tanto. Su hermana mayor parecía estar confundida como lo estaba ella. No obstante, se sentía incapaz de confesarlo en voz alta. Quizás en otras circunstancias más favorables o cuando supiera a ciencia cierta qué le ocurría, lo haría.

—Decías odiarle —repuso.

—Y lo hacía. Lo hago —rectificó—. O quizás no. Es cierto que la mayor parte del tiempo me saca de mis casillas, amén que ocupa un lugar que por derecho tendría que ser nuestro, ya que somos las hijas del dueño. Tampoco puedo evitar ponerme a la defensiva.

—Eso sí que es bueno —se jactó divertida al entender que no se trataba de un asalto. Además, Ayla tenía una forma muy curiosa de enmascarar la verdad—. Para tu información, lo que tú haces no es estar a la defensiva —aclaró—. Es buscar la discordia a como dé lugar. Vamos, admítelo —la retó con una sonrisa.

—Tal vez me gusta disfrutar de una estimulante discusión de vez en cuando, aunque no lo practico como deporte, tal y como sugieres —su rostro reflejaba ofensa—. Además, nos estamos desviando del tema.

—Tienes razón. Hablemos del beso. ¿Sabes lo que me parece más inquietante del asunto?

—Si no lo sé, seguro que me lo vas a decir —replicó la otra.

—Ese hombre te gusta —el rostro de Ayla reflejaba lo contrario, por lo que cambió de tercio—, o al menos te gustan sus besos. ¿Cómo son? —A pesar de tener grabado el recuerdo de la boca de Bishop en su memoria, la curiosidad le pudo. Michael Campbell no parecía tan repulsivo y en verdad no se trataba de una agresión.

—Bruscos, húmedos, dulces... —enumeró soñadora; un estado nada común en ella—. Su lengua tenía un sabor picante que recordaba a...

—Vale, vale —la cortó Cadha—, me hago una idea aproximada. No hace falta que des tantos detalles.

—Tú has preguntado —se excusó encogiéndose de hombros y restándole importancia.

—Ya veo que no es como aquella vez.

—¡No! —Ayla reaccionó con violencia ante aquel recuerdo lejano—. No quiero hablar de eso; no ahora.

La menor levantó las manos en señal de rendición.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? ¿Lo mantendrás alejado o...?

—¿Alejado? En esto no. —La expresión de advertencia de Cadha no menguó su decisión—. Pocas veces, por no decir casi ninguna, me he sentido así con un hombre. —Alzó un dedo recordándole la primera y única vez.

Apretó los dientes con fuerza por lo tonta que había sido.

—Pero no tienes ningún futuro con él. —Cadha era consciente del mayor obstáculo que Ayla veía. Sin embargo, le supo mal recordárselo, pues ella estaba involucrada.

—Lo sé, créeme. Un futuro con un hombre, teniendo sobre mí el peso de la muerte de otro —aunque estuviera justificada—, es imposible. Eso sí, tampoco voy a negarme el placer de disfrutar un poco. Al fin y al cabo, si no es eso, ¿qué me queda?

No pretendía hacerse la descocada, pues no iba con ella. Si se lo proponía Ayla era una persona tan práctica como Cadha; y como unirse a otro hombre estaba fuera de toda consideración, no veía otra salida que involucrarse en un lío amoroso.

—Primero lo amenazas de muerte y acto seguido decides que lo mejor es tener con él un encuentro clandestino. ¿Qué crees que pensará de ti? Y lo que es más inquietante, ¿le interesará? —Su hermana se encogió de hombros—. Es un juego peligroso —la avisó. Era muy fácil quedar enredada en los propios sentimientos.

—Es un riesgo del que soy consciente, así que no tienes la necesidad de prevenirme; aunque dudo que suceda —«de nuevo». O al menos, así lo esperaba.

También suponía un peligro hacerlo con su padre en casa, pues podía descubrirlo. En el caso que fuera así habría una rápida licencia de matrimonio sobre la mesa que la uniría de forma definitiva a un hombre. No era eso lo que deseaba y sería discreta. Solo tenía que averiguar hasta qué punto Michael la deseaba. En el caso que ese beso fuera un episodio aislado, no le daría más vueltas —algo que ya había estado haciendo las horas previas—. Esperaba que no fuera el caso, porque ya había admitido que ese inesperado encuentro que terminó en beso y la hizo desear más había sido lo más excitante que le había sucedido en mucho tiempo.

Cuando el recuerdo de Neil Bishop acudió a su mente hizo un esfuerzo por desecharlo. Todavía no se había conciliado con el hecho de haberle quitado la vida, lo cual explicaba la insoportable presencia nocturna de las pesadillas que la acosaban. No sabía si alguna vez sería capaz de conseguirlo.

—Solo deseo lo mejor para ti —musitó Cadha entristecida. Veía en el rostro de su hermana mayor todo el peso que soportaba.

Estiró la mano por encima de la colcha tejida a mano y entrelazó sus dedos con aquella extraordinaria mujer a la que podía llamar hermana y amiga. Las lágrimas acudieron raudas, pero se negó a derramarlas. Ambas eran unas supervivientes.

—Lo sé, Cadha, lo sé. Solo es que, a veces, desearía que nuestra vida fuera diferente, más fácil.

—Tenemos un padre que nos quiere, leales sirvientes y amigos, un hermoso y confortable techo sobre nuestras cabezas, comida decente, ropas bonitas y la posibilidad de rodearnos de lujos —enumeró siempre práctica y evitando la autocompasión—. No estoy segura (y sé que tú tampoco lo estás), que una vida diferente nos hiciera más felices. Fácil no es sinónimo de felicidad.

—Arggg. ¡Odio cuando te pones así! Es imposible llevarte la contraria.

—Pero me quieres igual —sentenció la menor de las Singht con una sonrisa.

—Serás pretenciosa... —sonrió y le lanzó un cojín que la otra esquivó con facilidad.

Durante un buen rato, las dos hermanas olvidaron sus propios problemas y los de sus imperfectas vidas mientras disfrutaban de su mutua compañía.

Capítulo 10

—El señor Singht desea hablar con usted.

Michael miró hacia la puerta de su despacho, en donde se hallaba la sirvienta, y asintió con la cabeza.

—Gracias, Morna. Dígale que en unos minutos me reuniré con él. —Necesitaba terminar de cuadrar una lista de números que bailaban ante él, desafiantes.

De nuevo a solas se concentró en lo que tenía entre manos. Poco después, con una sonrisa de satisfacción, anotó el resultado en el libro de cuentas general. El «*pum*» con el que cerró el pesado tomo resonó en toda la estancia. Habían sido un par de horas tranquilas y su estómago le decía que no le vendría mal prestarle un poco de atención. De momento, no obstante, eso quedaba descartado.

Mirándose en los cristales del aparador, recompuso su pelo y rehizo el nudo del pañuelo. Cuando salió al pasillo y se dirigió al despacho del dueño de la casa deseó poder ver a Ayla. Se había pasado toda la noche rememorando el beso y cómo el mundo pareció detenerse mientras la tenía en brazos. Ella no sabía a sal, tal como supuso. Era más bien como un pastel que todavía paladeas horas más tarde de haberlo saboreado. Dulce con un puntito ácido. No era como su carácter, ya que más bien ella era toda acidez aderezada con dulzura, la cual no había visto por el momento, por cierto.

Ayla también lo había notado, estaba seguro de ello. La atracción que sintió fue correspondida. Ninguna mujer respondería como ella lo hizo sin sentir un mínimo de deseo, aunque al final lo amenazara. No se la tomaba en serio.

Así que admitía abiertamente que la deseaba; para qué negarlo. Lo contrario sería como abrir una ventana e intentar evitar la entrada de la luz con las manos. Ahora su imaginación latía desbocada. Se la había imaginado desnuda, ansiosa, suplicante...

Rió entre dientes.

Le resultaba inconcebible verla así; suplicando. Ella preferiría exigir en lugar de dar, tomar el control sin permitirse dejarse llevar. Sería una nueva experiencia; quizás de las más embriagadoras. No obstante, a lo sumo, podría aspirar a besarle los pies si no llevaba las cosas con tiento. No debía mostrarse exigente aunque le quemaran los dedos por acariciarla. No debía mostrar entusiasmo porque el de ella podría apagarse. No debía cederle el control, porque de lo contrario estaría perdido.

Aun así había un problema. Varios, de hecho. Uno era el matrimonio, que lo ataría a ella para siempre y que Michael quería evitar a toda costa. No es que no contemplara la idea de casarse, pero no con ella. Era demasiado impetuosa, fría, impulsiva... Demasiado todo. Además, su tiempo en la Isla de Beith concluiría más temprano que tarde y no valía la pena involucrarse hasta el punto de hacer difícil una separación después. Entre ellos no podía haber más que unos cuantos revolcones, siempre y cuando no los descubriese nadie. ¿Estaría ella dispuesta o mostraría su lado más virginal? Con Ayla cualquier cosa era posible.

Cuando llegó a su destino dio dos golpes breves en la puerta. Le pareció oír voces dentro.

—Adelante. —Elliot Singht le invitó a pasar.

Michael se quedó desconcertado cuando, presto a saludar, reconoció la presencia de otro hombre sentado a poca distancia del anfitrión.

—Buenos días —inclinó la cabeza hacia ambos.

El desconocido rubio lo miró un instante y le devolvió la cortesía. Con una pierna cruzada sobre la otra parecía sentirse muy cómodo sentado.

—Campbell —el dueño llamó su atención—, le presento al señor Cunningham, un invitado y amigo.

—Mucho gusto —se limitó a decir. No le incomodaba la forma en que el otro lo observaba, pero él debía contenerse para no hacer lo mismo. Al fin y al cabo, estaba allí en calidad de empleado.

Por un instante, enlazando con sus anteriores pensamientos, se preguntó qué pensaría Ayla del señor Cunningham.

Ayla, siempre Ayla. Qué difícil era arrancarla de sus pensamientos. Si su padre supiera...

Como invitado de la casa debía realizar las comidas en compañía de la familia. Quizás se apreciara como un hombre alto, de cuidada apariencia y a buen seguro con una reputación intachable. ¿Habrían paseado a solas? ¿Le habría sonreído con coquetería? ¿Habría reído sus bromas, tal vez? No, Ayla no. Esa mujer mantendría las distancias y dejaría claro quién mandaba. Mostraría un mínimo de cortesía y educación, y eso sería todo.

—Siéntese aquí, con nosotros —Elliot Sighet le invitó mientras se repantigaba en la silla detrás del escritorio y encendía un puro—. ¿Gusta? —le señaló la caja que contenía una docena de ellos.

Michael negó con la cabeza. No le gustaba el tabaco. El señor Cunningham parecía de la misma opinión. Se limitaba a mover la pierna arriba y abajo en un continuo movimiento como si eso fuera todo lo que deseara hacer.

—¿Hay algún problema? —preguntó. Todavía no estaba muy seguro de cuál era el motivo por el que había sido requerido.

—Ninguno, señor Campbell, ninguno. Nuestro primer y único encuentro no se desarrolló tal y como pretendía. Las noticias que me dio fueron preocupantes y al final me olvidé de todo lo demás.

—Una reacción comprensible, Elliot, dadas las circunstancias —intervino el señor Cunningham.

La sensación que tuvo era que este ya sabía de qué estaban hablando, lo cual le pareció de los más extraños y extravagantes. ¿Desde cuándo se involucraba a un invitado en las situaciones domésticas?

—Es cierto, mi querido amigo —concedió el otro—, aunque siento que le debo una disculpa. Por ahora me gustaría subsanar ese error interesándome por su estancia en la Isla de Beith y su adaptación. ¿Le tratan bien?

Michael no tenía queja alguna de la gente con la que trataba. El encargado de la mina era bastante dócil y era fácil dialogar con él. En cuanto al resto, con los que tenía poco contacto, se mostraban respetuosos. Los sirvientes se limitaban a hacer su trabajo y poco más, pero era justo decir que sus horarios eran incompatibles y vivir alejado de la casa no dejaba lugar para encuentros amistosos. En cuanto al propio dueño... Bueno, se podría decir que era con el que tenía un trato más superfluo. Zake se mantenía alejado, dedicándole una larga mirada de tanto en tanto, y el ama de llaves era quizá la más agradable y locuaz. En cuanto a la hija menor, no hacía intento alguno por conocerle aunque, en honor a la verdad, eran pocas las veces que habían

coincido. Su único contacto, y tal vez el más gratificante, era el que tenía con Ayla, pero de ella mejor no hablar.

—No puedo quejarme —declaró al fin—. El trabajo es satisfactorio y la casa en la que me han alojado es todo lo cómoda que uno podría esperar.

Elliot Singh no pareció notar el deje de sarcasmo. Por el contrario, sí lo hizo el invitado, que había permanecido en silencio, escuchando. Todo el asunto le resultaba extraño cuanto menos. Al final sí parecería que de tal palo tal astilla.

—Me alegro —echó una calada—. ¿No te lo decía, Rob? Un hombre cabal. ¿Y Ayla?

La pregunta lo pilló desprevenido ¿Acaso esta le había contado algo? ¿Era esa reunión una forma retorcida de rendirle cuentas?

—¿Ayla? —Michael se mostró confundido, como a buen seguro se sentía—. ¿Qué tiene que ver su hija en todo esto?

—Mi hija pude ser un poco... absorbente —se limitó a decir—. No sé si sabrá lo mucho que aprecia responsabilizarse del cargo que usted ocupa...

—Algo he oído. —No pensaba decirle lo clara que podía llegar a ser si se lo proponía; y absorbente no sería el adjetivo con el que la calificaría. Al menos, no el único.

El padre de Ayla le conminó a sincerarse. Dijo estar entre amigos y le invitó a hablar con libertad. A Michael le sonó más a encerrona que otra cosa, y solo comentó que desde la intervención del padre, ella se había limitado a obedecer. También aseguró que Ayla no le molestaba y que, si la joven lo deseaba, era más que bienvenida a interesarse de nuevo por los asuntos que él manejaba.

Al poco de decirlo pudo ver la sorpresa reflejada en la cara del progenitor. Incluso Rob Cunningham mostró cierto asombro, lo cual le irritó sobremanera.

—Aunque su postura lo honra, a fe que no comprendo por qué desearía tener a Ayla rondándole, al final acabaría dándole órdenes y vendría disgustado a exigirme que la devolviera a sus quehaceres femeninos.

—Su hija es buena haciendo mi trabajo. —Apenas podía creer que estuviera diciendo eso—. No creo que sea justo apartarla de algo que disfruta tanto. Si su hija menor lo desea, también sería bien recibida —añadió. No quería que pensarán que tenía preferencias por una u otra, o albergaba intenciones deshonestas, aunque fuera un reflejo fiel de la realidad—. Al parecer estas tierras son su vida. No sería justo ni sensato por mi parte alejarlas de lo que las llena.

Elliot Singh encajó la velada crítica con cierto grado de perplejidad. No esperaba encontrar un hombre que fuera sensible a los deseos de sus hijas, y al que no le molestara compartir el trabajo que le correspondía. Si no fuera porque ya tenía en marcha una clara estrategia, se plantearía la valía de ese hombre. No obstante, Rob ya estaba allí y no había vuelta atrás. La supuesta cacería lo había acercado más a ese objetivo que tanto anhelaba y su invitado estaba a punto de dejarse tentar. Toda otra consideración quedaba descartada.

—En cuanto a esto último, quisiera compartir con usted algo que como administrador debería saber. —Su voz se tornó seria de repente.

—Usted dirá.

—Voy a venderlo todo —expuso.

¿Todo? ¿A qué se refería con todo?

—Creo que no acaba de entender. —Rob había visto la confusión en su rostro—. Será mejor que le expliques.

Elliot Singh asintió, conforme.

Las tierras habían sido una herencia; una herencia que no esperaba y por la que no sentía ningún apego. Cuando se la ofrecieron como único heredero posible, primero vio en ella un lastre que estuvo a punto de rechazar. Fue Rosslyn, su esposa, la se empeñó en viajar a la Isla de Beith para echar un vistazo. No contaba con que ella se enamoraría por segunda vez... de un trozo de tierra. La campaña que realizó para convencerlo fue tan contundente como efectiva, por lo que al final aceptó. Al poco tiempo de vivir allí ya se ahogaba. Sugirió a su mujer vender las tierras y volver a Edimburgo, pero Rosslyn se negó en rotundo. Fue una de las pocas discusiones importantes entre el matrimonio y, al final, la dejó ganar. La llegada de su primogénita afianzó la postura de su esposa. Debía tener espacio para corretear en libertad, decía. Él aceptó. De eso hacía poco más de veinticinco años y estaba cansado. Su deseo más ferviente era instalarse en Edimburgo, cerca de sus amistades. No quería seguir correteando de la ciudad a la isla y vuelta a empezar. Además, quería estar en su propia casa, no como invitado de los demás. Y quería tener a sus hijas con él.

Al fin, y tras muchas dudas, había decidido dar el paso: vender las propiedades con la cantera incluida.

—¿Cómo? —Michael no sabía qué había esperado. Había estado tan inmerso en la historia que se le había olvidado el motivo de aquella charla.

—No se preocupe —Elliot malinterpretó el motivo de su inquietud—. El nuevo dueño se asegurará de mantenerle en el puesto de administrador. Su trabajo no corre peligro.

Como si eso le preocupara.

—¿Lo sabe Ayla? ¿Ellas? —rectificó.

—No —dijo un suspiro y miró al otro hombre—. No lo saben. Es un secreto y así queremos que siga siéndolo. Al menos de momento. ¿Verdad, Rob?

—Así es si así lo has decidido —repuso el otro ecuaníme—. ¿No está de acuerdo, señor Campbell? —Había captado en este un desagrado por la situación.

—No creo estar en posición de emitir un juicio por algo que, al fin y al cabo, no es mío —empezó—. No obstante, permitan un atrevimiento si les pregunto quién es el comprador. —De hecho, era un mero formalismo. La presencia del señor Cunningham lo decía todo.

—Aquí mi amigo Rob se está planteando comprarlo —confirmó Elliot Singht—. De hecho, hasta esta mañana no era algo en firme, pero hemos ido de caza con la excusa de mostrarle la extensión de las tierras y la riqueza que podría extraer de ella si es listo, lo cual puedo corroborar. Un hombre con visión podría hacer de ella una fuente de riquezas.

Michael no dudaba de ello. A pesar de los caros ropajes que lo cubrían y la impecable educación de la que hacía gala, Rob Cunningham parecía de los que sabían sacar provecho de una ocasión propicia.

Todo cuanto Elliot Singht le había explicado era lícito y comprensible. En su lugar quizás hubiera hecho lo mismo o algo parecido. Era una lástima, no obstante, que su cerebro no estuviera de acuerdo con ello. Ahora solo podía pensar en el amor que esas tierras inspiraban en Ayla. Ella se lo había dicho en más de tres ocasiones, pero no eran tanto las palabras que formulaba como el sentimiento que plasmaba en ellas. Sus ojos fieros dejaban patentes hasta dónde sería capaz de llegar por defender lo que ella consideraba corresponderle por derecho. Sabía incluso que si contara con dinero propio, sería ella misma la que se lo compraría a su padre. Había deducido también, que la hermana pequeña sentía algo muy parecido. No sabía qué pensarían de la traición paterna —porque estaba seguro que la mayor así lo interpretaría—, pero no le apetecía ser partícipe de ello.

—Disculparán lo que voy a decirles, y quizás me estoy metiendo en donde no me llaman... — De hecho, no sabía qué le impulsaba a hablar—. No crea que tenga nada contra usted, señor Cunningham. Hasta este momento, no sabía nada de esto y ni tan siquiera lo conocía. —Rob hizo un gesto de asentimiento esperando ver a dónde quería ir a parar—. No obstante, por lo que he podido observar, sobre todo en su hija mayor, no creo que las jóvenes se tomen bien la transacción que se traen entre manos. ¿No ha considerado, acaso, dejárselas a ellas como herencia? Al menos una de ellas podrá seguir viviendo aquí con un posible marido.

El repentino ataque de risa del dueño de la casa lo cogió desprevenido. No contaba con la hilaridad que sus palabras provocarían en él, y podía afirmar que no le gustaba.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó de malhumor.

Todo lo contrario. Elliot Singht se maldijo por no haber encontrado a ese hombre mucho antes. Quizás así se habría ahorrado muchos dolores de cabeza. De hecho, el hombre mostraba una perspicacia y sensatez fuera de lo común. En el poco tiempo que llevaba allí, ya había sabido ver más allá de las apariencias de sus hijas, lo cual le señalaba con un hombre digno del cargo que ocupaba. Se lo agradecería, de no ser porque ese celo desmedido no era práctico. Al menos, no ahora.

—No se trata de usted o de algo que haya dicho —intentó calmarlo—. Créame si le digo que lo he intentado. Durante años he procurado que un sinnúmero de hombres aceptables desfilara ante ellas con el deseo de que solo alguno les resultara lo bastante aceptable como para considerar el matrimonio. Mi intención era darle estas tierras como dote, pero ya ve —Elliot alzó los brazos con impotencia—, durante ese mismo tiempo han rechazado a cada uno de ellos por los motivos más inverosímiles. Esta decisión es fruto de su negación a aceptar su destino.

Era comprensible. La frustración de ese hombre era algo que podía entender. Él mismo había comprobado que esas muchachas parecían querer ejercer el control sobre sus vidas, algo muy loable pero poco realista. Tenían que cambiar mucho las cosas para que las mujeres dejaran de ser mercancía de intercambio; que pudieran decidir si querían trabajar, ser madres o permanecer solteras; decidir a quién querían ligarse el resto de sus días o, por el contrario, si la situación se volvía intolerable para ellas, tener la capacidad y el respaldo de la sociedad y la justicia, para dar la unión ante Dios por finalizada, y no necesitar de pruebas absurdas e injustas que demostraran que podían hacerlo.

En cierta forma, Ayla y Cadha vivían aisladas de la sociedad. Una muestra de ello era la opinión que de ellas tenían en el pueblo. Fuera de la isla la situación se podría volver más insostenible, por lo que no entendía que el padre no fuera capaz de verlo. A su entender, las jóvenes Singht eran pájaros libres que se contentaban con vivir en una jaula de oro, ya que, de lo contrario, podrían acabar despedazadas.

Dados a adivinar, también entendía, al menos en Ayla, que no hubieran podido escoger entre todo el abanico de opciones que su padre se había encargado de hacer desfilarse ante ellas. Pocos hombres, por no decir casi ninguno, tolerarían su temperamento e independencia.

—Creo que mantenerlas en la ignorancia agravará la situación cuando lo descubran. ¿Está dispuesto a las consecuencias que acarrearán? —preguntó.

—No tendrán otra opción. Solo se lo diré cuando sea un hecho consumado.

Esta vez fue Rob el que expresó sus dudas.

—Creo que en cierta manera, el señor Campbell está en lo cierto. No quiero ser un evidente objetivo para ellas cuando declaren la guerra.

—¿La guerra? ¿Qué guerra?

Los dos hombres lo miraron un tanto ansiosos. Era incomprendible que Elliot no conociera a sus propias hijas.

—La que montaran cuando se enteren. No quedará títere con cabeza —sentenció Michael—. Yo no quiero estar en medio de ese fuego cruzado.

—Estáis exagerando. Y encima os comportáis como un par de niñas asustadas en lugar de hacerlo como hombres. Sé que mis hijas pueden ser un tanto... vehementes. Aun así, dudo que declarasen la guerra a su propio progenitor.

Michael calló por prudencia. Al fin y al cabo, no había más ciego que el que no quería ver. Cuando poco después se despidió de ambos, toda pretensión de lograr una mañana de trabajo fructífero se esfumó. Se masajeó las sienes. No le había gustado tener que prometer de nuevo que no abriría la boca respecto a todo el asunto de la compra. Se preguntó si debía romper esa promesa y contarle a Ayla lo que sucedía. De una forma u otra acabaría por entristecerla y odiaba la sola idea. Sus sentimientos eran demasiado confusos y no le gustaba la sensación. Tuvo que recordarse de nuevo que estaba en la isla por un motivo concreto, no para interceder en desavenencias familiares. Resultaba peligroso que Ayla se le metiera bajo la piel, pero eso mismo estaba sucediendo; lo notaba. Unos cuantos encuentros y un beso increíble y lo tenía a su merced. Bueno, casi. Incluso ahora seguía barajando la idea de seducirla, si ella accedía. Sería delicioso, cuanto menos, poderla besar de nuevo, probar esos labios de pecado y sentirla moldearse caliente a su lado.

Sí, sería un buen plan. Ahora solo hacía falta convencerla de ello.

La señora Davies la había arrinconado. Literalmente. Lo peligroso, sin embargo, era que también trababa de hacerlo en sentido figurado.

—No quiero que se te vaya de las manos —le estaba diciendo.

Por supuesto, estaban hablando del administrador. Michael... Michael... Michael. En los últimos tiempos, ese nombre la rondaba a cada minuto del día. Para su desgracia, incluso de la noche.

Como ama de llaves de la familia, pocas cosas escapaban a su control. Era inaudito como una mujer poco dada a los chismes conseguía enterarse de cada uno de ellos. Con Michael, las cosas no eran diferentes. Un comentario directo de su padre, una charla con Zake, las conversaciones entre la servidumbre... Solo podía confiar en Cadha. Ella no se hubiera ido de la lengua.

—No he hecho nada que resulte sorprendente —afirmó tratando de justificarse. ¡Ni que el administrador fuera un niño incapaz de defenderse!

—Por eso mismo. Sigues el mismo patrón una y otra vez. —El ceño de la mujer se había intensificado.

No le gustaba la sensación de sentirse regañada. La señora Davies era algo así como una segunda madre. Era la que mejor toleraba sus faltas, aunque tampoco dudaba a la hora de amonestarla por un comportamiento «impropio de una mujer», tal y como siempre decía.

—Solo cuando se lo merecen. —No le gustaba escuchar de su boca que podía llegar a ser poco imparcial en sus opiniones y de trato injustificado.

—Lo sé, cariño, lo sé —la mujer se ablandó y le acarició la mejilla con sus arrugadas e

inexplicablemente suaves manos—. Solo trato de hacerte ver que es imposible que el hombre ya te haya ofendido. Y si es el caso —se apresuró a añadir antes de que Ayla protestara—, debes mostrarte tolerante. Prométeme que no le declararás la guerra.

Si no hubiese estado en una situación tan comprometida, se hubiera echado a reír. Resultaba sorprendente que el ama de llaves supiera prever lo que podría llegar a hacer. Era una lástima que ella corriera a más velocidad.

Algo en su expresión debió delatarla, ya que la mujer la miró atentamente y lanzó un suspiro hondo y lastimero.

—Él me provocó primero —añadió en su defensa.

Como no podía ser de otra manera, el ama de llaves le replicó que, en ese caso, ella debía de estar por encima de las circunstancias.

Era más fácil decirlo que llevarlo a cabo. No obstante, le prometió intentar dominar su temperamento cuando estuviera ante él. Eso era lo máximo a lo que estaba dispuesta.

—También hay otra cosa de lo que me gustaría hablarte.

Ayla se tensó de inmediato. Que la señora Davies bajara la voz y mirara más allá, para cerciorarse de que nadie podía oírlas, era un signo claro de lo que quería hablar; y no quería hacerlo.

—No creo que... —protestó.

—Estoy preocupada por ti, Ayla. De hecho, lo estoy por las dos. A vuestra manera, cada una sufre las consecuencias de... eso.

No faltaba dar más datos. Ayla sabía que recordaría el rostro pétreo y sin vida de Neil Bishop para el resto de su vida.

—Eso es agua pasada —Ayla intentó aparentar normalidad. Y lo hubiera conseguido si no hubiera estado hablando con el ama de llaves.

—Sé lo de las pesadillas —anunció con tiento.

Ayla la miró sin llegar a creérselo del todo. A parte de Cadha, no se lo había contado a nadie más. Ni siquiera Zake lo sospechaba. No quería cargarles más peso sobre sus espaldas. Al fin y al cabo, había sido ella la que decidió dar el golpe definitivo que los puso a todos en un aprieto.

—¿Cómo...? —esta vez no se molestó en disimular.

—He visto tu cama por las mañanas. El revoltijo de sábanas y los cojines, fuera de lugar, me dio la idea. De hecho, ahora que lo pienso, no sé cómo no se me ocurrió que esto podría pasar.

Ahí estaba otra vez. La culpa que la corroía por haberlas alentado a no dejar a Neil Bishop a la intemperie. Por eso y otras muchas razones Ayla no se lo había dicho.

—Resulta escalofriante que deduzca eso por las sábanas revueltas —lo cual le confirmaban lo que ya sabía: la señora Davies era demasiado intuitiva para su propio bien.

—Solo trato de ayudarte.

Lo sabía. Como también sabía que era absurdo pensar que la buena mujer lo lograra. Conciliar un acto como el que ella había perpetrado era del todo imposible. En la baraja había demasiados elementos contradictorios: ira, rabia y arrepentimiento. Todo ello mezclado con la aplastante sensación de que su instinto había sido el correcto. Una completa locura que la hacía más consciente de esa apremiante carga que arrastraba desde pequeña.

—Y se lo agradezco —le apretó la mano y trató de no soltar una lágrima de agradecimiento—, pero no puede. Esto es algo con lo que debo lidiar sola. Lo más seguro es que con el tiempo se desvanezca. —dijo, esperando que se tragara la flagrante mentira.

O quizás no.

Por suerte o desgracia, unos pasos acercándose las sacó de su transcendental charla.

—Oh, lo siento, no las había visto —Michael acababa de aparecer. Parecía tan sorprendido como ellas.

—No tiene nada de lo que disculparse —la señora Davies había pasado en un solo instante de ser una preocupada madre a una eficiente e inmutable ama de llaves—. De hecho, ya me iba. —Le lanzó una mirada que Ayla interpretó con fastidio—. Ya sabe, los quehaceres domésticos nunca se acaban.

La mujer desapareció de su vista con un frufú de faldas y Ayla quiso hacer lo mismo. No estaba de humor. Como siempre, las cosas no podían resultar fáciles.

—Un momento. Ya que estás aquí, quisiera aprovechar la oportunidad para hablarte.

Ella no estaba segura. En ese instante vio el recodo en el que ella y la señora Davies habían estado charlando como un lugar demasiado íntimo para que estuvieran solos.

—¿Qué quieres? —bufó la pregunta—. Tengo cosas que hacer.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

Michael parecía interesado. Lástima que Ayla siempre pensase lo peor de las personas. Lo tomó como una burla.

—No te interesa —afirmó petulante—. En mi vida hay cosas más importantes que estar revoloteando a tu alrededor.

Aquello pareció hacerle gracia a Michael.

—¿Eso es lo que haces? ¿Revolotear? Me resulta fascinante.

—Dada tu limitada inteligencia, no me extraña —contraatacó. Atrás quedaba la promesa hecha a la señora Davies de intentar ser, cuanto menos, conciliadora.

Tampoco le gustó provocarle el ataque de hilaridad que este mostró. Odiaba que se rieran de ella.

—Quizás tengas razón —concedió.

Eso la sorprendió. ¿De verdad acababa de darle la razón? ¿Justo cuando había menospreciado su inteligencia? Inaudito.

—Sé que la tengo. —El engreimiento momentáneo era uno de sus múltiples defectos—. De todos modos, me interesa saber el motivo por el que tú, de entre todos, estás conforme respecto a eso.

—Tampoco me extraña saberlo.

Su tono había descendido una octava, por lo que Ayla lo miró con atención. Parecía estar como siempre; si eso era algo positivo, desde luego. Quizás estaba demasiado cerca para su gusto, aunque sus sentidos no parecían ser de la misma opinión.

En otra vida y en diferentes circunstancias mataría por esos ojos azules que la miraban con tanta concentración e intensidad. Tampoco lucharía contra el deseo de revolverle ese lustroso pelo negro y morder el labio masculino inferior solo por placer. Quizás incluso se inclinaría hacia él con la intención clara de hacerle saber que le atraía y que no le importaría que sus manos de largos dedos y finas falanges la cogieran de la cintura y la apretaran contra él. Sí. Quizás en otra vida.

—Me estabas diciendo... —intentó no mostrar señales de interés que la delataran.

—Sí. Porque, dada mi limitada inteligencia, me resulta imposible dejar de sentirme fascinado por ti.

—Yo no decía...

—Porque —la interrumpió—, dada mi limitada inteligencia —se acercó a ella de forma

peligrosa—, no puedo dejar de hacer esto.

La sujetó por la barbilla con firmeza, pero Ayla solo sintió dulzura y el calor que él desprendía. No se lo esperaba, aunque tampoco estaba sorprendida. De forma inconsciente, lo había deseado. Posiblemente, si no él no hubiera dado el primer paso, hubiera sido ella.

No cerró los ojos cuando Michael le alzó la cara. Por un instante, ambos establecieron contacto visual y nadaron en las profundidades de la mirada del otro. No era una lucha. Era un reconocimiento mutuo, casi como una aceptación. Cuando los labios masculinos se posaron en los suyos, un suspiro emergió de entre ellos antes de abrirse a las caricias embriagadoras, al néctar picante y a la danza prohibida que la lengua bailó. Esa vez, Michael no se limitó a besarla. Una parte de él era muy consciente de lo que hacía y Ayla lo percibía con suma claridad, por eso le permitió abandonar su mentón para que bajara por su cuello en busca del acelerado pulso que allí latía. Dejó también que recorriera con sus dedos el sencillo escote adornado con puntilla mientras dejaba a su paso un reguero de brasas ardientes. Se sentía marcada aun sabiendo que eso no era posible. De todos modos, el hecho no le importó. No en ese preciso momento, aunque sabía que sí más adelante. Cuando la afable mano que la acariciaba descendió hasta su pecho y lo frotó a ambos lados con la uña, sus sensibles y tiernos pezones cobraron vida, como si de un encantador o mago se tratara. Abrió los ojos de golpe, sacudida sin esperarlo. Nada parecía real, pero lo era. Tan real como esos penetrantes ojos azules, verdaderos pozos del alma, que seguían mirándola sin pestañear.

Y con la realidad llegó la vergüenza. De nuevo. Era una afrenta saberse tan débil y fácil. Parecía que no hubiese aprendido la lección. Con cuidado se separó de Michael y él la miró con atención, valorándola, juzgándola. Casi podía sentirlo en el aire que los rodeaba. ¿Acaso estaba sorprendido de tanto comedimiento y contención? Mas, era impensable montar una escena allí, en medio de su casa, sin estar a salvo del ojo ajeno. Había sido una verdadera suerte que nadie los viera y se prometió que no volvería a suceder. Ni con él, ni con nadie.

Por suerte, él pareció comprender su estado de ánimo, por decirlo de alguna manera, así que se apartó en silencio y sin dejar de mirarla. Ella le imitó. Por primera vez en mucho tiempo, poca cosa tenía que decir. La mejor estrategia a seguir sería retirarse. Nada había cambiado y todo lo había hecho. Al menos, lo esencial seguía intacto.

Alejándose pasillo abajo, no percibió el entrecortado, desesperado y sentido suspiro que Michael lanzó. Tampoco se percató del doloroso abultamiento que vibraba entre sus piernas. Al fin y al cabo, no había perdido tanto. Lástima que no fuera consciente de ello.

Capítulo 11

Rob contempló la decoración de la última habitación del ala este: un pequeño salón, acogedor, con techos altos y un papel de pared traído de la mismísima China. Con el fondo blanco y pintado con tonos ligeros representaba la vida campestre: vegetación, frutas y aves tan majestuosas como los faisanes. En un rincón, junto al ventanal, se hallaba una mesa redonda con dos sillas y la mujer que se había instalado en sus pensamientos.

Cadha parecía ensimismada leyendo un libro. Tanto, que no había notado su presencia.

Se apoyó en el quicio de la puerta abierta y la contempló durante minutos enteros. La luz de la tarde acentuaba sus pálidas facciones y su refinado modo de sentarse, aun sin pretenderlo, la hacían parecer una bella doncella medieval que él ansiaba reclamar como suya.

Dio dos suaves golpes a la puerta para que reparara en él y esperó a que levantara el joven rostro y lo reconociera. Cuando Cadha lo miró con sorpresa y entreabrió los labios dejando escapar un jadeo, Rob sintió, por primera vez desde que era un chaval inmaduro e impresionable, como la repentina llama del deseo lo consumía.

Se trató de un pinchazo agudo, intenso y atrevido, que le hizo pensar en ella de un modo íntimo y poco racional, actuando más allá del decoro y de lo permitido. Y sabía muy bien lo que opinaría de ello. Sin ser la mujer más previsible del país, Rob empezaba a comprender el funcionamiento de esa cabecita suya; mezclando ingenio, temperamento y frialdad. Incluso así, cuando pensaba que estaba aproximándose, ella decía o actuaba de un modo muy particular que le confundía. Como la noche anterior, con aquel misterioso diario sobre su cama, que no había traído ni un ladrón ni un sirviente, sino Cadha. Era ella la que había estado en su alcoba. Lo sabía por el aroma que dejó flotando en el aire: su perfume; una particular mezcla de flores que reconocería a partir de entonces en cualquier otro lugar. Y puede que Ayla hubiera colaborado o solo contado con su beneplácito, ahora no importaba. Le intrigaba más el modo en el que había entrado y salido sin ser vista.

Sin embargo, no le diría que había sido fácil descubrirla y, de momento, callaría.

Rob se aclaró la garganta, temiendo que su voz sonara ronca. Avanzó con cuidado hacia el borde de la mesa y trató de luchar por sofocar unos instintos primarios que hasta el día presente habían estado ausentes. O eso creía, ya que hasta ahora nunca habían comenzado a cobrar fuerza.

Por Dios, se dijo. Era mayor; por lo menos le llevaba diez años a ella. ¿Qué habría cambiado en él para sentirla con tanta urgencia? Porque Cadha seguía siendo tan hermosa como al principio y prácticamente tan poco receptiva como aquella tarde en la biblioteca. ¿Cuál era entonces el detonante que le hacía desear con insistencia besar aquellos labios suyos, que sabrían como una raíz amarga y tan dulces como la miel?

—¿Podemos hablar? —Rob la contempló durante un momento y como Cadha no se opuso, lo vio como una aceptación implícita. Se dispuso a tomar asiento justo frente a ella y entrelazó los dedos de ambas manos por encima de la mesa—. Bien, lo primero que quiero decir es que lamento si ayer le incomodé con mi gesto. —Todavía podía recordar el miedo en sus ojos, y eso significaba que debía actuar con mucha más precaución. Aun sabiendo que poseía un gran dominio de sí misma, le seguía pareciendo un cervatillo asustadizo—. Le prometo que no tenía ninguna

mala intención. Y luego vino ese hombre a defenderle y de algún modo se creó tensión.

—Usted se enfadó —dijo a modo de observación.

—Sí, lo hice —confirmó—. No fue más que por la interrupción y por lo que tenía de inoportuno, pero eso fue antes de saber qué papel juega en su vida y en la de su hermana.

Cadha dilató las pupilas y sus ojos adquirieron una tonalidad más oscura.

—¿Con quién ha hablado? —quiso saber con urgencia, incluso temiendo su respuesta—. ¿Y de qué?

—Con su padre, por sup...

No se dio cuenta de la mirada alarmada de Cadha hasta que ella le interrumpió.

—¿Se lo contó todo a mi padre? —Parecía tan decepcionada que algo se agitó en el pecho de Rob—. ¡Oh, Dios! No sabe el error que ha cometido.

—Si tiene la bondad de dejarme...

Él podría haberla sacado del error en apenas un minuto, o menos. Sin embargo, la joven se empeñaba en no dejarle terminar sus frases.

—¿Acaso no lo comprende? —Cadha se levantó de golpe y empezó a andar de arriba abajo, cabizbaja. El futuro de su querido Zake, no era algo que pudiera ser tomado con tal ligereza—. Para mi padre es muy importante que sus amigos se sientan cómodos en esta casa y, si piensa que de algún modo a usted se le ha faltado el respeto, Zake estará en problemas.

—No ha sido así —aseveró queriendo levantarse y sostener sus manos. Fue un impulso que tuvo que reprimir porque podía dar lugar a una mala interpretación—. Y no debería afligirse por ello.

Cadha se detuvo y lo miró con fijeza. Aquella tarde no había frialdad en su actitud, más bien preocupación.

—Zake es negro —expuso con acritud—, y aunque no hay esclavos viviendo en Escocia o en Inglaterra, el color de la piel sigue siendo muy importante para muchos caballeros. Algunos no ven con buenos ojos que tenga que cuidar de las dos jóvenes hijas de Elliot Singht en su ausencia o que actúe como nuestro protector. Además —continuó—, en el pueblo ya colaboran lanzando infundados rumores.

Rob estuvo de acuerdo en la mayor parte de su razonamiento. Lo que de verdad le inquietó fue el último comentario, por el significado y por el modo de decirlo. Cadha parecía haber escupido cada palabra con rabia y rencor.

Incapaz de continuar sentado por más tiempo mientras ella permanecía de pie, dejó la comodidad de su silla, se pudo a su altura y le bloqueó el paso. Como respuesta a su reacción, ella apenas levantó las pestañas.

—¿Qué quiere decir? —preguntó él.

Su semblante se tornó sombrío.

—¿Acaso necesita que se lo deletree?

Rob comenzó a sospechar que en una población tan pequeña y mal comunicada como aquella sería común que sus habitantes recelaran hasta extremos insospechados, incitándolos a no actuar como debieran. Así parecía creerlo ella; una de las razones por las que defendía a Zake con tanta vehemencia. Que inventaran falsedades merecía todo tipo de calificativos, su rencor y su rabia.

—Comprendo —terminó diciendo, aunque en realidad no sabía hasta dónde llegaban las desavenencias con los habitantes del pueblo y hasta qué punto aquello había salpicado a las hermanas Singht. Cadha solo le permitía percibir una mínima parte.

—No —replicó contrariada—. Usted no comprende ni la mitad.

En su fuero interno, Cadha bullía, aunque toda esa rabia iba dirigida hacia todos aquellos necios e intransigentes que a duras penas merecían llamarse vecinos.

—Desearía que no fuera así, que no temiera contármelo.

Cadha no pudo sentirse más escéptica ante sus palabras.

—¿Para ir corriendo a mi padre? —le dijo, porque eso mismo pensaba que había hecho la última vez.

Él esbozó una sonrisa torcida.

—No le he hablado a su padre de Zake. De nada —explicó él, si bien los ojos de Cadha brillaron con incredulidad—. Debe creerme, porque desearía que abandonara esa actitud tan obtusa, fría y distante que mantiene conmigo para que pudiéramos establecer una relación sin burlas ni malentendidos. En definitiva, le estoy pidiendo que me conozca mejor —dijo con un rayo de esperanza—. ¿Podrá?

De buenas a primeras Cadha pensó que estaba siendo sincero. De corazón. Su mirada parecía limpia y sus intenciones honestas. Tras unos segundos de reflexión, cambió radicalmente de opinión, recordándose que no podía ser tan ciega: había un porqué oculto. Aunque en el fondo deseaba confiar en él.

Cadha dibujó una mueca de disgusto y adoptó una pose cargada de desprecio. Si el señor Cunningham suponía que ella caería rendida a sus pies tras oír aquellas supuestas buenas intenciones, debía informarle sin demora que bien podía marcharse a por viento fresco.

—Prefiero ahorrarme el esfuerzo —repuso con tono cáustico—. Nunca se me ha dado bien confraternizar con cazafortunas. Ni siquiera los que cuentan con la conformidad de mi padre —expuso con toda la dignidad de la que fue capaz. Pero esas todavía no habían sido sus últimas palabras—. Reconozco que es usted el mejor candidato que he conocido hasta ahora: su poder de convicción es bastante elevado, posee un singular carisma, es atrayente... y tentador. Lamentablemente, he de avisarle que pierde el tiempo conmigo, porque no pienso casarme con usted.

Rob elevó los ojos al techo y se rascó la sien derecha estupefacto e impresionado a la vez. Aquella joven poseía una imaginación descomunal y demasiado vivaz para su tranquilidad mental. ¿De dónde diantres habría sacado aquella conclusión que carecía de toda lógica?

—¿Y eso es todo?

Cadha lo miró con cara de pocos amigos. ¿Estaría burlándose de ella?

—¿Le parece poco?

—Si de verdad quisiera casarme por dinero, como usted dice, no habría viajado tantas millas para conocer a la mujer más huraña, desconfiada, fría y menos pasional que existe sobre la faz de la tierra. ¿Para qué tomar el camino difícil?

Dicho así la hacía parecer una tonta, aunque en realidad Rob no lo pensaba. No había sido más que un estallido involuntario porque a veces era demasiado exasperante. En cambio, ella sintió la ofensa en cada fibra de su ser. Se sentía ultrajada. Ese demonio de hombre de ninguna manera podía tacharla de ser todas aquellas cosas. Cadha tenía sus razones para comportarse de ese modo. Simplemente no tenía por qué explicárselas.

Apretó la mandíbula con fuerza.

—¡No me tome por necia! —exclamó con fuerza al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho—. Me imagino que no tendrá otra opción después de que otras damas hayan descubierto su juego antes de decidir que no vale usted la pena.

—¿Incluso con mi carisma y mi poder de seducción?

—Convicción —replicó ella al instante—. He usado la palabra convicción.

Rob sonrió con coquetería. Había muchas otras cosas que había dicho y que le hacían sentir orgullo. Demostraban que él no le era del todo indiferente.

Decidió no presionarla en ese sentido.

—Siento ser yo el que eche agua a su retorcida y elaborada teoría, señorita Singht —se acercó a ella despacio y puso mucho cuidado en no tocarla, incluso luchando consigo mismo—, sin embargo, le aclararé que no voy tras el dinero de su padre. Considero a Elliot un amigo y no una fuente de riquezas, por lo que no necesito de su apoyo económico..., para nada.

Resultaba casi imposible averiguar cómo diantres había llegado a semejante conclusión, si bien ahora entendía parte de la actitud hacia él. La señorita Cadha Singht no estaba dispuesta a mostrarse atenta y amable con un hombre al que creía un aprovechado sin escrúpulos.

Rob se preguntó qué pensaría de él si supiera la verdad. Seguramente su reacción se volviera aún más virulenta.

—Usted me confesó que fue pobre...

Rob ensanchó más su sonrisa. Cadha era muy terca y sabía cómo poner las cosas difíciles. Mala suerte para ella que él no se amedrentara con tanta facilidad.

—Sí, sí, fui. Tiempo pasado —expuso exasperado—. Y desde entonces he trabajado muy duro para progresar, sacrificando parte de mi vida. Así que si lo desea, le enseñaré con gusto el estado de mis cuentas o las sumas que he invertido. O podemos ir simplemente a preguntarle a su padre, que me trajo a la isla para que me tomara un descanso y reflexionara sobre un negocio que él me propuso.

Con la mente obnubilada, a Cadha le costó digerirlo.

—Eso no es cierto —murmuró con apenas voz. Porque si lo era, quería decir que no solo lo había juzgado mal, sino que también se había comportado como una auténtica tonta disfrazada de listilla.

Había cometido un error monumental.

Sintió una repentina vergüenza que la cubrió de la cabeza a los pies, enrojeciendo como nunca. Había asumido que la intención de Rob era casarse con ella, y ahora descubría que durante todo el tiempo había estado equivocada. Santo Cielo, ¿en qué momento se había vuelto tan presuntuosa? La precipitación era más propia de Ayla que de ella misma y, sin embargo, allí estaba, arrepintiéndose de cada una de sus palabras.

Por un momento cerró los ojos, incapaz de enfrentarse a él. Si pudiera correría a esconderse y a meter la cabeza bajo la almohada. Ni siquiera era capaz de hablar.

¡Cómo se debía estar riendo él de ella!

Para mayor sorpresa, Rob se comportó como todo un caballero y la sacó del apuro.

—Espero que esta vez hayamos terminado con todos los malos entendidos y hagamos las paces —repuso concediéndole un respiro—. Por mi parte, sin rencores. —Alzó los ojos y le lanzó una mirada cargada de sinceridad mientras esperaba su respuesta.

Tras una leve vacilación, Cadha asintió afirmativamente. Él estaba poniéndoselo fácil, mientras que en el fondo sabía que le debía una enorme disculpa. E incluso así, en aquel momento todavía era incapaz; la necesidad de escapar seguía siendo muy fuerte.

Abochornada, desvió la mirada hacia el suelo. Su fuerza y valentía se habían evaporado por arte de magia y enfrentarse a él era un amargo recordatorio de todo lo que había estado haciendo mal.

—Está bien —aceptó con una voz que sonó apenas audible—. Ahora tengo que irme.

Cuando Cadha pasó junto a él para dirigirse a la puerta, la tomó del brazo y frenó su avance.

—No lo haga —le suplicó con un tono lastimero. No pretendía hacerla sentir mal, solo que se quedara a su lado—. No hemos llegado a este punto de entendimiento para que usted se marche corriendo.

Rob se reprendió a sí mismo por resultar tan obvio y desesperado. «Amigo, ¿tanto necesitas la compañía de una mujer como para retenerla a toda costa?», se preguntó. Pero Cadha Singht no era mujer cualquiera, sino simplemente ella: bella, fuerte y delicada, tenaz, necia, deliciosa... Una contradicción y un placer para todos y cada uno de sus sentidos. Por ello la buscaba en cuanto podía, incluso si eso significaba recorrer la mansión palmo a palmo, empecinado en desobedecer esa vocecilla en su interior que le advertía que tuviera cuidado, porque debía reconocer, con cierta congoja, que deseaba llevársela a la cama.

A su vez, Cadha se dio la vuelta con cierta demora y clavó los ojos en la mano que la tenía sujeta, sin mostrar indiferencia. En realidad, no le molestó su avance y su atrevimiento. Estaba demasiado ocupada tratando de asumir el ligero cosquilleo que recorría su cuerpo y admirando la masculinidad que el cuerpo de Rob emanaba. Demasiado peligroso. Y cuando levantó el mentón y lo vio tocarse el labio con descuido, un potente sablazo se agitó en su interior con una fuerza brutal.

Aturdida por el impacto trató de ignorar esa especie de anhelo desconocido que amenazaba con apoderarse de ella. Una total locura. Y eso le recordó lo que le había explicado Ayla la noche anterior, cuando le habló de los efectos del beso del señor Campbell. Ahora su hermana deseaba más y ella se preguntó si le estaría sucediendo lo mismo, a pesar de no haber sido besada.

No podía ser, se dijo. Neil Bishop había extinguido cualquier atisbo de frenesí. Si por casualidad en el pasado albergó en su interior algún tipo de llama, ni siquiera quedaban las brasas. Además, admitía haberse equivocado en muchas cosas sobre el señor Cunningham, pero seguía sin gustarle. Porque para Cadha no tenían sentido todas esas trivialidades de las cuales las mujeres hablaban: no pretendía que él hiciera que le temblasen las piernas, ni deseaba gritar su nombre a plena voz. No iba a desmayarse a su paso y mucho menos a lanzarse a sus brazos con arrobos. ¿Ser esclava del deseo por un hombre? ¡Ni mucho menos! ¿Entonces por qué estaba empezando a notar y a asumir todas esas emociones nuevas, fruto de un inocente roce o mirada? De repente, la opinión que él tuviera de ella era importante para Cadha. Se fijaba en su aspecto y se conmovía cuando aseguraba quererla conocer mejor. Y lo más inquietante de todo, deseaba que él no la soltara nunca.

No podía ser, se dijo. No podía ser. Rob Cunningham no había delatado a Zake ni estaba interesado en su fortuna; sin embargo, resultaba ser el hombre más peligroso de todos. Solo que esta vez, la amenaza era bien distinta.

Cuando sintió que la presión de Rob aflojaba y que por fin la liberaba, lanzó un suspiro silencioso. Era muy consciente de la cercanía de su cuerpo y sabía que él la observaba con atención. Con todo, conseguía acerarle el pulso.

—Me quedaré —dijo sin saber muy bien por qué, mientras esquivaba su mirada y se dirigía a la silla en la que había estado al comienzo. Después le hizo un ademán para indicarle que se sentara en una butaca cercana—. ¿Quiere un refrigerio o licor? —preguntó dubitativa, porque se sentía muy insegura respecto a lo que a él se refería.

Él negó con la cabeza. Ni una cosa ni la otra.

—No pretendo forzar nada —le explicó al darse cuenta que ella apenas podía disimular sus dudas—. Me conformo con que charlemos durante unos minutos.

Rob no sabía lo que andaba buscando, ni si se conformaba con poco o pretendía más; ni siquiera estaba seguro de hasta dónde estaba dispuesto a implicarse. Ella le gustaba; eso era evidente, aunque... ¿podría contentarse con una estricta amistad?

«Si ha de ser, será», sentenció para sí mismo.

Cadha se apoyó en la puerta cerrada de su habitación y lanzó un largo y profundo suspiro para calmar su acelerado corazón. En la última hora la relación con Rob había cambiado drásticamente, lo cual la confundía.

Era extraño sentirse a gusto con un hombre y escucharle hablar sin que su mente estuviera puesta en otro sitio..., o ella estuviese deseando marcharse. Rob había sido completamente sincero al dejarle claras sus intenciones, mostrándose tan atento como servicial. Por primera vez, Cadha sentía que podía abrirse a un extraño y bajar la guardia, permitiendo que la conociera un poco más. Y, aunque por una parte era reconfortante, la hacía sentir muy vulnerable también. La vida no había sido demasiado amable en cuanto al trato de personas se refería, y estaba acostumbrada a mostrarse hosca desde un principio. No podía dejar las inseguridades a un lado de buenas a primeras; sin embargo estaba dispuesta a darle una oportunidad.

Con un renovado brío se dispuso a llamar a la doncella y pedirle que preparara el vestido azulón con un delicado estampado floral blanco; lo llevaría en la cena, a pesar de ser un vestido que únicamente se ponía en contadas ocasiones, por considerarlo demasiado frívolo. Cadha se dijo que ese cambio nada tenía que ver con el invitado de su padre, sino con ella misma.

De repente, no parecía que todo fuera tan malo.

Cuando estuvo arreglada y preparada para hacer su aparición en la sala, no pudo evitar detenerse en el corredor y echarse un vistazo en el espejo enmarcado. Aquella noche sus ojos tenían un brillo especial y su cuerpo había abandonado todo rastro de rigidez y decaimiento. Sin embargo, su rostro seguía marcado por las propias acciones de Cadha, ahora insignificantes, puesto que había resultado un esfuerzo inútil.

¡Qué tonta había sido! Desde principio a fin. Rob Cunningham era el hombre más peculiar que había conocido, y ni tan solo había tenido en cuenta su apariencia en ningún momento.

La velada transcurrió sin ningún sobresalto. Era cierto que Cadha se mostraba más animada y conversadora de lo habitual, para tratarse de un miembro ajeno a la familia, si bien, tampoco se excedió. No pretendía levantar sospechas en su hermana, ni hacerle partícipe de lo que la consumía por dentro. No en aquel momento, ya que se sentía demasiado sensible y aturdida como para responder a las preguntas que a buen seguro formularía Ayla. Eran unos sentimientos demasiado nuevos y, de alguna manera, demasiado vergonzosos para poder expresarlos con naturalidad. Sin embargo, haría bien en hablarle sobre lo equivocada que había estado con aquel hombre, aunque con ello se viera sometida a las burlas de Ayla.

Su hermana la había tachado de loca por arriesgarse a perjudicarse de ese modo, aun comprendiendo sus miedos. Y ahora, debía reconocer que había estado desacertada a más no poder; que sus recelos y presentimientos eran injustificados. Porque conocía de primera mano la

verdad: Rob nunca había considerado un matrimonio entre ambos, por muy ventajosa que pudiera resultar esa unión.

Y eso la hizo pensar: si ella no era la elegida, y tampoco tenía esposa o hijos, ¿le esperaría alguien en Edimburgo? Tal vez una mujer especial que calentara su cuerpo a la vez que su corazón.

Cadha sintió un ligero pinchazo en el pecho que no quiso atribuir a los celos. Para nada. Su naturaleza era curiosa, no había más que eso, y por ello se preguntaba cómo sería ella: ¿dulce y entregada? ¿Toda una dama? o ¿más bien humilde pero valiente?

Se mordió el labio por la indecisión. Rob le había hablado un poco de la vida que llevaba en la ciudad: de sus negocios e inversiones, de las relaciones entre caballeros, de la información que circulaba entre los nuevos industriales, de las oportunidades de hacer tratos...

Cadha imaginó que era fundamental que a su lado hubiera una mujer con una educación clásica, de buena posición social, que hiciera de anfitriona en las cenas y que guardara una estrecha relación con otras damas de su círculo social. Necesitaba que fuera agradable, servicial y piadosa; incluso que supiera manejar el arte de la conversación. Por supuesto, ella y sus amigas se unirían en alguna causa benéfica, ayudarían a los pobres en sus ratos libres y recibirían alabanzas por ello. Lo de bonita era opcional, porque fuera cual fuera su aspecto, los hijos de ambos serían bellos. Rob era un hombre demasiado atractivo como para que fuera de otra forma.

¿Qué preferiría él y qué decisión terminaría tomando? ¿Interpondría el amor por encima de todo? ¿O velaría por su recién adquirido estatus?

Al darse cuenta del peligroso sendero que recorrían sus pensamientos, Cadha apretó la mandíbula con fuerza y se concentró en su plato. ¿Qué le importaba a ella cómo debía ser la futura esposa del señor Cunningham y cuántos atributos tendría! Y mucho menos lo que pudiera sentir él. Solo lo conocía desde hacía unos días y no tenía por qué torturarse con todas esas imágenes que no llevaban a ninguna parte. Lo que hiciera con su vida, una vez partiera de la isla, era totalmente irrelevante. Porque en definitiva, Rob no significaba nada para ella y nunca lo haría.

En el callejón, agazapado detrás de una montaña de estiércol, Michael esperaba que el tiempo pasara. La oscuridad lo protegía de la vista de los únicos peatones que se paseaban por las calles mientras iban en busca del refugio de su hogar o el reconfortante bullicio de la taberna. Por suerte, la casa de la viuda Jenkins estaba bastante alejada del puerto, lo cual hacía que la tranquilidad de la calle resultara beneficiosa para lo que iba a hacer.

Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba escondido. Solo después de lo que se concibió como un plan a todas luces defectuoso, estaba dispuesto a admitir que lo más prudente hubiera sido hacer lo que hacía siempre: estudiar las costumbres.

El beso con Ayla todavía lo tenía aturdido y lo rememoraba una y otra vez. Esa fue la principal razón que le impulsó a coger un caballo y acercarse al pueblo. Al menos esperaba que fuera más productivo que languidecer en casa martirizándose por algo que no podía cambiar.

Desde su refugio apreció la llegada de Liam Kelly después de una jornada de duro trabajo. Había estado revisando los recibos de pagos a los empleados y fue una grata sorpresa comprobar que el nombre de Walter Ellis figuraba en ellos. Lo único que había tenido que aplazar era su

visita a la cantera; algo que haría pronto.

Impaciente, se preguntó si habría esperado el tiempo suficiente. Las luces del piso superior se habían apagado hacía un buen rato, poco después que las de la planta baja y mucho más tarde de que el delincuente saliera de la casa. Ahora el ladrón iba a ser él. Pretendía aprovechar la ausencia de Liam para colarse en la casa, a ser posible por una ventana abierta, y ascender hasta la buhardilla, el lugar de la casa donde se ubicaba la habitación de este.

En la calle ya solo se oía el ocasional ladrido de un perro, no muy cerca de allí. Como la casa, justo enfrente y al otro lado de la calle, no tenía árboles próximos con los que contar, decidió que sería mejor subir por el frontón que sobresalía en la ventana posterior, y que ya había estado mirando antes de establecer el callejón como puesto de vigía.

Decidido a conseguir su objetivo, cruzó la calle en unas pocas zancadas largas y rápidas. Rodeó la casa sin dejar de mirar a su alrededor y se apresuró a encaramarse al alféizar de una de las ventanas para ayudarse a subir al pequeño tejado del frontón, para comprobar las ventanas del primer piso. La habitación de la dueña estaba en la parte frontal de la casa, y solo esperaba que una de ellas estuviese abierta.

—¡Ajá! —murmuró por lo bajo al descubrir que a su derecha el cristal estaba ligeramente abierto. Lo malo era que no lograría alcanzarlo sin tener que estirarse.

Tratando de no caer, se agarró al marco de la ventana y estiró su cuerpo tanto como pudo. Su pie rozó el alféizar y su mano estuvo a punto de asirse con firmeza. Los brazos y las piernas le dolían por la tensión a la que estaban sometidos, pero Michael se limitó a apretar los dientes y realizar un último esfuerzo.

«¡Sí!» Lo había conseguido. Balanceándose de forma precaria en el alféizar desplazó hacia arriba el cristal de la ventana y cantó victoria. Lástima que no esperase que un pequeño y rápido animal le saltara encima. Se soltó.

Se dio un golpe con el tejado del frontón y rodó por él hasta caer al suelo.

—¡Auch! —Por un momento se quedó aturdido en el suelo. Luego, obligándose a hacer un esfuerzo, se levantó. La cabeza le dolía horrores y pronto tendría cardenales por todo el cuerpo. Miró hacia arriba y vio a un gato que le maullaba desde donde había estado antes y desistió de volverlo a intentar. Antes de hacerlo, necesitaba realizar unos pequeños ajustes. Al día siguiente volvería a probar.

Capítulo 12

—Te espero en las caballerizas en diez minutos. No tardes. —Ayla entró y salió como un torbellino del despacho del administrador, dejando a Michael perplejo.

Cuando encontró a la señora Davies preguntó por Cadha. Zake había sido el primero en ser avisado y ya preparaba los caballos. No había tiempo que perder.

Subió las escaleras tan rápido como el vestido se lo permitió y apenas le importó levantárselo para agilizar las piernas. Esta vez no se molestó en llamar a la puerta contigua a la suya. Su hermana apenas se había peinado.

—Hay problemas en la cala y necesito tu ayuda —informó de sopetón y sin resuello—. Se prevén complicaciones.

—¿Dónde nos encontramos? —se limitó a preguntar la otra con suma frialdad.

—En las cuadras.

Nada más tuvo que añadir. Cadha asintió y se dispuso a trenzarse el cabello con rapidez.

Por su parte, Ayla entró en su habitación con prisas y empezó a rebuscar en los arcones hasta que encontró el zurrón y los otros utensilios que buscaba. La señora Davies le tendría preparado el resto. Era una de esas veces en las que no cuestionaba sus peticiones.

Poco más de diez minutos después salía al exterior. Para su satisfacción, los tres la estaban esperando montados en sus caballos. Zake y Cadha tenían la determinación que tan bien conocía pintada en sus rostros. Solo Michael, a pesar de haber accedido a acompañarlos, mostraba desconcierto en cada una de sus facciones.

—Estaría bien si pudierais hacerme un breve resumen del motivo de tanta urgencia y secretismo. —Le pasó las riendas y Ayla subió con la agilidad propia de una consumada amazona.

—Reilly y compañía han vuelto a hacer de las suyas —dijo escueta—. ¡Arre!

Se puso al frente y los demás la siguieron sin abrir la boca.

Su padre y Rob Cunningham habían amanecido temprano para ir de caza por sus tierras. Otra vez. Lo sabía porque la propia Ayla había charlado con ellos poco antes de irse. Aun en contra de los deseos de su progenitor, había planeado una pequeña visita a la cantera esa misma mañana. Como este no le preguntó en qué pensaba ocupar el día, no había creído necesario explicarle sus planes. Mejor que creyera que pensaba pasarlo holgazaneando. Hasta ese punto todo había ido bien. Informó, eso sí, a la señora Davies; más que nada por si Cadha la buscaba.

Aun en contra de sus expectativas, debía reconocer que la visita había sido un éxito. No sabía a ciencia cierta si se debía a la intervención de Michael, pero era verdad que el capataz se había mostrado lo que podría calificarse como afable. Dejó a un lado su habitual mueca incluso cuando percibió que iba sola y el administrador no la acompañaba. Contestó sus preguntas y hasta consiguió que le detallara los pormenores de un envío delicado, lo cual no había sucedido desde... jamás. Eso sí, preguntó varias veces por él y dejó entrever una afinidad poco habitual, dejando constancia del magnífico administrador que habían conseguido.

Había regresado a su hogar con la sensación que algo estaba cambiando, aunque no sabía muy bien qué. Tampoco podía explicar qué la había llevado a mirar al mar, a lo lejos. Lo único importante era que había divisado el acercamiento de un barco, algo nada extraño. No obstante, le

pareció raro que estuviera tan cerca de la costa y que la proa apuntara hacia esa parte de la isla, ya que le constaba que la cantera no realizaría ningún cargamento hasta, al menos, tres días más tarde. Por eso varió su ruta y guió al caballo hacia los acantilados que bajaban a la cala. Qué decir de lo poco sorprendida que se sintió cuando vio a un grupo de hombres, no muy numeroso, que descargaban algo que no alcanzaba a ver. A pesar de no distinguir ningún rostro en concreto, no había que ser demasiado inteligente para deducir quiénes eran y qué se traían entre manos.

A medida que los cuatro jinetes se acercaban al sitio en el que Ayla había estado una hora antes, la hosquedad de sus facciones se hizo más patente. Cuando por fin se situaron en lo alto del acantilado, vieron un barco de poco calado, parecido al que solían utilizar los Singht para el transporte de la pizarra, que estaba detenido al final de la pasarela de madera que discurría a lo largo de la pared de piedra escarpada del norte.

Michael, que durante el trayecto había acariciado la idea de que Ayla estuviera en un error, suspiró con pesar cuando vio como un puñado de hombres se afanaba por depositar la carga de los carros en el navío. Por ello, ya no dudaba del motivo que los había traído hasta allí. Mucho se temía que no eran el comité de bienvenida.

—Quizás podríamos esperar a vuestro padre —dijo como en un último intento de disuadirles de cualquier cosa que pretendieran hacer.

Ayla se tensó de forma visible, aunque siguió mirando en silencio a los de allí abajo. Fue Cadha la que, por primera vez, se dirigió a él.

—Lo mejor para él será que siga cazando. —La ironía no le pasó desapercibida—. Seguro que no le gustaría interrumpirlo por estas pequeñeces.

¿Pequeñeces? Si la joven quería calificarlo así... Quizás era porque no había visto cómo se puso su hermana la vez anterior. De nuevo, Michael se encontraba ante un dilema: dejarlo estar y propiciar que los Reilly siguieran abusando de lo que no era suyo, o ayudarlas e ir en contra de las órdenes expresas de Elliot Singht de no hacer nada si él no lo había aprobado antes.

—Si no se siente cómodo —la profunda voz de Zake lo sorprendió—, siempre puede darse la vuelta y marcharse.

Fue eso lo que le convenció. En otras circunstancias quizás lo hubiera hecho, pero el barbadense lo miraba como si deseara que hiciera justo eso mismo.

—No. Estoy aquí y aquí permaneceré —aseveró, esperando parecer más seguro de lo que se sentía.

Como si sus palabras hubieran sido las correctas, Ayla pareció salir de su atenta observación y espoleó su caballo camino abajo. Los demás fueron tras ella.

Su presencia fue detectada antes de que los cascos de los caballos pisaran la arena. Uno de los hombres les señaló y otro corrió hacia el que parecía hallarse al mando.

Michael reconoció al instante a Archie Reilly.

El muy idiota se había atrevido a aventurarse en tierras ajenas aun después de la amenaza que Ayla le lanzó. O imaginaba que la advertencia no era real, o el pobre infeliz no la conocía de nada.

En cuanto dejaron el camino, todos los hombres al completo dejaron lo que estaban haciendo. Unos mostraron desdén y otros, cautela. Aunque no eran demasiados, parecían bastante cautos ante su presencia. Montados en sus caballos debían de exhibir una estampa bastante impresionante, aunque no entendía bien el motivo. Al fin y al cabo, solo eran cuatro. Cuando se abrieron en abanico y obstruyeron la ruta de escape, Michael descubrió cómo se miraron unos a otros con evidentes signos de nerviosismo. ¿Era por Zake? Había que reconocer que un hombre de su

tamaño y aspecto bien podía atemorizarles. Él, en cambio, no ofrecía ningún aspecto que los incitara a sentirse amenazados. Y ellas tampoco, aunque no apostaría todo su dinero a que fuera así.

Por su parte, Ayla no prestaba atención al resto. Ya había echado un vistazo a los barriles ordenados en la arena y las cajas de madera llenas de botellas de whisky. Ahora solo tenía que darles una lección, sobre todo al estúpido y engreído mandamás, que se acercaba a ellos con una mueca de desprecio en la boca, como si no estuviera haciendo nada malo.

—Vaya, vaya —canturreó Archie—. Nos volvemos a encontrar. Veo que os habéis traído a vuestras escoltas.

Hablaba como si hubieran tropezado al descuido por la calle, y no como si hubiera sido encontrado con las manos en la masa en un lugar en el que no debía estar, manejando sus trapicheos comerciales.

—Queríamos que la fiesta fuese lo más igualitaria posible, pero veo que todavía me ha faltado conseguir unos cuantos idiotas descerebrados que cumplan todas las órdenes sin cuestionar si entran dentro de la legalidad o no.

Como insulto al grupo de hombres no estaba mal. Michael no podría nombrar a ninguna mujer que se atreviese a lo mismo sin temer una represalia. Casi estaba seguro que hubiera dicho lo mismo si se hubiera hallado a solas. Ayla Singht era una gran temeraria y empezaba a gustarle.

Lo irónico del asunto era que, a pesar de saberse ofendidos, nadie dijo nada. Solo se removieron inquietos o, los que todavía tenían una pizca de vergüenza, inclinaron la cabeza para tratar de ocultar el bochorno que sentían.

—Esto es propiedad privada —bramó Zake de improvisto—, así que será mejor que os marchéis.

Archie reaccionó sulfurado.

—¡A mis hombres solo les mando yo! ¿Entiendes, negro?

El aludido hizo amago de apearse. Un casi imperceptible gesto de Cadha lo detuvo, aunque no lo suficientemente imperceptible.

—Eso, negro —recalcó con sorna—, haz lo que te dice tu ama y compórtate como el sirviente que eres.

—¡Basta! —gritó Ayla—. Estoy harta de ti y tus groserías. Te avisé que no volvierais a pisar este sitio y has hecho caso omiso de ello.

Ayla intentaba controlarse. Sabía que ese no era el momento para sacar lo peor de sí misma. Este caso necesitaba llevarse con verdadera maestría y eso pensaba hacer. Archie recibiría su merecido; no obstante, de momento nadie le impedía asustarlo un poco..., o quizás más. Que supiera con quién estaba jugando.

—Vamos, Ayla —se regodeó en su condescendencia—, no seas obtusa. No esperarías de verdad que hiciera caso, ¿verdad? ¿Cuándo he hecho lo que esperas de mí? —le guiñó un ojo.

Cadha lo escuchaba desde su estratégica posición a lomos del caballo e intentaba no mover la cabeza en señal de incredulidad. ¿Acaso ese hombre no veía el aprieto en el que se encontraba? ¿Qué tenía que hacer su hermana para que la tomara en serio? Ya había decidido no intervenir excepto que fuera necesario. Su presencia era más bien de apoyo vital y pretendía dejar que Ayla le diera una lección al presuntuoso, y tantas otras cosas más, de Archie Reilly. Sin embargo, su falsa actitud complaciente estaba desatando su ira interior y no tardaría demasiado en hacer algo que después lamentaría. O no.

—Nunca, tienes razón —evocó momentos pasados cargados de rabia y humillación. Sin

embargo, no iba a dejar que sus sentimientos la delataran. Ese hombre, si podía llamarse como tal, no se lo merecía—. Por eso, no voy a darte otra oportunidad, aunque sí lo voy a hacer con el resto. —Ayla se giró hacia los demás—. Los tripulantes del carguero ya pueden marcharse. Si les vuelvo a ver atracados aquí, no tendré piedad. ¿He sido clara?

Por lo visto lo fue, pues pusieron al momento pies en polvorosa.

Reilly protestó.

—¡No pueden marcharse! ¡Parte de mi mercancía ya está cargada!

—Seguro que una muy pequeñita —se burló ella—. Y como seguro que los tratos que tenéis son cien por cien honestos, no creo que tengas problemas en recuperarla, ¿verdad? —Esbozó una cara inocente que no engañó a nadie.

—Eres una mala pécora. —Acto seguido escupió en el suelo, aumentando con ello el insulto.

—Y tú una rata inmunda que no puede soportar ni sus propios chillidos —replicó ella al instante, con un profundo asco.

Este apretó los puños con rabia. Si hubiera podido, la habría abofeteado sin descanso hasta que su cara adquiriera el mismo color que su pelo.

—Te crearás muy valiente ahí arriba, escoltada por tres personas. No obstante, solo sois cuatro, mientras que nosotros os superamos en número y fuerza —fanfarroneó.

—¿Eso piensas? —Cadhá no pudo dejar de replicar con toda la ironía de la que fue capaz. Era imposible tener miedo de un ser tan patético.

—No lo pienso, lo sé. ¡Eh, vosotros! —los llamó—. Venid aquí y cogedles. Ofrezco el sueldo de dos meses a quien me los traiga.

Como tentativa era mucho, aunque quizás no lo suficiente. Se veían indecisos y solo unos pocos adelantaron los pasos con la firme intención de cobrar la considerable recompensa.

Al mismo tiempo, previendo complicaciones innecesarias, Ayla utilizó la más eficaz de las tácticas disuasorias y sacó de entre sus faldas una pistola reluciente que blandió ante todos ellos para pasar a apuntar directamente a la cara de Archie.

—Como alguien de un paso más, no tendré más remedio que utilizar a mi gran amiga Fiona —declaró refiriéndose al arma—. Os advierto que es un poco inestable. Ya sabéis, parecida a mí. En cuanto a ti, tendré el gran placer de borrarte esa desagradable nariz de la cara, por lo que tú decides. Al fin y al cabo, no será una gran pérdida.

Michael la miró con una expresión que indicaba arrobó. En cierto sentido admiraba el arrojo y determinación que mostraba. Su valentía era un factor que ya había percibido en otras ocasiones y que le resultaba estimulante, aunque solo en ella. Su forma de ver y encarar la vida era cuanto menos curiosa. Lo que la motivaba, todo un misterio. Era imposible no sentirse atraído por una mujer así, que parecía viajar contracorriente y permanecer fiel a sus ideas e identidad. No se acobardaba con facilidad y no permitía que la tomaran por tonta; al menos, no dos veces.

Viendo su perfil, no podía hacer otra cosa que admirarla; incluso con la capa a cuadros azules que llevaba atada al cuello y el primoroso recogido que no se había movido de su sitio debido a la cabalgata, le seguía pareciendo más un ángel vengador que una joven dama. Ciertamente era una mujer arrebatadora.

En respuesta a su amenaza las exclamaciones de los hombres no se hicieron esperar y retrocedieron un paso. Incluso Archie palideció e hizo lo propio. No obstante, le era imposible tener la boca cerrada.

—¡Es solo una loca más! ¡No dejéis que os intimide! ¡Como mucho solo alcanzará a rozar a uno de vosotros! ¡Doblo mi anterior oferta a quien se atreva!

Al instante, y como respuesta silenciosa a sus bramidos de hombre desesperado, Cadha y Zake sacaron sus propias armas y apuntaron con indolencia y satisfacción.

Michael, que no se esperaba ese giro de los acontecimientos, los miraba incrédulo. De Ayla se lo esperaba, pero ¿esos dos también? Situado entre las dos hermanas Singht, mantenía una apariencia inmutable que nada tenía que ver con la realidad.

—Buena sorpresa la vuestra —murmuró entre dientes, fastidiado—. Si así están las cosas, por lo menos os habríais podido tomar la molestia de prestarme una a mí.

O al menos coger la suya propia, que tenía escondida en la casa del administrador.

Solo Cadha pareció reaccionar, ya que se limitó a mirarlo de reojo y a esbozar lo que podría calificarse de sonrisa. Parecía complacida con él, pero Michael apenas reparó en ello. Solo podía pensar que tres de ellos tenían armas y él no. Seguro que quedaría como el tonto de turno.

—No quisiera tener que volver a repetirlo —la voz de Ayla no podía ser más clara—. Quiero que todos os alejéis de inmediato. De lo contrario, las consecuencias pueden resultar nefastas.

—¿Nos dispararía? —preguntó uno de los hombres.

—Sin dudarlo. —No había duda alguna en sus palabras.

—Sería asesinato —aseveró otro.

—Yo creo más bien que defensa propia o algo parecido —repuso—. Acaso una pequeña diversión. Últimamente no encuentro nada que me ayude a matar el aburrimiento.

Tanto Zake como Cadha sonrieron de forma abierta.

Michael no se lo terminaba de creer. ¿Se estaban divirtiendo? ¿De veras? ¿Qué clase de gente era esa?

—Está loca —adujo Archie por fin—. Todos ellos —los señaló—. No obstante, la verdadera instigadora es esa de ahí, la arpía pelirroja; y todos lo sabemos. —Se giró hacia él por primera vez—. Debería detenerla.

Cogido por sorpresa, no supo muy bien qué decir y permaneció en silencio. Tenía que recordarse que no era un administrador de verdad y que no les debía nada, lo cual tampoco era una excusa. En cuanto a los otros..., en el peor de los casos resultaban inofensivos. Al menos así lo suponía. Si no fuera por la provocación de Reilly, a buen seguro estarían en la otra punta de la isla.

Ayla sí lo miró esta vez. Era inevitable. Su presencia, la verdad fuera dicha, no era necesaria, pues Cadha y Zake sabían muy bien cómo debían actuar. No obstante, algo la había empujado a convocarlo; quizás esa imperante necesidad de defenderla que mostraba una vez sí y otra también, o porque de verdad parecía implicado con lo que le sucedía a su familia. También tenía miedo de equivocarse respecto a él y sus intenciones. No sería la primera vez que erraba en sus juicios y valoraciones sobre un hombre. Ahora permanecía en silencio y era incapaz de interpretar su expresión. Si se ponía del lado de Reilly y los demás, no sucedería nada grave; con tres eran suficientes para detenerlos, pero que él les diera la espalda sería una forma simbólica de poner de manifiesto que estaban en minoría y podía dar alas al resto. No consideró siquiera lo mal que se sentiría si Michel hiciera precisamente eso. Defraudada sería poco y eso la hizo reflexionar sobre lo importante que ese hombre se estaba volviendo para ella. Debía controlarlo, aunque ese no era el mejor momento ni el lugar idóneo para hacerlo.

—No creo que sea juicioso insultar a la dueña de todo esto —repuso este por fin—. No sé si se ha dado cuenta, pero juega con desventaja. En cuanto a lo demás, tal vez tenga razón... en lo último: un hombre juicioso debería detenerla. No obstante, difiero por completo en la primera acusación que ha formulado —Archie lo miró con algo parecido al odio. Bien, le traía sin cuidado

—. De todas formas, ya que estamos hablando de ello, le recuerdo que como simple y humilde empleado que soy —se mostró falsamente humilde—, no tengo el poder de contenerla y mucho menos de frenar esos impulsos que tanto miedo le dan. Sin embargo —levantó un dedo para impedir que Archie protestara por tacharlo de cobarde—, en este caso, no solo no la detendré, sino que si ella me lo pide, me limitaré a preguntar: ¿a cuál primero?

El discurso caló hondo. Ayla lo vio en las caras de los presentes y suponía que ella misma mostraba una expresión similar. Para ser un forastero en esas tierras, que se posicionara de forma tan contundente creaba dudas y desconfianza. Ni ella esperaba una declaración tan apasionada y motivadora. Como todavía quedaba mucho por hacer, aplastó con firmeza el ramalazo de placer que amenazaba con desbordarla, aunque no pudo evitar esbozar una sonrisa de satisfactoria superioridad.

—Así que el perrito faldero se apresura a defender de nuevo a su ama —ofendió con rabia—. ¿Cómo lo hacéis? ¿Perteneceís a una de ellas en exclusiva? —Reilly señaló a Zake y a Michael— ¿o se os turnan?

El rugido de rabia del barbadense quedó amortiguado por el inesperado disparo de Ayla a los pies de Archie. Este se echó hacia atrás debido al susto y se llenó de arena.

—La próxima vez no fallaré. —Aunque su voz sonaba grave, no mostró las ganas de hacerle daño que ese miserable le provocaba. Su rostro, no obstante, no presagiaba nada bueno—. Si queréis salir con todos los miembros intactos, lo siguiente que tú y tus hombres haréis será coger los carros y largaros lo más rápido que vuestros pies lo permitan.

—Te-tenemos —su voz tembló—, que cargarlos primero.

—Ni hablar —soltó Cadha furibunda—. La mercancía se queda aquí.

Como era lo que Ayla pretendía, esta se limitó a asentir.

—¡Es mía! —exclamó.

—No desde que pusisteis lo pies en propiedad ajena. —Michael se apresuró a responder.

—¡Pretendéis lucraros con ella!

—Te prometo —sentenció Ayla al fin— que la carga no saldrá de la cala. Tenéis cinco minutos —les advirtió.

—¿Y si no nos vamos?

Ayla no podía creer cómo podía seguir mostrándose desafiante. Parecía tener serrín en lugar de cerebro. No obstante, sus hombres no se mostraban igual y ya se habían apresurado a subir a los carros.

—Creo que ellos han decidido por ti —dijo, apuntándolos con un dedo con todo el sarcasmo del que fue capaz.

Los cuatro jinetes se desplazaron y les permitieron el paso al camino que ascendía. Uno a uno desfilaron y Archie subió el último a regañadientes. No se inmutaron ante la mirada cargada de resentimiento que les lanzó. Incluso Michael se atrevió a decirle adiós con la mano en señal de burla.

Cuando ya habían desaparecido de la vista, Ayla fue la primera en salir de la inmovilidad en la que estaban sumidos y descendió del caballo de un salto.

—Venga, tenemos trabajo que hacer. —la joven miró los barriles y cajas de botellas de licor, disseminados por la arena.

—Dijiste que la mercancía no saldría de la cala —declaró Michael al advertir su mirada.

—Y no lo hará —le dijo, esbozando una sonrisa propia de un rufián. Sacó de su zurrón unos trapos de algodón que anteriormente fueron vestidos y un trozo de pedernal, mientras que Zake

sacaba del suyo propio una cantidad considerable de yesca. Por su parte, Cadha ya había encontrado un palo de madera y se apresuró a envolver la parte superior de este con los trapos.

—Eeeeh, no creo que eso sea la mejor idea —apuntó Michael. Con esos ingredientes estaba muy claro qué pretendían hacer.

—¿Tú crees? —le preguntó Ayla y siguió con el trabajo.

Sin demasiados esfuerzos y con la ayuda del pedernal encendió la yesca. Zake se apresuraba a reunir todo el cargamento en un mismo sitio y Cadha ya había empapado la improvisada antorcha con el whisky. Pretendían montar una buena fiesta.

Cuando los hombres de Reilly dejaron atrás las tierras de los Singht, les sorprendió una fuerte explosión. El humo delataba el lugar exacto donde se produjo, y a ninguno les cupo la menor duda de que los restos del cargamento que habían dejado en la cala se habían volatilizado en un segundo.

—Me las pagarás, perra.

No era odio lo que encendía la mirada de Archie Reilly. Era mucho más.

Si bien la llegada de Rob Cunningham con una sonrisa amistosa le sorprendió, mucho más lo hizo darse cuenta de la licorera y los vasos que portaba consigo con gran habilidad.

—He pensado que te apetecería un trago —dijo de modo casual mientras lo veía moverse por el austero cuarto con elegancia. Después echó un rápido vistazo a la estancia, quitó el tapón de cristal, vertió el líquido en los dos vasos y se acomodó en la solitaria butaca de la esquina.

Michael pensó que era extraño que un hombre de su posición, rico y refinado, se mezclara con un simple administrador. A no ser, por supuesto, que quisiera hacerle saber alguna idea sobre el futuro desempeño de sus funciones. Lo que no sabía el hombre era que él ya no estaría en la isla para entonces. Sin embargo, agradeció el gesto. No se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba un trago de licor. Después del enfrentamiento con Reilly, era cuanto menos un alivio. No por el hecho de tratar con escoria; a eso estaba acostumbrado. Era más bien una sensación agridulce en el fondo del estómago lo que le molestaba, y el continuo tormento que ella representaba. Con todas sus virtudes, Ayla era una joven extraordinaria y le gustaba verla defendiendo lo suyo con ese apasionamiento del que solo ella era capaz. Era una amazona excelente, tenía determinación y buena puntería. Lo que le preocupaba eran sus excesos y su poco sentido común. Actuaba tan instintivamente que no se detenía a pensar en las consecuencias de sus acciones.

Al final nadie había salido herido, salvo Reilly y su orgullo, pero era consciente de todas y cada una de las cosas que hubieran podido salir mal.

—Usted dirá —habló después de tomar un largo trago que le supo a gloria—. ¿En qué puedo ayudarle?

Cunningham no había dejado de observarlo ni un instante. Esa actitud le puso nervioso al principio, pero fue una sensación que se disipó con rapidez. Era imposible que hubiera averiguado su secreto.

—Lo primero, deja de ser tan formal, por Dios. No soy Elliot Singht.

—Pero es su invitado —replicó él.

—Bueno, eso es cierto —admitió acompañando sus palabras con una expresión risueña—. Y no tienes ninguna obligación conmigo. Simplemente he creído que podríamos conversar. ¿Te importa?

Michael no hubiera pensado nunca que sirviera como distracción para un caballero. No eran amigos y no tenían nada en común, salvo aquel lugar y aquel instante. Sus vidas habían sido enteramente opuestas. Debido a su trabajo, él estaba acostumbrado a tratar con toda clase de gentuza y el señor Cunningham vivía rodeado de lujos y sirvientes. No es que fuera un pusilánime; si bien no era robusto, se veía sano y fuerte.

—Adelante.

Rob, en cambio, veía en el administrador similitudes consigo mismo. Por supuesto, tenía unos años menos, pero los rasgos esenciales estaban ahí: decidido y seguro de sí mismo, era fácil advertir en él una ambición bien entendida.

—Has tratado bastante con las hermanas Singht.

Michael afrontó su mirada con recelo. ¿Estaba preguntándole su opinión respecto a las jóvenes? ¿Por qué? No era más que un simple empleado y, por tanto, el menos adecuado para ofrecer una opinión que tener en cuenta. Y llegados a ese punto, tampoco estaba muy convencido de poder mostrarse imparcial.

Tardó unos segundos en responder.

—Con la señorita Ayla sí. Ella siempre se interesa en saber si desempeño bien mis funciones.

Trató de ser todo lo correcto que pudo, dado con quien estaba hablando, aunque la verdad era un poco más cruda e intensa. Ayla Singht no solo le había dejado claro desde el principio que no era bienvenido y que contaría las horas hasta verlo marchar, también le había puesto trabas y le satisfacía descubrir cualquier asunto que no marchara del todo bien. Quizás su padre hubiese restringido sus funciones, pero a la luz de los acontecimientos desarrollados en la cala, aquella advertencia había sido desoída de todas, todas.

—¿Y en cuanto a Cadha?

La verdad era que apenas había intercambiado unas palabras con ella. Tímida y reservada, no parecía poseer el coraje ni la valentía mostrada por su hermana mayor, por la que tan admirado se sentía. Su temperamento era más sosegado y dejaba que fueran otros quienes tomaran el control.

—Ella ha sido más..., esquivada. Así que no puedo decir gran cosa sobre Cadha, salvo que es un fuerte contraste con su hermana mayor.

Rob sonrió con complacencia. Al parecer, era el único que había descubierto a la Cadha que yacía escondida bajo aquellas gruesas capas de ostracismo.

—Que no te engañen las apariencias —declaró de forma enigmática.

—¿Qué quieres decir? —Michael dedujo que se había excedido al tratarlo como si estuviera compartiendo una conversación con un viejo amigo, y trató de rectificar—. ¿Qué quiere decir, señor Cunningham?

Él le dejó claro que no era necesario hacerlo.

—¡Por favor, no nos andemos con tantas formalidades! Nos encontramos en un ambiente relajado. Estamos entre amigos, ¿no?

Michael no supo qué decir. En realidad no lo eran. ¿Se trataba de algún tipo de encerrona para hacerle quedar mal? ¿Pero con qué fin? No tenía sentido.

Rob continuó diciendo.

—Por lo menos eres el único en esta casa que puede entenderme, pues eres un extraño, como

yo. Te propongo un trato, yo te cuento un altercado con Cadha, y tú me cuentas uno con Ayla.

—Estás suponiendo que ha habido alguno.

La carcajada de Rob fue repentina y sonora.

Por supuesto que los había tenido, pero saber que el hombre también lo sabía le hizo sentirse ligeramente avergonzado.

«¿Por qué no?», aceptó al fin, dejando que la conversación entre ambos fluyera con más naturalidad de lo que había creído posible. Era agradable poder desahogarse, aunque fuera mínimamente, sobre el dolor de cabeza que suponía tratar con Ayla. Por supuesto, puso un especial interés en que este no se diera cuenta de la atracción que sentía por la joven. Resultaba demasiado peligroso incluso pensar en ello, porque se debatía constantemente entre realizar el trabajo que le había sido encomendado sin involucrarse, y los sentimientos que ella le provocaba.

Sí. Rob era muy hábil juzgando a los demás y definitivamente ambos se parecían más de lo que había supuesto Michael. Podían quejarse del comportamiento de las hermanas Singht todo lo que quisieran, pero ninguno era capaz de resistirse a ellas.

Había esperado que la oscuridad la amparase, aunque su impaciencia y la tomada determinación final hubieran preferido actuar mucho antes.

Primero había intentado calmarse. Las emociones de la mañana no eran buenas compañeras para la decisión transcendental que estaba a punto de tomar. Por ello, había salido a pasear y meditar, cosa poco frecuente en ella. Su padre, cuando había vuelto de la cacería con su amigo, no había preguntado más que cómo había ido la mañana. Tanto Cadha como ella se habían limitado a responder con un desganado «bien», y habían seguido con sus quehaceres.

Había buscado la soledad a propósito y su hermana respetado esa necesidad. Su mente, lejos de encontrarse centrada en disputas sobre la cala, se hallaba inmersa en el acuciante dilema de convertirse o no en amante de Michael.

La decisión no era fácil y llevaba varios días gestándose en su mente. Solo la valiente actuación de este esa mañana había inclinado la balanza a su favor de forma poderosa. Hasta ese momento lo había considerado poco más que un lastre y una forma de dominación masculina, pero ya no. El mar era testigo que no había nada más efectivo para seducirla que la demostración que este había hecho frente a Archie; mitad sumisión, mitad compañerismo. Nadie, y menos un hombre, habría actuado, en público o en privado, como si ella estuviera haciendo lo más acertado que uno pudiera concebir. No viendo cada acto como algo equivocado. Tampoco se había planteado jamás que para llegar a ella un hombre debiera llamar su atención. Y se podía decir que Michael lo había conseguido, de lleno. Pero no se trataba solo de lo ocurrido esa mañana. Ya incluso desde sus inicios como administrador había llamado su atención. El hombre lo tenía todo: físico, temperamento y actitud. Una mezcla tan explosiva como una carga de whisky ardiendo. Había que decir que lo suyo quizás era un papel. Ya otros le habían demostrado la asombrosa capacidad de fingimiento del ser humano. Si era el caso, lo llevaba adelante con una admirable perfección, pero esta vez era consciente de la realidad y pensaba llevarlo a cabo sin una venda gruesa envolviendo sus ojos.

Por eso había alegado dolor de cabeza poco antes de la cena. Había hecho acto de presencia y, viendo lo entretenidos que Rob Cunningham tenía a su padre y Cadha, pidió permiso para retirarse. Con unas almohadas intentó fingir que era ella la que estaba acostada y salió con sigilo al exterior. Por un momento dudó, pero se dijo que era ese momento o nunca. Perder el valor quedaba descartado.

Lo tenía todo organizado. Pensaba plantearlo sin emociones de por medio, ya que ninguno de los dos tenía un futuro esperanzador ante ellos. No obstante, si tenía que permanecer soltera el resto de su vida (algo que ya estaba empezando a digerir, aunque resultara doloroso), no había razón para practicar también el celibato. No tenía tanto que ver con compartir la cama de todo hombre que se le pusiera por delante, y sí mucho con disfrutar de un momento de solaz en brazos de alguien que le gustaba. Tendría, eso sí, que evitar la forma de quedarse embarazada; y de eso no sabía nada. De todas formas, no descartaba concebir un hijo. Ya pensaban mal de ella; que lo hicieran un poco más no supondría diferencia alguna, y ella podría al fin ver su sueño de ser madre cumplido.

Por el momento, y eso era lo más importante, trataría de no desfallecer de nervios tras hacerle la propuesta. Una cosa era pensar cómo se desarrollaría todo en la privacidad de su habitación y otra muy diferente tener a Michael delante analizándola con sus escrutadores ojos azules. Sobre todo debía esforzarse por no perder el norte.

A paso ligero llegó delante de la casita del administrador. A través de la ventana asomaba un resplandor y se armó de valor para llamar a la puerta. Quién diría que estaba ante una de las situaciones más significativas de su vida. Esperaba que esta fuera en un sentido menos negativo que la última vez que pensó en lo mismo.

Después de la llamada pasaron unos cuantos minutos, que no ayudaron a sofocar su ánimo revuelto. Poco después se oyó correr la balda sin previo aviso y la puerta se abrió.

—Lo más prudente antes de abrir es preguntar quién llama —soltó Ayla de sopetón y con algo de acritud. Una forma nada prometedora de empezar.

A diferencia de la vez anterior estaba vestido por completo. No obstante, gracias a la luz de la vela le pareció ver un fuego en sus ojos que la sofocó. Tal vez fuera un reflejo de lo que ella misma sentía.

—Tienes razón —aseguró mientras apoyaba el brazo en el marco de la puerta—. Por eso, antes de hacerlo, he mirado a través de la ventana. Sé que es una pregunta tonta, pero la haré de todos modos, ¿qué haces aquí?

—Si me dejas entrar te lo explicaré. —El humor de Michael no le parecía el más idóneo para lo que iba a proponer.

Él miró por encima de sus hombros, a lo lejos.

—¿Dónde está Zake?

Era la última pregunta que Ayla se esperaba.

—En casa.

—¿Estás segura?

—Sí, por supuesto. —De hecho, si hubiera sido de día, habría faltado a la verdad. Vigilarlo de noche no entraba dentro de sus obligaciones. Al fin y al cabo, tenía que descansar.

Le permitió el acceso a su casa y la ayudó a quitarse la capa. Era un gesto amable que erizó el vello de todo su cuerpo.

—¿Ocurre algo? —Michael había percibido en ella un temblor o algo parecido.

Si él supiera... Le estaba costando refrenarse y se daría de bofetadas por ello. Mejor era

soltarlo cuanto antes.

—He venido a hacerte una proposición.

—No sabes cómo ha sonado eso —aseveró él con media sonrisa—. De todas formas, no creo que haya nada tan urgente como para que tengas que venir a estas horas. Mañana podrías haberte pasado por mi despacho.

—Sé perfectamente cómo ha sonado —replicó Ayla con audacia—. Y el despacho durante el día no es el lugar más apropiado para lo que tengo que proponerte.

Michael se tensó. No, era imposible. Ella no quería decir lo que él imaginaba y deseaba oír.

Había pensado en ella el resto del día. Era Ayla aquello o Ayla lo otro. Tenía encajada en su mente el abanico de sonrisas que solía mostrar, cómo su pelo escarlata se volvía más o menos intenso dependiendo de los rayos del sol, observar su férrea determinación en acción o el movimiento voluptuoso y descaradamente incitante de su cintura al andar. Había llegado a la conclusión que todo en ella le gustaba, y eso era peligroso.

Sí, ella era peligrosa. Esa misma mañana había reafirmado la idea de que tanto Ayla como su hermana bien podían eliminar a un hombre de la faz de la tierra sin dejar rastro. Ambas contaban con la suficiente determinación. De momento, no obstante, prefería centrarse en la presencia de Ayla en su casa; una presencia tentadora que le hacía la boca agua. A fin de cuentas, no era ningún santo.

—Más vale que seas clara —la avisó—. No me apetece tener que adivinar las intenciones que traes. Ha sido un día cargado de emociones.

—En cuanto a eso... —Ayla dudó—. He de darte las gracias. —No estaba acostumbrada a hacerlo—. Ha sido muy importante que permanecieras a nuestro lado.

Michael, que sabía cuánto le había costado decirlo, se enterneció sin poder evitarlo. Era muy estimulante que una mujer que parecía hecha de piedra se dignara a agradecerle su actitud.

—Quizás deba ser yo el que te dé las gracias a ti —dijo al fin. Aquel gesto merecía ser correspondido con otro—. Que me incluyeras en ese grupo tan selecto me hace darme cuenta que no soy un administrador cualquiera. ¿Me equivoco?

No lo hacía. Los ojos de Ayla le decían lo que deseaba saber. Qué afrodisíaco tan poderoso saber que ella confiaba en él así.

Durante unos minutos, ninguno de los dos dijo nada. Se limitaron a mirarse mientras el fuego crepitaba en la chimenea. Parecía un duelo de voluntades y la tensión creció hasta un punto que Ayla creyó no soportarlo.

—Quiero que seas mi amante —soltó a bocajarro. La sorpresa que reflejó el rostro de Michael le hubiera resultado graciosa de no estar tan nerviosa.

—¿Así, sin más? —atinó a decir él.

—No. Antes de que digas nada más, déjame explicarte —Ayla tomó aire—. Me has besado, dos veces, por lo que deduzco que no te soy indiferente —hizo una pausa esperando una confirmación. Él asintió despacio y ella se sintió aliviada de golpe. Odiaría haber malinterpretado todo y quedar en el más espantoso de los ridículos. También la relajó que sus sentimientos, de algún modo, fueran recíprocos—. Tú me produces el mismo efecto —ahora podía admitirlo, aunque sabía que era más que eso. No obstante, no iba a delatarse como una tonta—, por eso creo que lo más sensato para ambos es que nos permitamos conocernos; en el sentido bíblico, me refiero. Que vivas alejado de la casa solo es un añadido que nos puede beneficiar. —Poco a poco iba ganando confianza—. No habrá problemas en que yo me desplace hasta aquí al anochecer y regresar a casa antes de que amanezca. También prometo no pedirte más de que lo que estés

dispuesto a darme, y durante el día cada uno podrá ir a lo suyo —Ayla paró el discurso cuando vio la mueca de su cara—. ¿Qué ocurre? —preguntó beligerante.

El estado de ánimo de Michael oscilaba entre la incredulidad, la euforia y la extrañeza. Solo una mujer como Ayla podría, no solo proponerle que establecieran una relación de amantes, sino además hacerlo de la forma más atípica posible. No es que él fuera un entendido en aquellas lides. Había tenido sus más y sus menos con alguna que otra mujer, aunque ninguna había planteado su relación de esa forma. Si no quería perderla antes incluso de tenerla, debía expresarse con tiento.

—No quisiera que pensaras que no me interesa tu proposición. Todo lo contrario. Es tu forma de plantearlo lo que me confunde. —La lúgubre expresión de Ayla no indicaba nada bueno—. En lugar de demostrarme lo mucho que deseas estar conmigo...

—¡No seas tan creído!

—Parece más —continuó hablando como si ella no hubiera protestado— una cuestión de negocios. Algo así como una transacción comercial. Tú me das placer y yo te retribuyo a cambio.

—Bueno... —parecía desconcertada—, al fin y al cabo es casi como tú dices —lo miró con desconfianza—. ¿No querrás que te ofrezca devoción y amor eterno?

Michael no dijo lo que en realidad pensaba, ya que hacerlo no beneficiaría a ninguno de los dos.

—No, descuida. Cuando quiera que me ofrezcas tu corazón en bandeja, antes me aseguraré que no eres una farisea de pies a cabeza. Además, serás la primera a la que dé parte.

—Me alivia saberlo —se burló, sin tener en cuenta la pequeña punzada que sintió en el corazón. «¡Maldito romanticismo!» Pensaba que ella estaba libre de esas tonterías.

Ya habían hablado lo suficiente y aclarado todo lo que debían aclarar. Solo faltaba decidir quién daba el primer paso. Si la situación no fuera tan transcendental, Ayla hubiera reído de buena gana.

Cuando Michael se levantó, cuan largo era, las ganas de reír se esfumaron. Se le había formado en la garganta aquel nudo que solo experimentaba cuando se trataba de él. No retiró la mirada de la suya, ni por un segundo. Quería ver reflejados en sus ojos lo que tanto deseaba. Él se acercaba con lentitud, creándole unas deliciosas expectativas que se expandieron por todo su cuerpo. No se levantó. Quería ver qué hacía él a continuación.

Por primera y única vez en la vida quería ser seducida. Más adelante, ya volvería a coger las riendas.

Cuando Michael se puso ante ella y se inclinó, apenas la tocó. Puso las manos a cada lado de su cuerpo y le susurró al oído:

—Ahora, vamos a hacer las cosas bien.

Le rozó la mejilla con la suya, dándole el toque de una caricia ligera hasta que su boca alcanzó la de ella. Ninguno de los dos cerró los ojos, tanteándose, observándose aunque lo que más deseara Ayla fuera cerrarlos y dejarse llevar. «No, todavía no».

Con las miradas entrelazadas sus labios se entregaron a voluntad mientras una lengua audaz iba en busca de la otra. La primera vez ella dio un respingo, pero al momento lo encontró tan erótico que se rindió al deseo. Michael la levantó sin separar sus labios y acarició su cara para ir bajando después por el contorno de su cuerpo.

—Espera —murmuró él contra sus labios. Deshizo el abrazo y se separó, dejándola aturdida.

Ella quiso recuperar el control de sí misma mientras observaba como Michael extendía en el suelo una de las gruesas mantas de lana de oveja que reposaban en el único sofá de la habitación, y se apresuraba a echar unos leños más en el fuego. No obstante, no lo hizo. El apresuramiento

masculino y la promesa de sus ojos le decían que iba a disfrutar. Ya lo estaba haciendo. Cuando volvió de nuevo a ella, lo recibió con los brazos abiertos.

Se desnudaron despacio, sin prisa alguna. Primero el vestido, el cubre corsé y luego el corsé. Así hasta quedar cubierta únicamente por la camisa de lino y las medias. Luego le siguió el chaleco de él, la camisa, las botas y los pantalones. Cuando una prenda caía al suelo era inmediatamente substituida por la boca o las manos. Caricias, suspiros y entrega era todo lo que cabía en esa habitación.

Michael intentaba no apresurarse, dándole a ella tiempo para seguirle el ritmo. Cubrió todo su cuerpo con besos mientras retiraba todas las prendas que aún cubrían su cuerpo. Cada rincón fue expuesto a su ávida mirada.

—Eres espléndida —musitó con reverencia—. Tu piel de alabastro —la acarició y la besó—, tus pechos llenos, coronados por puntas rosadas perfectamente redondeadas —los lamió haciéndola gemir—; esa cintura estrecha, las interminables piernas —le pegó un pequeño y atrevido mordisco en su muslo interno y toda ella vibró—, y aquí...

Esta vez tocó su centro más íntimo. Michael nunca había sentido más satisfacción masculina que al comprobar cómo Ayla se abría a él. Encontrarla húmeda y temblorosa le confirmaba cuánto lo deseaba, y eso acicateó su propio deseo.

Ayla se estremeció. No podía ni quería detenerse. Las manos que la recorrían dejaban estelas de fuego por todo su cuerpo, y solo deseaba sentir más. Por su parte, a cada caricia que daba notaba esa piel suave, los músculos tensos y el fino vello oscuro y ensortijado. Todo en él era embriagador y poderoso. Todo. Verlo desnudo era todo un espectáculo y no había forma de permanecer indiferente a ello.

—Quiero tocarte —gimió. Estaba sorprendida por su propia audacia. No porque no lo fuera, sino porque esta vez le apetecía sentirlo.

Tanteó, palpó y acarició a su gusto disfrutando tanto de las sensaciones como de los gemidos que Michael lanzaba. Era excitante ser ella la que le provocaba esa expresión de abandono y la causa de esos gemidos entrecortados.

—Vas a matarme antes de empezar —farfulló él.

Se besaron de nuevo con los cuerpos entrelazados mientras Ayla notaba como una opresión desconocida se instalaba en el centro de su ser. Cuando Michael empezó a introducirse en ella se tensó de forma automática, por lo que él la relajó con más besos y caricias. Resultaba irónico que hiciera eso cuando su cara reflejaba la misma tensión que ella sentía. No hubo espera. No hubo dolor. Estaba apretada, lo sentía, pero su propia excitación hizo fácil el trabajo y solo sintió que la llenaba. Las embestidas fueron suaves al principio; luego se intensificaron. Ayla ya no sabía dónde empezaba ella y terminaba él. No importaba. En ese momento solo contaba el placer, el deseo; el nudo que sentía y empezaba a expandirse, alargándose. Cuando él intensificó el compás a un ritmo frenético, ella le siguió. Finalmente se dejó llevar y explotó.

Saciados y sudorosos, se dejaron caer uno al lado del otro mientras Michael tiraba de otra manta para cubrirlos. Mientras las respiraciones se aquietaban, él hizo algo tan inesperado como tierno. Se giró, le dio un beso en la frente, luego en la boca y sonrió.

Ayla había sido seducida.

Capítulo 13

—Mmmm—Ayla ronroneó cuando una mano deslizó su dedo acariciante por la espalda.

Abrió un ojo y vio las sombras que la vela encendida proyectaba en las paredes de la habitación. La ventana todavía mostraba una oscuridad penetrante al otro lado, aunque sabía que no pasarían más de un par de horas antes que la misma dejara pasar los primeros rayos de sol.

—Espero que con eso quieras decir que estás dispuesta a jugar un poco más. —Michael susurró las palabras, que quedaron amortiguadas por el peso de los labios sobre su piel todavía caliente.

—Con eso quiero decir que me has despertado y que tengo que irme.

En respuesta, Ayla recibió un pequeño pellizco en el trasero.

—Aguafiestas.

Sí, quizás lo era, aunque en esos momentos nada le apetecía más que pasar unas horas más en la cama, compartiendo con él gloriosas sesiones de sexo. Michael era un maravilloso amante y así se lo había demostrado cada noche de esos tres últimos días.

A diferencia de la primera vez que Michael le enseñó lo mucho que se podía disfrutar de yacer juntos en el suelo y delante de una chimenea, el resto de las noches las habían pasado en la cama de este, teniendo ella el control. Es decir, sí, dejarse llevar estaba muy bien, pero más de una vez era una estupidez; al menos en su caso. Era ella la que había establecido las normas, los horarios y el punto de encuentro. Lo que había entre ambos era solo placer físico y así se lo había informado. Tampoco le dejaba al mando en la cama. Ayla tomaba la iniciativa y le imitaba, experimentado con el sexo de forma satisfactoria en más de una ocasión. Mientras ella tuviese el control sería difícil que los sentimientos se vieran involucrados. Sin ellos de por medio, nadie resultaría perjudicado y cuando todo acabara no habría que lamentar corazones rotos, almas lastimadas, ni resentimiento.

A esas alturas de su vida se consideraba un poco más sabia, y no estaba dispuesta a dejarse enternecer por palabras o gestos dulces; fueran verdad o no. Únicamente tenía un corazón y estaba dispuesta a lo que fuera por no comprometerlo de nuevo.

Para reafirmar su superioridad en ese asunto, a lo largo del día se pasaba por el despacho de Michael o lo esperaba cerca del camino con la finalidad de sorprenderlo. Unos besos y unos cuantos toqueteos ansiosos e imprudentes eran cuanto se permitía. Si él deseaba ir más allá lo detenía con contundencia. Sabía que eso lo frustraba. Igual le pasaba a ella; no obstante, Ayla quería dejar bien claro que era ella la que decidía cuándo y cómo estar con él.

Se sentía más reconfortada y segura si sucedía así.

No le había contado nada a su hermana de todo aquello porque sabía que se horrorizaría e intentaría hacerla entrar en razón. Por eso, las noches pasadas había intentado ser más discreta y no abandonó la casa familiar hasta estar segura de que todos estaban en sus respectivas habitaciones. Si hubiera alegado siempre padecer dolor de cabeza, hubiera despertado sospechas; al menos en Cadha.

—Michael... —soltó de repente sin apenas resuello.

Más que un ruego fue una exclamación ahogada. El dedo, que poco antes le acariciaba la

espalda trazando pequeños círculos, había descendido hasta sus nalgas para irrumpir osadamente a través de la húmeda barrera que ocultaba su feminidad. Incluso de espaldas a él, consiguió excitarla lo suficiente como para tenerla dispuesta en un santiamén. Eso era algo que le fastidiaba, pero que le era imposible evitar. Si bien, que él reaccionara de la misma forma aliviaba el resquemor de saberse arcilla entre sus manos.

—¿Decías? —preguntó él con sorna mientras se introducía en ella con habilidad.

Ambos dejaron de pensar mientras las acometidas aumentaban de intensidad. Estaban en una posición en la que él mandaba y Ayla se dejaba guiar y, aunque intentó cambiar las tornas, Michael no se lo permitió. Por ello, si tenía que rendirse a desgana, lo mejor sería intensificar el placer, por lo que abrió una pierna pasándola por encima de las masculinas. Lo sintió de golpe en lo más profundo y el rechinar de sus dientes le advirtió que lo había llevado al límite, así que estaba preparada para retenerle dentro cuando este intentó apartarse. Las convulsiones masculinas que sobrevinieron a continuación provocaron que ella también cayera en el mismo pozo profundo y se dejara llevar al olvido.

—Eso ha sido a traición —protestó ella un buen rato después. Lo notó sonreír contra su espalda. Todavía estaban en la postura en la que habían despertado y la tenía cogida por la cintura, lo cual aumentaba aquella intimidad. Casi como si fueran... matrimonio. Se revolvió tan pronto el pensamiento le vino a la cabeza y se giró para quedar de cara a él.

—Uno hace lo que puede. Me ha parecido oír una queja —la sonrisa se hizo más amplia—, pero no, seguro que he debido imaginarla.

—Presuntuoso —espetó sin malicia. Era difícil enfadarse con ese hombre cuando parecía disfrutar tanto de estar con ella, sin sentirse molesto por su brusquedad o vehemencia.

—Arpía —Michael le plantó un beso en la boca.

—¡Eh! Me vengaré por esto —Ayla le golpeó con suavidad un brazo y acabó con una caricia.

—Si en tu venganza aparecen una cama y cuerpos desnudos, me presto gustoso.

—Más bien un cuerpo desnudo masculino y un cuchillo afilado en dirección a un miembro muy vigoroso.

—Eres una salvaje. No obstante, me gusta que pienses que lo tengo vigoroso. Mi amigo te lo agradece. ¡Ooouch! —se quejó por el puño que topó contra su estómago—. Ni en la cama estoy a salvo.

Aunque dijera eso, la verdad era muy diferente. De hecho, se sentía muy a gusto con Ayla a su lado; cada vez más. Si eso pasaba a los tres días, no imaginaba qué sentiría transcurrido un mes.

El humor se le agrió. Dentro de ese tiempo ya tendría que haber solucionado el asunto que lo había traído hasta la isla y, por tanto, no le quedaría más remedio que marcharse. En cualquier caso, ella acabaría odiándolo por mentirle y adentrarse en su vida con falsos pretextos.

—Esto por bocazas y presumido.

Michael aprovechó entonces su buen humor para soltarle la pregunta que le quemaba en los labios.

—¿Cuál es la historia que os traéis tú y Archie Reilly? —Advirtió que Ayla se ponía tensa—. Soy consciente de la disputa que ambos tenéis entre manos, pero diríase que es algo que viene de lejos.

Ayla, en lugar de contestar, le besó la comisura de labio, lamiéndolo después. Michael se desconcentró por completo. Media hora más tarde, volvían a estar sudorosos y jadeantes.

—He de irme —declaró ella.

A él le escoció que lo dijera cuando el sudor todavía no se había secado de sus cuerpos. Y ese

mismo malestar le indujo a formular la siguiente pregunta:

—¿Han pasado muchos hombres por tu cama?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Ayla se incorporó de golpe.

Su abundante pelo rojo no ocultaba por completo la desnudez de sus pechos y Michael tuvo que apartar la vista para no volver a excitarse. Si es que todavía podía.

—Una tan natural como cualquiera —dijo, intentando aparentar indiferencia. Al fin y al cabo, ¿qué más daba? No era que ella fuera a convertirse algún día en la señora Campbell.

—Lo dices porque no era virgen —lo acusó y se apresuró a ponerse las medias. De paso, le dio la espalda.

—En parte. Cuando me propusiste este arreglo ya imaginé que no era la primera vez para ti. — Y no le había importado; al menos no hasta ese momento—. ¿No es lógico que sienta curiosidad?

—Si yo te pregunto por las mujeres con las que has estado, ¿lo considerarías curiosidad o celos? —preguntó a su vez.

—¡No siento celos! —le dijo Michael ofendido.

—Y no estoy diciendo que lo sean. Solo digo que es así como lo verías si te lo hubiera preguntado primero. —Ayla se puso la camisola y los calzones, puesto que el corsé solía dejarlo en casa.

¿Sería cierto? Michael lo meditó unos instantes. Quizás sí. Le reconcomía saber que podía mostrarle esa faceta tan íntima a cualquiera. Y lo peor de todo. ¿Quién habría sido el primero, por qué y dónde? Dios, estaba agarrado por el pescuezo y él sin darse cuenta.

—Bien, si no quieres decírmelo...

—No, no quiero. Es un asunto que no te incumbe. —Se puso el vestido.

—¿Y tú no sientes curiosidad? —se obstinó en seguir preguntando.

—¿Sobre qué?

—Pareces hacerte la obtusa a propósito —se fastidió—; y yo sé que no lo eres. Sobre las mujeres con las que he estado.

—En absoluto —mintió—. Dada tu escasa experiencia en las artes amatorias, dudo que hayas estado con más de dos —se burló.

—Sí, sigue diciendo eso. Por mi parte sé que te mueres por saberlo.

—Entonces, si te has vuelto tan sabio de repente, no gano nada con preguntarlo, ¿verdad? — Ayla se puso los zapatos.

Michael no sabía qué pretendía acosándola con esas preguntas. Intentó cambiar de tercio.

—¿Y en cuanto a la otra pregunta? —insistió, terco.

—¿Qué otra? —Se giró hacia la cama y lo vio apoyado en el brazo—. Me haces tantas...

—Sobre tú y Archie Reilly.

—De ese sabes todo lo que debes saber. No pierdas el tiempo elucubrando sobre esto o aquello. —Ya se había trenzado el pelo en actos mecánicos rápidos. Le interesaba llegar a su casa a tiempo.

Michael, por su parte, meditaba la conveniencia de sacar a relucir lo otro. No quería ponerla más a la defensiva, pero, ¡qué diablos!

—Bien, en ese caso, hablemos de tus pesadillas.

Con eso contó con su completa y absoluta atención. Incluso pudo apreciar cómo perdía el color de golpe.

—¿Qué... qué pesadillas? —Su ignorancia no resultó convincente esta vez.

Ayla temblaba de pensar que había revelado algo sobre lo del asesinato. Ni siquiera se le había

ocurrido que durante las horas pasadas con él pudiera haber cometido una indiscreción.

—Sabes que hablo de tu madre —dijo Michael al fin—. Farfullas otras incoherencias, pero nunca consigo entenderlas. Eso sí, también te has referido al mar, a la locura, incomprensión... Todo muy misterioso, la verdad. —le explicó y se detuvo para observar que la palidez cadavérica de unos instantes antes había desaparecido. No, estaba seguro que no había dado en el clavo. Debía de haber otras pesadillas más inquietantes, aparte de las que él había presenciado, que la ponían en alerta. Decidió no insistir en eso por el momento—. ¿Por qué no me hablas de ella? En algún momento habrás de confiar en alguien. ¿Por qué no en mí?

El alivio que sintió se entremezcló con la indecisión. Sin embargo, el miedo no había desaparecido. En algún momento podía desvelar la verdad sin querer. En cuanto a lo de su madre... no recordaba haber soñado con ella. Una parte de sí misma quería sentarse y describirle la mujer que tanto quiso, pero el rechazo de las gentes de la isla seguía estando muy presente en ella, y tenía miedo de lo que Michael acabara pensando. No sabía cuándo su opinión había llegado a resultarle tan importante y eso le asustó.

—Ahora es imposible, tengo que irme. —Ayla se refugió en su marcha. Necesitaba pensar—. Volveré mañana —le informó, insistiendo en dejar claro que ella era la que controlaba. No le dio el beso de despedida que obviamente él esperaba. No quería provocar un malentendido.

Se puso la capa y salió con rapidez de la habitación sin darle la opción a una réplica. Bajó las escaleras y salió al exterior. Todavía estaba oscuro, aunque una tenue línea naranja se discernía al norte. Se había entretenido más de lo normal y eso no era bueno. Con paso ligero recorrió el camino de vuelta a su casa, especulando en la insistencia de Michael en saber quiénes eran los hombres con los que había estado. Si supiera la verdad... Lo que daría porque él hubiera sido el primero. Al menos, entre ellos no había nada oscuro y falso. Ambos sabían qué deseaban del otro y lo concedían sin ambages ni disimulos. Reconocía también que su despertar en las lides amorosas no había sido su mejor experiencia, no tanto por el acto en sí, en cuyo caso tenía que admitir que no había estado tan mal, sino por lo sucedido después. Tampoco le había confesado la verdad sobre su deseo de saber quiénes o cuántas mujeres habían compartido su cama. Ya desde el principio cavilaba sobre cómo serían, qué le había atraído en ellas o si lo hicieron feliz. Rectificó ese pensamiento en el acto. Quería decir más bien «satisficieron». La felicidad era un concepto demasiado importante como para querer ligarlo a Michael. Quizás sí le interesaba saber qué diferenciaba a esas mujeres de ella misma, porque dudaba que tuvieran algo en común.

Preguntas, preguntas, preguntas... Eso suscitaba la intimidad. Incluso después de tres días ya se sentía ligada a él de una forma u otra. Su rostro aparecía en su mente en el momento menos inesperado del día, la hacía soñar despierta y revivía sus caricias y murmullos una y otra vez. Quizás, al fin y al cabo, era una tonta romántica más, que despotricaba sobre los hombres hasta topar de bruces con el adecuado.

Se estremeció solo de pensarlo.

Y eso de los sueños también era un problema. La solución más viable era cortar por lo sano y evitar así un riesgo mayor. Es decir, dejar de ser amantes.

Que una parte de ella se revelara ante ese pensamiento dijo mucho sobre sí misma.

No quería hacerlo. Las horas que pasaba junto a él la hacían sentirse más mujer de lo que jamás se había sentido, y eso le gustaba. Al fin y al cabo, no era tan diferente del resto y tenía los mismos deseos y necesidades. Quizás podría, sin llegar a descubrir el motivo, acortar su estancia y obligarse a no quedarse en su cama una vez satisfecha. La pena de todo el asunto era que los minutos que se sucedían después de hacer el amor con él eran tan significativos y valiosos como

el acto en sí. Nunca habría imaginado que algo tan sencillo como charlar, bromear o acurrucarse contra un hombre pudiera ser tan satisfactorio. Incluso Michael parecía disfrutarlo.

Cuando entró en la casa no había nadie a la vista. Aunque sabía que sería por poco tiempo, los pasillos permanecían silenciosos, así que procuró no hacer ruido. Estaba llegando a la escalera cuando una sombra emergió de un recodo oscuro y la asustó. El grito fue silenciado por una poderosa mano y con la otra la arrastró hacia la oscuridad.

—Shhhhh, quieta.

Ayla intentó debatirse sin hacer caso de la conocida voz. Un inesperado bofetón la hizo reaccionar y se quedó quieta.

—¿Zake? —murmuró contra su boca.

—El mismo. Voy a soltarte —le dijo y se apartó de ella mientras la joven trataba de aserrenar su agitado corazón.

—¡Voy a matarte por esto! —farfulló en voz baja, indignada—. Casi me provocas un ataque al corazón. ¿Por qué has hecho esto? ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Esperar a que volvieras de tus encuentros clandestinos con el administrador.

Eso acabó con sus deseos de batalla y se quedó con la boca abierta

—¿Cómo...?

—¿Cómo lo sé? —pareció haber adivinado su pregunta—. No sé si recuerdas lo que me pediste que hiciera cuando el señor Campbell tomó el puesto de administrador.

Ayla lo recordaba ahora. Que no le perdiera de vista. ¿Podía haber alguien tan concienzudo?

—He sido discreta... —aseveró

—Quizás —este no quería darle alas—, pero no estoy aquí por eso.

—Menos mal...

—Aunque sí por algo relacionado. Necesito hacerte una petición —Zake la miró con suma seriedad. Quería que Ayla entendiera que lo que iba a pedirle no era un simple capricho. Había esperado hasta ese día con la esperanza de no tener que intervenir. La primera vez la había visto por pura casualidad y la había seguido. Su sorpresa fue mayúscula cuando la vio recorrer el camino hasta la casa del administrador. Se escondió entre las sombras y, por un momento, cuando él salió y escudriñó la oscuridad, pensó que lo descubriría. Al menos podía conceder que el tipo era perspicaz y que lo suponía al acecho. No hacía falta ser muy listo tampoco para entender el significado de que la dejara entrar y que ella no abandonara la casa hasta casi el amanecer.

Estaba de acuerdo en que Ayla era suficientemente adulta como para llevar a cabo un pequeño amorío con discreción. Para ella hubiera preferido un romance como Dios manda que diera como resultado un compromiso mutuo en una iglesia, pero la vida de las Singht no había sido nada común y no le extrañaba la decisión que ella había tomado. Lo triste de todo el asunto era que el hombre en cuestión fuera Michael Campbell. No había conseguido suficiente información del abogado y estaba calibrando la necesidad de seguir su rastro hasta el origen. No es que le cayera mal, solo trataba de ser precavido. La necesidad de proteger a las hermanas de un destino que pasaba por la horca lo instaba a hacer lo que consideraba mejor.

—Estoy esperando. —Ayla se estaba impacientando.

—Por cosas que todavía no puedo explicarte, te pido que durante un tiempo prudencial dejes de verte con el señor Campbell.

Ayla temía que le pidiera algo semejante y protestó.

—No puedes pedirme eso sin revelar el motivo por el que me lo pides. —La frustración era palpable en su voz—. ¿Es por él? Si le conocieras...

—Ayla —tocó su mano para impedirle continuar. No quería hacerle daño y sabía que tampoco podía impedirlo. Al menos si atajaba esa relación en su comienzo, quizás evitaría un mayor sufrimiento en un futuro—, sé que no lo entiendes. Si estuviera en mi mano evitarlo, no lo haría, créeme. Solo déjame hacer mi trabajo y te aseguro que cuando haya reunido todas las piezas serás la primera en saberlo, y podrás reemprender lo que quiera que tengáis. —Zake sintió más que vio el debate interno de la joven—. Tienes que prometérmelo.

Ella no quería hacerlo y dudaba que Michael entendiera algo que no podía explicar. Lo más probable era que cuando Zake le contara lo que ocurría y ella pudiera hablarlo con él, este ya no estaría interesado. Solo sabía que el barbadense siempre las había protegido y quería lo mejor tanto para ella como su hermana. Si él le pedía tiempo era lo mínimo que se merecía; por su propia tranquilidad. Además, eso, ya que estaban, ayudaba al problema que se le había planteado sobre las pesadillas.

—Está bien —dijo por fin—. No sé lo que te traes entre manos, pero confiaré ciegamente solo porque eres tú y nunca me has fallado.

Zake asintió. Esa chica era un cúmulo de contradicciones. No confiaba en las ocasiones que le presentaban una sarta de hechos irrefutables y se fiaba cuando la situación nada tenía de clara. No obstante, la quería por todo ello. Era una buena mujer que algún día encontraría un hombre que sería capaz de ver a través de su fachada de fría indiferencia y violencia impulsiva; estaba seguro. Mientras tanto, él la protegería.

Elliot Singht ardía de furia cuando su invitado abandonó el despacho. No lo entendía, de verdad que no. ¿Qué había hecho mal para que lo trataran así? No deseaba confrontaciones con nadie y no las buscaba. Se mostraba piadoso siempre que podía y temeroso de Dios. Era un patrono justo y poco dado a las exigencias insensatas, y trataba a sus empleados con firmeza no exenta de benevolencia. Había sido un marido comprensivo y amoroso, un padre, sino ejemplar, sí cariñoso con sus hijas; les había dado todo cuanto podía y pocas veces las había tratado con dureza. ¿Había sido ese su error? Parecía que a estas alturas de su vida solo él las había de comprender sin recibir la misma reciprocidad. Sabía que no les gustaba la vida en la ciudad y hasta ese momento nunca les había exigido en firme que lo acompañaran. Ellas, en cambio, no cesaban en reprocharle sus continuas ausencias. Estaban tan consentidas que eran incapaces de empatizar con su situación. También les pedía que, en las contadas ocasiones que traía invitados, se comportaran con algo de decoro, pero ni eso conseguía. Era cierto que la ausencia de Rosslyn era un factor importante a tener en cuenta. Por esa razón y no otra, les había permitido tantos de sus comportamientos. Solo les pedía pocas cosas a cambio y no recibía otra cosa que deslealtad. En cuanto a los otros dos... Bien, era mejor dejar de pensar y actuar en consecuencia. En breve, esos cuatro sabrían quién era el señor de la casa.

Una llamada en la puerta le devolvió a la realidad.

—Adelante.

—¿Ha preguntado por mí? —La señora Davies lo miró con curiosidad.

Elliot asintió y la mandó buscar a los cuatro culpables de su encolerizado estado. Cuando se quedó a solas de nuevo, se levantó y se dirigió a la biblioteca, el lugar donde les había convocado. Parecía mentira que ninguno de ellos, sobre todo sus hijas, se hubieran percatado de la llegada o salida del hombre que acababa de abandonar su casa. Había llegado pocos minutos

después del almuerzo y este ya se había agriado en su estómago.

El administrador fue el primero en llegar. Lo invitó a tomar asiento sin decirle el motivo de la llamada. Solo le dijo que faltaba alguien más. Zake no tardó en aparecer. Llevaba ropas de trabajo, señal de que había estado ayudando en las caballerizas. Este se sentó en uno de los sillones y miró a Michael. Su expresión, como ya imaginaba, no varió. Poco después se presentó Cadha. La mirada que les lanzó a los dos hombres que esperaban no le pasó desapercibida. No tardarían en deducir el motivo de su presencia allí, sino la habían deducido ya. Fue Ayla la que se hizo esperar. Quince minutos después, y con un opresivo silencio empapando el ambiente, hizo acto de presencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Era evidente, al menos para su padre, que solo lo hacía para ganar tiempo. No era tan tonta como para no atar cabos.

—Dímelo tú. O todos vosotros, ya que estamos.

Todos prefirieron fingir que desconocían el motivo de ser convocados.

—¿Estás enfadado? —la pregunta de Cadha carecía de importancia. Era una forma de tantearle.

—No solo enfadado, sino también decepcionado —Elliot tomó aire—. Hace poco he tenido el dudoso placer de contar con la presencia de Aaron Reilly en mi casa. —Eso llamó la atención de todos—. Como primera recomendación os diría que no me hagáis pasar por tonto otra vez. Es una sensación que no me agrada.

—Papá... —empezó Ayla.

—¡No! No quiero escucharte. —Palmeó el escritorio en un gesto de rabia—. También sería de agradecer que la próxima vez que queráis enemistaros de forma definitiva con el resto de los habitantes de la isla, tengáis la maldita cortesía de informarme.

A continuación les relató con todo lujo de detalles como Aaron le había exigido una compensación por las mercancías perdidas en la cala, sin omitir el hecho de que se había esforzado por no mostrar su completo desconocimiento sobre el asunto, y el modo en que llenó las lagunas de lo que este contaba con una dosis de ingenio y mucha imaginación. Incluso así había sido avasallado al poner en duda su actuación como padre y patrón. Eso sin ignorar la amenaza de llevarlas ante las autoridades. Solo se reservó para sí el final de esa ingrata entrevista.

—Archie no... —Ayla trató de defenderse.

—¡No! ¡No quiero excusas! Estoy muy decepcionado con vosotras —bramó Elliot, observando que al menos tenían la decencia de agachar la cabeza, avergonzadas—. No solo me ocultáis las cosas tratándome a la vez de idiota, sino que además no me dais opción a réplica. ¿Os dais cuenta de la terrible humillación a la que me enfrentáis? ¡Incluso en mi propia casa!

—¡Estabas cazando! —replicó airada la mayor. No estaba en su temperamento postrarse más tiempo de lo necesario.

—Como si eso marcara una gran diferencia —se burló Elliot—. Si fueras sincera al menos una vez en tu vida admitirías que hubieras actuado de igual forma aun estando aquí. Es más, creo que buscarías otra excusa, como la de que estaba con un invitado o una tontería similar, para hacer lo que te diera la gana.

Michael decidió entrometerse. Parecía que la culpa recaía solo en las jóvenes y era imperativo explicarle cómo sucedieron las cosas.

—Si me permite —intervino—, me gustaría contarle cómo fueron las cosas. Lo que hicimos estaba justificado.

—He aquí el administrador —aseveró con sorna—. Un hombre cabal, un asalariado más. —

Con eso pretendía ponerle en su sitio—. No creo que haga falta explicarle lo defraudado que me siento con usted. Ha abusado de mi confianza al atribuirse acciones que no le corresponden y por lo tanto, queda despedido de inmediato.

—¡Papá! —Ayla se levantó de un salto, incapaz de contenerse—. Eso es injusto. El señor Campbell seguía órdenes.

—Te equivocas niña —Elliot estaba un poco sorprendido por su defensa—. Mis deseos son los únicos que cuentan. Le dejé bien claro que respondía solo ante mí. No puede bailar cada vez que a ti se te ocurra batir palmas.

—Puede —concedió—, pero era una situación grave y su ayuda era inestimable. —A Ayla no le importaba magnificar lo sucedido si con eso evitaba su despido.

—Es cierto, papá —Cadha se unió a la defensa—. Es injusto que el señor Campbell pierda su trabajo por aceptarnos y evitar una confrontación mayor.

Elliot lo meditó unos instantes. No quería rectificar por si eso las llevaba a creer que volvía a ablandarse. Tampoco quería pecar de injusto, por muy enfadado que estuviera.

—Solo puedo prometer que lo pensaré. Creo que eso es suficientemente generoso, dado el caso.

Michael asintió y trató de mostrarse humilde. Si quería seguir allí era de obligado cumplimiento.

—En cuanto a ti, Zake, pensaba que tenías muy claro cuál era una de tus funciones en esta casa. Tu deber es protegerlas, no instigarlas o seguirles la corriente. Ahora pienso si me equivoqué al darte esta tarea. Incluso pienso si traerte conmigo fue lo correcto.

Estaba siendo deliberadamente cruel y lo sabía. Había que darles un escarmiento y dejares claro que no pensaba tolerar semejante comportamiento.

—Tiene razón, señor Singht, merezco su total desconfianza y no pretendo exculparme. —Era el único que entonaba un mea culpa—. Aunque tarde, le pido que escuche de mi propia boca lo sucedido y que juzgue el castigo adecuado a tal fin.

—Adelante pues —Elliot Singht asintió. Se sentó dispuesto a escuchar el relato del modo en que los cuatro se habían aventurado a una lucha desigual y peligrosa. Durante un buen rato, solo se oyó la profunda voz del barbadense mientras relataba lo ocurrido sin omitir nada.

—Y cuando todo quedó reducido a cenizas, decidimos que se había hecho justicia —añadió, terminando.

El enfado de Elliot había menguado. Sabía que Zake era fiel a la verdad y no se alejaba demasiado de lo que él imaginaba o lo contado por Aaron. Era cierto que ese insoportable hombre había omitido lo que menos le convenía. No estaba seguro si lo hizo por defender a su hijo o porque realmente este no le había relatado los hechos con exactitud. Sin embargo, no le gustaban las amenazas y mucho menos en su propia casa, así que Elliot decidió actuar como lo habían hecho sus hijas en la cala, y lo amenazó. Aunque a Reilly le gustara pensar lo contrario, las acciones de su hijo eran graves y así se lo hizo saber. Que no estuviera dispuesto a dejarse amedrentar había supuesto una sorpresa para el hombre. Quizás pensaba que se encogería como un conejo asustado y aceptaría todo cuanto dijera sin poner objeción. En cambio, era él quien había sido advertido de las consecuencias de entrar en propiedad ajena. Le había dicho algo así como que la próxima vez dispararían y después preguntarían; y él encabezaría el comité de bienvenida. Después de eso Reilly había ladrado una sarta de ofensas sobre sus hijas que lo habían puesto más rabioso. Nadie se atrevía a llamarlas dementes y se iba de rositas. Al final, se había desquitado en parte replicándole con contundencia y echándole a patadas. Que se atreviera a volver...

—Sabéis —su tono se volvió moderado—, incluso en el caso de que la razón estuviera de vuestra parte, esa no es excusa. No son formas de hacer las cosas. No me malinterpretéis. Esos miserables se merecían un lección y me congratula saber que se la distéis —pasó por alto la sorpresa de sus rostros—, pero lo único que quiero y pido es respeto. Las cosas no deben hacerse sin mi conocimiento y aprobación —dijo, señalándolas—. Y eso va sobre todo por vosotras. Esto es un aviso. La próxima vez procederé como me parezca y recibiréis un castigo ejemplar. En cuanto a vosotros... Sé que solo protegíais mis intereses y no puedo culparos por ello. Si hubierais visto el rostro de ese tunante cuando lo saqué a patadas... —rio pegándose una palmada en el muslo—. Solo por eso valió la pena.

Ayla y Cadha se miraban extrañadas y no sabían si respirar aliviadas. Por su parte, Zake y Michael brindaban por la magnanimidad de Elliot Singht. Ahora habría que ver en qué quedaba todo aquello.

Capítulo 14

Debería sentirse culpable. Esa era una verdad como un templo. Estaba ocultándole a propósito el motivo real de su visita a la isla: su intención de comprar la propiedad de su padre. Y en cambio, dirigía todas sus energías a perseguirla como un colegial del Merchiston Castle School, pensando solo con la entropierna.

Rob cruzó una arboleda de sauces y abedules para recorrer uno de los senderos que transcurrían paralelos a la costa. Llevaba cerca de dos semanas en la isla y había recorrido la mayor parte de ella, ya fuera con Elliot o con Cadha, así que sabía que estaba llena de contrastes. Aquella zona, más al este, era más frondosa y se hallaba al abrigo de las montañas que la resguardaban del azote del viento. La zona opuesta, el oeste, era la más fértil e incluso en algunos puntos pantanosa. Estaba destinada a la pastura de ovejas, lo cual proporcionaba unos generosos ingresos a la familia. En cambio, la escarpada costa sur estaba castigada por el viento y la vegetación era baja.

Cadha le llevaba una evidente ventaja, puesto que él se había propuesto no dejarse ver hasta que estuvieran alejados de la mansión.

Se podía decir que desde que Rob y Cadha pusieron las cartas boca arriba, su relación se había vuelto relativamente armoniosa: permitía que le acompañara en sus cabalgatas y se mostraba más habladora. En definitiva, era más accesible. Sin embargo, no esperaba una total aceptación por su parte. Y el tiempo le dio la razón, porque había momentos en los que seguía siendo prudente y un tanto recelosa.

A pesar de que su relación era mucho más suavizada, Zake seguía manteniendo la vigilancia sobre ella obligándole a mostrarse más comedido y formal de lo que desearía. Y suponía un problema. Sí. Porque Rob se sentía fuertemente atraído por ella y pretendía que su relación se tornara un poco más íntima. ¿Hasta dónde quería llegar? No era una pregunta que tuviera una clara respuesta. Una parte de él pretendía que Cadha se abriera a él y otra se cuestionaba el motivo, pues si decidía comprar parte de la isla, en breve se trasladaría allí mientras que ella no tendría más remedio que marcharse a Edimburgo, odiándolo en el proceso por haberla traicionado.

Rob era un hombre práctico y de cabeza fría. Si se le presentaba un ventajoso trato, no veía por qué rechazarlo. Estaba harto de vivir todo el tiempo en la ciudad y, ahora que conocía aquellos salvajes páramos, se sentía más que dispuesto a considerar el cambio. Pero al sopesar las implicaciones de sus acciones y la posibilidad de decepcionar a Cadha, se planteaban serias dudas. Sería muy mezquino de su parte apartarla del lugar en donde se había criado y al que tanto amaba, aun entendiendo que los motivos por lo que su amigo Elliot buscaba la venta eran plenamente legítimos.

Y por ello se sentía dividido. Así que se convenció que de momento, hasta tener la decisión tomada, era mejor guardar el secreto tal como le había prometido a Elliot.

Se detuvo brevemente al advertir a la joven a escasa distancia. Por lo menos sabía que aquella mañana se sentía a salvo del escrutinio del fiel empleado que hacía de guardián, porque una hora antes lo había visto dirigirse hacia las cuadras. La falda de Cadha, de unos bonitos cuadros azules y ocres, se movía con gracia pese al caminar pausado, no siendo competencia ante la vigorosidad

de Rob, que la había alcanzado a pesar de no proponérselo. Por lo menos no todavía. Y contempló como ella alzaba la vista al cielo dejándose extasiar por los tímidos rayos de sol mientras se quitaba las horquillas de su peinado.

La grácil cabellera cayendo sobre su espalda, como un fino velo, lo dejó extasiado. Era una visión demasiado tentadora como para perdersela. Tanto, que fantaseó con la idea de acariciarlo, peinarlo y enredarlo en sus manos. Después, lo apartaría sobre un hombro y deslizaría los labios por la curva de su cuello hasta hacerla enrojecer, procurando que se estremeciera de arriba abajo de placer. Unos pensamientos demasiados tortuosos como para dar rienda suelta a su imaginación, pues sus expectativas nunca se verían cumplidas por la sencilla razón de que aquella joven no era para él. Su padre tenía una idea bastante clara de lo que deseaba para el futuro de sus hijas: un hombre joven, afable y de buena familia que no representara un peligro para el belicoso carácter de Cadha o Ayla.

En cuanto a ser joven y afable, poco tenía que hacer. Los años se acumulaban sobre él y, aunque no era hosco ni desagradable, tampoco podía afirmar que poseyera una naturaleza sosegada y especialmente benévola. Si nacer en el seno de una buena familia era sinónimo de rica, distinguida y con antepasados inmaculados, Rob se daba cuenta que no cumplía con ninguna de las tres premisas. Sin embargo, él se creía capaz de gobernar el temperamento de la hija menor porque le gustaba el espíritu indómito que moraba en el interior de la joven. Si bien había en ella muchos aspectos que mejorar, adoraba que tuviera las suficientes agallas como para montar a horcajadas y prefería mil veces a Cadha que a una mujer coqueta o remilgada en exceso. Es más, nunca podría casarse con alguien cuyo carácter fuera descrito como fiel y obediente, unos adjetivos más adecuados para un animal de compañía que para una esposa. Y sí, Cadha tenía poco de obediente, y por ello le encantaba. Tanto, que en aquel instante sonrió.

En algún momento Cadha debió intuir que estaba siendo observada, porque se dio la vuelta. Rob quiso creer que se trataba, ni más ni menos, de la fuerza invisible del destino, ya que ambos se atraían tanto como los polos opuestos de un imán.

La vio fruncir el ceño.

Rob esperaba que se encarara con él y que le mostrara un agudo disgusto por haber osado interferir en su paseo. Pero reaccionó de un modo inesperado.

Con una mirada inquisitiva, torció la comisura de los labios formando una especie de mueca y avanzó hacia él. Con el paso de los días empezaba a desaparecer todo rastro de hinchazón en su rostro y Rob se dio cuenta de que el contratiempo no le había restado ni un ápice de belleza.

Cadha se detuvo a una distancia prudencial y puso los brazos en jarras.

—¿Estaba siguiéndome?

Su tono serio poseía un leve matiz de humor.

—Así que es evidente... —respondió Rob con un placer culpable—. Ya que Zake tiene otros asuntos que atender, he pensado que le podría venir bien mi protección. Nunca he ejercido de fiel escudero, aunque estoy seguro que puedo hacerlo bien.

—¿Cómo sabe que él...? —Cadha se interrumpió cuando de repente sus acciones se volvieron transparentes ante sus ojos. Era evidente que se había asegurado de que Zake no les molestaría, y ella se preguntó por qué tomarse tantas molestias—. ¿Ha estado espiándolo?

Por su expresión, Cadha se dio cuenta que había dado en el clavo. Y el muy canalla tuvo el descaro de no avergonzarse. Incluso parecía orgulloso de sí mismo, porque lo vio encogerse de hombros con indiferencia.

—Si él puede, ¿por qué yo no?

En todos y cada uno de sus paseos, Rob había tolerado la presencia de Zake desde una distancia prudencial; incluso cuando salían a cabalgar. Su mirada pétrea y profunda, sus avisos velados e incluso su actitud sobreprotectora habían sido las constantes. Aunque no era su intención congraciarse con el empleado, le dijo que entendía los motivos por los cuales debía acompañarles. Y era cierto. Si tuviera una hija y ella estuviera en la misma posición que Cadha, haría cualquier cosa por alejarla de hombres con pensamientos lujuriosos, tolerando únicamente a un eunuco. Pero eso no significaba que no tratara de burlar la vigilancia para pasar tiempo a solas con la hermosa Cadha.

—¿Se da cuenta que es usted un caballero y que precisamente Zake trata de protegerme de tipos como usted?

Rob sonrió abiertamente, dejando al descubierto unos dientes bien alineados.

—¿De verdad le parezco una amenaza?

Cadha se tomó su tiempo en responder, mas no tenía dudas que estar con él sin carabina ni nadie que los supervisara, conllevaba un elevado riesgo. Y en aquel instante, no tomaba por riesgo cualquier daño físico que pudiera recaer sobre su persona, tal como le había sucedido con Neil Bishop. No. Tenía más que ver con la agitación nerviosa a la que estaba sometida y al constante sofoco que sufría cuando apenas le dirigía unas palabras. Y eso le hacía abochornarse hasta lo más profundo de su ser. ¿Acaso no había pensado, unos días atrás, que ella era una mujer nada impresionable y que sabía controlar sus emociones? ¿Cómo podía ahora caer rendida con tanta facilidad?

Desvió la mirada para no tener que enfrentarse a esos ojos que la contemplaban de un modo inquisitivo. Cadha era consciente de no haber respondido a su pregunta. Se dijo que era más seguro así.

—Tengo entendido que han llegado temprano de la cacería —repuso. Y por culpa de eso, su padre había llegado a tiempo para recibir la visita de Aaron Reilly y enterarse de todo lo acontecido en la cala con los hombres de la destilería. Por lo menos habían salido bien libradas, dadas las circunstancias. Habría podido ser mucho peor. Entonces Cadha se dio cuenta de que Rob ya no vestía el típico traje de montar, aunque seguía calzando las botas altas—. ¿Ha ido todo bien?

—A su padre le ha fallado la puntería —le explicó. Aquella mañana no había estado acertado y con ello se le habían escapado casi todas las presas. Así que los seis hombres que componían la partida regresaron antes de lo previsto. Rob no era amante de las cacerías y si se decidía a comprar la finca, no estaba seguro de volver a repetirlo. Le parecía una pérdida de tiempo y de energía, pero a Elliot le resultaba un entretenimiento aristocrático. ¿Y quién era él para contradecirlo estando hospedado en su propia casa?—. Podría haberse unidos a nosotros.

Contar con la compañía de Cadha hubiera resultado mucho más entretenido de lo que en realidad había sido. Era infinitamente más reconfortante conversar con la joven que con el guardabosques; y más fascinante contemplarla a ella que a un puñado de patos y ciervos.

—No me gusta matar animales por pura diversión —dijo con una mueca de desagrado—. Y puede resultar contradictorio, porque luego disfruto con el venado de la cena. Sin embargo, no es lo mismo que le pongan frente a uno un delicioso plato perfectamente cocinado, que ver morir al animal ante sus ojos —expuso con convicción—. Y sería mucho más terrible si hubiera visto crecer a la pobre criatura. En ese caso, me resultaría imposible tomar un bocado.

Él la miró interrogativamente.

Cadha no se consideraba una persona impresionable ni de débil carácter. Tenía flaquezas,

como todos, pero solía hacer gala de su entereza. Eso no significaba que en momentos determinados no aflorara la compasión en algunas causas que muchos consideraban ridículas; sin embargo, ella solo comía animales que no hubiera visto morir antes.

—Cuando era pequeña —continuó ella— vi nacer a una hermosa ovejita y me propuse criarla como si fuera mía una vez hubiera dejado de amamantar. Lamentablemente, tenían otros planes para ella.

Su expresión se tornó triste, como si el angustioso recuerdo de una niña todavía permaneciera en ella.

—¿Sacrificarla? —supuso él.

—Así es. Grité como una loca hasta que mi padre aceptó indultarla.

Rob la observó durante breves segundos. Sin lugar a dudas era una joven llena de contradicciones, porque tras una fachada de gélida serenidad, se escondía un corazón sensible y compasivo que se emocionaba ante la perspectiva de ver morir a un animal. Y eso le hizo preguntarse por qué ponía tanto empeño en que nadie conociera aquel lado suyo. ¿Acaso necesitaba protegerse? ¿Pero de qué?

No, se dijo. Lo que ocurría era que no se podía buscar a la verdadera Cadha por separado, pues ella era una mezcla de todos aquellos rasgos.

—Es más sentimental de lo que parece —dijo con una nota de admiración. La humanidad en ella le gustaba. También cuando actuaba con un punto de altanería. Ambos comportamientos le hacían desear bajarle los humos con un apasionado beso hasta hacerla derretir.

—¿Es una crítica? —inquirió ella con una repentina acritud.

Rob cubrió la distancia que los separaba con actitud desenvuelta.

—Para nada —afirmó—. Se trataba de un halago. Y ahora, si le ofrezco mi brazo para continuar el paseo, ¿va a echarme de cabeza al mar?

Ella sonrió ante una sugerencia tan apetecible. Podía parecer una tarea imposible para una joven de aspecto delicado; el señor Cunningham le ganaba en peso y fuerza. Sin embargo, ella contaba con una determinación que le hacía superar cualquier flaqueza.

Rob advirtió lo transparente que ella le resultaba.

—Ha estado contemplando la idea —adivinó, haciendo que ella enrojeciera de vergüenza—. ¡Lo sabía!

A pesar de todo, Cadha consiguió levantar el mentón con absoluta dignidad.

—Tiene suerte de no haberme hecho enfadar tanto.

—En efecto, la tengo —corroboró él con una gran sonrisa—. Entonces, ¿Qué va a ser?

Cuando levantó su brazo, a la espera que ella lo aceptara, Cadha sintió que las fuerzas le abandonaban. Lo miró, dubitativa. Una parte de ella sentía el loco impulso de ceder, de disfrutar de un agradable paseo con aquel hombre que había tenido tanta paciencia. Sería como un sueño dejarse llevar con naturalidad y no tener que preocuparse. Rob había demostrado en todas las ocasiones que era diferente a otros y que no pretendía aprovecharse de ella. El único problema, a pesar de las circunstancias, era que estaba encariñándose con él, y eso era algo definitivamente malo. Ella no se asemejaba en nada a la mujer que a él le convenía. Era demasiado arisca y rencorosa, su carácter era capaz de agriarse en cuestión de minutos y, además, le costaba abrir el corazón a un hombre.

Una relación entre ambos no tenía ningún sentido.

Cadha se sorprendió por su propia estupidez. ¿Quién hablaba de una relación más que ella? Rob solo le había pedido emprender un paseo y le había ofrecido gentilmente su brazo. Las demás

elucubraciones estaban fuera de lugar.

Dios. Ella, que creía tener los pies firmemente puestos sobre la tierra, había resultado ser toda una fantasiosa.

¡Qué decepción consigo misma!

—Está bien —aceptó al fin, aunque sin estar del todo convencida. A continuación deslizó los dedos con cuidado sobre la manga de la chaqueta ejerciendo una suave presión.

Su brazo resultó ser extrañamente confortable. Pero Cadha permaneció tan rígida como el cuerpo se lo permitió. Que ella recordara, nunca había hecho nada semejante. Desde que tuvo edad suficiente para comprender lo que sucedía entre hombre y mujer había mantenido al género masculino a una brutal distancia y siempre receló de los hombres; más desde que Archie Reilly le hizo aquello a su hermana. Desde entonces, procuraba tener el menor trato con ellos y, si hacía alguna concesión con un invitado de su padre, era porque él se lo pedía. Por lo tanto, se había perdido el descubrir ardientes besos o el calor de un abrazo. No se arrepentía de ello. Prefería permanecer virgen toda la vida antes que entregarse a un canalla que solo pretendiera reírse de ella.

Sin embargo, hacía días que venía sintiéndolo: Rob Cunningham era distinto a todos y, estaba claro, que un inofensivo paseo no iba a suponer ninguna contrariedad.

—Dígame, señorita Singh. ¿No se aburre en este pedazo de tierra alejado del bullicio, sin teatros, veladas musicales y sin modistas?

—Nunca me han interesado esas cosas, realmente —respondió ella—. Tengo toda la libertad que deseo, salgo a cabalgar cuando me place y no debo preocuparme por las apariencias, ni por si mi carné de baile se llenará... Ni siquiera por el color que está de moda —añadió—. ¿Qué más puedo pedir?

Cadha trató de esbozar una sonrisa de satisfacción, aunque en parte él tuviera razón. No por los entretenimientos propios de la ciudad, sino porque desde que había descubierto cuánto le gustaba llevar las cuentas de la propiedad, Cadha no parecía encontrar satisfacción en ninguna otra cosa. La señora Davies dirigía la casa con total eficiencia y con la contratación del señor Campbell en poco podía echar una mano.

Dudaba que a esas alturas su padre reconsiderara su decisión.

—Así que la libertad es vital para usted.

—Tanto Ayla como yo llevamos la isla grabada en el corazón —Cadha no tuvo reparos en confesárselo. A pesar de su enemistad con parte de la población, era el lugar donde habían nacido y crecido, y con los años aquella propiedad se había convertido en toda su vida—. Me siento orgullosa de estas tierras y no me imagino en ningún otro sitio. —Cadha cambió su habitual tono serio por otro más risueño. Rob decía que el lugar era aislado, pero para ella era una bendición—. Supongo que es usted un hombre de los de ciudad. Muy apegado a los carruajes de alquiler, al bullicio de los mercados, a los malos olores y a los pequeños rateros.

Rob ladeó la cabeza y sonrió.

—Dicho así, no parece una visión muy halagüeña. ¿Es lo que pretendía, verdad?

Ella le lanzó una mirada socarrona que duró apenas unos segundos y se concentró en sus propios pasos. El clima era delicioso y, con el paso de los minutos y la conversación, estaba empezando a olvidar que paseaba del brazo de Rob Cunningham. Sin embargo, debía seguir prestando atención al camino, puesto que era fácil tropezar con algunas de las piedras que iban encontrándose.

—Usted ve sus virtudes y yo las mías —añadió ella—. Y no me va a convencer de lo contrario.

—No estoy en contra de que alguien desee establecerse en un lugar como este —objetó él—. Han pasado ya unos días desde mi llegada y he tenido la oportunidad de visitar estos maravillosos parajes. —Paisajes que ofrecían tantos contrastes como la propia personalidad de Cadha, pensó—. Puedo entender que esté tan encariñada con ella, porque es justo lo que ando buscando.

Rob se dio cuenta, demasiado tarde, que había hablado de demás. Porque, incluso de soslayo, vio que Cadha arqueaba las cejas con sorpresa. No había sido muy inteligente por su parte mencionarlo. Sabía bien que no debía ni podía hacerlo.

Rob ahogó un juramento.

Ella le provocaba ganas de sincerarse y de mucho más. Rob había llegado a la isla con una idea establecida y aquella joven menuda había robado cada una de sus intenciones, embelesándole. Si hubiera percibido en ella algún tipo de señal que indicara que era receptiva respecto a un coqueteo, Rob lo hubiera aprovechado sin dudar. Se moría por susurrarle en la intimidad lo bella que era. Adoraba ver aparecer el virginal rubor en sus mejillas. Obviamente, ella no se daba cuenta del poder que ejercía sobre los hombres, ni sabía usarlo en su propio beneficio. Si lo hiciera, no habría nadie que pudiera resistírsele.

—¿Qué quiere decir?

—Hace tiempo que estoy pensando en dejar Edimburgo para vivir en un lugar más tranquilo —respondió él. Por lo menos sobre eso podía confesarle la verdad, ya que la parte en la que Elliot le había ofrecido comprar la propiedad debía continuar siendo secreta. Si Cadha lo descubría, significaría asestarle un doloroso golpe. Ella misma acababa de reconocer que no se imaginaba en otro lugar—. Los negocios van bien, pero ni soy un avaro ni un derrochador. Con la fortuna que he amasado tengo suficiente para lo que me resta de vida y dejar un buen legado a mis hijos, cuando los tenga.

Había luchado con ahínco para llegar a la cima, si bien el precio resultó ser demasiado elevado. No tenía una familia propia, sus amigos eran más bien conocidos con transacciones en común y el desgaste no tardaría en hacer mella en su cuerpo. Demasiadas horas trabajando, demasiados viajes y pocas horas de sueño.

—¿De verdad desea dejarlo todo atrás y dedicarse a la cría de ovejas?

Cadha pareció escéptica, mas no pudo culparla. Rob había meditado profundamente su decisión durante meses y se daba cuenta de que era irrevocable. No tenía por qué ser la Isla de Beith. Encontraría otra propiedad y otras tierras en Escocia. Solo deseaba una forma de vivir sencilla. Aun así, el cambio iba a ser enorme y tampoco sabía si llegaría a adaptarse. El aburrimiento era un arma disuasiva y, quizás, tras unos meses de retiro, Rob sentiría deseos de regresar a su vida anterior.

—Sí.

—No sé si es la mejor opción, considerando que muchos escoceses deben buscarse una vida mejor en los Estados Unidos.

Cadha no trataba de convencerle para que permaneciera en Edimburgo. No era su misión, aunque en aquellos tiempos de incertidumbre las cosechas escaseaban y la gente estaba perdiendo las tierras. ¿Era sensato arriesgar su porvenir por un pedazo de tierra para cultivar?

—No voy a meterme en nada que pueda llevarme a la ruina —aseguró él—. Como le he dicho, tengo el futuro asegurado y, para una persona de mi edad, no es una mala inversión. En cambio, usted es demasiado joven y no debería perderse ni una pizca de diversión.

Cadha se detuvo y le soltó el brazo con brusquedad, empeñada en hacerle comprender que no era una mujer que supiera disfrutar de todas aquellas actividades femeninas que él le aconsejaba.

Y no es que renunciara, por ejemplo, a los vestidos bonitos. Simplemente descartaba telas y adornos ostentosos, así como a pasar horas y horas con la modista. En cuanto a los bailes y las presentaciones... los odiaba. Era la mejor palabra para definirlo. Aquella vorágine de doncellas y sus madres tratando de buscar un partido perfecto, que en la mayoría de los casos resultaría ser una decepción, resultaba insólito y de algún modo hasta absurdo.

¿Acaso tenía miedo de fallar si lo intentaba? Lo dudaba. Pero prefería refugiarse entre las paredes de la mansión y convivir con gente que la apreciara.

—Es mi decisión.

Rob se dejó seducir por el brillo de obstinación que brilló en sus ojos. Desde que la conoció, había mantenido un tira y afloja con aquella joven damisela cargada de determinación y altanería, tornándose incluso algunas veces caprichosa. Y bastaba realmente poco para hacerla fruncir los labios en un adorable mohín. Y él no sabía cómo explicarlo, si bien alguna fibra en su interior le provocaba ternura. Elliot le había hablado del rechazo que obtuvieron los pretendientes que este puso a su alcance, pero Rob estaba seguro de que no habían sabido cómo tratarla y, por tanto, no eran los adecuados. En cambio, él sí comprendía la complejidad que se escondía en Cadha. Es más, suponía un aliciente para su dilatada existencia.

Y ella posiblemente se hubiera reído de esos sentimientos, pero en aquel momento de intimidad dejó de pensar en ella como una joven inexperta en la vida y se dio cuenta de cómo era realmente: una mujer de la cabeza a los pies.

Su siguiente movimiento fue un fiel reflejo de lo que estaba sintiendo.

Cadha vio a Rob alzar la mano hasta su mejilla con intencionada lentitud para que pudiera retirarse si así lo deseaba. Ella lo miró hipnotizada y cerró los ojos al notar la calidez de su contacto. Y la sostuvo con infinito cuidado, como si se tratara de un preciado tesoro. Era tan consciente de él, del magnetismo que irradiaba su cuerpo, que fue incapaz de hacer otra cosa que permanecer de pie gozando de toda clase de sensaciones.

El beso cayó sobre ella como un acto irremediable y lo aceptó dubitativamente, no porque no ansiara probar el aroma y el gusto de sus labios, sino porque carecía de experiencia alguna y no quería decepcionarlo. Estaba demasiado atenta queriendo hacerlo bien. Por eso, la tentativa de Rob comenzó siendo, cuanto menos, una experiencia difícil de disfrutar completamente. No supo el momento exacto en el que se dejó llevar. Quizás cuando notó como la rodeaba con la mano libre y acariciaba su espalda haciéndola sentir deseada. O cuando ejerció más presión sobre su boca, liberándola de las ataduras y del recelo de no estar a la altura. Solo era consciente de que empezó a gozar con una voluntad avasalladora e impaciente que la aturdió de un modo que nunca antes había experimentado.

Y entonces entendió, como si se tratara del verso de un antiguo poeta, el poder y la mística de un solo beso.

Una rendición nunca fue tan cómoda como aquella. Cadha se dejó de remilgos, porque deseaba disfrutar de la vivencia plenamente. Se pegó a él y entreabrió la boca para facilitarse el acceso. Y Dios, Rob no lo desaprovechó. Introdujo la lengua con una suavidad efusiva que estimuló cada fibra de su ser. Lo notaba sobre ella, moviéndose ávido y experto; deseando más. Al igual que Cadha.

Se sintió perdida. Era la primera vez que sucumbía ante un asalto de aquel tipo. Si alguna vez hubiera tenido expectativas respecto a ese momento, no cabía duda de que habían sido superadas con creces. Ni siquiera esperaba escuchar el gemido gutural que emitió él por encima de sus labios. Se había dado cuenta, mucho antes, de que ella podía afectarlo del mismo modo, de que no

le era inmune.

El descubrimiento la hizo sentirse más viva y halagada que nunca.

Sin embargo, no todo fue fogsidad y felicidad. Poco a poco en su mente fue filtrándose una serie de imágenes del pasado que llegaron a confundirla hasta el extremo de no poder diferenciar la realidad con la fantasía. Y tomó a Rob por otro. Un camisón roto, una voz, unas manos ásperas e impacientes que le hacían daño y el rostro que se perfilaba en sus peores pesadillas. Eso fue todo lo que era capaz de advertir. Y la angustia y el terror comenzó a apoderarse de su ser mientras veía a Neil Bishop materializándose frente ella, besándola a la fuerza, acariciándola en lugares en donde ella detestaba que lo hiciera y tratando de hacerla suya.

Sintió náuseas y un grito irracional se le escapó de la garganta. Cadha comenzó a retorcerse entre los brazos de él con una furia animal y empezó a lanzar golpes sin ser consciente de donde daba. Aunque se trataban de dos hombres que nada tenían que ver entre sí, cuyos sentimientos por cada uno de ellos no podían ser más distintos, estaba reviviendo lo acontecido: seguía atrapada en su propia habitación, bajo el peso de su propia herida abierta.

Eran los besos de Rob que habían despertado aquel fantasma.

—¡No lo conseguirás, rata! —chilló a pleno pulmón—. Ni ahora ni nunca.

Él, desconcertado por una reacción que escapaba a toda lógica, quiso evitar que ambos se hicieran daño. Así que la soltó de golpe y se apartó de ella para dejarle espacio. Rob le habló despacio y con un tono relajado. Repetía su nombre sin cesar, tratando de calmarla, a pesar de que Cadha había dejado de luchar; tenía la mirada perdida y no lo escuchaba.

Erróneamente, lo atribuyó a un complejo de culpabilidad y al arrepentimiento por haberse dejado llevar.

Notó como si le clavarán miles de alfileres en las entrañas. Al contrario que Cadha, él sentía que acaban de compartir algo maravilloso, porque había despertado en él una loca pasión que no creía que pudiera seguir conteniendo.

No podía ser, razonó mientras la veía echar a correr como una loca por el camino en dirección a la mansión. Aquella no era una reacción típica de una dama ultrajada. Lo natural hubiera sido recibir una sonora bofetada, como mínimo, acompañada de unas palabras cargadas de resentimiento. En cambio, se había comportado de un modo exagerado y parecía estar presa del pánico.

Rob no la detuvo. Sería inútil tratar de hacerlo. Además, tenía un mal..., mal presentimiento.

Capítulo 15

Cadha volvió en sí justo cuando Rob la soltó y entendió, con estupor, lo que había hecho. Su mente seguía aturdida mientras le escuchaba pronunciar su nombre una y otra vez. Ella parpadeó un par de veces tratando de buscar algún sentido a su propia reacción y se dio cuenta que no podía enfrentarse a él en aquel estado.

¡Dios! No creía que pudiera hacerlo nunca.

¿Qué explicación podía darle a sus gritos y a sus puñetazos? ¿Qué había enloquecido solo por un beso?

Era humillante.

Incapaz de mirarle a los ojos o de permanecer más tiempo en su presencia, Cadha hizo caso a su instinto natural y echó a correr sin permitirse mirar hacia atrás ni una sola vez. Unos minutos después llegó a la casa con el corazón desbocado y el estómago revuelto. Se detuvo justo frente a una de las puertas traseras y trató de normalizar su respiración. De repente sentía una enorme debilidad por todo el cuerpo y el intenso palpitar de las sienes no hacía otra cosa que agravar su estado.

Se apoyó en la pared de ladrillos.

No solo se había comportado de un modo ridículo ante ese hombre, sino que se había dejado a sí misma en evidencia. ¡Confundir el beso de Rob con el ataque de Neil Bishop! ¿Cómo había podido ocurrir, si el momento estaba resultando particularmente delicioso y en verdad lo disfrutaba?

No, Cadha no era tan necia como para negarse lo que había descubierto: deseaba a Rob Cunningham, sus atenciones y sus besos. Entonces, ¿por qué salían a relucir sus antiguos miedos? Y sí, Cadha entendía que aún no lo había superado del todo. Si bien la mayor parte del tiempo no pensaba en ello y continuaba normalmente con su vida, solo parecía tomar conciencia del peligro cuando un hombre se acercaba demasiado a ella; entonces, todos los recuerdos regresaban con fuerza.

Al principio le había ocurrido lo mismo con él. Sin embargo, estaba empezando a vencer sus temores e inseguridades, ¿verdad? No necesitaba sentirse tan protegida y lo había demostrado quedándose a solas con Rob en varias ocasiones. No solo eso; además, le había tomado del brazo y permitido un avance inesperado.

Por no hablar del beso...

Cadha subió a su habitación con urgencia y llamó a una doncella para que le ayudara a desabrocharse el vestido. Se quitó todas las prendas y se puso el camisón antes de enterrarse bajo el peso de la colcha.

Sucedía que lo había estropeado todo ella solita.

Un insistente repiqueteo en la puerta de la habitación de Cadha las sorprendió a ambas. La menor seguía acostada y había declinado asistir a la cena alegando encontrarse enferma. Sabía que físicamente estaba bien, pero se sentía como si lo estuviera.

Morna le había llevado una bandeja con viandas variadas, que ni siquiera había probado.

Ayla subió a hacerle compañía un rato antes. Se acostó junto a ella completamente vestida, y comenzó a leer uno de los viejos libros que acumulaban polvo en la biblioteca. No le preguntó nada; simplemente leyó en voz alta y esperó. Ayla, consciente del talante de su hermana, y en contra de su habitual proceder, prefirió no presionarla para que le contase qué le sucedía, aunque sospechaba que Rob Cunningham era el motivo.

Si a Cadha le apetecía dar alguna explicación, adelante, porque ella no intervendría.

—¡Pase! —Ayla tomó la iniciativa antes de que su hermana tuviera tiempo siquiera de hacerlo, aun estando en la habitación de la menor.

Una sirvienta se deslizó dentro de la estancia. Y decía paranoica porque no dejó de mirar al corredor hasta cerrar la puerta, y sus ojos se posaron, escrutadores, en todos los rincones de la habitación.

No debía tener más de diecinueve años y prácticamente se había criado en la casa, ya que su tía la trajo al fallecer su madre, siendo una niña.

—¿Podemos ayudarte, Ann? —preguntó con tiento.

También había sido consciente del extraño comportamiento de la habitualmente pizpireta joven, que trabajaba en la cocina. Tenerla allí no era algo frecuente, por no decir que era la primera vez que la sirvienta pisaba aquella planta.

—He de hablar con ustedes, señoritas —murmuró con voz tan baja que apenas sí la oyeron.

—Por supuesto.

Cadha se levantó y la tomó de la mano, acercándola a una de las sillas del rincón. Por un momento se le cruzó por la mente que la joven pudiera haber sufrido un abuso del tipo que ella bien conocía. Parecía tan ansiosa...

—Aquí solo estamos nosotras —dijo al tiempo que se ponía una bata. Después apartó la silla del escritorio y la movió para sentarse frente a ella—. Puedes hablar con total confianza. Si tienes algún problema, no dudaremos en ayudarte. —La voz le tembló, pero solo Ayla pareció darse cuenta, dado la mirada extraña y comprensiva que le lanzó.

—Habla —la instó Ayla.

—Sé que no debí hacerlo —empezó excusándose—. Había partido todas las verduras y la carne estaba ya tier... tier-na —balbuceó—, así que pensé que no pasaría nada si salía un momento a tomar el aire antes de la hora de cenar.

Ni Cadha ni Ayla eran tan tontas como para no adivinar por qué Ann se había escapado durante unos minutos.

—¿Con Jimmy? —preguntó la mayor de las Singht. Ellas sabían que entre la sirvienta y el mozo de cuadra había un acercamiento de tipo romántico.

—¡No! —exclamó sofocada, pero se arrepintió al instante—. Tiene razón, estaba con él —confesó avergonzada—. Jimmy es un buen chico... —dijo tratando de defenderle.

—Eso está por ver —contestó Cadha impaciente.

Si había osado ponerle un dedo encima sin su consentimiento iba a colgarlo con sus propias manos.

—Lo es, lo es —afirmó asintiendo con energía. Podía estar metiéndose en un lío por haber osado subir hasta los aposentos de las señoritas para hablarles de la conversación que había

escuchado a escondidas, pero era muy importante que ambas lo supieran. Además, a Ann le preocupaba perder su puesto de trabajo. Era una joven huérfana sin mucha experiencia. ¿Y si el próximo dueño, el tal señor Cunningham, no confiaba en que pudiera hacer bien su trabajo? ¿La despediría?—. Tienen que entender que el muchacho es un poco fogoso... —Ann enrojeció y no pudo terminar.

—Continúa —la apremió Cadha con confianza—. Sea lo que sea.

—Los dos nos encontrábamos en un rincón un tanto resguardado, cuando de pronto escuchamos las voces del patrón y su invitado, que se acercaban.

Cadha se revolvió en su silla. ¿Qué papel jugaban Rob y su padre en aquella historia?

—¿El señor Cunningham? —preguntó llena de asombro.

—Sí, señorita. Creo que venían de las caballerizas —explicó ella—. Yo me asusté mucho porque nos encontraran en una situación tan comprometida y el tonto de Jimmy ni se enteró.

Jimmy no estaba pensando con la cabeza, dedujo irónicamente Ayla. Seguro que el joven debía haber estado concentrado en otros placenteros menesteres.

—¿Y?

—Creí que iba a morirme allí mismo —declaró con las manos temblorosas, reconociendo ser una tonta por jugarse el puesto por unos cuantos besos furtivos—, así que agudicé el oído para enterarme si nos habían descubierto. Y no fue así, gracias a Dios. Pero estaba tan pendiente de su conversación que un detalle me llamó la atención.

Tanto Cadha como Ayla se irguieron. ¿Qué sería tan terrible como para hacerla subir hasta la habitación y no esperar, por ejemplo, hasta la mañana siguiente? Aquel gesto indicaba que se trataba de un asunto de vital importancia.

Tuvo miedo a preguntarlo. Por suerte, su hermana tenía más valor.

—¿Qué? —inquirió la mayor con brusquedad. No quería pagarlo con Ann, pero no podía estar sentada ahí y mantener el suspense por más tiempo—. Dilo, por Dios.

Ann no se impresionó por su mal carácter. Estaba nerviosa, sí; por su situación con Jimmy y por lo que iba a decirles. Además, lo más probable era que la regañaran por pedirle a Morna que subiera ella a recoger la bandeja de la cena. Sobre todo porque no era una tarea suya y en la cocina todavía quedaban cacharros por fregar. Respecto a Ayla... estaba acostumbrada a sus estadillos. Había convivido con ellos la mayor parte de su vida.

—El señor Singht y el señor Cunningham estaban..., hablando de la venta de la propiedad. — Su tono, que comenzó siendo firme, poco a poco fue desinflándose.

Fue escuchar aquellas palabras y a Cadha el corazón se le saltó del pecho. ¡No podía ser!, se dijo. Si estaban refiriéndose a una venta, debía de tratarse de otro negocio y no de *aquella* propiedad.

Se dio cuenta de que su hermana permanecía en la cama sentada y sonriendo con aire de suficiencia. Se lo tomaba con tanta tranquilidad, porque obviamente Ayla tampoco lo creía.

—Te habrás confundido.

La joven sirvienta negó con la cabeza.

—Oí claramente a su padre decir la frase «Ahora que ya has estado en la isla, ¿vas a comprarla? Créeme, es lugar adecuado para retirarte».

El resto había sido confuso; no obstante, aquellas palabras se habían quedado grabadas en su mente. Estaba muy segura.

—Puede significar cualquier cosa —se quejó Cadha, no queriendo dar por buena la teoría. Tenía que haber un error en alguna parte, porque no existía ni una sola razón por la que su padre

fuese a considerarlo siquiera.

La Isla de Beith era el hogar de la familia.

Aun dudando de la veracidad de la información, seguramente alterada por los nervios de la muchacha, le agradecieron la lealtad. Para ellas era muy significativo que se hubiera dado prisa por ponerlas al tanto. Tenerla de su parte era justo lo que buscaban en un empleado. Así que le pidieron a Ann que guardara silencio y que regresara a sus ocupaciones. Si recibía un castigo o amonestación, ellas la respaldarían.

Una vez a solas, Cadha volvió a meterse entre las sábanas, semisentada sobre los mullidos cojines. Permaneció en silencio dándole vueltas a lo que ambas habían escuchado. Ayla, por su parte, continuaba sentada a los pies de la cama con la mirada fija en la tela estampada del dosel. Le costaba imaginarse la posibilidad de perder sus tierras, pero notaba una persistente aprehensión dentro de ella que no podía evitar expresar en voz alta.

—Reflexionemos, aunque sea durante un minuto, ¿quieres? —le dijo, dirigiendo la mirada hacia ella—. Sabemos que Cunningham no se ha confabulado con papá para casarse con una de nosotras.

Cadha vaciló. Le costaba hablar de Rob, pues aquella tarde seguía muy viva en su cabeza. Sus besos y sus caricias se arremolinaban en tropel, junto a la amarga percepción de haberlo enmarañado todo.

—Fue muy claro respecto al dinero —repuso con seriedad transcurridos unos segundos. Todavía podía recordar el momento en el que le confirmó que ella sería la última mujer a la que tomaría en consideración en un matrimonio de conveniencia.

El camino difícil, dijo.

Se había enojado entonces y seguía molestándole ahora. Si le costaba tanto tratar con ella, ¿por qué tomarse la molestia? ¿A qué venía tanta insistencia? Seguramente habría millones de mujeres con las que poder entretenerse y besuquearse. Ya le había demostrado que era un hombre apasionado; tendría ofertas tentadoras allá donde fuera.

No saber lo que se traía entre manos, lo que buscaba en ella, era una duda que la torturaba. Cadha se había esforzado por superar sus miedos, por confiar en una figura masculina, y ahora se cuestionaba el motivo. ¿Era víctima de la pasión? ¿Podía ser eso? Porque, a pesar de sentirse atraída hacia su persona, una parte de ella seguía aterrada ante la posibilidad de intimar con él.

Era inexplicable para ella desearlo y no desearlo al mismo tiempo.

—¿Hay alguna posibilidad, aunque sea remota —insistió Ayla—, de que lo que ha dicho Ann sea cierto?

—No lo sé —repuso llena de dudas. Rob le había hablado de algún negocio relacionado con su padre, pero si en aquel entonces hubiera sospechado que aquella charla resultaría de vital importancia, sin lugar a dudas hubiera prestado más atención.

—¿No puedes recordar un detalle tan importante?

—Lo siento —dijo más irritada que otra cosa—. No creerás que él me lo confesaría abiertamente. Si nos conoce un ápice, y creo que lo hace —afirmó con contundencia—, no se expondrá de ese modo. —Hubiera sido distinto si ambas hermanas no tuvieran un carácter tan difícil—. Sabemos con certeza que papá es más feliz en Edimburgo y que Rob desea retirarse a un rincón apacible. ¿Qué hayan hecho un trato? No lo veo posible...

Porque si se diera el caso, ¿a dónde irían y qué se suponía que iba a ser de ellas? No era solo un cambio de casa, sino de vida.

—Estoy contigo en cuanto a resistirme a creerlo. Papá no puede ser tan cobarde como para

actuar a nuestras espaldas —expuso Ayla—. ¡Sería una aberración!

Era extraño que, a pesar de su contundencia, fuera incapaz de tranquilizarse. Tuvo que levantarse y empezar a dar vueltas a la habitación mientras pensaba en ello. Y cuanto más lo hacía, más inquieta se sentía. Odiaba abogar por la parte contraria y se resistía a hacerlo, si bien en aquel punto estimó que era algo necesario.

—Si lo miras de otro modo —terció Ayla de nuevo—. Puede que papá se haya hartado de tener que ceder ante nuestros caprichos, o como sea que él los llame.

Cadha asintió, conforme. No era ningún secreto que deseaba verlas casadas como receta para apaciguar su temperamento. Que le dieran al menos media docena de nietos era un beneficio añadido. Sin embargo, él parecía no tener en cuenta que un esposo y dos hijas no había surgido el efecto esperado en su madre.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con la propiedad? —le preguntó sin saber a dónde quería ir a parar.

—¡Todo! —exclamó la mayor—. Porque para conseguir su objetivo, él va a apartarnos de lo que más amamos: estas tierras. Si nos lo oculta y las vende sin que sepamos nada, evitará las interferencias. Entonces será tarde para que nosotras podamos hacer nada.

La prudencia no era una palabra que soliera acompañar a Ayla, si bien la posibilidad de marcharse se presentaba tan aterradora que impedía que la joven estallara.

Por su parte, Cadha dio un respingo. Comenzaba a sentirse tan alarmada como su hermana. Ninguna de las dos había llegado a plantearse, hasta aquel momento, que sus acciones podrían tener consecuencias y que, sienta tan obtusas como testarudas, habían empujado a su padre a tomar aquella decisión, llegando a quitarles el control.

—Hay que actuar con rapidez —dijo levantándose de la cama y acercándose a Ayla. Si había una posibilidad de detener la venta, era ahora o nunca.

—Por eso te propongo que vayamos a preguntarle. Con suerte todavía estará despierto.

—No. Si es como tú dices, no nos dirá nada. Creo que papá ha llegado al límite con nosotras —admitió apesadumbrada—: la decisión de contratar un administrador cuando no era necesario, su postura inicial respecto a defenderlo, pasar por encima de nosotras y de nuestros deseos, la prohibición en cuanto a mantener alguna actividad de manejo de las cuentas... Nunca había hecho una cosa así.

Ayla sintió una punzada de culpa.

—¿El asunto de Reilly le habrá ayudado a decidir?

Su hermana no necesitó pensarlo. Sabía que no era así. Al parecer, ambas habían subestimado la necesidad de su padre de permanecer en Edimburgo. Era cierto que cada vez sus estancias en la ciudad eran más prolongadas y que permanecía en la isla solo en intervalos muy cortos. Sin embargo, dejarlas a ellas sin nada era bien distinto.

—No —negó Cadha—. Es una decisión tomada mucho antes de los altercados. Puede haberse estado gestando desde hace semanas, incluso meses.

—Sabes que hay otra persona que sabe la verdad, ¿no es así?

Lanzó a Cadha una mirada cargada de intención y esperó su respuesta. No era necesario que dijera el nombre de Rob Cunningham en voz alta; quedaba implícito. Sin embargo, sabía que su hermana comenzaba a tener sentimientos por aquel hombre y eso la detuvo. Su primer pensamiento había sido sacarle la verdad a golpes y hacerle confesar, pero hasta ella misma reconocía que eso era llegar demasiado lejos.

Cuando vio a Cadha desviar la mirada, se confirmaron todas sus sospechas.

—Está bien —aceptó con cierta reticencia—. Mañana hablaré con él y trataré de sonsacarle algo.

No era la respuesta que Ayla esperaba, así que tuvo que insistir, esmerándose por no parecer una zorra fría y sin corazón. Una tarea imposible, al fin y al cabo, ya que lo que pretendía decir a continuación, no tenía ni un ápice de sensibilidad.

—No podemos esperar tanto. Recuerda que puede que sea demasiado tarde —expuso con toda la lógica de la fue capaz. Mejor actuar precipitadamente que lamentarlo después—. Lo mejor es que vayas a su encuentro y te comportes de un modo... abierto y cariñoso, puede que eso le incite a hablar con libertad.

Ayla se interrumpió, partiéndosele el alma por tener que pedirle un favor de esas características. Era como mandarla a la boca del lobo y, aunque no era insensible a su dolor ni a lo que había sufrido, no había otro modo. Porque mandarla a ella misma hubiera sido un desperdicio: en ningún momento había percibido en Rob algún tipo de atracción hacia su persona y, por tanto, podría ser inmune a sus encantos.

En cuanto a Cadha... apostarí una libra a que no.

En un abrir y cerrar de ojos, el rostro de su hermana pequeña se desencajó. Estaba lívida y temió que fuera a desmayarse. Fue a tomarle de la mano para transmitirle que estaba de su parte, mas ella se apartó y le dio la espalda.

—¡No puedo creer que te atrevas a proponerme eso! —exclamó haciendo revuelo. Después se volteó de nuevo y la encaró—. ¿Se supone que debo ir a su habitación para seducirle? —logró preguntar casi tartamudeando—. ¿Es que te has vuelto loca?

De repente, Ayla notó como la estancia se encogía hasta hacerse asfixiante y temió que su imprudencia abriera una brecha en la idílica relación con su hermana.

—Es solo un ardid para estar seguras de lo que pretende papá —le explicó ella con premura—. Una distracción, al fin y al cabo. Confío en tu sangre fría y tu buen hacer.

La risa hilarante, mezclada con pánico, brotó de la garganta de Cadha.

—Gracias —musitó sarcástica—. Estoy más tranquila así.

Advirtiendo que la situación podía tornarse hostil, la mayor de las Singht hizo cuanto estuvo en sus manos para convencerla. Por una vez se habían cambiado las tornas y ahora era ella la que se veía en la obligación de mostrarse madura y conciliadora. Por ello, invocó a su espíritu combativo y al de superación, a la rabia y al empeño, pero sobre todo, puso especial cuidado en remarcar la unión que mantenían con la casa, con las tierras y con toda la gente que dependía de ellas. Si Rob Cunningham compraba la propiedad, ¿tendría cabida en ella mujeres repudiadas, ladronzuelos reformados, niños sin padres o un antiguo esclavo negro?

Cuando la respuesta se mostró nítida como un cielo despejado, ambas hermanas supieron lo que debían hacer: combatir con todas sus armas.

Tras el suave golpe en la puerta, Rob se levantó despacio y la abrió un palmo, con extrema cautela. No esperaba a nadie, pero (el fantasma) Claud ya lo había visitado antes y no estaba

dispuesto a dejarse engatusar de nuevo. No es que esperase toparse frente a frente con un belicoso y terrorífico espectro, eso lo dejaba para los incautos, pero tampoco creía encontrarse cara a cara con la aparición de una etérea y delicada figura plantada en el umbral.

Se detuvo, embobado, con el pomo en la mano. Por Dios, aquella bendita visión no podía compararse con nada de lo que hubiera presenciado antes. Su cabello suelto, lustroso y ligero, enmarcaba un rostro demasiado hermoso como para pasarlo por alto. Él iba completamente vestido. En cambio, Cadha llevaba una bata.

No había que tener más que dos dedos de frente para adivinar lo que llevaba debajo.

Decir que aquella visita le sorprendía era quedarse corto. Cadha había desaparecido tras el beso de esa misma tarde, y ni siquiera había bajado a cenar. Y de repente se presentaba en su alcoba ataviada con unas insinuantes ropas que podían hacer enloquecer hasta el más íntegro y púdico de los hombres.

Y él ni era un santo ni un majadero.

Bien era cierto que iba cubierta del cuello hasta los pies, mas su imaginación era demasiado viva como para conformarse con admirar la recatada pieza. No, su mente febril jugaba con él como si fuera un simple títere y Rob ya podía saborear su piel como si la tuviera entre sus brazos.

—¿Puedo pasar? —murmuró ella con una voz aterciopelada que le hizo vibrar entero.

Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para contenerse y tomar el control de su cuerpo. Se revolvió dentro de sus propios pantalones. ¿Cómo podía su aspecto y su voz excitarle con tanta facilidad? Era un tanto embarazoso la falta de dominio que demostraba. Al parecer, la experiencia con el sexo opuesto no le servía de nada tratándose de Cadha, porque en un abrir y cerrar de ojos había conseguido cautivarle.

Se preguntó si debía advertirle del grave peligro que corría penetrando en un territorio hostil. Pero por otro lado, ¿él no corría peligro, también, inmovilizado por el influjo de sus seductores ojos?

Tras un corto silencio, Rob asintió despacio, barajando sus opciones. Sería tanto una tortura como un placer tenerla en su habitación. Solo por si acaso, se aseguraría de mantener la distancia todo lo posible, no dejándose vencer por la tentación.

Rob se echó a un lado, invitándola a entrar. Ella vaciló casi imperceptiblemente y después compuso una sonrisa cargada de una seguridad fingida.

—No puedo disimular lo mucho que me sorprende verte —le hizo ver sin moverse ni un ápice. Su cuerpo se mantenía rígido y su mirada era tan lúcida como penetrante—. No era lo que tenía pensado, dado el modo en que terminó todo entre nosotros.

—Lo sé —admitió ella—. Y te mereces una aclaración.

Rob no hizo comentario alguno sobre el repentino tuteo. Trataba de asimilar que la Cadha que él conocía había alterado su comportamiento hasta a atreverse a ofrecerle una explicación, de noche, y en su propia habitación; la de un hombre soltero.

Si estuviera tan concentrado como era habitual en él, no habría pasado por alto las señales; sin embargo, cierta dama lo despistaba con una facilidad pasmosa.

—Adelante —dijo, cerrando la puerta tras de sí—. Me muero de curiosidad.

Cadha tragó saliva, acobardándose de repente. Las rodillas empezaban a temblarle y el corazón le latía desbocado. Por un momento creyó que, si abría la boca, saldría de ella un graznido en vez de palabras.

Debería haber hecho caso a la razón y no a Ayla. Estaba más loca que su hermana por haber aceptado correr semejante riesgo. Y saber que esta permanecería cerca por si la necesitaba, no

ayudaba a calmar sus nervios. Le había dicho que con un grito sería suficiente para hacerla correr en su auxilio. Ahora ella se preguntaba, ¿cómo podría gritar, si notaba la garganta seca?

Se sentía como una farsante acudiendo a él para tratar de embaucarle. ¿Cómo se suponía que debía seducirle para conseguir aquella información sobre la propiedad si carecía de experiencia? ¿Debía sonreír como una boba, adoptar una postura de genuina expectación o hablar con voz coqueta? No sabía lo que a Rob le atraería. Estaba perdida en ese sentido. Además, él no ayudaba en la tarea. Estaba demasiado serio y rígido como para sentirse confiada.

Así que dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Lo de antes... Bueno, no era el mejor momento para...

Ante el titubeo, Rob alzó una ceja.

—¿Besarte? —preguntó secamente.

No parecía muy complacido porque le costara tanto expresarlo. Para él, el beso fue un momento especial y pensaba que estaba venciendo las reticencias de Cadha. A lo mejor por ello no estaba preparado para que terminara de un modo tan irracional y contundente.

Era frustrante. Y seguía sin comprenderla.

—Esto... sí —dijo ella—. Estaba molesta.

—¿Y ya no lo estás? —Cadha negó, moviendo la cabeza de un lado al otro. Rob dio un paso hacia adelante. Solo uno, pero su mirada felina era demasiado aguda y amenazante como para hacerla sentir segura. Él estaba tomando el control de la situación, justo cuando debía ser ella quien lo hiciera—. Entiendo, entonces, que si te besara ahora, no gritarías ni pelearías —adujo.

Cadha tomó aire de golpe, atrapada por sus propias palabras. Aquel hombre era demasiado peligroso para su propio bien. Hubiera preferido tener que sonsacarle información a cualquier mequetrefe de los que iban con su padre. Alguien a quien pudiera manejar. En cambio, Rob la alteraba de un modo inimaginable y, a pesar de la tensión del momento, no podía evitar recordar esos labios cálidos y acogedores que invitaban a cometer locuras.

Estaba dispuesta a salir corriendo si se acercaba más. No porque sintiera un temor real a que él la atacara. Rob Cunningham podía ser muchas cosas, pero estaba segura de que nunca tomaría la virtud de una mujer sin su consentimiento. Lo que en realidad le preocupaba eran sus propios debates internos y reacciones, las cuales podían llevarla a caer rendida a sus pies.

Cadha trataba de ser rígida en ese aspecto y no dejarse vencer. Se decía a sí misma que Rob no era un hombre para ella y que lo sucedido con Bishop seguía demasiado reciente como para embarcarse en una experiencia sexual. Pero entonces pensó en lo confortables que eran sus brazos y el deleite de sus caricias, y comenzó a notar un calorcito que le calentaba el cuerpo.

Con tantas idas y venidas y cambios de parecer, solo podía llegar a la conclusión de que tenía miedo de sus propios deseos.

—¿No vas a preguntarme por qué lo estaba? —logró decir, haciendo un intento por aclarar su mente y su corazón.

—¿Debería?

La repentina sonrisa de Rob provocó en ella un sofoco y todas sus intenciones se fueron al traste.

Era demasiado tarde, ya estaba atrapada. Pero, tras unos segundos de indecisión, aprovechó para dar un giro a la conversación y centrarse en el verdadero motivo por el cual estaba en su habitación.

—Sí, deberías. Porque es tu culpa —afirmó ella—. Verás, acababa de enterarme del motivo real de tu visita a la isla, de las intenciones de mi padre y de la venta de la propiedad. Y de

repente, tú me besaste y todo se revolvió dentro de mí.

Cadha fue muy precisa a la hora de elaborar la explicación, dando por hecho que lo sabía. Si Rob iba a confirmarlo o desmentirlo, no debía quedar ninguna sombra de sospecha. Esperaba que él no reparara en el sinsentido y en la poca coherencia de la mentira: su talante al encontrarse aquella tarde no tenía nada que ver con el enfado. ¿Por qué si no, consentiría en tomarlo del brazo?

Esperó en silencio a que él negara o afirmara saber de lo que estaba hablando. Una expresión de sorpresa también le hubiera valido. Eso despejaría muchas dudas y aquella noche podría dormir sabiendo su hogar a salvo. En cambio, no encontró nada de lo que estaba buscando. El rostro de Rob se había transformado en una máscara de granito; dura, lisa y sin emociones.

Una fría y lúgubre decepción se apoderó de ella al comprender que Ann estaba en lo cierto: tanto Rob como su padre la habían traicionado. Y no sabía si le dolía más la mentira de uno u otro.

Cadha hubiera podido esperar que naciera en ella una colérica rabia dispuesta a hacerle pagar todos y cada uno de sus embustes. ¡Qué patética debió resultarle cuando creyó que pretendía casarse con ella! En medio de aquella supuesta confusión, Rob tenía muy claras cuáles eran sus intenciones. Sin embargo, y a pesar de ello, sentía un inmenso vacío en su interior. En un abrir y cerrar de ojos la habían despojado de aquello cuanto amaba; y lo habían hecho los dos hombres más importantes en su vida. Sí, porque no había nadie a quién engañar: Rob Cunningham tenía un significado especial y se había infiltrado en su vida de un modo que no hubiera imaginado nunca.

Fue la expresión de desolación o los ojos de Cadha humedeciéndose lo que hizo que Rob reaccionara. Acababa de comprender que ella le había tendido una trampa y, aun sin ofrecerle una respuesta, le había confirmado sus sospechas. Cómo había llegado a saberlo no fue lo que le preocupó entonces. Tenía demasiado miedo de haber estropeado la opinión que tenía sobre él y las previsibles consecuencias: Cadha iba a odiarlo de por vida.

—No lo sabías, ¿cierto? —murmuró suavemente tratando de contener la agitación del pecho—. Debes saber que no era mi intención hacerte daño.

Aunque el engaño había contado con su colaboración, sus palabras no podían ser más sinceras. Si hubiera un modo de tener ambas cosas y complacer a todos...

Cadha le lanzó una mirada acusatoria cargada de resentimiento. Que no presentara batalla no significaba que lo perdonara.

—¿Por qué debo creer una sola palabra? Llegaste a la isla para... —Frunció el ceño, tratando de aclarar sus pensamientos—. ¿Para qué, para exhibir con orgullo tu nueva adquisición? —preguntó ella—. Y mientras tanto te llenabas la boca aconsejándome sobre mi juventud y mi futuro. ¡Por supuesto que lo hacías! —se contestó a sí misma— ¡Allanabas el camino para la estocada final!

—Estás completamente equivocada —se defendió y para ello tuvo que explicarle cómo sucedió todo. El primer encuentro con Elliot, los demás que le siguieron, las conversaciones sobre negocios, familia y la amistad que derivó de ello. Fue semanas más tarde cuando le hizo aquella proposición y solo porque sabía que Rob andaba buscando adquirir una propiedad rentable en la que establecerse.

Que él supiera, no le había ofrecido la isla a nadie más.

Antes de aceptar acompañarlo para tantear el terreno, Rob meditó sobre ello y sobre la conveniencia de ocultárselo, puesto que Elliot ya le había hablado detalladamente del carácter de sus hijas. Sinceramente, entonces creía que estaba haciendo un favor a ambas. Su amigo insistía en que necesitaban expandir sus horizontes y como él todavía no se había comprometido a comprarla,

resultaba una petición racional. Pero si entonces tuvo sus dudas, podía afirmar con rotundidad que en aquel momento no sabía qué hacer, porque le gustaba el lugar, los paisajes y el aislamiento. La casa necesitaba de unas reparaciones, aunque en general resultaba favorable. Si no había firmado ya era porque eso significaba perjudicar a Cadha.

Ella tuvo la paciencia de escucharle en silencio, pero por su expresión sabía que no había logrado convencerla.

—Me confundes —se quejó con acritud. Se expresaba de un modo en el que parecía no querer desilusionarla, pero sus acciones no lo demostraban en absoluto—. ¿No ves que eres el causante de todos mis males? —O por lo menos lo sería cuando sellara el trato con su padre—. Sin la venta de por medio las cosas podrían haber sido distintas.

Cadha habló casi sin pensar y la última frase fue un reflejo de sus volátiles sueños. Lo que sucedía es que no deseaba decirlo en voz alta y quedar en evidencia frente a Rob. Él, en cambio, tomó sus palabras con sincero alivio. Era un alivio escucharla decir que albergaba alguna esperanza respecto a ellos. No importaba lo tenue que fuera.

Ron asintió, conmovido porque ella dejara translucir semejantes sentimientos y su expresión se dulcificó hasta el extremo de mirarla con cariño. Era normal que mostrara resentimiento, pero Cadha no adoptó la fría postura que solía mostrarle. Tampoco estalló como lo hubiera hecho su hermana. Aquella magnífica mujer estaba dolida, más que nada. Aunque tampoco se engañaba, ante sus ojos él había cometido un grave pecado y por ello trataría de alejarlo.

Santo Cielo. ¿Qué iba a hacer con ella y por qué le importaba tanto?

—¿Cómo de distintas? —se interesó él, tratando de alejarla de cualquier sentimiento hostil.

—No lo sé —logró murmurar Cadha. Seguía turbada respecto al modo de comportarse de Rob. Él había tomado la situación con relativa calma; no alzó la voz, hablaba con relativa ternura y sus ojos tenían un brillo de arrepentimiento. Era terrible porque, ¿cómo podía odiarlo, entonces? Él se empeñaba en hacerle las cosas más difíciles y tanto en su corazón como en su mente se libraba una dura lucha que amenazaba con arrastrarla hasta los caminos más oscuros.

—Aunque no me creas, tú significas mucho para mí. Quiero ofrecerte consuelo hasta que desaparezca toda la tristeza de tu rostro —declaró—. Por un momento deja de pensar en mí como el malvado ogro que quiere arrebatarte el hogar —Rob sonó tan genuino y persuasivo que ella temió estar ablandándose—. Cierra los ojos, respira profundo, siente...

Cadha no supo por qué lo hizo, pero terminó obedeciéndole. Quizás porque necesitaba unos minutos para pensar con tranquilidad o porque a pesar de ordenárselo, sus pies se negaban a marcharse. O debía ser porque sus palabras tenían un influjo poderoso al que era incapaz de resistirse. Fuera cual fuera la respuesta, ella no se resistió. Cuando la atmósfera de la habitación se tiñó de un invisible manto de sensualidad, quedó a la expectativa.

El primer roce llegó con tanta suavidad que pensó que se lo había imaginado. El segundo fue igualmente sutil, pero tuvo la virtud de no interrumpirse. Cadha dio un respingo al notar las manos de Rob subiendo por la curva de su espalda. No había percibido como él se había ido acercando, pero en aquel instante fue consciente de su respiración pausada, de su aroma masculino y mil cosas más que la dejaron en un estado de aturdimiento. Siguió con los ojos cerrados durante un buen rato más, concentrada en disfrutar de todas las sensaciones que la invadían. Cuando él comenzó a moverse con más osadía y a ofrecer más presión sintió que el calor de sus manos penetraba a través de la tela que los separaba, abrasándola. Con unas palpitantes ansias abrió los ojos y levantó la barbilla con firmeza. No iba a rogarle que le diera un beso, si bien lo deseaba con todas sus fuerzas.

Rob la miró con una profundidad que hizo que le saltara el corazón. Sus ojos adquirieron un tono cristalino y casi pudo verse reflejada en ellos. Tragó saliva y esperó que el temblor de sus labios no hiciera que él retrocediera. No deseaba que lo confundiera con miedo, así que solo se atrevió a suspirar de alivio cuando la boca de Rob se acercó, dándole una cálida bienvenida. Sus labios no mostraban rudeza ni exigían una recompensa; más bien se movieron despacio y delicadamente hasta conseguir engatusarla. La besaba, la acariciaba y se retiraba, para regresar inmediatamente a su cometido. Y era una sensación tan mareante que tuvo que apoyarse en su torso para no tambalearse de un lado al otro.

De repente, reparó en que no era la mujer fría y desapasionada que siempre había creído. Simplemente, en el fondo de su corazón, había estado esperando que apareciera el hombre adecuado.

En el momento que la bata cayó al suelo, Rob la tomó dulcemente en brazos y la depositó en la cama. Echó un vistazo al camisón, que se fundía perfectamente con su cuerpo, dejando al descubierto cada una de sus tentadoras curvas.

Se inclinó sobre ella.

—Solo voy a tocarte —le avisó él.

—Yo pienso hacer lo mismo —le informó ella con una sonrisa satinada. Mientras se incorporaba para soltar los cuatro botones de la camisa de Rob y forcejeaba tratando de quitársela.

Toda su experiencia se reducía al beso compartido aquella misma tarde y del que había huido despavorida. Pero como por arte de magia, la inocencia parecía haberse esfumado y un estado febril se apoderó de Cadha. Su piel ardía, encendida. Tanto, que pensó que no era ella la que se movía; no era ella la que ansiaba. Debía tratarse de otra persona distinta que había poseído su cuerpo, porque no se reconocía. Deseaba contemplar a Rob desnudo; el magnífico y viril cuerpo que yacía escondido tras aquella elegante ropa de caballero; tocarle como él estaba haciendo con ella; hacerlo enloquecer de placer.

Siendo más osada de lo que jamás hubiera creído posible, Cadha depositó un beso cargado de promesas sobre el torso desnudo de Rob e hizo que él soltara una serie de tenues jadeos que la enloquecieron. Podía no ser una mujer taimada, y lo que venía a continuación era mucho más íntimo que unos cuantos besos y caricias, pero con ella al control, sin nadie forzándola, se creyó preparada para arriesgarse, pues el efecto afrodisíaco era demasiado potente como para dejarlo pasar.

Por primera vez deseaba estar justo en el punto donde se encontraba.

Acto seguido, y con la respiración entrecortada, le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí, estirándose ambos sobre la cama. Rob estaba encima y ella apenas notaba su peso, pues estaba demasiado distraída retomado la laboriosa tarea de besarle. Instintivamente abrió las piernas y notó como Rob encajaba perfectamente entre ellas. Cadha sabía lo que ocurría entre un hombre una mujer, pero no estaba preparada para desearlo con tantas ansias.

Hasta ella misma se sorprendió al soltar un profundo gemido que resonó en la habitación. El deseo era demasiado intenso para resistirse. Iba a entregarse a él. Estaba decidido.

No era un mal plan. Lástima que no pudiera llevarse a cabo, porque Cadha no contaba con la persona que la esperaba al otro lado de la pared, justo en el pasillo y que había jurado protegerla.

Sin previo aviso, la puerta se abrió de golpe y pudo escucharse:

—¡Quítele las manos de encima, malnacido!

Capítulo 16

Apostada junto a la puerta, a punto de morderse las uñas a causa de la tensión que le provocaba la espera, Ayla escuchó alto y claro un gemido femenino y sus sentidos se pusieron alerta. Había vivido una experiencia similar meses atrás, con un resultado que iba a arrastrar cada día de su vida.

Esta vez tampoco se detuvo a pensar un plan para salvar a su hermana. Esta vez, como aquella, se lanzó sin medir las consecuencias. Le había prometido a Cadha que no la abandonaría en su misión por descubrir si el señor Cunningham iba a comprar parte de la isla. Bastaba una señal, e iría a liberarla de las garras de aquel diabólico caballero que las había engañado vistiendo la piel de un cordero.

Aquel gemido, brotado de labios de Cadha, fue todo lo que necesitó para acudir a su rescate.

—¡Quítele las manos de encima, malnacido! —gritó a pleno pulmón en cuanto traspasó el umbral con una furia que conocía muy bien, y que la empujaba a ser capaz de cualquier cosa. Incluso a cometer locuras.

Era una pena que nadie le hubiera advertido que las circunstancias habían cambiado, tornándose más favorables para su hermana menor.

Y ya era tarde para remediarlo.

El primer instinto de Cadha, en cuanto separó los labios de Rob y miró hacia la puerta con el rostro lleno de estupor, fue esconderse como pudo tras el cuerpo de él, buscando su protección. Se sentía impúdica por haber sido pillada *in fraganti* retozando en la cama, apenas cubierta con el fino camisón. Unos minutos después y hubiera encontrado a ambos desnudos, siendo el bochorno colosal.

Ni siquiera notó una pizca de alivio porque fuera su hermana, y no otra persona, la que hubiera entrado en la habitación. Una humillación era una humillación al fin y al cabo y la palabra vergüenza quedaba muy corta para describir su estado.

Deseaba desaparecer.

—¡Te he escuchado gritar! —exclamó Ayla algo indecisa y sin saber qué hacer. En realidad, ¿a quién hablaba? El ambiente estaba tan tenso que podía cortarse con un cuchillo; y para colmo su hermana había desaparecido tras el torso bien esculpido y desnudo de Rob Cunningham.

Todo había ocurrido en la brevedad de unos segundos, aunque ciertamente no era lo que esperaba encontrarse. No había gritos (más que los suyos), ni llanto, ni histerismo. Cadha no había tratado de zafarse de Rob y él no intentaba retenerla.

—¡Cadha! —la llamó—. ¡Te he escuchado gritar! —repitió esperando una respuesta.

Desde una posición nada aventajada, Cadha enrojeció hasta la raíz del cabello. No. Estaba equivocada. No la había escuchado gritar. Si acaso gemir, que era muy distinto. Pero no era el lugar ni el momento para aclaraciones. Con reticencia, esta asomó la frente y los ojos por encima de Rob, con la nariz apoyada en su espalda. ¡Dios! A saber lo que le haría su hermana cuando se enterara que había estado confraternizando con el enemigo.

—¿Ayla, se puede saber qué haces aquí? —le exigió saber Rob, reaccionando por fin. Se incorporó y quedó sentado sobre la cama mientras se pasaba una mano por el cabello. Trataba de poner su mente en funcionamiento, obnubilada por la fogsidad de su cuerpo.

Incluso en aquella situación tan comprometida y escandalosa, no podía dejar de maldecir por la inoportuna interrupción. Primero, porque no estaba seguro que Cadha volviera a ofrecerle semejante oportunidad; y segundo, porque no se encontraba en las mejores condiciones para lidiar con Ayla. Su miembro seguía endurecido.

Lo que le intrigaba era cómo se las había apañado para aparecer justo cuando había derrotado las inhibiciones de la menor de las Singht.

—¡Protegiendo a mi hermana de una violación, por supuesto! —contestó con un timbre de voz que comenzaba a resultar muy irritante.

Al momento, el semblante de Rob se ensombreció, mientras que Cadha ahogaba una exclamación de desaliento.

—Señorita, tiene una impresión equivocada —la corrigió con relativa calma.

¡Una violación! ¿Cómo diantres había podido llegar a una conclusión tan desacertada? Se preguntó Rob con cierta perplejidad. ¿Sería fruto de una imaginación desbordada? Porque podía entender que Ayla se mostrara defensora de la virtud de su hermana y que hiciera cuanto estuviera en su mano para protegerla del libidinoso deseo de Rob. Cadha era una dama inocente respecto a los asuntos carnales y él ni siquiera se había detenido a evaluar las posibles consecuencias de tomar su virginidad. De ahí a que lo acusaran de tratar de violarla había una distancia más que considerable.

—¡Equivocada! —repitió ella, embobada, tras lo cual se recuperó rápidamente y su estado de ánimo fue tomando un cariz mucho más beligerante—. ¿Negará en mi cara que tenía sus zarpas puestas sobre mi hermana? —se sorprendió ella misma—. No sé por qué le tuve un voto de confianza y no lo vi venir. ¡Es usted un ser bajo, rastrero, miserable y ruin! De la peor calaña que haya conocido.

Rob no supo qué decir para tranquilizarla y aguantó la ristra de insultos con todo su mejor talante. Le habían llamado cosas peores. Trataba de ser comprensivo con ella y justificarla, puesto que su reacción tenía cierta razón de ser. No obstante, no pudo evitar que la incomodidad se apoderara de él. Era la primera vez que se encontraba en un aprieto de ese tipo.

—No sabes de lo que hablas —la intervención de Cadha fue bienvenida para todos los presentes. La joven pretendía evitar que su hermana se caldeara más de lo que estaba, puesto que cuando Ayla empezaba a hervir resultaba un torbellino imposible de detener—. Y baja la voz, ¿quieres? Vas a despertar a toda la casa.

Ayla abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Me importa un comino! —le espetó con incompreensión. Le resultaba difícil entender la postura de Cadha. Ambas deberían haber aprendido lo suficiente de su experiencia con Neil Bishop: terminó con su vida porque fue el único modo de detenerlo. El caso que las ocupaba en aquel momento era distinto. Rob no había emprendido violencia contra ella para hacerla silenciar, por lo que se dijo que sería el momento idóneo para que su padre se desengañara sobre la clase de tipejos que resultaban ser sus invitados.

Esta vez dejaría que fuera él quien buscara el castigo adecuado para su amigo.

—Cierra la puerta y hablemos como personas civilizadas —le pidió Cadha antes que se congregaran en la habitación todos los sirvientes de la casa—. Si me dejaras explicarte...

Como venía siendo habitual en ella, Ayla se precipitó.

—Oh, cariño —murmuró—. No eres tú quien debe dar explicaciones, sino este desalmado. Ven conmigo —dijo abriendo el brazo para que se acercara—. Papá se hará cargo.

La propuesta no fue tan bien recibida como ella creía. Cadha palideció más de lo que estaba.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó en un resuello—. Solo podría empeorarlo más.

Ayla se preguntó cómo podría ser posible eso si su hermana ya había sufrido dos abusos de manos de dos hombres distintos. Entendía que se sintiera avergonzada ante la posibilidad de confesárselo a su padre, pero ella misma no se creía capaz de escondérselo de nuevo.

Fue Rob quien contestó por Cadha.

—Tengo una gran parte de culpa en esto y la asumiré de inmediato. Sin embargo, solo si dejaras de mostrarte tan obstinada y nos escuchas comprenderías que yo no estaba forzando a tu hermana a nada —dijo sin desviar la mirada de los ojos de la joven—. ¿Comprendes? Es una acusación que no se sostendría ni tan siquiera unos segundos.

Cadha asintió y de los labios de Ayla brotó un «oh» mudo. Su rostro se desencajó y perdió toda la fuerza de golpe. Dejó de escuchar las palabras de Rob. Era una conmoción para ella enterarse que su hermana estaba en esa cama por voluntad propia. Había tenido que convencerla para que fuera hasta aquella habitación y, ¿de pronto se sentía tan desinhibida y desenvuelta como para darse un revolcón? ¿Dónde estaba la voz de la razón y los principios de Cadha? ¿No veía que aquel hombre se había convertido en el enemigo de ambas? ¿O es que se le estaba olvidando que por su culpa iban a perderlo todo?

Sintió como si le hubieran dado una patada en el hígado y volvió a enfurecerse, solo que esta vez por una razón distinta.

—Maldita sea, Cadha. ¿Es que te has vuelto majareta? —soltó con una cruel dureza al sentirse traicionada. Ella había ido a la habitación a ciegas, sin haber corroborado siquiera la información de Ann, pero eso no era motivo suficiente para sentirse como si le hubieran abierto una herida. Era demasiado impulsiva como para pensar las cosas con lógica y calma. Dio todo por hecho—. ¿Cómo has podido pensar siquiera en enredarte con este rufián que va a dejarnos en la calle? Papá se embolsará una fortuna, pero nosotras nos veremos obligadas a vivir en Edimburgo, encerradas entre cuatro paredes, sin aire limpio y puro, sin las tierras verdes, sin libertad —dijo arrebatadamente, sin apenas respirar—. Te dije que debías sonsacarle la verdad, mostrarte persuasiva y coqueta. ¡No era necesario llegar a tales extremos!

Cadha notó como los músculos de Rob se tensaban y maldijo para sus adentros. Salía de un lío para meterse en otro.

—Te informaré que ha cumplido con lo que le pediste, así que ya tienes tu confirmación —dijo él en el tono más duro que Cadha había escuchado nunca—. En cuanto a ti —Rob se levantó lentamente con la gracia de un felino, se giró hacia ella y se detuvo un instante a contemplarla—. Buen trabajo.

Cadha se mordió el labio bajo su escrutinio. Se había dado cuenta que en sus ojos había desaparecido todo rastro de ternura y que, para su asombro, lo extrañaba. Además, podía percibir su decepción porque creía que había estado usándolo, pero no se había detenido a pensar que dejó que la besara cuando ya sabía la verdad; no antes.

A pesar de que aquella no era una felicitación de la que debiera sentirse orgullosa, su hermana tenía toda la razón culpando a Rob. Era ella la que había tomado un desvío acaparando su atención...

—No tienes ningún derecho a sentirte ofendido. He sido clara y transparente. Siempre —aseguró ella—. Casi —rectificó después, sintiéndose un pelín culpable.

Rob debió pensárselo mejor, porque su rostro se destensó e incluso tuvo la desfachatez de sonreír.

—Tú me has mentido y yo también, así que dejémoslo en tablas.

Ayla pensó que aquella situación rayaba lo absurdo. Nada salía según lo previsto y en medio de tanto reproche, aquel par no dejaba de mirarse con ojitos. La única a la que parecía no habersele pasado el enfado era a ella, porque seguía dolida. Su hermana era libre de hacer lo que quisiera con su cuerpo y se alegraba de que al fin se hubiera liberado del fantasma de Neil Bishop, pero ¿con Rob Cunningham? Él no contaba con su aprobación y no iba a permitir que sucediera nada más entre ellos.

Iba a dejar muy clara su postura cuando una voz se escuchó a su espalda que la hizo estremecerse.

—Ejem.

La situación se volvió más complicada de lo que estaba siendo con la aparición de Elliot Singh. Rob iba medio desnudo y Cadha solo con camisón, puesto que su bata seguía tirada en el suelo, al igual que la camisa de él.

En conjunto, ambos ofrecían un espectáculo ingrato para cualquier padre.

Cadha contempló con pánico la puerta, mientras su hermana permanecía con los brazos en jarra y con una expresión severa. Cuando se hizo a un lado para dejar pasar a su padre, ella lanzó un grito y corrió hasta su bata, tapándose ante la mirada acusatoria de su progenitor.

Rob dio un paso al frente.

—Elliot.

—Cunningham—Rob se percató del cambio operado en su amigo, ahora mucho más formal.

De un talante relajado y alegre, Elliot solo daba muestras de tensarse cuando sus hijas estaban de por medio. Y aquella vez no era una excepción, solo que la postura severa y los puños apretados tenían razón de ser.

Más que nunca.

Dio gracias porque por lo menos no llevara una pistola consigo; seguramente fruto de la precipitación tras escuchar los gritos de su hija mayor. Eso jugaba a su favor y le daba tiempo a formular su defensa.

—Vamos a calmarnos—dijo a pesar de que todos estaban en el más absoluto silencio— y a explicar las cosas. —Elliot estuvo de acuerdo, aunque llegados a ese punto las explicaciones sobraban. Él también había sido joven y sentido impulsos, pero nunca se había atrevido a comprometer a una joven. A pesar de no encontrarse en la posición de negociar, Rob le puso una condición—. Preferiría hacerlo a solas.

—Está bien—la voz de Elliot sonó contenida, porque hacía un esfuerzo por mantener la cabeza fría. Cadha, en cambio, quería estar presente si había algo que decir. Aunque estaba avergonzada.

—Papá...

—Ahora no—la cortó, lanzándole una advertencia—. Marcharos de inmediato a vuestras habitaciones. Hablaré con las dos por la mañana.

Era difícil discutir con él cuando sabía que tenía razón, por lo que terminó aceptando su orden sin discutir.

Elliot Singh esperó a que sus hijas le obedecieran y cerró la puerta a su espalda, pues no necesitaba más testigos de un momento que podía calificarse como bochornoso. Se pasó una mano por la despejada frente y se masajeó las sienes. Desde hacía años, sus hijas venían siendo un constante dolor de cabeza que no remitía. No importaba cuanto empeño pusiera en atenderlas, ellas encontraban uno u otro motivo para poner a prueba su paciencia. Estaban demasiado consentidas, ese era el verdadero problema. Quiso compensar la pérdida de su madre con caprichos y había terminado siendo blando y permisivo con ellas.

Ya no sabía si lo sucedido aquella noche era el colmo o la solución a todos sus males.

—Sabes lo que hay que hacer. —Por supuesto, no era una pregunta, sino más bien una confirmación.

—Sí —contestó Rob mientras localizaba su camisa en el suelo y se la metía por la cabeza. El chaleco, que descansaba en el respaldo de una silla desde antes de la llegada de Cadha, siguió el mismo camino. Se sentía incómodo teniendo que enfrentarse a su amigo estando semidesnudo, así que se tomó un momento para adecentarse—. Por favor —Elliot señaló una de las sillas que se encontraba a los pies de la cama y Rob se sentó frente a él. Era demasiado tarde para ponerse a discutir los pormenores de sus consecuencias. Él estaba agotado y creía que Elliot también. Aquel día había estado repleto de emociones para ambos: la infructuosa caza, la visita de Reilly, el beso con Cadha... Y lo que vino después. Pero por lo menos debían acordar unos cuantos puntos de vital importancia. Y mejor hacerlo sentados que de pie—. Puedes disponerlo todo como te convenga. Avisaré a mi abogado y tú haz lo mismo con el tuyo. Que redacte el contrato de compra.

A pesar de las circunstancias, Elliot se sorprendió. En aquel instante le preocupaba salvaguardar la reputación de su hija e iba a poner todo su empeño en conseguirlo, aunque no iba a dejar pasar la oportunidad de cerrar un buen trato. Había entrado a la habitación de su invitado con una sensación funesta rondándole por la cabeza, pero unas pocas palabras habían conseguido ser el bálsamo que necesitaba para encarar el futuro con optimismo. Con Cadha casada y con la venta realizada, Elliot iría camino de la felicidad total. El único escollo sería la testaruda de su hija mayor.

—¿Has decidido hacerte con la propiedad?

—Sí —confirmó él. No veía motivo para dilatarlo más—. Es lo mejor —además, podría convertirse en el perfecto regalo de bodas para Cadha. Ella no querría vivir en ningún otro lugar y esperaba, por lo menos, hacerla feliz con ello.

—¿Y qué hay del matrimonio?

—Elige la fecha que consideres oportuna y encárgate de los invitados. Por mí estará bien cualquier decisión que tomes, y por supuesto —añadió—, correré con todos los gastos. Pero conociendo a tu hija preferirá algo sencillo.

Rob estaba seguro que su futura esposa odiaría una ceremonia y una fiesta recargada con cientos de invitados que no tenían que ver nada con ella. A pesar de su mal genio, seguía siendo una mujer tímida y reservada, y preferiría celebrarlo en la intimidad.

Su amigo no estuvo nada de acuerdo.

—¿Vas a rendirte a sus caprichos tan temprano? —era una equivocación por su parte y estaba seguro que tarde o temprano se arrepentiría de aquella actitud, mas Elliot tuvo que recordarse que pronto dejaría de ser problema suyo.

Él quería a sus hijas, pero no estaba ciego de amor paternal, y pasarle la responsabilidad a otro le aliviaba.

Rob sonrió, confiado.

—Quiero una boda, no una batalla. Así que si todavía me tienes un poco de confianza, considéralo, ¿quieres? Porque voy a regresar a Edimburgo en los próximos días y lo más seguro es que no podamos volver a hablar de ello.

A Elliot le pareció bien que tuviera la intención de partir hacia la ciudad y no se opuso. A pesar de que Rob iba a cumplir con su deber de caballero, deseaba evitar rumores malintencionados. Las muchachas ya eran motivo suficiente de habladurías en la isla. No obstante, había una duda que lo tenía inquieto.

—¿Hay alguna posibilidad que mi hija...?

Elliot vio la necesidad de preguntarlo, pero se quedó a medio camino. No se encontraba cómodo hablando de aspectos tan delicados con el que hasta aquella misma noche había considerado su amigo y que terminaría siendo su yerno. Si bien no le gustaba que este se hubiera tomado semejantes libertades con su hija y seguía molesto por ello, no podía evitar ver el lado bueno de las cosas: ya se imaginaba comprando una bonita y elegante casa en Edimburgo en la cual invitar a todos los amigos y conocidos que habían estado hospedándolo durante años.

Las ganancias obtenidas de la venta serían tan sumamente cuantiosas como para poder permitirse, incluso, construirse un nuevo hogar.

Así que podía decir que bien estaba lo que bien terminaba.

Rob arrugó el entrecejo.

—¿Sí?

—Quiero saber si vais a hacerme abuelo antes de que el cura os case. —Elliot no conocía hasta qué punto habían intimado aquel par y, sinceramente, prefería mantenerse en la ignorancia, pero si era así, habría que precipitar la boda.

—No, es imposible —le escuchó decir y entonces Elliot se dio cuenta que había estado manteniendo la respiración.

Lanzó un suspiro de alivio.

—Está bien —dijo con una evidente satisfacción. Incluso se había permitido sonreír—. Mañana seguiremos con esta conversación. —El hombre se levantó despacio, pero antes de marcharse le lanzó una mirada severa—. ¿Tengo tu palabra?

Rob no necesitó pensárselo. Él no iba a fallarle y su delito sería subsanado.

—La tienes.

Cuando por fin Elliot se hubo retirado con el acuerdo sellado, Rob se estiró en la cama vestido y con los brazos doblados bajo la nuca. Matrimonio. Una extraña palabra que resonaba en su cabeza, pero que en pocos meses iba a resultarle tan familiar como su propio nombre. Quién iba a decirle cuando aceptó visitar aquella isla, que terminaría comprometido con la hija de su amigo; y todo porque prácticamente le habían pillado con los pantalones bajados.

Rob lanzó una carcajada desde lo más hondo de su ser. Matrimonio, se repitió de nuevo. Iba a casarse con Cadha Singht, la mujer más desconcertante que había conocido nunca y la más seductora también.

En menudo embrollo se había metido en unos pocos días, aunque para ser sincero consigo mismo reconocería que no se sentía mal con ello y que no lo consideraba una obligación. Elliot no había tenido que forzarle a aceptar porque él lo había hecho gustoso. No se dio cuenta entonces, y sí lo hacía ahora, que el momento compartido con ella y las posteriores consecuencias eran el desarrollo natural de lo que había estado buscando desde que decidió alejarse de Edimburgo y sentar cabeza. Con todo, y pese al temperamento combativo de la joven, que le pondría a prueba más veces de las que querría, era un reto que le apetecía tomar. Además, estaba convencido que disfrutaría cada minuto de cada día.

Tampoco era tan tonto como para engañarse a sí mismo. Conocía sus propios defectos contra los que debería luchar. Le había dicho a Elliot que era imposible que la muchacha estuviera embarazada, puesto que entre él y Cadha no había habido consumación, pero Rob temía que si se quedaba por más tiempo en la isla no pudiera cumplir con la palabra dada. Siendo así dudaba que llegara virgen al matrimonio.

Por eso era mejor evitar la tentación que ella suponía y poner tierra de por medio para templar

su deseo.

En definitiva, ella era la mujer adecuada y Rob se sentía más feliz y satisfecho de lo que había estado nunca. Ni siquiera el orgullo de haberse construido una vida de riquezas tenía comparación y, sin lugar a dudas, cambiaría todo por estar en ese mismo lugar.

Cadha se precipitó al interior de su habitación con celeridad mientras su hermana le pisaba los talones. Se escondió bajo la ropa de cama y trató de dejar fuera todos los problemas que se acumulaban desde hacía seis meses. Ella había sido una mujer feliz hasta la fatídica noche en que recibieron la visita de Bishop, y desde entonces todo había ido a peor. Habían matado un hombre, ocultado su cadáver, iban a perder las tierras y además su familia había sido testigo presencial de su desvergüenza.

¿Qué podía haber peor? Se dijo, pero la respuesta estaba justo a su lado, pues Ayla no iba a quedarse con la boca cerrada y enumeraría cada uno de los pecados que había cometido. ¡Cómo si ella no los supiera!

Cielos, suspiró. Iba a tener que soportar con estoicismo toda esa cháchara para la que no estaba de humor, ya que solo le apetecía cerrar los ojos con fuerza hasta quedarse profundamente dormida. Si no lo hacía empezarían a torturarla imágenes de Rob pegándose sensualmente al cuerpo de ella; entonces sentiría calor y no dejaría de dar vueltas en la cama durante la noche.

Y al día siguiente debía reunirse con su padre.

«¡Qué crueldad!», gruñó.

—Sé lo que vas a decir —murmuró bajo todas aquellas capas de sábanas y mantas, así que su voz sonó amortiguada.

En cambio, la de Ayla sonó alta y clara.

—¡Cadha! —la llamó con firmeza.

Esta suspiró de nuevo. Sabía que no podía esconderse durante toda la eternidad, aunque venía siendo su mayor deseo.

—¡¿Qué?! —Cadha se incorporó, lanzó aquella especie de chillido histérico y regresó al confort que le ofrecía la protección de la cama.

—Da la cara —dijo destapando a su hermana pequeña, pero ella se aferró a las sábanas con tenacidad y ambas forcejearon por hacerse con el control.

A pesar del tira y afloja que duró unos segundos, ninguna de las dos sintió que estuvieran peleando. El carácter de las hermanas era bastante parecido y solían tener puntos de vista similares. Lo que las diferenciaba era en el modo de desenvolverse, de actuar. Cadha solía pensarlo, cuanto menos un par de veces, mientras que Ayla se dejaba llevar. Ahora bien, peleaban en contadas ocasiones y aquella no era una de ellas.

—Eres mezquina —declaró una.

—Y tú una cobarde —respondió la otra. Pero ambas sabían que no hablaban en serio.

Fue Cadha quien se detuvo primera y le lanzó una mirada muy digna.

—No puedes enfadarte conmigo por lo que ha sucedido con Rob. ¿Ha sido todo un *shock*? Lo

supongo —se preguntó y respondió ella misma—. Pero antes de atacarme reflexiona sobre tu propia conducta con Michael Campbell.

Ayla se detuvo sorprendida y dibujó una extraña mueca con la comisura de los labios.

—¿Qué quieres decir?

Su hermana sonrió con satisfacción y un deje de superioridad, también. Ajá. Había estado tan entretenida digiriendo su humillación que no se había dado cuenta que en realidad eran las dos igual de culpables y que se habían vendido por unos cuantos besos.

—¿Qué has estado haciendo con tu querido administrador cuando nadie miraba?

—¡No sé de qué estás hablando! —balbuceó la mayor con apuro.

—Me dijiste que lo besaste. ¿Vas a negarlo ahora? —la acusó—. ¿Y no es Campbell tan indeseable como Rob? ¿O es que le has redimido? Porque que yo recuerde, sigue ostentando el cargo que nosotras queremos —Cadha entrecerró los ojos—. Es más, tuviste la osadía de defenderlo ante papá, justo cuando este estaba dispuesto a ponerlo de patitas en la calle.

«Eso es distinto», alegó mentalmente Ayla. No podía permitirlo porque había sido la causante del embrollo. Y aunque él eligió libremente acompañarlas a la cala, sabía que había asumido ese riesgo con el fin de protegerlas.

Cadha entendía su punto de vista, pero no pudo evitar expresar en voz alta un lamento al entender que las cosas habían cambiado y ahora les daba miedo jugar sucio.

¿Desde cuándo?

Ayla se desanimó visiblemente.

—Tienes razón, nos estamos ablandando —musitó con desaliento. Se creían dos mujeres astutas e invencibles, pero al parecer todo ese ingenio y coraje era imaginario, ya que ni siquiera habían sido capaces de deshacerse de ninguno de los dos hombres—. Anda, ayúdame. Esta noche dormiré contigo.

Cadha hizo el papel de doncella de su hermana, que todavía llevaba el vestido que se había puesto para la cena. Se lo desabrochó y le dejó uno de sus camisones para pasar la noche. Cuando ambas se metieron en la cama, donde había sitio de sobra para ambas, la mayor, que aún no se había olvidado del tema, le preguntó:

—Quiero que me hables de Rob —le dijo mientras soplaba las velas y la habitación quedaba a oscuras—. Luego será mi turno para confesarte algo que temía que desaprobaras. Y si todavía seguimos con los ojos abiertos, pensaremos en algún plan que malogre la venta de estas tierras.

¿Rob? ¿Qué quería saber su hermana de él? ¿Que en un principio le resultaba peligroso y temible, y que después había terminado encariñándose de él? Rob no era un monstruo, ni siquiera un ogro, pero el recuerdo de Bishop seguía demasiado fresco como para confiar en él de buenas a primeras. Además, la seguridad que mostraba en sí mismo y el modo en que la juzgaba no la ayudaban a verlo de un modo más positivo. O eso creía, porque, despacio y con pausa, Rob fue convenciéndola de que detrás de todas aquellas impresiones había un hombre que valía la pena conocer. Él aceptó sus cambios de humor y sus arrebatos con bastante entereza, y desde ese momento empezó a sentirse halagada por sus constantes atenciones e incluso a confiar en él. Era la primera vez en su vida que se alegraba de que un hombre la encontrara bonita, y ella se esmeró por proyectar una imagen distinta y a tratarlo sin la frialdad que le había regalado en los inicios. Así que, dejando todas las reservas a un lado, creyó poder disfrutar de un poco de paz y, por qué no, de júbilo.

Sin embargo, todo se había venido abajo al descubrir lo que Rob pretendía. Tenía sentimientos encontrados y su corazón se debatía entre lo que sentía por él y lo que debería sentir.

—¿Estás enamorada de él?

La pregunta de su hermana la cogió desprevenida, al igual que la fuerza de la pasión que había descubierto recientemente. El primer beso de aquella tarde había sido un tenue reflejo de lo que podría ocurrir si ambos continuaban jugando con fuego. Pero eso no significaba que hubiera caído rendida, de forma total y absoluta, a sus pies.

¿Verdad?

—No —murmuró tocándose los labios, notando la presencia de Rob en ellos.

—Es el modo en que hablas de él, cómo lo describes... —Ayla tenía la sensación de que los sentimientos de su hermana eran más profundos de lo que quería admitir—. No sabemos lo que hará papá con él. Lo más probable es que lo envíe directamente a Edimburgo —dedujo—. ¿Te disgustaría no volver a verlo?

Porque, eso mismo era lo que probablemente sucedería...

Cadha quiso hacer como si no le importara y decir que no, pero el dolor que sentía dentro del pecho le demostraba que solo se engañaría a sí misma. Se había acostumbrado a Rob con una rapidez insospechada, y su ausencia sería demasiado amarga y dolorosa. Posiblemente la devolvería al letargo en el que había estado sumida durante los últimos seis meses.

No había duda.

—Sería la solución a nuestros problemas —dijo no obstante. Para ella era mucho más importante conservar su hogar. Y si eso significaba tener que desprenderse de Rob, que así fuera. Con el tiempo lo superaría, como venía haciendo con todo.

Michael corrió el cerrojo de la puerta principal y se acercó a una de las ventanas para asegurarse de que ya no vendría.

Había esperado durante horas a que Ayla apareciera. Tal vez su padre la había retenido durante la cena y esta se había alargado más de lo normal. También era posible que no hubiese tenido la oportunidad de abandonar la casa y que estuviera aguardando a que la calma reinara de nuevo. Una y mil posibilidades que quedaban en nada. No se había presentado y era más de medianoche.

Con gesto cansado escondió los dulces que había comprado en el mercado de Irvine. En cambio, cogió la botella de vino y una de las copas preparadas y se sentó delante del fuego que había estado avivando. Miró a través de las llamas sin ver mientras saboreaba el líquido oscuro que había pensado compartir con ella.

Seguro que había una explicación lógica que justificara su ausencia. Deseaba tanto que viniera que no se había planteado qué haría si no lo hacía. Podía admitir que se sentía decepcionado y, por qué no, un poco triste. Era sorprendente cómo su sola presencia lograba levantarle el ánimo. No se trataba solo de sexo. Notaba un entendimiento tácito entre ambos que le complacía y asustaba a partes iguales. Ayla empezaba a ser importante para él y eso resultaba peligroso. Sin embargo, no podía hacer nada por evitarlo. Esa pellirroja descarada tenía la habilidad de ir filtrándose poco a poco en su piel.

Se bebió de un trago el resto de vino y dejó la copa a un lado. Flexionó los nudillos intentando adivinar por qué precisamente ella. Las llamas que tenía delante eran un reflejo de su personalidad. Bailaban al son del viento y nunca sabías por dónde iba a salir. Como esa misma

mañana ante Elliot Singht. Había disimulado bien la sorpresa que le produjo que Ayla saliera en su defensa. Complacido era poco para definir cómo lo hizo sentir. Incluso ahora podía paladear la sublime sensación de saberse importante para ella. Se había levantado. Por él, maldita fuera. ¿Qué hombre con sangre en las venas no se sentiría halagado por ello?

Por eso había esperado que esa noche fuera única. Había deseado esmerarse y darle algo a cambio. Hacerla sentir especial, tal y como era; una mujer asombrosa que le iba revelando retazos de su esencia y por la que se sentía cautivado más y más a cada hora que pasaba.

Suspiró deseoso que las cosas fueran de otra forma. Solía ocurrir que los deseos nunca eran concedidos.

Capítulo 17

Cuando los límites de la casa se alzaron ante ella, instó a la yegua a reducir la velocidad. Estaba cansada y aun así se sentía incapaz de abandonarse a los brazos de Morfeo. Así que, sin la aparición del sueño como único consuelo, decidió dar una cabalgata apenas asomara la luz en el firmamento.

Ahora era la yegua quien necesitaba descansar. Ayla no le había dado tregua al pobre animal y la había azuzado sin parar. Demasiados demonios y preocupaciones como para lograr la paz.

Todo iba mal, o en todo caso, diferente. Se sentía traicionada por su padre y no sabía qué hacer. Además, Michael ya no suponía una opción para desahogarse. Una charla con él aliviaría parte de su pesar y a buen seguro le daría algún consejo. No obstante, le había prometido a Zake dejar de verle.

Y ya le pesaba.

Podía hablarle, eso sí, aunque dudaba que una cosa no la hiciese desear otra mucho más discutible. Tampoco podía decirle a él la verdadera razón de su alejamiento y eso la había hecho decidir que la única y más plausible opción era evitarle.

Se bajó del animal justo delante de las puertas de la cuadra y acto seguido lo acarició, mientras le murmuraba unas palabras de aliento.

Evitarle. Si no estuviera tan agotada reiría por la ironía. Desde el inicio había hecho todo lo posible por desmarcarse de su paso y controlar sus movimientos cuando lo que más quería era alejarlo de allí. Después de entregarse a él, lo único que deseaba era tenerlo cerca para poder besarlo y dejarse acariciar.

Se sentía perdida y no sabía cómo lidiar con esa sensación, sentimiento, o lo que diablos fuera.

Si hasta había llegado al extremo de defenderle delante de su padre. Cuando este formuló su despido, un impulso que conocía bien la llevó a levantarse para intentar detenerlo. Debería meditar sobre ello, solo que habían sucedido demasiadas cosas en poquísimo tiempo y otros problemas acuciantes inundaban su cotidianidad. Lo único cierto era que Michael nada malo había hecho y consideraba injusto que fuera el más perjudicado.

¿De verdad solo era por eso?

—Buenos días.

El saludo la sobresaltó. Ante ella, y apoyado en uno de los postes de madera, se hallaba el objeto de algunos de sus desvelos y de sus frecuente y actuales pensamientos. Y no parecía estar de buen humor.

—Hola —pasó a su lado e hizo que la yegua se introdujese en su espacio privado al tiempo que uno de los mozos se apresuraba a ocuparse de ella.

¿Cómo podía lucir un aspecto tan gallardo de buena mañana? Ella se sentía como una oveja triste y cansada después de un día de esquila.

Caminó con lentitud hacia el exterior y Michael se posicionó a su lado, imitándola.

—Anoche no viniste.

Una simple frase cargada de reproche que no había esperado escuchar. Estaba acostumbrada al egoísmo de los hombres y nada habituada a que estos anhelaran su presencia. Por lo tanto, no había sabido prever que su ausencia no sería del agrado de este. Para variar estaba bien que

alguien notase su ausencia hasta el punto de echarla de menos. Sin embargo, no era el mejor momento para eso y ella no estaba en disposición de ofrecer explicaciones válidas y convincentes. Al final, la frialdad tan característica en ella era su única herramienta de salvación.

—Soy consciente de ello. Suelo saber dónde estoy la mayor parte del tiempo —recurrió a la ironía, pero esta vez le dolía tener que hacerlo.

—Teníamos una cita —Michael prefirió pasar por alto el comentario. Le importaba más saber el motivo de su ausencia.

—La teníamos, sí —acordó Ayla—. Solo que no recuerdo que firmáramos un acuerdo con sangre para obligarnos a hacerlo a como diera lugar —llegaron a las puertas del edificio y lo miró—. Como hija del dueño tengo otras muchas ocupaciones que atender como para ir preocupándome en irte detrás a todas horas.

De acuerdo, la pulla dolía. Esa mujer se parecía más a la que conoció al principio que la que había yacido con él los últimos días. No acababa de entender ese cambio de actitud. Si había estado jugando con él...

—No lo entiendo —no lo hacía, y eso le asustó—, dime entonces qué es eso que te mantiene ocupada ahora que por lo visto no lo lograba antes. ¿Y de noche? —bajó la voz—. ¿Hasta la madrugada?

—¿Estás controlándome? —Una parte de ella se sentía feliz de que Michael se viera tan implicado que quisiera su compañía a toda costa. La otra, más arraigada e insidiosa, se rebeló ante su intento de controlar sus movimientos—. Porque es una actitud un tanto pueril y no me gusta nada.

Michael miró el mohín de disgusto de Ayla y se fijó en sus ojeras. Parecía cansada; como si llevara el peso del mundo sobre sus espaldas. La apartó de las puertas, alejándola de ojos curiosos, y le acarició la mejilla.

—Solo es que te eché de menos. —Al final prefirió ser sincero en lugar de sublevarse también.

Eso la desarmó y emocionó a partes iguales. ¿Cuándo alguien le había dicho eso? Dado el humor que Michael gastaba, no podía menos que creerle, y una tibieza desconocida amenazó con instalarse en su corazón. Blanda. Era nada menos que una blanda. Aun así, ¿quién podía culparla? Solo la advertencia de Jake la contenía para cometer una estupidez. Tal vez fuera un delincuente, hubiera estafado a la familia o dejado en su lugar de origen una esposa e hijos. Eso la heló de nuevo. No. Siendo así, Jake no se limitaría a lanzarle una advertencia. La haría partícipe de sus sospechas o lo que fuera que tuviera contra él para alejarlo de ella de inmediato.

Arggg. La duda la carcomía y no podía hacer nada. No obstante, ahora que lo pensaba, sí podía explicarle algo para que él lo atribuyera a su plantón de la noche anterior y a su más que probables negativas venideras. Después, dependiendo de cómo se lo tomara, le confesaría que también lo echaba de menos.

—No era el mejor momento para que nos encontráramos, eso es todo. Anoche sucedió algo que nos conmocionó y me fue imposible dejar la casa para venir a verte —Ayla susurraba para evitarse una situación incómoda en caso de estar por allí su padre o Cadha.

Ahí estaba. Michael dio un suspiro interno de puro alivio. Estaba en lo cierto y algo había sucedido. Quizás ahora ya no se sentiría como un amante celoso y despechado; una sensación nada grata, por cierto.

—No tienes que contármelo si no quieres. —Era fácil mostrarse magnánimo cuando la inseguridad respecto a ella desaparecía.

—Tal vez, pero quiero hacerlo —se permitió el lujo de sonreír. Pudiera ser que su humor no

fuera tan malo, después de todo—. Por razones que no vienen a cuento, Cadha y yo nos enteramos por las malas de la traición de nuestro propio padre. ¡No te imaginas lo que ha hecho! Ha decidido vender todo esto —extendió el brazo indicando lo que había a su alrededor— a nuestras espaldas. Y no creerás a quién —lo miró y añadió—: a Rob Cunningham, el invitado que se hospeda desde hace... —Ayla se detuvo cuando Michael empezó a ponerse blanco. Como no era una noticia que pudiera afectarle de ese modo, se fijó en su actitud alerta y se dio cuenta que no parecía sorprendido. Maldijo para sus adentros. Era una necia, una estúpida; la mentecata más grande de la isla. Tenía que preguntarlo, solo tenía que hacerlo—. Ya lo sabías.

No era una pregunta y Michael no se vio con ánimos de mentir. Dios, si ni siquiera se acordaba de eso. Había estado tan centrado en la propia Ayla y su romance que se le había ido de la cabeza.

—Ayla...

—¡Dímelo!

—Sí, lo sabía, pero si me dejas explicarte... —se apresuró a decir.

—¿Explicarte? ¿Explicarte, dices? —Se apartó de él como si de repente le diera asco—. Solo me faltaba eso —añadió entre dientes—. Lo último que pensaba es que me traicionarías ocultándome ese tipo de información. Sabes cuánto me importan estas tierras y ¡tú no has dicho palabra! —terminó gritando.

—Se lo prometí a tu padre. No me dejaron opción.

—Siempre hay opción —rebató furibunda. Se alejó unos pasos y vio que algunos de los mozos se alejaban también. No debían querer presenciar una disputa incómoda que no les concernía. Bien—. ¡Maldita sea, soy tu amante! ¿Es que eso no cuenta?

—No se trata de eso y lo sabes, Ayla —desistió de acercarse porque cuanto más lo intentaba, más se alejaba ella—. Quise hacerlo; estuve a punto, pero luego viniste con esa increíble proposición y...

—Se te olvidó —terminó por él con toda la burla que fue capaz—. Qué conveniente.

—Olvidas que debo rendirle cuentas a él, no a ti —aseveró con frialdad. No pensaba arrastrarse y suplicar perdón. Opinaba que debería ser más comprensiva.

—Ah, otra vez con eso —intentó esconder el daño que le estaba infringiendo sacando las armas de las que disponía. Si Michael podía desenvainar su espada a muerte, ella no iba a ser menos; ya habría tiempo para lamerse las heridas. Si había sobrevivido antes, podía hacerlo de nuevo, aunque él le importara más que el primero—. Parece que es tu frase favorita. No sé por qué no le has pedido a él que caliente tu cama.

—No seas ofensiva. —No iba a dignarse a recordarle que en su caso había sido ella la que lo había buscado. Ambos lo sabían. No importaba si él había acariciado la misma idea pero en sentido inverso.

Eso era lo mínimo que iba a ser. Apretaba los dientes e intentaba sacudirse la rabia que la embargaba. Si hasta hacía pocos minutos creía que no había hombre más apuesto y se congratulaba por tenerlo para sí. Por Dios, lo ilusa que podía llegar a ser.

—Seré lo que se me antoje. De momento, esta sigue siendo mi casa y tú has cometido una traición en toda regla.

—¡Ayla, basta! —Michael ya había tenido suficientes sandeces por un día. Tenían que tranquilizarse; los dos tenían que hacerlo—. Este no es el lugar idóneo para discutirlo. Quedemos en mi casa esta noche. Allí podemos hablarlo como dos personas civilizadas, delante del fuego, tranquilos.

La rabia hervía dentro de Ayla. Encima la tomaba por tonta, el muy... Pues bien, había llegado

la hora de hacerle daño.

—Y después, si se terciara, un revolcón entre tus sábanas, ¿verdad? —dijo, y compuso una perfecta mueca en su rostro—. Es que no se puede ser más iluso, ciego y sordo. Al fin y al cabo te calé bien y supe escoger. ¿Es que no lo ves? Eso ha sido todo; no más encuentros clandestinos ni sexo al amparo de la noche. Ya he sacado de ti todo lo que quería. Mira, te voy a dar un consejo que oí decir a una vieja. Deberías recordarlo —lo trató con condescendencia y él se limitó a mirarla sin mover un músculo. Se obligó a seguir, aunque eso le estuviera haciendo más daño a ella del que pudiera causarle a él. A fin de cuentas, ¿no era un traidor?—: ten cerca a los amigos; y en cuanto a los enemigos, tenlos más cerca aún.

—No soy tu enemigo. —Su rostro no parecía desencajado a pesar de saberse así.

—Sí, sí lo eres. Mira, no quiero resultar cruel. —Mentira; sí quería serlo—. El hecho es que pretendía echarte, algo que no debe resultarte una novedad. Como parecías bastante resistente a todos mis ardides, no tuve más remedio que buscar uno mucho más complejo.

—A costa de tu cuerpo —entendió Michael.

—Sí, a costa de él. Pero no te aflijas. Como sabes, no era la primera vez para mí. Solo traté de ver hasta dónde podía llegar para tratar de conseguir que mi padre nos descubriera y te echara —parecía increíble la sarta de mentiras que salían de su boca. Y tampoco parecía tener freno—, pero con tu estupidez has conseguido que me enfade y te has echado la soga al cuello tú solito. Por supuesto —paseó con aparente indiferencia a su alrededor—, esa estratagema ya no tiene sentido. La verdad es que me resultas pesado y algo empalagoso y me alegro de terminar este despropósito.

Michael también. Se sentía como clavado en el suelo cubierto de paja. Ayla no solo se estaba mostrando como una joven impulsiva y vengativa, sino más calculadora de lo que hubiera imaginado y llena de maldad. La había estado justificando y no se lo podría perdonar. Si alguien llegara a enterarse de su estupidez y ceguera, no podía levantar la cabeza de la vergüenza.

—Si eso es todo... —Al menos rescataría la poca dignidad que le quedaba fingiendo que nada de eso iba con él. ¡Menuda estupidez! Si hasta le había confesado que la había echado de menos. Por suerte, no había ido más allá. Todo lo demás quedaba bien guardado dentro de él; a salvo de esa pelirroja.

—Sí —dudó antes de añadir algo más. Tampoco quería darle la impresión de ser despiadada—. Solo quiero que sepas que al principio no era nada personal —hizo una pausa—. De todas formas, de una forma u otra conseguiré que te vayas.

«No antes de que haya terminado contigo», pensó Michael.

—¡Solo voy a casarme con él si me arrastras del cabello hasta la iglesia!

—No me obligues a ello —contestó su padre con un dedo amenazante—. He sido sumamente paciente contigo... y contigo —dijo señalando a su otra hija, que permanecía sentada en silencio con el rostro encendido y la respiración agitada tras una hora de dura batalla dialéctica—. Pero este no es un tema que vayamos a seguir debatiendo. Deberías habértelo pensado mejor antes de meterte en la habitación de Rob para ser deshonrada, así que vas a casarte con él y no hay más que hablar.

Ella se resistió a claudicar. Era su vida la que estaba en juego y era la que debía tomar sus propias decisiones.

—¡No pasó nada! —le explicó por enésima vez, haciendo un último intento por detener aquella locura sin sentido.

No iba a encadenar su futuro a un hombre que no quería y que seguramente se habría valido de mil trucos rastrosos para conseguir un precio más bajo por la propiedad. Además, si seguían con esos planes, iba a tener que separarse de su hermana, puesto que su padre se la llevaría con él.

—Suficiente para mí —replicó su padre manteniendo la compostura—. Porque si la gente hubiera comenzado con sus habladurías antes de acordar la boda, toda la familia resultaría perjudicada. —Elliot debía seguir manteniendo su reputación. Estaba atado, a modo de amistad, a muchos caballeros de prestigio. Debido a ello le importaba bastante lo que opinaran de él, puesto que le abrían sus casas y le daban acceso a las reuniones más selectas. Además, seguía manteniendo la esperanza de casar a Ayla algún día—. No sé por qué estás tan molesta. Rob es un partido excelente; tienes suerte que haya respondido como debe, admitiendo que te comprometió y subsanando los errores.

Ella no pudo creer lo que escuchaban sus oídos.

—¡Suerte! ¿Es que de repente se ha transformado en el yerno perfecto?

—Lo será una vez olvide las circunstancias que nos llevaron a apresurar esta unión.

Cadha salió del despacho temblando y hecha una furia. También despotricaba sin ningún tipo de encanto o finura. Iba a desobedecer el mandato de su padre. Por supuesto que lo haría. E iba a tomar todas las medidas pertinentes que impidieran la celebración de aquel enlace.

Tanto ella como su hermana habían pecado de inocentes creyendo que su padre lo enviaría a casa y que se olvidaría el asunto. Hubiera sido mejor para todos los implicados, menos para su padre, por supuesto. Los beneficios que sacaría por sacrificarla eran demasiado jugosos como para desaprovecharlos.

Sintiéndose llena de rencor, Cadha buscó por toda la casa hasta dar con él, pero uno de los lacayos le informó que Rob estaba en su habitación escribiendo unas cartas.

La Cadha normal que todos conocían se tomaría unos minutos para considerar lo que debía hacer. Posiblemente entonces, iría a tomar aire fresco para serenarse y mandaría una nota con algún criado para que Rob se reuniera con ella en algún lugar adecuado, como el salón. Después de lo sucedido entre ellos la noche anterior, cualquiera lo tomaría como una decisión acertada, pero por desgracia, no se detuvo a juzgar sus propias acciones.

A pesar de su grácil forma de moverse, entró en la habitación abruptamente.

Rob dejó lo que estaba haciendo y se dio la vuelta.

—Cadha...

Lo vio alzar una ceja interrogativamente. A la luz del día era incluso más atractivo que de noche y sus ojos brillaban con especial intensidad.

Sintió un ligero rubor y tuvo que hacer un esfuerzo para no desviar la vista hacia la cama, recordando los dulces y atrevidos momentos que compartieron en ella.

—¡No voy a casarme contigo! —soltó de sopetón y dándose impulso.

Si Rob se sorprendió, no dio muestras de ello. Solo esbozó una sonrisa sesgada.

—Ya sospechaba que las cosas no podían ser fáciles contigo —musitó para sí. Después elevó un poco la voz para que ella lo escuchara bien—. Siento informarte que ya estamos comprometidos.

—¡Tú no eres mi amo! Y no pienso comportarme como si lo fueras, así que no te obedeceré. — No iba a perder su libertad para atarse a un hombre que no contaba con ella para decidir un evento tan remarcable. En aquel momento, Cadha no quiso pensar cómo habría reaccionado si él le

hubiera pedido matrimonio de un modo más romántico y tradicional, sin sentirse obligado—. ¿Es que no lo entiendes? No es mi padre quien debe decidir con quién me caso, sino yo. Y tú... Ni siquiera sé por qué estamos considerándolo. ¡No quiero casarme contigo! ¿Cuántas veces debo repetírtelo?

—Cielo, no está en tus manos oponerte, igual que tampoco lo está en las mías. Di mi palabra porque era lo que debía hacer y cuando se te pase la rabieta tú también te darás cuenta.

—No es ninguna rabieta —insistió tozuda—, y no sé por qué lo aceptas de tan buena gana. Somos una pareja de lo más incompatible.

Se acercó a ella y la hizo retroceder, apoyando las manos en la dura puerta de madera y haciendo presión, de modo que Cadha quedó atrapada en el medio. Así pues, le fue imposible escapar.

Cuando la miró de arriba a abajo, con una expresión divertida y perversa, ella se estremeció.

—No estoy de acuerdo —dijo haciendo un movimiento en sentido negativo que a la joven le pareció de lo más sensual—. ¿Quieres que te lo demuestre?

Cadha sintió que le faltaba aire para respirar. Sin querer, se había lanzado directamente a sus brazos, dejándose hechizar con sus encantos.

—No —susurró sin apenas voz, pero entonces Rob ya había comprobado el efecto que causaban sus palabras sobre ella y se inclinó sobre sus labios, acariciándolos con los suyos.

Fue muy gentil y la trató con una cuidada delicadeza, moviéndose sobre ella con tacto, pero el beso apenas duró un suspiro y él se separó con los ojos avivados.

Bastaba un suave roce para encenderle.

—¿Te repugna unirme a mí? —le preguntó él, manteniéndose cerca. Tanto que Cadha podía percibir su aliento—. ¿Te repugno?

Ella se enderezó todo lo que pudo haciendo caso omiso de la repentina debilidad de sus piernas. Por supuesto que Rob no le repugnaba; ni siquiera le desagradaba, aunque había momentos que deseaba retorcerle el pescuezo con todas sus fuerzas. Cadha era consciente de que si ambos se hubieran conocido en circunstancias menos adversas, sin secretos, y él le hubiera ofrecido un cortejo como Dios manda, sería posible que a esas alturas estuviera enamorada. Sin embargo, su relación se había movido desde el principio en un nervioso vaivén que impedía, primero, que confiara en él y segundo, que confiara en él. Y sin confianza no había nada en que sustentar un matrimonio.

Así que casarse no entraba dentro de sus planes.

—Si dijera que la idea de desposarme contigo me horroriza más que ser devorada por los lobos, ¿lo cancelarías?

A él pareció hacerle gracia tanto apasionamiento por convencerle.

—Si fuera verdad, sí —dijo mientras asentía—. Pero no lo es.

Cadha lanzó un resoplido de exasperación.

—Eres un listillo de lo más cabezota. Tú no me quieres y yo no te quiero. ¿Por qué hacerlo más difícil?

—¿Cómo puedes afirmar con tanta contundencia lo que yo siento?

Ella lo miró con los ojos cargados de sospecha. No podía ser que él... No. Era tan improbable que sintió deseos de reír. Rob estaba tratando de enredarla a propósito para que se calmara y poder manejarla así a su antojo, aunque ella no era tan tonta como para permitirlo.

—Vamos, no vas a decir ahora que te has enamorado por un simple revolcón —se burló ella sin compasión. Su interior era un amasijo de sentimientos y contrariedades: estaba hechizada,

rabiosa, decepcionada e ilusionada al mismo tiempo. ¿Por qué no podía sentirlo también él? Porque había estado jugando con ella desde el principio, por eso.

Rob pareció tomarse sus palabras con temple y cierta reserva. Cadha advirtió que los músculos de su cara se habían tensado, endureciendo sus facciones.

—No —respondió con aspereza al tiempo que ponía distancia entre ambos, tanto física como emocional—. Hemos terminado de hablar. Retírate, por favor.

Cadha sintió una repentina decepción. ¿Eso era todo lo que iba a decir? ¿Ninguna declaración brillante? ¿Ningún intento por convencerla que un matrimonio entre ambos era posible? Porque ella estaba preparada para presentar batalla, no para que él se dejara vencer.

—Como deseas —murmuró confundida porque estuviera echándola. Por supuesto, no iban a ser sus últimas palabras.

Aaron Reilly meditaba frente a una ventana. Esta, situada en la fachada principal de la casa, daba a una de las pocas calles que atravesaban el pueblo. La casa era la más elegante y espaciosa que se podía contemplar si uno se detenía a echar un vistazo a las viviendas que hacían de ese lugar un pueblo bien avenido.

Como era de esperar, se sentía orgulloso de ella y de todo lo que había creado con el esfuerzo y la tenacidad propia del apellido, el cual se remontaba a la época de Bruce. Para él y su familia había ambicionado lo mejor y lo había conseguido con la destilería.

Ahora se estaba haciendo viejo y, como tal, había ido dejando en manos de su primogénito el destino y el buen nombre del ilustre apellido. No se había hecho a un lado, aunque las apariciones por el negocio habían menguado lo suficiente.

No obstante, la historia se repetía. Parecía como si los Singht fueran su eterna espina clavada en el costado; su propia y particular espada de Damocles. Primero fue Rosslyn Singht, aquella demente que osó amenazar a su padre y a él mismo delante de sus subalternos. Fue tan vehemente en sus advertencias que consiguió atemorizar a la mayoría de los que estaban allí; su padre entre ellos. Todavía recordaba cómo le hizo jurar que nunca volvería a pisar la arena de esa cala. Temía que, de lo contrario, esa mujer maldijera a toda su familia. Su padre estaba convencido que esa mujer era una bruja. En su particular opinión, solo le pareció una mujer sin cordura, lo cual no hizo que dejara de respetar la promesa.

Su hijo conocía la historia. Nunca imaginó que contravendría esa prohibición no escrita y haría lo que le viniera en gana en un lugar donde ellos tenían las de perder. De una forma u otra, las Singht habían tomado la revancha. No importaba si esta vez las que cumplían las amenazas eran las hijas en lugar de la madre; todas estaban cortadas por el mismo patrón. Si lo hubiera sospechado...

Ahora era demasiado tarde.

Lo que más rabia le daba era que se había enterado del suceso por boca de otros. No es que nadie se lo hubiera venido a contar de frente. Al parecer, la historia había dado ya la vuelta a la isla. Solo se susurraba a media voz porque los que habían estado presentes habían hecho un pacto de silencio que, como era evidente, no se había respetado. Cuando llegó a sus oídos, dos días

atrás, se encontraba sentado al fondo de la taberna del pueblo. Su esposa tenía dolor de cabeza y se había acostado tan pronto terminó de cenar. Hastiado de la soledad de su hogar consideró adecuado salir a dar un paseo y echarse a la garganta un buen vaso de su licor preferido. Cuando era más joven solía hacerlo a menudo para estar al tanto de lo que se cocía entre las clases más bajas. Desproporcionadas o no, siempre había algo de verdad en las patrañas sin sentido que se contaban en lugares como ese; y él siempre podía aprovecharlo para su propia conveniencia. Era así como se hacía: sentarse en un solitario rincón, pasar desapercibido y estar alerta. Se lo había enseñado su padre y aprendió bien. En esos momentos de su vida ya no hacía falta hacerlo; solo era una costumbre más que se resistía a desaparecer. Gracias al cielo que los hábitos tardaban en morir. En caso contrario, no habría sabido lo que ahora le carcomía. Esa noche, cerveza en mano, dos lugareños relataron una desternillante historia que a él le produjo rabia y temor a partes iguales. El honor y reputación de su hijo, uno de los protagonistas, fue motivo de mofa por segunda vez en su vida. Incluso ahora le costaba aceptar esos actos descuidados que podían acarrear montañas de estiércol sobre el prestigio y respeto de su apellido. Y eso no lo iba a tolerar. No de nuevo.

Su ira se dividía a partes iguales entre esas mocosas y su primogénito, que en ese momento cruzaba la calle sin saber lo que se le venía encima. Era un hombre hecho y derecho del que sentirse orgulloso si no fuera por sus constantes discusiones y por su empecinamiento en hacer las cosas a su manera. Ni siquiera consentía escuchar su consejo. Se creía inmune a los golpes que la vida estaba dispuesta a endilgarle, y pensaba que solo con sacar a relucir su apellido lo demás vendría solo. Ese era un error que no había podido remediar; y le escocía.

Lo perdió de vista cuando entró en la casa. Sabía por experiencia que lo primero que haría sería ir a ver a su madre. Le daría un beso en cada mejilla, se mostraría solícito y conseguiría sonsacarle cualquier majadería que considerara imperante conseguir. Esta, ciega a todos sus defectos, lo consentiría sin tener en cuenta que Archie obtenía un buen estipendio por hacer su trabajo en la destilería. De nada valían sus argumentos y amenazas. En cuanto se daba la vuelta, ya había olvidado cada palabra que hiciese imperfecto a ese vástago suyo. Y no es que él no lo quisiera. Amaba a Archie sobre todas las cosas y le hubiera ofrecido el mundo entero, pero tampoco estaba ciego a sus defectos y faltas. No era un mal hijo. De hecho, le constaba el esfuerzo que hizo en un intento de estar a su altura. Se interesó por la destilería a temprana edad y acató cada orden. Lástima que eso durara tan poco. No. Proceder como su esposa, lo hubiera convertido en un hombre que, lejos de sentirse orgulloso, hubiera acabado aborreciendo.

A esas alturas había dejado demasiado en sus manos sin preocuparse por controlarlo al detalle y ese era el resultado que obtenía. Miró los papeles que tenía en la mano; un extracto del balance de cuentas del último año. Le había sorprendido y alarmado que los beneficios se estuvieran reduciendo. Le constaba que los pedidos eran cada vez mayores. Si seguían así, destilerías Reilly empezaría a endeudarse en pocos meses.

Suspiró enojado y preocupado. El muchacho se deleitaba en tenerle esperando. Nunca acudía a la hora que lo citara, pasara lo que pasara. Cada vez que lo reñía por algo se lo tomaba como una afrenta y dejaba de acudir por casa. Que viviera por su cuenta no facilitaba el acercamiento. El muy estúpido no se daba cuenta que todo lo que hacía era por su bien, porque se preocupaba por él. Por eso se había desplazado hasta el centro de la isla. Su intención era pedir explicaciones a Elliot Singht. Aun sin contar con información fidedigna creía que era su deber poner las cosas en su sitio, y eso mismo le dijo. Debía atar en corto a esas locas hijas que se dedicaban a quemar la legítima mercancía de los Reilly. En las pocas ocasiones en las que habían coincidido, el hombre

se había mostrado tolerante, por eso no esperaba que se pusiera del lado de ellas, aun siendo lo más lógico, y que le amenazara con llamar a las autoridades si Archie persistía en seguir usando la casa de su propiedad como si fuera suya.

No le gustó enterarse de que ese suceso no era el primero y que la mayor de las Singht ya había advertido de las repercusiones a su primogénito. Tampoco le agradó que lo echara de su propiedad cuando, sin argumentos que esgrimir, se dedicó a insultar a las hijas. Reconocía que no había sido un movimiento inteligente.

—¿Puedo pasar?

No había oído cómo la puerta se abría. Su hijo se hallaba en el marco de la puerta con la suficiencia propia de la ignorancia.

—Adelante. Tenemos que hablar.

A puerta cerrada, los sirvientes de la casa no tuvieron que esforzarse demasiado en oír, durante más de media hora, los gritos y las amenazas que tras ella se escuchaban. Incluso Dora Reilly se acercó para averiguar qué ocurría. Sofocada hasta el extremo, permaneció en el pasillo sin atreverse a intervenir. A pesar de las diferencias entre padre e hijo, nunca había llegado a oírlos vociferar de esa forma. Cuando la puerta se abrió de nuevo, su hijo Archie salió con la cara desenchajada y pasó por su lado sin verla.

—Archie, querido —lo llamó.

—Déjalo —la voz de su marido la detuvo—, tiene mucho en qué pensar.

—¿Qué ha sucedido?

—De todo. —Se le veía cansado—. Siéntate, tengo mucho que explicarte.

Rob avanzó a trompicones por el corredor con torpeza y cierto aturdimiento, como si estuviera ebrio. Era extraño, porque no había bebido tanto como para dificultarle la tarea de llegar a su habitación sano y salvo. Un minuto atrás, cuando se despidió de Elliot, estaba bien, pero ahora tenía la sensación de que iba a desplomarse de un momento a otro. Con la mente adormecida hizo un intento por seguir adelante y se sujetó en la pared. Fue entonces cuando comenzó a escuchar aquellas risas que sonaban lejanas y unos pasos contundentes. Con dificultad se dio la vuelta para comprobar si en verdad lo estaban siguiendo, si era algún sirviente que pudiera ayudarle o si se trataba de su imaginación, pero la repentina oscuridad que había a sus espaldas solo contribuyó a aumentar su turbación. Lo último que podía recordar era la cena y su satisfacción por el compromiso. Elliot se mostraba más comedido y sus hijas eran un amasijo de emociones. Si bien los recuerdos se habían vuelto vagos y le era tan condenadamente difícil concentrarse que se preguntó si lo estaría soñando todo.

Consiguió alcanzar la puerta de su habitación en lo que le pareció un siglo. Rob apenas se mantenía de pie. Sentía como las fuerzas le abandonaban y lo único que quería era echarse y dormir. Se dejó caer en la cama con las piernas colgando de ella y al arrastrarse por encima de la colcha sus manos toparon con un papel garabateado. Las letras bailaban frente a él y podían significar cualquier cosa, pero antes que sus ojos se cerraran, su mente se aclaró durante

brevísimos instantes y pudo leer lo que ponía.

Voy a por ti.

Capítulo 18

Cadha observó su plato de fruta durante un tiempo prolongado, tras el cual clavó el tenedor en ella con desgana y se metió un trozo en la boca. Aquel desayuno familiar era el más sombrío al que había podido asistir. Cada miembro de la familia Singht tenía puesta la mente en otros menesteres y no podía percibirse ni un rayo de alegría. Ayla permanecía ensimismada en sí misma, taciturna, mientras que su padre se afanaba por terminar para poder partir hacia Irvine con presteza, pues se debían preparar ciertos trámites de la boda y de la venta que involucraban a su abogado. Ella, a su vez, seguía tan desconcertada como el día anterior porque Rob no atendiera a razones ni desistiera de aquella idea antes de que fuera demasiado tarde.

Todos sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando la puerta del comedor se abrió abruptamente, chocando contra la pared, y una figura masculina envuelta en una manta se detuvo en el umbral seguido por una corte de sirvientes curiosos.

Los tres se sobresaltaron, Cadha más que nadie y, aunque había imaginado una gran variedad de reacciones, no pudo hacer nada contra la agitación que sintió en el pecho y que trató de disimular.

Elliot Singht se levantó sin dar crédito a sus ojos.

—Rob, muchacho, ¿qué diantres...?

Cadha entrecerró las pestañas y se fijó en el torso desnudo de su prometido, en la manta enrollada a su cintura, en las botas —la única prenda de vestir que llevaba. Ella lo sabía muy bien —... y en su mirada encrespada, que la atravesó con la fuerza de un latigazo. Con todo, fue incapaz de girar el rostro hacia otro lado, pero notó un intenso rubor subiéndole por las mejillas.

Lo vio atravesar el umbral con una fuerza arrolladora y se acercó hasta la mesa de desayunos. Se echó instintivamente hacia atrás, como si fuera a por ella.

«No lo sabe con seguridad, pero lo intuye», le advirtió su vocecilla interior. Y si resultaba ser cierto, sería horrible. ¿Trataría de vengarse?

Tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar a su hermana y descubrirse, mientras los sirvientes se aglomeraban en el lugar donde segundos antes había estado Rob. Su padre tuvo que echarles a todos con una brusquedad impropia en él, a excepción del ama de llaves.

—¿Dónde está tu ropa? —le preguntó Elliot escandalizado—. ¿Señora Davies?

Ella emitió una exclamación. Comprendía tan poco del asunto como el propio señor Singht. Solo sabía que un par de mozos habían ido en su busca cuando vieron al malhumorado señor Cunningham cruzar el prado en dirección a la casa con esas vestimentas. Ella había acudido presta a su auxilio, aunque era incapaz de comprender lo que le había ocurrido, sobre todo porque el hombre no pareció querer dar explicaciones y su voz tronó con ferocidad, preguntando dónde estaban Cadha y Ayla.

Entonces supo que sus niñas habían vuelto a meterse en un problema.

—En mi habitación, supongo —rugió él con una expresión que denotaba furia. A Cadha, su altura y constitución nunca le habían parecido tan amenazantes—. ¡Y ahora mismo la llevaría puesta si «alguien» no me hubiera desnudado y abandonado en medio de la nada!

Rob se despertó con las primeras luces del alba, bajo un árbol, con un frío horroroso y con

mucho desconcierto. No recordaba nada de la noche anterior salvo un aturdidor mareo. Las piedras se le clavaban en la espalda y en las costillas y la manta a la cual se había enrollado era tan fina que no servía para protegerle. Se levantó despacio y trató de orientarse, antes incluso de preguntarse qué diantres hacía allí. No reconocía el lugar ni sabía dónde quedaba la mansión. Consciente de su desnudez, se echó la manta sobre los hombros y se frotó las manos para darse calor. Fue entonces cuando comenzó a invadirle una ira encarnizada hacia los culpables, porque a pesar de la turbación de su mente sabía que no había podido ir hasta allí por su propio pie.

—Lo lamento. Pero ¿qué quieres decir con abandonado?

—Anoche, mientras dormía, me quitaron la ropa y me dejaron a la intemperie. —Rob no se perdió dando explicaciones. No tenía humor, estaba helado, le dolían los músculos, la cabeza y se sentía sucio. Además, el asunto estaba más que claro: tenía la firma de aquellos dos retorcidos diablillos.

Sabía que Cadha estaba descontenta con el compromiso; había hecho notar su disconformidad y, conociéndola, no le sorprendía que hubiera reaccionado de un modo poco convencional, pero no había imaginado que llegaría tan lejos. Se habrían sobrepasado con sus bromas y no podía encontrarle la gracia por ningún lado. ¡Hubiera podido morir congelado!

Elliot parecía contrariado.

—Santo Cielo, ¿quién haría algo así?

—Si me permites, papá —replicó Ayla con toda la parsimonia y cierto aire de sabiduría. La joven se había inclinado hacia delante en la mesa y balanceaba su pie con indiferencia—, no creo que sea quién, sino qué —hizo una breve pausa antes de retomar la palabra—. Creo que el fantasma Claud ha hecho una de las tuyas.

Su hermana quiso advertirle antes que le provocara; sin embargo, no llegó a tiempo.

—¡Tú...! —bramó Rob tan de repente que le hizo perder la compostura. Entonces Ayla se dio cuenta que no era un hombre con el que pudiera jugar, porque parecía dispuesto a darles a ambas una buena zurra—. Déjame a solas con ellas —le pidió a Elliot manteniendo los ojos sobre ellas.

Su amigo lo miró de hito a hito.

—No puedo hacerlo —dijo moviendo la cabeza de un lado a otro—. No cuando ni siquiera estás vestido. —Suficientes escándalos había ya en la casa, como para tolerar otro de esa envergadura.

—No voy a perder el tiempo subiendo a mi habitación porque entonces las dos se habrán escapado —se excusó Rob con convencimiento.

Cadha sintió como el corazón le subía por la garganta y el ánimo le caía a los pies. Si convencía a su padre de la culpabilidad de ambas, bien podría forzarla a casarla aquella misma tarde con tal de acabar con su oposición.

Por suerte, él no pareció nada convencido.

—Detecto cierta acusación en tu tono —Elliot arrugó la nariz e hizo un intento por apaciguarle — y te prometo que llegaremos al fondo de la cuestión, pero no puedes estar seguro que hayan sido ellas. Explícame cómo lo han hecho para trasladarte con una constitución tan delgada.

Elliot advirtió que si era cierto lo que decía, y no dudaba de ello, algún sujeto andaba suelto por su casa con intenciones malvadas y, por supuesto, no era el fantasma al que nadie temía. ¿Cuáles serían, entonces? ¿Qué pretendía? Empezó a darle vueltas al asunto, pero aquel contratiempo llegaba en mal momento. Debía partir de inmediato hacia Edimburgo y Zake se marchaba con él. El barbadense le había pedido unos días para un asunto que le era desconocido, así que se dijo que antes de partir debía buscar a otro hombre de confianza, sino dos, al cual

encargar la tarea de vigilancia.

A Rob le sorprendió que su amigo no diera con la respuesta, pero se cuidó de decirlo.

Zake era la clave de todo. Estaba convencido. Un hombre leal a las hermanas que hacía más que de simple escudero, pasando incluso por encima de la autoridad de su patrón. Había comprobado, con el incidente de los Reilly, que cuando se trataba de ellas, el sentido común tendía a desaparecer y que, al parecer, se involucraba en sus locuras con la misma desproporción que un necio.

No las traicionaría ni por todo el oro del mundo y no confesaría ni bajo tortura.

Rob sospesó sobre lo que debía hacer. No era partidario de la violencia y menos en mujeres desvalidas; sin embargo, ellas no poseían ni un ápice de indefensión y Dios era testigo de lo enojado que se encontraba. Si se hubiera cruzado con Zake, a saber de lo que hubiera sido capaz.

Haría bien manteniéndose a distancia.

De repente, una idea maliciosa cruzó por su mente. Una idea que de seguro aplacaría su malhumor. Conocía bien a Elliot como para adivinar que este no alteraría sus planes y que se marcharía esa misma mañana, dejándole unas horas sin supervisión. Tenía una especie de reunión pendiente con Michael, pero con seguridad le sobrarían horas con las que llenar aquel vacío.

Sí, se dijo. Sería una deliciosa forma de vengarse de Cadha por su atrevimiento. No tenía por qué ser forzosamente un castigo.

En cuanto a Ayla... si su hermana se mostraba colaboradora, se lo dejaría pasar.

—Sí. Tienes razón. He sacado conclusiones demasiado precipitadas —dijo animosamente para asombro de ambas. Parecía tan decidido... y de pronto había cambiado de opinión. ¿Por qué?—. Aunque investigaré el asunto por mi propia cuenta. Elliot, señoritas, que disfruten de su desayuno.

Rob inclinó la cabeza con cortesía y se retiró con paso apresurado. Cadha no supo qué acababa de pasar. No podía ser que su padre, que no deseaba pensar lo peor de ellas, lo hubiera convencido tan rápido. Rob no era tan ingenuo. Por supuesto que habían sido ellas y él lo sabía. Lo había percibido con su gran entrada.

¿A qué estaría jugando?, se preguntó, sintiendo un repentino temor. No era un hombre que fuera a dejarlo pasar así como así. Tenía algo en mente.

Mientras Cadha se sumergía en mil y una especulaciones, Rob subió a su habitación y pidió que le prepararan un baño humeante. Se moría porque sus huesos entraran en calor y por volver a sentir sobre su piel ropa seca y confortable. La mayor parte del tiempo que permaneció a la intemperie había estado sedado y no había sido consciente de las lamentables condiciones a las que estaba expuesto. No obstante, la experiencia de despertarse sobre la hierba, en un entorno desconocido y por decisión de otros, no era grata para nadie.

No fue hasta una hora después, recuperado del incidente y bajo la atenta mirada de los lacayos, que Rob se dirigió al comedor a tomar su desayuno. Había hecho llamar a Cadha y ella apareció volviendo a adoptar aquella actitud distante que tan bien conocía.

Rob sonrió para sí. ¿Cómo podría haber pensado que mostraría un ápice de remordimientos? Debía estar muy orgullosa de sus logros.

Él se encargaría de bajarle esos humos.

—Siéntate, querida —Cadha sintió fastidio al escuchar aquel apelativo, pero hizo lo que le pedía—. Así me gusta... —Dio un sorbo de vino de su copa y tras unos segundos de silencio, preguntó—. ¿Vas a pedirme perdón o tendré que esperar a que me salgan arrugas y me vuelva senil?

Ella no se inmutó. Continuó mostrándose altiva y casi hostil.

—¿Podrías explicarme por qué debería hacerlo?

Rob aceptó su resistencia con una sonrisa sesgada y un brillo de ojos burbujeante. De igual modo, pasó a refrescarle la memoria.

—Por tu participación en lo de la noche pasada. A eso me refería —indicó haciendo gala de su temple—. Me pregunto qué tipo de brebaje pusisteis en la bebida para que solo me afectara a mí.

Había unas cuantas incógnitas que le molestaban y aquella era una de ellas. Pero además, seguía sin saber cómo se las habían apañado para calcular el momento preciso en el que él comenzaría a sentir el alcance de la droga. Unos minutos antes, y se habría desmayado en el comedor o las escaleras.

—No sé de qué estás hablando. Será el fantasma que habita en esta casa quien lo hizo. A lo mejor está molesto contigo.

—¿El fantasma o Zake? —contraatacó él—. Conmigo inconsciente supongo que fue fácil desnudarme. ¿Acaso lo hiciste tú? —Rob esperó una respuesta que no llegó—. Si querías verme desnudo, solo tenías que pedirlo. Lo habría hecho gustoso.

Los ojos de Cadha se volvieron grandes y le lanzó una mirada helada, sin embargo no pudo evitar el ligero rubor que cubrió sus mejillas.

Él continuó diciendo:

—Por algún motivo piensas que soy tu enemigo, y eso es justo lo contrario de lo que pretendo. No sé si me odias porque voy a convertirme en el dueño de esta casa, por la boda o por ambas cosas.

—Por ambas —le aclaró Cadha.

—Está bien —contestó Rob sin dejarle percibir su decepción por la testarudez de la joven. En los últimos días había conseguido de ella respuestas que indicaban que le importaba más de lo que estaba dispuesta a admitir, así que no tenía más remedio que tener paciencia hasta lograr unas reacciones satisfactorias—. Imagina por un segundo que decido no comprar parte de la isla —expuso él—. ¿Crees que saldrás ganando? Querida, siento ser el portador de malas noticias, pero tu padre está decidido a vender; como sea. Tienes suerte de que yo sea el primero al que se lo propuso. De este modo podrás seguir viviendo en el lugar donde naciste.

—A un precio muy alto.

—¿Preferirías empacar todas tus pertenencias e instalarte en la ciudad? Porque tengo la sensación que vas a disfrutar más de este matrimonio de lo que crees.

—Eres un arrogante —le espetó ella.

—Y tú una mentirosa. Supongo que deberemos acostumbrarnos a los defectos del otro —dijo con condescendencia—. Bien, aclarado este punto, y como odiaría tener que estar cuidándome la espalda de mi prometida, he decidido que a partir de ahora te mostrarás conmigo atenta, cariñosa, sumisa y servicial.

Rob la vio revolverse en la silla. Al parecer, había conseguido alterarla.

En realidad, le gustaba esa mezcla de frialdad y fuego que había en ella, y no era su intención hacerla cambiar. Solo se trataba de un juego con el que divertirse y vengarse por lo de la noche pasada. Si Cadha había sido capaz de drogarle y permitir que pasara la noche en el exterior, ¿no se merecía ella una pequeña lección?

Se preguntó si ella se mostraría dispuesta a obedecerlo.

—Bromeas —murmuró la joven con un hilo de voz. ¿Podría haber escuchado mal?

—No —insistió él—. A lo mejor no puedo controlar a tu hermana, pero por Dios que voy a hacerlo contigo, que vas a ser mi mujer.

Los ojos de Cadha recorrieron el rostro de Rob pulgada a pulgada mientras buscaba una salida digna. No podía creer que él quisiera someterla a sus caprichos y convertirla en alguien que no era. Por supuesto que era capaz de mostrarse cariñosa y atenta... con el hombre que hubiera elegido ella y que amara. ¿Sumisa? ¡Ni por todo el fuego del infierno!

—Si crees que soy una yegua a la cual puedes domar, estás loco. No voy a someterme a tus caprichos.

Rob le correspondió con una gran sonrisa, como si se hubiera sacado un as bajo la manga.

—¿Sabes qué? Había pensado marcharme en unos días a Edimburgo y esperar pacientemente a que todo se resuelva, pero puede que cambie de opinión. Me resultará fácil convencer a tu padre de que sería conveniente adelantar la boda hasta por ejemplo... ¿la semana que viene?

Cadha emitió un jadeo de sorpresa.

—¡No te atreverás!

—¿Tú crees? Acabo de descubrir que la vida de casado es justo lo que necesito. Imagina despertarme en la cama todas las mañanas con mi bella esposa. ¡Hay tantas cosas que hacer! Además, voy a ser el amo y señor de esta casa, así que nadie debería impedirnos que pasemos nuestra primera semana encerrados en la habitación.

La vio abrir los ojos desmesuradamente.

—¡Una semana! —exclamó ella con sorpresa—. ¡Serás bárbaro!

Cadha sabía poco de los apetitos masculinos y de lo erótico que resultaba su inocencia. A él le era cada vez más difícil controlarse y no saborear sus labios de seda. Había vislumbrado el comienzo de lo que sería una unión física entre ellos y estaba impaciente por comprobar que no se había equivocado.

Se dio cuenta que había aceptado con demasiada facilidad que llegaría a desposarla y ya ni se cuestionaba si estaba haciendo lo correcto. ¿Sería la mejor opción o estaba demasiado ofuscado con las ansias que sentía hacia ella como para ver con claridad? ¿Tenía más opciones? ¿Se arriesgaba a arrepentirse más tarde? Eran cuestiones que debería plantearse con más seriedad de lo que hacía, pero en el fondo reconoció que estaba conforme con su destino, pues abrigaba esperanzas de un futuro prometedor.

Al fin y al cabo, nunca antes había deseado algo con tanta intensidad.

Rob dejó la copa de cristal con la que había estado jugueteando y se arrellanó en la silla, decidido a ponerla a prueba.

—Ven aquí —murmuró con voz aterciopelada mientras trataba de leer en sus ojos. La mesa entre ellos le impedía ver que tenía los puños cerrados, pero ella terminó venciendo a sus impulsos y cedió.

Con la espalda rígida como una tabla de madera se detuvo frente a él simulando ser una mártir dispuesta al sacrificio. Hasta entonces había sido Rob quien había tratado de agradarla, de seducirla. Ahora iba a tener que ser ella quien tomara la delantera.

Cadha vaciló cuando sintió la aguda mirada de Rob sobre su cuerpo. Era un tormento saberse tan débil y sometida a sus ruegos. Y aunque estaba tentada a abandonarse en sus brazos y a la bruma envolvente de sus caricias, hizo un esfuerzo por permanecer serena y cabal.

—Deseo una compensación, algún tipo de mimo —dijo él con una dulzura que ya había mostrado con anterioridad. No obstante, cuando Cadha fue a abrir la boca para protestar, él se incorporó y cubrió los labios con sus dedos—. Ah, ah —susurró Rob con voz ronca, al tiempo que una fuerza invisible, pero poderosa, tiraba de ella.

Tras tantos años de desamparo, su corazón palpitaba con deleite.

Cuando la acomodó sobre sus rodillas y acunó su rostro con un gentil y genuino afecto, en lo único en que podía pensar era en la comezón que se agitaba en su interior: viva, salvaje y exenta de delicadeza. No había ni una fibra de su ser que permaneciera adormecida y comprendió entonces que no ganaba nada con resistirse y luchar; al fin y al cabo, ambos deseaban lo mismo. Así que se inclinó hacia delante y le hizo saber con la mirada, su súbita determinación.

Finalmente, tras unos segundos de contrariedad por la impasividad y por la falta de respuesta de Rob, este le indicó con un apenas audible *tú*, que era ella quien debía dar el primer paso. Y a pesar del fuerte deseo, lo sintió como un trago amargo, pues no sabía cómo enfrentarse a ello. Esperaba que un beso fuera suficiente para que él se hiciera cargo de la situación, así que dominada por la inexperiencia y cierto titubeo, le rodeó el cuello con las manos para no tambalearse y acercó los labios a los suyos, depositando una suave y cálida caricia sobre ellos.

Esperó conteniendo el aliento: un segundo, dos, tres...

Nada. Él no hizo ningún intento ni pareció deslumbrado por su maestría. Se limitó a permanecer ahí, sentado como una estatua de granito: frío e inamovible. Bien, se dijo Cadha. Solo tenía que poner un poco de empeño y Rob dejaría de mostrarse tan arrogante y seguro de sí mismo.

Volvió al ataque, deslizando un dedo por la mandíbula de Rob, recorriendo la suave piel masculina y haciendo presión sobre su boca. Esta vez el beso fue más poderoso y bastante más efectivo que el primero. No se detuvo a pensar en lo que estaba haciendo. Se dejó guiar por la intuición y se abandonó a sus brazos con entusiasmo, consiguiendo vencer las reticencias que se había impuesto Rob.

De repente, él cambió de actitud y pareció querer mostrarle el camino. No importaba que hubiera tratado mínimamente de someterla a su voluntad. Estaba impaciente por demostrarle que valía la pena.

Con precisión y delicadeza le abrió los labios tratando de capturar toda su dulzura y ambos comenzaron a moverse juntos, mientras notaba sus manos deslizándose por la espalda, de arriba a abajo y de fuera a adentro. Cada caricia, cada roce con la tela de su vestido, resultaba ser un estímulo embriagador y, con la respiración entrecortada, dejó que le acariciase los senos; una sensación que amenazó con volverla loca.

A esas alturas ya sabía los efectos devastadores que él provocaba en su cuerpo, y Cadha había querido evitarlos por su propio bien. Pero ¿era una necia por intentarlo siquiera cuando se sentía tan a gusto? Estaban prometidos, Dios Santo. Y aunque era un hecho que había querido evitar a toda costa, aquel era un pequeño placer que podía permitirse. Sin embargo, de repente, Rob se separó y ella se quedó con una vacía sensación por lo inacabado.

Lo escuchó gruñir por lo bajo.

—Dios —murmuró con fastidio, recordando sus responsabilidades—, tengo una cita con Michael en la cantera.

—¿En este momento? —balbuceó ella agitando las pestañas. Su mente trataba de asimilar cómo podía dejar lo que había entre ellos por el administrador.

Lo miró con severidad, visiblemente decepcionada. Entonces, ¿por qué la había hecho llamar si estaba listo para marcharse? ¿Para que se comportara como una vulgar ramera?

Rob se dio cuenta del brillo agitado en sus ojos y entonces adivinó lo que estaba pensando.

—Creí que podría tenerlo todo: un poco de atención por tu parte y asumir mis responsabilidades. Al fin y al cabo, voy a convertirme en el próximo dueño. Pero no tenía ni idea que unos minutos contigo serían tan intensos.

—Siempre puedes dejar la visita para otro día —sugirió con voz melosa, sorprendiéndose hasta ella misma por lo que acababa de salir de sus propios labios. Había entrado en aquella habitación dispuesta a mantenerse fuerte y orgullosa. ¿Y de repente sucumbía a sus encantos y le suplicaba que se quedara con ella?

Rob vio la fragilidad de su ser y estuvo tentado a hacerle caso. Michael lo comprendería si lo dejaba para otro día, aunque no era lo más adecuado. Que Elliot lo hubiera encontrado con su hija una vez ya era demasiada afrenta como para tratar de poner en riesgo su relación. Mejor que no empeorara

—¡Dios, no me hagas esto! —exclamó él con cierta desesperanza—. Con suerte puedo hacer esto rápido y regresar temprano. Luego iremos a dar un paseo o algo... a la vista de todos. —Que era lo más seguro para su propia lúvida, se dijo. Rob solo había pretendido darle una pequeña lección a Cadha para que se diera cuenta que el compromiso era firme y que no iba a poder manipularle como le diera la gana. Tampoco pensaba olvidarse de la boda. Sin embargo, creía tener suficiente tiempo y control para manejarse. ¡Cuán equivocado estaba! Se sentía inflamado y ya ni siquiera tenía ganas de regresar a Edimburgo—. Te pediría que nos acompañaras, pero eso no contribuiría a bajar mi hinchazón.

—¿Qué hincha...? ¡Ah! —exclamó con premura al comprender, enrojeciendo con intensidad. Aunque Rob no lo pretendió, había sonado como un halago—. ¿Por mí? —no pudo evitar preguntar, a pesar del sofoco que sentía. Era deliciosamente excitante escucharle confesar lo mucho que ella le afectaba.

Lo miró con arrebato. Maldito fuera, Rob se estaba ganando su corazón.

—¿Quién, sino? —dijo alzando la ceja derecha—. Me he prendado de una hechicera de exquisitos cabellos, testaruda como una mula y con un ingenio que me desespera. ¿La conoces? —preguntó él—. Imagina que incluso ha tratado de matarme.

—¡Qué horror! —exclamó Cadha con fingida consternación—. ¿E incluso así te gusta?

—¿Qué puedo decir, siempre he sido diestro tratando con lo difícil —contestó con pedantería. Cadha seguía sentada en sus rodillas y él había dejado las manos quietas sobre sus nalgas. La sensación de intimidad seguía siendo fuerte y el lazo que los unía, más allá de lo físico, se presentaba cada vez que estaban juntos—. ¿Y ella? —continuó él—. ¿Crees que va a decirme lo que siente?

Cadha frunció los labios adorablemente, acercó los labios a su oreja y susurró:

—No creo que ahora tenga tiempo. Te están esperando. —Y con eso se levantó y salió del salón con la cabeza alta y sin mirar atrás. Su actitud no era más que una apariencia, porque dejarlo ir en aquel instante supuso renunciar a mucho, sobre todo porque en el fondo había comprendido que su destino estaba junto a Rob Cunningham.

Capítulo 19

De vuelta de la cantera, Michael movió la cabeza de un lado a otro en señal de incredulidad. Rob iba a su lado, manteniendo los caballos a trote lento. Si bien no podía decirse que fueran amigos, en los últimos días habían coincidido bastante a menudo para conversar sobre la isla, la propiedad y cómo no, de las hermanas Singht. Ambos habían tenido problemas manejándolas y era un alivio poder desfogarse con bastante sinceridad con alguien que no fuera de su familia o un sirviente cercano.

Aquel lugar era un entorno cerrado, él era el nuevo y su llegada no era bien recibida, así que le venía bien un poco de compañía masculina que lo tuviera en buena consideración y que no lo juzgara a cada paso.

Según estaban las cosas en aquel momento, había sido una buena idea dejar la mansión, el ambiente inestable que se respiraba en ella y los cuchicheos. Aunque Rob había padecido lo suyo, Michael sentía que alejarse le haría el mismo bien. Las cosas con Ayla no habían mejorado y sentía que debía volcarse en el trabajo para dejar de darle vueltas a todo. Además, las hermanas Singht ya sabían lo de la venta de la isla y, si uno apreciaba su pellejo, más valía evitarlas. Por esa razón, y porque le apetecía compañía, el día anterior, después del desayuno, se había acercado a Rob con la intención de ofrecerle un respiro y habían acordado una visita a la cantera para el día siguiente. Por supuesto, después de enterarse de lo que había sucedido a primera hora de esa misma mañana y con una situación tan inflamable entre manos pensó en anularlo, pero Rob insistió en seguir con lo acordado.

—Todavía sigo sin creerlo.

—Dado lo que me ha contado Elliot sobre la escena de la cala, dudo mucho que esto te sorprenda.

Una parte de Rob hubiera pagado por estar presente y ver a las hermanas en acción. Seguro que Cadha era toda una visión, subida encima de su caballo, desafiante y dispuesta a todo.

Mejor eso que tramar un plan para drogarlo y abandonarlo.

—No es eso... —No encontraba las palabras adecuadas—. Es más esa acumulación de situaciones desatadas lo que me tiene perplejo. —Hasta esa misma mañana no había sabido que Rob y la menor de las Singht estaban prometidos. Lo acababa de saber de labios del mismo interesado—. Incluso me sorprende, para qué negarlo, la decisión que el señor Singht ha tomado. No parece de esos..., si entiendes lo que quiero decir.

—A la perfección. —Rob no pudo evitar esbozar una sonrisa de satisfacción—. Sin embargo, no puedo negar que no estoy nada disconforme con el resultado. —Eso, comparado con la verdad, era quedarse corto. Cada vez estaba más impaciente por desposarse con Cadha y eso que no llevaban ni cuarenta y ocho horas comprometidos. Si Elliot decidía alargar la fecha más de lo necesario iba a tener que pensar seriamente en contratar los servicios de algún curandero para que le hiciera una pócima para rebajar el ardor en cierta parte de su anatomía.

—De verdad pareces contento —dijo Michael abiertamente, pues a pesar de ser un simple administrador, Rob le había alentado a hablar sin tapujos. No se mostraba como un hombre petulante y le vendría bien saber su opinión, había comentado.

—Lo estoy.

—¿Y te atreves? —preguntó profundamente intrigado.

—¿A qué? —Rob lo miró extrañado.

—Bueno, ya sabes. Quizás no sea Ayla...

Rob lo entendió y rompió a reír.

—En cierto sentido es peor —admitió—. Al menos Ayla va de frente; la ves venir. Si he de ser sincero, la mayoría de las veces no sé qué pasa por esa cabecita suya.

Michael no se imaginaba que alguien quisiera casarse de forma voluntaria con una de las dos. La intimidad entre ellos debía haber sido colosal; o quizá albergaba sentimientos por la joven.

—Te gusta —no era una pregunta.

—Del todo —respondió sin borrar la sonrisa del rostro—. No sé si seré capaz de explicar por qué. Lo único cierto es que es así.

—¿Incluso cuando se enfrenta a ti y te dice que no lo va a hacer? —Él había salido escaldado con Ayla y todavía le dolía evocar algunas de sus aseveraciones—. ¿Incluso después de lo de esta noche?

—En efecto.

Si él hubiera pasado por lo mismo, no luciría ese talante, de eso estaba seguro. Había oído algo mientras pasaba ante las lavanderas, cargadas con cestos de ropa. Se había ofrecido a llevarles la carga con la intención de tener detalles, pero ellas declinaron la oferta. Solo cuando estuvo ante Rob, este se lo confirmó, además de añadir detalles de la desnudez y el frío que había pasado. En ese momento se había debatido entre la incredulidad y el azoro.

—A lo mejor estás tan poco cuerdo como ellas —indicó.

—Tal vez —asintió Rob—. A lo mejor estoy siendo más yo mismo que nunca.

—Sabes que Ayla...

—Oh, sí, no lo dudo —afirmó.

Para Michael era indiscutible que la mayor había participado de forma activa en el suceso fantasmagórico. Parecía que ambas se ocultaban pocas cosas y que las dos disfrutaban de llevar a cabo en conjunto sus fechorías. Incluso podía imaginarlas elucubrando primero y ejecutándolo poco después. Seguro que se habían partido de risa.

—Al menos no perderán la isla —aseveró Michael.

—Quizás no Cadha —Rob esbozó una mueca de pesar—, pero me consta que los planes de Elliot respecto a la mayor no han cambiado. Se irá a Edimburgo, quiera o no quiera.

Sin desearlo, sintió pena por Ayla. Ella amaba esas tierras, y marcharse de ellas supondría un golpe brutal. Al menos, como familiar próximo, tenía aseguradas visitas prolongadas. En otras circunstancias sería un adiós definitivo.

—Lo que me sigue pareciendo incomprensible —Michael siguió con sus cavilaciones en voz alta— es la treta que han utilizado.

Rob lo miró de reojo.

—¿De verdad? Con lo imaginativas que son...

—No, si me refiero por lo burdo del stratagema. Es tan pueril que no acabo de entender cómo pensaron que dejarte desnudo en el bosque, a la intemperie y con riesgo a congelarte, podía hacer que te marcharas.

—Creo que es más bien una medida lanzada a la desesperada —concluyó Rob—. No creo ni que se den cuenta de ello.

—Tal vez tengas razón.

—La tengo, créeme —la oración estaba exenta de soberbia. Era la constatación de un hecho evidente—. He tratado demasiados negocios en mi vida como para no saber reconocer una acción a la desesperada. Y la de ellas, lo es.

Michael asintió. Justo en ese instante sintió una repentina y dolorosa mordida en el brazo derecho. Fue tan inesperado que se sintió desconcertado. ¿Una mordida? ¿A caballo? Por un instante se le nubló la visión, pero volvió a recuperarla. Se giró hacia Rob y vio la aprensión en su mirada. Lo extraño era que veía a su boca moverse y no alcanzaba a oír nada. Instantes después, sus manos aflojaron las riendas y un balanceo inevitable se apoderó de su cuerpo. Sin que pudiera evitarlo, la inercia lo llevó a dejarse caer hacia la izquierda mientras Rob se afanaba por tratar de detener su caída. Pensó, en un extraño amago de lucidez, que era de agradecer que hubieran estado yendo a paso lento pues, de lo contrario, la caída podría provocarle mucho daño.

La cabeza chocó en el suelo y algunas piedras se clavaron en el cuero cabelludo. El polvo del camino se introdujo en sus ojos y en la boca, pero fue la dureza del golpe lo que le quitó la respiración. En un momento dado ya no oyó el grito de dolor que salió de su boca cuando su brazo derecho golpeó el mismo suelo que lo recibía con una caricia dura y caliente. Lo último que vio, antes de perder el conocimiento, fue a Rob de cuclillas a su lado mientras apartaba con cuidado la chaqueta de su hombro, y la mancha roja, justo por debajo de la axila, que se extendía sobre su camisa blanca otrora impoluta. Su último pensamiento, antes de dejarse vencer por la inconsciencia, fue que se parecía mucho a una mujer con el mismo flameante cabello esparcido entre sus sábanas; y que ella le amenazó con no cejar en su intento de echarlo.

El pánico hizo acto de presencia y la mano le tembló. Sin embargo, a base de férrea determinación, aplastó el sentimiento que le sobrevenía y se apresuró a alejarse con la espalda gacha. Debía aprovechar el terreno que le era conocido y la confusión que había causado el disparo para desaparecer. Cuando consideró que ya había puesto suficientes yardas de distancia alzó la cabeza por encima de la vegetación y no vio a nadie.

Soltó un suspiro de alivio. Estaba a salvo.

Saltó el cúmulo de piedras alineadas y echó a correr lo más deprisa que pudo. Había dejado el caballo atado a un árbol alejado y lo bastante frondoso para que el animal no desfalleciera por un golpe de calor en caso de no poder volver hasta el anochecer a recogerlo. Por suerte, no había tenido que esperar tanto.

Lo ideal, sin embargo, hubiera sido poder darle a esa zorra pelirroja. Cuando se había marchado de casa de sus padres, furioso más allá de toda duda, ella era el objetivo de toda su ira. De un golpe lo había despojado de una mercancía por la que pretendía sacar una buena suma y del respeto y confianza de su padre. Debido a eso, su progenitor había estado revolviendo entre las cuentas de la destilería y se había percatado que el negocio familiar no marchaba igual de bien que cuando él empezó a desempeñar el papel de dueño. De su boca habían salido palabras como estúpido, ingrato, inconsciente y muchas otras más que le hacían hervir la sangre. Poco le importaba que hubiera intentado defender su honor. Lo que más le escocía era que no lo apoyaba. Su deber como padre era hacer eso por él y más. Si fuera como su madre no se encontraría en esa situación.

La verdad era que no se había detenido a pensar. Voló hacia su casa y esperó al atardecer para dirigirse hacia el refugio de los Singht. Esperaba tener la oportunidad de rendir cuentas con Ayla, por lo que rondó los alrededores sin llegar a tener ninguna oportunidad. No pretendía matarla, aunque sí atemorizarla lo suficiente como para hacerle saber que nadie humillaba a Archie Reilly en vano. Todavía le repiqueteaba en el cerebro las palabras de su padre cuando le dijo que medio pueblo se burlaba de él por haberse dejado avasallar de esa forma.

Cuando estuvo claro que no conseguiría su objetivo, se fue en busca del caballo y puso dirección al norte. No pretendía llegar al pueblo. Se quedó a medio camino y se encerró en la destilería hasta el amanecer. Con la mente despejada, se despertó con las primeras luces del alba. Esta vez, esperaría agazapado cerca del camino con la esperanza de verla aparecer cabalgando.

La nueva idea se formó cuando divisó dos caballos al galope que iban en la misma dirección por la que él había venido. A esas alturas se conformaba con dañar a la otra hermana, esa con cara de no haber pecado en su vida; o quizás al negro. Cuando reconoció a uno de los hombres como el administrador, que lo había puesto más en ridículo todavía con su servilismo hacia ella, todo el odio acumulado afloró. Sabía que ese no era el mejor momento. Deducía que, o bien iban al pueblo o a la cantera, siendo esa segunda opción más probable. Lo único que tenía que hacer era esperar.

Como aviso, disparar al administrador no estaba mal. Si no lo cogían, no podrían probar que había sido él. Quizás se volverían más precavidos, aunque eso lo haría todo más placentero cuando lograra atravesar esa fachada de invencibilidad que Ayla Singht lucía como un estandarte. Lo único que tenía que hacer era apuntar bien su rifle Baker, porque no estaba seguro del resultado cuando los jinetes iban a tanta velocidad. Por suerte, la fortuna estaba de su lado. No solo volvieron más pronto de lo esperado, sino que además cabalgaban a trote lento, lo que facilitó su tarea. Ahora el trabajo ya estaba hecho y solo tenía que esperar los acontecimientos. Esta vez su padre no podría reprocharle nada, ya que había actuado con pronta diligencia y discreción.

Sí, era un verdadero genio.

—¡Michael! ¡Despierta, Michael!

Rob daba palmadas en las mejillas del herido intentando que volviera en sí. Todavía estaba en el suelo, pero había conseguido arrastrarlo hacia un árbol cercano provocando que el tirón hiciera brotar más sangre de la herida ya vendada con la parte baja de su camisa. Primero, no obstante, había rasgado con fuerza la manga de su chaqueta, ya que sacarla no era una opción.

Ahora, la cabeza de Michael reposaba sobre los restos de dicha chaqueta, a la sombra y los caballos permanecían tranquilos pastando cerca de ellos.

—¡Vamos! —volvió a repetir la acción y los párpados del herido se abrieron. Suspiró de alivio.

—Oooooo—Michael contrajo la cara por el dolor, cerrando los ojos de nuevo.

Eso no podía seguir así. Michael no podía. Él no era experto en heridas y mucho menos provocadas por armas de fuego. Lo único que sabía era que había que curársela lo antes posible.

Por lo pronto, arrancó un trozo más de tela blanca dejando a la vista parte del plano estómago

de la víctima y desató la que había puesto antes, convertida ahora en un harapo carmesí. Hubiera dado lo que fuera por un poco de agua o licor. Ambas hubieran servido para limpiar un poco esa herida escandalosa y ver así cómo estaban los daños. Porque Rob iba a ciegas. No sabía cuán grave era el daño.

Odiaba sentirse tan impotente.

Barajó diversas opciones y ninguna terminó de convencerle, aunque finalmente se decidió por llevarle a la mansión, esperando que no surgiera ningún otro contratiempo y que Michael aguantara. Con la decisión tomada no había más remedio que ponerla en práctica.

—¿Cómo estás? —una pregunta estúpida, dadas las circunstancias—. Tenemos que llegar a la casa y revisarte la herida.

—¿Me han disparado? —la voz de Michael sonaba pastosa.

A Rob no le importó. Si estaba en condiciones de preguntar eso, quizás no estaba tan mal como aparentaba.

—Sí.

—¿Quién? —preguntó. Trató de apoyar el peso en su brazo izquierdo y falló.

—Eh, tranquilo. Deja que te ayude. —Rob cogió su cintura y tiró del brazo sano hasta que lo puso derecho.

—¿Quién ha sido? —repitió.

—No lo sé —respondió. A pesar del rictus de dolor que percibía, Michael parecía sostenerse bien—. Me ha parecido que cuidar de ti era mucho más importante.

La conciencia de Michael se despejó, si bien el dolor del brazo era insistente.

Sonrió y Rob lo vio.

—Tú estás loco si sonríes en una situación así. Me parece que estás tan majareta como me atribuías antes.

Ese comentario le trajo el recuerdo de la amenaza.

—¿Iban a por ti o a por mí? —inquirió, apoyándose en el tronco del árbol.

Rob lo miró con atención, recelando.

—¿A por mí? ¿Qué carajo te hace pensar que he hecho algo que merezca que intenten matarme?

—¿Acaso piensas que yo sí? —Pero en su interior, la duda se estaba instalando como una maldita vecina quejumbrosa.

Solo podía pensar que su misión en la isla no era tan honesta como pretendía dar a entender. Quizás había sido descubierto y pretendían eliminarlo. ¿Se trataba de eso? No quería ni planteárselo. También estaba, y no quería pensarlo, la amenaza de Ayla. Solo que ahora no tenía tanto peso cuando su partida no andaba lejos. No obstante, ella se le había mostrado llena de una inusitada y sorprendente malevolencia.

Trasformó esa reflexión en un pensamiento en voz alta, pretendiendo que Rob la descartase sin más. Quería convencerse de lo mucho que estaba equivocado.

—¿Hasta qué punto la conoces? —le respondió este con una pregunta.

—Supongo que hasta el mismo que tú a Cadha —miró a lo lejos—, solo que yo gozo de una ventaja de algunos días más.

—¿La crees capaz? —Rob parecía haber olvidado que Michael estaba herido.

—¿La? Querrás decir «las». Que no se te olvide que ambas van en el mismo saco...

—Y nos quieren a los dos fuera de la isla... —terminó por él.

—Eso solucionaría la mayor parte de sus problemas.

—Aunque no todos —respondió—. Elliot está dispuesto a vender a como dé lugar.

—Tal vez —concedió Michael—, pero tú mismo has dicho que actúan a la desesperada.

La certeza que las hermanas pudieran tratar de deshacerse de ellos resultaba alarmante y amenazadora. Incluso siendo Michael la víctima directa, ninguno de ellos podía negar con los ojos cerrados que tanto el uno como el otro eran sus objetivos.

—No lo sé —Rob cabeceó—. Necesito pensarlo y tú necesitas un médico.

—No creo que haya uno en la casa. Ahora mismo, aquí me siento más a salvo.

Sin embargo, se dejó guiar hasta los caballos con paso inseguro. No se trataba de mareos ni nada parecido; solo que a cada paso que daba, su brazo parecía despertar una colonia de abejas furiosas dándole la bienvenida con sus agujijones. Subir fue toda una escena de destreza y la sangre no tardó en manar de nuevo. Subido en su caballo, Rob le vendó con otra tira de camisa y emprendieron la marcha lenta, esta vez forzada. Si estuvieron más silenciosos de lo normal era debido a que cada uno se hallaba sumido en sus propias cavilaciones. Ya habría tiempo para las acusaciones.

Si salían vivos de esa.

Capítulo 20

Ayla y Cadha corrieron por el pasadizo como poseídas por el demonio.

Habían salido a pasear y habían llegado hambrientas. La euforia de lo que le habían hecho a Rob había desaparecido para dar paso a los remordimientos. Solo Ayla mantenía que, a pesar de todo, había sido necesario.

Una vez en la cocina, y con la boca llena, había aparecido Mona con un gran balde de agua bermellón. Al poco empezó a relatarles que el administrador y el invitado de su padre habían llegado manchados de sangre y uno de ellos herido de gravedad. Sus comidas quedaron esparcidas por la mesa producto de las prisas.

Con las faldas de los vestidos subidos por encima de los tobillos, sus piernas volaron en dirección a la parte posterior de la casa, hacia la sala de costura. Sus rostros desencajados barrieron la habitación tan pronto la puerta se estampó contra la pared, sobresaltándolos a todos.

Cadha se relajó de repente cuando vio a Rob con el semblante serio apoyado en la pared. Ileso. Sentía tal alivio que pensó que las piernas no la sostendrían.

Ayla, por su parte, la empujó a un lado y centró toda su atención en el hombre moreno y con los ojos cerrados que estaba sentado en el centro de la estancia y que permitía que la señora Davies terminara de aplicar las curas.

—¿Qué formas son estas de entrar? —las reprendió el ama de llaves sin apartar la vista de la herida.

No era tan grave como aparentaba a primera vista porque la bala no llegó a penetrar en el brazo del administrador. Pero incluso con una simple rozadura, que abarcaba diversas pulgadas, había causado un daño considerable en la carne, levantándola y haciéndolo sangrar.

La señora Davies estimó que no era necesario llamar a un médico; tenía suficientemente experiencia en ese tipo de situaciones y sabía cómo coser unos cuantos puntos.

Eso sí. Iba a escocerle a rabiar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ayla a su vez con una palidez extrema. No podía saber el alcance real de la lesión, por lo que sentía una necesidad aplastante de acercarse y comprobar que no tenía más heridas.

Tragó saliva y miró el rostro de Michael, mortalmente serio. No se fijó que este iba sin camisa y que mostraba ese torso que tanto había echado de menos acariciar.

—Chicas, no es correcto que estéis aquí —la regañina pareció caer en saco roto.

—Repito: ¿Qué-ha-pasado?

—¡Ayla! —la señora Davies levantó la vista, reprendiéndola.

—Déjela —intervino Michael—. Tal vez haya venido a contemplar el alcance de su obra.

Al principio no lo entendió. No en cambio Cadha, que absuelta de la misma preocupación había entendido el significado.

—¿Cómo se atreve...? —se irguió cuan alta era.

—¡Ya está! —la exclamación final del ama de llaves interrumpió lo que iba a decir.

—Alguien ha disparado a Michael —añadió Rob, expresando lo obvio.

—¿Disparado? —La mayor de las Singht apretó los puños a cada uno de sus costados—.

¿Quién? ¿Por qué? ¿Dónde?

—Respóndeme tú —eso la hizo voltear la cabeza hacia él—, o las dos.

Ayla pareció perdida, aunque solo unos segundos.

—¿Piensas que he tratado de matarte? —sonó ofendidamente horrorizada.

—No. —Al menos no quería creerlo—. Solo creo que quizás, en vuestro afán por alejarnos, habéis llevado las cosas demasiado lejos.

—Usando una pistola —Ayla quería estar segura de lo que Michael decía.

Se lo merecía. Era lo menos que merecía por fijarse en un hombre así. Uno que pensaba lo peor de ella sin tener pruebas que lo corroborasen. Jamás pensó que podría dolerle el corazón como lo estaba haciendo en ese momento.

Cadha permanecía en silencio. Se imaginaba como debía de sentirse Ayla porque ella misma sentía algo parecido. Aunque fuera el administrador quien formulara la acusación, estaba claro que ambos hombres habían llegado a la misma y equivocada conclusión. Se negó a mirarle.

—Puede que solo pretendierais asustarnos; y créeme, lo habéis conseguido.

—Señores —intervino la señora Davies—, creo que están equivocados respecto a ellas. No obstante, no es el mejor momento para hablar de ello. Las emociones están demasiado a flor de piel.

—Pues yo creo que es el momento idóneo para ello —replicó Ayla con fuego en los ojos. Atrás quedaba esa delirante preocupación—. Dime las razones por las que crees que hemos sido nosotras —exigió. Quería estar segura que sus motivos para dañarla de esa forma eran lícitos y razonables.

—Me amenazaste con echarme —aseguró. Debido a su actitud ya empezaba a dudar que ellas fueran las responsables.

—Pude haberlo hecho de tantas maneras ingeniosas que cuando tu culo diera fuera de la isla no sabrías ni qué había sucedido —replicó furibunda.

—Está lo de Rob.

—¿Querías que se te apareciera Claud el fantasma? Solo tendrías que haberlo dicho y seguro que este te hubiera complacido.

—¡Maldita sea! —se exaltó en respuesta a la tranquilidad con la que ella respondía—. ¡Sabes manejar un arma!

—He ahí mi pecado —sentenció—. Solo sé que, si me paro a pensar con detenimiento, se me pueden ocurrir un par de buenas razones para que alguien se atreva a acabar con tu vida.

Ayla se acercó a escasa distancia de él sin importarle los espectadores que tuviera. El dolor que sentía haría caer de rodillas a una mujer más débil, pero ella se negaba a mostrar esa debilidad.

Sin que nadie lo esperara puso su mano en la herida recién cosida y la apretó hasta hacerle gritar.

—¡Ayla, por todos los Santos! —la señora Davies estaba estupefacta.

Dolida y enfurecida hasta lo más infinito vio como los puntos se cubrieron de sangre.

—Y ahora, y no antes —recalcó—, tienes motivos para asegurar que te he hecho sangrar.

Dicho esto, salió de forma dramática dejando a Michael aullando de dolor.

Con la eficiencia de un soldado, la señora Davies se afanó en volver a curar la herida. Conocía a las niñas desde siempre y sabía de su endemoniado temperamento, aunque apenas podía creer la reacción de Ayla. Era cruel y desmesurada. Por una parte la disculpaba. Entendía que estuviera decepcionada por las duras palabras del señor Campbell y más cuando estaba interesada en él. No

era agradable que a uno le acusaran de tratar de matar. Se sentiría decepcionada por poner en duda su palabra, pero no era necesario usar la violencia. Así solo conseguía empeorarlo y las cosas de por sí ya andaban suficientemente mal con el compromiso de Cadha, la inaudita venganza hacia el señor Cunningham... y ahora un disparo.

¡Por todos los Santos!

Rob, por su parte, se dio cuenta que su presencia ya no era necesaria. Dejando a un lado la escena de Ayla y el daño infligido, Michael estaba a salvo.

Miró un momento a Cadha, que seguía en el mismo lugar que antes, con la mirada fija en el herido.

Era condenadamente extraño que no se hubiera marchado con su hermana.

—Michael, ¿todo bien? —le preguntó echándole un vistazo. Este asintió, más no llegó a contestar. Suficiente tenía con lo que lidiar. En unas horas seguramente la herida le dolería más de lo que lo hacía en aquellos momentos y Ayla había intensificado su malestar mostrando la rabia en todo su esplendor. Le puso una mano en el hombro—. Lo mejor en estos momentos es que descanses hasta que te recuperes del todo —dijo comprensivo.

La señora Davies se ocuparía de él y más tarde, con la llegada de Elliot, iría a verle.

Se acercó a Cadha y la tomó del brazo con poca delicadeza, tratando de llevársela de la habitación, lo que le valió un desaire por parte de ella. Su mirada acusatoria mostraba que no estaba para nada de acuerdo con el trato que estaba recibiendo de su parte, si bien, su modo de actuar fue mucho más comedido que el de Ayla.

—No puedes creer... —le espetó con cierta tirantez tan pronto dejaron atrás la sala de costuras con el ama de llaves y el administrador.

—Ahora no —dijo Rob, rotundo—. No pienso entablar una discusión en medio del corredor para que todos los sirvientes cuchicheen. Si ya es suficientemente malo lo de esta mañana, ni quiero imaginar lo que dará que hablar el disparo. Y tu padre... ¡Dios! Se va a poner frenético.

—En estos momentos lo que menos me importa es lo que piense mi padre. No ante una acusación de semejante magnitud —argumentó ella con contundencia mientras era llevada al piso superior sin ni siquiera ser consciente de a dónde se dirigían. Por lo menos al principio, porque cuando Rob abrió la puerta de su habitación y la hizo pasar adentro, Cadha abrió los ojos con sorpresa.

No era el lugar más adecuado para mantener una charla, y menos para tratar de mantener su inocencia sobre el ataque a Michael Campbell.

Se apartó de él lo más que pudo y se arrimó a una de las ventanas, con los brazos cruzados sobre el pecho y con una expresión sombría. Debía seguir centrada en los hechos y no perderse en apasionados desvaríos que solo servían para desbocar su corazón y su mente. Aquel hombre era su prometido y, aunque ella no lo había elegido, no podía seguir fingiendo que poco le importaba y que le era indiferente, porque cuando escuchó a Morna relatar los hechos sobre el herido y la sangre, corrió como alma que lleva el diablo hasta comprobar que Rob estuviera bien. Solo entonces comprendió que se había sentido sepultada por toneladas de angustiosas sensaciones que no deseaba volver a experimentar en la vida y que, a pesar de las contradicciones de sus propios actos, deseaba a Rob sano y salvo... junto a ella.

Tras un agobiante silencio lleno de dudas por parte de ambos, Rob se puso a su altura con unos cuantos pasos y le giró suavemente la barbilla. Una suavidad que contrastaba con la rudeza anterior.

—Mírame a los ojos y dime la verdad —le exigió. Sus ojos brillaban con una especie de

aflicción y determinación a la vez. Y aunque Rob ya sabía cuál era la verdad, en aquel instante necesitaba su confirmación para disipar los temores que se agolpaban en su cabeza—. ¿Tramasteis tú y tu hermana dejarme muriéndome de frío en la intemperie?

Cadha dio un respingo, mas consiguió mantener la mirada. Tras el revuelo de esa mañana y tras las últimas palabras mantenidas en el comedor, después del desayuno, Cadha creía que su participación se daba por descontada, por lo que esperaba no tener que volver a hablar de aquello. No importaba de quién había sido la idea, si de ella o de Ayla. Era desagradable recordarse lo estúpidas que habían sido tratando de echarle de un modo tan retorcido y con escasas posibilidades de triunfar. Ambas deberían haber hecho un poquitín de caso a Zake, que les aconsejó pensar con la cabeza fría, pero el apremio por dar una lección a Rob había podido con ellas.

—Sí —reconoció al fin, pues no podía seguir manteniendo el embuste. No tenía ningún sentido—. Todo fue premeditado. Sabíamos el modo de hacer un brebaje con el que durmieras toda la noche y cómo debíamos trasladarte sin llamar la atención.

—¿Y cómo conseguisteis que me lo tomara? Porque no recuerdo ningún sabor extraño ni en la comida ni en la bebida.

Cadha esquivó la pregunta como pudo. No pensaba inculpar a nadie ni decir más. Solo...

—No era nuestra intención matarte —murmuró llena de remordimientos y deseando que Rob no la creyese tan despiadada.

Él asintió, en silencio. Ellas solo querían dejar claro quién tenía el control y no encontraron mejor forma de demostrárselo que con una enrevesada farsa en la que podían culpar a un fantasma. Y, si bien no tenía ni pies ni cabeza y Rob no se sentía cómodo con la situación, todavía podía recordar la sensación de frío en los huesos. Por lo menos el resentimiento había decaído.

—Debo admitir que por un momento se me pasó por la cabeza, al igual que tras el disparo a Michael —repuso él, sin una pizca de vergüenza—. Sí. Ayla y tú podéis llegar a ser muy tercas; habéis dado muestras de ello, pero tras pensarlo con calma y detenimiento, me niego a creer que mi futura esposa sea capaz de matar solo por deshacerse de ambos.

Cadha notó un frío helado corriendo por sus venas. Un frío que la dejó llena de congoja y agitación en el pecho. Quizás no fuera capaz de matar a sangre fría con tal de echar a su prometido o al administrados de sus tierras, pero sin duda lo haría por otros motivos. Y aunque no lo había hecho con sus propias manos, Neil Bishop era una prueba de ello.

—Entonces, ¿me crees? —preguntó con alivio y haciendo un verdadero esfuerzo por no sonar tan desesperada como en verdad se sentía.

En respuesta, Rob capturó su cintura con las manos, arrebatándole el aliento. Sentía sus ojos sobre ella, depredadores; los oídos le zumbaban y su corazón latía frenético.

Y ni siquiera la había besado.

Cuando por fin llegó el ansiado beso y se perdió en él, Cadha se sintió trémula a causa de la ansiedad. La mirada de Rob indicaba claramente una determinación de lo que iba a ocurrir en breve y, si quería evitarlo, debía marcharse ya.

¿Era una necia por permitir que él la comprometiera de ese modo?

Quizás, pero lo estaba deseando. Y no pensaba moverse.

Cadha no sería consciente hasta más tarde, de lo extraño que resultaría que no se hubiera acordado de Neil Bishop en ningún momento y que aquel suceso no la hubiera condicionado para estar con Rob. Pero así fue.

La experiencia pasada nada tenía que ver con aquella. Era algo nuevo, más puro y hermoso.

Rob jugueteó con su cabello dorado mientras la besaba con afán. Sus expectativas eran amplias; ella, hermosa, cálida y excitante. Nunca se había tomado por un hombre posesivo, pero por alguna razón consideraba a Cadha muy suya y, cuando ella alzó las pestañas con una mirada expectante, no pudo más que congratularse.

Después de deleitarla con mil caricias y roces en la curva de la espalda, abrazos compartidos y besos en el cuello, en las mejillas y en el lóbulo de la oreja, sintió que era el momento de desvestirla. Se moría por verla desnuda y guiarla al encuentro del placer. Le quitó cada una de las prendas que llevaba encima con una exquisita delicadeza, menos las medias y la camisola para que no sintiera frío. A pesar de la urgencia que sentía su cuerpo, no quería ir con prisas y asustarla.

La llevó a la cama, exploró su piel con minuciosidad y le acarició con los labios sus pezones a través de la tela hasta que la oyó gemir.

—¡Rob!

—Todo va a estar bien, mi amor.

Cadha se arqueaba hacia él y se revolvía sobre las sábanas. Lo que le estaba haciendo era tan placentero a la par que mareante... pero tuvo un súbito deseo de marcharse cuando Rob se apartó de ella y se desprendió, también, de su ropa, quedando tan desnudo como cuando llegó al mundo. Entonces pudo contemplar con total libertad los músculos, los brazos, las piernas... y su miembro erguido.

Suficiente como para azorarla.

Sabía bien lo que iba a suceder a continuación: la vacilación, el dolor de la primera vez y si tenía suerte, el goce. Su hermana le había dado algunos detalles de lo suyo con Michael, pero no podía imaginar que Rob fuera un espécimen tan magnífico.

Ingenuamente se preguntaba cómo podría amoldar *eso* a su cuerpo.

—Yo nunca he... —empezó a decir casi atragantándose por la vergüenza.

—Shhhhhh. No tienes que explicar nada. Seré cuidadoso —le prometió él, controlando la agitación de su cuerpo.

—Para ti es muy fácil decirlo. Habrás fornicado con docenas de mujeres.

Rob no pudo evitar sonreír con humor. Como ella bien decía, quizás hubiera fornicado con unas cuantas, pero con ella tenía la intención de hacer el amor.

—Es normal que haya tenido alguna que otra experiencia... —declaró sin precisar.

A su edad había tenido los escarceos propios de un hombre para saciar sus instintos más primarios, pero la mayor parte del tiempo de adulto lo pasó trabajando duramente sin distracciones, no bajo las faldas de una mujer.

Nunca había tenido una amante y no había comprometido a una dama hasta conocer a Cadha.

—Por supuesto —convino ella mientras enfocaba la mirada hacia cierto punto candente de su anatomía—. Eres fuerte y viril. No espero que seas célibe.

Rob miró su rostro, levemente sonrosado. No podía recordar una mujer por la que hubiera sentido un hambre tan salvaje y, hasta donde él sabía, jamás encontraría otra igual. Tampoco era su deseo. Aquella hermosa criatura con la que sería imposible saciarse con una sola vez iba a convertirse en su esposa.

La vida estaba siendo generosa con él.

—Cielo, ¿es preciso que hablemos de esto justo ahora? —A Rob se le ocurrían docenas de cosas que podrían estar haciendo en aquel preciso instante en vez de mantener una inadecuada conversación sobre sus logros sexuales. Como por ejemplo saborear sus pechos, cuyos pezones se

marcaban a través de la tela de lino.

Sin esperar una respuesta, se arrodilló junto a ella y le abrió levemente las piernas.

Cadha no pudo evitar soltar un jadeo. A pesar de la humedad que notaba en su parte más íntima, se sentía un tanto nerviosa al exponerse de ese modo y trató de bajarse la camisola todo lo que pudo. En cambio, Rob le apartó las manos con cariño, se inclinó hacia ella, le dio un largo beso en la boca y le ayudó a quitarse la prenda.

Sus pechos desnudos ofrecieron una visión hipnotizadora. Tan plenos, tan perfectos, que quitaban el aliento. Justo cabían en su mano. Los lamió con suavidad y la hizo volver a gemir. Con toda la excitación que sentía sobre sí era imposible reparar solo en ellos y contempló con fascinación sus caderas y las majestuosas piernas todavía envueltas por las medias. Pero puso especial atención en aquel rincón salpicado de hebras doradas, en donde deslizó la lengua sobre su piel, besando y explorando entre los sensibles pliegues.

Su encantadora prometida disfrutó especialmente de aquello. Los suspiros y sonidos que emitía eran testigos de ello.

—Eres tan bella —susurró apenas. Su cuerpo era precioso y tentador, aunque reconocía que no era el único motivo por el que sentirse excitado—. Es el momento —le informó él cuando la sintió lo suficientemente húmeda y preparada para recibirle.

Rob le quitó las medias y situó su miembro cerca de su entrada.

Cadha trató de estar serena y gozar de todas las sensaciones que venían embargándola desde un comienzo. Hasta entonces sus besos habían resultado ser dulces, hambrientos y avasalladores, pero cuando notó el sexo de Rob rozando su interior y luchando por abrirse paso, no pudo evitar tensarse.

Y fue en ese instante cuando sintió un pinchazo en la parte baja. Un pinchazo que le hizo escapar un quejido.

—Rob...

—Relájate —susurró él al oído con voz ronca— y todo irá mejor. Te lo prometo.

Cadha confiaba en él. Por supuesto que lo hacía, así que le hizo caso y permitió que su sexo entrara en toda su plenitud. Al principio fue incómodo, mucho más de lo que esperaba, pero todo cambió cuando se amoldó a su cuerpo y empezó a moverse sobre ella a un ritmo vertiginoso.

—Cadha... —lo escuchó decir—. Cadha, Cadha... —Parecía ansioso, como si le faltara el aire. Y con cada embiste que recibía, lánguidos y espaciados al principio y rápidos e intensos después, el dolor fue remitiendo, dando paso una serie de oleadas de placer avasalladoras que la llevaron al éxtasis.

Nunca, nunca, nunca jamás había experimentado unas sensaciones tan intensas y difíciles de explicar. Era un estallido violento, unas fuerzas implacables. Las palabras de su hermana o de las doncellas no hacían justicia a lo que estaba experimentado y, cuando todo terminó y la habitación quedó en silencio, no pudo más que quedarse inmóvil, preguntándose si realmente aquello acababa de ocurrir.

Rob permaneció unos segundos con los ojos cerrados, gozando de cada una de las sensaciones que acababan de vivir. Su respiración todavía era entrecortada y su corazón latía desbocado en el pecho como un potro salvaje. Lo único que le apetecía era ser un completo egoísta y perderse en ella durante unos segundos... o más bien para siempre, porque en las últimas semanas había desarrollado una dependencia de Cadha difícil de explicar con palabras y sentía una terrible necesidad de que estuvieran unidos. Pero era la primera vez de su prometida y no quería incomodarla más de lo que ya estaría en aquel instante, así que con la lentitud de un condenado

que va a la muerte, se apartó de ella.

Separarse no significaba abandonarla.

Ahora que la tenía consigo nunca la dejaría marchar, pero por el momento tuvo suficiente con estrecharla entre sus brazos.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras deslizaba una mano por el abdomen de ella.

El silencio le hizo levantar la cabeza de golpe para cerciorarse que todo marchara bien. Cadha podía sentir algunas molestias debido a la pérdida de su virginidad y, por ello, él debía procurar aliviarla en todo lo que fuera posible.

No esperaba, en absoluto, verla llorar y eso le hizo sentirse vil y miserable, experimentando más dolor que si le hubieran golpeado con rabia.

¿Había sido demasiado brusco e insensible?

¿Había estado demasiado centrado en su propio placer que no se había dado cuenta de su sufrimiento?

¿Cómo lo que para él había sido una experiencia maravillosa, se había convertido para ella en un acto despreciable?

—Cadha —susurró con un repentino y atroz miedo a tocarla. No podía hacerlo si era el culpable de su estado. Además, se odiaría sí mismo si por sus ansias de poseerla la había lastimado—. ¿Te he hecho daño? —preguntó con aprensión.

La respuesta no pudo tardar más de dos segundos en llegar, aunque a Rob le pareció una eternidad.

—No.

Rob no se conformó con aquel simple monosílabo. Por Dios, acababan de hacer el amor y los ojos y las mejillas de Cadha estaban bañados en lágrimas.

Maldición. ¿Qué podía ser, sino?

—¿Entonces por qué lloras?

Trató de ser suave para no asustarla más de lo que ya debía estar, sin embargo su voz sonó más áspera de lo que pretendía.

Era la culpa quien hablaba por él.

La vio voltear el rostro hacia él y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Hasta en aquellas condiciones le parecía la mujer más bella que había conocido nunca.

—Lloro por varios motivos, pero no porque tú me hayas herido —contestó Cadha, afectada.

Él no tuvo suerte entendiendo lo que quería decirle. Seguía sintiéndose como un completo villano. No solo la había comprometido hasta obligarla a aceptar una boda entre ellos, sino que además le había arrebatado la virginidad en una maniobra despreciable.

«No me extraña que me odie», dijo para sí. O eso era lo que creyó en un principio, hasta que la escuchó decir:

—Rob, yo no te odio.

Al parecer, había estado pensando en voz alta.

—¿Cómo no puedes hacerlo? —insistió él, decidido a declararse culpable—. Entiendo que anoche decidieras darme mi merecido.

—Eso era una bravuconada y tú lo sabes —dijo Cadha dispuesta a aclarar los malentendidos de una vez por todas.

En aquellos últimos minutos había aprendido muchas cosas, dos de ellas sumamente importantes: por fin se sentía liberada del estigma de Neil Bishop y por fin se sentía preparada y dispuesta a luchar por su felicidad.

Y Rob era su felicidad.

Por primera vez no veía el futuro con miedo o como algo descorazonador. Había luz y alegría en él. Y ella estaba dispuesta a disfrutar de cada momento que se le permitiera.

Había superado, no sin obstáculos, una traumática experiencia y podía acostarse con Rob sin ningún lastre del pasado, disfrutando de cada beso, roce y caricia que él le proporcionaba como si aquello no hubiera existido.

Ahora sí se sentía una mujer completa, ardiente y entregada.

—Desde el comienzo echaste un vistazo a mi alma y viste lo que había reflejado en ella. Siempre lo has sabido —continuó Cadha—. Parecías tan seguro de lo que había en mí, de mi verdadero yo, y luchaste porque saliera a flote. ¿Por qué de repente tienes tantas dudas?

—Porque me importas demasiado como para permitirme herirte. No me lo perdonaría.

Ella esbozó una sonrisa que lo desarmó completamente. Un simple gesto era capaz de desestabilizarle de un modo similar a una violenta sacudida del suelo.

—¿Eso es verdad? —Él asintió—. ¿Y si te pidiera que me liberaras de este compromiso? ¿Lo harías?

Rob se encogió de miedo como niño asustado por la tormenta. ¿Dejarla ir? ¿Olvidarse de ella? Era la segunda vez que le preguntaba y reconoció que estaba menos dispuesto a hacerlo que nunca.

—¿Vas a pedírmelo?

—Si de verdad te importo tanto como dices y crees que me estás dañando —insistió ella—, serás capaz de hablar con mi padre y buscar otra solución.

¿En verdad podría hacerlo?, se preguntó Rob para sí.

«Ni en sueños», fue la frase que se le pasó por la mente y de repente sintió un intenso martilleo en la sien. No le gustaba el cariz que había tomado la conversación, pero no podía ignorarlo. Su cuerpo y su mente habían experimentado grandes cambios y, si esa tarde pensó que aquel compromiso no le venía mal, ya no se conformaba solo con ello: cada fibra de su ser estaba impregnado de Cadha Singht. Por eso mismo era muy duro asumir que ella no sintiera lo mismo y que pretendiera deshacerse de él. Su rechazo le dolía lo inimaginable; más de lo que estaba dispuesto a admitir. Aunque si su empeño por distanciarse no se trataba de un simple capricho y en verdad ella nunca sería feliz a su lado, era mejor dejarla marchar ahora, comprendió, cuando todavía estaban a tiempo.

—Sé que tu primera vez no ha resultado como debería; es culpa mía por perder el control y no ser más sensible y delicado contigo. Te prometo que si me das una oportunidad la próxima vez será mejor. —Rob la miró con ojos suplicantes, aunque todavía tenía más que añadir—. No obstante, no puedo culparte por no querer volver a verme —repuso, nada convencido. Por un lado entendía que retenerla a la fuerza era un error y por otro, se resistía a ello—. No sé cómo puedo convencer a tu padre, después de haber mancillado tu nombre, pero si es lo que quieres...

Conmovida porque estuviera dispuesto a romper su palabra por su bien y porque Rob no fuera en absoluto un hombre despótico que no tenía en cuenta sus sentimientos, Cadha le acalló depositando un dedo sobre sus labios.

—Rob —susurró—. Lo que acabamos de compartir ha sido extraordinario; más de lo que podía prever.

Él la miró fijamente, asombrado, y Cadha comprendió que debía abrirse totalmente a él si quería que lo suyo funcionara.

—Como he dicho antes, he estado tan ciega y he cometido tantas locuras que me sorprende que estés dispuesto a casarte conmigo —dijo, pero entonces recordó que él insistía en aquella boda

porque había dado su palabra. Y una oleada de desilusión la invadió—. Bueno, tú también te has visto obligado a ello.

—Nadie me está obligando —dejó bien claro, distrayéndose por un momento con la turbadora sensación de sentir los pechos desnudos de Cadha rozando su piel.

Así era imposible hablar con un mínimo de coherencia, porque debía hacer verdaderos esfuerzos por mantener las manos apartadas.

—Pero tu honor...

Soltando una sonora maldición, Rob se apartó de Cadha y bajó de la cama buscando la camisola y los calzones de ella. Los cogió con apremio y se los hizo poner, apartando la mirada de esas curvas y esa piel tan exquisita y tentadora.

—Así está mejor —dijo finalmente cuando Cadha se puso las prendas íntimas en silencio.

Sin embargo, sus bonitos ojos lo miraban con estupor.

—¿Quieres que me marche?

—Por supuesto que no —respondió—. Cadha, ¿no lo comprendes? —Con un poco de tela sobre su cuerpo, Rob se atrevió a acariciarle la mejilla—. Casarme contigo no supone ningún sacrificio. Que tu hermana irrumpiera la otra noche en mi habitación fue un regalo, una bendición.

—¡Oh! —balbuceó ella notando como su mente se quedaba en blanco y su cuerpo se agitaba.

—Voy a dejarlo claro de una vez por todas: Cadha Singht, tú me fascinas y no quiero estar en otro sitio que no sea aquí contigo.

—¡Oh! —volvió a balbucear—. Pero tú mismo has dicho que soy testaruda... —vaciló ella, llena de inseguridades.

Cadha también quería estar con él, pero ¿y si más tarde Rob se arrepentía de desposarse con una mujer con semejante carácter y tan llena de peculiaridades?

Rob lo vio de otro modo y le sonrió con cariño.

—Eres deliciosamente contradictoria y testaruda, cierto, por lo que es imposible aburrirse contigo. Pero también he descubierto que eres amable con la gente que confías, leal y combativa. Y a pesar de haber sufrido en carne propia tus resentimientos, me fascina cómo luchas por lo que crees justo y proteges a los tuyos. Además —añadió con picardía—, tu cuerpo me enciende como ninguno.

—¿Cómo puedes conformarte conmigo cuando soy tan fría?

Cadha lo dijo sin pensar, pues una pequeña parte de ella todavía seguía creyéndolo; sin embargo, después pensó que no era cierto del todo. Había disfrutado de cada instante, desde que Rob empezó a acariciarla hasta que todo terminó. Sí, no había sido desapasionada en absoluto.

Las cosas habían cambiado.

—¿Por eso llorabas, por qué no has sentido nada?

Ella se ruborizó. Por supuesto que había sentido... un montón de sensaciones que le erizaban la piel solo con recordarlas: el miembro de Rob palpitante y moviéndose dentro de ella, la piel encendida por el deseo, el intenso placer...

—¿No me has escuchado gemir? —preguntó con una audacia que la sorprendió hasta ella misma. Y el sonrojo se intensificó—. Si lloraba era de alivio y felicidad.

Rob entornó los ojos. Eso significaba que Cadha había gozado haciendo el amor con él. Acababa de confesárselo. Así que podía comprender que se encontrara en un estado de felicidad. Él mismo sentía el corazón rebosante, pero, ¿alivio? ¿Por qué? ¿Pensaba que iba a maltratarla?

Eso mismo se dispuso a resolver.

—Desearía que te explicaras mejor.

—Lo sé, pero es complicado —admitió. Su mente estaba hecha un lío y ni siquiera sabía por dónde comenzar. Cadha se mordió el labio con indecisión—. La erupción en mi rostro. ¿La recuerdas?

—Sí —respondió él con precaución.

Habían pasado unas pocas semanas y no había ningún rastro de hinchazón, mas unas manchas cada vez más imperceptibles salpicaban su rostro y se confundían con sus pecas. Para cualquiera que había sido testigo de su padecimiento era un alivio comprobar su mejoría, pero no estaba completamente curada.

—Yo me la provoqué porque no quería que te fijaras en mí —declaró con la voz entrecortada—. Pensaba que me afearía lo suficiente como para que dejaras de observarme como si fuera una apetecible presa. Sé que suena mal —trató de justificarse lo mejor que pudo al observar su rostro cargado de incredulidad—, pero tenía mis razones.

Rob entreabrió los labios con estupor. ¿Que ella qué...? ¿Se había atrevido a...? Se sintió molesto por la opinión que tenía de él. Por supuesto que no la había mirado del modo que ella insinuaba. O eso creía. Cadha era hermosa y había reparado en ello, ¿pero era suficiente para recurrir a semejante estratagema?

¿Qué diantres se le había pasado por la cabeza?

—¿Tan aborrecible me encontrabas?

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No se trata de eso.

—¡Pues a mí me lo parece! —explotó Rob, perdiendo el dominio en sí mismo. ¿Tan mala impresión le había causado que a las pocas horas de conocerse era capaz de cometer tal barbaridad?

A Cadha le molestó tanta exageración por parte de Rob. No comprendía por qué era él el que estaba tan enfadado. Bueno, sí, podía hacerlo. ¿Orgullo masculino, quizás? ¡Pero qué derecho tenía si al final había terminado en su cama!

—No quiero parecer vanidosa, pero estoy acostumbrada a despertar admiración en los amigos de mi padre —dijo elevando el tono—. Si no en la mayoría, sí en más de los que desearía. —Era un hecho indiscutible que, por alguna razón, sus finos rasgos y su modo de comportarse resultaban atrayentes para los jóvenes, y no tan jóvenes, que su padre traía a casa. Su hermana Ayla también era hermosa, con su salvaje cabellera y la profundidad de los cristalinos ojos azules, pero la admiración desaparecía tan pronto dejaba patente su poca cordialidad hacia los invitados y su obstinación por no parecerse a una modélica dama—. He recibido diversas propuestas de matrimonio y, a pesar de lo que puedan creer todos esos hombres, incluido tú, no me siento atrapada en esta propiedad. Ni siento la necesidad de ser salvada.

—¿No has estado tentada a aceptar alguna?

—No, nunca. Pero algunos no tomaron bien el rechazo —dijo ella con amargura.

La boca de Rob se contrajo en un rictus severo.

—¿Qué quieres decir?

Cadha vaciló. Se encontraba en un punto delicado del relato y por un momento tuvo sus dudas sobre si era conveniente ponerle al corriente. ¿De qué serviría? Quizás para aliviar su conciencia. Pero ¿le estaría ofreciendo en el proceso una excusa para repudiarla?

No lo sabía. Solo podía desear que Rob fuera el hombre comprensivo que creía y la aceptara sin reservas ni condiciones. Porque no podía seguir adelante con su vida manteniendo en la ignorancia al hombre que iba a formar parte de ella.

—Neil Bishop fue quien peor se lo tomó, aunque al principio no lo sabía. En apariencia no le dolió; delante de mi padre se comportaba como todo un caballero, pero había un brillo perverso en sus ojos que me empujaba a poner distancia. Trataba de no quedarme a solas con él y de no cruzar más palabras de las imprescindibles. Hasta el año pasado.

Rob sintió que era un momento crucial y los músculos del cuerpo se le tensaron a causa de un mal presentimiento.

—¿Qué pasó?

Ella lanzó un largo suspiro y se apoyó sobre los almohadones de la cama, rehuyendo su mirada.

—Llegó a casa desde Irvine cuando había anochecido —explicó con toda la entereza de la que fue capaz. Estaba comenzando a revivir de nuevo aquella situación y notaba los ojos húmedos—. Mi padre estaba en Edimburgo y él lo sabía, aunque simuló que no. Le dijo a Morna que quería hablar con él y cuando fue informado que no estaba pidió quedarse a pasar la noche. Por supuesto, Ayla se opuso, mientras que la señora Davies y yo teníamos nuestras dudas. ¿Cómo podíamos echarlo si no había forma de que regresara a su casa hasta la mañana siguiente?

Consciente del esfuerzo de Cadha por seguir adelante, Rob se puso a su lado, le pasó un brazo por los hombros y la acurrucó en sus brazos, ofreciéndole consuelo. No sabía con certeza hacia dónde desembocarían sus palabras; sin embargo, podía hacerse una idea. La frialdad de Cadha, su lesión a propósito en el rostro y otras cosas era un claro indicativo. Ahora entendía el desasosiego y reacción desmesurada durante su primer beso.

—No tienes que continuar si no quieres —le susurró acariciándola despacio. Ella a su vez, posó la mano en su pecho todavía desnudo, como si buscara el latido de su corazón.

Rob le cubrió la mano con la suya. Pasara lo que pasara, estaba con ella.

—Debo hacerlo —dijo, aunque durante unos segundos guardó silencio—. No se me ocurrió cerrar la puerta con llave —prosiguió con lentitud—. Su habitación quedaba muy lejos de la mía y la casa siempre se había considerado segura. Por eso nunca creí que él se atreviera a... —En aquel instante la voz se le quebró. El indeseable cuerpo de Bishop sobre ella volvió a repugnarle tal como hizo entonces y las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas.

El rostro de Rob se descompuso, dando paso a una ira delirante y salvaje naciendo desde sus entrañas, revolviéndose y palpitando muy dentro de él. Sus instintos primarios clamaban venganza con tanta fiereza que le asustaba incluso a él mismo, pero no dijo nada y la apretó más contra él, sosteniéndola en sus brazos y consolándola durante el tiempo que fue necesario para que ella se restableciera.

Aquel desgraciado no podía haberla violado, se dijo. Acababa de hacer el amor a Cadha y ella era virgen hasta ese momento, sin embargo aquel pensamiento no logró tranquilizarlo. Había demostrado lo afectada que le dejó el suceso.

Y alguien se las iba a pagar por semejante ultraje.

Dejó a un lado esos pensamientos de venganza y le cubrió el rostro de besos, tratando de sofocar sus lágrimas.

—Estás a salvo —le prometió, porque él mismo se aseguraría de cumplir con su palabra.

—Lo sé —murmuró ella entrecortando sus palabras a causa del hipo—. Es solo que el recuerdo...

—¿Él te tocó? —preguntó Rob con un nudo en el estómago y en la garganta.

Cadha no pensó en dulcificar los hechos a estas alturas.

—Sí. Me desgarró parte del camisón, me besó y me tocó por encima. Su intención era forzarme, pero por suerte mi hermana vino al rescate. De lo contrario nadie me hubiera podido

salvar —dijo con una mirada lúgubre.

—¿Ayla?

—Nunca sabremos a ciencia cierta qué le empujó a ir hasta mi habitación: el instinto, una intuición, casualidad... No me importa. La puerta estaba cerrada, pero se las apañó para entrar por el pasadizo secreto y enfrentarse a Bishop.

Si Ayla había sido fundamental para detener la agresión a Cadha, Rob iba a estar en deuda con ella para toda la vida. Y si hasta entonces la muchacha le caía bien, ahora comenzaría a quererla, no como a una cuñada, sino como si fuera su propia hermana.

—¿Lo amenazó con un arma o algo así?

Cadha lo negó.

—No creo que tuviera una pistola cerca, por lo que solo se tiró sobre él. Lastimosamente, Bishop era una rata que no se detenía ante nada y la golpeó con bastante violencia.

—¿Qué ocurrió después?

—Él estaba dispuesto a tenerme, incluso en aquella situación. Unos minutos más y lo hubiera logrado, pero Ayla le golpeó la cabeza con un candelabro y la herida resultó ser mortal. —A pesar de lo delicado y escabroso de la situación, Cadha se sintió más segura y entera de lo que cabría esperar y el suave apretón en el brazo que le dio Rob la animó a continuar—. No había nada que pudiéramos hacer. Un médico no le habría salvado la vida y Jake creyó que, si todo el mundo se enteraba de lo sucedido, seríamos más estigmatizadas de lo que ya somos y quizás las autoridades querrían llevarse a Ayla..., así que se llevó el cuerpo y lo enterró donde nunca nadie pudiera encontrarlo.

También le contó como la señora Davies se había deshecho de las sábanas, pues resultaba casi imposible limpiar tanta sangre; del astuto plan de Jake para hacer creer a la gente que Neil Bishop había regresado a Irvine y de cómo hablaron una sola vez con las autoridades para confirmar que el caballero había pasado la noche en la isla. Por suerte, nadie sospechó de la culpabilidad de las hermanas Singht y el asunto poco a poco fue olvidándose.

—¿Estás enfadado? —le preguntó al finalizar su relato. Tenía el alma en vilo—. ¿Sientes que te he defraudado?

—¡Maldita sea! —bramó Rob, tratando de liberar su impotencia. Estaba furibundo, pero ella no tenía la culpa de nada. La tomó del rostro y le alzó la barbilla, mirándola directamente a los ojos con un intenso amor—. Por supuesto que estoy enfadado, pero no contigo, sino con ese Bishop de los mil demonios. Y si ese ser retorcido, cobarde y rastroso no estuviera ya muerto, yo mismo le hubiera dado su final con mis propias manos.

Capítulo 21

Una semana después, Ayla seguía dolida y había terminado encerrándose en sí misma. A pesar de que su padre tenía la convicción de que lo ocurrido a Michael Campbell en el camino se debía a un disparo accidental de un cazador furtivo, en su mente todavía resonaba la terrible acusación, por lo que su humor se había ido deteriorando. Por eso permanecía la mayor parte del tiempo a solas y se negaba a hablar del desgraciado del administrador.

Su estado contrastaba fuertemente con la felicidad de su hermana menor, que había conseguido, tras mucho intentarlo, que la acompañara aquella mañana a una temprana cabalgata.

—No tienes por qué marcharte de tu casa ni de la isla —informó Cadha a Ayla con euforia. En sus labios bailaba una gran sonrisa—. Rob dice que eres bienvenida a vivir con nosotros todo el tiempo que quieras. Para siempre, si es tu deseo —Cadha esperó que la noticia fuera a animarla, pero su estado de ánimo no mejoró nada—. ¿Comprendes lo que quiero decir? No tendrás que ir a Edimburgo con papá.

Ayla se volvió hacia ella con una mirada inexpresiva. Al parecer, la situación con Michael la había afectado más de lo que podía imaginar.

—Sí, gracias —respondió con un aire ausente—. Rob es muy amable, aunque no quiero resultar ni una carga ni una molestia.

—¿Cómo podrías serlo? Eres mi hermana y podremos seguir estando juntas.

—Pero vas a casarte —terció Ayla— y tu esposo pasará a ser tu prioridad. Además, ¿qué voy a ser yo, la cuñada que no tiene a dónde ir?

Cadha torció la boca con desagrado.

—Me pone triste que pienses así. Cuando Rob lo sugirió le dije que era una solución bastante práctica, porque tú podrías seguir viviendo en estas tierras como has hecho siempre.

Para ella había sido una bendición que su prometido la complaciera en ese sentido. Y no había tenido ni que pedírselo. Todo había salido de él por propia voluntad, porque comprendió que a Cadha le costaría mucho separarse de la presencia diaria de su hermana.

Ambas estaban demasiado unidas como para decirse adiós y conformarse con unas visitas ocasionales.

A Ayla, en cambio, le costaba aceptar lo que perdería en el proceso.

—¿No comprendes que ya no sería la dueña?

—¿Y qué importa? —preguntó a la obtusa de su hermana. ¿No era mejor ese apaño que ninguno? Rob no pondría ningún impedimento a que ella se moviera con total libertad. A lo mejor ya no tendría el poder de dirigir las cosas a su antojo, pero los sirvientes seguirían queriéndola y obedeciéndola como siempre—. ¿Es que prefieres Edimburgo?

—No. Solo quiero que todo siga igual que hasta hace unas semanas: nosotras al frente de todo y papá con sus idas y venidas. Sin hombres.

Cadha lanzó un suspiro.

—Una parte de mí lo desea también, pero he aceptado que las cosas cambian y tú deberías hacerlo también. Rob cuenta con que te quedes. Le haría feliz que lo hicieras. Incluso Zake entra en sus planes.

Ayla se dijo que era lo más extraño que había escuchado nunca. A Rob no le gustaba el leal barbadense y mucho menos desde que las ayudó a drogarle y desvestirle. ¿Por qué no aprovechar la oportunidad que le brindaba la boda para deshacerse de él y mandarlo con su padre?, pensó. Incluso en Edimburgo le sería de utilidad a Elliot Singht.

—No me lo creo. Le guarda rencor a Zake.

Cadha vio la confusión pintada en el rostro de su hermana y sonrió.

—Cambió de opinión cuando se enteró de lo que hizo por nosotras tras la muerte de Bishop. Ahora piensa en él como un gran aliado y cuando Zake regrese a la isla va a ofrecerle un nuevo puesto.

La mayor de las Singht se enderezó en la silla de montar y miró a la menor con suspicacia.

—¿Y cuáles serán sus nuevas tareas? ¿Barrer los suelos?

—¡No seas tan escéptica! Rob no es malvado —Cadha no pudo evitar defenderlo. Él no haría algo así—. Es un hombre maravilloso y, para tu información, te diré que la propiedad necesita medidas de seguridad para evitar que no vuelva a ocurrir ningún incidente y cree que Zake es la persona adecuada para contratar gente que sepa lo que está haciendo y dirigirlos.

Y no como su padre, que había decidido proteger la zona de cazadores furtivos llenando los límites de la propiedad con peones. Peones sacados del campo que no tenían ni idea de manejar un arma o de cómo realizar una buena vigilancia.

—Aun así...

—Ayla —protestó Cadha—, ¿es que no puedes reconocer que Rob lo está haciendo bien?

Su hermana era muy terca, pero siempre había tenido fe en Rob. Lo encontraba un hombre bastante aceptable comprado con otros. Le caía bien. Si ahora se comportaba de un modo distinto era debido a su encontronazo con Michael, lo que la amargaba más que nunca.

—Te hace más feliz, eso sí pudo verlo —reconoció a regañadientes.

Era difícil convivir con tanta alegría a su alrededor, justo cuando ella parecía haberse caído de cabeza al pozo. Se sentía mal, a veces devastada y ninguna disculpa le haría olvidar la puñalada que le habían asestado en el corazón.

Michael estaba muerto para ella.

—¿Solo un poco? Rob es tan maravilloso, tan atractivo y caballeroso... ¿Quién iba a creer que encontraría a un hombre paciente y comprensivo que fuera capaz de soportarme? Es como encontrar... no sé...

—Como la horma de tu zapato —terminó diciendo Ayla por ella.

Justo lo que pensaba su hermana.

—Parece una tontería, pero así es. Ni siquiera puedo describirlo con palabras. Noto que me brillan los ojos, me sonrojo con facilidad, millones de mariposas revolotean en mi estómago, y a veces hasta siento que hasta puedo volar. ¿Soy una tonta sensiblera?

Ayla no quiso aguarle todo aquel embeleso que sentía. No se lo merecía, así que compuso su mejor rostro, escondió todo el rencor acumulado y trató de ser feliz por ella.

—No. Simplemente estás enamorada —declaró con convencimiento.

El caballo de Cadha se detuvo y alzó la vista hacia ella.

—¿Tú crees?

No había reparado en ello, pero si se ponía a pensarlo le invadía una sensación vertiginosa que le recorría de la cabeza a los pies.

—No puede ser otra cosa —adujo.

—¿Es lo mismo que tú sientes por Michael?

A Ayla no le sentó muy bien la comparación. Se resistía a tener otros sentimientos por él que no fueran odio.

—No quiero hablar de él. Ni hoy ni nunca.

La cerveza descendió por la garganta y Michael se sintió mucho mejor. Ayudaba también haberse alejado de esas cuatro paredes que formaban su actual vivienda y de la opresiva sensación que le inundaba cada vez que ponía un pie en la casa de los Singht. Que Rob hubiera accedido a acompañarlo era un incentivo a tener en cuenta.

La taberna del pueblo, situada en la parte más baja y cerca del puerto, todavía no había empezado a llenarse. Los turnos en la cantera y destilería no tardarían en concluir y los recién salidos del trabajo se asomarían a tomar cualquier líquido que les emborrachara lo suficiente. Sería entonces cuando Liam Kelly, alias Walter Ellis, se dejaría ver. Quería confirmar también que el tiempo que permanecía en la taberna era el correcto.

En previsión que la barra se llenara, y también para tener una mejor panorámica, habían escogido sentarse en una mesa alejada de la puerta para así tener un mínimo de privacidad. Rob se hallaba de espaldas a ella y Michael se encontraba sentado delante.

—¿Te duele?

Era la quinta o sexta vez que su compañero lo preguntaba.

—Por última vez, no.

Dio un nuevo trago.

La herida estaba sanando muy bien y el dolor casi había desaparecido. No tuvo que tomar láudano en ninguna ocasión y pronto se quitaría el vendaje. No lo llevaba inmovilizado porque Michael ya procuraba ir con cuidado con los esporádicos golpes. La única dificultad, quizás se presentaba en el trabajo. Había acudido a él menos de veinticuatro horas después del incidente, pero el continuo movimiento del brazo y hombro al escribir le hicieron desistir, por lo que con el brazo bueno se dedicaba a clasificar papeles, cartas y recibos para que cuando pudiera volver a la normalidad, no le supusiera tanto trabajo. Incluso Rob se ofreció a ayudarlo cuando recibía alguna visita y tenía que anotar algo importante. Parecía que este ya se estaba haciendo a la idea que pronto sería el dueño de todo y se esmeraba en recalcar que contaba con su ayuda. Sinceramente, Michael no podía decir que ese trabajo le desagradara. Es más, creía estar haciéndolo bastante bien, lo cual se ratificaba en que tanto Elliot Singh como Rob quisieran que se quedase. Por ello, no podía evitar sentirse mal. Su trabajo en la isla tocaba a su fin y cuando Rob regresara ya no pensaba estar allí.

—No voy a decir ni una palabra más sobre eso —Rob alzó las manos en señal de rendición.

—Es una lástima que no te crea. Desde el disparo has revoloteado sobre mí como una mamá preocupada.

—Tranquilo, que pronto vas a librarte de mis atenciones.

No le importaba. Rob se estaba presentando como un buen amigo y le agradecía sus preocupaciones. Cuando propuso hacer una escapada al pueblo, este puso en duda la idoneidad de la sugerencia. Cabalgar por más de una hora no era lo que su brazo necesitaba. La señora Davies, cómo no, estuvo de acuerdo y le prohibió de forma terminante hacerlo. Ahora se alegraba de haber

desobedecido. Además, también consideraba ese encuentro como una despedida, aunque Rob lo ignorara. Y, si le quedaba tiempo, no se marcharía de la Isla de Beith sin descubrir quién le había disparado.

Cómo no, eso hizo que pensara de nuevo en Ayla. Le producía malestar hacerlo y eso mismo debió de reflejar.

—¿Otra vez torturándote? —preguntó con un deje de comprensión.

—No puedo evitarlo. Esa mujer me odia.

—¿Ayla? —evidenció su escepticismo—. Lo dudo. Quizás quiera pensar eso y hacértelo creer a ti.

Michael no entendía con qué fin buscaría eso. Le había dejado muy claras sus intenciones y lo que pensaba de él.

—Y quizás tú, envuelto en esa nube romántica, ves lo que quieres ver —espetó malhumorado. Ese tema siempre conseguía ponerle así.

—¿Nube romántica? —se carcajeó—. Ya me gustaría. No. Lo que pretendo que entiendas es que su modo de actuar es fruto del despecho, tal vez del rencor. Imagino que debe sentirse traicionada porque es así como Cadha se sentía.

Quería creerlo, por Dios que quería hacerlo. Y ese sentimiento lo asustaba. Debería alegrarse del desdén con que lo trataba y que por fin ella mantuviera las distancias, aunque lo cierto es que nunca la había querido lejos y la echaba terriblemente de menos.

—He tratado de disculparme.

—Eso sí que es nuevo. —Compuso una cara de sorpresa.

La verdad es que al día siguiente se hizo el encontradizo, sin éxito. Por suerte o desgracia, esa misma mañana la había encontrado y arrinconado con la intención de excusarse. Si tenía que alegar locura, que así fuera.

Le dolió que no le mirara a los ojos y trató de entenderlo. No todos los días, el hombre con el que habías compartido cama te acusaba de querer matarle. Se mostró arrepentido y le acarició el rostro buscando en ella algún signo de clemencia.

No encontró nada salvo una fría e indiferente mirada.

—No va a dignarse ni a mostrarse benevolente, por si sientes curiosidad. Si no me odia lo disimula muy bien —alzó la jarra de cerveza de malta para que la moza que las servía le trajera otra.

Rob, por su parte, trató de ocultar una sonrisa pesarosa. Estaba claro que lo que ella sentía por él era cualquier cosa menos indiferencia. Una mujer con ese desinterés no mostraría la clase de preocupación que se reflejó en su rostro cuando apareció en la habitación de costura. Y él, lo aceptase o no, sentía lo mismo o algo más intenso. No se podía estar tan abatido y no sentir nada.

—Deja de pensar por un momento con el corazón y reflexiona un poco... —Era su norma en los negocios—. Ayla estaba angustiada cuando te vio herido y afirmó que en alguien como ella es imposible fingir ese grado de preocupación. Si hubiéramos sabido quién era el culpable, seguro que habría sido capaz de despedazarlo con sus propias manos.

—¿Tú crees? —Michael se negó a sentir esperanza—. No te imaginas hasta dónde puede llegar para conseguir echarme del cargo de administrador.

Le explicó cómo ella admitió en las cuerdas que su intención desde el principio había sido esa.

—Te muestras obtuso a propósito, pienso yo. Mírame a mí si no me crees. ¿Qué ha pasado en cuanto Elliot ha visto que su hija estaba metida en una situación comprometida? ¿Ha anulado nuestro trato? ¿Me ha echado a patadas? —Rob no esperó respuesta—. Yo te lo diré. No. La

semana anterior quedó demostrado que encontrarlas en la habitación de un hombre las llevaba a las puertas del altar. Si dices que Ayla pretendía estar en tu cama para cuando su padre os sorprendiese, ¿de veras piensas que la conclusión final no hubiera sido la misma?

Michael lo meditó con detenimiento. En las palabras de Rob había más razón que muchas de las aseveraciones que Ayla soltó enojada.

—Admito que no he sabido ver más allá de lo que ella me decía.

—Y no solo eso. Creo que Ayla no lo meditó y soltó lo primero que le vino a la cabeza con la intención de herirte también. Si la enfrentaras ahora, estoy seguro que no tendría argumentos o tú podrías rebatir todos y cada uno de ellos.

La moza se acercó con una jarra más y Michael se bebió parte de ella de un solo trago. Había mucho que digerir.

—Y deberías plantearte también, y eso te lo digo como amigo —guiñó un ojo—, por qué te afecta tanto que creas que ella te odie y sea incapaz de perdonarte.

Lo que iba a decir murió en sus labios cuando Liam Kelly entró en la taberna seguido de dos sonrientes compañeros del, suponía, trabajo. Una vez más se aseguró del talante de este. Le parecía despreocupado y tan sonriente como los otros. No lanzó miradas furtivas ni barrió el lugar en busca de posibles caras desconocidas, lo que le indicaba más allá de toda duda que se sentía a salvo, lo cual le parecía perfecto. Un hombre despreocupado era un hombre fácil de atrapar.

—Piénsalo —continuó Rob—. Un hombre no puede ir dando tumbos de aquí para allá.

Eso lo puso alerta.

—¿Quién dice eso de mí? En la actualidad estoy bien asentado —mintió Michael. ¿Acaso sabía algo?

—Hablaba en general —aseveró—. Llega un momento en que tenemos que decidir qué deseamos y cuál es el mejor camino y el más corto para conseguirlo.

—Y ¿has llegado tú a este punto? —Michael sentía curiosidad por la respuesta.

—Sí, lo he hecho —corroboró—. Cuando llegué a la isla dispuesto a darle una oportunidad a lo que Elliot me ofrecía, ya sabía que dirección quería tomar. Me gusta lo que hago y seguiré haciéndolo, pero quiero sentirme parte de algún lugar —afirmó nostálgico—. Echar raíces. Quizás por eso me he adaptado con tanta facilidad a mi próxima boda con Cadha.

Era un buen argumento y Michael pretendía tomárselo en serio. Una semana antes había considerado imposible verse unido a Ayla, excepto de forma temporal y efímera. Tal vez era como Rob decía y esta lo había orquestado todo con la finalidad de protegerse. ¿No había hecho él también algo parecido? No obstante, su caso se estimaba diferente del de su nuevo y recién estrenado amigo. Sabía de ellos lo poco que le había contado este, y no le parecía que la menor de las Singht fuera en dirección al altar con mucha reticencia.

Sin querer ahondar en profundidad, se permitió relajarse un poco y disfrutar de la velada y la compañía. Poco menos de dos horas después, como ya imaginaba que sucedería, el ladrón decidió retirarse. Fue una casualidad entonces que al salir este se cruzara con otro personaje que se proponía entrar. Si no hubiera estado vigilándolo, no se habría dado cuenta de su llegada.

—Mira a quién tenemos aquí —declaró más para sí mismo.

No obstante, a Rob no le costó oírlo y se giró siguiendo su mirada.

—¿Quién es? —preguntó cuando este se posicionó en la barra y unos hombres se apresuraron a dejarle sitio.

—El famoso Archie Reilly en persona.

Rob lo evaluó desde donde estaba.

—Me lo imaginaba, no sé, más...

—¿Taimado, abusivo, feo?

—Enclenque —no hizo caso de la mirada con la que sabía que Michael le estaba observando—. En cambio, este parece un hombre que sabe lo que quiere y que no se detiene ante nada.

—Bueno, yo sé de dos mujercitas que tampoco se achican ante esa apariencia que a ti tanto te fascina. Quizás eso precisamente las estimula más.

Quizás fue la casualidad lo que quiso que el objeto de su escrutadora mirada levantara la vista barriendo a su vez la taberna y diera con ellos, que no cesaban de observarle.

Al dar con ellos, Archie Reilly enfocó la vista, apretó los dientes y se bebió el whisky que le habían servido de un trago. Alzó un dedo para pedir otro al tabernero y se relamió en los posteriores sorbos. Todo eso sin apartar su mirada de la de ellos.

En un principio no se había tratado de una competición. Archie oscilaba entre Rob y Michael, aunque se detenía más en este último. Y siguió así hasta que el hombre pidió un tercer vaso en la barra cuando la taberna estaba en su máximo apogeo.

—Creo que ya he tenido suficiente duelos de mirada. Vámonos —propuso Rob. El buen ambiente se había evaporado.

Michael asintió seco. Opinaba lo mismo y todavía quedaba el viaje de vuelta. Lo que había venido a hacer al pueblo ya estaba hecho.

Lo que pretendían y lo que sucedió en realidad eran dos cosas muy diferentes, ya que al pasar por detrás del joven Reilly este los increpó.

—¿Ya os vais? —la voz alta no resonó en un recinto lleno de gente. Solo ellos y los que estaban al lado lo oyeron—. ¿No somos suficientemente hospitalarios para vosotros?

—Quizás es que la compañía ya no nos es tan grata como al principio —adujo Michael. Se limitó a seguir hacia la puerta.

—Entonces es seguro que corres hacia las faldas de esa...

—¡Eh! —se dio la vuelta con una rapidez alarmante y se situó muy cerca de él, dejándolo con la boca abierta—. Si fuera tú mediría las siguientes palabras.

—¿Por qué? —Su beoda sonrisa se ensanchó—. Aquí estoy entre amigos. Soy alguien importante —se jactó—, si entendéis lo que quiero decir. Vosotros sois la escoria venida de fuera y que se junta con esas... Singht —escupió el apellido como si se tratara de un insulto.

La mirada de Rob se oscureció. Se acercó y le puso la mano en un hombro, haciendo presión.

—Estás bebido. No creo que sea conveniente que sigas por ese camino.

Los hombres que se encontraban a su alrededor se fueron apartando. No había que ser muy sagaz para percatarse de lo que ocurriría a continuación. A pesar de lo que pensaba Reilly, poco o nada les importaba si los forasteros se alzaban como paladines de las hermanas Singht. Todos estaban al tanto de lo sucedido en la cala y no tenían intención de meterse con alguien que se vengaba de una forma tan contundente. Además, muchos de ellos contaban con el dinero que sacaban de trabajar para aquella familia. Que no les gustaran no significaba que se atrevieran a morder la mano que les daba de comer.

Archie, confiado y ajeno a todo eso, se mostró audaz. Quizás demasiado.

—Oh, ¿y qué vais a hacer? ¿Vais a pegarme? ¿Quemarme más mercancía?

—Eso te lo buscaste solito al invadir propiedad privada —adujo Michael—. De todas formas, no tiene caso seguir hablando de ello. Nos marchamos.

Rob le siguió en un prudente movimiento. Si continuaba allí nadie le aseguraba que no acabara rompiéndole una silla en la cabeza.

—¿Me tenéis miedo? —se burló cuando estos ya traspasaban la puerta.

Le ignoraron y salieron al fresco ambiente del anochecer. Quién les iba a decir que Archie se mostraría tan terco.

—¡Eh! —les siguió y salió a la calle tras ellos—. No he terminado de hablar con vosotros.

—Lástima que nosotros sí —aseveró Michael con lasitud.

—Pues cuando esa caliente pelirroja abra sus piernas para ti, recuerda a quién se las abrió primero. Jajajajajaja —Reilly tuvo que aferrarse el estómago para controlar la hilaridad que le sobrevino.

Tenía motivos para mostrarse así, pues por fin había conseguido su objetivo y Michael se giró iracundo hacia él.

—¡Retira eso!

—¡En absoluto! ¡No he dicho nada más que la verdad! Si te escuece que ella decidiera ofrecerme su dudosa y nada apreciada virginidad, es tu problema y no el mío.

Vio venir el puño de Michael y lo esquivó por escasas pulgadas. No le sirvió de mucho cuando por ello cayó al suelo y Michael se le abalanzó.

—¡Eres un cerdo! —Michael lo veía todo rojo. Así había sido desde que las palabras ofensivas de ese tipejo habían desvelado quién había sido el primer amante de Ayla. Sentía rabia. Una rabia dirigida hacia ambos; a ella por escoger tan mal y a él por no saber apreciarlo. Le escocía también que, viendo el antagonismo que se profesaban esos dos, él mismo podía acabar igual. De hecho, Ayla ya había empezado a despedazarlo.

Olvidó las palabras sagaces de Rob respecto a lo que la motivaba mientras vertía en el cuerpo de Reilly toda la frustración que sentía. Los golpes que este le devolvía no eran tan mortíferos como los celos que lo inundaban y lo asían por el pescuezo. Estaban injustificados y aun así no conseguía desprenderse de ellos.

—¿No va a detenerlos? —preguntó a Rob uno de los hombres a que habían salido a la calle en cuanto la refriega empezó.

Con los brazos cruzados sobre su pecho y un aspecto inmutable, Rob no tenía intención de intervenir. Consideraba que Michael estaba en su derecho de defender el nombre de Ayla si así lo deseaba. Quizás así se diera cuenta que todas las excusas que se contaba respecto a la primogénita Singht no eran más que eso: justificaciones pueriles sobre los sentimientos que realmente se escondían en su interior.

—¡Quiero oírtelo decir! —vociferaba Michael entre puñetazos dados y recibidos—. ¡Ayla Singht es una dama!

—¡Y un cuerno! —rebatía resollando el otro—. ¡No es más decente que la gata en celo de mi madre!

Michael lo tiró al suelo y se revolcaron en él. Descargó un puño demoledor en el estómago del otro mientras imaginaba mil y una formas de destrozar a ese tipo.

Rob, por su parte, vio como Archie, en un intento de devolverle el golpe dirigió su mano con toda intención hacia la parte superior del brazo derecho de su amigo para apretarlo con saña después. El grito de Michael resonó por toda la calle, lo que atrajo la atención de los pocos que pasaban por allí.

Eso ya había durado bastante y se disponía a intervenir cuando Michael, jadeando de dolor, le asestó un puño en la cara, consiguiendo al fin hacerle perder el conocimiento.

Se acercó y lo ayudó a levantarse.

—¡Llévenselo de aquí! —ordenó a los mirones—. En cuanto a nosotros —bajó la voz—, ya va

siendo hora de que abandonemos este alegre lugar.

Era patética. Sí. No había otra forma de calificar su vergonzoso comportamiento. Ella, que se mostraba dura y ajena a tiernos sentimientos, no podía dejar de pensar en Michael, echándolo de menos cuando lo que tendría que hacer era odiarle. Sí. Odiarle por ocultarle lo de la venta de su casa y por creer que ella dispararía contra él de forma voluntaria. Si era incapaz de pensar en hacerlo cuando creía que lo aborrecía con todo su ser, menos lo haría en anteriores ocasiones.

Que él le hubiera pedido perdón no mitigaba la sensación de traición. Se negaba a perdonarlo y no tenía caso actuar de otro modo. Era una desgracia para ella que en lugar de aprovechar esa circunstancia como una nueva oportunidad para mantenerlo alejado, tal y como le había prometido a Zake, solo consiguiera sentirse más frustrada a cada momento que pasaba.

Con esa ya iban dos veces. Había cogido la lista de gastos de la cocina como excusa para pasarse por su despacho y en ninguna de las ocasiones lo había visto allí. Le constaba que no había llegado todavía porque estaba todo tal y como este lo dejó el día anterior. Lo más probable era que se hubiera quedado en casa holgazaneando después de una noche de borrachera en el pueblo.

Sí, sabía que tanto él como Rob se habían marchado al pueblo. Se había ido a dormir con la intuición que iba a hacer mucho más que beber un par de cervezas. Y era más de lo que pensaba soportar.

Ni siquiera lo pensó con suficiente detenimiento. Con un sentimiento creciente de furia y frustración fue en su busca. Pronto dejaría de ser un asunto de su incumbencia; sin embargo, no permitiría que escapara de sus obligaciones. Y punto.

Recorrió el camino hacia la casa del administrador a un paso agitado y rápido. Cuando llegó ante la puerta golpeó con la mano de forma insistente sin permitirse echarse atrás. Iba a dejarle claro cuáles eran sus obligaciones.

Las palabras que tenía en la punta de la boca murieron tan pronto la puerta se abrió. No solo apareció sin camisa —lo que le provocó una repentina sequedad en la boca y un cálido humedecimiento en un lugar mucho más íntimo— sino que, además, su pecho y cara lucían una serie de moretones de distintos grados e intensidades. Eso sin contar con la expresión cansada o el hinchado brazo derecho.

—¿Qué ha pasado? —fue lo único que se le ocurrió decir.

—He sufrido una especie de eh... digamos... accidente.

Eso la alarmó.

—¿Te han atacado? ¿Quién ha sido? ¿Dónde? —Ayla acarició sin querer uno de los morados.

—¡Auch! —se quejó y se apartó—. No es lo que piensas.

Michael bebió como un sediento de esa imagen que ella ofrecía. El vestido gris ceniza resaltaba la palidez de su inmaculado rostro y el cálido cobrizo que los destellos de su pelo recogido reflejaban bajo el sol, le conmovían el alma. Ella había ido a buscarle.

La dejó pasar.

—Explícame.

—Fue una pelea —Michael tomó asiento e intentó no evidenciar una mueca.

Falló.

—Ah —dijo, como si esa palabra lo expresara todo—. Fuiste al pueblo.

—Con Rob —puntualizó como si ese hecho minimizara su falta—. Necesitaba...

—Imagino lo que necesitabas, gracias —lo cortó sofocada y un poco enfadada—. En ese caso, más te valía haber ido a Irvine. Allí hay más variedad —sugirió como quien no quiere la cosa.

—¿Variedad? —Michael la miró sin comprender.

—Sí, ya sabes —le parecía bochornoso tener que especificar—, mujeres que por un módico precio...

—Eres tonta.

La tranquilidad con la que lo dijo la alteró, y él agregó:

—No buscaba mujeres, sino todo lo contrario —hizo una pausa—. En concreto, deseaba alejarme de ti.

Ayla no supo qué decir o no encontró las palabras para hacerlo. El caso es que se lo quedó mirando incómoda.

—¿Te duele? —dijo al fin.

—Pareces Rob.

—Os habéis hecho muy amigos. —Las palabras sonaron más a una acusación que a otra cosa.

—Se podría decir que sí. ¿Te molesta?

Ayla se encogió de hombros. Era muy violento para ella tener que admitir que se sentía celosa de cualquiera que le prestara atención, aunque fuera un hombre.

Eso no debía estar pasando y mucho menos estar sintiéndose así.

—¿Me explicarás qué pasó para que acabaras hecho un guiñapo?

Michael se debatió sobre la conveniencia de hacerlo. No cabía duda alguna que a Ayla no le gustaría saber de su pelea con Reilly. A saber cómo reaccionaría. Y no deseaba darle más motivos para distanciarse.

Pensó en Rob y en sus palabras. ¿De veras a ella le importaba lo que le pasara?

—Fue el resultado de una diferencia de opiniones que tuve con Archie —admitió despacio tras unos segundos en silencio.

—¿Reilly?

—¿Conoces a otro?

—No, por supuesto que no —Ayla se sentía desconcertada—. Solo que me sorprende que te pelearas con ese idiota redomado. ¿Fue por la cala otra vez?

—A decir verdad, ese asunto no apareció en ningún momento durante nuestra larga... conversación.

—Voy a perder la paciencia, así que ¡suéltalo ya!

Y Ayla se quedó con la boca abierta. Michael tenía ese particular y detestable poder. Oyéndole contar lo ocurrido podía apreciar cierta vergüenza en él. Resultaba enternecedor verlo abochornarse por mostrarse ante ella como su caballero particular; ese que se preocupaba por ella y que esgrimía los puños para defender su honor. A pesar de haberle dicho que no lo necesitaba y de hacerle creer que lo había utilizado, Michael seguía dispuesto a protegerla de comentarios insidiosos.

En cuanto a ella, solo podía sentir una rabia sorda por lo que Archie contó. Hubiera preferido, era verdad, que él no lo hubiera sabido. Era humillante saberse expuesta de esa forma.

—Y no te preocupes por mi aspecto —añadió Michael finalizando su explicación—. Archie quedó igual o peor.

—No tendrías que haberlo hecho...

—¡Deja de decir sandeces! —explotó él.

—Pero gracias.

Ahora el sorprendido era él. No esperaba su agradecimiento.

—De nada —murmuró. De repente se volvía a sentir cohibido.

Por primera vez, Ayla sentía que debía una explicación. Que en ese momento no fueran amantes ya no importaba. No quería que tuviera una impresión desfavorable de ello, o al menos, no tanto. Su relación estaba llena de altibajos, pero deseaba que Michael entendiera.

Quizás ya era hora.

—Sé que parece extraño —comenzó— que sea precisamente él. En fin —alzó los brazos con impotencia y se paseó nerviosa delante de Michael—, nos aborrecemos. Para entender por qué, tendríamos que remontarnos a mi infancia. También explica parte de la historia que me define; y también a Cadha. Lo que ocurre es que yo me llevé la lección más dura; una que todavía llevo grabada en mi cuerpo.

«Y en mi alma», pensó acongojada.

—Te escucho —dijo quedo, como intuyendo lo que iba a decir.

Era difícil recordar. No tanto el hecho, sino cómo llegó a él. Perder la inocencia con Archie fue un momento que trataba de no borrar de su mente. Se había obligado a recordarlo cada día de su vida; así no olvidaría la crueldad de los hombres. El resto, tanto lo anterior como lo que ocurrió después, era algo que tenía escondido tras una puerta al fondo de su memoria. Si lo recordaba, solo lograba sentirse ridícula y humillada. Una lección que no merecía recibir.

—Todo empezó con mi madre...

Rosslyn Singht no había sido una mujer popular en la isla. Quizás al principio, con su buen talante y energía desbordante, había sido acogida. Ayla recordaba de ella su amor desmedido por su familia y su vitalidad, sí, pero también sus ocasionales estados de profunda apatía. Algunas veces se negaba a salir de su habitación. Eso podía durar días o semanas. Una vez estuvo mucho más, aunque era bastante pequeña para ser consciente de su estado. Cuando Ayla la visitaba la encontraba durmiendo o sentada en una silla mirando por una ventana. Aunque solía mirar sin ver.

—Supongo que los isleños debieron de notarlo —declaró—, incluso sus arrebatos. Cuando fui mayor y ella ya había muerto, una mujer del pueblo afirmó que, en una ocasión, mi madre destrozó un puesto del mercado en Irvine. Supongo que por eso la llamaban... —Ayla tragó saliva. Le costaba decir eso de su propia madre— la loca Singht.

Por ello, su hermana y Cadha crecieron notando el rechazo de esas gentes que se llamaban a sí mismas buenas y tolerantes. Por suerte, no todos; aun así, dolía oírles murmurar a sus espaldas o que los adultos no las dejaran jugar con sus adorables retoños.

Si bien no eran amigos, propiamente dicho, Archie Reilly era uno de los que no las rechazaba. Conforme fueron creciendo Ayla fue fijándose en su fascinante cabello ensortijado, sus modales exquisitos y en sus penetrantes ojos oscuros. Cuando llegó a los quince años, ya estaba perdidamente enamorada de él. Soñaba con estar a su lado y anhelaba su ocasional sonrisa.

—Su atención, como era de esperar, no era toda para mí —se burló de su propia ingenuidad—. Algunas de las chicas del pueblo competían por sentarse o pasear a su lado. Mi error fue ser incapaz de esconder los celos que eso me provocaba. Tras eso, no hacía falta ser muy listo para saber cuáles eran mis sentimientos.

Recordaba como si fuera hoy las burlas de las chicas, sobre todo las de Ellen Cook. Solo la aguantaba porque creía que Archie no estaba interesado en ella realmente. Su error, como muchos tantos otros en lo que a él se refería, fue permanecer ciega a todo lo demás. Alentada por sus atenciones no tuvo en cuenta que todos sus encuentros como pareja se realizaban a espaldas de los demás y, si lo hacía, él lo justificaba aduciendo que era por resguardar su reputación.

Cuando se entregó a él no había cumplido los diecisiete. Para él era su decimonoveno cumpleaños y ella, como una estúpida y tonta jovencita enamorada, pretendía agasajarlo con su virginidad. Creía que después de eso Archie no tardaría en pedir su mano. Pensaba que tras eso ella y su hermana serían aceptadas.

—Para ser mi primera vez no fue mal. —Aunque este no lo mereciera debía ser fiel a la verdad —. Se mostró tierno, considerado y hasta puedo afirmar que disfruté. Lo peor vino más tarde.

Fue la casualidad —y daba gracias por ello—, lo que la hizo escuchar una conversación del joven con Ellen. Ambos se reían a su costa y él se jactaba de haber desflorado a la hija mayor de la loca, la mayor bobalicona de toda la isla. La tachó de sosa y aseguró que toda esa pasión que solía mostrar, en la cama quedaba reducida a migajas.

—Malnacido —espetó Michael.

—Sí —coincidió—, pero la culpa también fue mía. Es decir, no me culpo porque Archie se comportara como un sinvergüenza. Lo correcto y más sensato habría sido esperar a la declaración primero. Al menos así me habría ahorrado mucha vergüenza y humillación. Pero ya ves, así soy yo: nunca pienso más allá de la siguiente hora. Soy toda impetuosidad. —No se estaba haciendo un cumplido—. A partir de ahí hice lo único que podía hacer, dadas las circunstancias.

—¿Fingiste que no sabías nada y lo apartaste de tu lado? —tanteó.

Ayla sonrió al comprobar lo cándido que podía ser. Y lo poco que parecía conocerla a veces.

—No. Recompuse los jirones de mi dignidad como pude, mostré mi aspecto más frío y amenazador, acompañado de una sonrisa de desdén, e hice lo único sensato que podría hacer una joven como yo en las mismas circunstancias: los insté a que celebraran la victoria y acto seguido les dejé claro que me las pagarían.

Por su sonrisa relamida, Michael dedujo que lo había cumplido, con creces. No sintió compasión alguna. Tuvo entonces un recuerdo de la primera vez que acudió al pueblo con Ayla.

Osó preguntar.

—Así, ¿la mujer que te encontraste y humillaste...? —empezó.

—En efecto —sonrió con malicia—. Era Ellen Brice, anteriormente conocida como Cook. Es una pena que fuera tan descocada como me achacaba a mí y quedara embarazada de Harold y no de Archie, como pretendía. —La sonrisa no abandonaba su rostro.

—¿Qué hiciste?

—Nada por lo que debas preocuparte ahora —Ayla compuso una cara de absoluta inocencia—. Lo único que importa es de lo que estábamos hablando: que Archie fue el primer y último hombre con el que he estado.

—¿El único? —Michael cabeceó. No debía sorprenderse. Estaba claro que Ayla había aprendido una dolorosa lección por las malas.

—No estoy mintiendo —afirmó belicosa al ver que no decía nada.

—No pienso que lo estés haciendo. Si anoche hubiera sabido lo que sé ahora, esa inmundicia no habría salido tan bien parada —declaró con ardor. Ahora también se sentía culpable por haber pensado lo otro. Le avergonzaba hacerlo aunque, si ella había sido capaz de confesar todo eso, él no podía ser menos—. También pensaba que, dado que estamos en esto de la sinceridad, debería

confesarte que en algún momento llegué a imaginar que Zake era tu amante.

Ayla pensaba que la capacidad de Michael para sorprenderla no tenía fin.

—¿Estás loco o qué? —explotó—. ¿Cómo pudo ocurrírsete semejante aberración?

No había defensa que lo redimiese.

—No lo sé. El sentido de la protección, el roce... —insinuó. Ella parecía mirarle como si no comprendiese—. Al fin y al cabo es un hombre —aseveró por fin.

—Mi padre también lo es y jamás concebiría irme a la cama con él —casi se atragantó con las palabras—. Zake es como un padre y hermano a partes iguales. Le quiero y él me quiere, pero es un tipo de amor puro, familiar.

La creyó. No cabía duda de la sinceridad de sus palabras. No obstante, no hacía falta la aclaración. Tan pronto Ayla confesó que Archie había sido el único, aparte de él mismo, todo lo demás sobraba. Solo le pesaba que para hacerlo hubiera tenido que saber eso.

—Lo siento —le tocó la mano en un gesto ligero—; por pensarlo.

Bueno, ciertamente se sentía un poco decepcionada de él por creer eso. También era cierto que no Michael era el primero en hacerlo, aunque sí el único dispuesto a cambiar de opinión.

—Y te perdono por ello —concedió magnánima.

Michael suspiró de alivio. Si Ayla lo hubiera querido, podría haber utilizado esa creencia como un arma para distanciarse aún más. Tal vez estaban progresando.

Se instaló un silencio que, por sorprendente que fuera, no resultó violento. Ayudó que Ayla se sentara cerca de él.

—¿Y ahora qué? —se atrevió a preguntar poco después.

Ella se encogió de hombros sin saberlo. Se sentía tan perdida como él. Y culpable. No debería estar allí. Se lo había prometido a Zake.

A pesar de ello no hizo intento alguno de levantarse.

—Todavía no puedo creer que la señora Davies te volviera a curar anoche y nadie acudiera a despertarme —soltó en un intento de aligerar el ambiente.

—Te aseguro que no fue Rob quien se lo prohibió. Quizás tenían que, fiel a ti misma, acabaras por malbaratar el trabajo que tanto le costaba realizar.

—Eso no es propio de ella —aseveró—. De hecho...

—Me gustas —espetó, interrumpiéndola. No era el momento más adecuado, pero no sabía si habría uno mejor, con ella tan receptiva. Además, si no lo soltaba ahora, no lo haría nunca. Más le valía saber a qué atenerse. Tenía el estómago encogido.

En el de Ayla, las mariposas habían vuelto a cobrar vida tras esa declaración impetuosa e inesperada. Incluso lleno de morados y golpeado, le parecía tremendamente fascinante. Y ayudaba que no llevara camisa, claro.

—Tú también me gustas —confesó. Se sentía extraña al hacerlo. Nunca un hombre le había interesado hasta el punto de no querer apartarse de su lado. Bueno, hubo uno, pero fue en el pasado y ya estaba consiguiendo olvidarlo. Lo de Michael era tan distinto que la aturdía.

Ni uno ni otro quisieron ponerse a meditar a dónde les conducía eso, así que se centraron en el presente.

—Bien —la satisfacción inundó a Michael y no pudo evitar esbozar una sonrisa de bobo. Seguro que en ese momento, eso mismo parecía—, ¿y qué vamos a hacer al respecto? —preguntó sugerente.

El ambiente distendido desapareció para dar paso a algo más provocativo,

—Se me ocurren unas cuantas ideas. —Con un contoneo tan tentador como el mismísimo

paraíso, Ayla se levantó de la silla para arrodillarse junto a sus pies.

—Estoy herido —protestó, aunque su imaginación ya le jugaba malas pasadas.

—No te preocupes. —Su mano se posó en la cara interna de su muslo—. Seré suave —sonrió de forma íntima e incitante—, lo prometo.

Y como era de esperar, Michael no opuso resistencia.

Capítulo 22

En la cocina se respiraba buen humor.

Ayla machacaba hierbas en un gran cuenco tarareando al son de una antigua y pícaro canción escocesa. A su lado, la señora Davies no cesaba de observarla de reojo, con media sonrisa en el rostro. Algunos de los sirvientes sonreían, contagiados por el espíritu alegre de la joven, aun sin entender por qué se mostraba así.

El ama de llaves, por su parte, tenía cierta idea desde hacía tiempo. Además, había presenciado la escena en la que una desencajada Ayla acudía presurosa a cerciorarse del estado del administrador cuando, una semana antes, le dispararon. Un gesto sorprendente si se tenía en consideración que la impetuosa pelirroja nunca había mostrado más que odio o desdén hacia el género masculino. No había preguntado nada, por supuesto. Sin embargo, la señora Davies sabía intuir mucho más bajo aquella fachada tan combativa. También sabía, por experiencia, que cuando Ayla tuviera algo que decir, así lo haría.

Sus sospechas se vieron confirmadas cuando la cabeza del administrador se asomó por allí.

—Eh... esto, buenos días —carraspeó, y pareció cohibirse cuando todos detuvieron lo que estaban haciendo por un instante.

—Señor Campbell —saludó Ayla.

La señora Davies la miró. ¿Le había salido un graznido?

—¿Interrumpo?

Ella negó con la cabeza preguntándole a su vez por su herida y si los puntos aguantaban. No fue una gran sorpresa que Ayla pareciera saber de ello, máxime cuando no había visto como lo volvía a coser por segunda vez hacía ya dos noches, ni había hecho referencia a ello durante el día anterior.

—Entonces, ¿podemos hacer algo por usted? —preguntó solícita el ama de llaves.

—Buscaba a Ay... a la señorita Singht —rectificó.

Dicho esto, el resto de sirvientes reanudaron su trabajo y dejaron de hacerle el más mínimo caso.

—Como puede ver usted mismo —señaló la anciana— está aquí.

—Hola —se limitó a decir ella. Sonreía como una estúpida.

La joven se sentía demasiado desconcertada para decir más. Hasta hacía unos momentos se había sentido liviana y alegre. Los recuerdos de la mañana anterior no se borraban de su mente y se sentía como en una nube de euforia. El pasado día, al igual que este, le había parecido más luminoso y cargado de buenos augurios, por lo que había decidido que, por el momento, no valía la pena amargarse por el futuro.

No esperaba verle hasta más tarde, la verdad. Su mente retorcida había pergeñado miles de excusas para poder toparse con él y no tener que esperar a la noche. Que bajara a la cocina había sido fruto de la casualidad; pero una muy acertada y maravillosa.

El azul de su chaqueta le sentaba tan bien que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltar un suspiro de anhelo. Los pantalones grises le recordaron la sensación de sus muslos pegados a los de ella, y sus ojos azules brillaban con una intensidad que la hacían recordar el momento en el que

sus cuerpos estaban unidos en profunda comunión, como si no existiera nada ni nadie más para ellos. Cierto que sus cardenales todavía eran visibles, pero no menguaban un ápice de su apostura.

Al pensarlo, de repente fue consciente de su propia apariencia. Por un momento, el pánico la inundó y pensó que no lucía su mejor aspecto. Llevaba el pelo recogido en un moño y algunas hebras caían con abandono, dándole una apariencia descuidada. Además, el maldito y viejo delantal no ayudaba a dar la apariencia que pretendía.

¿Desde cuándo le importaba tanto su aspecto? Desde que él se metía en una pelea para defender su honor, le decía que la echaba de menos y que le gustaba. A pesar de todo tenía su orgullo y vanidad, los cuales no permitirían que él la viese con esas fachas. No obstante, ya estaba hecho. Solo había comportarse como si no le importara; toda gracia y dignidad.

—Necesito que me acompañe —se dirigió de nuevo al ama de llaves—; es decir, si no le supone demasiada molestia desprenderse de ella.

¿Desde cuándo le preguntaban? La señora Davies estuvo a un tris de mirar al techo cargada de paciencia. Solo le hizo hablar el espíritu travieso que vivía en ella. No tenía la oportunidad de poner en un aprieto a los jóvenes todos los días.

—¿Para qué la necesita?

La cara de Michael se trasmutó.

—Esto... sí... eh... pagos —afirmó contundente—. Tengo una lista enorme que necesito que ella revise antes de entregarla al señor Singht. ¿Verdad? —la aludió.

—¿Pagos? ¿Una lista? —Ayla arrugó el entrecejo.

—Enoooooorme —asintió Michael lanzándole una mirada significativa.

La señora Davies los miraba y estuvo a punto de darles un mamporro.

—Ah, sí, la lista —Ayla comprendió por fin, con una sonrisa traviesa y cargada de algo parecido a la felicidad. Miró a su queridísima ama de llaves y le mintió con toda desfachatez—. Michael, es decir, el señor Campbell, tiene razón. Es enorme.

—Claro, enorme. —Ninguno de ellos captó el sarcasmo, pendientes como estaban el uno del otro. Ambos se esforzaban por disimular. Muy mal, por cierto—. No quisiera ser yo la que impidiera la conclusión de ese arduo y agotador trabajo.

No hubo ni terminado de decirlo y Ayla ya se había quitado el delantal y lavado las manos. Dispuesta ya a salir, se dio la vuelta como con cargo de conciencia.

—¿Seguro que no le haré falta?

—No te preocupes. Ann me ayudará.

Tanto Michael como Ayla no dijeron nada mientras andaban con pasos rápidos por el pasillo. Se lanzaban miradas rápidas de reojo y esbozaban alguna que otra sonrisa contenida. Se sentían traviosos y un cosquilleo de impaciencia los recorría de arriba abajo. Cuando alcanzaron las escaleras, Michael no aguantó más y la cogió de la mano tirando de ella hacia arriba. Ninguno de ellos supo que las risas flotaron hasta la cocina y que la señora Davies escondió su regocijo tras unas órdenes lanzadas a los sirvientes.

Como chiquillos inconscientes recorrieron los pasadizos de la casa deteniéndose y escondiéndose cada vez que pasaba alguien. Michael le dio besos fugaces en los labios risueños y femeninos, y poco después ella le correspondió apretando su cuerpo con fruición contra la evidente muestra de interés de cierta parte de la anatomía masculina.

Por suerte para ellos, no les detuvo ningún contratiempo y cuando llegaron al despacho de él se apresuraron a cerrar las dos puertas.

—¡Por fin! —exclamó Michael. La apretó contra la pared y la besó como llevaba deseando

hacerlo desde que se había levantado.

Ayla, sin una pizca de vergüenza, le correspondió encantada y abrió la boca para recibirle.

—No creo que nos haya creído —apuntó poco después, cuando sus bocas se separaron.

—¿Quién? —preguntó Michael, todavía desorientado por el maravilloso beso que se acababan de dar.

—La señora Davies, idiota. —Le besó el lóbulo de la oreja y la satisfizo hacerle gemir.

Los dedos de Michael, por su parte, ya ascendían por los muslos de la joven en busca de un lugar cálido y confortable.

—Te deseo —declaró cuando estos encontraron el húmedo premio.

Las pupilas de Ayla se dilataron y su respiración se aceleró al mismo ritmo que lo hacían los dedos. Cuando estos tocaron el punto hinchado y sensible de la joven, los espasmos se sobrevinieron con una fuerza demoledora.

—Me las pagarás por esto —aseguró ella entre jadeo y jadeo. No obstante, su sonrisa ladeada desmentía la gravedad de la amenaza explícita.

—Eso espero —espetó malicioso.

Deseosos por seguir juntos, propusieron alejarse de la casa en ese mismo momento. Eso sí, cada uno por separado. Casi media hora después se reencontraron en un prado, lejos ya de la casa y cerca del camino que llevaba a los pastos.

Siguiendo con su juego, cuando se vieron empezó una carrera por ver quién atrapaba a quién.

El pelo de Ayla, ya suelto, bailaba al son del viento mientras su risa flotaba descontrolada. No recordaba haberse sentido tan feliz y despreocupada en años.

Cuando Michael la alcanzó detrás de un árbol, las risas cesaron. Se recostaron al amparo de la hierba alta y se desnudaron con reverencia. La caricia del sol se colaba impúdica entre las hojas y los acompañó en el despertar de unos sentimientos que cobraban vida en cada beso, en cada suspiro. Sus ojos se buscaban mientras esa sensación se agitaba entre ellos y se expandía. Aunque ninguno lo quisiera admitir, algo había estado cuajando y ahora se mostraba como algo sólido e imposible de refutar.

Arrullada por el rítmico latido del corazón masculino, se deleitaba en las lánguidas caricias que Michael le profesaba, ya saciados.

Se sentía en el cielo.

—Podría acostumbrarme a esto —Michael pensó en cómo sonaba esa declaración espontánea, tan pronto la soltó. Quiso rectificar o decir algo que no pareciera algo tan definitivo y la asustase—. Lo que quiero decir...

—Ya sé lo que intentas decir —intentó aligerar el ambiente—. Ha sido muy bonito.

No quería darle más importancia de la que tenía, aunque una parte de ella deseaba alargar esos momentos al máximo, sabiendo que podrían desvanecerse pronto.

—Sí, lo ha sido, aunque mi intención era otra. —No quería aprovecharse de la escapatoria que ella le había concedido. A decir verdad, ni él mismo se entendía—. No quería soltarlo así y ha sido tan inesperado como te ha sonado a ti —eligió las palabras con tiento—. Solo me preguntaba si, en otras circunstancias, considerarías la posibilidad de un futuro... —«entre ambos». No lo dijo. No se atrevió. Él mismo debía de estar loco para considerarlo siquiera.

Ayla se sintió expuesta en todos los sentidos. Y vulnerable. Para ganar tiempo, se incorporó y se puso la camisola que había quedado esparcida a su lado, como si con el gesto de cubrirse pudiera hacer desaparecer las palabras de Michael. Temió haberlo malinterpretado, pero una ojeadada a un rostro serio y fijo en ella le hizo saber que no. Le sobrevino un escalofrío.

—No hace falta que digas nada —Michael lo había percibido y lo interpretó como una situación que Ayla no estaba dispuesta ni a considerar siquiera. Que se sintiera decepcionado de algo que no estaba seguro de querer, indicaba mucho—. Era una pregunta tonta.

Ayla se sintió mal por primera vez en mucho tiempo. Era un sentimiento correoso que la hacía sentir miserable. Le parecía inaudito que Michael se mostrara desencantado, pero mucho más extraño era lo que se fraguaba en su interior. No podía negar la euforia que había sentido y que había aplastado con firmeza. Un hombre que imaginaba un futuro junto a ella, sabiendo a la perfección cómo era en realidad, le parecía una broma pesada del destino. Si tan solo hubiera aparecido antes de «aquello». Jamás podría asumir el evidente y seguro desprecio que brillaría en su mirada si supiera que su mano había dado fin a la vida de otro ser humano. Prefería que la tachara de cobarde o que interpretara su silencio como una negación a los evidentes sentimientos que él despertaba en su corazón. Tampoco se planteaba aceptar un acuerdo en el que ella no pudiera ser sincera. Eso la destrozaría. La culpa la carcomería por dentro hasta dejarla vacía, destruyendo la posibilidad de un final feliz.

No, lo quería todo o nada; era así de egoísta. Y como egoísta que era, no quería alejarle; todavía no.

—Te mentiría si dijera que no me lo he planteado —maldita sea, no era eso lo que quería decir. ¿Desde cuándo su boca tenía vida propia? Y el fuego de la mirada de Michael se había encendido de nuevo haciéndola temblar de expectación—, pero... —siempre había uno. Además del asesinato, en Ayla residía otros temores; menos tangibles, aunque tan reales como el primero—, ¿y si hago como ella? ¿Te plantearías entonces un futuro?

—No sé si te entiendo —Michael parecía pisar terreno resbaladizo.

—Como mi madre —terminó.

—Lo dices porque dicen que estaba... —no se atrevía a decir «loca».

—No es por lo que dijeran. Mi madre podía ser la mujer más cariñosa del mundo. Ser feliz no era un concepto ajeno a ella.

—¿Entonces? —la instó. No sabía a dónde quería llegar a parar.

—Estaban esos momentos que te conté —Ayla parecía angustiada y se negaba a mirarlo a los ojos—. Grandes momentos en los que la furia hacía presa de ella, se sentía inquieta y no paraba de dar vueltas como una gata enjaulada. En esos momentos tenía problemas para dormir y la oía pasear muchas noches hasta casi cuando amanecía.

—Eso no es...

—También hacía cosas arriesgadas; como montar a caballo sin silla a una velocidad imposible campo a través. Incluso subía a su lomo y dejaba tras de sí una risa... —A ella le costaba recordararlo—. En esos momentos, nada ni nadie le importaba. Ni nosotras —murmuró. El dolor en el pecho volvió—. ¿Y si soy como ella? —preguntó con un deje de angustia. Era lo que más miedo le daba.

Michael se quedó boquiabierto por la pregunta. Le fue imposible no responder a la desazón de la joven y la abrazó sin pedir permiso.

—Escúchame bien —le dijo, y sin soltarla le acarició el pelo—. No conocí a tu madre y no puedo juzgar su comportamiento. Lo único que sé es lo que he visto de ti. Sí, eres impulsiva y un tanto irreflexiva, pero no he detectado esos ataques de melancolía que mencionas. Además, parte de ese carácter es producto del tipo de crianza que os ha dado vuestro padre y el modo en que os ha consentido. También contribuye a ello la forma en que os tratan las gentes de la isla. Ha sido un modo de protegeros.

Ayla nunca se lo había planteado así. La duda, que formaba ya parte inherente de su ser, empezó a resquebrajarse.

—Yo..., no sé qué decir.

—Pues no digas nada —Michael le dio un beso en la frente—. Además, entiendo que ese comportamiento errático que nombras no es el más fácil para convivir, pero tu padre lo hizo. No me parece lo más grave del mundo y todavía no entiendo por qué esas mentes obtusas lo achacan todo a la locura.

Ayla se tensó de nuevo. Ya que había empezado, más valía decir lo que quedaba.

—No te lo he contado todo. Lo que dicen por ahí no es solo por su forma de ser, sino también por su final.

—¿Su muerte, quieres decir?

—Sí. Lo que se cuenta, al fin y al cabo son rumores. —Ayla hizo un intento de sonreír—. Nadie sabe tan bien como mi hermana y yo cuánta verdad puede haber en ellos.

—¿Qué sucedió?

—Desapareció una mañana —recordó—. No aparecía por ningún lado y la estuvimos buscando todo el día y parte de la noche. Su cuerpo fue encontrado en la playa a la mañana siguiente. La marea la trajo de vuelta. Había pasado por un periodo en el que se sentía vacía y triste. Mi padre nos dijo que debió de querer un baño, se desorientó y el mar la engulló —hizo una pausa y se limpió con el dorso las lágrimas que poco antes había empezado a derramar—. Durante unos años creímos lo que él nos explicó, pero a medida que nos hicimos mayores y la gente nos espetaba episodios pasados de ella, no dudamos que lo que creíamos era un cuento para enmascarar la verdad.

Michael ya sospechaba cuál era. Aun así, hizo la pregunta.

—¿Qué verdad?

—La única posible y más lógica —concluyó—. Se suicidó.

—Lo siento.

Ayla no esperaba esa inmediata comprensión. Nunca la había recibido de nadie. Al fin y al cabo, el suicidio era un pecado.

—Soy tan inestable a veces... —se lamentó. Una parte de ella seguía creyendo que podía acabar como su madre. No quería que una hipotética familia tuviera que pasar por aquello.

—Temperamental, diría yo —la contradijo.

No obstante, Ayla podía estar en lo cierto. Por muy seguro que estuviera, nadie le aseguraba el resultado que él deseaba. La pregunta era: ¿quería arriesgarse?

—Hay muchas cosas de mí que no sabes —insistió.

—Al igual que tú de mí —replicó.

Iba a refutar esa frase con un «¿qué puede tener que ocultar un simple administrador?», hasta que recordó a Zake y sus consejos de prevención respecto a él.

—Bueno, supongo que hemos llegado a un punto muerto, entonces.

Habían sido dos días de felicidad y despreocupación. Una dicha que iba desapareciendo por momentos, casi como si se escurriera de sus manos sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Se vistieron en silencio, unidos de una forma intangible, pero separados por sus temores; cada uno pensando que no tenía sentido continuar y, sin embargo, acongojados por verse obligados a separarse.

Habían llegado a un punto del camino en que tenían que separarse.

—¿Te veré esta noche? —preguntó Michael al fin, lanzándose al vacío.

Por respuesta obtuvo una sonrisa contenida y un peculiar brillo en los ojos femeninos. Con eso era suficiente; ya no había marcha atrás.

Fue una pena que en ese preciso momento un trío de figuras se aproximaran. Indecisos, decidieron no moverse. Separarse y que Michael desapareciese presuroso sería visto por Cadha y Rob, que se acercaban junto con un niño pequeño, como algo que tenían que ocultar.

Por su parte, la pareja comprometida no tenían dudas, cada uno por su parte, de lo que habían estado haciendo ese par. Se acercaron fingiendo que ese era un momento tan natural como cualquiera y los saludaron.

—Veo que habéis decidido dar cuenta del espléndido día —empezó Rob. Quizás era mejor así. Cadha podía soltar alguna cosa que los pusiera en un aprieto. Él siempre había sido mucho más diplomático.

—En efecto —Ayla fue la que contestó, esbozando una sonrisa que Cadha interpretó como falsa—. Al igual que vosotros. Y veo que os habéis traído al pequeño Ian. —la joven se arrodilló para hacerle carantoñas.

En un acuerdo tácito hicieron el viaje de vuelta juntos. De esa forma, nadie sospecharía ni alegraría nada. Las hermanas fueron delante con el niño, mientras que los hombres se rezagaron sin llegar a perderlas de vista.

—Se te ve satisfecho —observó Michael.

—¿Lo dices por esta estúpida sonrisa que luzco a todas horas? —bromeó Rob.

Lo cierto era que se sentía contento de cómo se estaban dando las cosas. Sentía que había estado recorriendo un camino que lo acercaba a este mismo punto. Cadha lo hacía sentir bien consigo mismo, incluso cuando se mostraba airada. Había entre ellos cierta afinidad que le hacía querer pellizcarse para comprobar si era real. Y lo era. Su futura esposa, ¡qué bien sonaba esa palabra! No podía ser más perfecta para él.

—Por eso y por cómo la miras.

No tenía que darle más explicaciones. Rob sabía a qué se refería porque sentía que no podía dejar de mirarla; de admirar su belleza terrenal, esas juguetonas pecas en su nariz y ese lustroso pelo rubio ceniza. Desde que había probado las delicias de sus curvas, se notaba arder a cada minuto que la tenía cerca.

—Todavía me parece increíble que haya aceptado tan bien que pronto seremos marido y mujer —dijo a modo de explicación—. Si he de ser sincero, pensé que me lo pondría más difícil.

Michael rio. Su risa llegó hasta las mujeres, que se giraron y les echaron una mirada de soslayo.

—Están hablando de nosotras, ¿verdad? —preguntó Cadha al tiempo que acariciaba la cabeza del niño.

—Me apostaría lo que fuera a que sí. Al parecer, para ellos somos una fuente inagotable de hilaridad.

—Eso de haber caído rendidas a sus pies nos desmitifica.

—¿Rendidas? Ni mucho menos. Al final tendrán que agradecernos que nos hayamos fijado en ellos.

Cadha sonrió por la vehemencia de su hermana mayor. Solo ella era capaz de dar la vuelta a la situación de forma que la beneficiase.

—¿Cómo sigue la herida del señor Campbell? —A pesar de saber que su hermana tenía relaciones íntimas con él, era incapaz de tutearlo.

—Mejor —admitió la pelirroja sin fingimientos—. Si no le vuelven a disparar, no tardará

mucho en curarse.

—Todavía me pregunto quién pudo ser —indicó pensativa—. No creo que un cazador furtivo.

—Yo tampoco. Según la historia de esos dos, iban por el camino. Ningún cazador que se precie cometería semejante imprudencia.

Cadha estaba de acuerdo con el razonamiento. Las posibilidades de un error eran tan escasas como algo intencionado. Lo único que no alcanzaba a comprender era quién podría querer hacerle daño a un simple administrador. Y, en el caso que Rob fuera el objetivo y se hubieran equivocado de blanco, tampoco parecía comprensible. Ahora, más que nunca, deseaba que fuera un error. A estas alturas ya había aceptado que Rob era tan importante para ella como su familia. Si llegara a sucederle algo malo, no lo soportaría.

Unas yardas atrás, los hombres discutían sobre ese tema en concreto.

—Le he estado dando vueltas y más vueltas al asunto del disparo —comentó Rob— y no acaba de cuadrarme eso de un disparo perdido.

—Yo he estado pensando lo mismo durante la última semana.

De hecho, era algo que le quitaba el sueño. Al principio pensó que Liam Kelly estaba detrás del atentado. No era descabellado pensar que se había enterado de que le estaba siguiendo y había decidido cortar por lo sano. Sin embargo, lo lógico en una situación parecida sería asegurarse de su muerte; y lo cierto es que había forzado un «choque accidental» con él para comprobar su teoría. No había habido respuesta por su parte. En el caso de haber sido él y comprobar que seguía vivo, si no entraba en pánico, lo mínimo que hubiera tenido que hacer era a) volver a intentarlo o b) largarse tan deprisa como sus piernas se lo permitieran. No había sucedido ni lo uno ni lo otro. Incluso se había presentado con normalidad a su próxima jornada de trabajo. No, no era él quien deseaba acabar con él.

—¿Y has llegado a alguna conclusión? —preguntó Rob.

—A ninguna satisfactoria. —No podía explicarle nada de aquello.

—Pues yo sí.

Eso le sorprendió y detuvo su paso.

—Te escucho.

—Archie Reilly —soltó.

Se sorprendió, pero solo durante un instante. No obstante, debían estar seguros antes de acusar a alguien tan prominente en esa isla.

—¿En qué te basas? —hizo de abogado del diablo—. Nos hemos cruzado en dos ocasiones. Si bien es cierto que las circunstancias no fueron demasiado favorables, es poco probable que me tuviera tanta inquina como para eso. De ser así, ya habría disparado antes contra las chicas o el propio Zake.

—No sé los detalles, pero es él, estoy seguro. Quizás, incluso esperaba a alguna de ellas y la frustración de no verlas aparecer hizo que te disparara a ti. Quién sabe lo que pasa por la mente de esos tipejos.

—Yo no estoy tan seguro como tú, pero no puedo desechar esa teoría así como así.

—La forma en la que la otra noche te apretó el brazo... —dijo cargado de recelos—. Casi parece que supiera que lo tenías herido.

Michael ni siquiera lo había tomado en consideración, pero aquellas palabras de su amigo eran bien ciertas. Nadie más que el autor del disparo lo podría saber.

—Si es así, debemos hacer algo.

—Y lo haremos —confirmó Rob—. Lo primero será informar a Elliot. Quizás pueda

convencerle de contratar los servicios de gente que vigile este lugar; o al menos la casa y sus alrededores más próximos. Es una lástima que Zake no esté. Sería de gran ayuda.

Ambos asintieron. A estas alturas, no temían tanto ser heridos, como que una de las jóvenes que andaban más adelante sufriera un percance de gravedad. Se enterarían más pronto que tarde de todo ello. Más les valía hacerse a la idea. Al fin y al cabo, era por su propia seguridad y ninguno de ellos estaba dispuesto a jugar con ella.

Capítulo 23

Zake estaba exhausto.

Había pasado poco más de una semana alejado de la Isla de Beith. Nunca lo había hecho durante tanto tiempo y sentía una necesidad imperiosa de volver. Además, no traía buenas noticias. No podía decirse que fueran malas porque no había conseguido nada concreto; aun así, podía asegurar que Michael Campbell (tal vez ni siquiera fuera su nombre real), era un impostor.

Lo que más rabia le producía era no saber a ciencia cierta qué rayos estaba haciendo ese hombre allí, trabajando para ellos. Había comprobado sus credenciales, pero había sido listo y no preguntó por los señores que supuestamente lo habían contratado, sino a los empleados. La sorpresa era que allá donde fue, nadie supo indicarle nada que lo identificara. A ninguno le sonaba el nombre ni las características físicas del sujeto. En algunos lugares, incluso, el administrador llevaba en el cargo más años que el farsante tenía de vida.

Había estado muy acertado en pedirle al señor Singht días libres para asuntos pendientes. Como nunca lo hacía, al hombre le había sido imposible negarse a dárselos. Si se había marchado con la sensación de que el administrador no era trigo limpio, volvía con la sensación de haberlo corroborado. Lo peliagudo del asunto era que no podía afirmar ni desmentir nada más. Pudiera ser que estuviera en la isla con la finalidad de desenmascararlos a todos con respecto al asesinato de Neil Bishop. Por ello, marcharse tanto tiempo no había estado exento de riesgo. Si era por otra cosa, lo cual dudaba, no llegaba a comprender por qué.

Por eso debía protegerlas. Era su máxima prioridad. Ya era hora de hablar con las chicas y hacerles saber el peligro que corrían; peligro real.

Cuando entró en la casa, la encontró muy silenciosa. Bajó a las cocinas dejando así al administrador para el final. No pensaba alertarlo.

Buscó sin éxito y por fin dio con la señora Davies.

—¡Zake! Me alegro de verlo de vuelta.

—Y yo de estarlo. Busco a Cadha y Ayla —repuso sin más preámbulos.

—Pues no está de suerte. Están en Irvine junto al señor Cunningham. Han ido a la modista, ya sabe —bajó la voz en una divertida confidencia—, buscando telas para confeccionar los vestidos de la boda. Creo que también estaba prevista una visita al párroco.

Así que las cosas ya habían llegado a ese punto. En su ausencia se lo había preguntado mil veces. Incluso pensó que las hermanas conseguirían espantar por fin al susodicho novio. Si buscaban vestidos por voluntad propia, las cosas no debían ir tan mal. Lo del párroco lo confirmaba.

Se alegraba por Cadha. Merecía un poco de felicidad. Sabía que, de darle una oportunidad a un buen hombre, podría llegar a ser feliz.

No obstante, su ausencia lo desestabilizaba. ¿Qué hacer a continuación? ¿Esperarlas? Podían estar en la ciudad todo el día. No era que unas horas supusieran diferencia alguna —o al menos eso esperaba—, pero como ya tenía la decisión tomada, no quería aplazarla más.

Fue entonces cuando se le ocurrió una alternativa.

—¿Y el señor Singht? ¿Se encuentra en casa?

El ama de llaves asintió y le indicó que lo hallaría en el despacho.

Como era de esperar, Elliot Singht se alegró de verlo.

—¡Has vuelto! Pensaba que tendría que ir yo mismo a buscarte.

Se sentó frente al escritorio cuando este le ofreció asiento. Sabía que no tardaría en interesarse por su partida. Si bien no lo preguntó el día que se marchó, no dudaba en que ahora sí lo haría. Contaba con ello.

—¿Y bien? —empezó este—. ¿Puedes decirme ahora qué era eso tan importante que te alejó de aquí y que te ha ausentado más de una semana?

—Michael Campbell —se limitó a decir.

—¿El administrador? Creo que no acabo de entenderte.

Modificando la verdad a su conveniencia, relató cómo sospechó de él desde un principio —cosa totalmente incierta—. Le dijo que no parecía un administrador al uso y que recelaba de sus idas y venidas. También se disculpó por tomarse la licencia de leer su carta de referencia. En cuanto a ello, le dijo que sospechó de sus muchas recomendaciones.

—No me cuadraba que un hombre con ese pasado laboral aceptara un trabajo en la remota Isla de Beith cuando podía acceder a trabajos mucho más satisfactorios en las principales ciudades de Escocia —afirmó sin inmutarse. En realidad, si no hubiera sido por su visita a McMurdock y su relación con Ayla, no se le habría ocurrido que esas referencias podían no ser ciertas.

Sabía también que su actual historia tenía lagunas importantes, pero contaba con que lo que le estaba explicando le inquietara lo suficiente como para que prevaleciera en su mente. Lo manipuló a su conveniencia esperando que lo demás se diluyera en el olvido. Su objetivo era uno solo: echarlo de sus tierras; a ser posible de la isla también. Sin ese trabajo no tenía motivo para seguir allí y evitaba que siguiera husmeando.

—Eso que dices es una acusación muy grave. —A pesar de ello, el dueño de la casa había cambiado el semblante por uno serio y preocupado—. ¿Tienes pruebas que avalen tus sospechas?

Una vez sembrada la semilla, Zake no dudó en usar todo lo que estuvo a su alcance para desacreditar al administrador.

—Nadie le conoce, nadie —aseguró; lo cual era cierto—. No sé cómo habrá conseguido obtener esas referencias, aunque me temo que no sea de forma lícita.

A estas alturas no le sabía mal acusar de ladrón o mentiroso a quien fuera con tal de defender a esa familia. Si hubiera podido acusarlo de más cosas, lo hubiera hecho sin remordimiento alguno. Que el hombre le hubiera caído bien en un principio, no impedía su actuación actual.

Como todavía veía dudas en los ojos de Elliot Singht decidió darle un pequeño empujoncito en la dirección correcta: la seguridad de las hijas. Ellas eran un punto a su favor.

—Tiene razón —dijo por fin—. Yo de verdad creía que estaba realizando una inmejorable labor como administrador —confesó apenado—. Hasta las chicas parecían haberle perdido parte de esa inquina del principio. Sobre todo Ayla.

Solo Zake sabía por qué. Eso sí, no pensaba abrir la boca sobre ese tema. Lo más probable era que Ayla cogiera un berrinche por haberle quitado a su amante, pero cuando las cosas se calmaran vería que había obrado con la mejor de las intenciones. Haría hincapié en lo catastrófico que sería que las descubrieran. No, estaba haciendo lo mejor para todos.

—Ahora se pasea por la propiedad con total libertad —azuzó—. Quién sabe lo que podría hacer.

—Y además le he asegurado que Rob le mantendría en su trabajo —Elliot meneó la cabeza—. Insensato.

Era un reproche dirigido hacia sí mismo.

—Debemos hacer algo.

Y tanto que lo hicieron.

Michael fue llamado unos minutos más tarde. A petición de Elliot, Zake permaneció en el despacho.

Los saludó sonriente e incluso le preguntó a Zake si su viaje había resultado productivo.

—Mucho, de hecho.

El recién llegado no tardó en percatarse de la seriedad del ambiente.

—¿Sucede algo?

—Espero que usted me lo diga, señor Campbell; si ese es su nombre real, por supuesto.

Michael sabía apreciar una encerrona en cuanto la tenía delante, y esa era una de esas ocasiones. Lo habían descubierto. Una mirada a la firme y retadora mirada de Zake le confirmó que su tapadera había sido descubierta ¿Qué más sabían?

—Es mi nombre, en efecto.

—Puede que sí, puede que no —Elliot ya no sentía confianza alguna.

—Puede creerme sobre esto. —Se sentía imponente con el devenir de los acontecimientos. Necesitaba más tiempo.

—He ahí el quid de la cuestión. A mi parecer, nos ha tomado por tontos. Y no me gusta nada ese sentimiento. —Se inclinó hacia delante con las manos juntas y con la mirada bien fija en su rostro—. Usted no es administrador y nunca lo ha sido.

No era una pregunta. Michael no podía evitar responderla con sinceridad.

—No, señor.

Aunque parecía que esperara esa misma respuesta, su confirmación afectó al cabeza de familia.

—Por lo tanto, se introdujo en mi casa bajo falsos pretextos. —El asentimiento de cabeza de Michael no le dejó buen sabor de boca—. ¿Por qué razón?

—No puedo contestar a eso, señor Singht.

Este se encolerizó por la respuesta.

—¡No me venga con tonterías, joven! ¡Ahora mismo podría llamar a las autoridades y hacerlo arrestar!

Eso suponía un problema; no uno que no tuviera solución, pero problema al fin y al cabo. Lo intrigante del asunto era por qué no lo había hecho ya.

Supuso que Zake tenía algo que ver en todo ello. No dudaba que era el que había descubierto sus mentiras, aunque no alcanzaba a comprender cómo. Había sido discreto, aunque quizás alguien había abierto la boca. Lo intrigante de todo el asunto era qué motivaba al barbadense.

—No puedo impedirle hacerlo, señor —le estaba probando—, no obstante, quisiera que me creyera cuando afirmo que mi intención no es hacer daño a ningún miembro de su familia. Si me permitiera quedarme un poco más...

—¡Usted está loco! —Elliot Singht golpeó el escritorio con el puño—. No puedo creer que me pida eso después de haber abusado de mi buena fe. Esta pantomima termina aquí y ahora. Coja sus cosas y lárguese de mis tierras y de la isla ¡ya!

¡Todavía no! Era demasiado pronto. Tenía trabajo que terminar, estaba Ayla...

—Señor Singht —si era preciso suplicar, lo haría—, si me permitiera...

—Zake le acompañará. Eso es todo.

El asunto se había zanjado. Zake se paró a su lado midiendo fuerzas con la mirada, su fornida complexión y su altura. Sin mediar palabra lo empujó fuera del despacho.

—Zake...

—Ahórrese la saliva conmigo —le espetó—. Si sabe lo que le conviene desaparecerá sin armar el más mínimo alboroto. Nadie le quiere aquí. Nadie —matizó.

Michael sobreentendió el significado. De una forma u otra sabía la relación que mantenía con Ayla. No es que le extrañara. Su actitud de constante vigilancia lo había hecho sospechar que podría ocurrir; solo sucedía que, en algún momento, había olvidado ser precavido y dejado de pensar con la cabeza fría. Ayla era el único motivo de ello. No es que la culpaba. Ella no podía saber a qué había venido a la isla, pero por una vez había dejado su trabajo en un segundo plano centrándose más en esa tempestuosa pelirroja que había vuelto su mundo del revés.

Todos esos razonamientos no importaron. En poco menos de una hora fue escoltado al pueblo y obligado a coger uno de los barcos que regresaban a Irvine.

Michael no se desanimó por ello. En la ciudad esperaría el último de estos transportes marítimos y volvería a la Isla de Beith. No era recomendable buscar a Ayla por media ciudad sin ni siquiera saber dónde podía encontrarla. Esa noche, pasara lo que pasara, pretendía zanjarse lo que había empezado.

Zake lo vio partir. No se alejó del puerto hasta que el barco que llevaba a Michael Campbell de la isla se convirtió en un punto lejano en el horizonte. No obstante, sabía que, con toda probabilidad, eso no era el fin.

No era tan tonto como para subestimarle. Ese hombre que se alejaba tenía una misión. A esas alturas ya no le importaba si decía la verdad o no. Él también tenía una tarea importante.

De momento, se limitaría a utilizar a los hombres que el señor Singht había dispuesto como vigilantes por el perímetro de la propiedad. Él, por supuesto, también estaría al acecho.

De una forma u otra, Michael Campbell no lograría acercarse. Palabra.

—¿¡Que habéis hecho qué!?

—Ayla...

Elliot Singht meneaba la cabeza sin entender por qué ahora que había echado por fin al administrador, ella se enfurecía.

Cuando las hermanas, juntamente con Rob, llegaron a la casa, fueron puestas al corriente en cuanto a la traición del administrador. A diferencia de Ayla, Cadha había permanecido callada. Por supuesto, la mayor vociferó contra todos.

Las explicaciones no la convencieron. Llamó voluble a su padre y lo acusó de actuar sin pruebas fehacientes. La mirada de reproche que le lanzó a Zake no fue nada comparado con lo que le llamó en privado poco después.

Este, viéndola en tal estado, esperó a poder charlar con ella y su hermana en privado. A ellas sí les relató paso por paso cada uno de los acontecimientos y los temores que lo invadían.

Aunque dudaba, Cadha escuchó los argumentos que el barbadense esgrimió. Le costaba aceptar que el hombre que había vivido tan cerca de ellas estuviera allí para desenmascarar el crimen que se cometió meses antes. Si ese fuera el caso, pensaba que ya había tenido oportunidad suficiente para acusarlas. Además, ¿no habría dicho algo delante de su padre? Sin embargo, la visita al

señor McMurdock parecía irrefutable. ¿Qué, si no, lo había llevado hasta allí? Otra cosa hubiera resultado demasiada casualidad.

En esos momentos, la que más le preocupaba era Ayla. No había nada más triste que la decepción y desesperanza que tenía pintada en el rostro.

Zake también se sentía herido; sobre todo cuando percibió que, a pesar de sus consejos, Ayla había hecho caso omiso a todos ellos.

Por supuesto, la que más sufría era Ayla. Se sentía traicionada por todos. Consideraba que el asunto era lo bastante grave para hacerla partícipe de lo que sucedía. Zake no tendría que haber actuado solo. Debido al calibre de sus sospechas, lo más adecuado habría sido ponerla al tanto, así ella no hubiera arriesgado el pellejo. Lo que sucedía era que su mente se negaba a ver a Michael como alguien capaz de hacerle daño; incluso de enviarla a la horca por asesinato. Si ni tan solo había intentado sonsacarle en nada...

La verdad era que le dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir. La noche anterior había sido mágica y se había sentido tan dichosa que ahora le parecía una burla a su incipiente romanticismo. Había sido la culminación de dos días en los que sentía que flotaba. Incluso esa misma mañana había admitido que lo que florecía en ella podía llevar el nombre de amor.

Por eso estaba tan enfadada con Michael. No tanto como el impostor que había resultado ser, sino por el hombre que había conseguido hacer a un lado su frialdad y ver a través de las burlas, la ira, el rencor o la desconfianza. No le había cantado versos ni declarado un amor eterno. Aun así, sus miradas, su férrea defensa y la vulnerabilidad que se vislumbraba de tanto en tanto, habían logrado hacerse con un buen pedazo de ese corazón que con tanto celo protegía.

Se sentía estafada, por qué no decirlo. Estafada con la vida, que le ofrecía oportunidades tentadoras y se las arrebatada de forma cruel. Primero con Archie y ahora con Michael. También se sentía dividida. No podía ser clara sobre lo que pasaba en ella en esos momentos, por lo que decidió que quería estar sola. Se encerró en su habitación con la esperanza de esclarecer qué quería de la vida y cuánto estaba dispuesta a arriesgar por ello. En temas sentimentales tenía mucho de cobarde. Ella, que se fanfarroneaba de no amedrentarse ante nada, temblaba solo de pensar en escoger tan mal.

Pasó el resto del día encerrada. No se veía con fuerzas de compartir su angustia. Durante las finales horas del día, su alcoba reinó en las sombras, una sensación similar a la que invadía a Ayla. Solo la chimenea lanzaba algo de luz. Sin probar bocado descargó toda su ira y frustración lanzando puñetazos nada eficaces a las almohadas y edredón. Al final, el peso del propio desengaño la hizo estallar en un inesperado mar de lágrimas y poco después logró sumirse en una agitada duermevela.

Así, hecha un ovillo en medio de la cama, la encontró el intruso que, pasada la medianoche, se coló con un evidente esfuerzo por la ventana de la habitación.

Ayla se despertó de golpe. Todavía aturdida, al ver la sombra que se levantaba del suelo, se puso de pie de un salto y corrió hacia la puerta.

No fue lo suficientemente rápida.

Un brazo la aprisionó por la cintura deteniendo su avance y una mano se cernió sobre su boca impidiéndole gritar.

—¡Shhhhh! —le susurró la voz—. Ayla, soy yo.

Michael suspiró cuando los forcejeos cesaron. No quería hacerle daño ni retenerla contra su voluntad, pero tenía que conseguir que ella le escuchase.

Le había costado lo suyo introducirse con sigilo en la propiedad. Por suerte, sabía cuántos

hombres rondaban por los alrededores y los había despistado a todos. También contaba con que Zake hiciera lo mismo. Lo más difícil había sido alcanzar el primer piso sin ser visto. No creía que el barbadense fuese tan perspicaz como para imaginarse que se colaría en la habitación de la mayor de las Singht.

O al menos eso esperaba.

—¡Tú! —exclamó Ayla bajito en cuanto él apartó la mano de su boca.

—¿Esperabas a alguien más? —se permitió bromear, aunque estaba bastante nervioso.

Ayla se limitó a ignorarle y pretendió encender una vela.

—¡No lo hagas!

En la chimenea todavía quedaban brasas y la instó a volver a azuzarlas. Con la luz de las llamas tendrían bastante y no despertarían sospechas si los que acechaban por abajo miraban hacia la ventana. Además, cabalgar de noche en la isla con la humedad del ambiente le había calado en los huesos. El calor le sentaría bien.

—¡Mentiroso!

Sin previo aviso, Ayla le lanzó un puñetazo al estómago que lo hizo boquear.

—Sádica —repuso en cuanto pudo hablar. Se había doblado y sentado en el suelo.

—Es lo mínimo que te mereces —espetó ella—. ¿Qué haces aquí?

—¿Tú que crees?

—Creo que eres muy habilidoso a la hora de responder una pregunta con otra. No sé si recuerdas que el farsante eres tú.

Era un reproche lícito. Sin embargo, sentía cierta esperanza al ver que Ayla esperaba una explicación en lugar de correr a alertar a toda la casa.

Él, por su parte, en lugar de centrarse en lo que había venido a hacer, no podía dejar de admirarla. Durante sus escauceos amorosos en la casa que le cedieron, Ayla nunca llevaba nada encima después de desnudarse. Ahora lucía un camisón blanco que la cubría de la cabeza a los pies. Su cabellera roja estaba atada en una trenza larga que la hacía parecer más joven y vulnerable de lo que solía aparentar a la luz del día. Era extraño como una imagen tan poco incitante lograba el efecto contrario.

Se sacudió la cabeza en un intento de alejar los pensamientos libidinosos y centrarse en lo importante.

—He venido a explicarme —dijo al fin.

—¿Por qué?

La pregunta lo pilló desprevenido. No estaba dispuesto a confesar el motivo real. No todavía. Sabía que disponía de poco tiempo, pero primero quería saber qué tenía que decir Ayla al respecto.

—Porque me importas —susurró. Eso era lo máximo que admitiría por el momento—. Quiero que sepas que si he mentido ha sido por un motivo importante. Lo que hemos compartido ha significado mucho para mí...

—Parece una despedida en toda regla —lo interrumpió.

—No seas maleducada y déjame terminar. Hay momentos en los que me parece que prefieres banalizar lo sucedido entre nosotros para no tener que asumir parte de responsabilidad —la regañó.

—Está bien, lo siento. Sigue.

Se sentó en la cama, junto a ella, aunque lo hizo en la parte más alejada. Durante casi media hora le explicó su vida, su trabajo y la verdadera razón que lo había traído a la isla. No percibió

el asombro ni el alivio de Ayla. Parte de él se sentía tan desahogado por haberse descubierto por fin, que pasó por alto las señales.

—Por eso necesito estar aquí. He de terminar el trabajo.

—¿Y cuándo pretendes hacerlo?

—Esta noche, de regreso al pueblo.

—Todavía no entiendo por qué no podías contarle a mi padre eso mismo. Lo hubiera entendido. Michael la miró y pensó que en algunas cosas era una ingenua.

—No, no lo hubiera hecho. Incluso así, en el caso de haberse mostrado más comprensivo, Zake habría logrado que me echara. No sé qué tiene ese hombre contra mí —repuso más para él mismo que para Ayla.

Ella no dijo nada por miedo a revelar más de lo debido. Por una vez se alegraba que Zake no tuviera razón. Se había tratado de un cúmulo de casualidades.

—De todas formas, te agradezco que hayas vuelto para contármelo —Ayla agradecía eso y mucho más. Verlo otra vez había supuesto alejar la tristeza. Su presencia le daba fuerzas. Lo que no sabía era cómo continuar a partir de ahí. Michael vivía demasiado lejos. Incluso en el caso que ella se marchara a Edimburgo con su padre, nadie le aseguraba que él quisiera seguir viéndola. Además, su trabajo era demasiado impredecible para que ella se sintiera tranquila teniéndolo lejos—. No tenías necesidad de hacer todas esas peripecias para darme una explicación. Con quedarte en el pueblo y atrapar a esa sabandija, podrías haberte marchado y vuelto a tu vida habitual.

Y ella jamás le habría vuelto a ver. ¿Cómo podía hacer para retenerlo? Pero lo más importante, ¿tenía derecho a ello?

—No —confirmó—, no tenía por qué... —Michael la miró unos instantes. No tenía sentido negar lo que le había motivado a volver. Debía decirle lo importante que era para él. Si no lo hacía ahora, se marcharía y la duda siempre estaría ahí; lo que podría haber sido y nunca fue. Si se equivocaba en sus suposiciones y Ayla no necesitaba más de él (lo cual escocía como nada), podría volver por donde había venido y dejar los remordimientos atrás. Sí, el dolor y la decepción tardarían mucho en desaparecer, pero al menos no viviría de ilusiones—. Lo que pasa, Ayla —se estiró para cogerle la mano y acercarse. Quería que viera la verdad en sus ojos—, es que no puedo desaparecer de tu vida así como así. No ahora.

—No-no te entiendo —farfulló tras unos instantes. Su boca se había quedado seca y el corazón martilleaba a una velocidad desconocida.

—Sí lo haces —refutó Michael con ternura. Entendía sus reticencias. Solo debía hacerle entender que nada de lo que dijera podía hacer desaparecer lo que sentía por ella—. Sé que es demasiado pronto; tal vez inesperado, pero no me hagas creer que no sabes lo que voy a decirte.

Ayla estaba emocionada. Le entendía, aunque le costaba creer que lo que insinuaba fuera cierto, que le pasara a ella. Necesitaba oírsele decir; con todas las letras.

—Michael...

Este puso sobre sus labios un dedo para impedir que formulara cualquier queja que pudiera concebir. Comprendía sus dudas porque él se sentía igual. Siempre había pensado que el día que se declarase a una mujer mantendría la cabeza fría y sabría dominar sus emociones, pero nada más lejos de la realidad. El sentimiento le ahogaba y se sentía conmovido en lo más hondo porque la tenía a ella. Y Ayla sentía lo mismo. Lo notaba, lo veía.

Se inclinó despacio, con las miradas de ambos entrelazadas.

—Te amo —musitó quedo, cerca de su oreja.

Percibió su propio temblor escondido entre el de Ayla. No había nada más asombroso y aterrador que abrir el corazón. Era una sensación apabullante.

Ayla luchaba contra las lágrimas y contra el impulso irrefrenable de lanzarse a sus brazos. Deseaba sucumbir a la dicha y lanzar a borbotones todo lo que tenía que decirle; lo que escondía su corazón. Sentía que Michael estaba siendo sincero y deseaba corresponderle de igual forma. Por fin admitía que deseaba lo que su hermana parecía tener con Rob. Ser querida y valorada por alguien ajeno a su familia era algo que siempre había anhelado, y solo si se atrevía podría alcanzarlo. Lo único que debía hacer era ser sincera. Que fuera una decisión difícil y que la exponía como nunca era lo que le provocaba más pavor.

—¿No vas a decir nada? —Michael habló de nuevo, preocupado de repente por la falta de respuesta de Ayla. Había estado tan seguro de ella que no se había permitido concebir otra respuesta que no fuera a la par de lo que él sentía.

—Me siento honrada...

La decepción nubló su alegría al escuchar ese discurso. Ya se sabía la historia.

—Sí, ya lo veo —habló con brusquedad y se apartó—. No hace falta que sigas, ya imagino qué viene a continuación: hemos estado bien juntos, eres un hombre increíble, pero no estoy hecha para el matrimonio, te tengo aprecio, podemos seguir manteniendo una relación cordial..., bla, bla bla.

—Te amo, Michael —declaró ella de sopetón.

Eso lo hizo detenerse. La alegría y la esperanza lo inundaron de nuevo. Fue a cogerla.

—Mi amor...

—¡Espera! —lo detuvo, apartándose de él—. Esto no es tan fácil.

—¿Qué quieres decir? Si nos amamos nada importa. —Michael no entendió la risotada de amargura que ella lanzó.

—Claro que importa —Ayla parecía triste; como si en lugar de declarar sus sentimientos estuviera escribiendo su sentencia de muerte—. Yo tampoco he sido sincera contigo.

—Si se trata de tu madre...

—No. Esta vez es sobre mí. Necesito explicarte algo que me afecta y que podría hacerte cambiar de idea sobre ese amor que dices sentir.

Michael lo dudaba. Pocas veces había estado tan seguro de algo. Solo hacía falta ver lo mal que se sentía sin ella. Su afecto por Ayla había evolucionado casi sin darse cuenta. A esas alturas era imposible que algo lo hiciese desaparecer.

—Adelante —la instó. Quería que dijera lo que tenía que decir para poder pasar a asuntos más placenteros.

No se esperaba la historia que empezó a relatar. Lo que Ayla decía hablaba de una noche de tormenta, un hombre con intenciones deshonestas, una lucha para evitar que violaran a Cadha y un candelabro.

—¿Qué tratas de...?

Ella no pudo ser más tajante.

—Le quité la vida, Michael. Asesiné a Neil Bishop.

Capítulo 24

El silencio resultó ensordecedor.

Michael trataba que su cerebro aceptase lo que Ayla acababa de confesar. Un asesinato... Santo Dios.

No había podido evitar ir desplazándose hacia otro lado de la estancia, apartándose. Era más algo que había hecho sin pensar y que ahora parecía un rechazo en toda regla.

Tenía la mirada angustiada y suplicante de Ayla clavada en su retina; una que le pedía que entendiera y supiera perdonar. Y no lo estaba haciendo. Sabía también que era un comportamiento más bien miserable. Había confesado su amor y ante la primera dificultad se echaba para atrás. ¡Pero vaya dificultad!

Como dos enemigos enfrentados, el silencio los envolvía a cada momento, más y más espeso.

Michael se esforzaba por encontrar algo coherente que decir, pero temía soltar algo de lo que después se arrepentiría.

¿Debía decirle que no le importaba? No sería verdad.

¿Debía mostrarse comprensivo? No sabía cómo.

Solo podía imaginar una macabra escena en la que Ayla acababa con la vida de otro ser humano. No importaba las veces que había sospechado que su lado más oscuro podía presentarse de la forma más inesperada, dándole de lleno en su cara cual una bofetada inmisericorde. No alcanzaba a comprender la envergadura de los secretos que esa mujer guardaba. Era ahora cuando todos los intentos que ella había hecho para mantenerlo lejos se tornaban diáfanos, esclarecedores. No era trigo limpio.

«¿Y quién lo es?», se preguntaba. Todos tenían sus propios demonios.

Asesinato. No sabía cómo iba a superar eso. Iban...

—Ahora eres tú el que no dice nada.

La voz de Ayla en medio del opresivo silencio resultó cómo el fuetazo de un látigo: inesperado y doloroso. La miró y sintió que no la veía. Trataba de recomponer la imagen que ya tenía con la que era en realidad. Tenía que preguntar, saber.

—¿No había otra manera de...? —calló, incapaz de terminar la pregunta.

Ayla, por su parte, le entendió. Sabía lo que preguntaba.

—No, no la había. Si hubiera esperado más, ese malnacido la habría violado sin ningún género de dudas. No lo pensé. Simplemente hice lo que fue necesario para mantenerla a salvo; a ambas, de hecho. ¿O acaso crees que después de ser descubierto no hubiera ido a por mí? —iba a cavar su propia tumba por decir lo que iba a decir a continuación, pero ella no era una cobarde y nunca lo había sido—. No estoy diciendo que me sienta orgullosa de haberle arrebatado la vida a una persona, porque no lo estoy. Solo te diré que si se volviera a repetir la misma situación, lo haría las veces que fuera necesario —hizo un breve pausa—. Es lo que haría por cada una de las personas que quiero.

Para Ayla, la forma en la que las personas se enfrentaban a la muerte le resultaba curiosa. Algunos lo justificaban, otras entonaban un mea culpa y otros la aceptaban tal cual era. Ella sentía un enorme pesar por haberle arrebatado la vida a alguien. No era bonito recordar la sangre y el

cuerpo sin vida tirado en la cama del dormitorio de su hermana. Aun ahora, no entendía como Cadha podía seguir durmiendo allí con toda tranquilidad.

—Entonces, la pesadillas...

—Sí, tratan sobre esa noche. También está el terror a ser descubierta —confesó su mayor temor. Con su confesión, bien podía acudir a las autoridades y delatarla. No iba a decirle que temía por ello. Sabía que precisamente eso los separaría definitivamente.

Michael sobreentendió lo que Ayla trataba de decir. Temía que él utilizara esa información contra ella. Resultaba descorazonador y triste que pudiera pensar que haría algo así. No obstante, no era algo descabellado dado su propia forma de responder a su confesión.

—No te delataré, si eso es lo que temes, pero...

—No te ves capaz de amar a su asesina —soltó con brusquedad—. Lo entiendo.

No, no lo entendía. ¿Cómo podía hacerlo si él mismo estaba envuelto en un mar de confusión?

La amaba; de eso no había ninguna duda. Lo único que sucedía era que ese amor que sentía por ella no parecía, a esas alturas, tan profundo e indestructible como debiera ser.

Era humano, ¡maldita sea! No un maldito héroe. Ayla no debería estar mirándole como si fuera culpa suya. No eran unas circunstancias fáciles de digerir.

¿Qué esperaba de él? ¿Un amor incondicional? ¿Qué se mostrara fuerte? ¿Qué dijera que no importaba? Importaba, y mucho. Solo de pensar que había pensado en atarse en matrimonio le producía risa; de la histérica. En ese momento trataba de discernir cómo podría levantarse a su lado y no pensar en ello una y otra vez. Incluso en el supuesto que tuvieran hijos, un padre debía poder mirar a los ojos de todos ellos y decir que su madre era un ser intachable.

Necesitaba tiempo. Tiempo para pensar si había una salida honorable a todo ese despropósito.

Iba a tacharlo de cobarde por lo que iba a hacer, pero no se sentía con ánimos de hacer otra cosa.

—Ayla, he de irme.

Ella reaccionó como si la hubiera atacado a traición. No obstante, se comportó como una auténtica dama, enderezó los hombros y alzó el mentón con orgullo.

—Haz lo que tengas que hacer.

—Tengo trabajo que hacer todavía. El ladrón...

—No me debes explicaciones, Michael —lo cortó altiva—. De hecho, no me debes nada.

—Necesito pensar las cosas. Al menos me concedes eso, ¿no?

—Insisto en que no es necesario que te esfuerces. Comprendo que esto es muy difícil para ti.

Michael la miró de nuevo. Incluso con el camisón puesto, le pareció esa mujer arrogante y temperamental que conoció en Irvine. Parecía que habían pasado siglos, cuando solo había transcurrido poco más de un mes.

En cierto sentido incomprensible, le fastidiaba que se mostrara tan dispuesta a dejarlo ir. Su orgullo —y una parte menos mundana—, deseaba no parecer tan prescindible. Quería que luchara por él. El amor que ella le había confesado tampoco parecía estar pasando por su mejor momento. Solo había que verla, ahí de pie al lado de la cama. No suplicaba su perdón ni se mostraba arrepentida. Era como si, en cierto modo, él hubiera actuado tal y como ella pensaba que haría; y que con ello la hubiera decepcionado.

Bueno, pues él también lo estaba; y mucho. En una sola frase, Ayla había hecho añicos toda posibilidad de emprender un futuro juntos.

Tenía que irse, y rápido. Lo único malo era que no sabía cómo hacerlo, cómo despedirse. Acercarse a ella y darle un beso quedaba descartado, así que levantó la mano y, tras una larga

mirada, se acercó a la ventana y desapareció por ella.

Todo había acabado; incluso antes de empezar.

Ayla se sentó en la cama. Miraba al vacío sin ver nada en realidad. Sentía que todo había resultado demasiado fácil y previsible. Ella había claudicado con rapidez, sin luchar. No era propio de ella.

Lo que le había dicho era cierto. Entendía los sentimientos encontrados que su confesión podían haberle producido. Era suficientemente honesta consigo misma como para admitir que, en caso contrario, ella hubiera respondido de igual forma, o peor.

En su defensa solo podía alegar lo perdida que se había sentido cuando Michael, conmocionado, se había alejado de ella quedándose en el lado opuesto de la habitación. Ese gesto la había dejado desamparada y con el corazón haciéndose pedazos. No hacían falta palabras, su gesto lo decía todo.

En todo ese tiempo, Ayla no había podido apartar la vista del rostro masculino. Había visto cómo Michael trataba de encajar lo que le estaba explicando. Con un poco de esfuerzo estaba segura que habría podido oír los pensamientos de este. «Una asesina, le he entregado mi corazón a una asesina».

Nada la había preparado tampoco para el tremendo dolor que había sentido y que todavía seguía ahí. Lo había supuesto, aunque no era lo mismo imaginarlo que vivirlo en carne propia. Sin tan siquiera tiempo para disfrutar de saberse amada, la vida se encargaba de arrebatarlo.

En realidad, podía haber escogido no decírselo. De hecho, se lo había planteado cuando él le confesó sus sentimientos. Pero no, ella no era así. No podía basar una relación en una mentira, por mucho que le doliera.

Y ahora estaba sola, de nuevo. Un futuro nada prometedor se cernía sobre ella y la hacía ahogarse.

Iba a caer en la autocompasión y no quería hacerlo. Se miró las manos. Eran las de siempre. Con esfuerzo, se levantó y se miró en el espejo. Era su rostro, su pelo y su cuerpo. Ayla Singht en todo su esplendor. Caída o ascensión; ella decidía. La culpabilidad siempre estaría ahí, pero lo que había hecho era pura supervivencia, tal como le había explicado a Michael. Si él no lo entendía, era su problema.

Pero quería que lo entendiese. De hecho, lo deseaba con cada fibra y poro de su piel. Lo único que había hecho hasta el momento era mostrarse como una mártir y no como la luchadora nata que era. Ella no se amilanaba ante las confrontaciones o los problemas. Si Michael no quería entenderlo, lo obligaría a hacerlo. Si al final elegía dejarla, ella nunca podría reprocharse nada; ni el esfuerzo ni la persuasión. Por el amor de Dios, era el hombre que amaba. Lo había admitido poco antes. ¿Iba a dejarlo escapar?

Con una nueva resolución estallándole en el pecho, se desvistió de prisa y rebuscó hasta encontrar algo rápido y ligero que ponerse. No había tiempo que perder.

Cuando alcanzó las caballerizas estaba bastante segura de que nadie la había visto. Se lanzó a tientas en busca de la cuadra, ya que una luz encendida la haría visible. Como conocía a la

perfección los alrededores, no tuvo problemas en dar con una puerta lateral. Todos los animales dormían y no convenía despertarlos o llamaría la atención. Cruzó el edificio deprisa y con sigilo suficiente en busca de *Belakane*, la yegua que se llevaría para tratar de alcanzar a Michael. La despertó y se dispuso a ponerle la silla y las bridas. Después solo tenía que sacarla.

—¿Qué...? —Uno de los mozos apareció de improviso con una cara de sueño, que se esfumó de inmediato al ver a Ayla acondicionando al animal.

—Shhh —se mostró rápida y lo introdujo en el cubículo.

—Señorita, no puede estar aquí. ¿Qué pretende? —dijo nervioso.

—Ya lo ves —anunció con toda la parsimonia de la que fue capaz—, me la llevo.

—No puedo consentirlo —El joven no estaba acostumbrado a negarle algo, pero las órdenes eran las órdenes—. Su padre y Zake lo han dejado muy claro.

El muchacho abrió los ojos como platos cuando Ayla sacó el arma de entre sus faldas y lo apuntó sin ningún miramiento.

—Mira, no quiero que te asustes, pero este caballo va a venir conmigo, quieras tú o no.

—Por favor, no me mate.

—No seas tonto —profriró con exasperación—. No voy a quitarte la vida. Lo único que voy a hacer será atarte.

—¿Atarme? —estuvo a punto de lanzar un grito de espanto.

—No grites —le ordenó en cuanto vislumbró sus intenciones—. Lo haré para que conserves tu trabajo —dicho esto, sacó un pañuelo y se lo puso en la boca atándoselo detrás—. Si das la voz de alarma pensarán que me has dejado ir y te echarán. Siéntate —le ordenó tras agarrar una cuerda que había a sus pies y empezó a atarlo—. Si te encuentran así, toda la culpa recaerá sobre mí.

El joven no compartía esa certeza, aunque se dejó hacer. No confiaba que, dado el caso, la mayor de las Singht acabara haciendo algo que después no tendría remedio.

Cuando Ayla terminó sacó al animal dejando al mozo sentado y atado a un poste. Necesitaba ventaja. El sol no tardaría ni dos horas en salir, por lo que debía marcharse ya.

Por suerte, las puertas de la cuadra no hicieron el menor ruido y la yegua se mantuvo tranquila. Escogió el camino lateral que conducía a una bifurcación. Solo allí confiaba en montar y salir sin temer ser descubierta. Temía encontrarse con Zake. Con los hombres que rondaban por allí, no habría problema. Sabían que era la hija del que les pagaba el sueldo y, ante la amenaza de su pistola, no le harían nada. El barbadense, por el contrario, sabría que no sería capaz de disparar, por lo que todo habría acabado antes incluso de empezar. Y no lo iba a permitir.

A esas alturas Michael ya le llevaba más de treinta minutos de ventaja. Por suerte para ella, gracias a su confesión, ya sabía hacia dónde se dirigía.

Entró en el pueblo y torció a su derecha. Su destino estaba justo al final de este, en casa de la viuda Jenkins. La fachada no ofrecía la menor pista del paradero de Michael. Se mostraba oscura y silenciosa como las calles, por lo que decidió dar un rodeo y echar un vistazo a la parte trasera.

Bajó del caballo.

Allí, atado a un árbol, se hallaba escondido otro equino, esta vez pardo, que supuso era el que había traído a Michael hasta allí. Sin dejar de observar las sombras ató al suyo junto al otro y escudriñó las sombras.

No sabía qué hacer. Como siempre, su impetuosidad la llevaba a un punto en que no sabía hacia dónde tirar. La casa no parecía desocupada. Lo más probable era que todos estuvieran durmiendo, como debía ser. Solo el caballo desentonaba. Por eso miró de nuevo la casa y por fin lo vio. Una de las ventanas del piso superior estaba abierta. Como no corría viento, la cortina

permanecía quieta, sin dar indicios de nada fuera de lo corriente, pero solo por eso sospechó que esa era la habitación del ladrón que Michael buscaba. ¿Qué cómo lo sabía? Solo un idiota o un loco dejaría que la fría humedad de la noche entrara en su habitación, incluso en verano. Eso no sucedía en Escocia y mucho menos en la Isla de Beith.

Después de minutos de espera e indecisión, el destino decidió por ella. Un golpe sordo resonó en la oscuridad. Parecía como si alguien hubiera tirado un armario desde lo alto de un campanario, aunque nada parecía salirse de lo establecido. Después, el silencio reinó de nuevo.

Con el corazón golpeteándole en el pecho esperó un poco más. Ahora sí, lo oía. Gruñidos que surcaban la noche y llegaban hasta ella para luego detenerse. Y entonces un disparo.

No sabía qué hacer. ¿Y si se equivocaba? Solo quedaría en ridículo o formaría otro escándalo. ¿Y si no? Si era Michael el que necesitaba su ayuda, debía estar con él.

Con la decisión tomada, fue a abandonar el lugar que la ocultaba. La detuvo un movimiento inesperado que percibió por el rabillo del ojo. Un hombre apareció por la esquina de la casa corriendo, se detuvo unos segundos para mirar hacia la ventana abierta y desapareció campo a través.

Ayla no le había visto bien la cara. Aun así, un pálpito le decía que era el ladrón que Michael buscaba. Y ¿dónde estaba él? Con la determinación que la caracterizaba y sin pensarlo dos veces, salió de su escondite con la firme intención de encaramarse al frontón. Debía llegar a esa ventana a como diera lugar.

Con el pie en el alféizar, otro ruido, esta vez de la parte de arriba, la hizo levantar la cabeza a tiempo para ver cómo un cuerpo, evidentemente masculino, salía de la ventana. No le hizo falta mucha luz para saber que se trataba de Michael. Soltó un suspiro de alivio bastante audible.

—¿Qué haces aquí? —Un ruido lo había alertado y, al mirar hacia abajo alarmado, había visto a Ayla encaramada al alféizar y con la firme intención de subir. Era lo que menos esperaba.

—Ayudarte.

¿Ayudarle? Solo le faltaba eso. Con dificultad y todo lo de prisa que el cuerpo le permitía, bajó como pudo. Tocó el suelo en el mismo instante en que la habitación que había ocupado minutos antes se iluminaba.

—Corre —la instó. Debían ocultarse antes de que la viuda Jenkins se asomara por la ventana y diera la voz de alarma.

Su brillante plan, tan bien pensado y estructurado, no había salido como lo había planeado.

Esa vez, subir había sido más fácil que la ocasión anterior. También estaba más atento a la posible aparición de un gato, lo cual no ocurrió. Asimismo, sabiendo los movimientos de Liam Kelly de antemano, tenía tiempo para introducirse en la habitación y esperarle. En domingo nadie trabajaba. Era el día de ponerse la mejor ropa y acudir con amigos y familiares al servicio religioso. Por eso sabía que Kelly no abandonaría la taberna hasta casi la salida del sol, momento ideal para estar esperándolo.

Esa era una de las razones para marcharse de casa de los Singht. Al menos una de ellas. La única diferencia radicaba en que había pretendido volver. Al menos, si Ayla no hubiera revelado su secreto.

Al principio había ido bien. Había estado esperando, paciente, sentado en la única silla de la alcoba. Cuando Liam entró, poco tiempo después, no se percató de su presencia. Tuvo que carraspear para hacerle notar que no estaba solo.

No había salido volando de la habitación por un solo motivo: su disuasoria pistola. Le había explicado quién era y lo que había ido a buscar. Incluso le ofreció dejarlo ir si le entregaba las

joyas. ¡Qué necio era! Se estaba ablandando.

Al principio se mostró confuso, luego colaborador. Las tenía en una bolsa de cuero al fondo del armario y se prestó para sacarlas.

El error de Michael fue confiarse. Pensó que con unas cervezas o whiskies de más, sus reflejos no serían demasiado rápidos y no supondrían ningún desafío para él. Se equivocó. Tan pronto Michael se levantó y se puso a sus espaldas para seguir apuntándole, este cogió la silla y se la lanzó a una velocidad y rapidez admirables, y dignas de elogio si no hubiera sido él mismo el destinatario de semejante golpe.

Por supuesto, eso lo aturdió unos segundos; unos preciosos segundos que Liam Kelly supo aprovechar. Le lanzó un derechazo en plena cara que lo hizo trastabillar. Por suerte, no soltó la pistola y disparó sin saber muy bien hacia dónde lo hacía.

Aprovechando la confusión, Kelly salió por la puerta huyendo. A Michael no le quedaba apenas tiempo. Dudaba que la viuda Jenkins no se hubiera percatado de tanto alboroto. Contaba con la duda de la mujer y el temor ante el evidente sonido de la pistola. Si se le sumaba el adentarse y subir hasta la buhardilla, más le valía moverse rápido.

Y en eso estaba hasta que la vio al pie de la casa intentando subir a... ¿Ayudarle? Esa sí que era buena.

Escondidos, vieron a la mujer asomarse. Como era evidente que el inquilino no estaba y que había habido una pelea, no tardaría en avisar a alguien. Debían darse prisa. Además, estaba amaneciendo y ya se podía ver con suficiente claridad.

—¿Qué haces aquí? —le volvió a susurrar.

—Intentar conseguir que no acabes muerto —respondió malhumorada—. Un «gracias» estaría bien.

—Gracias. —Aunque no había hecho nada, resultaba halagador que se preocupase tanto por él. Era evidente que se hallaba ante una mujer generosa—. Solo que le he perdido.

—¿A quién? —se desconcertó unos instantes.

—A Liam Kelly. Le subestimé.

—Debes referirte al hombre que ha salido campo a través.

Eso le hizo reaccionar.

—¿Lo has visto?

Ella señaló el lugar hacia donde el sujeto había desaparecido.

—Si supiéramos a dónde se dirige...

—Lo sabemos —afirmó. Había recuperado la confianza—. Solo hay un lugar al cual podría dirigirse: su casa de la niñez. Me apuesto lo que quieras que tiene las joyas escondidas en alguna parte del terreno. Lo conoce bien.

—¿A qué esperamos entonces? Persigámoslo

Michael la miró. Ayla, siempre tan dispuesta a ayudar. Tan valiente y temeraria. Tan osada. Se rindió al impulso y la besó.

El beso les supo extraño, tanto por lo inesperado como lo definitivo. Conscientes en todo momento de sus propias circunstancias pusieron en él todo lo mejor que tenían para dar. A un lado

quedaron las excusas y el miedo. Eso vendría luego, en la soledad.

—También he venido por razones egoístas —apuntó poco después contra sus labios.

—No, Ayla... —la detuvo, mirándola con detenimiento. Le cogió la cara con las dos manos y bebió de su imagen. Sabía lo que ella pretendía... y no podía dárselo.

Ayla no dijo todo lo que tenía que decir. Aun sin mediar palabra, había perdido. Ella quería ofrecerle una vida entera de amor sin arrepentimientos, pero el peso de su pecado estaría siempre allí, entre ambos. Él no podría olvidar. Se veía incapaz y Ayla así lo entendió.

Ahora solo hacía falta fortalecerse e ignorar el punzante dolor que le recorría el corazón.

Aunque el amor de Michael no fuera suficiente para obviar ese gran escollo entre ambos, ella sí lo quería. Demasiado, quizás. Por ello, no podía dejarle en la estacada.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó. Habían perdido mucho tiempo escondidos.

Michael era consciente de ello. Si lo perdía ahora, no tenía forma de dar con él de nuevo.

Se dividieron. Ella iría campo a través detrás del ladrón con la esperanza de interceptarle. Ayla conocía esos parajes mucho mejor que Michael y, aunque les llevaba ventaja, ellos iban a caballo y él a pie. La pistola que había tenido la precaución de coger era todo lo que necesitaba.

Por su parte, Michael avanzaría en línea recta por el camino y se dirigiría a la que otrora fue la casa de Liam Kelly.

Cuando el sol despuntaba tímido entre las nubes espesas que se acercaban por el horizonte, Michael disminuyó el paso del caballo. Si su memoria no le fallaba, la casa que buscaba no tardaría en aparecer y todavía no había ni rastro del ladrón. Tras una inesperada corazonada, se bajó del caballo y se apresuró a esconderlo lo más lejos que pudo. Reptando, se acercó al camino y permaneció escondido entre la hierba alta.

Su celo no tardó en dar frutos. Poco después apareció un Liam cansado y nervioso a través de un aparente atajo muy cerca de donde Michael estaba. Agazapado, Michael esperaba el momento propicio para lanzarse sobre él, que llegó cuando este se detuvo para apoyarse unos segundos contra el tronco de un árbol.

Un segundo después, ambos hombres se revolcaban sobre el camino terroso intentando cada uno reducir al otro. Cuando un golpe del contrario alcanzó el hombro y dio con la herida reciente, Michael tuvo que evitar lanzar un alarido. El condenado dolía. Con un esfuerzo sobrehumano, se impuso al ladrón y la refriega terminó.

Plac, plac plac.

Unos aplausos lo distrajeron. Una sonriente Ayla los miraba desde una confortable altura a lomos de la yegua.

—Querido, creo que te has tomado tu tiempo —La joven mostraba una sonrisa sarcástica—. Por un instante pensé que tendría que echarle una mano.

—¿Has estado ahí mirando? ¿Todo este tiempo? —preguntó incrédulo.

—Bueno —se encogió de hombros con delicadeza—, no desde el principio, pero casi.

Ayla se apeó del caballo y continuó diciendo:

—Quizás pensé que sería de mala educación interrumpir una escena tan puramente masculina.

—¿Mala educación? —Esa mujer lo volvería loco.

—En efecto. También pensé que querrías desquitarte, ya sabes, por lo del ojo y demás.

En eso, la maldita pelirroja estaba en lo cierto. Había encontrado cierto placer malsano en devolverle los golpes. Debería asustarlo que ella intuyera lo que ni él mismo percibía.

Se levantó con dificultad, arrastrando con él a Liam Kelly.

—¿No traerás una cuerda, por casualidad?

Él la había dejado olvidada en su montura.

—Como siempre, estás de suerte conmigo.

Esta vez, ella pretendió bromear, pero ambos sabían leer entre líneas.

Por un momento, en el que sus miradas quedaron prendidas, algo fluyó entre ellos. Sin embargo, fue ese preciso instante el que el ladrón aprovechó para deshacerse de su captor, tomándoles por sorpresa. Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Liam Kelly golpeó el brazo de Ayla y le arrebató la pistola. En un intento desesperado, cuando Michael se abalanzó sobre él, disparó el arma hacia donde estaba ella.

El ímpetu los lanzó de nuevo al suelo y el arma se desprendió de su mano. Con un golpe seco de rabia, Michael lo golpeó, aturdiéndolo.

—¿Estás bien? —preguntó frenético. De cara al ladrón, no podía ver si ella estaba herida. Si se giraba, este podía soltarse—. ¿Estás bien? —repitió—. Dime si estás bien, por favor.

—Lo estoy. No me ha alcanzado.

Su voz sonó tan firme a sus oídos que el alivio lo inundó. Sin embargo, contemplar la cara del que había apuntado contra ella, le llenó de una rabia inusitada.

—¡Maldito desgraciado! —gritó—. Si algo le llega a pasar...

Ayla le pasó la cuerda y él alzó la vista.

—De verdad, estoy bien.

—Escúchame bien —le ladró al hombre tumbado sobre el suelo—. Con esto has finiquitado tu buena suerte. Apuntándola a ella has determinado tu final. ¿Me has entendido, sabandija inmunda?

El otro asintió. No iba a intentarlo más. La ira que percibía le decía que ese hombre era capaz de cualquier cosa.

Cuando le preguntó por fin dónde tenía escondidas las joyas, no dudó en dar detalles. Les acompañó al lugar en que las tenía guardadas en un paño, escondidas de la vista de depredadores y humanos curiosos. Tampoco protestó cuando lo escoltaron al pueblo; ellos subidos a los caballos y él atado y andando.

Liam Kelly pasó mucho tiempo encerrado en la pequeña habitación de una de las casas del pueblo hasta que vinieron a por él. No vio más a la mujer hasta que lo sacaron fuera de la vivienda. Solo el hombre que había llegado a la isla para atraparlo permaneció a su lado, sin apartar su mortífera mirada. Solo por eso, no dudaba en que pasaría sus últimos días de vida encerrado; todo por disparar contra ella.

Cuando embarcaba junto a las autoridades que vinieron a buscarle, lo vio mirar hacia ella. La pelirroja permanecía quieta observándolo también. Solo en ese instante se permitió alejarse de su lado.

Y nadie, excepto ella, supo cuáles eran las palabras que él había musitado cerca de su oreja.

—No me arrepiento de haberte conocido.

Capítulo 25

Rob había estado demorando el viaje a Edimburgo durante días con mil y una excusas, pero no podría seguir haciéndolo mucho más: necesitaba poner en orden sus negocios antes de instalarse definitivamente en la isla, y no sabía cuánto iba a tardar, por lo que la fecha de la boda bailaba al son de su propia música.

Eso no era lo que mantenía preocupada a Cadha. Ella prefería separarse de su prometido antes de que se convirtieran en marido y mujer, lo que significaba que su partida dispuesta para la mañana siguiente no debería ser tan dolorosa, pero por alguna inexplicable razón estaba comenzando a sentir una enorme desazón y dudaba seriamente sobre si sería capaz de sobrevivir sin él por mucho tiempo.

«¿Desde cuándo me he vuelto tan vulnerable?», se dijo mientras cabalgaba por la inmensa llanura del oeste, alejada del camino. ¿Sería desde que hicieron el amor por primera vez, o podía ser de antes? Porque debía reconocer que Rob le afectó desde el primer instante en que lo vio. Bueno, era imposible discernir cuando había sido el momento preciso en el que había conquistado su corazón y aunque no se lo había dicho con palabras, por lo menos no con esas dos palabras que marcaban la diferencia, no había duda alguna que sus sentimientos eran tan claros como su reflejo en el espejo.

Su hermana le había preguntado si estaba enamorada de su prometido. Entonces no había sabido qué responder y aunque apenas habían transcurrido unos días, ahora estaba más segura que nunca de esa afirmación.

Rob era un hombre formidable y estaba deseando pasar el resto de su vida junto a él.

¿Quién lo iba a decir, tras un comienzo abrupto y teniendo que lidiar con sus fantasmas del pasado? Ella no, puesto que no había sentido ningunas ganas de confraternizar con él. Por aquel entonces el género masculino no era bienvenido a su hogar y mucho menos en un sentido pasional y romántico, mas él se había empeñado en no dejarla indiferente.

¿Y luego decía que ella era la terca?

Sonrió para sí. Se alegraba de todo el empeño que había puesto Rob en hacerle abrir los ojos. Y se dio cuenta que su vida no tenía por qué seguir siendo la misma para ser feliz, aunque una parte de su corazón sentía cierta melancolía por los cambios que iban a producirse, como la venta de la propiedad, que pasaría de las manos de su padre a las de su futuro esposo. Y si bien su situación no cambiaba mucho, sí la de su hermana, que con la marcha de Michael su futuro se volvía incierto.

Le dolía verla tan abatida y desesperanzada. Por fin ambas habían encontrado a hombres dignos de su confianza y amor, y ella lo perdía sin poder hacer nada para impedirlo. Por lo menos había aceptado quedarse en la isla, tal como le propuso Rob y Cadha. Ellos la arroparían y tratarían de que su dolor fuera más llevadero.

¿Pero a quién quería engañar? La falta de un amor no se suplía con cariño fraternal.

Disminuyó el ritmo de la cabalgata y dejó que su caballo tomara un descanso con un trote pausado, pero un movimiento llamó su atención y Cadha se detuvo del todo. Bajo un enorme tejo de densas ramas había un jinete con su montura, si bien desde aquella distancia no podía verle más que el perfil.

Arrugó el entrecejo. ¿Sería uno de los peones de su padre o alguien más? Porque había salido a cabalgar en un arrebato, sin avisar más que al mozo de cuadras y, por lo visto, sin tomar en cuenta que podía encontrarse en peligro.

Ni siquiera llevaba el abrecartas consigo, pues hacía tiempo que había dejado de usarlo al no considerarlo necesario.

A pesar de la vocecilla en su cabeza que le advirtió que anduviera con cuidado, ella no encontró aceptable marcharse sin haber comprobado de quién se trataba. Podía ser un cazador furtivo, como bien seguía pensando su padre. Si era así, se marcharía tan pronto la oyera acercarse. En cambio, Rob tenía una teoría mucho más inquietante.

Sus peores sospechas se confirmaron cuando acercó el caballo al tejo y bajo su sombra advirtió que se trataba de la peor de las dos opciones: Archie Reilly, vestido con sus ropas caras y su aspecto de don importante.

—Reilly —murmuró por lo bajo con calma y contención. No deseaba provocarlo más de lo necesario. Por lo que sabía, aquel hombre seguía furioso con ellas por lo sucedido en la cala, y cualquier desafío hubiera resultado ser contraproducente. Y si su prometido estaba en lo cierto en cuanto al disparo, eso lo hacía doblemente peligroso—. Estás en nuestras tierras.

No se trató de un reproche, más bien de una confirmación.

Con disimulo, inspeccionó su montura buscando alguna evidencia de un arma. No es que Cadha le tuviera miedo, si actuaba de eso modo era más bien por precaución. Archie Reilly era una rata y nunca se sabía cómo podía reaccionar una rata.

Él se reclinó hacia delante, con las riendas en la mano. A pesar de haber sido descubierto en una propiedad que no era la suya, de nuevo, y tras las últimas desavenencias con la familia Singht, él tenía el descaro de parecer relajado.

Y no solo eso.

—Señorita Singht —la saludó con cierto retintín en su voz—. ¡Qué placer!

Cadha no movió ni un músculo, a pesar de sentir un enorme deseo de abofetearlo. ¿Es que aquel tipo no aprendía nunca?

—Asumo que se habrá perdido y no encuentra el camino —dijo en cambio, aunque por supuesto, sabía que él era lo suficientemente listo para moverse por la isla sin ninguna dificultad.

Eso le hizo preguntarse qué diantres estaría tramando. No podía haberse alejado tanto por casualidad.

A Reilly pareció divertirle el comentario, porque lo vio esbozar media sonrisa que no auguraba nada bueno.

—Es usted distinta a su hermana Ayla. —Por extraño que pareciera, sus palabras tenían una connotación positiva—. Ella habría saltado a mi cuello sin haber saludado primero. —Hasta entonces había reparado poco en la menor de las Singht. Sabía que las dos eran igual de altaneras, pero ella mostraba un temperamento más frío y sosegado. Por supuesto, no era muy difícil ser más frío si se comparaba con Ayla. Acercarse a aquella maldita mujer era como hacerlo a un incendio. Y él ya se había chamuscado unas cuantas veces—. ¿Me deja que le haga un cumplido? —le preguntó en un tono edulcorado acortando la distancia que los separaba.

A pesar de la sorpresa, Cadha mantuvo la compostura y a su montura erguida. ¿Desde cuándo las ratas eran galantes y sabían hacer cumplidos?

—No se esfuerce, gracias. —Entonces vio la oportunidad de atajar el asunto cuanto antes, porque no le gustaba el modo en que Reilly le hablaba; y mucho menos sus insinuaciones. ¿Acaso no era consciente del daño que le había causado a su hermana?—. Mi prometido es muy celoso y

posesivo. ¡A veces se vuelve tan salvaje! —dramatizó—. No le gustaría enterarse que otro hombre anda por ahí adulándome. ¡No sé de lo que sería capaz!

Con satisfacción, pudo comprobar como sus palabras hacían mella en él y por un momento pareció desconcertado. Archie Reilly debía estar preguntándose desde cuándo tenía prometido y quién diantres era para mezclarse con aquella familia.

Solo por ver aquella expresión había valido la pena.

Reilly se sobrepuso con rapidez y volvió a esbozar una sonrisa, esta vez más amplia. Al contrario, Cadha se tensó.

—No me había llegado la noticia de su compromiso.

—Es muy reciente y solo la familia está informada. Aunque el señor Cunningham no tardará en ser conocido por todos los isleños, al fin y al cabo va a convertirse en el dueño de estas tierras.

A la joven no le apetecía departir de trivialidades ni ponerlo al tanto de esos pormenores. No con una guerra abierta de por medio. Seguro que se congratularía porque Ayla perdiera el poder que ostentaba hasta aquel entonces, pero juzgó que era necesario hacerlo. La llegada de Rob podía suponer un punto de inflexión en su modo de actuar.

—¿Cómo así? —preguntó relamiéndose los labios, ávido de respuestas.

Ella no le iba a dar el gusto. Ya había hablado suficiente.

—Ayla y yo tenemos distintos modos de actuar —repuso con simplicidad. No le dijo que, a pesar de ello, ambas pensaban lo mismo—. No obstante...

Reilly lo tomó como una ventaja y la interrumpió.

—Me doy cuenta que hubiera debido tratar más con usted que con ella. Estoy seguro que habríamos llegado a un entendimiento.

—Seguro. ¿Usándome para después reírse de mí? —le preguntó con ironía. Aquel tipejo no sabía respetar a las mujeres—. Porque tengo entendido que ese es su estilo.

—¡Ah! —exclamó él con una tranquilidad pasmosa—. Pasa demasiado tiempo chismorreando con Ayla.

Para qué decir que la vergüenza y los remordimientos no iban con él. Enamoró a su hermana con la firme intención de burlarse de ella y no contento con haberla deshonrado, la menospreció y la humilló. Y no parecía arrepentido para nada.

—Será por eso que tengo tan mal concepto de usted, y no por lo que le hizo...

—Debería ver lo ocurrido desde otra perspectiva, señorita Singht. Ayla recibió justo lo que andaba buscando: un buen revolcón —comentó él, dejando escapar una risa contundente que flotó en el aire—. Entonces no la oí quejarse, sino todo lo contrario. Pero la muy zorra se arrepintió y esparció un montón de mentiras sobre mí.

Cadha contuvo toda su rabia para no estallar. ¿Cómo osaba tergiversar los hechos, vertiendo esa cantidad de embustes? El muy canalla no era más que basura podrida y maloliente. Un embustero soez y despreciable. Una rata, vaya. Tanto así que tuvo que hacer gala de una serenidad que no sentía para no arañar aquel rostro infesto y dejar su marca.

Aunque bien lo merecía.

—No es muy educado de su parte insultar a mi hermana frente a mí. ¿No cree?

Reilly se envalentonó tras la reacción de la joven, quizás porque resultaba muy mesurada en comparación a las de Ayla. Como bien había dicho antes, ella ni siquiera habría preguntado.

—Solo digo la verdad.

—Según usted —murmuró entre dientes.

—¡Según todo el mundo!

—Se las da de caballero, pero no es más que un cretino disfrazado. —su tono se tornó duro y firme como una roca. Cadha no soportaba tener a aquel tipejo frente a ella ni un minuto más. El muy canalla necesitaba una lección más para comprender en dónde quedaba su lugar, pero decidió darle una última oportunidad—. La línea sobre la que se sostiene es muy delgada y puede romperse de un momento a otro, así que por su propio bien déjeme darle un consejo: olvídense de nuestra familia.

Archie Reilly no hizo caso de sus advertencias. No. Un hombre tan bravucón solo podía reaccionar de un modo: lanzando un desafío.

—¿Y si no, qué? ¿Van a quemar toda la destilería? Inténtenlo.

Cadha sonrió con desgana. El muy iluso... No necesitaban llegar a medidas tan extremas para vengarse. En el pasado se las habían apañado bien usando su ingenio y ya era hora que él supiera la verdad.

Rob se pondría furioso si llegaba a enterarse que estaba provocándolo, pero no había vuelta atrás.

—Es usted ridículo, o más bien ingenuo —le espetó—. ¿Cree que es un oponente frente nosotras? ¿No sabe que a cada golpe que da, Ayla se lo devuelve? —Ahora era su turno para burlarse de él—. Ruby Barret.

La simple mención del nombre lo hizo palidecer. Nadie, salvo su familia, sabía de ella ni de su desliz. Habían sido discretos y le habían dado una considerable suma para que desapareciera de sus vidas. ¿Cómo podían estar al tanto las hermanas Singht? De algún modo habrían logrado averiguarlo, pero eso no tenía sentido.

Conoció a Ruby en la ciudad durante su época de estudiante, meses después de yacer con Ayla Singht. Era bonita, parlanchina, con hermosas curvas y sobretodo, accesible. Era justo lo que andaba buscando; nada de complicaciones. Y en unas pocas semanas la convirtió en su amante.

Estuvieron juntos hasta que Archie regresó a la isla para empezar a trabajar en la destilería. Y no supo de ella hasta cinco meses después, cuando apareció en el salón de su madre con la barriga hinchada.

—Ni siquiera sabe de lo que está hablando —dijo él con un sudor frío. De repente había perdido la confianza que sentía hasta aquel momento.

—No está bien enredarte entre las piernas de quien no debes, Archie Reilly. No está bien —lo sermonó Cadha con media sonrisa—. Y menos dejar embarazada a tu pobre amante para abandonarla después. Me pregunto si te hubieras hecho cargo del niño si Ruby fuera la hija de un conde. Aunque estoy bastante segura de saber la respuesta: tu familia no la hubiera despachado con tantas prisas, ¿no es cierto?

En un comienzo los Reilly dudaron de la veracidad de la historia. El que más fue el padre, Aaron. No estaba dispuesto a creer la palabra de una mujerzuela de la que no sabían nada. Eso fue hasta que Archie confirmó que había estado con ella... durante un largo período. Además, la joven traía consigo una carta de un doctor que confirmaba su embarazo.

Ruby Barret no era tonta y sabía que su posición era precaria, por lo que no esperaba que de esa visita saliera un compromiso. Pero por otro lado, si deseaban evitar un escándalo, tendrían que pagar.

Las hermanas Singht contaban con ello.

—La pobre Ruby... —continuó Cadha—. ¿Sabes que era una prostituta? —La mueca de Reilly hizo evidente la respuesta. Pobre, todavía quedaba lo mejor—. ¿No? Qué lástima que no sepas ver más allá de tu propio ombligo, porque después de que mi hermana me confesara lo que le hiciste,

ambas juramos vengarnos.

La expresión de Reilly se tornó pétrea. Sabía cuando iban a darle una estocada.

—¿Qué hicisteis? —preguntó ásperamente.

—Yo por aquel entonces debía tener dieciséis años y de tanto en tanto íbamos a la ciudad con papá. Ambas habíamos ahorrado una considerable cuantía de nuestra paga, así que... la invertimos —explicó ella cáusticamente—. ¿No quieres saber cómo? Esto te va a divertir —lo dudaba, se dijo Archie, con una irritación latente—, pagamos a Ruby para que te sedujera y se asegurara de meterse en tu cama durante meses. Por supuesto, nuestro objetivo final no era otro que el de avergonzarte frente a los tuyos. ¿Quién iba a decir que Ruby fuera tan condenadamente buena actriz?

El embarazo había sido fingido y el estómago de Ruby seguía siendo tan plano como el del primer día. Lo que llevaba bajo el vestido no era más que una especie de faja rellena de lana compacta que aseguraba la farsa.

Enterarse que bochornoso asunto había sido minuciosamente planeado por las Singht fue un golpe tan duro como certero. La miró, perplejo. Le había costado mucho volver a recuperar la confianza de su padre, que sentía que su hijo le había fallado. ¿Y todo por su culpa? Una cólera irracional brotó dentro de sí. Odiaba a Ayla con todas sus fuerzas y con todas sus fuerzas deseaba hacérselas pagar. También a Cadha Singht, que había resultado ser tan miserable como la perra de su hermana.

Con el acaloramiento propio del momento y fuera de sí, Archie le lanzó una sonora bofetada que la hizo tambalearse sobre su montura. Estaba furibundo. Los rencores y la enemistad venían de lejos, pero todas y cada una de las razones por las que las odiaba se unieron en aquel preciso instante.

Cadha lanzó un gemido, mientras notaba arder su mejilla. Dolía a rabiar. ¡El muy canalla había osado ponerle una mano encima!

Sabía que lo que acababa de revelar le escocería. Esa era su intención, porque ya no soportaba que aquel engreído ignorara por más tiempo que le habían dado su merecido. ¿Acaso una venganza no consistía en que el otro sufriera? Lo que la tomó por sorpresa fue el uso de la violencia física. Pero por otro lado, ¿qué esperaba de él si había sido capaz de disparar a un hombre?

La joven tampoco tuvo remilgos en devolverle la bofetada y se lo pagó con los puños. Sin embargo, Reilly contaba con la ventaja de saberlo, más una fuerza mayor, y se zafó de ella sin ninguna dificultad. Después la agarró de las muñecas y tiró de ella, mientras ambos luchaban, también, por permanecer sobre la montura.

Era un forcejeo extraño: Cadha se revolvía para liberarse y Reilly ni siquiera se había detenido a pensar lo que hacer con ella. No tenía ningún plan. A pesar de los pocos escrúpulos que solía presentar, nunca había golpeado a una mujer, por lo que no sabía hasta donde estaba dispuesto a llegar. ¿Se daría por satisfecho con darle un simple escarmiento o necesitaba más para calmar la necesidad de hacerle pagar? Porque ella y su hermana estaban resultando ser más que una piedra molesta en el zapato.

Por su lado, Cadha no esperaba de Reilly ni la más mínima contemplación y el miedo afloró con fuerza. Por lo que a ella le concernía su vida estaba en peligro. Si había tenido la sangre fría de disparar a Michael Campbell pudiendo haberlo matado y estaba tratando de someterla, ¿qué podía esperar?

Nada bueno, por supuesto.

Se dijo que si quería regresar junto a Rob debía sacar fuerzas de donde fuera, así que soltó el

pie del estribo y empujó con ímpetu el lomo del caballo de Reilly, que se separó del suyo con relativa facilidad, aumentando considerablemente la distancia entre ambos. Como este no quiso caer, al menor movimiento la soltó de golpe para tomar sus propias riendas y ella aprovechó para escapar.

Cabalgó con apuro para alejarse de él lo más que pudo. Cadha era una buena amazona y conocía el terreno. Su misión consistía en tomar toda la ventaja posible hasta conseguir que le perdiera la pista y una vez a salvo informaría a todos los de la casa. Así que durante unos diez minutos puso todo su empeño en avanzar, pero al voltearse hacia atrás para comprobar la distancia que los separaba y volver a recuperar la posición anterior perdió el equilibrio.

Y entonces fue inevitable que cayera al suelo.

—¿Es pedir demasiado que mis hijas sean puntuales?

Elliot Singh echó un vistazo al reloj del salón y le indicó al lacayo que retuviera la cena durante unos minutos más. Había mandado ya tres avisos a las muchachas y ellas seguían sin aparecer. Por su parte, Rob también estaba impaciente; no porque sintiera hambre, sino por ver a Cadha. Había estado reunido toda la tarde con su suegro y no había podido pasar con ella ni cinco minutos.

Y mañana se marchaba.

Él prefería saltarse la cena o aligerarla lo más posible para encerrarse en la habitación con su prometida y apurar el tiempo que les quedaba hasta al día siguiente. Entonces le mostraría lo exquisita que era toda ella: su piel y sus labios; le explicaría el significado del brillo de sus ojos y le susurraría cuánto la amaba.

La irrupción de Ayla en la estancia diseminó todos aquellos deseos. En su rostro había pintada una expresión de clara preocupación.

—No encuentro a Cadha por ninguna parte —dijo a bocajarro.

Elliot alzó las cejas y volvió a consultar la hora. Le parecía irresponsable por parte de su hija menor hacerles esperar. Él no solía ser rígido en ese aspecto y menos cuando no se trataba de una cena demasiado formal, puesto que la presencia de Rob venía siendo habitual y pronto pasaría a formar sería parte de la familia.

Eso no significaba que podía hacerles esperar más de media hora.

—¿Todavía no está lista?

Ayla hizo un movimiento de negación con la cabeza.

—No se trata de eso, papá. Creo que algo malo le ha pasado.

Rob notó una terrible aprensión en el pecho y el color desapareció de su rostro. Después trató de buscar alivio con todos los razonamientos de los que fue capaz. Cadha debía estar metida en cualquier parte y su retraso deberse a diversas razones. No necesariamente tenía porque ser malo.

—¿Por qué dices eso?

—La señora Davies se despidió de ella a primera hora de la tarde, cuando Cadha se marchó a montar. Después de buscarla por toda la casa he ido a las cuadras, donde el mozo ha confirmado que no ha regresado.

Rob se enojó.

—¿Desde esta tarde, dices? —gritó—. ¿Y por qué el mozo no ha dicho nada hasta ahora?

—Porque no es la primera vez que lo hace. Por eso —expuso Elliot—. Estas hijas mías

corretean arriba y abajo como si nada ni nadie importara.

—Pero papá... —protestó Ayla, lanzándole una mirada de reproche. No estaba nada conforme con aquel argumento, a pesar de ser cierto que a veces hacían las cosas sin pensar. Sin embargo, Cadha estaba enamorada y sus impulsos parecían haber menguado considerablemente.

Ella no podía decir lo mismo de sí misma pero, por supuesto, su situación era bien distinta.

—Hay que organizar una partida de búsqueda —dijo bruscamente Rob—. Por toda la isla, si es necesario.

—Lo más probable es que se haya entretenido.

—Ya ha oscurecido, Elliot —insistió Rob poniéndose de los nervios ante la tranquilidad de su futuro suegro—. Cadha no llegaría tan tarde sin una buena razón. —Y no quería seguir perdiendo el tiempo con explicaciones inútiles.

—Tanto ella como Ayla son imprevisibles. Quizás esté molesta con algo que le hayas hecho...

—Ella no desaparecería de este modo por un simple enfado y menos cuando me marcho mañana.

Ambos sabían que la de esa noche iba a convertirse en una despedida especial, ya que pasarían semanas enteras antes de volver a verse. No, no se trataba de eso. Por ello temía sobre las palabras de Ayla. Ella llevaba razón: su desaparición no indicaba nada bueno.

—Puede que...

—¡Elliot! —gritó Rob de nuevo, interrumpiéndolo. Su mirada era tan dura y decidida como su tono—. Vamos a buscarla y no hay más que hablar —se puso de pie con decisión y pidió a Ayla que fuera adelantándose para reunir al mayor número posible de hombres, así como de caballos. Iban a peinar el terreno palmo a palmo, si era necesario—. Necesito a Zake junto a mí —le advirtió antes de que ella se marchara—. Lamentablemente, no conozco las tierras tan bien como él.

Ayla asintió y se marchó antes de escuchar la réplica de su padre.

—¿Crees que todo ese despliegue es necesario?

Rob le dirigió una mirada de soslayo. Mientras, estaba concentrado en todo lo que se debía hacer. Cruzaría un océano entero a nado con tal de traerla a casa sana y salva.

—No pretenderás que me ponga a cenar como si nada, porque prefiero mil veces parecer un tonto exagerado que perderla. ¿Me comprendes?

Elliot Singh asintió. Por supuesto, él también deseaba que su hija se encontrara a salvo, pero en su fuero interno temía que se tratara de otra chiquillada suya. Sin embargo, no podía seguir discutiendo con Rob. A leguas se veía lo preocupado que estaba.

—Así pues, pongámonos en marcha —anunció, tras lo cual abandonaron la comodidad del salón.

Tardaron apenas veinte minutos en reunir a un buen puñado de hombres equipados con antorchas y armas. Algunos irían a pie y otros a caballo, pero todos seguirían el plan que Zake había diseñado. Ayla, mientras tanto, se encargaría de ir a los lugares más frecuentados por su hermana.

No había otro hombre más veloz y preparado que ella para realizar aquella tarea.

A pesar de los temores que empezaron a asomar en los rostros de aquellas gentes, nadie quiso decir en voz alta que pasarían horas antes de acceder a algunas zonas de la isla. Tampoco nadie quiso asociar aquella desaparición con el disparo al antiguo administrador. Hacer ambas cosas era encarar la búsqueda con pesimismo y desesperanza, pero dos horas más tarde Rob estaba más preocupado que nunca.

Una agria sensación se instaló en el estómago. Una sensación que sabía a bilis. Una sensación de agonía.

—¡Cadha! —gritó rompiendo el silencio—. ¡Cadha! —Rob la había estado llamando ininterrumpidamente desde la salida de la mansión—. ¡Cadha! —su voz sonó cada vez más vacilante, puesto que no había recibido respuesta ni una sola vez.

No podía seguir mirando aquel puñado de tierra y árboles con la sensación de no estar haciendo nada productivo para devolver a su prometida a sus brazos, porque durante aquel recorrido, con la única compañía del antiguo esclavo, habían pasado muchas cosas por su mente. Algunas buenas y otras más funestas, aunque su corazón se resistía a creer que fuera a perderla.

Imposible.

Había tardado toda una vida en encontrar una mujer a la que amar. Sin ella se sentía vacío, solo y triste. Cadha era demasiado necesaria como para continuar adelante sin ella. Quería ver profundizar su amor y pasar los años juntos. Más adelante formarían una familia con niños que corretearan por aquellas tierras. Así que ella era una pieza fundamental. Y solo entonces se dio cuenta de lo mucho que la amaba. Mucho más de lo que creía hasta entonces, porque su corazón necesitaba de ella para latir y su cuerpo necesitaba de su compañía, como si fueran uno solo.

—¿Crees que los gritos son inútiles? —le preguntó a Zake, con la moral baja. Habían recorrido la zona este y ambos se acercaban a los límites de la propiedad, un poco más allá de donde estaba situada la cala de la discordia.

—Es necesario —dijo. Apenas había abierto la boca desde su salida de la mansión y rastreaba cada palmo de tierra como un halcón en busca de su presa—. Por si Cadha pudiera oírnos.

—Tengo una sensación extraña —le confesó Rob. Daría lo que fuera porque la pequeña excursión de su prometida fuera solo eso y que pudieran encontrarla sin ninguna dificultad. No le importaba que se hubiera entretenido charlando con algún lugareño o que su ausencia se debiera al deseo de estar sola.

Rezaba porque así fuera.

—Solo debemos esperar lo mejor. Ella es fuerte.

Rob asintió sin poder esconder la aflicción. Cadha había superado un intento de violación y había podido con la carga que suponía encubrir una muerte. Tenía la esperanza que se enfrentaría a cualquier contratiempo que se le presentara.

—Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por ella y por Ayla.

Zake lo observó con un extraño brillo en los ojos. No habían hablado abiertamente desde su regreso a la isla y el desenmascaramiento del administrador, aunque sabía que Rob Cunningham estaba al tanto de todos sus secretos. Además, la postura relajada que mostraba en su presencia y el modo en el que le hablaba mostraban aceptación.

—Me preocupo por ellas —dijo llanamente.

—Las quieres —terció Rob—. Y no hay vergüenza en ello. Has desempeñado el papel de padre protector mejor que el propio Elliot y ellas te han correspondido considerándote uno más de la familia. Quizás no sea el mejor momento para decirte esto, pero aun así... He decidido pasar por alto tu participación en el pequeño complot —le comunicó, permitiéndole distraerse durante unos segundos del persistente desasosiego. Zake no movió un solo músculo del rostro y siguió cabalgando e inspeccionando cada palmo del terreno—. Ya lo sabías, ¿cierto? —sonrió—. Cadha te lo habrá contado.

—Así es —musitó—. Y es usted muy amable por permitir que me quede.

—Agradécelo después, cuando la hayamos encontr... ¡Mira! —gritó a Zake,

interrumpiéndose, cuando se percató de que en algún punto no demasiado lejano, se observaba brillar un tenue resplandor que sobresalía en la inmensa oscuridad.

Rob no esperó a Zake. Aquella luz significaba un rayo de esperanza, así que azuzó el caballo y se precipitó hacia ella. Sin embargo, aquella sensación no duró mucho, pues al instante siguiente pudo comprobar que no tenía nada que ver con Cadha: se trataba de una hoguera pequeña y un hombre envuelto en una capa que se encontraba dormido junto a ella.

Tan profundo era su sueño que ni siquiera había oído los cascos de los caballos acercándose.

Tuvo que tragarse la agria decepción.

Zake se apeó y le tocó la espalda con la punta de la bota. Conocía a aquel hombre, un simple peón de labranza. Pero se había convertido en uno de los elegidos por Elliot para vigilar las tierras.

Debía haber imaginado que no era más que un holgazán.

—¡Murphy! —tronó por encima de la quietud de la noche. El tal Murphy se despertó al instante y se tambaleó tratando de ponerse en pie. Desde aquella distancia podía olerle el aliento cargado de alcohol—. ¿Para eso le pagamos, zángano? ¿Para que se emborrache y duerma la mona?

Este se encogió, asustado. En los días que llevaba haciendo guardia nadie se le había acercado para supervisar su trabajo y ahora que lo hacían temblaba como una hoja en una tormenta.

—No estoy borracho, Zake. Solo trataba de calentar mi cuerpo.

Rob se enfureció. Cadha andaba perdida y los hombres que se suponía debían encargarse de la seguridad, no eran capaces de encontrar siquiera su mano izquierda.

Sentía un ferviente deseo de desmontar y darle una paliza.

—Zake, va a ser inútil preguntarle si ha visto pasar a alguien merodeando —dijo haciendo un esfuerzo supremo por controlarse. ¿De qué serviría ahora enzarzarse en una pelea? Cadha seguiría igual de perdida.

Murphy buscó la oportunidad de resarcirse. Miró a Rob.

—Le juro, señor, que solo descansaba con los ojos cerrados. No estaba durmiendo —explicó, aunque sus párpados entrecerrados indicaban lo contrario.

Rob hubiera sonreído de no encontrarse en tal situación. Aquel hombre habría sido incapaz de escuchar acercarse a un ejército entero.

—¿Ha visto a alguien, pues? —preguntó con impaciencia.

Estaban perdiendo unos minutos que podían resultar vitales.

—A nadie, señor.

—¿Estás seguro? —insistió Zake, zarandeándole para que espabilara—. ¿Nada anormal? —Michael vio que Murphy contenía el aliento y sospechó inmediatamente—. Habla —le exigió con rudeza.

—Esta tarde se ha acercado hasta aquí Archie Reilly, el hijo de Aaron Reilly. Al parecer andaba buscando a un tipo que se había escabullido y le debía dinero, pero le he dejado claro que no se podía pasar —dijo rápidamente para que le soltara cuanto antes—. De inmediato ha dado la vuelta y ha regresado al pueblo.

Rob sintió como si la bilis le saliera por la boca. El infame Archie Reilly volvía a hacer acto de presencia y Cadha no había vuelto a casa.

No podía ser una coincidencia.

—¿Y te lo has callado hasta ahora!?

Zake volvió a zarandearle y después dejó que cayera al suelo. Ni siquiera valía la pena darle su merecido. No esperaba que aquel inútil hubiera mostrado un poco de coraje enfrentándose a

Reilly, pero al menos debería haber informado de ello.

—Recoge tus cosas y márchate a casa. Se te pagará el salario que se te debe, pero no volverás a trabajar para los Singht —le informó Rob con rotundidad—. Vamos, Zake. Tenemos trabajo por hacer.

Con el rostro cargado de tensión, emprendieron el camino al pueblo cabalgando a una velocidad a la que no estaba acostumbrado. Aunque no hubo dolor. Su determinación era voraz y estaba centrado en la escoria de Reilly. Encontrándole a él encontraría a Cadha, pues no necesitaba de ninguna otra prueba que confirmara su implicación. Quizás no supiera a ciencia cierta por qué había vuelto a acercarse a las tierras que le habían sido vetadas y que iban a pertenecer a Rob en poco tiempo, pero había terminado encontrándose con Cadha, seguro. Y a saber lo que había ocurrido después.

Solo de pensarlo le hervía la sangre.

Archie Reilly era o muy necio o muy estúpido. De cualquier modo, se las iba a pagar.

A un gesto de Zake, se detuvieron frente el edificio que funcionaba como destilería. Era muy tarde y la mayor parte de los empleados se habían marchado a sus casas, pero no podían descartar que Reilly, o incluso Cadha, se encontraran allí.

Ambos desmontaron, ataron sus monturas e iban a acercarse para inspeccionar el perímetro cuando de una puerta lateral salió un hombre bajo, fornido y con aspecto amenazador que les prohibió el paso. El grueso bastón de madera que llevaba en las manos y que palmeaba con una sonrisa cargada de malicia debería resultar bastante convincente para hacerles retroceder, pero a pesar de las circunstancias Rob insistió, amablemente, en una visita guiada. Deseaba comprobar cada palmo y cada rincón antes de buscar en otra parte.

La negativa no debió sentar muy bien a Zake, porque sacó su pistola y lo apuntó.

Fue su turno para sonreír.

—El señor Cunningham no lo pedirá por segunda vez —con una inclinación de cabeza le indicó que entrara mientras él se distraía con el tipo.

Rob se precipitó al interior y comenzó la búsqueda por una serie de salas pequeñas. Y cuando giró hacia un recodo de la derecha para continuar con su cometido, se topó de bruces con otro hombre que iba restregándose los ojos. Rob no lo dejó reaccionar y le lanzó un diestro puñetazo en la mandíbula para apartarlo de su camino.

—La seguridad en este sitio deja mucho que desear —musitó para sí, aunque debía reconocer que la suya era igual de pésima. Lamentablemente, no tardó ni diez minutos en darse cuenta que no encontraría a Cadha retenida en aquel lugar.

Así que fue a decírselo a Zake.

—¿Está seguro?

Rob desató con prisa las riendas y se subió a su caballo, esperando que su compañero hiciera lo mismo.

—Dile a Archie Reilly que lo andamos buscando —le dijo al hombre que cubría la vigilancia y los observaba con una severa expresión de perplejidad. Después se giró hacia Zake—. Sí, estoy seguro en cuanto a la destilería. No hay mucho en donde comprobar. ¿Dónde crees que estará? —le preguntó mientras apretaba los puños. No conocía demasiado aquella parte de la isla y mucho menos a sus habitantes. Era como ir a ciegas y eso lo consumía todavía más.

—Primero visitaremos la taberna, luego a las oficinas de la destilería. Reilly suele dormir ahí. También podemos comprobar la casa de sus padres.

—No van a mostrarse muy cooperadores —opinó con una mueca de disgusto.

—Esto se va a poner feo. ¿Tiene algún reparo?

—No. Cualquier cosa con tal de volver a ver a Cadha.

Pero al parecer, el destino no estaba de su parte. En la taberna atestada de gente no habían visto a Reilly en todo el día y las oficinas permanecían cerradas. Llamaron repetidamente esperando una respuesta y los minutos seguían contando.

Solo podían recurrir a la tercera opción.

Cuando Zake golpeó la puerta de Aaron Reilly con bastante virulencia, la madera vibró bajo sus puños. Rob tuvo que detenerlo poniéndole una mano en el hombro, pues temía que la derrumbara de un momento a otro. No es que le importara demasiado el estado en el que quedara la puerta, pero si el rastrero de Reilly no estaba en la casa de sus padres, no serviría de nada dejar desperfectos a su paso.

Tenía otras prioridades.

Tardaron como cinco minutos en abrir. Un criado pálido y asustadizo asomó la cabeza entre la obertura y Zake aprovechó para meter el pie en ella y evitar así que les cerraran la puerta en las narices. Su corpulencia y su rostro oscuro como la noche eran bastante intimidantes como para evitar respuestas airadas.

—Archie Reilly. ¿Se encuentra aquí? —preguntó Rob con brusquedad y sin ninguna ceremonia. Solo deseaba tenerlo frente a él para retorcerle es pescuezo. Si había osado ponerle una mano encima a Cadha, no sabía de lo que sería capaz.

El criado miró el rostro de ambos hombres.

—Señores... —pronunció con vacilación—. No creo que el asunto sea tan importante como para molestar a estas horas.

—Lo es —bramó Zake a la vez que empujaba la puerta del todo y se quitaba al criado de encima sin ninguna dificultad—. ¿Dónde está?

Rob entró en la casa de los Reilly con la sensación de que a aquel hombre apenas le quedaban unos segundos para responder. De otro modo, Zake lo sacudiría como un saco de patatas. Pero al final no hizo falta, puesto que el cabeza de familia apareció en aquel preciso momento.

—¡Negro, qué te has creído! ¡Sal de mi casa o de lo contrario haré llamar a las autoridades!

Rob dio un paso adelante y le lanzó una mirada asesina que lo hizo retroceder. Reilly no sabía quién era, pero parecía peligroso.

—¿Dónde está su hijo?

—¿Archie? —se sorprendió—. ¿Por qué lo buscan?

—Porque tiene a mi prometida —contestó mientras observaba cada una de las puertas meticulosamente cerradas que daban al vestíbulo. Cuando se escuchó cerrarse una en el fondo, una corazonada lo instó a precipitarse en el interior.

—¡Deténgase! —le ordenó inútilmente Aaron Reilly—. ¡Qué absurdidad es esa!

Rob hizo bien en seguir su instinto, porque atrapó a Archie justo cuando este iba a escabullirse por una ventana de lo que debía ser el salón. Lo tomó de la chaqueta y tiró de él para meterlo dentro.

Una señora mayor, que se encontraba en la misma estancia, dio una serie de chillidos ensordecedores, pero Rob tenía la atención puesta en aquel rostro infame, que conocía desde la noche que visitó la taberna junto a Michael.

Aquellos dos se habían peleado y ahora iba a ser su oportunidad.

El puñetazo llegó sin ningún tipo de aviso. Luego otro y otro. Rob estaba enloquecido. No conocía los límites y actuaba por impulso. Nunca en su vida había sentido tanta desesperación y

rabia, ni siquiera cuando de pequeño se encontró solo en la calle. Había tratado de vestirse y comportarse como todo un caballero, pero en aquel punto tan bajo había perdido casi todo su autodomínio.

—¿Dónde está Cadha? —chilló. Ni siquiera la llegada del señor Reilly, de Zake y del criado, lo detuvieron—. Maldita sea, ¿dónde está?

El infeliz de Archie fue incapaz de defenderse. Su rostro comenzó a verse cubierto de sangre y estaba al límite del llanto.

No era tan valiente como aparentaba.

—Yo no le he hecho nada —dijo quejándose y rabiando por los golpes—. Ella se cayó del caballo.

No se había preguntado cómo habían llegado a descubrirle. Parecía que aquel hombre enfurecido era el prometido celoso del que le había hablado la joven Singht.

Rob volvió a sacudirle, provocando otra oleada de chillidos.

—¿En dónde, dije?

Archie movió la cabeza.

—Me detuve para ver cómo estaba, pero ya no había nada que hacer —se lamentó—. Está muerta.

Rob apretó la mandíbula con todas las fuerzas para no cometer una locura... Aún.

—Será mejor que reces por estar equivocado. Si ella muere, tú también.

Sus palabras sonaron punzantes. Se trataba de una promesa.

El destino le estaba dando de su propia medicina.

Era la conclusión a la que llegó Cadha cuando se dio cuenta que debería pasar la noche a la intemperie. Y si no fuera por su pie torcido y el dolor punzante del hombro, lo encontraría incluso divertido.

Ahora, por el contrario, no sería capaz de reír ni aun queriéndolo.

Se había librado de Reilly y ni siquiera sabía cómo. Lo último que recordaba era haberse desplomado al suelo para despertarse cuando el sol se escondía tras el horizonte. Estaba sola, su caballo se había perdido y no había rastro de su perseguidor. Además, tenía una laguna en el medio. Se sentía débil; suponía que debido al golpe de la caída. El hombro la estaba matando y era incapaz de apoyar el pie derecho. Y eso sin contar con el persistente dolor de cabeza y la sed.

Cuando se orientó y trató levantarse, todas sus fuerzas fallaron.

Se humedeció los labios reseco y respiró hondo mientras permanecía en el suelo durante unos segundos, evaluando todas sus opciones, que no eran muchas. Al parecer, no tenía más remedio que avanzar en su lamentable estado para conseguir un poco de ayuda. Porque, ¿y si Reilly regresaba?

No pudo dejar de pensar en Rob y en si volvería a verlo algún día. En sus labios exigentes y en sus abrazos reconfortantes. Su posición no era tan penosa ni su vida parecía correr un riesgo mortal, pero tampoco era nada halagüeña. Si quería llegar a casa de una sola pieza debía poner todo su empeño en ello.

Con un renovado ánimo se las apañó como pudo para avanzar soportando el dolor con quejidos

y groseras imprecaciones. Al fin y al cabo estaba sola y nadie iba a avergonzarse por escucharlas. —¡Maldición, el pie me está matando! —farfulló mientras se detenía un instante para masajearse. Si no se hubiera acercado a Reilly o si no hubiera abierto su boca estaría sana y salva en casa, sin más quebraderos de cabeza que la despedida de Rob.

Había sido una imprudente, se dijo. ¿Quién le mandaba revelar la verdad sobre Ruby y su implicación? Ayla nunca lo había querido. Se sentía suficientemente satisfecha con asestarle un golpe y que este ni siquiera lo hubiera visto venir. Y Cadha estaba pagando las consecuencias por no haberlo pensado antes.

Condenada lengua, que había tenido vida propia... ¡Quién le mandaba entrometerse! Pero la verdad fuera dicha, ya no soportaba más contemplar el rostro de complacencia de aquella rata de dos patas. Archie Reilly era de lo peor y la había dejado tirada, inconsciente y en medio de la nada. Sentía una rabia contenida por todo lo que le había ocurrido y juró que se las pagaría.

Estaba vez no iba a dejar a su padre al margen.

«Mejor eso que estar muerta, ¿no?»», le dijo una vocecilla interior, a la que no quiso escuchar.

Cadha miró hacia atrás con desolación y se dio cuenta que no había avanzado mucho y que, cuando la oscuridad fuera total, le sería del todo imposible. Lo más sensato era buscar cobijo en algún lugar para pasar la noche, pero no había mucho en donde elegir; solo algún que otro grupo de árboles. No era lo que tenía planeado para aquella noche, pero debería bastar.

Era el único consuelo que tenía.

Unas horas más tarde, enroscaba sobre sí misma y apoyándose contra el tronco de un viejo árbol, ya no opinaba lo mismo. Había recogido ramas caídas y las había juntado alrededor de ella con la esperanza de que le dieran abrigo, pero seguía haciendo frío, sentía dolor por todas las partes de su cuerpo y los sonidos de la naturaleza eran cuanto menos, inquietantes. No era lo mismo salir a montar a plena luz del día o dar un paseo por los prados salvajes que aventurarse por aquellas tierras a oscuras y sin ningún tipo de abrigo o protección.

Iba a ser incapaz de pegar ojo.

Pobre Rob. Pensar que lo había sometido a semejante tortura... Pero por lo menos él no sería consciente de lo que le rodeaba hasta el alba. Ella en cambio, se veía obligada a contar los minutos y las horas que iban a transcurrir hasta que alguien se diera cuenta de su desaparición; y peor aún, hasta que la encontraran.

—Rob —musitó para sí con pena. Bajó los párpados un momento y se permitió recrear aquel rostro indulgente que la había conquistado y una sonrisa rebotante de alegría que conseguía que le saltara el corazón. Estaba orgullosa por haber conseguido sincerarse con él, superando así todos los obstáculos y reticencias que le había puesto la vida.

Entre ellos ya no había secretos que pudieran distanciarles.

Al final debió haberse quedado medio dormida por el agotamiento, siendo seducida por un tentador sueño, porque empezó a escuchar su voz que la llamaba con insistencia. Y ella quería correr hacia él con todas sus fuerzas, lanzarse a sus brazos y no separarse de ellos nunca. Trató de hacerlo, pero le resultaba imposible. No podía alcanzarlo.

Abrió los ojos de repente, con la súbita certeza de no hallarse ya en un sueño. En verdad, no solo era su voz la que la llamaba, sino también la su hermana Ayla.

¿Podría ser?

Su intención fue hacerles saber en dónde se encontraba, pero no le salió más que un triste y estéril graznido.

Con un sentimiento parecido a la desesperación, se apoyó en el tronco y se levantó como pudo,

comprobando a las malas que el pie le dolía aún más que unas horas antes.

—¿Rob? ¿Ayla? —trató de hacerse oír. No quería ni imaginar que pudieran pasarla por alto. No cuando Rob había ido a por ella.

En cuanto escuchó los caballos acercándose y distinguió a los jinetes sintió que la emoción la embargaba, pero empalideció visiblemente cuando se dio cuenta de todas las personas que componían el grupo de rescate: Rob, Ayla, Zake, su padre y... ¿Archie y Aaron Reilly? ¿Qué hacían ellos allí? Eso sí que no se lo esperaba.

Parpadeó un par de veces antes de observar el rostro de angustia de su prometido, que desmontó con premura y se acercó a ella para abrazarla y besarla.

Se deleitó con el inconfundible sabor de sus labios.

—Te amo, te amo, te amo, te amo —repitió con la impaciencia y el brío de un hombre enamorado. Ayla también iba a desmontar para comprobar que su hermana estuviera ilesa, pero se lo pensó mejor ante la intensa reacción de Rob. En aquel momento su cuñado necesitaba unos minutos con Cadha—. Creí que te perdía y me sentí el ser más miserable que hubiera existido nunca —le confesó—. Cadha, no me dejes.

Ella quiso hacerle saber que también lo amaba con todo su corazón, pero Rob la apretaba con tanta fuerza que no pudo evitar lanzar un quejido.

—Rob, espera. Mi hombro...

Se separó levemente de ella y la miró con el rostro cubierto de preocupación.

—¿Qué ocurre?

Cadha sonrió débilmente.

—Creo que tardaré un poco en recuperarme de esta excursión —explicó, devolviéndole un suave beso en los labios—. Y ahora, por favor, ¿puedes llevarme a casa? A nuestra casa —rectificó mientras enlazaba los dedos con los de él. A pesar de las amargas experiencias que había vivido en aquella isla, seguía amándola. Era su hogar. Y pronto sería también el de Rob.

Cadha tenía unas expectativas muy altas en cuanto a su futuro y sabía que por encima de todas las cosas, iban a ser felices.

Desde su montura, Elliot Singht observaba a la pareja con un alivio tan inmenso que era difícil de explicar. Había sido escéptico desde un principio y sentía vergüenza por ello, pero cuando Zake llegó desde el pueblo con aquella terrible noticia sintió que era un castigo por su actitud.

Ahora Cadha se encontraba a salvo y, al parecer, se había ganado a su prometido, porque desde su posición se podía escuchar perfectamente su apasionada declaración de amor.

Hicieron bien eligiéndose. Estaba seguro de que su matrimonio sería próspero y feliz. Y Rob sabría cómo tratarla. Mejor de lo que había sabido hacerlo él mismo.

Se giró hacia Aaron Reilly, mientras que su hijo permanecía silencioso y con el rostro magullado.

No iba a permitir que cualquiera de sus hijas volviera a sufrir daño alguno. Ni siquiera un rasguño.

—Esto no puede volver a ocurrir —le advirtió con irritación.

Capítulo 26

«No me arrepiento de haberte conocido».

Dos meses después, esa frase no se alejaba de su mente y solo servía para torturarla. Sí, bonitas palabras las que había dejado; casi como un epitafio final. Lo malo de ellas era que no significaban nada si no servían para que Michael decidiese quedarse.

A esas alturas ya le sonaban a excusa barata.

La había dejado destrozada cuando eligió marcharse de la Isla de Beith. Como una ilusa había supuesto que durante su aventura con el ladrón cambiaría de opinión; que la amenaza con la pistola le haría darse cuenta que no podía vivir sin ella. Nada; tonterías sentimentales que se habían diluido en cuanto le dio la espalda y se marchó.

El viaje de vuelta a su casa fue duro. Se negó a soltar las lágrimas de desconsuelo que la invadían incluso cuando llegó a las puertas de su estimado hogar. Lo había intentado y había perdido.

No obstante, no dudó en relatar a todos, incluido Zake, la verdadera naturaleza del trabajo del administrador despedido. Quería hacerles sentir la injusticia que habían cometido con él. Mucho después, cuando se sintió con fuerzas, habló con Cadha y el barbadense. Les dijo la verdad sobre su confesión. Que mostraran cierta inquietud era normal, pero ella la desestimó. Si de algo estaba segura era de la honestidad de Michael. Ambos vieron en su rostro la certeza de lo que su corazón sentía. Dolía demasiado para esconderlo.

Durante esos dos meses desde el fatídico día de la partida de Michael, todos la trataron como si fuera de cristal. Incluso su padre, ajeno a la relación entre ella y el falso administrador, intuía que había algo que se le escapaba. Era cierto que no sabían cómo tratar a una Ayla enamorada; menos aún con un desamor a sus espaldas.

Y también estaba Cadha y Rob. Su amor crecía por momentos y se afianzaba cada día. Nunca había visto a su hermana tan feliz ni pletórica y, lejos de sentir envidia, no podía imaginarse más feliz por ella.

En cuanto a Rob, estaba llegando a apreciarle. En él estaba descubriendo un hombre íntegro, sociable y con un sentido del humor que rivalizaba con el suyo. Eran enternecedores los intentos que hacía por lograr hacer volver los vestigios de la antigua Ayla. Sabía que las provocaciones solo tenían un motivo, así que era imposible no sentir aprecio. Sería un magnífico cuñado y, lo que era más importante, un esposo perfecto para su hermana.

Así que la tranquilidad volvía a reinar en su propiedad; una que pronto pasaría a manos de Cadha.

Dentro del trajín que suponían las idas y venidas de Rob y la preparación de la boda, su padre organizaba ya su propia partida. La de los dos. Agradecía la generosa oferta de seguir viviendo allí, pero ya les había dicho que no podía aceptarla. Cadha lloró cuando le comunicó su cambio de parecer, pero estaba decidido. Si seguía allí se convertiría en una clase de persona que llegaría a aborrecer. Quizás, después de todo, irse a la ciudad no estaba tan mal. No podía llorar por Michael toda su vida. Se negaba a ello.

Por el momento, su único y primordial objetivo era atemperar su corazón a como diera lugar.

Tampoco quería ser motivo de lástima, así que gran parte del día fingía una serenidad y una entereza que no sentía.

Lo único bueno de toda aquella desgracia era que el puesto del administrador seguía vacante y, por ende, recaía en sus manos. Cadha estaba demasiado ocupada en todo lo referente a la boda. Se había ofrecido, pero lo rechazó. No necesitaba una mente dispersa y eso la ayudaba a olvidar por momentos un rostro amado y unos ojos azules.

A esas horas, como los días anteriores, estaba en el despacho del administrador cuadrando cuentas. Una de los pocos momentos en los que su mente no se torturaba.

La puerta del exterior se abrió cuando estaba terminando de redactar una carta.

—Estaré en un momento —dijo sin levantar la vista.

—No tengo prisa.

La pluma hizo un trazo recto y brusco, emborronando de tinta el papel de vitela. La voz que no había esperado oír más, la sobresaltó más allá de toda duda.

Alzó la cabeza.

Por un momento dejó de respirar. Allí estaba, tan apuesto como siempre. Su imborrable figura se apoyaba en la puerta que acababa de cerrar. Con pantalones claros, chaqueta y botas de montar negras, le parecía el hombre más impresionante de la tierra.

Y también el más odioso.

—Como ves, el puesto de administrador vuelve a estar ocupado. No hay vacantes libres —explicó, mostrándose lo más indiferente que pudo. Apartó el papel inservible y cogió uno de nuevo.

—Ya lo veo.

—¿Acaso dejaste algo olvidado? Porque no se me informó.

—No olvidé nada... material.

—Entonces, tu presencia aquí es innecesaria —dijo, señalando la puerta por donde había entrado—. Ya sabes dónde está la salida. Me perdonarás si no te acompaño. Como ves, estoy ocupada.

—Ayla...

—No me obligues a llamar a Zake —lo amenazó—. No te gustaría la forma en la que te sacaría a patadas de la isla.

—No harías eso.

Ayla le miró reflejando una tranquilidad que estaba lejos de sentir. Mejor eso que demostrarle todo su sufrimiento. Antes muerta que hacer eso.

—No solo lo haría, sino que, además, haría llamar a mi padre y a Rob para que lo ayudaran.

Michael se acercó a la mesa y se apoyó en ella. Su mirada era difícil de sostener. Se sentía evaluada.

«Recuerda cómo te trató», se recordó.

—Pero tú me quieres. —Esa parecía ser toda la explicación que este necesitaba.

A su pesar, cuando escuchó la arrogante declaración, Ayla se encendió.

—Se puede ser más ignorante, pero no más zopenco. He tenido dos meses para olvidarte.

—Sé que estarás resentida...

—¿Resentida?! —Ayla no daba crédito—. Esa palabra no llega ni a acercarse al verdadero estado en el que me encuentro —gruñó levantándose de la silla, furibunda—. No tienes ni idea de una maldita cosa sobre mí, así que, ¡coge tu engreimiento y lárgate de mi casa!

Michael se lo había esperado. Solo había mantenido la falsa esperanza de poder solucionarlo

para no derrumbarse. Cuando decidió que la vida no tenía sentido sin Ayla a su lado, el tiempo había pasado.

Demasiado.

—Está claro que la culpa es toda mía —admitió sin moverse de su sitio—. Me comporté como un cobarde y fui incapaz de superar un obstáculo lo suficientemente grande como para embarrar esta felicidad recién descubierta. También necesitaba tiempo y espacio para pensar; para cuestionarme si sería capaz de ser el marido que te mereces en caso de producirse una circunstancia parecida a la que me explicaste. ¿De qué me servía querernos si a la mínima dificultad me acobardaba?

—¿Y de qué me sirve si te vas y me dejas sola? —replicó airada.

—¿Es que no lo comprendes? Yo he tardado en hacerlo. No soy perfecto, al igual que tú no lo eres. Por eso me fui. Si no era capaz de afrontarlo, estabas mejor sin mí.

También tenía obligaciones que lo alejaban. Debía terminar un trabajo y determinar su futuro.

—Eso son excusas —contraatacó. No se ablandaría por muchos pretextos que Michael esgrimiera—. Tu amor por mí no era tan grande como asegurabas —cómo dolía decir aquello—. En otro caso, me hubieras pedido que te esperara, en lugar de alejarte sin echar la vista atrás.

—Bobadas —sentenció—. ¿En qué mundo vives tú, mujer? Me gustaría ver cómo te enfrentarías a algo de ese calibre si estuviera vinculado conmigo. ¡No! —negó cuando ella fue a protestar—. No lo niegues porque no te creeré. El amor no es tan ciego como para pasar por alto ese tipo de cosas. No son pequeñeces. Solo el amor verdadero, después de reflexionar, consigue averiguar si será un impedimento o será un fundamento más sobre el que sostenerse. Y eso es lo que siento por ti: amor verdadero.

No cabía duda de la habilidad con la que Michael manejaba las palabras. Incluso la hizo plantearse si, en caso contrario, ella habría actuado de igual forma.

—Amor verdadero —dijo al fin—. Bonitas palabras. No dudo que pensabas que con eso me convencerías.

—Pues sí —admitió, casi riéndose de sí mismo—. Iluso de mí, creí que si te decía que no me importaba tu pasado y que comprendía tu forma de actuar esa noche tan terrible, dejarías de lado todo ese orgullo que llevas por estandarte y me aceptarías de nuevo en tu vida.

—¿Por qué habría de creer nada de lo que dices? —Ayla se estaba ablandando, lo notaba. Y se resistía a ello—. Me hiciste mucho daño cuando te marchaste.

Aquella era la primera vez que se atrevía a admitir vulnerabilidad ante otro ser humano que no fuera parte de su familia.

—Créeme que lo sé. Y lo siento —Michael se acercó a Ayla despacio, para envolverla en un abrazo. Aspiró su aroma, feliz de que ella se dejara estrechar. La había echado tanto de menos... Era imposible contarle las noches en blanco que había pasado recordando cada uno de sus encuentros, miradas, discusiones, caricias—. Necesitaba aceptar que lo que hiciste, bien podría haberlo hecho cualquiera para defender la vida de alguien amado. Yo mismo sentí algo parecido cuando Liam Kelly apuntó el arma contra ti y disparó —confesó—. Si te hubiera hecho algo, aunque fuera un rasguño —la miró a la cara—, hubiera podido matarle por eso; con mis propias manos. Lo único que siento es todo el pesar que has cargado. Ese hombre era un violador; un miserable que se aprovechaba de la vulnerabilidad de las mujeres. Está mejor muerto.

—Ya no quiero pensar en eso —aseguró—. Solo quiero pensar en el motivo que te ha traído de vuelta.

—¿No te lo he dicho? —Michael sonrió a medias. Quizás, después de todo, había esperanza

para ellos—. Juraría que sí.

—No sé de lo que estás hablando.

Seguían abrazados y Ayla se sentía muy a gusto de ese modo. Algo así como si fuera su casa, el solaz que siempre había anhelado encontrar. Esta vez sin mentiras ni disimulos.

—Ayla, mi impulsiva y fogosa pelirroja de ojos azules; la dueña de mis sueños y mi corazón. Te amo más de lo que jamás creí que fuera posible y deseo hacerte feliz, llenar nuestras vidas de alegría, hijos y envejecer a tu lado mirando la puesta de sol mientras recordamos cada momento que hemos pasado juntos. Te prometo fidelidad, sinceridad, y que siempre te defenderé, lo quieras o no —matizó, lo que les hizo soltar una carcajada—. Te ofrezco mi amor y te aseguro que nunca volveré a defraudarte. Siempre, siempre, estaré ahí para ti. Por ello te pregunto, ¿quieres hacerme el honor de aceptar ser mi esposa?

Esta vez, Ayla no lloró. No le encontraba sentido a llorar de felicidad. Se sentía más emocionada que nunca en su vida. La declaración que Michael acababa de hacer, pudiera no ser la más hermosa, pero estaba segura de su veracidad.

—Sí, Michael, te acepto en mi vida.

Epílogo

Ocho meses después...

La cabalgata se alargó hasta la puesta de sol. Ayla, Cadha y Zake habían salido a recorrer el terreno y esa excursión había acabado en una disputa amistosa que tomó forma de competición.

Esta vez, el barbadense no tuvo misericordia y dio todo de sí. Fue el único e indiscutible ganador.

—Es más divertido cuando gano yo —afirmó Ayla mientras desmontaba.

—No me cabe la menor duda —rezongó Cadha de buen humor y alzando los ojos al cielo.

—¿Por qué no la habéis dejado ganar? —preguntó Michael, apareciendo de pronto en las caballerizas. Seguía luciendo tan apuesto como cuando lo conoció, pero ahora era mucho más feliz—. Ni siquiera imagináis lo refunfuñona que se pondrá en la cena. —Había estado esperando impaciente el regreso de su querida y temperamental esposa, así que se acercó a darle un beso. A cambio, recibió un puñetazo el costado derecho—. ¡Auch! —se quejó con fingido dolor—. ¿Veis? ¿Qué os decía? Acaba de empezar.

—No sigas por ese camino —lo amenazó Ayla con una sonrisa en los labios—. Recuerda con quién duermes cada noche.

Por respuesta, Michael la alcanzó por la cintura y la besó con un fervor digno de un recién casado. Por supuesto, una obediente esposa tenía el deber de corresponderle con el mismo entusiasmo.

Y no parecía importarles las personas presentes.

—Ejem.

Un carraspeo interrumpió el ardoroso momento.

—¡Papá! —exclamó Cadha con júbilo al ver a su padre. Se lanzó a sus brazos sin pensarlo y acto seguido su hermana mayor hizo lo mismo.

—Ahora recuerdo el motivo por el que venía a buscaros —farfulló Michael, un tanto frustrado por la interrupción.

Elliot Singht se había trasladado a Edimburgo pocos días después de la boda de sus hijas, hacía ya siete meses. Pero aunque el hombre estaba muy a gusto en la ciudad escocesa, echaba mucho de menos a sus hijas y las visitaba con frecuencia en la Isla de Beith. Cuando llegaba era recibido como un rey y ambas se peleaban por tenerlo en sus propias casas.

—Me alegro de veros, mis niñas. También os traigo una sorpresa, aunque quizás —añadió—, solo sea Cadha la que sepa apreciarlo.

A una seña de Elliot, Rob salió de entre las sombras y Cadha, con los ojos como platos y ahogando un grito de pura alegría, se zafó del abrazo fraternal para correr a los brazos de su amado esposo, el cual llevaba ausente dos semanas.

Estuvo a punto de echarlo al suelo por el ímpetu.

—Te quiero —le susurró al oído mientras se aferraba a su cuello.

—Mi amada Cadha. Cuánto te he echado de menos. —Rob la abrazó y la besó como el sediento que logra encontrar un oasis en un inmenso desierto después de un largo tiempo sin beber.

—Oh, Rob, yo también —aseguró tras una pausa. Ninguno de los dos era consciente del público que les observaba con una sonrisa en los labios—. Pensaba que todavía estarías en Edimburgo por una semana más.

—Ni te imaginas cómo he trabajado para lograr avanzar el trabajo. Solo deseaba volver y poder abrazarte de nuevo.

En ese lapso de tiempo de ocho meses eran muchas las cosas que habían cambiado: lo primero de todo era que tanto Ayla como Cadha se casaron con los hombres que amaban en una preciosa ceremonia conjunta en la ciudad de Irvine. Y Elliot Singht, antes de marcharse al que sería su nuevo hogar, consiguió dos cosas, —o tres, para ser más exactos—. La más importante fue comprobar en carne propia la felicidad de sus hijas. Verlas casadas era un añadido nada desdeñable. También se aseguró que Aaron Reilly tomara medidas respecto a su hijo. Comprendiendo que Archie podía provocar una tragedia y cansado de que su participación en la destilería se estuviera convirtiendo en un estrepitoso fracaso, el padre le encontró esposa en la hija menor de un amigo lejano y lo conminó a marcharse de allí. Debido a todo ello, y dado lo avanzado de su edad, la destilería podía quedarse a la deriva y Elliot Singht lo intuía, por lo que sugirió la venta de la empresa familiar.

Después de profundas reflexiones, Aaron Reilly aceptó venderla a Rob y este lo vio como un estupendo negocio cerca del que sería su hogar, por lo que Elliot no tuvo que insistirle demasiado.

También estaba el caso de Michael. Aun en contra de toda posibilidad, el patriarca de los Singht se declaró encantado con el amor que este profesaba a su hija mayor. Como sabía que esta no accedería a marcharse de la isla, fue generoso en su dote para permitirle comprarse un pequeño terreno adyacente al que hasta ese momento había sido el suyo y que pertenecía de forma legal a Cadha y Rob. No obstante, no hizo falta hacerlo, ya que Rob les cedió una parcela aceptable cerca de la casa para que estos construyeran su propio hogar y para que las hermanas pudieran estar cerca.

Casi sin quererlo, las cosas se habían solucionado esos meses atrás. Michael abandonó su trabajo y aceptó el que Rob le ofreció como encargado general de la destilería. Era un ambicioso proyecto del que estaba muy orgulloso. Su cuñado le daba margen de maniobra y solo se limitaba a supervisar. Por supuesto, la utilización de la cala de la discordia ya no suponía un problema.

Rob, por su parte, no tenía más remedio que ausentarse de tanto en tanto para la correcta supervisión de los otros negocios que tenía entre manos, pero prometió no hacerse con ninguno más. Algunas veces, Cadha lo acompañaba y el viaje resultaba más placentero.

En cuanto a ellas, hacían lo que más les gustaba. Entre ambas habían tomado las riendas de la administración de la finca y la cantera y habían consentido en enseñar a Zake. Al fin y al cabo, como mujeres que eran, pensaban tener descendencia. El barbadense era la solución ideal para todos y este se mostró satisfecho.

—Bueno hijas —Elliot se acercó a las parejas—. Espero que quizás tengáis que darme alguna noticia —aseveró ilusionado.

Su mayor anhelo en ese momento era ser abuelo, por lo que, en las ocasiones en que acudía a verlas, les hacía la misma pregunta.

A modo de respuesta, ellas sonrieron con pesar y le dieron un beso. Esperaban que pronto alguna de ellas pudiera darle una buena noticia.

Mientras tanto, las dos hermanas vivían felices, conscientes de la suerte que tenían al haber encontrado en Rob y Michael a unos hombres que las amaran por encima de todo. Los hijos vendrían con el tiempo y las alegrías se sucederían. Lo único importante era que, al final, la vida

no había sido tan injusta. Al fin y al cabo, la naturaleza era sabia.

NOTA DE LAS AUTORAS

A lo largo de la novela, hemos hecho referencias al temperamento o a los variados estados de ánimo de Rosslyn, la madre de Ayla y Cadha. Para vuestra información, lo que le hemos aplicado, no son síntomas aislados, sino que tienen un nexo en común que lo convierten en una enfermedad mental que en la actualidad se conoce como trastorno bipolar.

El trastorno bipolar es una grave enfermedad del cerebro. También se le puede llamar enfermedad maníaco-depresiva. Los que la sufren experimentan cambios de ánimo inusuales que provocan síntomas que pueden llegar a durar una semana, dos o quizás más. A veces se sienten muy felices y «animados» y mucho más activos que de costumbre. Esto se llama manía. Y a veces los que sufren del trastorno bipolar se sienten muy tristes y «deprimidos» y son mucho menos activos. Esto se llama depresión. El trastorno bipolar también puede provocar cambios en la energía y el comportamiento.

El trastorno bipolar no es lo mismo que los altibajos que experimentan todas las personas. Los síntomas bipolares son más potentes. Pueden dañar las relaciones entre personas y hacer que sea más difícil la convivencia, ser peligrosos o puede que incluso hacerse daño o suicidarse.

En la actualidad, los que sufren del trastorno bipolar pueden obtener tratamiento, y con ayuda mejorar su calidad de vida, lo cual no ocurría en la época en la que discurre la historia. Ni tan siquiera se sabía qué era, mucho menos diagnosticarlo.

En cuanto al temor de Ayla de heredar esa «inestabilidad», no va muy desencaminada. A pesar de que los científicos están tratando de obtener más información sobre el trastorno, se sabe que cualquier persona puede desarrollarlo, aunque los factores que pueden contribuir a ello son los genes —por lo tanto, es hereditaria— y las anomalías en la estructura y función del cerebro. A menudo comienza en las últimas etapas de la adolescencia o al principio de la adultez y tanto niños como adultos pueden sufrirlo, siendo una enfermedad que, por regla general, dura toda la vida.

Si en algún momento hemos sido inexactas respecto a este tema, la culpa es enteramente nuestra.

Si queréis saber más sobre el tema, podéis empezar por aquí:

<http://www.nimh.nih.gov/health/publications/espanol/trastorno-bipolar-facil-de-leer/index.shtml>